ganz1912

prácticas cOnstituyentes



LAS CIUDADES DEL PODER

LO URBANO, LO NACIONAL, LO POPULAR Y LO GLOBAL

Göran Therborn

traficantes de sueños





© 2017, Göran Therborn.
© 2020, de esta edición, Traficantes de Sueños.
Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en castellano: noviembre de 2020.
Título: Las ciudades del poder. Lo urbano, lo nacional, lo popular y lo global
Autor: Göran Therborn
Traducción: Paula Martínez Ponz
Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
Impresión:
Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-122762-0-6
Depósito legal: M-27690-2020

Primera edición en inglés: *Cities of Power. The Urban, the National, the Popular, the Global*, Londres / Nueva York, Verso, 2017.

ganz1912

ganz1912

LAS CIUDADES DEL PODER

LO URBANO, LO NACIONAL, LO POPULAR Y LO GLOBAL

GÖRAN THERBORN

TRADUCCIÓN:

PAULA MARTÍN PONZ

prácticas c°nstituyentes

traficantes de sueños

ganz1912

ÍNDICE

La ciudad… es el punto de mayor concentración del poder y la cultura de una comunidad.

Lewis Mumford, *The Culture of Cities* (1938)

La arquitectura es una especie de elocuencia del poder expresada en formas, unas veces convence e incluso adula y otras se limita a dar órdenes.

Friedrich Nietzsche, «Incursiones de un intempestivo», *El ocaso de los ídolos* (1888)

ganz1912

INTRODUCCIÓN
LO URBANO, LO NACIONAL, LO POPULAR Y LO GLOBAL

Este es un libro sobre los encuentros y relaciones entre cuatro fuerzas sociales: lo urbano, lo nacional, lo popular y lo global. Vamos a examinar cómo estas confluyen y transforman el hábitat urbano a través de la trayectoria de lo nacional hasta hoy en día. Lo urbano es viejo: las ciudades han existido durante miles de años, pero la llegada de lo nacional en forma de Estados nación, hace apenas dos siglos, las ha transformado completamente. El devenir nacional de las ciudades se ha centrado en los epicentros urbanos del Estado nación, las capitales, el objeto de este estudio. La mayor parte de los distintos tipos de ciudades prenacionales fueron transformadas en ciudades nacionales, si bien algunas veces los Estados nación construyeron nuevas ciudades. Los Estados nación establecieron sus capitales recorriendo senderos históricos diferentes por medio de viajes más largos o más cortos, más accidentados o más suaves. Estas experiencias históricas han dejado marcas duraderas en cada capital.

El nacionalismo y los Estados nación fueron parte de un cambio de época mucho más prolongado, el auge de la modernidad como nueva era histórica, su rechazo a las autoridades y las instituciones del pasado (sobre todo y principalmente las propiamente internas) y el intento de crear nuevas sociedades, nuevas culturas, un mundo nuevo. Lo nacional y lo global se encontraron por primera vez en este contexto, en tanto nacionalismo global. Los principales lugares de encuentro de esta confluencia fueron las capitales nacionales, que debieron adaptarse a los modelos globales de una capital «digna de una nación», adaptando la avenidas del París del Segundo Imperio, las infraestructuras de Londres y en algunos lugares el National Mall y el edificio del Capitolio de Washington DC.

Las naciones se desarrollaron y se transformaron, las élites constituyentes de los Estados nación se enfrentaron a los desafíos populares provocados por la ascendencia de los diferentes grupos raciales/étnicos y de género, entonces parte a las clases subalternas. Eventualmente estos desafíos fueron lo suficientemente poderosos y exitosos como para crear momentos de poder popular distintivos, que se han manifestado y perdurado a lo largo

de la historia urbana. Las luchas nacionales por el poder podían adoptar formas extremas y violentas, no solo efímeras y destructivas, como guerras y revueltas, sino también, durante un tiempo, formas afianzadas en la capital, a las que también debemos prestar atención.

En tiempos recientes lo global ha copado el escenario central, principalmente en la forma de un capitalismo trasnacional. Para no pocos autores contemporáneos, lo nacional está al borde de convertirse en una especie extinta, especialmente en las grandes ciudades. Vamos a examinar dichas afirmaciones, escéptica pero seriamente, intentando desenredar las dinámicas entretejidas de lo global, lo nacional y lo local en el nuevo estilo global del urbanismo, de la verticalidad, la novedad y la exclusividad. Al final nos atreveremos a echar un vistazo al futuro de estas cuatro fuerzas.

En mi interés por la coreografía de lo urbano, lo nacional, lo popular y lo global subyacen viejos intereses analíticos sobre las formas y relaciones del poder y sobre los significados, las ideologías y las formas simbólicas. Las ciudades nos afectan por su estructuración espacial de las relaciones sociales y por su provisión de significados para la vida social. Esto puede verse como poder urbano, pero en la era de los Estados nación, las ciudades no son actores cuyo poder posea el mismo peso que las fuerzas nacionales, populares y globales. La mejor manera de acercarse al significado de las ciudades de nuestro tiempo es tomándolas como manifestaciones y representaciones del poder. Nuestra principal cuestión a investigar aquí es: ¿qué tipo de poder manifiesta y representa la urbanidad de las capitales investigadas?

El estudio es global e histórico, comprende desde las primeras ciudades capitales, el París revolucionario y Washington DC, hasta la actualidad, con la ostentosa nueva capital de Kazajistán, Astaná. Pero esto no es, por supuesto, ni una enciclopedia de las capitales del mundo, ni una historia mundial del poder. Trata un conjunto de ejemplos significativos de los cuatro modelos principales de formación de los Estados nación y de la capitales nacionales en el mundo, con la atención dirigida sobre algunos momentos históricos de cambios de poder y en cómo las capitales de los diferentes tipos nacionales han tenido que confrontar los retos de los momentos populares y globales.

Se trata de un proyecto desarrollado a lo largo de bastante tiempo, que surgió a raíz del tiempo libre del que pude disfrutar en 1996 en Budapest, como titular de una Presidencia Europea de Política Social en la ELTE University, si bien muchas veces interrumpida por obligaciones aparentemente más urgentes. Su inspiración inicial surgió de la historia del drama de la plaza de los Héroes de la ciudad.[1] Un primer estudio analizó los

---

[1] Andras Gerö, *Modern Hungarian Society in the Making*, Budapest, 1995, cap. 11. La plaza y su Memorial del Milenio, al final del principal bulevar de la ciudad fueron un destino frecuente de mis paseos.

procesos y cambios simbólicos que transformaron las principales ciudades de residencias dinásticas en capitales nacionales. Debido a un par de contratiempos editoriales no fue publicado hasta 2002.[2] Entonces pude obtener algo de financiación (por parte de los actualmente difuntos fondos públicos suecos para la investigación, FRN y HSFR y también del INTAS de la UE, que tampoco existe ya) y ponerme en contacto con colegas urbanistas de diferentes disciplinas de todas partes del mundo, lo que dio como resultado una serie de publicaciones regionales conjuntas.[3] Como siempre, mi investigación es el producto de un trabajo artesano individual, no el resultado industrial de una factoría de investigadores asistentes.

Sin que estuviese en su intención original, este libro se ha convertido en parte de una tetralogía de estudios globales que comenzaron con *Entre el sexo y el poder: la familia en el mundo (1900-2000)* de 2004. Seguido en 2011 de *El mundo. Una guía para principiantes* y posteriormente en 2013 por *La desigualdad mata*.

Este libro ha supuesto para mí una experiencia inmensamente estimulante y un enriquecedor aprendizaje, que ha incluido, por supuesto, la oportunidad de visitar las ciudades aquí tratadas. Los análisis críticos del

---

[2] Göran Therborn, «Monumental Europe: The National Years: On the Iconography of European Capital Cities», en *Housing, Theory and Society*, vol. 19, núm. 1, 2002, pp. 26-47.

[3] Proyectos regionales impulsados como parte de este trabajo incluyen un proyecto sobre las capitales orientales europeas escrito como conferencia en Helsinki, con el generoso apoyo de Markku Kivinen y Anne Haila y publicado como *Eastern Drama: Capitals of Eastern Europe 1830s-2006* en una sección monográfica especial del *International Review of Sociology,* vol. 16, núm. 2, 2006; un segundo proyecto sobre Europa oriental con financiación de la UE, junto con Larisa Titarenko de la Universidad de Minsk, Anelie Vosiliute de Vilna y Afgan Abdullayev de Bakú, centrados en Minsk, Vilna y Bakú y presentado en un libro en ruso editado por Titarenko, *Postsovietskie Stolitsy, Minsk, Vilinius, Baku,* 2009; también dio lugar a una colaboración con Fernando Pérez Oyarzún de la Universidad Católica de Santiago, Chile, que si bien no se transformó en una publicación sí resultó fructífera en sí misma; un seminario acerca de las capitales del Sudeste Asiático en Bangkok en 2008, coorganizado con K. C. Ho de la Universidad Nacional de Singapur y publicado como sección de *City,* vol. 13, núm. 1, 2009. Gracias a Laurent Fourchard de la Universidad de Burdeos y a Simon Bekker de la Universidad Stellenbosch de Sudáfrica, obtuve acceso a los seminarios de los africanistas franceses, a partir de los cuales Bekker y yo pudimos organizar una conferencia acerca de las ciudades capital en Dakar en 2010. Fue publicado en forma de libro, en colaboración con la red africana de investigación: Bekker y Therborn (eds.), *Powerlessness: capital Cities in Africa*, HSRC Press, Ciudad del Cabo, 2012. Por último, se realizó un esfuerzo colectivo global. El profesor In Kwon Park y el *International Journal of Urban Sciences* me pidieron como editor invitado un número especial acerca de las ciudades y poder, que se materializó en marzo de 2015, vol. 19, núm. 1. Routledge publicó dicho número como un libro en 2016, Göran Therborn (ed.), *Cities and Power*.

Junto con estos proyectos colectivos, mi trabajo acerca de las ciudades del poder también ha incluido algunos ensayos individuales: «Transcaucasian Triptych», *New Left Review,* núm. 73, 2007, sobre Tiflis, Ereván y Bakú; «Identity and Capital Cities: European Nations and the European Union», recogido en F. Cerutti y S. Lucarelli (eds.), *The Search for a European Identity*, 2008, sobre Bruselas y la competición por ver qué ciudad se erigía como capital de la UE; y «Modern Monumentality: European Experiences», en J. Osborne (de.), *Approaching Monumentality in Archeology,* 2014.

poder a menudo nos enfadan más de lo que nos alegran. Pero espero que sea capaz de transmitir parte de la excitación vivida al aprender acerca de las ciudades y de su diversidad en el tiempo y en el espacio.

Durante este largo proceso, he acumulado una enorme deuda de gratitud. Mi esposa, Sonia Therborn, me ha acompañado en la mayor parte de mis exploraciones urbanas habitualmente extenuantes, desde el momento en que se retiró de la psicología clínica (aunque también lo hacía antes de ello), aportando su aguda mirada psicológica a la antropología urbana e iluminando a este miope macrosociólogo.

El característico ánimo y empuje, amable y generoso, de Perry Anderson en mi primera incursión en los estudios urbanos me proporcionó tanto el coraje como la motivación para continuar. Anne Haila me introdujo en la más inspiradora red de académicos urbanos y su trabajo constante en la «ciencia urbana» para la European Science Foundation. Markku Kivinen, director del Helsinki Alexander Institute, fue un apoyo crucial, tanto para mi primer seminario regional como por el hecho de proporcionarme un intérprete y acompañante para ir a Astaná. Al final de mi periodo como codirector del Swedish Collegium for Advanced Study in Social Sciences, mi colega Björn Wittrock me proporcionó la oportunidad de reunir como compañeros, ya durante un año o durante un semestre, a un grupo de eminentes académicos sobre urbanismo. Este fue el tiempo compartido con Simon Bekker, Seati Chattopadhyay, Kumiko Fujita, K. C. Ho, Laura Kolbe, Abidin Kusno, Fernando Pérez Oyarzún y Karl Schlögel, que resultó enormemente estimulante y que supuso el comienzo de duraderas amistades personales, así como de la cooperación antes mencionada.

Los diferentes proyectos conjuntos regionales supusieron trabajar junto con coorganizadores efectivos, generosos e interesantes: Simon Bekker, K. C. Ho, Fernando Pérez Oyarzún, Larisa Titarenko, así como un impresionante despliegue de académicos.

Una extensa lista de informadores me han ayudado compartiendo sus conocimientos sobre sus ciudades. Después de todos estos años, tengo que disculparme porque cualquier lista que haga resultará incompleta. Algunos de los informadores son nombrados a pie de página, públicamente les muestro aquí mi agradecimiento por su amabilidad. Algunas personas organizaron incluso recorridos o actuaron brevemente como investigadores asistentes: Judith Bodnar en Budapest, me informó de muchas cosas y me puso en contacto con Judit Veres, Chang Kyung-Sup, quien también me acompañó personalmente en Seúl, Anand Kumar en Delhi, Alan Mabin en Pretoria, Enzo Mingione me puso en contacto con Alberto Violante en Roma, Jo Santoso en Jakarta, Alicia Zicardi en México. Las embajadas suecas en El Cairo, Harare, Liubliana y Singapur han sido bastante

útiles, como también lo fueron las delegaciones noruegas en Lilongüe y Maputo. La ayuda específica con la lengua rusa para mi estancia en Astaná, así como el acompañamiento académico, fue proporcionada por Tapani Kaakkuriniemi y, en un segundo viaje, por Larisa Titarenko. En París, Edmon Prétceille ha sido de gran ayuda como colega, además de llevarme a la *banlieue*. Patrick Le Galés, con quien escribí una vez un artículo acerca de las ciudades europeas[4] y quien ha sido un inspirador modelo de riguroso academicismo urbanista.

Ljungbyholm, Suecia, solsticio de verano de 2016.

[4] Patrick Le Galès y Göran Therborn, «Cities» en Stefan Immerfall y Göran Therborn (eds.), *Handbook of European Societies: Social Transformations in the 21st Century*, Nueva York, Springer, 2010, pp. 59-89.

I
CIUDADES, PODER Y MODERNIDAD

Ciudades y poder

Las ciudades surgieron, algunas hace ya cinco mil años, como concentraciones de poder y de riqueza. Lewis Mumford afirmó una vez que la ciudad «es el punto de máxima concentración del poder y la cultura de una comunidad»,[1] y tras dicha afirmación su enumeración de las tareas asignadas a las urbes comienza con que «la principal función de la ciudad es convertir el poder en forma».[2] Actualmente las ciudades contienen más de la mitad de la humanidad. El poder y la riqueza están alcanzando grados de concentración planetaria sin precedentes. En los albores de la urbanización planetaria, comprender las inscripciones con las que el poder marca la construcción de nuestro entorno urbano no es solo una obligación académica, es mucho más, es un imperativo cívico.

Pese a las declaraciones de Mumford, lo más habitual es que el poder haya logrado escapar al escrutinio de las corrientes principales de la historia urbana y de las ciencias sociales, o que el estudio del control se haya relegado a sus manifestaciones pasadas. De hecho, el interés del propio Mumford se orientó más hacia los cambios tecnológicos y económicos, después del Barroco. Un reciente (y recomendable) trabajo colectivo con el seductor título de *Embodiments of Power* empieza y termina en el Barroco.[3] La monumental *Storia delle città* [Historia de la ciudad] de Leonardo Benevolo plantea las revoluciones europeas de 1848 como divisoria entre la ciudad «liberal» y la ciudad «posliberal», pero Benevolo pierde la mayor parte de su interés en el poder a partir de 1848.[4] El difunto Peter Hall presenta un eje cultural en *Cities in Civilization* [Las ciudades en la

[1] Lewis Mumford, *The Culture of the Cities,* Nueva York, Harcourt Brace, 1938, p. 3 [ed. cast.: *La cultura de las ciudades*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018, p. 1].
[2] Lewis Mumford, *The City in History*, Nueva York, Harvest, 1961-1989, p. 571 [ed. cast.: *La ciudad en la historia*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2014, p. 954].
[3] Gary Cohen y Franz Szabo, *Embodiments of Power*, Nueva York, Berghahn Books, 2008.
[4] Leonardo Benevolo, *Die Geschichte der Stadt*, Fráncfort, Verlag Zweitausendeins, 1983, cap. 13 [ed. original: *Storia dell cittá*, Laterza, Roma, 1975].

civilización], pero en su sección cuarta del libro que versa sobre el «orden urbano» no muestra mucha preocupación por el orden político.[5]

El gran historiador y sociólogo Charles Tilly fue un agudo y crítico analista del poder, pero también un obstinado materialista ligado al estructuralismo, con poco interés en las expresiones significativas de este, ya sea en su forma urbana —considera las ciudades principalmente como lugares de concentración de capital— o estatal. Nunca captó, o consideró importantes, las diferencias entre el Barroco, el absolutismo, los Estados dinásticos y los Estados nación, con sus capitales nacionales.[6] De acuerdo con su visión, tras la abdicación imperial de Carlos V en 1557, «El Estado nación comenzó a adquirir prioridad», especialmente a partir del 1700.[7]

Las ocasiones en las que la teoría política/historia política y el urbanismo han encontrado sinergias han sido tan pocas y tan frágiles, que han permitido que el gran urbanista, Peter Hall, se saliese con la suya —dos o tres veces, primero en 1993, luego en 2006 y posteriormente con una repetición de lo mismo en una edición en rústica de su obra en el 2010[8]— con la siguiente tipología de ciudades capitales:

Capitales multifuncionales
Capitales globales
Capitales políticas
Antiguas capitales
Capitales eximperiales
Capitales provinciales
Supercapitales

Con todo el debido respeto, esta lista me recuerda al listado de animales que según Michel Foucault, sin citar referencia alguna, Jorge Luis Borges había desenterrado de una antigua enciclopedia china, y según la cual el reino animal se componía de los siguientes tipos de animales:

a. Pertenecientes al Emperador
b. Embalsamados
c. Amaestrados
d. Lechones
e. Sirenas

---

[5] Peter Hall, *Cities in Civilization*, Pantheon, Londres, 1998.
[6] Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States, Ad 990-1992*, Oxford, Oxford University Press, 1992 (1975) [ed. cast.: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990,* Alianza Editorial, 1992].
[7] *Ibidem*, pp. 190, 185 [pp. 277 y 271 de la edición en castellano].
[8] Peter Hall, «Six types of Capital City», en J. Taylor, J. Lengellé y C. Andrew, *Capital Cities/Les Capitales*, Ottawa, Carleton University Press, 1993; Peter Hall, «Six types of Capital City» en David Gordon (ed.), *Planning Twentieth Century Capital Cities*, Londres, Routledge, 2006. La mayor parte de los otros capítulos de Taylor *et. al* y de David Gordon son bastante interesantes y útiles.

f. Fabulosos
j. Innumerables
n. Que de lejos parecen moscas.[9]

En el discurso urbanista dominante, el poder está sumergido en concepciones de economía nodal, un objeto de estudio ciertamente legítimo e importante en sí mismo, pero que evalúa el poder de la ciudad a través de los códigos postales de las principales corporaciones y/o firmas de servicios y negocios empresariales.[10] Pese a todos los méritos que posee este análisis, y por los que debe ser merecidamente aplaudido, esta obra tiene dos limitaciones en lo tocante a las ciudades y el poder. Su economicismo obvia las manifestaciones del poder en el entorno urbano construido. Incluso la ciudad más capitalista que podamos imaginar no se reduciría únicamente a las oficinas de negocios y a sus conexiones con otras oficinas de negocios del resto del planeta. Segundo, la concepción de economía política de las ciudades mundiales/globales subestima seriamente el poder de los Estados en el mundo actual.[11] Al fin y al cabo, estamos en un planeta en el que el último presidente de Estados Unidos (Barack Obama) ha estado en guerra continua durante sus dos mandatos, más tiempo que ningún otro presidente en la historia de los Estados Unidos, un tiempo en el que la guerra ha sido llevada a siete países diferentes del mundo.[12]

El marco analítico que aquí se despliega —modelos de formación del Estado y sus consecuencias, la combinación de perspectivas estructurales y simbólicas en la ciudad, identificación y análisis de los momentos de mayor transformación urbanística en todo el planeta— no parece haber sido utilizado anteriormente. No obstante, no hay reivindicación alguna de la originalidad en lo que se refiere al estudio de las dimensiones del poder de las ciudades contemporáneas. Aparte de la vasta literatura monográfica, a la cual nos referiremos repetidamente a partir de este momento, existe una gran cantidad de magníficas contribuciones comparativas. Y como esta no es una tesis académica que requiera de una

---

[9] Michael Foucault, *Les mots et les choses*, París, Editions Gallimard, 1966, p. 7 [ed. cast.: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México DF, Siglo XXI, 2010, p. 1].
[10] Saskia Sassen, *The Global City*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1991 [*La ciudad global*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999]; P. J. Taylor, *World City Networks*, Londres, Routledge, 2004.
[11] Una crítica a algunas afirmaciones, extremas e insostenibles según mi punto de vista, del enfoque económico de los estudios urbanísticos se refleja en mi «End of a paradigm: The current crisis and the idea of stateless cities», *Enviroment and Planning A*, núm. 43, pp. 272-285. Pero me gustaría añadir que considero a Saskia Sassen y a Peter Taylor grandes académicos urbanistas, de los cuales he aprendido mucho.
[12] El régimen de Obama ha «intervenido» militarmente en Afganistán, Irak, Libia, Pakistán, Somalia, Siria y Yemen. Véase el *The New York Times* del 16 de mayo del 2016, pp. 1 y 4. Cierto es que la guerra no ha sido la única preocupación de Obama, pero ha resultado sorprendentemente importante para un laureado premio de la paz.

revisión bibliográfica, voy a reducir mis respetos académicos únicamente a un breve listado de monografías.

La obra que nos abre la puerta de entrada a los estudios modernos es *Architecture, Power and National Identity* [Arquitectura, poder e identidad nacional] de Lawrence Vale, trabajo maestro sobre arquitectura y diseño de las capitales enclavadas en un amplio rango de contextos nacionales, centrada en los «complejos capitolinos» o edificios gubernamentales, y con una visión política crítica, desde el punto de vista profesional de un urbanista.[13] En el ámbito contemporáneo e intercontinental encontramos también la disertación profundamente helvética de Wolfgang Sonne *Representing the State* [La representación del Estado][14] sobre el diseño de principios del siglo XX de algunas ciudades capitales, de Washington a Nueva Delhi, y el resumen colectivo editado por David Gordon, *Planning Twentieth Century Capital Cities* [Planeamiento de las ciudades capital del siglo XX]. Un estudio global impresionante sobre la relocalización de las ciudades capitales es el de Vadim Rossmann, *Capital Cities: Their Development and Recolocation* [Las ciudades capital: su desarrollo y relocalización], obra similar a la de este libro.[15]

También más allá del mundo académico de la historia urbana y de la ciencia social, desde la arquitectura y la crítica arquitectónica se han realizado análisis incisivos y nada localistas del poder en las ciudades contemporáneas. Dos trabajos han marcado el camino a seguir: la obra de Deyan Sudic, *The Edifice Complex* [El complejo urbano],[16] y el libro de Rowan Moore, *Why we Build* [Por qué construimos],[17] ambos centrados en los arquitectos y sus patrones. De un ámbito similar surge también el notable libro de Owen Hatherley, *Landscapes of Communism* [Los paisajes del comunismo].[18]

Todas las construcciones artificiales de los asentamientos humanos son manifestaciones de las relaciones de poder entre sus habitantes. Dos fuentes y algunas formas de poder se ponen de manifiesto en este libro, que no tiene intención alguna de convertirse en un tratado general sobre el poder. Al estar centrado en las ciudades capital de los Estados-nación, el poder político se vuelve por naturaleza algo central. Pero el poder político no es en sí mismo más que el poder por medio de la coerción y/o persuasión a través de las instituciones y procesos de gobierno. En este trabajo estamos explícitamente interesados en el carácter y el modo de operar del poder político en las ciudades capital del mundo.

---

[13] Lawrence Vale, *Architecture, Power and National Identity*, 2.ª ed., Nueva York, Routledge, 2004.
[14] Wolfgang Sonne, *Representing the State: Capital City Planning in the Early 20th Century,* Nueva York, Prestel, 2003.
[15] Vadim Rossmann, *Capital Cities: Varieties and Patterns of Development and Recolocation*, Nueva York, Routledge, 2016.
[16] Deyan Sudic, *The Edifice Complex*, Nueva York, Penguin, 2006.
[17] Rowan Moore, *Why we Build,* Nueva York, Harper Design, 2014.
[18] Owen Hatherley, *Landscapes of Communism,* Nueva York, New Press, 2016.

Los procesos modernos del poder urbano forman un cuadrilátero de modos de influencia y actores que compiten entre sí. En una esquina está la autoridad política —nacional y/o urbana— y uno de los principales objetivos de este estudio es identificar el carácter de la misma, la variabilidad de su poder, recursos de diseño y regulaciones; en una segunda esquina se localiza el capital, tanto global como nacional, el poder económico y sus medios de diseño y «desarrollo»; en la tercera esquina del cuadrilátero se encuentra la clase de los privilegiados, con sus deseos, miedos y recursos; y finalmente en la cuarta las clases populares, con sus demandas, quejas y sus capacidades de resistencia y cambio.

Vamos a comenzar el análisis con el poder político de las élites nacionales, surgido del maremágnum de la formación del Estado nación. En este análisis macroscópico, se analizará el papel de las élites nacionales desde los contextos específicos de la construcción del Estado nación y su posterior relación con el capitalismo actual.

Para ello debemos detenernos a observar dos modelos y dos épocas de desafío para las élites nacionales históricas. Uno es el desafío popular, que surge del auge de las fuerzas sociales y políticas que anteriormente habían sido excluidas del proceso de creación del Estado nación. El otro, es el desafío global de las fuerzas y conflictos no nacionales. El primero es claramente un tipo de poder diferente; el último parece sugerir una supremacía del poder económico.

El poder político puede, por supuesto, adoptar muchas formas diversas, aunque surja de las mismas o similares raíces sociales. Aquí vamos a estudiar la apoteosis del poder de la élite nacional frente a la amenaza popular percibida, como por ejemplo, el fascismo y las dictaduras militares. Así mismo, analizaremos el urbanismo comunista como un desafío popular duradero al gobierno histórico de las élites, y ahondaremos en el poscomunismo como un nuevo modelo de poder político.

Tras la Segunda Guerra Mundial se extendió la preocupación por la arquitectura y el diseño urbano democráticos frente al diseño y la arquitectura urbana no democráticos, especialmente en Alemania Occidental.[19] Lo vamos a tener en cuenta en el análisis pero no se utilizará como una distinción principal, dado que la mayor parte de los Estados-nación no fueron democracias durante la mayor parte de los 225 años que recorre este libro.

El poder político popular se ha afirmado de diferentes modos: ya sea en su acceso al poder institucional, como es el caso del «socialismo municipal» de las ciudades del Estado del bienestar, o en los últimos tiempos

---

[19] Ingeborg Flagge y W. J. Stock, *Architecture und Demokratie*, Hatje, Stuttgart, 1992; Deyan Sudjic, *Architecture and Democracy*, Nueva York, Te Neues, 2001.

más allá de Europa en los gobiernos urbanos de coalición de la clase media con los pobres de las ciudades. Pero también mediante el éxito de la protesta en diferentes momentos: paralizando los estragos de la «Car City» en el Atlántico norte desde finales de la década de 1950 hasta la década de 1970 e, incluso, más recientemente, en la oleada de revoluciones urbanas, o denominadas de forma más correcta, debido a su carácter social básicamente ambiguo (pero siempre externo a la clase obrera), en los cambios de régimen extraconstitucionales. También se puede recuperar el poder popular en las ciudades en las que la participación pública en la planificación y el desarrollo urbano está reconocida.

Las ciudades capital son por definición centros de poder político. Pero los desafíos populares provocan que estos también sean a menudo lugares de resistencia, de contrapoder político, que acogen marchas de protesta, al igual que son sedes de los movimientos de oposición, partidos y sindicatos.

La mayor parte de las élites nacionales constitutivas eran capitalistas o precapitalistas, y la impronta que han dejado en su nación y su capital es debidamente tenida en cuenta. Pero también se considera el puro poder económico del capital y de la riqueza ajena a los canales políticos. Esta —la económica— es la segunda fuente de poder a la que debemos prestar atención. En nuestra historia, opera principalmente de dos maneras. Una es su impronta en la organización espacial urbana y en el diseño y el patrón seguido por sus edificios y más específicamente el desarrollado por los rascacielos. La otra se refiere a la exclusividad urbana de la riqueza y de la prosperidad económica tal y como se muestra en la fortificación y la creación de ciudades privadas para los privilegiados.

A determinados niveles, todos los sistemas de poder político necesitan representación, en el sentido de presentación frente al público. El poder requiere una representación pública para ser reconocido, respetado, temido o admirado y así ser obedecido y seguido. Cada nuevo reino de poder se inaugura pública y ceremoniosamente. De manera secundaria, el poder del moderno Estado nación (en particular) necesita de la representación a fin de dar dirección a la propia identidad, pensamientos, memorias, esperanzas y aspiraciones de sus ciudadanos. Esta es la segunda función de la monumentalidad como lo son las banderas, escarapelas, símbolos, carteles y banderolas con eslóganes populares y los llamamientos retóricos a la nación.

El poder económico como tal no requiere representación; el dinero supone una fuerza suficiente en sí misma. Muchas veces es más inteligente dejar que opere en la oscuridad que a plena luz del día.[20] Sin embargo, las

[20] Un ejemplo cómico de esta discreción monetaria es la orden aparentemente dada a los guardas, tanto civiles como uniformados, que protegen la oficina central de Goldman Sachs en el 200 de West Street en Battery Park City en Nueva York, un imponente bloque de rascacielos, si bien

corporaciones y los capitalistas, a menudo, quieren alardear de su riqueza y disfrutar de la admiración que generan sus edificios.

La «representación» posee una connotación de intento, lo que supone una perspectiva demasiado estrecha para lo que estamos intentando hacer aquí. Básicamente nuestro interés radica en las manifestaciones del poder. Las representaciones suponen una parte importante de este último, pero también están las manifestaciones de poder que se producen mediante la ignorancia, el abandono o el rechazo de ciertas áreas o partes de la población, sin olvidar además que las manifestaciones de poder pueden ser de orden y desorden, de capacidad y de incompetencia.

Leer el texto urbano

El poder conforma las ciudades de dos maneras diferentes. Por un lado, las relaciones sociales urbanas son estructuradas mediante la constitución del espacio urbano, en términos de división/conexión, centro/periferia, jerarquía/igualdad y confort/incomodidad/miseria. Por el otro, el poder construye el significado de la vida en la ciudad: las oportunidades y las limitaciones, el sentido y las prioridades de la vida urbana, las identidades en la ciudad, los significados del pasado, del presente y del futuro al que aspira la ciudad y la nación. El texto urbano del poder puede leerse siguiendo estas dos líneas. Las variables principales a las que prestamos atención a menudo son de manera simultánea socialmente estructuradoras y transmisoras de significado.

La organización espacial

La organización espacial urbana es una producción del espacio social, según la acertada afirmación de Henri Lefebvre.[21] En las grandes civilizaciones antiguas, como la india o la china, dicha organización urbana estaba diseñada como una representación cosmológica de la conexión de la ciudad con el orden cósmico. Posteriormente, en la historia europea y en la historia moderna en general, el espacio producido es habitualmente el espacio de las relaciones de poder terrenales. Los elementos básicos del

en absoluto espectacular. Si te acercas a preguntar a alguno de los guardas qué edificio es ese, el diálogo se desarrollará más o menos así: «Un edificio de oficinas», «¿Qué edificio de oficinas?», «Oh, simplemente un edificio de oficinas», «Pensaba que Goldman Sachs estaría por aquí en algún lugar… ¿Sabe usted dónde está?» «No» (conversación grabada el 13 de abril del 2016). Lo cómico de esto es que el edificio aparece indicado como tal en los mapas oficiales de la ciudad y que la dirección se puede encontrar fácilmente a través de Google.

[21] Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Oxford, Oxford Univesity Press, 1991 (1974) [ed. cast.: *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013].

diseño espacial son sus caminos o sus sistemas de calles, la localización de sus conjuntos de edificios; sus «confines» o límites dentro de la ciudad, así como sus fronteras a la no ciudad/la otra ciudad (actualmente borrosos); sus espacios abiertos, sus nodos de circulación, sus áreas, distritos y vecindarios delimitados; y lo que podemos denominar como su modo de orientación, esto es, su concepción del centro-periferia y su uso de la topografía propia como, por ejemplo, un paisaje de altitudes alternas.[22]

No estamos trabajando con métricas variables de poder o con categorías universales claras y delimitadas, y nuestro análisis ha de ser tentativo y contextualizado. Pueden resultar bastante valiosas algunas reglas básicas respecto de dónde empezar a mirar.

¿Qué es lo que constituye el centro de la ciudad, o en las grandes ciudades, a veces, los centros (en plural)? Históricamente, los polos que señalan dos formas totalmente diferenciadas fueron, por una parte, el espacio público abierto, un ágora o un foro (como en las republicanas Roma y Atenas), y, por la otra, un castillo o un palacio (como en Pekín o en Edo/Tokio y en la Europa monárquica) o un templo (como en Tenochtitlán). ¿Cuáles son las funciones del centro/centros? ¿Cómo está/están conectado/s con el resto de la ciudad? A este respecto las principales alternativas heredadas son las estructuras lineales-axiales o las estructuras concéntricas. Es decir, mediante carreteras o vías lineales, como en la antigua China y en las modernas Brasilia, Islamabad y Abuya; o mediante una construcción radial de calles que irradian de un espacio urbano concéntrico como si fuesen un mandala índico, como en la ciudad de Ife de los yoruba o en los europeos y barrocos Versalles, Karlsruhe y San Petersburgo. Que se difuminen estas alternativas de estricta centralidad no hace más que señalar configuraciones de poder más complejas.

El aislamiento del centro respecto de la periferia es una manifestación del poder de exclusividad social. Un ejemplo dramático de esto son, obviamente, las viejas ciudades del apartheid, donde se mantenía a distancia a las clases trabajadoras y sometidas confinadas en los «*township*»,[23] lejos del centro, separados, como en el caso de Pretoria, por zonas yermas y eriales. París ha mantenido una clara barrera entre la ciudad propiamente dicha y sus suburbios o *banlieues*, separados por autopistas construidas sobre los derribados muros de la ciudad.

[22] A este respecto me apoyo en gran medida, por no decir casi exclusivamente, en el capítulo III del libro de Kevin Lynch, *The Image of the City*, Cambridge (MA), MIT Press, 1960 [ed. cast.: *La imagen de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 2015], y en el libro de Spiro Kostof, especialmente los capítulos 3 y 4, *The City Shaped*, Nueva York, Bulfinch Press, 1994, pese a que las preocupaciones de los autores no estuviesen centradas primordialmente en el poder.

[23] Se refiere a las zonas en las que se obligaba a vivir a la población negra y que estaban aisladas del resto; era el equivalente urbano a los bastuntanes (zonas de segregación en las zonas rurales). [N. de la T.]

La regularidad del sistema de calles, por ejemplo en forma de parrilla, y la uniformidad en la armonía de sus edificios demuestran un poder preocupado por la estructura urbana —algo por lo que, por ejemplo, los gobernadores islámicos no estaban preocupados— y capaz de implementar su diseño. La anchura, y a veces la longitud, de las calles es a menudo una manifestación deliberada de poder. Pierre L'Enfant, el diseñador de lo que sería Washington DC, hizo un llamamiento a construir avenidas «proporcionales a la grandeza […] que debe mostrar la capital de un poderoso imperio».[24] El París del Segundo Imperio de mediados del siglo XIX convirtió la construcción de amplias avenidas en una regla para las capitales nacionales y toda ciudad ambiciosa.

Los arqueólogos han prestado atención durante mucho tiempo a los patrones de tamaño de los conjuntos construidos como indicadores de jerarquía y desigualdad. Un ejemplo extremo de diferenciales de la densidad espacial lo ofrece el Nairobi contemporáneo. En 1999 había 360 habitantes por kilómetro cuadrado en Karen y 80.000 en Kibera, lo que señala claramente el poder de unos pocos sobre los muchos.[25] Un indicador similar de poder desigual es la existencia y la extensión de espacio edificado no producido, hablando claramente, las áreas de chabolas en tierra desierta, sin calles, canalizaciones, ni provisión de agua o alcantarillado.

La topografía de las colinas y llanuras se utiliza a menudo como herramienta de gradación del poder. La (elevada) meseta de Abiyán y Dakar, por ejemplo, es el lugar en el que primero se instaló la élite colonial y posteriormente la élite nacional. La *ville haute* o «ciudad elevada» de Bruselas o de Kiev representan históricamente la ciudad del poder religioso y político, mientras que la «ciudad baja» es la ciudad del poder económico secundario de los mercaderes y comerciantes. Pero también podría ser utilizado como un instrumento de integración jerárquica. En el Tokio premoderno, como en la Adís Abeba premoderna, los señores vivían en los altos rodeados de las construcciones de menor altura de su séquito. En Adís, esto aún es visible en sus barrios pobres adyacentes a los modernos edificios de la riqueza y el poder, aunque estén desapareciendo rápidamente.

Otra variable importante de la disposición espacial es la accesibilidad del espacio. Aquí debemos hacer una distinción entre espacio oficial, privado y público: el primero es accesible únicamente a las autoridades propiamente dichas, el segundo solo a los propietarios y el público a todo el mundo. El tamaño relativo y la importancia de los tres puede leerse como una manifestación del poder relativo de un estatus exclusivo, el de la

---

[24] Spiro Kostof, *The City Shaped*, Londres, Thames and Hudson, pp. 199, 209.

[25] Mike Davis, *Planet of Slums*, Nueva York, Verso, 2006, p. 95 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria,* Barcelona, Akal, 2014, p. 127].

propiedad privada y el de la ciudadanía, respectivamente. Recientemente, el poscomunismo ha supuesto una reducción del espacio oficial, y como en la mayor parte del resto de las ciudades capitalistas, ha provocado una expansión del espacio reservado a lo privado, mediante centros comerciales que reemplazan a los mercados públicos (o galerías comerciales) y el uso de cercamientos privados que cortan y dividen el espacio público.

No debería olvidarse que lo «público» puede ser, ha sido y en algunas ciudades aún es, un espacio racializado y sexista.[26] La exclusión racial de áreas públicas se ha prohibido, pero la presencia femenina en público aún sigue estando en disputa en Arabia, el Asia Occidental islámica y en las ciudades hindúes del norte de India.

Funcionalidad

El funcionamiento de una ciudad tiene dos dimensiones principales: la provisión de oportunidades —por encima de todo de dinero y empleo— y la provisión de servicios. En este estudio, la primera se trata parcialmente al centrarnos en las capitales políticas, aunque pese a ello hay razones para señalar las variaciones en sus estructuras socioeconómicas. La extensión y distribución de servicios urbanos, por otra parte, es manifestación directa del poder urbano.

La vida urbana está significativamente estructurada por la accesibilidad y disponibilidad de cierta cantidad de servicios urbanos necesarios. Primero, suministro de agua, saneamiento, electricidad, recogida de basuras y gestión de residuos: ¿son distribuidos, de manera adecuada, para todo el mundo? ¿Y qué decir del alumbrado público, mantenimiento de las calzadas, seguridad y vigilancia policial, reparto del correo? La vivienda, la alimentación y el empleo a menudo se dejan en mano de los mercados: ¿hasta qué punto son regulados y se mantiene un correcto funcionamiento de los mismos? ¿Hasta qué punto es adecuado el transporte público? ¿Están las vías urbanas en buen estado? ¿Son accesibles para todo el mundo y existen en todas las áreas escuelas, hospitales y ambulatorios y tiendas de productos básicos?

Actualmente en la región del Atlántico Norte, el funcionamiento y la accesibilidad a estos servicios se da por garantizada, pero su historia, incluso aquí, es bastante breve. Pude constatar su auténtica importancia

---

[26] Hasta hace poco tiempo, lo «público» y la «esfera pública» habían sido o bien abrumadoramente masculinos o bien exclusivamente masculinos, más allá de algunas poderosas y rebeldes señoras y las anfitrionas de los salones europeos. No obstante, las mujeres desempeñaron un papel crucial en al menos dos de los eventos decisivos de la historia europea en el umbral de la modernidad: en octubre de 1789, cuando una manifestación de airadas parisinas hicieron regresar al rey a París desde su refugio en Versalles, y en Petrogrado en 1917 cuando las manifestaciones de mujeres que exigían pan encendieron la mecha de la revolución de febrero.

gracias a un estudio colectivo sobre las capitales africanas, que en general padecen de un enorme déficit de servicios.[27] Hacia 2005, tan solo un tercio de los hogares de Adís Abeba y Kinsasa disponían de canalización de agua en los alrededores, en Abuya el porcentaje era del 40 %. Solo la mitad de la población de Kinsasa tenía acceso a letrinas o a alcantarillado, en Adís el ratio era menos de uno de cada diez.

La pobreza y el subdesarrollo son una de las razones de la falta de poder real de los poderosos en África. Pero también se trata de una cuestión de prioridades, entre lo que Mussolini denominó una vez tareas de «necesidad» y tareas de «*grandezza*». Históricamente, mientras que el París de Napoleón III y su prefecto Haussmann se convertía en un modelo de grandeza, el Londres victoriano era tanto el pacificador de Europa como el principal exportador mundial de servicios sanitarios y de suministro de agua.

El funcionamiento de los servicios urbanos es actualmente uno de las principales cuestiones de una gran cantidad de ciudades: como por ejemplo el metro de Washington, el transporte público en Bogotá o el suministro de agua y electricidad en Delhi. La exclusividad o la inclusividad del poder urbano pueden calibrarse mediante la funcionalidad de la ciudad.

El diseño de los edificios

El diseño de los edificios puede verse como un aspecto especial de la distribución espacial. Se refiere a la localización relativa y al tamaño de los edificios, especialmente en el centro urbano. ¿Qué tipo de edificios ocupan las localizaciones más céntricas? ¿Cómo se relacionan los edificios centrales entre sí?

Por ejemplo, en toda Latinoamérica, excepto en Montevideo, Bogotá y Brasilia, el palacio presidencial es el edificio más imponente, o el edificio central dominante, empequeñeciendo claramente el edificio del Congreso. En México, hasta hace poco, este era casi un edificio anónimo, y en Chile, en Valparaíso, había sido reacondicionado como hospital. En Ottawa, Washington, Montevideo y Brasilia, por otra parte, el edificio del Congreso o del Parlamento tiene una posición central. En Putrajaya, la nueva capital de Malasia, el edificio dominante es la oficina del primer ministro. Los edificios de los ayuntamientos no suelen tener ningún tipo de prominencia en ninguna capital estadounidense, mientras que son edificios importantes en Tokio, Seúl y Copenhague y en Viena compiten claramente en importancia, y con bastante éxito, con los edificios estatales. Cuando los belgas crearon su capital nacional durante el siglo XIX, el palacio real era más grande que el edificio del Parlamento, que se encontraba justo enfrente, pero el edifico más

[27] Simon Bekker y Göran Therborn (eds.), *Capital Cities in Africa: Power and Powerlessness*, Ciudad del Cabo, Human Sciences Research Council, 2012.

grande era el palacio de Justicia. El principal edificio gubernamental, sea cual sea, suele estar protegido legalmente mediante diferentes reglamentaciones respecto de la altura permitida (como en el caso de Washington DC) frente a la competencia que pudiera suponer la construcción de otros edificios y también se regula la distancia a la que se puede construir. Pero en Tokio el despacho oficial del primer ministro se ve eclipsado por un edificio, sin ninguna identificación clara, que pertenece a una compañía de seguros sin relevancia. Algunas ciudades, como por ejemplo París, no poseen ningún edificio gubernamental representativo central: ¿qué implica eso?

El diseño de los edificios también adopta otras expresiones significativas, como la uniformidad y la armonía o la heterogeneidad no relacionada de los edificios de las calles principales, o el contraste que pueda llegar a haber entre los edificios de las calles principales y los de las calles laterales y los callejones adyacentes o los edificios periféricos. Más aún, existe una notable dimensión temporal. Cuando un régimen se embarca en un programa de construcción, ¿a qué edificios representativos se les da prioridad y cómo se decide dicha jerarquía en tiempo y dinero entre construcciones representativas y utilitarias, entre infraestructura de servicios y viviendas? ¿En dichos programas existen conjuntos reseñables de edificios representativos?

Estos son simplemente unos pocos ejemplos, y antes de dar el paso a conclusiones, lo mejor que podemos hacer es observar estos ejemplos y otros similares, y tomarlos como la primera de todas las cuestiones surgidas, así como de las incitaciones a las preguntas históricas y de contexto.

Arquitectura

La arquitectura es lo que primero capta la vista cuando se mira una ciudad. Tiene dos dimensiones. Una es estética, expresada en estilos históricos o por su iconicidad contemporánea. El estilo escogido está cargado de un significado, al que cualquier académico debe prestar atención. Sin embargo, el significado está históricamente condicionado, mantiene una «dependencia de la trayectoria» (*path-dependence*),[28] que deriva de la experiencia histórica del que sustenta el poder. El estilo gótico europeo del edificio del Parlamento de Westminster es el estilo de los «hombres libres ingleses»,[29]

---

[28] La teoría de la «dependencia de la trayectoria» está basada en la asunción directa de que «la historia importa». Intenta explicar exactamente cómo esta importa a través de estudios sobre los medios y las formas que adoptan las restricciones de comportamiento habituales. Este concepto se utiliza a menudo en estudios basados en un enfoque histórico-institucionalista de la ciencia política que se centra en cómo las instituciones acaban limitando o condicionando la vida organizativa. En economía se utiliza para expresar la idea de que nuestro futuro no solo depende de nuestra situación actual sino también de nuestro pasado. [N. de la T.]

[29] Aquí hace referencia al término que popularizó con sus escritos y prácticas John Lilburne**.** Su principal aportación fue el concepto de *freeborn rights [*derechos de los nacidos libres], que defi-

el estilo gótico del Straßburger Münster (la catedral de Notre-Dame de Estrasburgo) o el Kölner Dom (catedral de Colonia) son *echt deutsch* (propiamente alemanas), el estilo del Ayuntamiento de Viena responde al estilo de las ciudades autónomas dentro de la tradición flamenca. El neoclasicismo es republicano en Washington e imperial en París y San Petersburgo.

La segunda dimensión es política, ya que considera las construcciones como una expresión de la «gramática del poder», tal y como lo ha denominado el teórico de la arquitectura Thomas Thiis-Evensen.[30] Su esquema me ha resultado especialmente útil. En dicha «gramática» se enumeran seis variables de la construcción y sus implicaciones en lo que al poder respecta:

- Clausura: cuanto más cerrado, más inaccesible.
- Peso: el más pesado.
- Tamaño: el más grande.
- Distancia: el más alejado de su entorno inmediato.
- Simetría: el más simétrico.
- Verticalidad: cuanto más alto el edificio, más concentrado y más autoritario será probablemente el poder del que lo ha erigido.

Cinco de los seis indicadores pueden ser interpretados como imposición de respeto, pompa, altivez e incluso arrogancia. La simetría es una expresión de orden, de un centro que dirige el conjunto.

Por tamaño, el poder moderno tiende a verse ensombrecido por el poder antiguo, mostrando una cierta aproximación popular al poder. El *château de Versailles* tenía casi 6,4 hectáreas, el Kremlin en Moscú 27,5 hectáreas y el conjunto del Vaticano unos 44,5 hectáreas, que pueden compararse con las 70 de la Ciudad Prohibida de Pekín, las 91 del Lal Quila (o Fuerte Rojo) de Delhi y las 504 del complejo *er fang* de Chang'an del 200 a. C. Pero la basílica de San Pedro en Roma es mucho más grande que los principales templos de Tenochtitlán, e incluso más que Cuzco. En términos de verticalidad, la Gran Pirámide de Guiza del año 2500 a. C., era la reina de los cielos hasta la llegada de los rascacielos en el siglo XX.[31]

Esta «gramática» no se utiliza en ningún tipo de ejercicios similares a las declinaciones del latín escolar, tampoco para ninguna taxonomía. Es una lista de variables a tener en cuenta cuando observamos edificios y meditamos acerca de su significado.

---

nía como los derechos naturales que todo ser humano tenía por el hecho de nacer, en oposición dialéctica a los derechos que concedía el gobierno o la ley. Liburne fue uno de los miembros más significados de los *levellers.* [N. de la T.]

[30] Thomas Thiis-Evensen, «Arkitekturens makgrammatik», recogido en C. Kullberg Christophersen (ed.), *Maktens Koridorer*, Oslo, Norsk Form, 1998.

[31] Göran Therborn, «Modern Monumentality: European Experiences», recogido en James Osborne (ed.), *Approaching Monumentaliy in Archaeology*, Albany, suny Press, pp. 337 y ss.

Monumentalidad

La monumentalidad está directamente relacionada con la intencionalidad de producir significado. El término latino *monere* significa recordar. A través de los conjuntos de construcciones, estatuas, placas y museos, los monumentos de una ciudad intentan hacernos recordar eventos y personas, transmitir una narrativa histórica particular, urbana y/o nacional. Un edificio referencial, sin una narrativa intrínseca, puede también ser un monumento si nos recuerda la identidad del lugar. Tiananmén en Pekín es una referencia monumental de este tipo y se incluye en el emblema nacional chino. Aunque no forma parte de la heráldica nacional, la puerta de Brandeburgo o la torre Eiffel desempeñan papeles similares en la identidad de Berlín (y de los berlineses) y de París (y de los parisinos).

La monumentalidad a menudo no se tiene en consideración dentro de la petulante ciencia social urbana. Igualmente, la monumentalidad fue desdeñada por la vanguardia arquitectónica modernista y urbana del periodo de entreguerras. Sin embargo, en 1943, tres de las principales figuras del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, el movimiento arquitectónico vanguardista) —el que sería poco después su presidente, Josep Lluís Sert, el longevo perdurable de la organización Sigfried Giedieon y el pintor Fernand Léger— publicaron los «Nueve puntos sobre monumentalidad», en los que se pedía una reconsideración modernista.

> Los monumentos constituyen piedras miliares, en las que los hombres crearon símbolos para sus ideales, sus objetivos y sus actividades [...] Los monumentos son expresión de las más altas necesidades culturales del hombre [...] Están destinados a satisfacer el ansia eterna del pueblo por traducir en símbolos su fuerza colectiva [...] Por consiguiente, los monumentos solo son posibles en épocas en las que han surgido una conciencia y una cultura unificadoras.

A partir del sexto punto los autores basculan hacia una argumentación a favor de una nueva, y modernista, monumentalidad, sin resultar muy concretos en sus argumentos, más allá de la demanda de «materiales modernos y nuevas técnicas», de «elementos móviles» y «proyecciones de color».[32] Con ello evitan contestar a su propia pregunta, es decir, si aún existe «una

---

[32] J. L. Sert, F. Léger y Siegfried Giedion, «Nine points on Monumentality», reimpreso en Joan Ockman (ed.) *Architectures Culture 1943-1968*, Nueva York, Rizzoli, 1993, pp. 29-30 [la traducción de dichos puntos se ha extraído de *URBS Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, vol. 5, núm. 2, pp. 197-206]. El *Architectural Review* (núm. 104, 1948, pp. 117-128) organizó un simposio modernista de altos vuelos sobre la monumentalidad, con Lucio Costa, Siegfried Giedion, Henry-Russel Hitchocock entre otros, en el que el diseñador funcionalista e historiador del arte sueco Gregor Paulsson era el único antimonumentalista: «La intimidad, no la monumentalidad debería ser el objetivo emocional».

conciencia y una cultura unificadoras». Aquí no necesitamos responder a esta cuestión, puesto que la monumentalidad también puede desarrollarse entre conciencias y culturas divididas.

Madrid a finales del 2014 es una buena ilustración de ello. El 15 de octubre de dicho año, el rey de España inauguró en esta ciudad una gran estatua monumental del almirante del siglo XVIII Blas de Lezo. Lo que había comenzado como una iniciativa privada, rápidamente obtuvo el apoyo de la alcaldesa de Madrid entonces de derechas. Esto sucedió justo antes de la crisis catalana; reconocidos nacionalistas catalanes no tardaron en señalar el hecho de que Lezo había tomado parte en el bombardeo (y finalmente en la captura) de Barcelona en 1714. El Ayuntamiento de Barcelona exigió formalmente que se retirara la estatua, a lo que la alcaldesa de Madrid contestó que no accedería bajo circunstancia alguna.[33]

En Budapest durante el mismo otoño del 2014, la opinión liberal se mostraba bastante molesta por el nuevo conjunto monumental en el que aparecía un pájaro monstruoso descendiendo sobre una angelical Hungría, y que conmemoraba la «ocupación alemana» (que tuvo lugar entre marzo de 1944 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial). Dicho conjunto monumental se interpretó, correctamente, como un lavado de cara del régimen reaccionario y antisemita que gobernó Hungría tras 1920 y que se alineó por decisión propia con la Alemania nazi al estallar la Segunda Guerra Mundial.[34]

La monumentalidad puede ser considerada, de hecho, como un buen indicador de la división de un país. La irrupción de las manifestaciones de protesta en Kiev en el otoño del 2013 provocó el derribo de las representaciones de Lenin en la zona rural occidental de Kiev, al tiempo que todavía sobrevivía, si bien con la nariz fracturada, en la capital; a su vez se mantenía erguido al este del río Dnipró, presente en cada plaza principal de todas las ciudades importantes. Tras un exitoso cambio de régimen, Lenin se ve actualmente confinado a la región del Donbáss.[35]

La monumentalidad moderna, en el sentido estrechamente limitado a las estatuas, arcos triunfales, conjuntos tanto alegóricos como de otros tipos, panteones y columnas es de origen greco-romano, a su vez los cuadros procesionales nacieron en la Europa cristiana. Las épocas doradas de la monumentalidad han alcanzado su final —la Roma imperial y el París

---

[33] *El País*, 23 de noviembre del 2014, p. 18 [*https://elpais.com/politica/2014/11/22/actualidad/1416686746_728588.htm*l, consultado en diciembre del 2018].

[34] Véase, p. ej., Kati. Marton, «Hungary's Authoritarian Descent», *The New York Times*, 4 de noviembre del 2014, p. 6 [https://www.nytimes.com/2014/11/04/opinion/hungarys-authoritarian-descent.html, consultado en diciembre del 2018].

[35] Durante el invierno del 2016 se produjo un fallido intento de atentado contra el monumento a Lenin en Donetsk.

del siglo XIX— pero continúa muy presente entre nosotros, y mantiene su capacidad de levantar pasiones ciudadanas. Este repertorio simbólico ha sido exportado en tiempos modernos a otras civilizaciones y la relativa escasez de los mismos en, por ejemplo, Asia oriental, debe ser interpretada dentro del contexto de su ajeneidad. Los mausoleos y las tumbas cargadas de simbolismo son, por otro lado, parte de la herencia de todas las culturas asiáticas.

Toponimia

Los significados urbanos también se construyen a través de los nombres de las calles, plazas, edificios, instituciones, es decir, mediante la *toponimia.* La nomenclatura oficial de las calles era una práctica posmedieval europea. La nomenclatura original, vernácula, mencionaba a los gremios de artesanos y de comercios de cada calle, algunos señalaban su localización natural o hacían referencia a algún pintoresco o conocido habitante del vecindario. Los gobiernos nacionales y los gobiernos locales tenían preocupaciones más representativas.

La primera calle de este tipo de la que se tiene referencia alguna fue probablemente Via Giulia en Roma, que recibió este nombre en honor del gran planificador romano de principios del siglo XVI, el papa Julio II. En Londres, comenzó en tiempos de Enrique VIII, cuando se trazaron y construyeron varias King Street (calles del Rey), ninguna de ellas especialmente grande. En 1765 se aprobó una ley por la cual todas las calles debían tener nombre y este debía estar recogido en una placa.[36] En París, los nombres oficiales empezaron a aparecer en el siglo XVII, al principio solo se referían a la realeza, pero rápidamente empezaron a llevar el nombre de hombres de Estado y altos funcionarios del rey: Colbert, Mazarin, Richelieu. Hacia el siglo XVIII, antes de la revolución, también había calles bautizadas en honor de dirigentes de gremios y líderes ciudadanos, y después de 1728 se aprobó una ordenanza policial por la que todas las calles parisinas debían llevar una placa con su nombre.[37] Durante la década de 1630, la idea de una designación oficial de las calles alcanzó a la nueva (y breve) poderosa capital de Estocolmo cuyo gobierno regente comenzó por autoconmemorarse en la *Regeringsgatan* (calle del Gobierno).

La práctica radió posteriormente a lo largo y ancho del área imperial europea y alcanzó al Pekín republicano,[38] pero nunca caló en Japón, que ha mantenido un sistema de direcciones por bloques. En contraste con la

---

[36] Ben Weinreb y Christhopher Hibbert (eds.), *The London Encyclopedia*, Londres, Papermac, 1993, pp. 444 y ss., 864, 986 y ss.
[37] Jacques Hillairet, *Dictionnaire historique des rues de Paris*, París, Editions de Minuit, 1963, p. 38.
[38] Madeleine Yue Dong, *Republican Beijing*, Berkeley (CA), University of California Press, 2003, pp. 71 y ss.

Europa comunista, el (re)nombramiento de las calles no fue una cuestión importante en la China comunista, aunque sí que se dio en algunos casos. En la década de 1990, el Banco Mundial editó un manual de nomenclatura callejera, dirigido principalmente a África.

En Washington DC la mayor parte de las calles recibe su nombre de los estados de la Unión, de modo que la avenida Pensilvania eclipsa al resto, seguida por Nueva York que conecta Capitol Hill con la Casa Blanca. El actual aprecio estadounidense por la toponimia de los aeropuertos, hospitales, edificios universitarios, etc., parece ser un hecho bastante reciente. Las ciudades estadounidenses fueron pioneras en la utilización profundamente pragmática de numerar las calles o, como en Washington DC, de utilizar letras del alfabeto para identificarlas.

Algunos problemas metodológicos

El significado del texto urbano no puede ser comprehendido en su totalidad a partir del paisaje urbano existente, con indiferencia de cuán aguda sea la visión urbanística. La mayor parte de las ciudades son viejas, lo que significa que están conformadas por distintas capas de disposición espacial y diferentes capas de significado. En la mayor parte de los momentos históricos, las ciudades deben leerse diacrónicamente. Hay que sumergirse en la historia de la ciudad y en los planes de la ciudad, tanto los que no se han llevado a cabo como los que sí. Por lo general, el acercamiento a las ciudades contemporáneas debe hacerse desde una perspectiva de geología cultural. Los textos urbanos deben ser descifrados en los archivos, utilizando el privilegio que los historiadores tienen sobre los arqueólogos.

Oslo ofrece una hermosa ilustración de la necesidad de tener en mente la estructura del tejido histórico cuando se interpreta el paisaje urbano contemporáneo. El edificio principal del Oslo moderno es el palacio Real, construido en el siglo XIX por orden del teniente gobernador del rey sueco, pero el actual centro de poder es el edificio parlamentario, el *Storting,* que se encuentra en la calle principal a los pies del palacio. La configuración de los dos edificios nos informa de un detalle interesante acerca de la transición de la regencia sueca a un gobierno noruego parlamentario, pero resultaría engañoso como guía sobre el poder en la Noruega contemporánea.

Ya hemos señalado y tomado nota de la polivalencia de los estilos arquitectónicos. Pero incluso analizándolas políticamente, las estructuras construidas no siempre son comprensibles desde los puntos de vista de los principios generales de la construcción. La transparencia, por ejemplo, suele ser interpretada como un rasgo de gobierno democrático, y en consecuencia y por eso de arquitectura democrática, tal y como muestra

la imagen que de sí misma representa el complejo parlamentario de la UE. Sin embargo, un ejemplo famoso del modernismo fascista italiano, la *Casa del Fascio*, en Como, construida por Giuseppe Terragni, es una estructura de cuatro pisos con grandes puertas de cristal que dan a la plaza con amplios ventanales, lo que pretendía transmitir la transparencia del fascismo como si fuese una «casa de cristal» en la que «no existía obstáculo alguno entre los líderes y el pueblo».[39]

El poder nacional y el camino hacia los Estados nación modernos

Desde una perspectiva político-cultural de la historia mundial, el auge del poder nacional y de los Estado nación aparece como una importante línea divisoria histórica, la dimensión política clave de la modernidad. En el año 1700, ningún Estado en el mundo afirmaba ser el Estado del poder soberano de una nación. Gran Bretaña, con su audaz reclamación nacional en el siglo XVI,[40] fue gobernada de nuevo, tras un breve interludio republicano, por una monarquía dinástica, y el acuerdo revolucionario de 1688 fue resultado de un compromiso entre dos posicionamientos monárquicos prenacionales. El posicionamiento *tory* afirmaba que «el rey es el origen de toda justicia y autoridad» y el *whig*, que acabó prevaleciendo, decía que, «el rey Jaime II […] al romper el pacto original entre el rey y el pueblo […] había abdicado por ello del gobierno y dejado vacante el trono».[41] Los Países Bajos eran una confederación de ciudades y comunidades locales creada a partir de siete provincia unidas.

Hoy en día, todos los Estados —excepto Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos— se presentan a sí mismos como Estados-nación. Lo que esta transformación planetaria del poder político ha supuesto para las ciudades y para las representaciones urbanas del poder constituye uno de los temas centrales de este libro.

El poder nacional, los Estados-nación y las capitales nacionales son un fenómeno distintivo, que difiere mucho de asuntos mucho más investigados y estudiados, y altamente controvertidos, como son la identidad nacional y el nacionalismo. Las identidades nacionales forman parte del amplio campo de la «otredad» —la distinción del «nosotros» de «los otros»— y como tal, poseen viejas y profundas raíces. El nacionalismo

---

[39] Acerca de Teragini véase más profundamente Aristotle Kallis, *The Third Rome, 1922-1943*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 57, 58, 64 y ss.

[40] Liah Greenfield, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1992; el texto es interesante aunque la autora se muestra interesada principalmente en la identidad nacional.

[41] Citado en Patrick Dillo, *The Last Revolution: 1688 and the Creation of the Modern World*, Londres, Pimlico, 2006, pp. 212, 217.

pertenece al secular campo ideológico de los «ismos» que surgieron en Europa tras la Revolución francesa.[42]

El poder nacional supone una concepción de poder legítimo, que rompe con los conceptos previos de «la Gracia de Dios», el «Mandato Divino», de la descendencia —ya sea de la dinastía principesca o de las *regimentsfähigen Familien* («familias preparadas para mandar» tal y como eran denominadas en los cantones suizos)— o de los linajes antiguos como el de los ancianos tribales. La independencia nacional respecto de los imperios comenzó en el continente americano hace unos dos siglos y se ha convertido en uno de los rasgos principales de la historia del siglo XX. Es en este sentido que el poder nacional supone el núcleo principal de la extensa transformación cultural que llamamos modernidad. Básicamente la nación era la población de un territorio, la soberanía nacional, su derecho a gobernar. Durante mucho tiempo esta población consistía, como mucho, en sus hombres adultos, no dependientes, quienes prepararon el terreno para las subsecuentes luchas que se desarrollarían en torno al concepto de nación. Un Estado nación es la institucionalización práctica del poder nacional. En términos urbanos, la lucha por el poder nacional estaba centrada en transformar la principesca ciudad *Residenz*,[43] la oligárquica ciudad mercantil, el centro religioso (por ejemplo Roma) o los centros de poder imperial/colonial en capitales nacionales. En los *White Dominions* del Imperio británico las capitales nacionales se construyeron como substitutos políticos de las capitales coloniales.

Modernidad, Estado nación y sus cuatro rutas históricas principales

El término «modernidad» puede ser utilizado como una abreviatura de cultura actual o reciente. En las artes ha pasado a designar el reinado de un estilo o de una postura «moderna». En sociología se ha importado para etiquetar un proceso social (ampliamente predefinido). En el latín posclásico *modernus* no significa más que «actual, de hoy en día». En mi opinión, los conceptos deberían ser algo más que una mera etiqueta. Deberían desatar la curiosidad, estimular nuevos temas de investigación. Los conceptos deberían actuar como palancas que impulsan el aprendizaje. Los conceptos deberían aprovecharse.

Hacer uso de los conceptos moderno y modernidad llevaría así a preguntar: ¿qué significa ser moderno? ¿Cómo y cuándo puede ser interpretado un periodo como modernidad? ¿Deberían dichos periodos ser especificados por dominios socioculturales y/o por áreas territoriales?

---

[42] La vasta literatura en estos temas puede considerarse resumida en las contribuciones clave hechas por, en orden alfabético, Benedict Anderson, Ernest Gellner, Eric Hobsbawm y Anthony Smith.

[43] Sobrenombre con el que se conoce el antiguo palacio real en Múnich de los reyes y duques bávaros y que se utilizó como tal entre 1508 y 1919. [N. de la T.]

En mi opinión, la mejor definición, y menos idiosincrática, de lo moderno es la que no está encadenada a la tradición, la que no está atada a la sabiduría de nuestros padres, al talento de nuestros maestros, a la antigua autoridad. Ser moderno es una *orientación cultural temporal* del presente hacia el futuro, nada más y nada menos.

Una cultura moderna sería, por tanto, una cultura en la que esta orientación temporal es predominante, la modernidad una época de dicho predominio. En lugar de colocar una etiqueta a lo que estamos observando y sobre lo que estamos escribiendo, nos veríamos confrontados por unas cuantas cuestiones, y ninguna de ellas tendría una respuesta evidente: ¿cuándo apareció la modernidad? ¿De distintas maneras en diferentes esferas culturales, en la ciencia, en diferentes artes, en distintas concepciones de la historia, de la política, de la economía, de la vida familiar? ¿Tuvo lugar de manera variada y en diferentes lugares del mundo? De ser así, ¿los distintos senderos a la modernidad afectan a la actual vida social y cultural?

Con suerte, la ventajas de considerar la modernidad no como los «modos de vida social que surgieron en Europa a partir del siglo XVII»,[44] sino como algo que debe ser descubierto y especificado, surgirán de preguntas parecidas a las de más arriba. Aquí debemos concentrarnos en tres temas: primero, la aceptación de que la modernidad se abre paso en diferentes dominios socioculturales y en momentos temporales distintos, por lo que en una perspectiva global comparativa, ¿hay alguna irrupción sectorial que pueda ser considerada más importante que otra y que por ello sea considerada como referente? Aquí afirmo que la modernidad del poder político, del sistema político, es la variable decisiva por su capacidad intrínseca para afectar al resto de ámbitos socioculturales. Sin embargo, el impacto del poder político moderno en el tradicionalismo o la modernidad de una sociedad puede ser fuerte o débil, rápido o lento. También existe una razón pragmática para ello: el cambio político tiende a estar repleto de incidentes y por eso resulta mucho más fácil forzar una fecha que un cambio económico.

Segundo, entonces, ¿qué es un sistema político moderno? La respuesta, con fines analíticos antes que ideológicos, es mejor que no se sopese en función de rasgos institucionales particulares, derivados por lo general del país de origen del académico o, en ocasiones, de un país ideal. Una respuesta sencilla, directa y no apriorística es el *Estado nación*. Ciertamente, las naciones a menudo remiten a su pasado, pero cuando surgen, las políticas de la nación aseguran el poder del presente frente al pasado. El Estado nación es un cuerpo autoconstruido que exige su autogobierno en un futuro abierto, no prescrito, sin ataduras con el pasado del que procede, que suprime o deja de lado los derechos de los príncipes, sea cual sea el

---

[44] Anthony Giddens, *The consecuences of modernity*, Stanford, Stanford University Press,, 1990, p. 1.

título que ostenten, rechaza los poderes coloniales y trasciende los derechos tradicionales y los poderes de los ancianos tribales o de las oligarquías urbanas hereditarias.

Tercero, ¿puede la llegada de la modernidad política ser un tipo global, analíticamente manejable, y al mismo tiempo justificado en términos empíricos? Lo que aprendí, mientras estaba realizando un estudio global acerca del desarrollo del derecho al voto,[45] es que había cuatro caminos principales hacia la modernidad, definidos por las líneas de conflicto por y en contra de lo nuevo, entre modernidad y tradición, entre modernidad y antimodernidad. Estas trayectorias pueden distinguirse en términos analíticos generales y en consecuencia pueden usarse no solo para seleccionar grupos de países sino también como tipos ideales, de los cuales dos o más de ellos pueden haber sido desarrollados en un país en particular.

¿Cómo se generó la nueva política cultural? ¿De modo interno, en la propia sociedad, o es algo impuesto o exportado desde fuera? ¿Quienes fueron las fuerzas de lo nuevo? ¿Un nuevo estrato dentro de la sociedad existente, una fuerza externa o parte de la vieja élite doméstica? ¿Dónde estaban las fuerzas principales de la antimodernidad, de la autoridad tradicional y de la sumisión, fuera o dentro de la sociedad?

En este orden de ideas podemos distinguir entre cuatro configuraciones conflictivas principales existentes en el mundo. Estas surgieron como generalizaciones empíricas, pero también pueden ser usadas como tipologías ideales, especialmente en tanto pueden ser situadas dentro de una lógica de propiedad espacial.[46] Esta posibilidad ha funcionado sobre todo en dos grandes casos híbridos: Rusia y China. Pero las cuatro principales trayectorias a la modernidad fueron abiertas de las siguientes maneras.

Tabla 1. Trayectorias de la modernidad / a través de la modernidad según la localización de las fuerzas y culturas: a favor y en contra

Fuerzas pre/antimodernizadoras	Fuerzas promodernizadoras		
	Internas	Externas	
Internas	Europa	Impuestas Zona colonial	Importadas y aprendidas Modernización reactiva
Externas	«Nuevos Mundos» (Estados colonizados)		

Nota: Los países cuya modernización ha sido reactiva, o inducida externamente, incluyen Japón, la China de la dinastía Qing, el Imperio otomano/Turquía y Siam/Tailandia

[45] Göran Therborn, «The Right to Vote and the Four Routes to/through Modernity», en Rolf Torstendahl (ed.), *State Theory and State History*, Londres, SAGE, 1992, pp. 62-92.
[46] No todas las combinaciones lógicas han sido empíricamente significativas.

La nueva orientación hacia el futuro adoptada durante los últimos siglos surgió primero en Europa, pero no como una emanación natural de la civilización europea sino a raíz de los conflictos internos, principalmente del noroeste de Europa, incluyendo las guerras provocadas por los imperios europeos de ultramar. En otras palabras, la trayectoria europea fue la de la guerra civil, en la cual se enfrentaron las fuerzas de la razón, la Ilustración, los conceptos de nación/pueblo, innovación y cambio, contra aquellas de las verdades eternas de la Iglesia, de la sabiduría sublime y de la belleza de la antigua filosofía y el arte, de los derechos divinos de los reyes, de los antiguos privilegios de la aristocracia y de las costumbres de padres y abuelos. Estuvo relacionada con el auge del comercio, el capital y la industria construidos sobre la acumulación colonial de ultramar.

Desde una perspectiva global, sobresalen dos aspectos de las naciones europeas. Uno es su anclaje en la historia territorial y popular, al margen de los bienes patrimoniales del poder principesco. El otro es su distintiva y pesada carga cultural, con la lengua hablada como punto clave de ello. La estandarización y homogeneización de la lengua nacional fue un asunto crucial de los programas políticos nacionales, de «hacer italianos» y de convertir a los «campesinos en franceses», tal y como lo decía el hermoso libro de Eugene Weber.[47] La creación de una lengua nacional mediante la selección dialéctica y la codificación gramatical y ortográfica pasó a ser una de las principales tareas de los intelectuales de las naciones pequeñas europeas durante el siglo XIX, de los Balcanes a Noruega. Donde se logró, los idiomas minoritarios fueron expulsados del ámbito de la cultura nacional.

Los Estados colonizadores del continente americano tuvieron que crear nuevas naciones, las cuales mitológica y emblemáticamente recurrieron, por supuesto, a ejemplos históricos en tanto sus recursos simbólicos —el antiguo republicanismo europeo en el caso de los Estados Unidos, experiencias católicas y precolombinas históricas (como por ejemplo inca y azteca) para las clases altas en Hispanoamérica—, si bien no se sustentaban en ninguna historia territorial ni etnocultural, al tiempo que compartían su lengua con la metrópolis colonial.

Lo más llamativo del Nuevo Mundo fue su concepción de la *nación como un club,* para el cual se podían y debían reclutar miembros. La búsqueda de inmigración proveniente de Europa fue una aspecto principal de la formación de la nación. «Gobernar es poblar», dijo Juan Bautista Alberdi, un destacado político y constitucionalista argentino del siglo XIX.[48] En especial en el discurso latinoamericano —en Brasil, por ejemplo, también sucedió

---

[47] Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1976.
[48] Nayan Chanda, *Bound Together: How Traders, Preachers, Adventurers, and Warriors Shaped Globalization*, New Haven (CN), Yale University Press, 2007, p. 165.

del mismo modo que en Argentina— a este reclutamiento de miembros del club se le calificaba siempre como «blanqueamiento» o «civilización» de la nación.[49] Durante mucho tiempo, solo las personas extranjeras, descendientes de europeos, fueron consideradas como ciudadanos de pleno derecho de las nuevas naciones de las Américas y de Australia.

Las naciones de las zonas coloniales constituyen una tercera variedad, *las naciones identificadas como excolonias*. No existían territorios históricos, no había pueblos originarios, solo fronteras coloniales. En una extraña y prudente decisión, los líderes nacionalistas africanos decidieron aceptar esos límites independientemente de lo arbitrario y culturalmente divisorios que fueran. Sin embargo, Ali Jinnah no los aceptó, y la India británica, que era mucho más grande que cualquier otro Estado precolonial que hubiera existido en el subcontinente, provocó la fractura que dio lugar a la India —que Nehru se negó a denominar «Hindustán»—, Pakistán y Bangladesh, a través de terribles pogromos y de guerras de separación.

El mantenimiento del idioma colonial es presumiblemente el legado más ostentoso de la trayectorial colonial a la modernidad, con sus consiguientes relaciones, complicadas y jerárquicas entre nación y cultura, aun cuando la lengua colonial sea práctica en el caso de naciones multilingües, como en el caso de Nigeria, que posee, según diferentes estimaciones, entre 400 y 500 idiomas diferentes,[50] o India donde al menos existen 122 idiomas diferentes, según las estimaciones de un reciente análisis del censo lingüístico.[51]

La idea europea de que una nación se define por su idioma no podía aplicarse a las excolonias. Cuando se hizo tuvo resultados desastrosos, como en el caso de Pakistán, que desde 1952 separó amargamente el este bengalí del Pakistán occidental bajo el impulso de sus líderes, defensores del urdu, donde además el híbrido mogol del urdu tampoco era la lengua materna de la mayoría de la población.[52]

---

[49] Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Ciudad de México, Pormaca, 1965, vol. I, pp. 65 y ss., 103 y ss.; Antonio Annino y François-Xavier Guerra, *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2003.

[50] A. Simpson y B.A. Oyètádé, «Nigeria: Ethno-Linguistic Competition in the Giant of Africa», en Andrew Simpson (ed.), *Language and National Identity in Africa*, Oxford, OUP, 2008, p. 172.

[51] Lincoln Mitchell, *The Color Revolution*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 2012, cap. 7. Las únicas excepciones se desarrollaron en áreas en las que existía un comercio precolonial interlingüístico, como en el archipiélago indonesio, donde se desarrolló una *lingua franca* malaya, rebautizada a mediados del siglo XX como *bahasa indonesia* por los nacionalistas (véase Benedict Anderson, *Language and Power*, editado por Ithaca Cornell University Press, 1990, parte II); o como en África oriental, Tanzania y Kenia donde se desarrolló, aunque con menos éxito, el suajili, un lenguaje bantú, a raíz del comercio con los países árabes y que fue adoptado como idioma nacional, junto con el inglés y los idiomas locales. Chege Githiora, «Kenya: Language and the Search for a Coherent National Identity», y F. Topan, «Tanzania: The Development of Swahili as a National and Official Language», recogidos ambos trabajos en Andrew Simpson (ed.), *Language and National Identity in Africa*, Oxford, OUP, 2008.

[52] Tariq Rahman, *Language and Politics in Pakistan*, Oxford, Oxford University Press, 1997, cap. 6.

Un legado habitual del anticolonialismo es el fuerte nacionalismo que constituye la decisiva política de masas moderna. La cultura poscolonial también tiende a estar claramente dividida entre cultura de masas y cultura de élite. La élite cultural normalmente se maneja en el idioma del anterior poder colonial, un idioma que no conoce la mayoría de la población. En la ciudad capital, se suele reproducir la división colonial, la élite poscolonial se hace cargo de los edificios oficiales, las mansiones y las villas de los colonizadores. Las prácticas administrativas coloniales suelen mantenerse, pese a que a menudo se ven subvertidas por la corrupción y/o la falta de recursos estatales.

Las autoridades y rituales tradicionales tienden a persistir, recurriendo tanto a la institucionalización colonial como a sus credenciales nacionales. Pese a su utilización en el gobierno colonial indirecto, los líderes tradicionales a menudo fueron incorporados al nacionalismo anticolonial moderno. El programa fundacional (de 1948) del Convention People's Party [Partido de la Convención Popular] de Ghana, por ejemplo, exigía como su principal objetivo la «independencia para el pueblo de Ghana y sus *Odikros* (gobernantes tradicionales)».[53] El nacionalismo malayo moderno, tal y como se cuenta en el museo nacional Tunku Abdul Rahman Memorial en Kuala Lumpur, nació tras la Segunda Guerra Mundial como protesta contra los planes británicos de reducir los poderes de los gobernantes tradicionales e instituir una ciudadanía colonial igual para malayos, chinos y tamiles. Por otra parte, la India independiente suprimió los Estados principescos de la India.

La nación de la modernización reactiva viene del *ámbito premoderno*, definido por el deseo del príncipe, el emperador, el rey o el sultán. Así era como lo veían los exitosos modernizadores del Japón de la dinastía Meiji, del mismo modo que lo hicieron los menos exitosos gobernadores de Siam (actualmente Tailandia), y de Abisinia y de los rápidamente derrotados modernizadores de la Corea de la dinastía Joseon, la China Qing y el Imperio otomano. Se trata de un legado histórico de gobierno, sinónimo de su dinastía gobernante, que a menudo (aunque no en Japón) otorgaba a este reino su nombre cotidiano. La tarea moderna aquí no consistía en la emancipación nacional sino en transformar un reino en una nación. En Japón esto se vio facilitado en gran medida por la gran homogeneidad étnica del país y la baja prominencia de las religiones correspondientes. La medida de unificación nacional más importante fue la abolición de los señoríos feudales, los *daimio*, que devolvieron sus tierras «al emperador». Los modernizadores Meiji construyeron una nación japonesa moderna

[53] D. Z. Poe, *Kwame Nkrumah's Contributions to Pan-Africanism: An Afrocentric Analysis*, Londres, Routledge, 2003, p. 94.

alrededor de la simbología y el misticismo del emperador, cuyo estatus, aunque no su poder, se fueron exaltando cada vez más según progresaba el proceso modernizador, proceso que culminó en la década de 1930 y durante la guerra del Pacífico.

En Japón y en Tailandia en el siglo XXI, el monarca es un icono nacional sublime, frente al cual incluso la deferencia y los protocolos británicos palidecen como si fuesen meras celebridades ciudadanas; pero es un icono de la nación, no el propietario de la tierra. El gran modernizador de Siam, el rey Chulalongkorn (Rama V), se ha convertido incluso en una figura de devoción religiosa, tal y como pude percibir en 2007 frente a su estatua ecuestre en Bangkok.

El lenguaje y cultura nacionales no eran asuntos primordiales. Eran realidades existentes en el reino, pese a ello el estatus de la civilización y cultura chinas se vio afectado por las recurrentes derrotas de China. Se convirtieron en asuntos primordiales cuando la nación turca sucedió al Imperio otomano.

Las capitales nacionales, que surgieron de la emancipación del colonialismo y de la modernización reactiva, tienen ambas una tendencia a la dualidad, yuxtaponiendo abruptamente elementos urbanísticos de civilizaciones diferentes; si bien la combinación hegemónica es diferente. El centro de la ciudad colonial fue construida por los conquistadores y después fue absorbido por los excolonizados, reproduciendo de facto la característica dualidad de la ciudad colonial. El centro de la modernización reactiva —habitualmente el palacio principesco y sus alrededores— permanecieron en manos nativas, aunque «modernizadas» mediante la importación extranjera de estilos y comodidades. Parafraseando la doctrina del socialismo real, podemos decir que era extranjera en su forma y nativa en su contenido.

Los dos grandes híbridos

Las rectas lineas de las tipologías ideales académicas rara vez son capaces de capturar la sinuosa trayectoria de la historia. En la historia de la modernidad hay dos grandes híbridos que pesan enormemente en los mundos de los siglos XX y XXI: Rusia y China. Rusia formaba parte de Europa desde los tiempos en los que esta última aún estaba subsumida bajo el prisma de la cristiandad. En el siglo XV, un príncipe moscovita se casó con una princesa bizantina e invitó a arquitectos italianos al Kremlin para reforzar la afirmación de que la ciudad era una Tercera Roma. Pedro I había entrado en contacto con el mundo moderno en los Países Bajos y a finales del siglo XVIII la corte de Catalina II formaba parte de la Ilustración francófona; fue el lugar en el que se cobijaba Denis Diderot como *filósofo* de la corte.

En el siglo XIX, la Rusia zarista se convirtió en la precursora europea de la Guerra Fría contra Estados Unidos, el *gendarme* de último recurso frente a cualquier rebelión contra el *statu quo*. Dentro de Rusia también se desarrollaron las poderosas corrientes del movimiento obrero europeo de aquel momento, la social democracia marxista.

Sin embargo, Rusia era también una zona subdesarrollada de Europa, y su élite gobernante, de Pedro I a Lenin, era consciente de ello. La modernización reactiva —que alcanzó a sus inventivos enemigos— constituyó la segunda parte, crucial, del camino ruso a la modernidad, de la utilización del poder absoluto de Pedro para construir la ciudad de San Petersburgo en lugar de Peterhof como réplica de Versalles, a las concepciones del socialismo de Lenin y Stalin como electrificación o industrialización vertiginosa.

La China imperial de la dinastía Qing intentó durante su último periodo llevar a cabo cierta modernización reactiva, sin mucho éxito, como puso de manifiesto la devastadora invasión imperialista de Pekín en 1900. Aun así, China nunca fue, propiamente dicho, colonizada; nunca fue gobernada por un general-gobernador extranjero. Solo fue colonizada parcialmente: sus puertos principales fueron en gran medida «concesiones» imperialistas, al tiempo que una de las fuentes primordiales de los ingresos públicos, las aduanas, se pusieron bajo control de un consorcio interimperialista.

El carácter híbrido de China incluía un tercer componente, no elegible, un producto de la movilización y la estructuración de clases europea. El Partido Comunista de China ha sufrido múltiples mutaciones, pero lo definitivo de su exitoso carácter de organización de clase marxista deriva de Europa y del movimiento obrero europeo, transmitido por el Comintern (la Internacional Comunista) en la década de 1920.

Mientras que la Turquía posotomana puede verse como el último caso de modernización reactiva, tras los tímidos y fracasados intentos de sultanato, Egipto, una importante área autónoma del imperio, experimentó la mutación de la extravagante modernización jedivata[54] con lazos semicoloniales.

Resumiendo

Los Estados nación constituyeron puntos de inflexión en la modernidad, creando un espacio político de horizontes abiertos para la acción, independientemente de si esa nación se considerase o no enraizada en

---

[54] El jedivato de Egipto era un Estado autónomo, creado y gobernado por la dinastía de Mehmet Alí tras la derrota y expulsión de las fuerzas de Napoleón Bonaparte, tributario del Imperio otomano. Ismail intentó acabar con la dependencia económica a la que le había arrastrado el gobierno egipcio, encabezado por el ministro Nubar Pasha, a la vez que desarrollaba una agresiva política nacional. Bajo su gobierno se construyeron 112 canales y 400 puentes. [N. de la T.]

un territorio y cultura ancestrales. En el centro mismo de la concepción y nacimiento de la nación, los Estados-nación surgieron a partir de constelaciones de poder muy diferentes, siguiendo su propia estela de desarrollo. Sus ciudades capitales han variado por ello, de maneras que nunca se han explorado sistemáticamente.

Hubo cuatro rutas principales hacia el Estado nacional:

1. El camino europeo: sobredeterminado exteriormente, reforma o revolución internas.
2. Los «Nuevos Mundos» de los colonos europeos y su independencia de la madre patria: superación de las tradiciones europeas.
3. El camino colonial a la independencia: utilizando la modernidad colonial contra los colonizadores.
4. Modernización reactiva desde arriba: la defensa del reino bajo un prisma diferente frente a los nuevos cambios.

Estos caminos también pueden verse como trayectorias ideales tipo, que pueden combinarse en algunos países determinados. Los dos centros principales del comunismo del siglo XX —Rusia y China— fueron los dos grandes híbridos de la formación moderna de Estados. Mi hipótesis es que esta hibridación nación/modernidad resultó crucial para las victorias del comunismo en Rusia y en China, pero esa es otra historia.

Más aún, las nuevas ciudades capitales dan fe no solo del contexto de la formación del Estado nación, sino también de su proceso político, ya fuese gradual o mediante una ruptura. ¿El Estado nación surgió de un conflicto y de una ruptura violentas, de una revolución, una guerra civil, una guerra de independencia, o se desarrolló y creció a partir de una acumulación de cambios graduales de poder o, alternativamente, mediante una transferencia negociada?

En el próximo capítulo vamos a investigar la constitución y construcción de las principales capitales de acuerdo con las cuatro líneas principales de formación. Posteriormente echaremos un vistazo a cómo los momentos de desafío popular y global a las élites nacionales han aparecido en capitales nacionales con orígenes constitutivos diferentes. Los híbridos de Moscú y Pekín se examinarán en capítulos especiales sobre la llegada y desarrollo del comunismo.

II
FUNDACIONES NACIONALES: EUROPA, LA TRANSFORMACIÓN DE LAS CIUDADES PRINCIPESCAS

Europa fue pionera en la ruptura moderna con las autoridades, sabidurías y cánones estéticos pasados. En el contexto global, no obstante, el aspecto más chocante de las ciudades Estado europeas y sus capitales es la continuidad tanto histórica como territorial, idiomática, religiosa, artística, arquitectónica y urbanística. Esta paradoja del primer modernismo combinado con un conservadurismo de facto se explica básicamente por el imperialismo europeo. Europa fue la única parte del mundo que no fue conquistada, aplastada o fatalmente amenazada y humillada en su premodernidad. Por eso, su trayectoria premoderna y su legado importaron más que el de las capitales que siguieron otras trayectoria nacionales. Respecto de las ciudades, esta trayectoria, este telón de fondo histórico, tenía dos rasgos principales: un sistema urbano y un modelo de urbanismo particular, y un repertorio de lenguaje arquitectónico y de formas simbólicas que habían evolucionado históricamente.

El núcleo de la civilización europea fue, en un sentido específico, singularmente urbano; se desarrolló en ciudades soberanas, en ciudades Estado que formaban parte de los sistemas regionales de intercambio, rivalidad, competición, guerra y alianza. Las ciudades Estado también se desarrollaron en otros continentes, pero en ningún otro lugar constituyeron sistemas políticos y culturales cuyo significado fuera comparable. Ciudades Estado fueron la antigua Grecia, a la que le sucedió la antigua Roma, una ciudad que construyó un imperio; Bizancio, otra ciudad que sostenía un imperio; tras el colapso de los poderes urbanos de la Antigüedad, la civilización antigua revivió en Florencia y en el resto de las ciudades Estado del Renacimiento.

Las ciudades europeas constituían entidades político-legales distintivas, caracterizadas por la condición cívica, *Bürger* en idioma alemán, los derechos de los hombres libres.[1] Incluso cuando no se trataba de Estados soberanos, las ciudades y pueblos europeos habitualmente poseían instituciones de autogobierno colectivo, representadas en las ciudades grandes

[1] El estudio clásico de la ciudad europea singular y autónoma fue desarrollado por Max Weber dentro del extenso apartado que le dedica en su *Economía y sociedad*.

y ricas por los magníficos edificios de la municipalidad. Poseían sus propios sistemas legales que se extendían alrededor de las redes urbanas desde núcleos específicos, como por ejemplo la legislación de Magdeburgo hacia el este, como Kiev entre otros, y la legislación de Lübeck, en dirección norte, hasta las ciudades bálticas. Un elemento clave del modelo urbano europeo era el espacio público central, el *agora* griego, el *forum* romano, la *piazza* italiana, la *platz* alemana, la *ploshchad* rusa.

La arquitectura de la Antigüedad de Grecia y Roma definió el clasicismo en la construcción europea. Era una forma de lenguaje que, pese a sus altibajos dentro de los ciclos del gusto, nunca desapareció de la arquitectura europea —ni la de los que emigraron ultramar— hasta la victoria a mediados del siglo XX del movimiento moderno. Pudo incluso fusionarse con el modernismo, como es el caso de los mejores ejemplos de arquitectura fascista: por ejemplo, el EUR, el complejo de instalaciones construido en Roma para la Exposición Universal que jamás llegó a tener lugar. De hecho, el nacionalismo moderno, y por encima de todo el simbolismo de los revolucionarios franceses y de Napoleón, tiró de forma mucho más fuerte de la herencia clásica que el *Ancien Régime* que lo precedió en busca de magnificencia, esplendor, apariencia, nomenclatura: el templo de la Razón, el Campo de Marte, el Panteón y, dentro de la arquitectura monumental, la columna Vêndome y el Arco de Triunfo. Los nuevos Estados Unidos fueron causa en gran parte del denominado resurgimiento griego, tal y como testifican los edificios públicos de Washington DC. La arquitectura europea premoderna desarrolló todo un repertorio de estilos, que durante el siglo XIX se combinaron en lo que se conoció como historicismo o eclecticismo. Aparte del clasicismo, el elemento más importante del repertorio era el gótico medieval de la «era de las catedrales» francesas. Y este vivió una poderosa recuperación en la era nacionalista.

Antes de las naciones

El Estado nación europeo paradigmático se desarrolló a partir del Estado nacional preexistente, su capital evolucionó a partir de la extensa historia prenacional.

Pese a que nuestra historia propiamente dicha comienza con los Estados nación y las capitales nacionales, dado el fuerte legado prenacional en la mayor parte de Europa, nos puede resultar útil hacer un breve repaso a la historia anterior.

La Iglesia, la tierra, la ciudad y el rey condensan la prehistoria de los Estados nación y de las capitales nacionales. La Iglesia fue el vehículo

decisivo de la herencia clásica en la Época Oscura. El panteón clásico, construido bajo el Gobierno de Agripa, justo antes de la era cristiana y reconstruido por Adriano alrededor del 130 d. C., fue consagrado como una iglesia dedicada a la Virgen María y a todos los mártires en el año 609. Cuando los papas comenzaron a reconstruir Roma tras su regreso desde Aviñón (a finales del siglo XIV), una de sus contribuciones fue añadir una estatua cristiana y/o una inscripción acerca de sí mismos en las columnas imperiales. Dos ejemplos famosos son las columnas de Trajano y de Marco Aurelio Antonio (en lo que ahora es Piazza Colonna), coronadas posteriormente con unas estatuas de San Pedro y San Pablo respectivamente y una inscripción conmemorando la contribución del papa Sixto V.

La Iglesia fue el gran constructor de monumentos tanto en la Edad Media como también posteriormente, desde la Roma renacentista y barroca hasta el Londres del siglo XVII después del Gran Incendio. La catedral de Notre Dame, la abadía de Westminster y posteriormente la catedral de San Pablo, la catedral de San Esteban y la basílica de San Pedro fueron construcciones inigualadas por las construcciones modernas de París, Londres, Viena y Roma. Como también lo fue la iglesia de Matías Corvino en Budapest. El Escorial a las afueras de Madrid era tanto un monasterio como el más impresionante de los palacios reales. Solo el Kremlin de los zares moscovitas y el edificio de la municipalidad de los ricos mercaderes de la provinciana Bruselas exhibieron un poder y riqueza secular tan abrumador.[2] Berlín no era una ciudad medieval significativa y solo durante el siglo XVIII se convirtió en una ciudad arquitectónicamente ambiciosa. En otras palabras, Berlín no tuvo un centro de monumentalidad premoderno importante, pero tenía el castillo de Hohenzollern, los electores de Brandeburgo-Prusia.[3]

La Iglesia organizaba los rituales colectivos, de la misa a las coronaciones y los funerales regios; los edificios eclesiásticos proporcionaban el espacio más importante para el homenaje y el recuerdo de figuras importantes: reales, de aristócratas e incluso algunas veces poéticas tumbas, bustos y estatuas.[4] La londinense abadía de Westminster, de los tiempos de los Tudor y la catedral de San Pedro han acogido, probablemente, una mayor cantidad y una variedad más amplia de monumentos conmemorativos que la mayor parte de las principales iglesias de Europa.[5] En general, las tumbas

---

[2] El inmenso Kremlin contenía varias iglesias en su interior.

[3] En Suecia, en Uppsala, a unos 80 kilómetros al norte de Estocolmo, estaba la capital eclesiástica, con la catedral que la coronaba, permitiendo así que el castillo real dominase el centro político.

[4] La Poet's Corner de la abadía de Westminster de hecho fue denominada e institucionalizada como tal en el siglo XVIII, pese a que, por ejemplo George Chaucer, ya en 1556 disponía de un monumento a su memoria. Nikolaus Pevsner, *London I: The City of London*, Pevsner Architectural Guides, New Haven (CN), Yale University Press, 1957, pp. 383 y ss.

[5] Esta es mi conclusión provisional a partir de comparar mis propias impresiones superficiales con la extensa investigación de Nikolaus Pevsner, Ibídem, pp. 122 y ss., 360 y ss.

tuvieron un lugar importante en la monumentalidad dinástica, pero donde más famosa fue dicha monumentalidad es en Saint-Denis, en Westminster y en la vienesa *Kapuzinergruft* (Cripta Imperial) de los Habsburgo.

En algunas ocasiones —y frecuentemente en la Roma papal— el paisaje de la ciudad estaba también adornado con estatuas de santos y monumentos votivos, como las columnas Marianas o de la Santa Trinidad (o columnas de la Plaga) erigidas a principios del siglo XVIII en Viena y en Buda (actualmente parte de Budapest), o la iglesia de san Carlos Borromeo en Viena, construidas todas ellas en agradecimiento por ser liberadas de la plaga.[6] En el siglo XVII, Cristopher Wren no solo construyó una nueva catedral de San Pablo sino también otras cincuenta iglesias en la ciudad de Londres.[7]

La Roma papal, desde su auge hasta el final de su esplendor, contribuyó con dos nuevos ejemplos a la monumentalidad urbana, además de la catedral de San Pedro. Uno fue la recta carretera axial con su larga vista urbana, la Vía Pía, que va desde el Quirinale hasta la puerta Pía, construida entre el 1561 y el 1562, anticipándose a la más amplia avenida Nevsky, los Campos Elíseos y el resto de avenidas similares que se construirían mucho más tarde.[8] La segunda fue la grandiosa plaza frente a San Pedro, capaz de recibir a majestuosamente a los cientos de miles de peregrinos que llegan a Roma. Esta adquirió su forma final con la columnata diseñada por Bernini alrededor de la década de 1660, convirtiéndose casi de forma indiscutible en el espacio público monumental más elegante del mundo.

El auge de las capitales territoriales

Antes de que pudiera surgir alguna forma de urbanismo monumental importante, tenía que existir previamente una capital. La Edad Media europea comenzó con una rerruralización masiva de la vida política y social. La idea de una ciudad capital se abandonó.[9] Incluso el más grande de los gobernantes de principios del medievo, Carlomagno, no necesitó de una, si bien Aquisgrán fue su residencia preferida durante la última parte de su reinado. París se convirtió en *caput regni* solo a principios del

---

[6] El Monumento al Gran Incendio de Londres de 1666 era similar en carácter, aunque oficialmente fuese secular. En 1681 se grabó una inscripción anticatólica, acusando a la «locura papal» de haber causado el fuego. La inscripción fue eliminada en 1831. Weinreb y Hibbert [eds.], *London Encclopedia,* p. 541.

[7] Margaret Whitney, *Wren,* Londres, Thames & Hudson, 1971, p. 45.

[8] Mark Girouard, *Cities and People*, New Haven (CT) y Londres, Yale University Press, 1985, pp. 120 y ss.

[9] A. Ságvari, «Studien der europäischen Hauptstadtentwicklung und die Rolle der Hauptstädte als Nationalrepräsentanten», en T. Schieder y G. Brunn (eds.), *Hauptstädte in europäischen Nationalstädten*, Múnich, Oldembourg, 1983.

siglo XIV.[10] Y este no fue un movimiento irreversible. Durante las últimas décadas del largo y poderoso reinado de Luis XIV, París se convirtió en un inmenso suburbio de Versalles. En sus últimos veintidós años, el rey solo visitó París cuatro veces. Hasta la revolución, la relación de París con Versalles no estuvo del todo clara.[11]

Londres asumió las funciones de capital permanente a mediados del siglo XII. Antes de eso, Winchester era la modesta capital de Inglaterra, donde se custodiaban las regalías y el tesoro real y a donde se devolvían los resultados de la investigación del libro de Domesday.[12] Sin embargo, las funciones de capital estaban centradas alrededor de Westminster, es decir, en los alrededores del palacio real y la abadía, que era la iglesia de la coronación. La City de Londres no fue durante un tiempo más que una ciudad gemela de Westminster, solo que unos kilómetros al este río abajo.

Viena se convirtió en la capital permanente de los Habsburgo durante el siglo XVII —Praga era la principal alternativa— y solo se convirtió en capital definitiva cuando los otomanos fueron rechazados, tras el fallido asedio a Viena en 1683.[13] Rusia nació de Moscú, pero Pedro I trasladó la capital de Moscú a San Petersburgo en el 1709. Tras la Revolución de Octubre, Moscú se convirtió de nuevo en la capital principal: «la principal» porque en la Rusia zarista, la URSS y en la Rusia postcomunista, las dos ciudades tienen un estatus especial como *stolitsy*, capital principal (que originariamente significaba «ciudades del trono»).

Berlín ha acogido la residencia principal de la dinastía Hohenzollern de Brandeburgo desde 1440, pero era más un señorío feudal que un centro nacional. En el siglo XVIII, cuando Brandeburgo-Prusia se estaba convirtiendo en una gran potencia, Potsdam era junto con Berlín, la «ciudad residencial» oficial, la gran preferida de Federico II (el Grande). Para los Hohenzollerns, Potsdam fue una capital posible incluso para albergar el Reich alemán: Bismarck tuvo que obligar al nuevo emperador alemán a que aceptase Berlín.[14]

La corte española se trasladó a Madrid en 1560 y pronto la ciudad se vio totalmente dominada por la corte y sus necesidades, pero la nueva corte mantuvo una vida itinerante durante todavía otro medio siglo más, con El

---

[10] Jacques Le Goff, «Le phénomène urbaine dans le corps politique francais» en Georges Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine*, vol. 2, París, Seuil, 1980, p. 322.

[11] Sobre Versalles y su relación con París, véase Jean-Francois Solnon, *Historie de Versailles: Paris,* Perrin, Joël Cornette (ed.), *Versalles*, París, Pluriel, 2012.

[12] M. Riddle, «Winchester: The Rise of an Early Capital» en B. Ford (ed.), *The Cambridge Cultural History of Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 265, 434.

[13] L. Barea, *Vienna: Legend and Reality*, Londres, Pimlico, 1993, p. 39.

[14] G. Brunn, «Die deutsche Einigungsbewegung und der Aufstieg Berlins zur deutschen Hauptstadt» en Schieder and Brunn (eds), *Hauptstädte in europäischen.*

Escorial como la alternativa más importante y grandiosa de la región y sus alrededores. Incluso cuando en la década de 1630 se construyó un palacio real permanente, el palacio del Buen Retiro, este se encontraba fuera (justo en el límite) de la ciudad. Esto produjo que la simbólica, imponente y ceremonial entrada a Madrid de un nuevo rey o reina se hiciese a través de una de las puertas de la ciudad, la Puerta de Alcalá.[15]

Ofen, o Buda, ha acogido la mayor parte de las funciones de la capital en Hungría tras la abortada revolución de 1848, al comienzo de la cual la Dieta húngara se reunió en Pozsony, la actual Bratislava. Solo pasó a ser Budapest en 1873, uniendo las tres ciudades de la tradicionalmente alemana Buda (Ofen), Pest que era el centro económico y se encontraba en rápido crecimiento y estaba al otro lado del Danubio, y la antigua y envejecida Óbuda, un poco al norte, donde una vez estuvo la romana Aquincum. Por último Bruselas, había sido el lugar de residencia de los duques de Brabante y de los plenipotenciarios de los Habsburgo, pero no se convirtió en capital del Estado hasta 1830.

Ciudades prenación

Ya se ha señalado que no hubo una trayectoria única o recta en el ascenso de las ciudades capitalinas a capitales nacionales. El cinturón de ciudades que iba desde la península italiana hasta los Alpes suizos pasando luego hasta Renania y el mar del Norte, fue la *pièce de résistance* europea frente a la formación de los Estados territoriales.[16] Las ciudades de las orillas meridionales del Báltico sucumbieron antes, pero mientras pudieron las ciudades hanseáticas combatieron el ascenso de los territorios soberanos. En el periodo de transición de la Edad Media a la época moderna, las ciudades, más que los Estados territoriales, fueron a menudo los centros principales de poder y de riqueza: Florencia, Venecia, Génova, Lübeck, Augsburgo, Núremberg, Anberes y Ámsterdam son, tal vez, los ejemplos más famosos.

Entre las actuales capitales europeas, Londres es única, ya que fue tanto un nodo comercial antiguo, romano de hecho, como la antigua capital medieval de un Estado territorial dinástico. No sorprende por ello que le llevase cierto tiempo que se unieran sus dos partes: la City (de Londres) y Westminster.

Las poderosas y ricas ciudades comerciales que surgieron de la edad oscura europea poseían su propia monumentalidad prenacional. Sus grandes

---

[15] S. Juliá, «Madrid – Capital del Estado (1833-1993)» en S. Juliá *et al.*, *Historia de una Capital,* Madrid, Fundación Caja de Madrid, 1995, cap. 2.

[16] S. Rokkan, «Cities, states, and nations: A dimensional model for the study of contrasts in development» en S. N. Eisenstadt y S. Rokkan (eds), *Building States and Nations*, vol. I, Londres, 1973.

edificios de la municipalidad y sus casas de gremios, las más espléndidas de ellas levantadas por los fabricantes de telas flamencos, sus magníficas puertas de la ciudad y algunas veces, una prominente lonja y/o casa de cambio representaban un tipo específico de urbe: autónoma, orgullosa, capitalista y rica. Los principales edificios de la ciudad y los edificios comerciales más importantes se situaron normalmente alrededor de la plaza principal, típicamente denominada en alemán el «gran mercado» (*grosse/grote markt*), que a menudo poseía también, aunque no siempre, la iglesia principal.

Ámsterdam resultó especial dentro de la austeridad calvinista que ocultaba su enorme riqueza, pero sin embargo el inmenso edificio de la municipalidad de la plaza principal (la Dam) ejemplifica claramente la monumentalidad prenacional. En aquellos tiempos Ámsterdam era la capital de las Provincias Unidas y de su elemento principal, Holanda. La ciudad continúa siendo la capital de los Países Bajos, aunque La Haya sea la sede de la monarquía y del Gobierno. Pero es el antiguo *ayuntamiento* —formalmente, a día de hoy, palacio real— el principal ejemplo de arquitectura monumental.

Bruselas, otra pieza del cinturón de ciudades, sigue siendo un elocuente testimonio en lo que respecta a la rica iconografía urbana prenacional. Pese a los tintes nacionales posteriores a 1830, sobre los que regresaremos posteriormente, el centro simbólico sigue siendo su *grote markt/grande place*, dominado por el ayuntamiento gótico construido en el siglo XV y rodeado de varias sedes de gremios, construidos la mayor parte de ellos en estilo barroco flamenco, menos uno reconstruido al estilo gótico, todos ellos rebautizados con apodos provenientes del argot de la ciudad. El centro topológico de la ciudad, la plaza de Brouckère, recibe su nombre en honor a un acalde.

La Paz de Utrecht, que ratificó el eclipse de las Provincias Unidas por parte de Gran Bretaña, señaló el comienzo del fin para las ciudades república. La Revolución francesa, las guerras napoleónicas y el Congreso de Viena hicieron el resto. Las Provincias Unidas fueron reorganizadas como el Reino de los Países Bajos bajo la dinastía de los Orange, y Venecia fue entregada a los Habsburgo como parte del pacto. Solo los, ahora bastante marginales, cantones suizos mantuvieron la mayor parte de su autonomía durante otros treinta seis años, mientras Lübeck se mantuvo en una existencia en la sombra hasta la unificación de Alemania.

El absolutismo real

La configuración de los poderes europeos que precedió al Estado nacional fue por lo general la del Estado territorial dinástico, gobernado mediante el absolutismo real. Sin embargo, esta norma tuvo una excepción principal, aparte

de las ciudades Estado en decadencia gobernadas por cerradas oligarquías comerciales, estaba el posabsolutista Reino de Gran Bretaña, gobernado en nombre del rey por una aristocracia terrateniente que dominaba el comercio mundial y marcaba el comienzo de la revolución industrial. No obstante, el estilo principal fue el del absolutismo, instaurado desde tiempos de Luis XIV en Versalles, y desde cuyo centro irradió al palacio de Schönbrunn de los Habsburgo y hasta las periferias de la Europa absolutista.

La pieza central de la arquitectura real y de la monumentalidad en general era el palacio real —que en Europa del Este se construyó inicialmente como una castillo fortificado— o los palacios en plural, ya que generalmente había un palacio de verano y otro de invierno. Versalles (e imitándolo, Karlsruhe) se construyó como una ciudad radial, que irradiaba desde el palacio real. Tener un inmenso y bien esculpido parque se convirtió a lo largo del siglo XVII en rasgo importante de una auténtica residencia o lugar real, y una condición *sine qua non* para los palacios que se encontraban fuera del centro de la ciudad. Además de este, podían existir otros palacios que mostraran el poder real y su generosidad, palacios para la organización de la guerra, una casa de la moneda, o un hospital de veteranos o una casa de reposo, como el palacio Nacional de los Inválidos en París o el Hospital Real para los marineros en Greenwich. El monarca absolutista europeo no era Dios sobre la tierra, ni representaba ningún otro tipo de poder que flotara sobre esta. Él o ella estaban situados en el vértice de la pirámide aristocrática.[17] Así, los palacios aristocráticos también contribuyeron significativamente al paisaje real, tal y como pasó en San Petersburgo.

El ritmo de la ritualidad real desempeñó un papel principal en la vida de las capitales dinásticas, con los nacimientos reales, los cumpleaños, matrimonios, coronaciones y funerales, con ceremonias públicas y festividades populares, además de los protocolos de la corte y los monumentos temporales de arcos y tribunas durante las coronaciones y los matrimonios reales. Podía haber también desfiles militares, y algunas ciudades, como Berlín, Postdam y San Petersburgo, disponían de áreas para desfiles situadas en zonas céntricas.

La monumentalidad extrapalaciega estaba menos calculada y menos desarrollada, pero existió. La estatua ecuestre era un tipo de monumento romano antiguo pese a que tal vez se trataba de un monumento secundario. Carlomagno se quedó fascinado cuando vio una de Teodorico en Rávena y la llevó a Aquisgrán, pero parece haber desaparecido en la oscuridad medieval. La costumbre fue revivida con el Renacimiento italiano y desarrollada por el absolutismo francés del siglo XVII. En París, Enrique IV recibió una estatua que fue colocada sobre el Pont Neuf en 1614; Luis

[17] Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Nueva York, Routledge, 1974.

XIV tuvo un gran número de ellas en Francia y varias estaban en París.[18] En Londres, la de Carlos II fue colocada en la King Square (actualmente el Soho) y a las puertas del Hospital de Chelsea. Antes de ser depuesto, Jacobo II fue coronado en Whitehall.[19] En Viena, la estatua ecuestre más antigua —o al menos la más antigua de las que se mantienen— data solo de finales del siglo XVIII. Representa al emperador Francisco I (1708-1765), fue fundida en 1781 y colocada por primera vez en 1797; actualmente se encuentra en el Burggarten, que en sus orígenes se llamó Kaisergarten.[20]

También estaba la plaza real, que recibía su nombre en referencia a algún personaje de la realeza o a alguna hazaña real y, normalmente, tenía una estatua. El París de Enrique IV proporcionó el modelo, la plaza Dauphine en la Isla de la Cité, al lado de la estatua del rey, y de la plaza Real (ahora la plaza de los Vosgos), construida exitosamente para convertirse en el centro de la vida elegante de la ciudad, con una estatua de Luis XIII. Pese a su traslado personal a Versalles, Luis XIV también invirtió en la grandeza real de París. El más efímero de los intentos fue la plaza de las Victorias, con una estatua extremadamente triunfalista de Luis XIV, fue una iniciativa privada de un rico admirador, mientras que la casi simultánea plaza de Luís el Grande (actualmente plaza Vendôme, llamada así por el viejo palacio del duque de Vêndome), era algo más moderado en lo que respecta al simbolismo de su estatua ecuestre del Rey Sol. La plaza del Trono recibió su nombre de la zona por la que entraba a la ciudad Luis XIV, así como del trono temporal que se instaló allí. Lo que actualmente es conocido como la plaza de la Concordia comenzó siendo durante el último tercio del siglo XVIII la plaza Luis XIV, también con una estatua real.[21]

San Petersburgo era la ciudad absolutista por excelencia, una magnificente manifestación de la monarquía prenacional y de la riqueza y la voluntad de ser una corte aristocrática, construida por arquitectos italianos, pero al gusto ruso. Guerra, religión, monarquía y aristocracia dejaron sus primeras marcas en la ciudad. La plaza del Palacio estaba limitada por el palacio de invierno del zar y el edificio del Estado Mayor que se encontraban justo enfrente de ella. En los alrededores, en cierta forma un poco más escondido, se encontraba la inmensa masa del Senado y el Sínodo, los representantes de la administración civil y eclesiástica. El grandioso y largo bulevar de Nevsky Prospeckt se extendía desde el Admiralty hasta el

---

[18] Gilbert Gardes, *Le monument public français,* París, Presses Universitaires de France, 1994, pp. 14, 24 y ss., 90 y ss.

[19] Nikolaus Pevsner, *London I: The City of London, Pevsner Architectural Guides,* New Haven (CN), Yale University Press, 1957, p. 73.

[20] M. Settele, *Denkmal. Wiener Stadtgeschichten,* Viena, 1995, pp. 68-69.

[21] Richard Cleary, *The Place Royale and Urban Design in the Ancien Régime*, Cambridge (MA), Cambridge University Press, 1999.

monasterio de Nevsky. Moscú se hizo menos imperial y menos aristocrático, empezó a aburguesarse con la industrialización textil de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Pero mantuvo un papel central en la Rusia premoderna. Los zares eran coronados en la catedral de la Dormición del Kremlin y tras la invasión de Napoleón en 1812, la ciudad se convirtió en un símbolo protonacional debido al sacrificio que supuso su incendio, y que obligó a la *Grande Armeé* a su fatal retirada.

La nación *versus* el/los príncipe(s)

Los Estados nación europeos construyeron sus capitales sobre las tradiciones prenacionales de la Antigüedad grecorromana, las iglesias medievales, ciudades y casas de los gremios y palacios monárquicos y aristocráticos, todos muestran capas históricas visibles de sus ciudades nacionales modernas. No se construyó ninguna capital nueva, excepto Reikiavik en Islandia, que no ampara una ciudad premoderna previa. Atenas tuvo que ser reconstruida como ciudad, y el resto de capitales bálticas eran diminutas y rústicas. La tradición europea incluía un gobierno independiente de la ciudad, pero a finales del periodo de poder estatal real, casi todas las capitales habían perdido la mayor parte de su autonomía ciudadana. El Londres moderno no tenía en absoluto un gobierno unificado de la ciudad, y tanto Londres como París no obtuvieron gobiernos municipales plenamente electos por su población hasta la década de 1970.

La nación penetró en las ciudades capitalinas europeas en dos grandes oleadas y otras dos más pequeñas. Una centrada en la Revolución francesa, sus vicisitudes y sus repercusiones (napoleónicas en gran medida), que alcanzaron a todo el continente, de las islas británicas —donde ya antes habían comenzado a producirse cambios importantes— hasta Rusia, de Noruega a España y los Balcanes. El caparazón de las tradiciones medievales, las oligarquías urbanas y el poder real, se quebró, ya partiéndose en dos con un sonoro *crack,* ya resquebrajándose silenciosamente. La segunda oleada empezó a mediados del siglo XIX, incluyendo, aunque no fuera su momento cumbre, la primavera europea de 1848. Esta duró hasta la independencia albana que tuvo lugar justo antes de la Primera Guerra Mundial, transformando en capitales nacionales Belgrado, Bruselas, Bucarest, Budapest, Copenhague, Roma, Sofía, Tirana y la nacional e imperial Berlín. Aquí el conflicto pueblo-príncipe estaba inserto en un abanico de procesos a gran escala de cambio social y transformación de las relaciones urbanas-rurales de crecimiento de población, las conexiones ferroviarias y la industrialización, en un complejo juego geopolítico entre los grandes poderes del continente.

Tras ello, hubo una breve tercera oleada en 1919 y 1920 a lo largo de la franja centroeuropea entre Rusia y Alemania, hasta la caída final de todos los regímenes prenacionales de Europa, la Rusia de los Romanov, la Alemania de los Hohenzollern y el imperio astrohúngaro de los Habsburgo. Los Balcanes otomanos habían sido nacionalizados justo antes de la Gran Guerra. Por último, en la década de 1990 surgió una cuarta oleada con el fin de los estados comunistas multinacionales de la URSS y Yugoslavia, una oleada que también provocó un efecto de réplica en el Reino Unido con la devolución a Escocia y Gales de sus instituciones, con sus correspondientes edificios nacionales. Los conflictos nacionales han revivido durante la década del 2010, con el referéndum escocés y la semisecesión de Ucrania oriental en 2014, la continua inquietud y malestar en Flandes y el auge de las reclamaciones catalanas de soberanía. Los resultados de todos estos movimientos son inciertos.

Las primeras tres oleadas se centraron todas ellas en conflictos entre pueblos, que se constituyeron a sí mismos como naciones, y el poder monárquico; en los Países Bajos y en Suiza fue contra las *Regenten* o *regimentsähigen Familien* (regentes o familias regentes). La cuarta oleada se constituyó en rechazo de los Estados nación multinacionales.

Este no es lugar para teorizar o explicar el auge de los Estados nación. Nuestra tarea aquí es situarlos en su tiempo y comprender el impacto que tuvo en las ciudades capitales. No obstante, necesitamos algunos criterios claros. Antes de nada, aquí no estamos tratando con cuestiones de nacionalismo e identidad nacional, sino con la constitución del poder estatal.

Un Estado es un Estado nación cuando afirma que su soberanía emana de una nación (o pueblo). Pese a que las afirmaciones de ser nación, especialmente en Europa, derivan a menudo de una interpretación del pasado, el poder de una nación soberana está abierto al futuro, y no está atado por la descendencia y la costumbre. El poder soberano de la nación es moderno. Debido a su radiación sobre toda la sociedad a la que gobierna, la creación de un Estado nación puede verse como el momento crucial de entrada a la modernidad de un país.[22] Sus polos opuestos son los Estados que pertenecen a un príncipe por «derecho divino» o por «mandato divino», por sucesión legítima o por conquista. Estos dos polos no agotan el registro histórico de las políticas humanas, pero su posición define en gran medida el campo en el que se tuvieron que establecer los Estados nación. Sin embargo, en Europa, se desarrolló muy tempranamente una concepción de ámbito territorial, que correspondía a uno u

[22] Este argumento se desarrolla más profundamente en mi libro *The World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 54 y ss [ed. cast.: *El mundo: guía para principiantes*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 98 y ss.].

otro príncipe pero que en tanto concepto geográfico resultaba distinguible de su familia regente. En Asia, este no fue el caso más habitual; los imperios otomano (Osmanli) y mogol recibían el nombre de una dinastía, del mismo modo que lo hacía Joseon (lo que actualmente conocemos como Corea). En China, Zhongguo, poseía un sentido territorial, mientras que, por ejemplo en Corea, se referían a una dinastía.[23]

¿Cuándo un Estado se convierte en Estado nación? Las continuidades de la historia estatal europea complican la tarea, requieren a menudo de la indicación de un periodo temporal de longitud variable. Un aspecto muy importante de esta continuidad lo constituye el único proceso europeo por el cual el gobierno principesco pudo desarrollarse gradualmente para evolucionar a una monarquía puramente simbólica. Pero ni siquiera en el caso de Francia se dejan de ver posibilidades diferentes. La revolución de 1789 convirtió claramente a Francia en un Estado nación, pero la fecha crucial, o incluso el año en el que sucedió, ha estado sujeto a debate. Por ejemplo, en 1980, cuando la Asamblea Nacional debía decidir qué día se celebraba el día de la nación, hubo al menos once alternativas diferentes.[24] Las alternativas que se tomaron en consideración incluían la que según mi punto de vista era la más acertada, el 20 de junio de 1789, cuando el Tercer Estado de los Estados Generales se constituyó a sí mismo en Asamblea Constituyente Nacional. La fecha finalmente escogida, el 14 de julio de 1789 (la toma de la Bastilla), puede decirse que respondió a un compromiso inteligente, una manera moderada de conmemorar al pueblo revolucionario de París.

En la iconografía parisina, una característica nacional embrionaria resultaba ya visible bajo la monárquica hegemonía del *Ancien Régime.*[25] Cuando las principales calles empezaron a recibir nombres oficiales en el siglo XVII, algunas de ellas tomaron el nombre de hombres de Estado que no pertenecían a la realeza, como Richelieu, Colbert y Mazarin; más tarde recibirían nombres que iban de los de los dirigentes y los mercaderes a los de los concejales de la ciudad, y, por último, ya en la década de 1780, el de escritores famosos como Racine y Molière.[26]

Una de las principales conquistas urbanas de la nación revolucionaria fue la de poner fin a la dualidad entre París y la ciudad de la corte real

[23] Wang Hui, *China from Empire to Nation-State*, trad,. Michael Gibbs Hilla, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2014, cap. 2.
[24] C. Amalvi, «Le 14-e Julliet», en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémorie, Vol. I, La République*, París, Gallimard, 1984, p. 424.
[25] En francés en el original. Siempre que el autor haya dejado un término o expresión en su idioma original, se respetará y aparecerá en cursiva en el texto; en los casos en los que hemos considerado que no puede sobreentenderse por el contexto, o porque sea una lengua alejada del castellano (como el alemán) se traducirá el concepto dejando la traducción entre paréntesis. [N. de la T.]
[26] Hillairet, *Dictionnaire historique*, *op. cit.*, p. 30.

de Versalles. Los Estados fueron convocados a Versalles, y fue allí donde la nación francesa se constituyó como tal. Fue en los edificios alrededor del castillo real de Versalles, en el Hôtel des Menus Plaisirs, que el Tercer Estado se autoconstituyó como Asamblea Nacional, y donde juró defender el Juramento del Juego de la Pelota (*Serment du Jeu de Paume*) no sin antes proporcionar a la nación una constitución. Esta singular dualidad acabó abruptamente en octubre de 1789, cuando una aguerrida marcha de las mujeres parisinas del mercado y otra ligeramente menos furiosa de la Guardia Nacional parisina obligó al rey y a la corte a regresar a París, a las Tullerías. La Asamblea Nacional les siguió y se instaló en la Salle du Manège (Sala de Equitación) del propio palacio real.

La revolución desató un amplio iconoclasismo, que sin embargo no resultaba totalmente novedoso,[27] cuanto similar al de las posteriores revoluciones comunistas y al de las contrarrevoluciones anticomunistas. En la medida en que la revolución acabó con el *Ancien Régime* —tras una breve restauración contrarrevolucionaria que tuvo lugar entre 1815 y 1830—, la toponimia y la monumentalidad prerrevolucionarias no volvieron, aun cuando perdurara el empuje revolucionario, al contrario de lo que pasó en ciertas partes de la Europa postcomunista. La plaza de Luis XV se convirtió en la plaza de la Revolución, el lugar donde se colocaría la guillotina y donde tuvo lugar la ejecución de Luis XVI. En 1795 el Directorio le dio su nombre actual, Concordia, aunque fuera interrumpido brevemente por la Restauración. La plaza del Trono se convirtió en la Place du Trône Renversé (plaza del Trono Derrocado) y finalmente asentó su denominación bajo el nombre de la Place de la Nation (plaza de la Nación). La Place Royale (plaza Real) perdió la estatua de Luis XIII, y tras un breve periodo dedicada a los «Fédérés» (el Ejército y la Guardia Nacional) se convirtió en la sosegada Place des Vosges en honor a la primera provincia que contribuyó a la campaña militar de 1799. La Restauración restauró, por supuesto, el original monárquico, pero acabó derrotada. La plaza Louis le Grand se convirtió definitivamente en la plaza Vendôme, y Louis XIV fue reemplazado por la columna de Austerlitz, a imagen de la columna de Trajano de la antigua Roma. El victorioso comandante de la batalla (Napoleón) fue derribado de su lugar en lo alto de la columna durante la restauración, pero fue devuelto a él tras ella. La prisión de la Bastilla fue demolida. En su lugar se construyó la plaza de la Bastilla, con su columna de Julio coronada por el Espíritu de la Libertad, erigida en la década de 1830, en conmemoración de los mártires de la revolución de julio.

[27] El proceso romano conocido como *damnatio memoriae* involucraba la destrucción de los retratos y estatuas de los «malos emperadores» (muertos o derrocados) y su ocultación en la memoria histórica. Véase Eric Varner, *From Caligula to Constantine: Tyranny and Transformation in Roman Portraiture*, Atlanta (GA), Michael C. Carlos Museum, 2000.

La monarquía nacional de los Orleans que había surgido tras la revolución de 1830 intentó aprovecharse de la gloria napoleónica, completando el Arco de Triunfo con unos grabados en recuerdo de las victorias de la Francia tricontinental. Los campos de batalla de las victorias napoleónicas cubren todas las calles del centro de París: Abukir, Austerlitz, Eylau, Friedland, Jena, Pirámides, Ulm, Wagram y muchas más, conmemoradas por las tres repúblicas así como por el Segundo Imperio. Las precoces victorias del Segundo Imperio y las dos guerras mundiales se añadieron posteriormente al extraordinario carácter belicoso de las calles del París.

Durante el Segundo Imperio de mediados del siglo XIX y bajo el poder y designio del prefecto imperial del Sena, Georges-Eugène Haussmann, París se transformó profundamente obteniendo una nueva disposición espacial, amplios bulevares acordes a la homogénea arquitectura y las largas líneas horizontales de los balcones de hierro forjado, testigos de un pudiente poder autoritario que no se veía restringido por parlamento alguno o por derechos de propiedad individualistas. Este París se convirtió en lo que Walter Benjamin llamó la «capital del siglo XIX», y David Harvey la «capital de la modernidad»; creó un modelo transcontinental que fue seguido especialmente en América Latina.[28]

Sin embargo, el efecto más duradero de la ciudad-capital de la ruta revolucionaria francesa a la modernidad política y al Estado nación es que el París nacional nunca dispuso de tiempo y/o dinero para construir edificios monumentales para las instituciones nacionales, pese a que desde el mismo comienzo de las revoluciones ya había planes grandiosos para ello.[29] El palacio del Elíseo, el palacio Presidencial, es un palacio aristocrático urbano ordinario en una calle lateral de la *Rive Droite* (margen derecha), que una vez perteneció a Madame de Pompadour, la más famosa de las amantes reales. La Asamblea Nacional posee una hermosa localización al lado del río, pero no es más que un antiguo palacio de un miembro menor de la realeza borbónica. Durante la Comuna de París de 1871 tuvo que trasladarse a Versalles y en 1875 escogió dicho lugar, que había sido una de las principales sedes del *Ancien Régime,* como residencia permanente (una permanencia que se vio revertida cuatro años después). Francia no tuvo primer ministro oficial (llamado en aquellos momentos Président du Conseil (presidente del Consejo) hasta 1946, pero esta posición existía de facto desde 1934, alojado hasta entonces en el palacio Matignon, otra antigua residencia urbana aristocrática, en la *Rive* Gauche (margen izquierda). El último de los palacios reales fue incendiado durante la Comuna de París.[30]

[28] David Harvey, *Paris: Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003 [ed. cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2009].
[29] Claudine de Vaulchier, «La recherche d'un palais pour l'Assemblée Nationale» en *Les Architectes de la Liberté*, París, Ecole Nationale Supérieure des Beaux-Arts, 1989.
[30] Jean Favier, *Paris: Deux mille ans d'histoire*, París, Hachette, 1997, pp. 301 y ss.

En lugar de poseer edificios institucionales relevantes, París posee un conjunto de *places de ruptures*, fuertemente cargadas de significado incluso hoy en día. Las plazas orientales de la Bastilla, de la República y de la Nación se refieren todas ellas a la historia doméstica de Francia, y todas ellas poseen connotaciones de centroizquierda y desempeñan funciones similares de encuentro o manifestación.

Como corresponde a la derecha francesa ésta tiene sus lugares de asamblea y destino en la zona occidental, en las que se conmemoran principalmente las guerras externas, de la estatua de Juana de Arco y la plaza de la Concordia junto a los Campos Elíseos, al Arco de Triunfo, o ya en la margen derecha, Les Invalides. Hasta el día de hoy, la política francesa es mucho mejor montando manifestaciones masivas y huelgas breves que construyendo instituciones y organizaciones.

¿Cuándo se convirtió Gran Bretaña en un Estado nación, uno multinacional de (al menos) ingleses, escoceses y galeses?, ¿y desde cuándo es Londres su capital nacional? Estas son preguntas que rara vez se plantean en la historiografía británica, en contraste con las cuestiones de identidad nacional y nacionalismo.[31] *Terminus ab quo* (el punto de comienzo) es la «revolución» de 1688 que, sean cuales sean las involuntarias consecuencias que haya tenido en la modernidad, fue básicamente una revolución en el sentido premoderno, fue literalmente un «regreso»[32] a los tiempos de los Tudor, de los «hombres ingleses nacidos libres» y de los monarcas protestantes. Ningún sector de un Estado nación, y ningún partido que quiera crear un Estado nación, invitaría a un príncipe extranjero a conquistar el país y gobernar el Estado, que es lo que hicieron los siete «caballeros y aristócratas»[33] que invitaron al *stadhouder* holandés, el príncipe Guillermo de Orange el 7 de junio de 1688. La motivación oficial del «gran restaurador», tal y como John Locke llamó sagazmente a Guillermo, para que se «presentase armado», fue la de «preservar la religión protestante y restaurar las leyes y libertades de los antiguos reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda».[34] Mediante su matrimonio con la hija del rey Jacobo II, Guillermo también accedió a reclamar la sucesión. El año 1688 fue parte de dos siglos de rivalidad dinástica armada y ferviente

---

[31] Dos excelentes contribuciones a esta última cuestión son las obras de Linda Colley, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2005 y Krishan Kumar, *The Making of English National Identity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

[32] No fue hasta el desarrollo de la Revolución francesa que la palabra *revolución* adquirió su significado actual, de «una manera de dar paso a un nuevo futuro», y perdió el significado asociado a su prefijo *re*, que significa «regreso».

[33] En un loado e interesante libro, el historiador de Yale, Steve Pincus, sin preocuparse mucho sobre los conceptos de «moderno» y «revolución», llama a la de 1688 la «primera revolución moderna». Steve Pincus, *1688: The First Modern Revolution*, New Haven (CN), Yale University Press, 2009.

[34] Citado en Patrick Dillon, *The Last Revolution… op. cit.*, p. 239, 128.

religiosidad, de juegos de poder principescos interestatales con la corona inglesa como premio —los que también involucró a los monarcas franceses y españoles—, un tiempo que duró hasta 1746, cuando el ejército de la nueva dinastía protestante de los Hannover derrotó finalmente a la dinastía católica de los Estuardo.

Terminus ad quem (el punto final) serían los años de 1830. Iconográficamente, 1830 fue un año crucial, el año en el que la nueva plaza central de Londres no acabó llamándose plaza King William como se esperaba. Con el consentimiento del rey se llamó Trafalgar Square,[35] donde poco después se construyó la National Gallery (Museo Nacional de Arte) y se erigió la columna de Nelson. La reforma parlamentaria de 1832—cuyo objetivo era ahora mirar hacia el futuro y no hacia atrás en busca de un pasado puro— al menos hizo que la Cámara de los Comunes fuese algo menos el resultado de un privilegio medieval, acercándola un poco más a la representación moderna de la nación. Su nuevo y emblemático edificio , el palacio de Westminster, acabó de diseñarse a finales de la década de 1830 y comenzó a funcionar en 1847 (comenzando por la Cámara de los Lores).

El siglo XVIII fue testigo de la gradual nacionalización del poder estatal en Gran Bretaña, así como de un impulso a la monumentalidad pública. Las guerras ya no se financiaban con créditos y préstamos al rey sino a través de la «deuda nacional», un neologismo de 1730, respaldado por el Parlamento. En 1760 el rey intercambió sus propiedades y sus ingresos a cambio de la concesión de una lista civil.[36] En la época en la que se hizo la invitación a que los Hannover tomaran el trono en 1714, el poder del Parlamento para implantar una adecuada cadena de sucesión protestante al trono ya estaba instaurado.[37] El poder del primero creció de manera sostenida mientras que el del monarca se fue desdibujando gradualmente, difuminándose en un ritual de respeto; 1834 fue la última vez que un monarca británico pudo designar a un primer ministro con la oposición de la Cámara de los Comunes.[38]

De manera desconcertante, las celebraciones patrióticas británicas durante las guerras napoleónicas «subsumían los logros nacionales en la glorificación del monarca».[39] De un modo característico, la nueva y elegante

---

[35] Jean Hood, *Trafalgar Square: A Visual Histroy of London's Landmark Through Time*, Londres, Batsford, 2005, p. 35.

[36] Leo Hollis, *The Stones of London*, Londres, Orion, 2011, p. 200. En 1857, el Parlamento separó a los cortesanos de la lista del «servicio civil» del Gobierno parlamentario. [La lista civil en sus orígenes era un listado del monarca, familiares y cortesanos y sus correspondientes asignaciones económicas; actualmente es una lista en la que se recogen todas aquellas personas que reciben dinero directamente del Gobierno. N. de la T.]

[37] Howard Nenner, *The Roght to be King: The Succession to the Crown of England, 1603-1714*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1995, p. 248.

[38] Norman Davies, *The Isles*, Londres, Macmillan, 1999, p. 629.

[39] Linda Colley, *Britons…*, *op.cit.*, p. 216.

calle principal del West End londinense fue bautizada como Regent Street (calle del Regente), pese a que acababa en la plaza Waterloo donde residía entonces el príncipe regente (más adelante encontraremos un similar espíritu monárquico nacional en Japón). La entusiasta y muy rentable inversión escocesa en el imperio promovió el espíritu británico nacional.

Tras el monumento funerario de Chaucer, se creó en el siglo XVIII, la Esquina de los Poetas en la abadía de Westminster, que incluía a Shakespeare, Milton y otros, práctica que se extendería a otros memoriales nacionales. En la década de 1790, la principal iglesia de la City de Londres, la catedral de San Pablo, erigió estatuas de cuatro de sus benefactores nacionales: el lexicógrafo Samuel Johnson, el orientalista William Jones, el pintor Joshua Reynolds y el reformador de prisiones John Howard. Linda Colley acaba su gran trabajo *Britons* con una reflexión sobre un importante cuadro de 1822 de la Royal Academy, *Chelsea Pensioners Reading the Gazette of the Battler of Waterloo*, en el que aparecen retratados diferentes representantes de la victoriosa nación británica.

La victoria británica en las guerras napoleónicas modeló la nueva iconografía nacional de Londres, dando lugar a la plaza de Waterloo, Trafalgar Square, el arco de Wellington y la columna de Nelson. Esta última, incluidos sus relieves descriptivos de las cuatro mayores victorias de Nelson y de su guardia de leones, tardó tres décadas en completarse (en 1867), teniendo en cuenta que la columna y la estatua que hay en lo alto de ella eran visibles desde noviembre de 1843. El Gobierno fue reacio a gastar más dinero en celebrar al héroe de la nación.[40] Ningún otro evento o héroe doméstico ha sido conmemorado jamás con tal grandiosidad. No se le añadió ningún edificio nacional de culto, por no mencionar que nunca se sustituyó la abadía de Westminster o la catedral de San Pablo, y sin embargo esta última expandió sus funciones pasando a servir también como panteón nacional con un monumento funerario extraordinariamente pomposo al duque de Wellington.

Londres creció como capital imperial, la mayor del mundo en 1800. Aparte de la iconografía nacional imperial —incluyendo su nuevo y majestuoso parlamento— el Estado nación londinense estaba poco nacionalizado. Se mantuvo la vieja dualidad de la City de Londres con su carácter comercial y financiero, con su propio alcalde y sus instituciones gremiales,

---

[40] Véase Rodney Mace, *Trafalgar Square: Emblem of Empire*, Londres, Lawrence and Wishart, 1976, cap. 4, y Jean Hood, *Trafalgar Square*, *op. cit.*, pp. 46 y ss. Originalmente la columna de Nelson era una iniciativa particular de una institución privada, aunque obviamente de alto nivel, el Nelson Memorial Committee, que no pudo ser financiada completamente. Por eso el Tesoro estuvo de acuerdo en participar, no sin antes imponer unas exigencias de recorte de gastos. La élite gobernante de Dublín, «la segunda ciudad del Imperio», estaba mucho más alerta y era más eficiente, habiendo colocado ya en 1809 a Nelson en su calle principal. En 1966, en la víspera del quincuagésimo aniversario del Alzamiento de Pascua irlandés contra los británicos, el Ejército Republicano Irlandés (IRA) dinamitó la columna.

y, por otra parte, el aristocrático y real Westminster y el West End, pese a que las dos partes estaban cada vez más conectadas por el nuevo tipo de transporte terrestre más que por las barcas del río. Antes del siglo XIX, la City (con C mayúscula) había sido algo así como un área residencial y de oficinas sobria, protestante y liberal, un suerte de «Ámsterdam», que contrastaba con la más exorbitante y lujosa «Venecia» del aristocrático West End. Durante el siglo XIX, por la noche, la zona estaba prácticamente vacía, hasta que se volvía a llenar al reabrir por la mañana sus oficinas financieras y de comercio internacional.[41]

El Londres nacional tenía en sus manos el poder parlamentario, lo que le hizo prestar atención a la funcionalidad de la capital, estableciendo (en 1855) el Metropolitan Board of Works (Junta Metropolitana de Obras), que llevó a cabo las tan demoradas y esperadas obras de alcantarillado, creando la red de saneamiento más grande del mundo, y formó también una fuerza policial metropolitana, mientras que la City de Londres mantenía su propio cuerpo policial. También financió las ampliaciones y embellecimientos de un palacio considerado de segundo orden (Buckingham), que en el siglo XVIII se convertiría en la residencia urbana de los reyes hannoverianos, sin que llegase a permitirse nunca una presencia real en la ciudad de Londres que fuese comparable a la del Louvre o las Tullerías en París, la de los Hofburg en Viena, los Stadtschloss en Berlín o la que demostraban capitales más pequeñas como Estocolmo u Oslo. La disposición de las calles se mantuvo siguiendo en gran medida el trazado tradicional, sin que su conjunto urbano ofreciese un eje preparado para desarrollar desfiles y paradas reales como los que poseen París, Viena y Berlín. Londres era una ciudad de riqueza y poder imperiales, pero no una ciudad que quisiera mostrar el esplendor real o nacional.

En cierto modo, el equivalente londinense a la planificación urbana parisiense —y la alternativa a los *grands boulevards*—, diseñado para remarcar el carácter nacional e imperial, son las plazas del West End, construidas entre los siglos XVII y XVIII por ricos aristócratas, que a su vez también eran grandes propietarios urbanos, con su homogénea arquitectura diseñada para acoger las residencias caballerescas y aristocráticas urbanas, que habitualmente contaban con un jardín cerrado en el medio de la propiedad. Las plazas llevaban habitualmente el nombre de sus creadores-propietarios, Grosvenor (el apellido familiar de los más ricos de todos ellos, los duques de Westminster), Bedford, Russell, Sloane y como muchas otras plazas en Londres, siguen siendo testigos de la mezcla de aristocracia terrateniente y capitalismo urbano tan británica y tan única. La plaza Real parisina (actualmente denominada plaza de los Vosgos) supuso un precedente real, pero sin continuidad.[42]

---

[41] Nikolaus Pevsner, *London…*, *op. cit.*, pp. 87-101.

[42] La plaza Real, construida entre 1605 y 1612 constituye el primer ejemplo de ordenamiento urbano en Europa, se erigió en honor al rey y exhibía una representación arquitectónica de la

Aunque no acabasen con el Antiguo Regímen, la Revolución francesa y los ejércitos napoleónicos pusieron nerviosos y desafiaron a los *iconostasios,*[43] de Londres a San Petersburgo, de Madrid a Berlín. En las fisuras creadas por este desafío comenzó a surgir un nuevo imaginario popular. Las invasiones napoleónicas engendraron un feroz nacionalismo, de las guerrillas españolas a la guerra «patriota» (o de la «tierra natal») en Rusia, pasando por las guerras prusianas de liberación. En el frente literario, se desató lo que el historiador alemán especializado en aquella época, Hagen Schulze, ha denominado *Hass-und Totschlagspoesie* (poesía del odio y el asesinato). San Petersburgo obtuvo sus primeros monumentos nacionales tras la guerra: en el exterior de la catedral de Kazan se erigieron estatuas de los dos principales dirigentes de la guerra, Barclay de Tolly y Kutuzov, y se añadieron motivos folclóricos rusos al Arco de Triunfo de Narva. La única capital principal europea en la que no se permitió añadir rasgos nacionales —por el momento— fue Viena, base de la más antigua y orgullosa de las dinastías reales.[44]

Al llegar la década de 1830, la situación de los Estados nación en Europa puede resumirse como sigue. Los dos Estados más importantes, Gran Bretaña y Francia, se habían convertido en Estados-nación consolidados mediante sus respectivas y progresivas evoluciones y gracias al fracaso de la restauración contrarrevolucionaria. La confederación oligárquica de los Países Bajos se había convertido en una monarquía nacional, y lo mismo hizo Bélgica, aunque esta mediante una revolución. Aquí acaba la lista de Estados nación.

Suecia, a su rústica y modesta manera, había tenido una evolución bastante similar a la de los británicos, un siglo XVIII posabsolutista, cuasiparlamentario, una era de libertad gobernada por el Estado;[45] a principios del siglo XIX los estamentos depusieron al rey y sancionaron tras ello su derecho a una nueva constitución antes de elegir un nuevo rey. Pero la política sueca seguía siendo la de los cuatros estamentos históricos, no la de una nación unificada, y estaba unida a Noruega mediante una unión monárquica

preponderancia del mismo. En 1799 fue renombrada en honor al departamento de Vosgos que fue el primero en contribuir para financiar al ejército revolucionario. Durante la restauración borbónica recuperó su nombre anterior, pero en la Segunda República se le devolvió a su nombre actual. [N. de la T.]

[43] Un iconostasio es una construcción bizantina de las iglesias ortodoxas por la que se crea una pared de iconos (al principio eran móviles pero con el tiempo se constituyeron en iconos fijos) que separa una parte del templo de los fieles y que posee tres puertas que se abren en determinados momentos de la liturgia y por las que solo pueden acceder los clérigos. [N. de la T.]

[44] Göran Therborn, «Monumental Europe: The National Years: On the iconography of European Capital cities», *Housing, Theory and Society*, vol. 19, núm. 1, 2002, pp. 26-47.

[45] Entre 1719 y 1772 Suecia fue regida por un gobierno parlamentario; en 1723 se promulgó una nueva Constitución que relegaba a la realeza a un papel casi simbólico. En 1772 un golpe de Estado encabezado por el rey Gustavo III reinstauraba la monarquía absoluta. [N de la T.]

personal. Dinamarca se encontraba todavía bajo el gobierno absolutista, con un rey que también gobernaba los ducados alemanes, y como tal era uno de los príncipes de la Confederación Germánica. En España y Portugal ya se había clavado el estandarte nacional, pero las batallas contra el absolutismo real aún debían ganarse. Suiza era una confederación oligárquica con formas de gobierno provinciales y rurales, que no se unieron como Estado nación hasta 1847. Toda Europa central y del este se encontraba bajo dominio monárquico, incluyendo el curioso caso de Grecia: un Estado arrancado a la dominación del Imperio otomano por fuerzas extranjeras sobre la base de argumentos religiosos, étnicos y geopolíticos y sometido tras ello al gobierno absolutista de un príncipe germano.

La nacionalización de Europa costó más de un siglo. No fue hasta 1920 que desaparecieron del subcontinente los Estados hereditarios premodernos. El golpe final lo propinó la derrota y el derrocamiento de las dinastías de los Habsburgo, los Hohenzollern, los otomanos y los Romanov. De esta extensa historia, en modo alguno lineal, solo seleccionaremos unos pocos temas que están relacionados con las ciudades capitales.

Las capitales nacionales europeas habían sido previamente el centro de sus respectivos fragmentos de la Vieja Europa, con —a excepción de los Balcanes— poderosos legados culturales y arquitectónicos del clasicismo grecorromano, del Barroco, del Renacimiento y del Gótico medieval. Las excepciones eran relativamente marginales. Antes del siglo XIX, Islandia no poseía ni una ciudad, sin embargo las pocas funciones administrativas y eclesiásticas se habían concentrado en el área en la que surgió a principios del siglo XX la ciudad de Reikiavik. La Haya, antes de la nación, y Berna, para fundar la nación, se escogieron mediante deliberación: La Haya, debido a su insignificancia, como lugar de encuentro neutral de los Estados Generales de las Provincias Unidas,[46] y Berna como posición más central entre todas las principales ciudades cantonales, tanto étnicamente —ya que se extendían a lo largo de la frontera entre los francoparlantes y los germanoparlantes—, como geográficamente.

Tal y como indica su nombre holandés completo —«‘s-Gravenhage» (el bosque del conde)—, La Haya tiene un origen aristocrático, sede de los condes holandeses medievales y también del *stadhouder* (comandante en jefe) durante la república federal. Los Estados se agruparon en la Ridderzaal (Sala de los Caballeros), donde actualmente se reúne el Parlamento. Berna había sido una pequeña ciudad república oligárquica hasta convertirse en

---

[46] En la monarquía nacional de los Países Bajos, la ciudad principal, Ámsterdam, está definida como la capital del reino, pero el criterio de definición habitual para una capital —el lugar en el que reside el jefe del Estado, el gobierno y el aparato legislativo— solo se aplica a La Haya. Las ciudades que dominaban la república de las Provincias Unidas nunca reconocieron a La Haya como una de ellas.

1831 en la capital del poderoso cantón de Berna y, en 1848, en el lugar permanente de la Asamblea Federal del Estado nación suizo. Una modesta casa de juntas fue construida en la década de 1850 en una plaza dominada por un casino.[47] En la década de 1890 esta última fue reemplazada por un nuevo edificio parlamentario, que gradualmente fue acompañándose de los edificios del discreto Bundesplatz, el National Bank, el Kantonalbank y el Crédit Suisse.

Las rupturas balcánicas

Las antiguas ciudades de Atenas y Sofía (originalmente Serdica) se habían debilitado y empequeñecido radicalmente, ya ni siquiera ejercían dominio alguno en la región, pero la decisión de escogerlas en su nuevo papel de capitales fue bastante rápido: Atenas por razones históricas —pese a que las nuevas autoridades bávaras planearon originalmente demoler el Partenón e instalar en su lugar un nuevo palacio real[48]— y Sofía como parte de un complejo juego geopolítico frente a algunas de las ciudades búlgaras que en cierto modo eran más importantes.[49] Para los nacionalistas griegos, Atenas fue durante décadas una capital provisional, una especie de Bonn para la próspera diáspora, mientras que Constantinopla seguía siendo otomana.

Atenas y Sofía son también un buen ejemplo de las limitaciones de la soberanía de los nuevos Estados balcánicos. Tanto Grecia como Bulgaria debían su categoría de Estado a ejércitos y navíos extranjeros: la primera a una alianza de Gran Bretaña, Francia y Rusia, la segunda a Rusia. Grecia no solo obtuvo un rey bávaro absolutista —como elemento neutral para las tres potencias—, sino que también recibió una administración bávara, Atenas recibió a los arquitectos alemanes.[50] Todo esto provocó dos revoluciones en Atenas, la de 1843 y la de 1862, que condujeron a una constitución nacional y a una nueva dinastía. La plaza frente al palacio real bávaro se convirtió en la plaza Sintagma (Constitución). Desde 1909 hasta su desaparición, la monarquía tuvo que mantener un perfil bajo, mudándose a una mansión más discreta, que en principio estaba destinada al príncipe regente de la nueva dinastía; el palacio fue reclamado, tras una extensa renovación, por el Parlamento en 1943. Hasta donde yo sé, este es

---

[47] Como en el resto de Europa, los casinos no eran casas de juego, sino que (principalmente) albergaban restaurantes y zonas de ocio.

[48] Eleni Bastéa, *The Creation of Modern Athens*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 89 y ss. El gran arquitecto alemán Schinkel había diseñado un plan para ello, pero fue rápidamente abandonado debido principalmente, parece ser, a objeciones dentro de la familia real.

[49] V. Gjuzelev, «Die Hauptstadt-Enwicklung in Bulgarien», recogido en Harald Heppner (ed.), *Hauptstädte zwischen Save, Bosporus und Dnjepr*, Viena, Bohlau, 1999, pp. 145-170, 159 y ss.

[50] Eleni Bastéa, *The Creation of Modern Athens*, *op. cit.*, pp. 18 y ss.

solo el segundo caso en el mundo en el que un único edificio representa el cambio del absolutismo real al parlamentarismo.[51]

Sofía también tuvo un rey alemán, Alexander von Battenberg —de la familia que posteriormente se conocería en Gran Bretaña como Mountbatten— y una fuerte carga de arquitectura vienesa. Es una de las dos capitales europeas cuya calle principal recibe el nombre de un príncipe extranjero, la otra es Oslo, que sigue rindiendo homenaje al mariscal exnapoleónico que sería elegido rey de Suecia y quien, bajo el nombre de Karl Johan, conquistó Noruega en 1814. Sofía dedica su principal avenida al zar Osvoboditel (el Zar Libertador), es decir, a Alejandro II de Rusia, quien conquistó Bulgaria para los búlgaros. El zar mismo se yergue en un semicírculo frente al parlamento nacional al final de una avenida. Aún sigue allí, y permaneció allí también durante el periodo comunista. El primer monumento erigido en la Sofía exotomana fue al héroe de la independencia nacional, Vasil Levski.[52]

En los Balcanes, lo nacional es principalmente antiotomano y antimusulmán. Lo nacional estaba centrado, en general, alrededor de las iglesias ortodoxas; para ello se construyeron grandes catedrales nuevas en Belgrado, con el estilo barroco de los Habsburgo ya en la década de 1830 tras el reconocimiento otomano de la autonomía serbia;[53] con esplendor neobizantino en Atenas, Bucarest y Sofía. En un periodo en el que la monarquía era más antiotomana que nacional, otro edificio prioritario en su construcción era el palacio real. Más genuinamente nacional fue la Academia de Bucarest, el primer lugar donde se enseñaba rumano y que rápidamente se convirtió en universidad.[54] El Belgrado serbio construyó su parlamento donde antes se levantaba una de las principales mezquitas,[55] y en Sofía la principal mezquita fue transformada primero en un hospital militar ruso,

---

[51] Debería hacerse también una llamada a la precaución frente a las interpretaciones sociopolíticas simplistas que se le otorgan a su arquitectura griega, y derivadas de la habitual existencia, en la Grecia de 1934 a 1974, de gobiernos ejercidos por hombres fuertes y dictadores, más que por un parlamento. El ejemplo de Copenhague es más apropiado, aunque también contingente. Cuando la monarquía constitucional sucedió a la monarquía absolutista, en 1849, las dos cámaras de la Dieta se trasladaron con el rey al palacio de Christiansborg, pero en 1884 el palacio sufrió un incendio y quedó severamente dañado. El rey se trasladó a un pequeño pero exquisito palacio de finales del siglo XVIII, un poco alejado del centro, en Amalienborg, mientras que la Dieta fue alojada en unos antiguos barracones militares. En 1918 la Dieta regresó a Christiansborg, mientras que la familia real se quedó en su nuevo palacio.

[52] V. Gjuzelev, «Die Hauptstadt-Entwicklung in Bulgarien», *op. cit.,* p. 163.

[53] El reino soberano de Serbia, como la independencia búlgara y rumana, fue consecuencia de la Conferencia de Berlín interimperial de 1878.

[54] El trabajo colectivo, *Capital Cities in the Aftermath of Empires*, editado por Emily Gunzberger Makkas y Tanja Damiljanovic Conley (Londres, Routledge, 2010) hace una gran labor planteando una visión general muy útil como introducción a la historia temprana de las capitales nacionales en los Balcanes y en la Europa central y del este.

[55] Tommy Book, *Belgrad*, Belgrado, Växjö, 1987, p. 130.

después en una biblioteca y por último en un museo nacional.[56] La población musulmana huyó en masa tras la derrota de las tropas otomanas. Otro impulso fue la desorientalización y la europeización, para la cual se invitaron a arquitectos y planificadores urbanos de Alemania, Austria y algunas veces de Francia (especialmente en Bucarest), como también de otras partes de Europa oriental, como en el caso de Tirana que se fijó en Italia.

Por estas razones, las capitales nacionales balcánicas no comparten la continuidad urbanística del resto de Europa. De hecho, su ruptura con la disposición espacial y arquitectura previas es única en los tiempos modernos, sin que haya equivalente alguno entre las capitales de la zona excolonial, ni entre los cambios de capital de aquellos lugares que sufrieron una modernización reactiva, ni tampoco entre las difuntas capitales comunistas (excepto en el caso de Pionyang, que fue bombardeada por los estadounidenses). Las ideas europeas acerca del espacio público —calles amplias y espacios abiertos, planificación reticular y orientación al exterior (en vez de hacia adentro) tanto los edificios residenciales como de los públicos—, ávidamente importadas, chocaban frontalmente con la tradición otomana. Incluso la arquitectura de los edificios de la potencia otomana eran vistos como poco atractivos. Solo como una solución provisional podía el rey búlgaro plantearse la idea de vivir en el *konak* del gobernador otomano, y la Bucarest rumana no tuvo uso alguno que darle a las *caravanserais* (caravasares) fortificadas que habían sido el símbolo y referencia entre los viñedos y jardines de la ciudad semirural,

Pese a que la huida masiva de los «turcos» facilitó el proceso, las ciudades no se transformaron completamente, como es lógico, en una o dos décadas. En Atenas se construyeron tres nuevas avenidas en el centro y a lo largo de una de ellas se construyó la «trilogía académica», un conjunto de edificios de impresionante neoclasicismo: la calle de la Universidad (actualmente calle Panepistimiou), la Academia y la Biblioteca Nacional, diseñadas por el arquitecto danés Hans Christian Hansen y su hermano Theophil. Bucarest otorgó prioridad a la construcción y ampliación de un conjunto de bulevares, que tras la guerra de 1877 (en la que Rumanía conquistó su total independencia), todos ellos recibieron nombres de eventos o de héroes de la guerra, liderados por la Calea Victoriei (avenida de la Victoria) con un arco del triunfo.[57] Ya he mencionado la avenida del Zar Libertador en Sofía. El pobre Belgrado cambió más lentamente, pero la calle que lo unía a la carretera de Estambul se transformó en su principal bulevar. Zagreb y Liubliana nunca estuvieron bajo gobierno otomano y por ello pudieron seguir la corriente europea dominante de cambio

---

[56] Herbert Wilhelmy, *Hochbulgarien II: Sofia*, Kiel, Buchdruckerei Schmidt & Klauning, 1936, p. 119.
[57] Ioana Iosa, *Bucarest: L'emblème d'une nation*, Rennes, Presses Universitaries de Rennes, 2011, p. 35.

continuista. Tirana no se convirtió en capital permanente de Albania hasta 1925, quince años después de proclamar la independencia durante la primera guerra de los Balcanes, y lo hizo como una pequeña ciudad de 10.000 habitantes. No fue purgada de mezquitas y musulmanes como el resto de capitales balcánicas, pero cayó bajo la fuerte influencia de Italia y el fascismo durante la década de 1930.

Cambio étnico en la franja centroriental

El carácter étnico nacional de las capitales centrorientales europeas había sido afortunadamente decidido antes de que el Estado nación estuviese en el centro de la agenda política. En gran parte lo decidió la inmigración rural del país, impulsada por la proletarización rural, la industrialización urbana y el transporte ferroviario. Durante el siglo XIX y principios del XX, el gobierno étnico de la ciudad y el impacto de la migración fueron temas candentes en casi todas las futuras capitales nacionales de la Europa centroriental. Solo tres o cuatro de entre las veinte futuras capitales poseían en el siglo XX una mayoría étnica de su nación de origen: Varsovia, Liubliana, Zagreb y tal vez la diminuta Tirana. Helsinki era mayoritariamente suecoparlante, Tallin (conocido como Reval) y Rifa estaban dominadas por los alemanes, Vilna era judía (y polaca), Minsk era judía y se hablaba yidis. Praga era principalmente alemana y Bratislava se llamaba Pozsony y hasta 1840 era la ciudad de la coronación de la corona húngara y la base más habitual de los Estados magiares. Budapest consistía en Buda, Obuda y Pest, las tres predominantemente alemanas a principios del siglo XIX. Belgrado era musulmán, Bucarest estaba dominada por los griegos; Skopie era más musulmana que macedonia; y Sofía una ciudad multiétnica, musulmana en gran medida. En Sarajevo los musulmanes, los actuales «bosniaks» (bosniacos), siguieron siendo una (amplia) minoría hasta algún momento entre 1948 y 1991, mientras que en 1962 los ucranianos sumaban menos de la mitad de la población de Kiev y los rumanos menos de la mitad de Chisináu.[58]

La fricción y los conflictos interétnicos se enconaron en la Europa centroriental a lo largo del siglo XX e incluso después, pero el carácter de las capitales del Estado nación nunca se puso en duda, excepto en el caso de Vilna, que no fue capital de la república lituana durante el periodo de entreguerras, ya que estaba gobernada por Polonia y no tuvo una mayoría étnica lituana hasta bien entrados los tiempos soviéticos.

[58] Véase Göran Therborn, *European Modernity and Beyond: The Trajectory of European Societies, 1945-2000*, Londres, SAGE, 1995, pp. 43 y ss.

El caso de Praga es en el que mejor se ha desarrollado una crónica de los amargos conflictos interétnicos que acompañaron al nacionalismo de la Europa oriental, lo que no significa necesariamente que fuesen más agudos que en otros lugares. Pero con dicha calificación, la suerte de Mozart en la Praga de 1913 ilustra de manera bastante certera la rivalidad del nacionalismo simbólico. La Sociedad de Praga para la Promoción de las Ciencias, Artes y Literatura alemanas quería colocar una estatua de Mozart frente al Teatro Estatal (alemán), donde en 1787 se representó por primera vez *Don Giovanni*. Sin embargo esto requería la utilización de un pequeño trozo de terreno municipal en el exterior del teatro. El consejo municipal, dominado por los checos desde 1861, rechazó la petición, basándose únicamente en razones de tráfico rodado.[59]

De todas maneras, la historia de la Europa centroriental no debería quedar reducida a conflictos nacionales. También fue parte de la trayectoria europea de *continuisme* y de clase. Los nuevos Estados balcánicos de Bulgaria, Grecia y Rumanía, con sus poderosos reyes alemanes, ejemplificaron una ajetreada y sin embargo gradual transición del absolutismo principesco al Estado nación, si bien no a las monarquías democráticas. La historia moderna de la Europa centroriental es mucho más dramática que la de la Europa noroccidental y la gradual evolución nacional de sus capitales salpicada por momentos de revolución.

Debido a su complejidad nacional/étnica y a sus conflictos, la franja (centroriental) también experimentó la típica primacía europea moderna de la clase. Los principales conflictos violentos intraestatales estuvieron estructurados por líneas de clase, no por etnicidad o religión. La guerra civil finesa de 1918 enfrentó a los trabajadores industriales y a los artesanos *rojos* (socialdemócratas) contra los conservadores *blancos* (monárquicos) y los estratos profesionales y propietarios. Las guerras bálticas posteriores a la Primera Guerra Mundial desarrollaron un modelo triangular, enfrentando a los propietarios balcánico-alemanes (y sus tropas alemanas), los granjeros estonio-letones (con un diminuto estrato profesional), ayudados por el Ejército británico y a los trabajadores estonio-letonio-lituanos y los soldados-trabajadores. La Comuna de Budapest de 1919 movilizó a los trabajadores urbanos (y a gran parte de la inteligencia judía) contra las clases altas y medias. La guerra civil griega posterior a la Segunda Guerra Mundial tal vez tuvo un carácter más ideológico, dividiendo a las clases populares, pero sus polos fueron la resistencia liderada por los comunistas contra la ocupación nazi, por una parte, y de la otra, las clases medias y altas convertidas en colaboracionistas anglófilas.

[59] Z. Hojda y J. Pokorný, «Denkmalkonflikten zwischen Tschechen und Deutschbömen», H. Haas y H. Stekl (eds.), *Burgerliche Selbstdarstellung*, Viena, Böhlau, 1995, pp. 245 y ss.

Las potencias centrales prenacionales

Durante la Primera Guerra Mundial, Austria-Hungría y Alemania a menudo eran denominadas, en el marco de un discurso neutral, como las potencias centrales debido a su localización en medio de Europa. La monarquía de los Habsburgo nunca se transformó en un Estado nación, pero a partir de un rígido neoabsolutismo, después de 1860, fue asumiendo gradualmente elementos nacionales. Lo que dio inicio a su declive y a la asunción cada vez mayor de su decadencia, fue la pérdida de sus posesiones italianas en 1859 frente a los ejércitos franceses y piamonteses; el golpe definitivo vino en 1866 con su derrota frente a Prusia en Königgrätz (también conocido como Sadowa).

En Viena, en lo que acabaría siendo la grandiosa Ringstrasse que rodeaba la ciudad barroca, en los campos militares en torno a la muralla defensiva de la ciudad, en 1857 el emperador anunciaba: «Es mi voluntad que...».[60] El diseño original de esta vía estaba destinado a unos nuevos barracones militares así como a instituciones culturales y a una iglesia votiva dinástica.[61] El plan incluía un palacio municipal —ya que en Austria se estaba adoptando el sistema de gobierno municipal por elección— pero no un parlamento.[62]

Con la derrota en Königgrätz, el absolutismo de los Habsburgo quedó condenado; la Ringstrasse cambió su carácter orientándolo en la dirección de la burguesía nacional. La Viena liberal construyó para su propio deleite un majestuoso palacio municipal de estilo gótico, que fue interpretado como un guiño a las orgullosas y autónomas ciudades flamencas, que una vez habían formado parte de las tierras de los Habsburgo. Cerca de allí, Theophil Hansen diseñó una nueva versión de su academia ateniense, en el impresionante Reichsrath (Consejo del Reino, el Parlamento de hecho), pero sin simbolismo nacionalista alguno. Ya por entonces, a principios de la década de 1860, una sociedad para la promoción de las artes presentó una solicitud para la realización de un programa en honor no de la realeza, cuanto de la aristocracia conectada con la ciudad; se llevó a cabo en 1867. El liderazgo liberal de la ciudad expandió posteriormente el programa, primordialmente en lo que se refiere a grandes artistas.[63]

1867 también fue el año del compromiso austrohúngaro y el del establecimiento de la monarquía dual austrohúngara: el emperador de Austria y el rey de Hungría. Financiada por las cuantiosas rentas terratenientes y

---

[60] R. Toman, *Wien Kunst und Architektur*, Colonia, Köneman, 1999, p. 164.
[61] Carl Schorske, *Fin-de-siècle Vienna*, Nueva York, Vintage, 1980, pp. 29 y ss.
[62] Esto aparece en un panfleto contemporáneo en el que se reproduce el plan de 1859 en un facsímil recogido en Carl Schorske, *Fin-de-siècle Vienna, op. cit.*, pp. 32-33. No se menciona en ningún otro lugar del capítulo, por otra parte muy revelador, dedicado al Ringstrasse.
[63] G. Kapnert, *Ringstrassedenkmäler*, Wiesbaden, 1973, pp. 29 y ss.

las elevadas exportaciones de trigo, los gobernantes aristócratas húngaros se embarcaron en una ambiciosa agenda nacional, que tuvo su momento cumbre en la celebración del milenio de la conquista magiar de Hungría en 1896, lo que incluyó una Exposición Universal y la inauguración de la segunda línea de metro del planeta (tras la de Londres). El emperador y su Gobierno vienés tuvieron que doblegarse. En 1882 fue erigida una estatua del poeta y promotor de la revolución Sàndor Petőfi. En 1894 los restos del exiliado líder revolucionario nacional Lajos Kossuth regresaron a la ciudad y se les dio una grandioso entierro oficial. En 1904 el mayor edificio parlamentario del mundo, el Országház (la Casa de la Nación), se inauguró en el lado del Danubio que pertenece a Pest, un duelo en piedra con el castillo de los Habsburgo en las colinas de Buda, al otro lado del río. Por su localización y disposición espacial se asemeja al palacio de Westminster, pero está construido con una mezcolanza de estilos históricos y coronado con una cúpula dorada.

Praga formaba parte de la mitad austriaca de la monarquía dual y como desde la década de 1860 se encontraba bajo gobierno municipal checo, con el apoyo de la comunidad checa construyó sus propias instituciones nacionales, como el Museo Nacional de estilo neorrenacentista que sobresale sobre la céntrica plaza de Wenceslao o el edificio a*rt nouveau* de la Obecní Dům (Casa Municipal), un centro de ocio cuyo objetivo era superar y oscurecer el casino alemán. El último desafío que el emperador católico tuvo que digerir fue la decisión de la ciudad de colocar un monumento en la Staroměstské náměstí (plaza de la Ciudad Vieja) al predicador herético checo Jan Hus, en el quinto centenario de su muerte en la hoguera en 1415.

Berlín es otra capital en la que, al lado de una historia dramática, existe una larga corriente continuista entre lo premoderno y lo moderno, entre lo prenacional y lo nacional. Esto último no constituye un fatídico *Sonderweg* (camino especial) alemán en oposición a la principal corriente ilustrada «occidental». Es una variante del camino recorrido, por ejemplo, por Londres. En contraste con la Viena de los Habsburgo, el Berlín de los Hohenzollern adoptó unos cuantos de los rasgos nacionales de las guerras napoleónicas, que desencadenaron un nacionalismo germano/prusiano solo similar al de los españoles. El Berlín posnapoleónico obtuvo entre bambalinas un monumento nacional, una estructura parecida a un templo en una colina, coronada por una cruz de hierro, la nueva medalla al valor militar independientemente del rango. Cuando la cuadriga que coronaba la puerta de Brandeburgo fue devuelta a Berlín (tras haber sido saqueada por Napoleón y transportada a París), la diosa de la paz Irene fue reemplazada por la Victoria prusiana con una cruz de hierro en la espada. Los nada dinásticos comandantes militares Bülow y Scharnhorst flanqueaban el exquisito edificio de la Nueva Guardia en el centro de la ciudad. Las plazas

fueron renombradas en honor a las victorias prusianas contra Napoleón: la plaza de Leipzig (por la batalla de 1813), la plaza de París (por la ciudad que conquistaron y ocuparon en 1814).[64]

Aun así, Prusia siguió siendo un Estado dinástico. Ni con la unificación alemana de 1871 se creó un Estado nación que no fuera ambivalente. De hecho, el mismo acto de su constitución fue provocativamente dinástico y no nacional. Una asamblea de príncipes alemanes proclamó el Reich alemán en la Sala de los Espejos de Versalles (tras la aplastante derrota del Segundo Imperio francés). Ningún representante electo de la nación o de Berlín fue invitado.

La capital guillermina del Reich se convirtió rápidamente en el centro nacional de Alemania, con un rápido crecimiento demográfico y económico además de una gran concentración cultural. Pese a que nunca alcanzó el dominio nacional de Londres o París, se convirtió en el nodo principal del sistema ferroviario alemán, su principal ciudad industrial, la ciudad cultural de vanguardia. Pero el reino era una monarquía confederada con un conjunto substancial de príncipes, de reyes a duques, bajo el dominio del emperador. Simbólicamente, la dinastía mantenía su delantera en Berlín. El principal centro urbano (al este del gran parque de Tiergarten) estaba dominado por el palacio Imperial, en cuyas inmediaciones había un conjunto monumental con una estatua ecuestre del primer emperador, que apropiadamente llevaba el nombre de Kaiser-Wilhelm-Nationaldenkmal (Monumento Nacional al Emperador Guillermo). Fuera del escenario principal, en el este, se encontraba el monumental Reichstag, que después de una década de forcejeos, el emperador accedió a dedicar «al pueblo alemán». La plaza frente al Reichstag seguía siendo la Königsplatz (la plaza del Rey, en referencia a los reyes de Prusia). La familia imperial forzó la construcción de sesenta y seis iglesias protestantes en Berlín, incluyendo una nueva catedral neobarroca delante del palacio Imperial y de la Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche (Iglesia Consagrada al Emperador Guillermo). En el Tiergarten el emperador «donó» a la ciudad en 1902 la avenida de la Victoria (Siegesallee), de carácter marcadamente dinástico, en la que doce gobernantes de los Hohenzollern aparecían a imagen de los pasos marcados en las peregrinaciones medievales.[65]

---

[64] Véase de nuevo Göran Therborn, «Monumental Europe...», *op. cit.*

[65] Este pomposo monumento dinástico sobrevivió a la revolución de noviembre de 1918, gracias a los socialdemócratas, la República de Weimar y al Tercer Reich. El monumento resultó dañado durante la Segunda Guerra Mundial, y tras la guerra, los ocupantes franceses fueron especialmente insistentes en exigir su destrucción. En 1947 las tropas aliadas que ocupaban la ciudad decidieron no dinamitarlo pero sí desmontarlo, lo que se llevó a cabo en 1950. Uta Lehnert, *Der Kaiser und die Siegesallee: Reclame royale*, Berlín, Reimer, pp. 312 y ss.

Escandinavia

La fecha exacta del nacimiento del Estado nación sueco es algo que da pie a discusiones. Puede verse como un prolongado proceso de casi dos siglos. Dicho proceso comienza con la muerte en batalla de Carlos XII (en 1718), que marca el final del absolutismo y los primeros paso de una «Era de Libertad» cuasiparlamentaria, aunque sustentada en la conjunción de Estados. Los *autogolpes* reales de 1722 y 1789 pusieron fin a dicha «Era de Libertad», pero no lograron restaurar completamente el absolutismo. Tras la catastrófica guerra de 1808-1809, cuando Finlandia fue conquistada por Rusia, el Ejército depuso al rey, y los Estados se aseguraron de que se adoptara una nueva constitución antes de que se eligiera a un nuevo príncipe. Pero los Estados siguieron siendo la base de la forma de gobierno hasta 1866, y el país continuó formando parte de una unión monárquica mediante lazos personales con Noruega hasta 1905. El poder real se fue desvaneciendo gradualmente según fue avanzando el siglo XIX, si bien el desarrollo de una nueva política nacional, liberada de las trampas de los Estados medievales y de la deferencia a la administración real, resultó lento. Pero al menos ya estaba asentada cuando en 1905 se desató la crisis de la unión noruega, y empezó a tomar forma un gobierno de políticos nacionales, en lugar de uno dirigido por siervos civiles de la corte. En la década de 1890, animado por el nacionalismo noruego, la bandera sueca se había convertido en un símbolo popular, había dejado de ser una enseña reservada a la monarquía y las instituciones oficiales. En este periodo de tiempo se empezó a desarrollar el carácter nacional de Estocolmo. La ciudad recibió su primera institución nacional significativa en 1866, un Museo Nacional (de arte), que albergaría la antigua colección real de arte.[66] En 1905, la Dieta consiguió finalmente su propio edificio, construido con el duro granito del norte de Alemania, cercano y claramente subordinado en tamaño al castillo real al otro lado del río, como un icono alternativo de la gloria urbana; es aquí donde en nuestros días tienen lugar los banquetes del Premio Nobel.

Dinamarca era otra antigua monarquía, absolutista hasta 1848. Sin embargo, la Dinamarca constitucional no se convirtió inmediatamente en un Estado nación. El rey de Dinamarca también era el duque de Schleswig, Holstein y Lauenburg, con su organización política propia, incluyendo, en el caso de los dos últimos, la membresía en la Confederación Germánica. Solo tras la desastrosa guerra contra Prusia en 1864, Dinamarca se convirtió en un Estado nación, habiéndose desprendido ya de las posesiones alemanas del rey.

---

[66] Ya tras la muerte de Gustavo III en 1972 el nuevo Gobierno regente señalaba que la colección de arte no era propiedad personal del rey sino propiedad del reino. Debía custodiarse en el Museo Real, situado provisionalmente en el castillo real.

Copenhague fue la única residencia real que celebró su nuevo estatus como capital nacional, después de un tardío adiós al absolutismo real, reorganizándose alrededor de un nuevo edificio municipal que ensombrecía al resto de edificios de la ciudad. Este se inspiró en los edificios municipales de las Siena y Venecia medievales: frente al mismo se dispuso la gran plaza del Ayuntamiento, convirtiéndose en el nuevo centro público de la ciudad. Incluso bajo el absolutismo real (y con el apoyo que le otorgaba), los burgueses de Copenhague habían formado una fuerza poderosa, sus representantes desempeñaron un papel central en el fin del absolutismo en 1848. Irónicamente, el nuevo centro de la ciudad lo realizó un consejo municipal compuesto exclusivamente por la derecha realista, como consecuencia del descrédito de los nacional-liberales en 1864.

Noruega se convirtió en un Estado nación en 1905, separándose pacíficamente de la unión con la monarquía sueca. Durante dos décadas su capital mantuvo su nombre danés, Kristiania (en honor a un rey danés), y su calle principal aún ostenta el nombre del primer rey sueco del país, Karl Johan.[67] Finlandia se separó de la Rusia soviética en diciembre de 1917. El Gobierno de Lenin reconoció la autodeterminación nacional, pero el país se hundió en una guerra civil, que ganaron los burgueses *blancos*, con un significativo aunque apenas decisivo apoyo de las tropas alemanas. El quinto Estado nación nórdico, Islandia, bajo protección británica, dejó Dinamarca, ocupada por entonces por los nazis, en 1944.

Europa latina: Estados nación y religión institucionalizada

Las principales religiones del mundo son religiones antiguas. Por eso no sorprende su choque con la modernidad. Lo que, en cambio, sorprende es la excepcionalidad de sus enfrentamientos con el nacionalismo y los Estado nación. Los conflictos importantes entre el Estado nación y la organización religiosa están confinados básicamente a la Europa latina. En las luchas internas de la emergente y moderna Europa nacional, el alto clero, de todas las denominaciones cristianas, tendió a posicionarse con las fuerzas conservadoras y con la antimodernidad, preparando el terreno para la particular secularización europea del siglo XXI. Pero cuando surgieron las naciones eran culturalmente ambiguas, el clero europeo desarrolló en ocasiones un papel significativo en los movimientos nacionales, sobre todo en los Estados multirreligiosos donde el príncipe regente profesaba una religión diferente, fuese el islam en los Balcanes otomanos, el cristianismo ortodoxo en la Polonia zarista y en el Báltico, la religión católica en la

[67] Pese a esta inusual magnanimidad toponímica, la opinión sueca convencional mantiene que los noruegos son cómicamente nacionalistas.

Bohemia de los Habsburgo o el protestantismo en la Irlanda británica. Más arriba he señalado el proceso de desislamización de los Balcanes, y tal vez deba añadir que después la Primera Guerra Mundial el nuevo Estado polaco dinamitó la catedral de San Alexander Nevsky de confesión ortodoxa en el centro de Varsovia.

A parte de su por (entonces) conservadurismo militante, la Iglesia católica traía a ojos de los constructores de los nuevos Estados-nación dos importantes lastres. Primero, era un poder supraestatal y su jerarquía exigía obediencia a un líder supraestatal, el Papa. Segundo, era extremadamente rica, el mayor propietario terrateniente feudal y de bienes raíces. Junto con las disputas teológicas, la resistencia a estos dos factores tuvo un gran peso, lo que explica la Reforma en países como Suecia o Inglaterra, sentando las bases de las industriosas monarquías renacentistas enriquecidas gracias a la expropiación de la riqueza eclesiástica. La Revolución francesa tiene su origen ideológico en la Ilustración, con sus poderosas corrientes racionalistas y deístas. La ruptura de la revolución con la Iglesia comenzó con la exigencia de que el clero francés prometiera lealtad a la constitución nacional, lo que el Papa se negó a permitir.

El conflicto histórico entre Estado nación e Iglesia es aún visible en dos de los edificios emblemáticos de París: el Panteón y la basílica del Sagrado Corazón. El Panteón, «A los grandes hombres: la patria agradecida», fue originalmente construido durante los últimos tiempos del régimen dinástico como iglesia votiva dedicada a santa Genoveva, pero en 1791 fue transformada en mausoleo nacional. Los primeros en ser enterrados allí fueron Voltaire, Mirabeau y Rousseau. Napoleón I hizo consagrar de nuevo el edificio, poniendo fin de esta forma a la guerra entre revolución e Iglesia, pero bajo la Monarquía de Julio fue transformada de nuevo en necrópolis, reconsagrada por el sobrino de Napoleón, Napoleón III; fue desacralizada definitivamente por la Tercera República con ocasión del funeral de Estado de Victor Hugo. El blanco y resplandeciente Sagrado Corazón en la cima del Montmartre fue construido por la Iglesia (originalmente tenía permiso del Estado) como penitencia y como signo del resurgimiento de Francia del declive moral en el que había caído desde la revolución, castigada por su derrota frente a los prusianos y expresado en los pecados de la Comuna de París, la insurrección radical de 1871, que comenzó en Montmartre.

El choque más frontal entre el Estado nación y la Iglesia católica se dio en Italia, parte de la cual estaba gobernada directamente por el Papa, incluyendo la ciudad de Roma. El Ejército francés había salvado el gobierno papal tanto de la revolución de 1849 como de la unificación de Italia en 1860. Pero tras la derrota a manos de los prusianos en 1870, las tropas francesas se retiraron y los soldados italianos entraron en Roma tras un breve bombardeo de la puerta Pía. El Estado nación se hizo cargo de los

palacios de la corte papal y de la administración, así como de un gran número de conventos y monasterios. El principal palacio del Papa, el palacio de Quirinal, se convirtió en el palacio Real, y tras la Segunda Guerra Mundial, en palacio presidencial. El Senado y la Cámara de Diputados fueron (y aún lo están) alojados en palacios renacentistas utilizados por el gobierno papal. Nuevas sedes nacionales se construyeron flanqueando la Via XX Settembre (20 de Septiembre), una calle construida ex profeso para sus nuevos edificios y bautizada en recuerdo de la fecha en la que la armada italiana entró en la Roma papal.

El Papa se retiró al Vaticano, detrás de la basílica de San Pedro, la parte más pequeña de una ciudad ahora profundamente dividida. «Frente a su congreso y sociedad [nacionales], [nosotros postulamos] otras sociedades y congresos», declaró el Papa.[68] Las fuerzas güelfas[69] continuaron teniendo un gran peso en Roma, pero las fuerzas anticlericales tenían el apoyo del gobierno nacional. En 1889, este último se anotó un gran triunfo simbólico: se inauguró un monumento a Giordano Bruno en el Campo de Fiori, donde en 1600 la Inquisición le había quemado por hereje.[70]

El hecho de que los parlamentos nacionales de Portugal y de España estén situados en antiguos conventos y monasterios posee un contexto histórico propio. Ambos estados monárquicos fueron devastados por las invasiones francesas y las intervenciones británicas durante el periodo napoleónico, dejando un legado de entre medio siglo (España) y un siglo (Portugal) de rivalidades dinásticas, guerras civiles entre absolutistas reales y constitucionalistas liberales, golpes de estado militares y contragolpes. A mediados de la década de 1830, los liberales y los anticlericales detentaban el poder en ambos países. Por razones tanto fiscales como políticas, los gobiernos nacionales abolieron las órdenes religiosas, abrieron sus vastas tierras al mercado y expropiaron un gran número de conventos en Lisboa y en Madrid. Dichas medidas permanecieron pese a todas las vicisitudes políticas. Fue en Lisboa donde el impacto resultó mayor, ya que la órdenes disueltas proporcionaron las nuevas sedes, no solo al Senado y a la Cámara de Diputados, sino también a los oficinas del Ejército, las cortes judiciales, la prefectura, el conservatorio nacional, la biblioteca nacional, la academia de ciencias y el lugar donde se asienta la principal estación de ferrocarril, Santa Apolonia.[71]

---

[68] *La Civiltá Cattolica*, 28 de diciembre, 1871, citado aquí a partir de A. Riccardi, «La Vita Religios», en Vittorio Vidotto (ed.), *Roma Capitale*, Bari, Laterza, 2002, p. 273.

[69] Los güelfos era el nombre con el que se designaba en la Italia medieval a la facción que apoyaba al Papa de la Iglesia católica, en oposición a los gibelinos que apoyaban al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. [N. de la T.]

[70] L. Berggren y L. Sjöstedt, «Legitimering och förändringspropaganda-monumentpolitik i Rom 1870-95» en *Kulturarvet i antikvarisk teori och praktik*, Estocolmo, 1993, pp. 45-71.

[71] Dejanirah Couto, *Histoire de Lisbonne*, París, Fayard, 2000, pp. 236-237; *cf.*, sobre Madrid, Fidel Revilla González y Rosalía Ramón, *Historia de Madrid*, Madrid, La Librería, 2005, pp. 151 y ss.

Políticas de ciudad y el espacio de la ciudad-capital

Las capitales nacionales fueron mucho más nacionales que municipales, pero parte del programa postabsolutista del siglo XIX incluía una especie de modelo de autogobierno municipal, incluso en el caso de la papista Roma donde desde mediados de siglo se elegía a una parte de los gobiernos municipales.[72] Como capital de las revoluciones nacionales de 1789 a 1871, la ciudad de París desempeñó un papel eminente y en el comienzo de las revoluciones su Hôtel de Ville (Ayuntamiento) fue un importante lugar de encuentro y de negociación. Pero la ciudad nunca se convirtió en un importante actor institucional. Bruselas pertenecía al cinturón de ciudades europeas prenacionales que iba desde Italia hasta los Países Bajos, donde la centralización territorial estatal nunca llegó a fusionarse.[73] En su Grand Place, las góticas torres del Ayuntamiento sobresalen por encima del edificio que representa al poder imperial Habsburgo, justo al otro lado de la plaza. La Bruselas belga mantuvo lo que probablemente ha sido la alcaldía de la ciudad capital más poderosa de la Europa del siglo XIX.[74] Los dos alcaldes más significativos, Jules Anspach y Charles Buls, tienen sus nombres inscritos en el eje norte-sur de sendos bulevares de la ciudad. El Rathaus de Viena es uno de los ayuntamientos más impresionantes de la época, fue construido gracias a una adinerada élite. Viena también posee el honor de haber tenido el primer alcalde demagogo o «populista» de la historia, durante dos años votaron al emperador: Karl Lueger, del Partido Social Cristiano, y cuyo recuerdo aún se mantiene en algunas partes del Ringstrasse que se siguen llamando anillo Karl-Lueger.[75]

La disposición espacial de las antiguas capitales europeas cambió substancialmente. En algunas ciudades, como Viena y Copenhague, especialmente a finales de la década de 1850, la reestructuración urbana fue un componente de las políticas nacionales y de los cambios en las consideraciones y ubicaciones de la tecnología militar, lo que volvió obsoletos lo muros defensivos de las ciudades y los glacis, las amplias y despejadas superficies construidas frente a los muros de la ciudad que facilitaban el disparo desde las defensas de la misma. En París, en la misma época, se había acometido una desfortificación, pero más alejada del centro, haciendo de villas como Belleville, Bercy, Montmarte y La Villette espacios suburbanos,

---

[72] Andrea Ciampani, «Municipio capitolino e governo nazionale da Pio IX a Umberto I» en Vittorio Vidotto (ed.), *Roma Capitale*, *op. cit.*, pp. 43 y ss.

[73] S. Rokkan, «Cities, states, and nations...», *op. cit.*

[74] Cf. Thomas Hall, *Planung eurpäischer Hauptstädte*, Almquist & Wiksell, Estocolmo, 1986, pp. 212 y ss. Anspach contribuyó especialmente al diseño del centro de Bruselas. Buls, cuyo trabajo vendría después, tuvo que lidiar más con el rey.

[75] Lueger era también un conocido antisemita y aparentemente fue una de las figuras en las que Hitler se inspiró.

subsumiéndolas en la ciudad pero sin apenas transformar su disposición espacial.[76] En París, el proceso de convertir los «baluartes» en «bulevares» había comenzado ya a finales del siglo XVII.[77] Sin embargo, en la década de 1840, se construyó un nuevo anillo defensivo alrededor de la ciudad, que permaneció hasta 1919 y no fue hasta la década de 1960 que fue trasformado en el anillo de circunvalación periférica. En Londres los muros fueron derribados durante el siglo XVIII. También en Berlín se empezó por aquella época a desmantelar los muros, pero al mismo tiempo se comenzó a construir un «muro impositivo» por razones fiscales.[78] El muro alrededor de Roma no era considerado como una barrera a la expansión de la capital nacional, pese a que había evitado el surgimiento de una periferia suburbana alrededor de la ciudad papal.[79]

El auge de las diferentes políticas nacionales transformó el espacio urbano de una manera más consistente, debido a sus exigencias de espacios de representación, la necesidad de controlar a las multitudes indisciplinadas y la urgencia por disponer de arterias abiertas a la circulación de las mercancías y las personas. La homogeneidad o la heterogeneidad del espacio construido resultante dependía de las fuerzas planificadoras y del control de las rentas del suelo. En Europa, en la época moderna, ha habido al menos cuatro importantes regímenes planificadores. El más estricto de todos fue el del París haussmaniano, manifiesto en sus bulevares de edificios del mismo estilo y altura, con largas y horizontales filas de balcones de hierro forjado. Otro es el *Bauordnung* Berlín con sus prescritas reglas de altura, proporciones del tamaño de los edificios y ancho de las calles, pero no de estilo. El de Londres es un tercer ejemplo de planificación insular de conjuntos de edificios alrededor de una plaza por parte de inversores privados (principalmente aristócratas), dejando el resto a la ley de la selva, aunque con ciertas restricciones de altura (hasta hace poco). El cuarto es el modelo ateniense totalmente liberal, seguido en gran medida por el Ringstrasse de Viena, que al depender principalmente de grandes inversores individuales, también dependía de su gusto y de la elección de arquitecto. Los gobiernos nacionales dominaron la planificación de la mayor parte de las capitales nacionales, con algunas excepciones: Bruselas, Copenhague, Roma, Estocolmo. El interés activo de los gobiernos nacionales de Berlín y de Viena fue limitado.[80]

[76] Barón Haussmann, *Memories,* París, Seuil, 2000 [1890-1893], pp. 575, 705, 735.
[77] Jean Favier, *Paris: Deux mille ans d'histoire*, *op. cit.*, p. 87.
[78] Gunter Peters, *Kleine Berliner Baugeschichte: Von der Stadgrundung bis zur Bundeshauptstadt*, Berlín, Stapp, 1995, p. 84.
[79] M. Cacciato, «Lo sviluppo urbano e il disegno della cittá» en Vittorio Vidotto (ed.), *Roma Capitale, op. cit.*, pp. 128 y 147.
[80] Thomas Hall, *Planung europäischer Hauptstädte*, Kunglign Vitterhots Historie och Antikuitets Akademien, Estocolmo, 1986.

Ensanche fue la palabra clave de los cambios del espacio urbano central.[81] Haussmann utilizó el dramático verbo *éventre* (cuyo significado literal es «abrir el estómago»).[82] Mejorar la circulación de las personas, de las mercancías y del aire era uno de los principales motivos. El resultado fue un nuevo modelo de avenidas largas, anchas y arboladas, con amplias aceras y llamativos edificios en grandes plazas y rotondas, que habitualmente mostraban algún monumento nacional. Estas no eran aún las motorizadas rutas de escape de las ciudades estadounidenses del siglo XX, que durante un tiempo resultaron tan atractivas a los planificadores europeos. Aparte de en los Balcanes, los cambios más dramáticos tuvieron lugar en París y en Bruselas. El Ringstrasse vienés fue un anillo histórico, pero dejó intacta la ciudad imperial y eclesiástica. La ampliación de Madrid llevó bastante tiempo debido a la inestabilidad política, pero Lisboa y Budapest fueron recentradas rápidamente a lo largo de la avenida da Liberdade y Andrássy út, respectivamente. El Berlín central fue transformado al modo prusiano más que de acuerdo a la época germana, gracias a la acción del arquitecto principal Karl Friedrich Schinkel, alrededor de la Schlossplatz, con el Schlossbrücke (puente) que conectaba con Unter den Linden, el Lustgarten y su museo. La puerta de Brandeburgo estaba entonces en el extremo occidental de la ciudad. El oeste de Tiergarten era en aquellos momentos otra ciudad, Charlottenburg, que fue incorporada al Gran Berlín en 1920. Ya entonces, bajo Bismarck, se había comenzado la construcción del posterior eje principal del Berlín Occidental, Kurfürstendamm. El Londres central recibió su mayor lavado de cara en la era posnapoleónica, con Regent Street y Trafalgar Square.

Los Estados-nación necesitaban ahora de nuevos, y más edificios públicos, especialmente en los Balcanes, donde pocas de las edificaciones otomanas fueron consideradas aceptables: los parlamentos, los ministerios, los juzgados, un listado de edificios para instituciones culturales nacionales, museos, teatros, óperas, universidades y oficinas de comunicaciones, de correos, telégrafos y telefonía —de estos últimos el más espléndido de todos está radicado en Madrid, el Palacio de Comunicaciones, al que en los últimos tiempos se ha mudado el gobierno de la ciudad— y estaciones de tren, siendo las más notables la parisina Gare du Nord y la londinense Saint Pancras. De forma sorprendente, se construyeron pocos edificios parlamentarios en el siglo XIX y principios del siglo XX, reflejando las profundas raíces históricas de la modernidad europea, Londres, Budapest y, a una escala de pequeño estado, Berna eran las únicas ciudades que poseían

[81] Palabra en castellano utilizada en el plan de 1860 para Barcelona y Madrid (Santos Juliá, *Madrid: historia de una capital*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 1995, cap. 3) y utilizada desde entonces para designar las partes construidas de acuerdo a un plan de ampliación.
[82] Haussmann, *Memoires*, *op. cit.*, p. 257.

parlamentos remarcables. En los Balcanes, Berlín, Bruselas, Kristiania/Oslo, Estocolmo y Viena dichos edificios permanecieron subordinados —o al menos fueron secundarios— a los palacios de los monarcas. En La Haya, Lisboa, Madrid, París y Roma se reciclaron edificios ya existentes para uso parlamentario, y en Atenas y Copenhague los nuevos parlamentarios se trasladaron a los palacios del rey a fin de ser sus primeros inquilinos. Tras la construcción de la primera ronda de edificios De su nuevo reino nacional, y debido al hecho de que el palacio real era más grande que el parlamento que estaba frente a él, Bruselas construyó un enorme palacio de Justicia como monumento nacional.

Los servicios urbanos —electricidad, agua, transporte y similares— se expandieron amplia pero desigualmente, y su planificación se vio rápidamente desafiada por el veloz crecimiento de la población, tal y como demostró dramáticamente el Gran Hedor del Támesis de 1858. Entre 1860 y 1878, París construyó al menos 400 kilómetros de redes de alcantarillado subterráneas, sobre los 228 preexistentes.[83] El logro parisino se ve sin embargo empequeñecido por el de Joseph Bazalgette, el ingeniero jefe de la Junta Metropolitana de Obras de Londres, quien construyó un total de 2.092 kilómetros de alcantarillado.[84]

Las capitales nacionales europeas fueron —con pocas excepciones, siendo Roma la principal— centros del capitalismo de sus naciones y de una burguesía cada vez más próspera. Esto supuso la construcción de nuevas áreas residenciales, nuevos *beaux quartiers* en la zona noroccidental y occidental de París o Londres, junto con nuevos *grand boulevards* como Kurfürstendamm en Berlín o Abdrássy út en Budapest, lujosos edificios de apartamentos con entradas separadas para el servicio, o las hileras de casas adosadas de Londres o Ámsterdam. El auge de los Estados-nación europeos estaba íntimamente «correlacionado» —asociados a engañosas cuestiones de causalidad— al auge a gran escala del capitalismo financiero e industrial. Esto suponía nuevas tipologías de grandiosos edificios privados, al lado de las fábricas, edificios que algunas veces se construían tanto por cuestiones de imagen, como por su funcionalidad, edificios de la bolsa (Budapest construyó el más grande de todos ellos), de la banca, oficinas centrales de la industria y almacenes comerciales. El capitalismo industrial también planteó un nuevo problema para la política urbana: la vivienda obrera.

El desarrollo de la economía capitalista desplazó de facto los límites urbanos y transformó la totalidad del espacio urbano, aunque su efecto fue menor en los centros históricos. La especulación inmobiliaria se transformó en una actividad económica de primer orden durante el siglo XIX.

---

[83] Ibídem.
[84] Roy Porter, *London: A Social History*, Cambridge, Harvard University Press, 1996, p. 321.

La City de Londres mostró su carácter como nodo de las finanzas mundiales y sus Docklands fueron reconocidos como el mayor puerto del mundo. Berlín obtuvo su *Bankenviertel*, en la Behrenstrasse cerca de Unter den Linden. La Bolsa, o Bolsa de Valores, se convirtió en el edificio principal de París y Bruselas. Inmensas áreas de clase obrera comenzaron a brotar en las periferias, a menudo con carácter de zonas chabolistas, carentes de la mayor parte de servicios y comodidades y consistentes principalmente en casuchas autoconstruidas, muy parecidas a las existentes durante el siglo XX en el Tercer Mundo.

La arquitectura de las capitales nacionales se mantuvo, de largo, dentro del repertorio del heredado estilo europeo, con combinaciones y detalles variados. El neoclasicismo y el neogótico dominaron la mayor parte de los edificios centrales públicos, pero también estaba el historicismo del propio siglo XIX, así como el neorrenacimiento y el neobarroco. Bajo los auspicios nacionalistas, los viejos estilos, tal y como ya hemos podido ver, fueron cargados con interpretaciones nacionales.

Sin embargo, el nacionalismo burgués europeo dio lugar, o promovió, algunos estilos nuevos. El más significativo fue, irónicamente, un antídoto a la emergente y estandarizada era de la maquinaria industrial, con sus curvilíneas figuras y sus decoraciones florales y colores brillantes. Fue más bien una familia de estilos fraternales que recibió nombres diferentes en distintas partes de Europa. *Art nouveau* en Bélgica y Francia (donde también se conoció como estilo moderno), *modernisme* en Cataluña, *Secession* en el área de los Habsburgo, *Jugendstil* (estilo juvenil) en Alemania y Escandinavia y *Arts and Crafts, Free Style* o *Art Nouveau* en Gran Bretaña.

Con la llegada de los siglos XIX y XX, este estilo se volvió muy popular entre los nuevos ricos de las burguesías nacionales de la periferia europea, sobresaliendo en Barcelona, bien representado en Bruselas, Praga y Riga, y con menos eco en Glasgow. En general fue un estilo empleado principalmente en residencias privadas, pero también se usaría en la construcción tanto en comercios modernos, como ocasionalmente en edificios públicos, como la Maison du Peuple en Bruselas y la Casa Municipal en Praga. En Finlandia se desarrolló un romanticismo nacional en un duro, pesado y gris granito, principalmente para edificios culturales públicos como iglesias y museos. El crecimiento del nacionalismo húngaro se expresó algunas veces mediante un orientalismo magiar.[85]

[85] De todas maneras, la élite aristocrática que gobernaba Hungría rechazó al arquitecto secesionista más prominente de Budapest, Ödön Lechner y en 1902 le prohibió la participación de nuevas comisiones públicas. Robert Nemes, «Budapest» en *Capital Cities in the Aftermath of Empires*, *op. cit.*, p. 147.

Las capitales nacionales europeas, azuzadas por el París de principios de la Tercera República, sucumbieron a la «estatuamanía». Entre 1870 y 1914, París erigió 150 estatuas, sin contar otro tipo de monumentos conmemorativos.[86] Esta era una tradición que venía de la antigua Roma, largamente olvidada durante la era medieval y revivida durante el Renacimiento como una forma de autocelebración monárquica. Ahora se dedicaba a los líderes, héroes y estrellas de la nación: políticos, generales, científicos y artistas de todos los géneros.

Las naciones imperialistas de Europa hacían ostentación de sus imperios dotándoles de carácter de proezas nacionales. Los museos nacionales mostraban el saqueo colonial y sus conquistas; el caso más famoso es el de las estatuas de mármol del Partenón ateniense exhibidas por el Museo Británico. Muchas capitales tenían museos coloniales oficiales, entre ellas Ámsterdam, Bruselas y París. Las Exposiciones Universales tenían pabellones coloniales especiales, y en 1931, París hospedó la gran «Exposición Colonial Internacional».[87] En Trafalgar Square se incluyeron las estatuas de dos generales que dirigieron la conquista británica de la India (Charles Napier y Henry Havelock). Madrid instaló en la plaza de Colón en 1893 la estatua de Colón junto al nuevo eje norte-sur, el paseo de la Castellana. Los murales del ayuntamiento de Copenhague presumían de las colonias danesas que se extendían de las Indias Occidentales a Groenlandia. En el siglo XX, entre las dos guerras mundiales, el autoritario gobierno de Portugal conmemoró sus «descubrimientos» y conquistas del siglo XV y XVI con un enorme conjunto en el río Tajo; la Roma de Mussolini celebró la conquista fascista de Etiopía y construyó una gran Via dell'Impero. Los nombres de las calles nos recuerdan las conquistas coloniales: la Dahlem berlinesa, es el recuerdo de la participación alemana en el aplastamiento del Levantamiento de los Bóxer, por ejemplo. En los Países Bajos, parece ser que estaba particularmente extendida la nomenclatura callejera colonial, principalmente geográfica, que, sin embargo, también solía incluir a dirigentes militares y gobernadores coloniales. Comenzó en La Haya, uno de los retiros favoritos de los colonos holandeses en la madre patria. Y este proceso culminó posteriormente en Ámsterdam, que tiene 63 calles con nombres coloniales.[88]

---

[86] J. Hargrove, *«Les statues de Paris»* en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémorie, vol ii. La Nation*, París, Gallimard, 1986.
[87] S. Leprun, «Exposition colonial internationale 1931» en B. De Andia (ed.), *Les Expositions universelles à Paris de 1855 à 1937,* París, 1989, pp. 167-171.
[88] H. V. D. Wusten, S. De Vos, y R. Deurloo, «Les Pays-Bas Tropiacux»: L'imaginaire colonial dans la toponymie néerlandaise», *Géographie et cultures*, núm. 60, 2006, pp. 97-98.

III
FUNDACIONES NACIONALES: LAS SECESIONES COLONIALES

Solo los colonos que provenían de Europa construyeron Estados nación y capitales nacionales fuera de sus países; de forma natural importaron sus nociones de gobierno y urbanismo fuera de sus patrias y/o de otras partes de Europa.[1] Sin embargo, los parámetros socioculturales de su construcción estatal y urbana fueron fundamentalmente diferentes, como también lo fueron sus resultados más allá de las similitudes más superficiales. La principal línea de conflicto en las Américas no fue entre lo nacional y la soberanía monárquica, sino el conflicto entre la soberanía de los colonos locales frente al gobierno imperial de ultramar. En las trece colonias de la América británica, la oposición contra este último se centró en asuntos fiscales; en Hispanoamérica, contra los monopolios comerciales y la discriminación a la hora de ascender a cargos superiores. En el continente americano, tanto en las colonias británicas como en las españolas, las rebeliones de los colonos comenzaron siendo promonárquicas,[2] y Brasil entró en el escenario mundial de los Estados nación como una monarquía.

La secesión de las colonias no fue como la rebelión artística de la *Kunstverein* vienesa, que comenzó como la rebelión artística y arquitectónica, que en Austria-Hungría es conocida como secesión de Viena. No fue el comienzo de una nueva cultura, pese a que incorporaba el rechazo a las maneras aristocráticas de la Vieja Europa. Fue algo más parecido a un divorcio de una pareja de mediana edad que ha pasado bastante tiempo junta, pero que se ha ido separando en su manera de vivir y hacer las cosas, y de cuya descendencia se encargaba la parte americana.

---

[1] Aunque tiene una pretensión global, este estudio no tiene ambiciones enciclopédicas. No se analizan muchos de los Estados menores, incluyendo Israel, que también es un Estado colonial, con un periodo temporal propio y una historia específica.

[2] Las trece colonias estadounidenses consideraban su conflicto como uno solo frente al Parlamento británico, afirmaban que el rey había legitimado prerrogativas que invalidaban los acuerdos anteriores en favor de los colonos (Eric Nelson, *The Royalist Revolution: Monarchy and the American Founding*, Cambridge (MA), Belknal, 2015). Las colonias de América del sur se rebelaron al enterarse de que el legítimo rey español había sido depuesto por Napoleón.

Metáforas aparte, la secesión implicaba una concepción distinta de la nación: esta ya no se basaba en la lengua, la religión, la cultura, la historia cuanto en un *club* territorial de conquistadores y colonos. La nación era un club de miembros, abierto a cualquiera que entrara en el territorio con las credenciales adecuadas. Como cualquier otro club, el club nacional se lanzó a reclutar nuevos miembros, anunciando y subsidiando a los inmigrantes europeos, preferiblemente los del norte de Europa. Esta había sido ya una práctica de los Estados dinásticos prenacionales subdesarrollados, así por ejemplo la invitación de Federico de Prusia a los hugonotes franceses o de Catalina de Rusia invitando a los alemanes, pero que los Estados nación europeos no continuaron.

En Europa, una de las cuestiones centrales de la política doméstica residía en cuántos derechos debían ser garantizados a las diferentes clases, o estamentos, de la nación. En las naciones coloniales, los derechos de las personas eran menos controvertidos. En lugar de ello, el problema central era: ¿quiénes forman el pueblo? Los esclavos eran considerados universalmente como no-personas, como también se consideraba a menudo a los exesclavos y sus descendientes. Los nativos y los mestizos no podían formar parte del club nacional de la secesión británica, con excepción de Nueva Zelanda y sus maorís, que eran demasiados y demasiado poderosos como para que se les mantuviese apartados. En las naciones coloniales ibéricas, los nativos y los mestizos eran habitualmente aceptados como miembros del pueblo y de la nación, incluso cuando de facto lo normal era que fuesen marginados.[3] La línea divisoria trazada por todas las naciones coloniales separaba a los colonos, por un lado, y a los nativos, esclavos y descendientes de esclavos, por el otro.

Estas naciones se enfrentaban a otros dos problemas específicos, que también han dejado una impronta en sus ciudades capitales. Uno era sus relaciones con la metrópoli de la que provenían, y de la que extraían su orgullo racial, así como su lenguaje y su cultura, pero de la que se habían independizado. Otra derivaba de los impulsos integradores y de la producción de un club nacional colonial multiétnico.

Entre los Estados nación de las colonias escindidas existe una división interna digna de ser tomada en cuenta y que corresponde, en gran medida, a la construcción de sus capitales, derivadas de la historia de los asentamientos, a partir de las secesiones del Imperio británico y las de los imperios ibéricos, España y Portugal.

---

[3] Véase Hilda Sábato (ed.), *Ciudadanía política y la formación de las naciones*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1999; Marie-Danielle Demélias, *La invención política: Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX*, Lima, 2003. El libertador nacional de Perú, San Martín, que llegó desde Argentina con un ejército, abolió oficialmente la categoría de «indio» en favor de la de «peruano».

Las antiguas colonias británicas

La independencia colonial del Imperio británico tuvo siempre como consecuencia la construcción de nuevas capitales: Washington, Ottawa, Wellington, Pretoria, Canberra. La razón de ello reside en el modelo de colonia imperial, que hacía posible el poder y la protección imperiales pero que no se estableció únicamente mediante la conquista. También fue un refugio para los disidentes religiosos, un vertedero de convictos o un punto de encuentro de aventureros de los diferentes imperios. Desde su origen, los diferentes asentamientos coloniales dentro del territorio imperial tuvieron una gran importancia, y las formas de gobierno secesionistas tuvieron que respetar y mantener el equilibrio. Esto solo podía lograrse, tal y como acabó viéndose, mediante la creación de nuevos centros capitales.

Dentro de esta categoría, tenemos que distinguir tres grupos. Primero, la pionera Washington, capital de un nuevo Estado creado mediante la ruptura y a través de una guerra de independencia, capital de un Estado esclavista y con una población indígena muy débil y vulnerable. Segundo, las capitales de la mancomunidad blanca, cuya emancipación de la patria fue muy gradual, todas ellas sin esclavitud y con dos poblaciones nativas marginales: Ottawa, Wellington y Canberra. Tercero, la capital de un Estado colonial finalmente fallido, Pretoria en Sudáfrica.

Las trece colonias rebeldes americanas que se independizaron del Imperio británico fueron divididas en dos bloques económicos y culturales, Norte y Sur, centrados en la importancia de la esclavitud, que era la base de la economía de plantación sureña. En sus comienzos, Estados Unidos tenía un Congreso itinerante; en 1783 optaron por tener dos capitales: una en la sureña Virginia, la otra en la norteña Delaware. Se propuso que una estatua del victorioso comandante en jefe, el general George Washington, fuese transportada entre las dos ciudades.[4]

El Congreso del año siguiente escogió Nueva York como sede permanente, pero los sureños, incluyendo a George Washington, comenzaron a conspirar contra esta decisión. Finalmente, en 1787, un acuerdo sobre la gestión de la deuda nacional aseguró el apoyo norteño a una solución para el Sur. El presidente Washington recibió la autorización para seleccionar un área cerca del río Potomac (cerca de su casa) y escoger también a los comisionados que construirían el nuevo «Distrito Federal», que sería inaugurado en 1800. En septiembre de 1791 los comisionados decidieron que ese distrito debería llamarse Columbia, una oblicua manera de referirse al pasado europeo de los colonos, pese a que Colón nunca alcanzó ninguna

---

[4] Joseph Passonneau, *Washington Through Two Centuries*, Nueva York, Monacelli Press, 2004, pp. 16 y ss.

de las zonas de lo que se convertiría en Estados Unidos. La ciudad en sí misma se llamaría Washington.[5] El presidente empleó a un inmigrante francés recién llegado, el pintor e ingeniero Pierre-Charles L'Enfant, que había crecido en Versalles, para que diseñase un plan para la ciudad.

L'Enfant diseñó un grandioso plan barroco: una trama reticular con grandes avenidas diagonales de 48 metros de ancho y rotondas que incluían hitos monumentales. Tenía dos nodos centrales, la casa presidencial y la casa del Congreso, dando rápidamente preeminencia a esta última, situada en lo alto de una colina. Las dos estaban conectadas por la Grand Traverse Avenue formando un conjunto triangular entre las tres, y en el cual la Avenue hacía las veces de hipotenusa; el Capitolio, la Casa Blanca y el monumento a Washington serían las tres esquinas, conectadas por parques que desempeñaban el papel de los dos lados pequeños del triángulo. La avenida diagonal central fue bautizada como avenida Pensilvania, una suerte de premio de consolación para el principal estado del Norte en la batalla por decidir dónde se situaba la sede del gobierno. El carácter federal de la capital se vio más enfatizado aún con el sinónimo del resto de las principales avenidas originales con los nombres de los estados.

L'Enfant planeaba explícitamente una «capital de [un] vasto imperio». Costó casi un siglo llevarla a cabo, revivida por la Comisión de Planificación del Senado de 1902. El Congreso siempre había sido tacaño con lo otorgado para las finanzas de la ciudad, y la mayor parte de la construcción de la capital tuvo que ser financiada mediante venta de tierras.[6]

En el plan original no se designó localización alguna para la Corte Suprema; esta no logró su estatus como vórtice principal del poder hasta la década de 1830, y pese a la importancia de la misma desde entonces, y de la tardía construcción de una sede estatal, nunca fue correctamente adaptada al plan urbano. Tampoco llegó a construirse uno de los edificios principales que planeó L'Enfant a medio camino entre la presidencia y el Congreso; L'Enfant había previsto una iglesia aconfesional y una especie de mausoleo para los héroes de la nación.[7] La persistente religiosidad estadounidense ha engendrado un gran número de lugares de culto en Washington central, pero el pluralismo religioso no ha favorecido la monumentalidad religiosa. Solo desde 1990 se ha afirmado dicho pluralismo con la construcción de

---

[5] Esto no parece haber sido una decisión política pública. Una vez le pregunté al eminente historiados estadounidense Gordon Wood cuándo y cómo se decidió el nombre. Con franca honestidad replicó que no lo sabía, pese a que había estado implicado en el proyecto de distrito federal desde el principio. De acuerdo con la monumental historia de la ciudad escrita por Joseph Passonneau (*Ibidem*, p. 18), la decisión fue adoptada por los comisionados designados por el presidente.

[6] Ibídem, cap. 2 y 3.

[7] Jeffrey Meyer, «The eagle and the dragon: Comparing the designs of Washington and Beijing», *Washington History*, vol. 8, núm. 2, 1996, p. 13.

la Catedral Episcopal Nacional de Washington,[8] cuya construcción había sido autorizada por el Congreso un siglo antes.

Cuando L'Enfant no pudo (o no quiso) producir los grabados publicitarios para las subastas de lotes urbanos —siendo ya Estados Unidos un país de comercio capitalista—, Washington le despidió. Thomas Jefferson, el secretario de Estado de Washington y tercer presidente, se convirtió en la principal influencia arquitectónica, lo que significaba, *inter alia*, «antigüedad» para el Congreso y «modernidad» para la Casa Blanca.

Jefferson no compartía totalmente las grandes ambiciones de L'Enfant y de Washington para la ciudad, a la que siempre se refirió como la «ciudad federal». Jefferson supervisó el edificio del Capitolio y de la Casa Blanca, pero respecto al resto de asuntos de la capital fue muy restrictivo. Por cuestión de principios y de razones morales, Jefferson era básicamente antiurbanita. Desde su punto de vista, las grandes ciudades eran «pestilentes a la moral, la salud y la libertad del hombre»,[9] y no quería que Washington se pareciese a las «sobrecrecidas» ciudades del Norte como Filadelfia y Nueva York.[10] De hecho, el vasto distrito federal y su ciudad, hasta la Guerra Civil, siguieron siendo un área rústica de pueblos separados, debido en gran medida a la frugal política económica pero también al fracaso de los grandes planes geoeconómicos de George Washington y de otros caballeros de Virginia. El Potomac acabó hecho una ciénaga y fue superado por las conexiones norteñas con el oeste, Baltimore sobrepasó también a Washington como puerto.[11] Charles Dickens, que visitó Washington en 1842, encontró que el Capitolio era un «hermoso edificio» pero que mostraba un total desprecio por el resto: «Avenidas espaciosas, que comienzan en la nada y no conducen a ningún lugar; calles de una milla de longitud, que solo requieren casas, carreteras y habitantes; edificios públicos que necesitan de un público para estar completos». Pero estaba equivocado en su conclusión cuando dijo: «Es probable que permanezca tal y como es».[12]

La idea de Jefferson de lo que debía ser una ciudad gubernamental era de hecho parte de una configuración estadounidense virtualmente única sobre los lugares del poder político. La mayor parte de las capitales de los estados estadounidenses no son las ciudades más grandes de estos estados,

[8] Llamada también catedral de San Pablo y San Pedro, de carácter episcopal; se comenzó a construir en 1883 y se acabó en 1990. De estilo neogótico está designada como «La casa de oración del país» y está abierta a diferentes confesiones religiosas. [N. de la T.]
[9] C. M. Harris, «Washington's "federal city", Jefferson's "federal town"», *Washington History*, vol. 12, núm. 1, 2000, pp. 49-53.
[10] Lucie-Patrizia Arndt, *«Imperial City» versus «Federal Town»*, Münster, Lit Verlag,1998.
[11] Joseph Passonneau, *Washington…, op. cit.*, p. 42.
[12] Charles Dickens, *American Notes for General Circulation*, Nueva York, Penguin, 2000 [1842], pp. 129-130.

muchas ni siquiera son grandes ciudades. Por ejemplo, la capital del estado de Nueva York es Albany, de Michigan es Lansing y no Detroit, de Illinois es Springfield y no Chicago, la capital de California es Sacramento, de Texas es Austin, de Florida es Tallahassee y de Pensilvania Harrisburg. Todas estas son decisiones políticas, no efectos de un desigual desarrollo urbano en términos socioeconómicos. Los motivos para ello eran diversos y estaban mezclados, pero básicamente estaban basados en los diferentes tipos de miedo y hostilidad de los siglos XVIII y XIX a los grandes intereses y poderes privados y/o a la desobediencia de los mismos. Los conflictos rural-urbano han sido una constante en la política estadounidense desde entonces, renovada por la suburbanización blanca y por el aumento del *blackening* y el *browning*[13] de las ciudades metropolitanas.[14]

La localización meridional de la capital de los Estados Unidos trajo consigo una de las características de la ciudad colonial: el racismo. El gran intelectual y líder comunitario afroamericano Frederick Douglass dio una conferencia acerca de «nuestra ciudad capital nacional» en los esperanzadores años de mediados de la década de 1870, tras la derrota militar del Sur esclavista, en la que explicaba con detalle lo que la visión sureña de Washington significaba antes del estallido de la Guerra Civil:

> Contenida entre dos de los estados esclavistas más antiguos, siendo cada uno de ellos un vivero y un semillero de esclavitud […] impregnada de las maneras, morales, políticas y religión características de una comunidad esclavista, los habitantes de la capital nacional eran del primero al último, desesperada y fanáticamente cuadriculados. Era sureña en todas sus simpatías y nacional solo de nombre. Hasta la guerra no toleraba ni la libertad de expresión ni la libertad de prensa.[15]

Los esclavos eran una quinta parte de la población de Washington en 1800, y el edificio del Capitolio fue construido parcialmente gracias a trabajo esclavo.[16] Hacia 1860, los negros constituían el 18 % de la ciudad, siendo libres la mayor parte de ellos.[17] Hasta hace poco tiempo, Washington

[13] Los términos *blackening* y *browning* se refieren respectivamente al aumento de la población negra y de la población de origen hispano. Hemos simplificado la nota al pie porque no cabría una explicación correcta de todos los diferentes matices que pueden comportar estas nomenclaturas, teniendo en cuenta, por ejemplo, el rechazo de parte de la población negra originaria de Cuba a que se les considere hispanos, ya que consideran que suprime su negritud y como tal reivindican su origen negro y cubano. Existe una amplia literatura acerca del uso y la evolución del término «de color» como, por ejemplo, la reivindicada por las mujeres de origen latinoamericano en Estados Unidos durante la década de 1970. [N. de la T.]

[14] David Berman, *Local Goverment and the States,* Nueva York, M. E. Sharpe, Armonk, 2003.

[15] Frederick Douglass, *A Lecture on Our National Capital*, Washington DC, Smithsonian Institution Press, 1978 [1875], p. 21.

[16] Joseph Passonneau, *Washington…, op. cit.*, p. 39.

[17] Carl Abbott, *Political Terrain: Washington, D.C., from Tidewater Town to Global Metropolis*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1999, p. 50.

nunca había sido uno de los principales puertos de inmigración, y las comunidades inmigrantes dejaron un impacto menor en la capital de lo que lo hicieron en muchas otras ciudades coloniales. Aun así, dejaron algunas huellas duraderas: el festival alemán Schützenfest se convirtió en la segunda fiesta de importancia, después del Día de la Independencia, y la Societá Culturale Italiana donó al Congreso una estatua de Garibaldi.[18]

Los nativos habían sido asesinados o expulsados, y en 1853 la principal figura de la limpieza étnica nativa durante el primer siglo de vida de los Estados Unidos, el héroe militar y presidente Andrew Jackson, fue honrado con la primera estatua ecuestre de la nación.[19] Pero después de la década de la Emancipación, que siguió a la Guerra Civil, el conflicto afroamericano volvió a ser patente de nuevo. Desde aproximadamente 1880 hasta el New Deal, la situación de los afroamericanos se fue deteriorando de manera ininterrumpida, tanto política como legalmente. Los habitantes de Washington tenían, en cierto modo, una situación un poco mejor que las personas de color de otras ciudades sureñas: en Washington no se producían linchamientos, los tranvías y las bibliotecas estaban abiertos a todas las razas y en el distrito de ocio de U Street Northwest, donde una vez vivió Duke Ellington, había una «zona de contacto» interracial. No obstante, gran parte del apartheid racial descendió sobre la ciudad, sobre sus vecindarios —si bien no fue tan estricto como el impuesto en Sudáfrica por la Ley de Agrupación por Áreas—, sobre sus escuelas, restaurantes, teatros y cines y sobre su estructura laboral. El presidente Woodrow Wilson —que poco tiempo después vendería eslóganes como el de «autodeterminación nacional» y «un mundo seguro para la democracia»— reintrodujo la segregación racial en las instalaciones de las oficinas federales para los pocos afroamericanos que aún seguían trabajando allí.[20]

Para los gobernantes blancos del estado y de la capital, el Washington negro era en gran medida una «ciudad secreta», que no tenía espacio en el trazado y en la disposición urbanas, ni tampoco en su monumentalidad. Aunque desarrollara un centro propio, huelga decir que este estaba fuera del centro de la ciudad, en el cuadrante noroeste, alrededor de la Universidad de Howard, que en 1867 estaba constituida por el Freedmen's

---

[18] Constance McLaughlin Green, *Washington: Village and Capital*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1962, p. 399.; E. Caretto, «Italian Imprints» en Luca Molinari y Andrea Canepari (eds.), *The Italian Legacy in Washington D.C.: Architecture, Design, Art, and Culture*, Nueva York, Skira Rizzoli, 2007, p. 173.

[19] Kirk Savage, *Monument Wars: Washington D.C., the National Mall, and the Transformation of the Memorial Landscape*, Berkeley (CA), University of California Press, 2009, pp. 78 y ss. La estatua de George Washington, que aprobó el Congreso y que debía ser «ejecutada por el mejor artista de Europa», nunca fue tallada. Rubil Morales-Vázquez, «Imagining Washington: Monuments and nation-building in the early capital», *Washington History*, vol. 12, núm. 1, 2000, p. 14.

[20] Constance McLaughlin Green, *Washington…*, *op. cit.*, pp. 221 y ss.

Bureau, el Teatro Howard y el distrito de jazz y ocio alrededor de la U Street. En 1900, los afroamericanos constituían un tercio de la población de Washington, una porción mucho más grande que en ninguna otra gran ciudad estadounidense. Desde 1957, hasta hace poco, han constituido la mayoría de la población, lo que, junto con la desegregación legal de los vecindarios y escuelas, dio pie a una huida masiva de los blancos a los suburbios, y a cuatro décadas de desinversión financiera y drástico deterioro de la ciudad.

Arquitectónicamente, Washington ha mantenido un estilo sobrio, moderno —en el sentido jeffersoniano— ateniéndose al estilo neoclásico para los edificios importantes y con una función pública, como la Corte Suprema o la Cámara de Comercio, absteniéndose de la iconografía modernista y manteniendo los rascacielos a raya mediante leyes reguladoras de la altura en las construcciones.

A lo largo del tiempo, se ha desplegado un amplio programa iconográfico. Los más imponentes son los monumentos a los dos presidentes más famosos de los dos partidos políticos estables de la nación —tan estables que se puede registrar públicamente la membresía en uno u otro— Abraham Lincoln por los republicanos y Thomas Jefferson por los demócratas. Aunque tiene más estilo, al menos para el gusto euroestadounidense, los enormes y casi religiosos monumentos a estos líderes políticos apenas tienen equivalente contemporáneo al margen de Pionyang. Un inmenso Lincoln de mármol lleva sentado desde 1922 en un templo griego, al otro lado del brillante estanque en el extremo occidental del National Mall (Explanada Nacional), mientras que un Jefferson de bronce que triplica el tamaño de un humano se asienta desde 1943 en un panteón romano al otro lado de la cuenca Tidal en la zona sur de la Explanada Nacional, al final de un eje no muy recto que va de la Casa Blanca hasta el Monumento a Washington. Los memoriales a Lincoln y a Jefferson fueron la autocelebración de «una generación que extrajo placer del mezquino triunfo en la proeza española-americana, que plantó el estandarte imperial en Filipinas y el Caribe», tal y como comenta Lewis Mumford al respecto.[21] El Memorial a Roosevelt de 1997 es muy diferente, constituye un escenario histórico pedagógico que recorre los conflictos de los cuatro periodos presidenciales de Franklin Delano Roosevelt.[22] Actualmente está en suspenso un diseño de Frank Gehry para un homenaje a Eisenhower (un jardín biográfico), debido a la oposición mostrada por sus descendientes y por los conservadores, en tanto no lo consideran suficientemente solemne.

---

[21] Christopher Thomas, *The Lincoln Memorial and American Life*, Princeton (NJ) Princeton University Press, 2002, p. 143.

[22] Probablemente el retrato más exhaustivo de la iconografía urbana de Washington es el que hace James Goode, *Washington Sculpture: A Cultural History of Outdoor Sculture in the Nation's Capital*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 2008.

El visitante contemporáneo de Washington se ve golpeado por algo que probablemente tanto a Washington como a Jefferson les hubiera sorprendido: el carácter militar de la ciudad. Al otro lado del Potomac se alza el edificio militar más grande del mundo, el Pentágono, cuya construcción comenzó en 1941, y un cementerio nacional,[23] el de Arlington, con su icónico memorial a la victoria del cuerpo de marines en Iwo Jima. En el centro de la ciudad pública está el imponente edificio del Departamento de Asuntos de los Veteranos, y en el sureste hasta hace poco se encontraba el Navy Yard[24] y los cuarteles generales de la Marina de los Estados Unidos, que actualmente ha remodelado sus inmediaciones para el «ocio adulto». En la Explanada Nacional hay tres memoriales a los veteranos de la guerra de Vietnam, uno a los de la guerra de Corea y, desde 2004, un grandioso despliegue monumental a la «victoria por tierra, mar y aire» en los tres teatros de operaciones de la Segunda Guerra Mundial. Solo en Moscú se encuentra algo similar.[25] Más propio del carácter de Washington es la Diosa de la Democracia, inaugurada en 2007, como monumento a las «Víctimas del Comunismo», cuya construcción organizó el activista anticomunista de ascendientes ucranianos, Dobriansky, y que fue financiada por Jesse Helms, Grover Norquist y otros miembros de la ultraderecha estadounidense.[26]

Las secesiones de Canadá, Nueva Zelanda y Australia fueron más parecidas a la decisión de un adulto que abandona la casa de sus padres, que a la de un divorcio. Canadá permitió en 1857 que la reina Victoria eligiese cuál sería su capital. En una competición de cinco ciudades, incluyendo las dos ciudades principales de Quebec, ciudad de Quebec y Montreal, y dos de las ciudades de Ontario, Toronto y Kingston, Ottawa se alzó como ganadora. Estaba situada de un modo bastante central y equidistante en el Canadá de aquella época, en la confluencia del río Ontario y otros dos ríos y en la frontera entre el Canadá anglo-protestante y el Canadá francófono / católico irlandés. Ottawa no suponía un auténtico rival real para los nodos comerciales que representaban Toronto y Montreal. Pero tenía poco peso demográfico y el margen de voto del Parlamento que la ratificó fue estrecho, sesenta y cuatro contra cincuenta y nueve.[27]

---

[23] En Estados Unidos los llamados cementerios nacionales suelen ser de carácter militar. [N. de la T.]

[24] El Washington Navy Yard es el establecimiento costero más antiguo de la Marina estadounidense. [N. de la T.]

[25] La visibilidad militar está sustentada en la construcción militar y securitaria de la Guerra Fría; la economía de Washington debe gran parte de su prosperidad a la gran y generosa porción de los contratos gubernamentales que recibe. Las guerras constantes de Estados Unidos tras el fin de la Unión Soviética son una bendición para la economía de Washington y los beneficios de sus élites. Annie Lowry, «While most of America struggles, its capital thrives on goverment cash», *International Herald Tribune*, 12 de enero del 2013; James Galbraith, *Inequality and inestability: A Study of the World Economy Just Before the Great Crisis*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

[26] Kirk Savage, *Monument Wars…*, *op. cit.*, p. 292, 353 n.p.

[27] R. Bellamy, «The architecture of goverment» en Jeff Keshen y Nicole St-Onge (eds.), *Construire une capital – Otawa: Making a capital*, Ottawa, University of Ontario Press, 2001, p. 435; cf. John Taylor, *Ontario: An Illustrated History*, Toronto, Lorimer, 1986.

El estatuto de «dominio» de las colonias blancas del Imperio británico era ambiguo. Se trataba de unidades territoriales en las cuales importaban los equilibrios étnico/nacionales y los bloques de poder, su soberanía estatal evolucionó gradualmente y la independencia legislativa de los dominios se recogió formal y definitivamente en el Estatuto de Westminster en 1931. En 1929 fue el Consejo Privado del Reino Unido quien finalmente logró poner fin a la peliaguda cuestión de la política canadiense: ¿las mujeres son personas? La Corte Suprema de Canadá había afirmado que «no», pero la suprema corte imperial declaró graciosamente que «sí».[28]

La nueva capital obtuvo rápidamente un imponente edificio parlamentario en Barrack Hill, construido en estilo neogótico y con la arenisca local, cuyo color beige original cambió rápidamente a un sombrío oscuro. A diferencia de Washington y Canberra, la ciudad creció sin que hubiese una gran planificación que la impulsara. En 1884, un dirigente político de aquel momento, Wilfrid Laurier, escribió: «Ottawa no es una ciudad hermosa y tampoco parece destinada a convertirse en ello». Cerca de una década después Laurier se convirtió en primer ministro, y como tal, estableció la Comisión para la Mejora de Ottawa, con la idea de hacer de Ottawa el «Washington del norte».[29]

La planificación del siglo XX se ha centrado principalmente en mostrar la belleza natural de la ciudad en las colinas y sus ríos. Pero hacia finales de siglo, también desarrolló una nueva conciencia política, dando paso a una distribución espacial y a una monumentalidad bastante diferente a la de la capital imperial al sur de la frontera. Ottawa no se convirtió en un distrito federal, sino que en 1958 la National Capital Act (Ley sobre la Capital Nacional) otorgó a la Comisión de la Capital Nacional poderes de planificación especiales.[30]

La monumentalidad de Ottawa no es militarista, pese a que hay un inmenso conjunto conmemorativo de la Primera Guerra Mundial en el centro de la ciudad, con añadidos en recuerdo de la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea. Los antídotos a los monumentos de batallas

---

[28] Este hecho salió a la luz porque solo personas individuales podían ser nominadas al Senado canadiense (véase Susan Munroe, «10 Firsts for Canadian Women in Government», *About.com*, 21 de mayo del 2015, canadaonline.about.com). En el año 2000, las cinco mujeres de Alberta que propiciaron el caso fueron conmemoradas en el Parliament Hall con un bonito conjunto de estatuas que las representaba en un encuentro informal.

[29] National Capital Planning Commission, *Capital in the Making - Bâtir une capitale*, Ontario, Goverment of Canada, 1998, p. 12.

[30] La National Capital Commission (NCC) o Comisión de la Capital Nacional, es una corporación de Canadá que administra las tierras de propiedad federal de la Región de la Capital Nacional, en las que se engloban Ottawa y Quebec. Su objetivo es defender los intereses de Ottawa en asuntos de interés nacional (planificación de monumentos y museos, organización de eventos nacionales…) El gobierno federal posee numerosas propiedades y emplea a muchas personas en estas dos ciudades, por lo que la NCC tiene mucha influencia en la zona. [N. de la T.]

en Washington son el abstracto Monumento Canadiense a los Derechos Humanos (1989) y el Monumento a la Reconciliación y el Mantenimiento de la Paz, o «Torre de la Paz», de 1992. En lugar de los cesáreos monumentos presidenciales de Washington, Ottawa muestra un conjunto de modestos tributos a sus principales líderes políticos en Parliament Hill.

La capital de Nueva Zelanda recibe su nombre por el exitoso comandante británico en las guerras napoleónicas, el (primer) duque de Wellington. Fue escogida por los colonos como la capital colonial en 1865 por su localización en el estrecho de Cook, entre las islas del norte y del sur, debido al miedo de que esta última optara por la secesión. Auckland, en el norte de la isla Norte, era entonces la capital y se ha mantenido como el centro económico y de población de Nueva Zelanda.

La Australia rica tenía ambiciones, pero se encontró con que tenía que gestionar las rivalidades entre Nueva Gales del Sur, el asentamiento más antiguo y su principal capital portuaria, Sídney, y los nuevos ricos nacidos al calor de la fiebre del oro de Victoria, que presentaban a Melbourne como principal contendiente a capital. Como Washington, pero a diferencia de Ottawa y Wellington, Canberra se construiría a partir de cero en un área rural designada para ello en Nueva Gales del Sur, pero se especificó que no podía estar «dentro de las 100 millas alrededor de Sídney». Mientras se determinaba el lugar y se construía, se decidió que la capital de las colonias federadas de Australia debería estar en Melbourne.[31]

La Commonwealth australiana y su primer Parlamento se unieron en 1901, y en 1908 se pusieron de acuerdo sobre un área denominada Yass-Canberra como futuro lugar para la capital. El plan se presentó en un concurso internacional en 1911, que ganó un arquitecto estadounidense de la Prairie School, Walter Burley Griffin. Era un magnífica construcción que pese a la monumentalidad de sus ejes y sus proporciones espaciales se diseñó teniendo en mente una disposición espacial explícitamente democrática. Se dispuso así el «eje de tierra», que iba de Capitol Hill y cruzaba el distrito del gobierno a través de un lago artificial construido a partir de un río represado, y que llegaba hasta la ciudad y a una colina tras ella, cruzando un «eje de agua». El edificio principal del distrito del gobierno debía ser el del Parlamento, flanqueado por las residencias del gobernador general y (a su derecha) la del primer ministro, con sus ministerios al lado. En la cima de la colina no habría un edificio del poder político sino un «Capitolio» del pueblo, «para actos y recepciones populares, o para los archivos nacionales, que conmemorase los logros australianos».[32] La parte residencial de la ciudad fue diseñada siguiendo los principios de la ciudad jardín.

---

[31] National Capital Planning Commission*, Capital in the Making, op. cit.*, p. 102.
[32] Wolfang Sonne, *Representing the State*, *op. cit.*, cap. 4.

Del mismo modo que el gran plan de L'Enfant para Washington, el de Griffin sufrió durante décadas la mezquindad y parsimonia de los políticos, además de padecer también los efectos de la Gran Depresión de los años treinta del siglo XX. En la década de 1950 revivió el interés por el proyecto, y los urbanistas decidieron que el plan de Griffin no debía ser tanto mejorado como implementado.[33] Gracias a su variado y extenso uso del espacio natural y su arquitectura de poca altura y poco pretenciosa, Canberra ha conseguido ser al mismo tiempo monumental y popular. Su edificio parlamentario construido en 1988 se ha convertido en un icono democrático, construido en parte en el Parliament Hill, con una ladera de césped en la parte de atrás, en la que los ciudadanos podían caminar y jugar (al menos hasta el 2001), y con un frente de pequeña altura de columnas modernistas, dominado por un inmenso mástil con la bandera nacional.[34]

Canberra también presenta, de forma prominente, uno de los monumentos más extraños del mundo. El eje de tierra, que va desde el asta de la bandera y del Parlamento a través del lago, continúa hasta la ANZAC Parade, un ceremonial patio de armas militar (construido en 1965), que acaba en un inmenso Memorial de la Guerra, cuyo estilo se mezcla con la arquitectura egipcia. Construido en 1941, posteriormente se ha ido decorando con nuevos elementos en conmemoración de las posteriores guerras imperiales en las que Australia ha intervenido voluntariamente, como la guerra de Vietnam.

Lo que resulta tan extraordinario no es el memorial de la Primera Guerra Mundial, sino el mito de ANZAC y su dominio iconográfico sobre Canberra. «ANZAC» se refiere a los Cuerpos Armados de Australia y Nueva Zelanda, que se presentaron voluntarios para luchar por el Imperio británico durante la Primera Guerra Mundial. Su principal intervención militar fue un desastroso ataque sobre el Imperio otomano en 1915, a dos océanos y un continente de allí, en Galípoli. Justificada con argumentos que desafían la razón, esta aventura militar y la sangrienta derrota se han convertido en el «bautismo de fuego» de la hombría nacional australiana y neozelandesa que actualmente se conmemoran el 25 de abril.[35]

---

[33] Roger Pegrum, *The Bush Capital…*, *op. cit.*, p. 184; David Crowley y Susan E. Reid, (eds.), *Socialist Spaces…*, *op. cit.*

[34] David Headon, *The Symbolic Role of the National Capital*, Canberra, National Capital Authority and the Commonwealth of Australia, 2003.

[35] La leyenda de ANZAC fue impulsada en gran medida por las crónicas del corresponsal oficial de guerra, Charles Bean, que participó en el conflicto «empotrado» en las tropas. La narrativa de Bean ha sido difundida ampliamente por el gobierno australiano desde mediados de los años veinte del siglo pasado como parte de la narrativa nacionalista e imperial. A mediados de la década de 1990 el gobierno conservador de Howard recuperó la narrativa dándole nueva vida, lo que está explícitamente conectado con las nuevas aventuras de Australia en Afganistán e Irak. Véase Alastair Thomson, *ANZAC Memories: Living with the Legend*, Clayton, Monash University Publishing, 2013, véase especialmente los cap. 5 y 8.

Pretoria había sido la capital de la República de los bóer del Transvaal, que el Imperio británico finalmente consiguió someter tras una horripilante guerra. En 1910 se convertiría en la capital de la Unión Sudafricana, si bien compartiendo sus funciones con la británica Ciudad del Cabo a casi 1.500 km de distancia, como sede del Parlamento. A su vez, Bloemfontein, la capital de la otra república bóer, el Estado libre de Orange, acogería la Corte Suprema. Pretoria, que recibe su nombre de un comandante y conquistador bóer, mantuvo su heráldica bóer, la republicana *Raadzaal*, convirtiéndose en una Asamblea Provincial, en la *Kerkplein* (plaza de la Iglesia) con estatuas ecuestres de Pretorius Senior, el fundador, y Junior, un presidente bóer, junto con la estatua del presidente Kruger en otra de las plazas principales.

La nueva unión colonial blanca tuvo su propio proyecto monumental, en una colina a las afueras de la ciudad. Herbert Baker, uno de los principales arquitectos del Imperio, diseñó un inmenso edificio, de inspiración romana, dos alas con torres coronadas por cúpulas, conectadas por una arcada semicircular, que simbolizaba y tenía por retórica política la unión de las dos naciones coloniales, con un anfiteatro de estilo clásico en mitad de la parte frontal.[36] Tras la Segunda Guerra Mundial, Pretoria obtuvo su segundo monumento emblemático, el Monumento Voortrekker (Los pioneros) que conmemoraba el éxodo bóer de la década de 1830 de la ciudad gobernada por los británicos, Colonia del Cabo, a los que consideraban demasiado «amigables con los negros», además de conmemorar una de las victorias bóer sobre los zulúes. Se trata de un inmenso (40 metros de alto, ancho y largo) edificio de granito con referencias a los templos egipcios, así como al Mausoleo de Halicarnaso, rodeado por cincuenta y cuatro carretas tiradas por bueyes de piedra, y que contiene una Sala de los héroes y una Sala del cenotafio.

Pretoria era una ciudad afrikáner blanca, aunque en 1950, 25.000 trabajadores domésticos nativos servían a 132.000 «europeos».[37] En 1994, se derrumbó el Estado colonial racista y Sudáfrica mutó en un Estado democrático excolonial, un momento popular transcendental al que regresaremos más tarde.

---

[36] Herbert Baker había sido el protegido de Cecil Rhodes y tenía un sentido del imperio muy desarrollado. El diseño para el Edificio de la Unión incluía originalmente un lugar para los nativos. Pero incluso eso era demasiado para el gobierno sudafricano, si bien hay que señalar que la idea de un espacio para los nativos es también un elocuente ejemplo de la ideología colonialista: Baker sugirió que se construyera fuera del edificio un pequeño espacio para los encuentros de la población originaria «donde los nativos, sin entrar en el edifico, puedan sentir la majestuosidad del gobierno». Lawrence Vale, *Architecture, Power, and National Identity*, p. 78; Wolfang Sonne, *Representing the State*, *op. cit.*, pp. 199 y ss.

[37] City Of Pretoria, *Official Guide*, Pretoria: s.f., pero probablemente de mediados de la década de 1950, pp. 90, 222.

Las secesiones de los Estados ibéricos

El contexto etnocultural y el proceso político de los Estados nación de América Latina independizados de sus patrias hispánicas y lusitanas resulta bastante diverso. En contraste con los Estados secesionados de Reino Unido, las nuevas capitales de sus Estados nación eran todas ellas antiguas capitales imperiales. Este tipo de asentamientos reflejan un patrón diferente, organizados de una manera más imperial, como posteriormente lo harían la India británica y el África central y occidental francesas. Los aventureros, por supuesto, abundaban: de los primeros conquistadores españoles de Sudamérica a sus exploradores de Norteamérica, pasando por los *bandeirantes* brasileños que se movían hacia el oeste, si bien en este caso los disidentes religiosos, los puristas raciales (como los bóers) y los convictos formaban una parte marginal y/o discreta de los mismos.

La colonización ibérica fue de carácter urbano. Lo primero que los conquistadores hacían tras conquistar un territorio era construir una ciudad. Las ciudades de la América hispánica se construyeron siguiendo las normas de las imperiales Leyes de Indias de 1573, repitiendo un patrón con forma de parrilla con cuatro calles rectas que radiaban desde la plaza Mayor. Tras la plaza, la zona principal de edificios debía comenzar por la iglesia o el monasterio —cercano a la plaza pero preferiblemente fuera de ella, y mejor con una entrada propia— y después la casa del representante real, de acuerdo con el rango de la ciudad dentro de la jerarquía imperial, y tras ella el *cabildo* (consejo municipal). Los lugares alrededor de la plaza no debían dejarse a disposición de intereses privados, sino que debían guardarse para el Estado y la Iglesia, aunque se podían permitir las casas y puestos de los comerciantes. A menudo, estas ubicaciones se utilizaron para levantar palacios episcopales y algunas veces para los autos de fe de la Inquisición. La mansión del fundador de la ciudad tenía el derecho a estar en los alrededores de la plaza y algunos de los colonos de mayor rango podían recibir por asignación directa algunos de los lotes centrales; el resto de los colonos obtuvieron su lugar por sorteo. La plaza Mayor, conocida también como plaza de Armas, era habitualmente el lugar del mercado central, con hileras de tiendas y puestos; en los alrededores estaban también los barracones militares, un hospital y una prisión.[38]

El urbanismo brasileño estaba originalmente menos centrado y regulado. Río de Janeiro, pese su origen en el siglo XVI, era la capital colonial desde hacía solo medio siglo, cuando las guerras napoleónicas en Europa instigaron el problema nacional en Iberoamérica.

---

[38] Z. Nuttall, «Royal ordinances concerning the layout of new towns», *Hispanic America Historical Review*, vol. 4, núm. 4, 1921; cf. Porfirio Sanz Camañes, *Las ciudades en la América hispana: siglos XV a XVIII,* Madrid, Silex, 2004.

Sin embargo, aunque hubo una importante continuidad urbana, la independencia nacional en Hispanoamérica se estableció mediante enrevesadas políticas, y solo después de largas y devastadoras guerras. El proceso comenzó con la caída de la monarquía imperial en casa, con la abdicación obligada del rey Borbón y la usurpación bonapartista del trono. Pero el alcance de Napoleón nunca cruzó el Atlántico, excepto en el caso de las islas del Caribe. Desde las Américas los sucesos debieron de parecer tan confusos como perturbadores.

En agosto de 1808 un paquete de ejemplares de la *Gaceta de Madrid* llegó a Quito, en los que se relataba, a la vez, el levantamiento de Aranjuez, en España, por el cual el primer ministro del rey Carlos IV fue expulsado y su hijo Fernando VII ascendió al trono; la abdicación del hijo en favor de su padre; la posterior transferencia de la corona a José Bonaparte; la ocupación francesa; y la insurrección española contra ella.[39]

El gobierno imperial legítimo fue suspendido. En esta situación los consejos municipales, los *cabildos* de las principales ciudades, se hicieron con el protagonismo. Aun así, la independencia nacional no era aún la tendencia general. El poder de los cabildos se expresó de formas diversas, tanto con el nombramiento de un nuevo virrey para México, como en la formación de «consejos revolucionarios» *(juntas)* que reclamaban temporalmente el poder gubernamental en nombre del rey legítimo.[40] Hispanoamerica se vio, de este modo, implicada en las convulsas vicisitudes de la política española durante los siguientes veinte años. Las políticas españolas antinapoleónicas y posnapoleónicas añadieron otra dimensión al conflicto: ¿liberalismo o absolutismo?

Los primeros movimientos hacia la independencia en Hispanoamérica comenzaron en 1808, tras recibir las noticias de la caída de la monarquía legítima. La batalla final decisiva contra la armada imperial española tuvo lugar en Ayacucho, Perú, dieciséis años después. Callao, la ciudad portuaria del virreinato de Lima, no se rindió hasta enero de 1826. En México las guerras de independencia comenzaron en 1810, bajo el liderazgo de un cura, Miguel Hidalgo, y no triunfaron hasta 1821 al mando del desertor Agustín de Iturbide, antiguo general imperial. La capital del virreinato de México no fue el centro de los esfuerzos y de las luchas por la independencia.

---

[39] Demélias, *Invención política*, p. 197. El virrey de Nueva España ya había recibido anteriormente las noticias, en junio de 1808. Alfonso Vázquez Mellado, *La ciudad de los palacios: Imágenes de cinco siglos*, Ciudad de México, Editorial Diana, 1990, pp. 128-129.

[40] Ibídem, p. 129-130. Las primeras juntas revolucionarias de este tipo nacieron por iniciativa propia en Chuquisaca y en La Paz (Bolivia) y en Quito (Ecuador) en 1809, Demélias, *Invención política*, p. 190. Por eso se conmemoró erróneamente el bicentenario con celebraciones ecuatorianas y bolivianas en 2009. Un visión clásica de la independencia hispanoamericana es la de John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, W. W. Norton, 1976 [ed. cast.: *Las revoluciones hispanomericanas (1808-1826*), Barcelona, Ariel, 2010].

Dos décadas de guerras incesantes, que se seguían unas detrás de otras, por todo el subcontinente destrozaron gran parte de la sociedad americana, fracturaron fatalmente a sus élites militares y políticas, dando paso a años de golpes militares y guerras civiles posindependencia. En 1855, México, por ejemplo, ya había tenido cincuenta gobiernos en treinta y cuatro años de independencia, once de los cuales habían estado presididos por el general Antonio López de Santa Ana, una figura tragicómica y burlesca que perdió Texas, California y el resto de los territorios noroccidentales a manos de Estados Unidos.[41]

Estas guerras no destruyeron las principales ciudades, ni siquiera las dañaron mucho. Los terremotos, como en el caso de Lima, fueron mucho más destructivos. La continuidad colonial urbana no se rompió, pero el remolino político retrasó la nacionalización de las capitales coloniales.

Las configuraciones étnicas y los conflictos característicos de los Estados coloniales diferían en los países ibéricos de aquellos de los británicos, en particular tras las posteriores oleadas de inmigración masiva. Donde la visión británica imperante era dicotómica —o eras 100 % blanco o eras no-blanco— el punto de vista ibérico y su práctica era jerárquico: blanco, menos blanco, un poco blanco, no-blanco. En Hispanoamérica había esclavos africanos y exesclavos, pero no en un número tan elevado, y estos en algunas zonas como Uruguay, fueron utilizados y masacrados como carne de cañón durante las guerras de independencia. A los a*frodescendientes* supervivientes, como son denominados actualmente, se les negaba habitualmente la ciudadanía hispanoamericana, del mismo modo que se hacía en los Estados Unidos antes de la Guerra Civil. Los grupos más significativos eran los *peninsulares* nacidos en España (o *gachupines* como se les llamaba peyorativamente), los criollos blancos (más o menos blancos) nacidos americanos, los mestizos y los indios. Siglos de relaciones sexuales habían creado una Hispanoamérica en la que un tercio de su población era mestiza, un quinto blanca, la mitad india y un 4 % negra.[42]

El tamaño y el peso cultural de la población nativa en Hispanoamérica generó cierto respeto entre los conquistadores coloniales, especialmente en Perú, y la mayor parte de los Estados nación les tuvo en cuenta. Tanto en México como en Perú, la independencia supuso la abolición del estatus especial de los indios —subordinados pero también protegidos y localmente autónomos— y la adquisición de la ciudadanía nacional.

---

[41] Alfonso Vázquez Mellado, *La ciudad de los palacios...*, *op. cit.*, pp. 162 y ss.

[42] John Lynch, *The Spanish American Revolutions*, *op. cit.*, n.p. 29. Lynch se basa en las investigaciones de von Humboldt. Simón Bolívar en su famoso discurso en Angostura en 1819 afirmaba que: «No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles (citado en ibídem, p. 39). El discurso completo puede encontrarse en https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Sim%C3%B3n_Bol%C3%Advar_ante_el_Congreso_de_Angostura.

La independencia de Hispanoamérica, y la independencia mexicana en particular, no fue exactamente una secesión colonial en toda regla. El movimiento nacionalista popular mexicano nació de la mano de dos curas rurales, Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos, uno criollo, el otro mestizo, bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe, de tez oscura, y al grito de «muerte a los *gachupines*». En el Acta de Independencia definitiva (de 1821), se hace referencia a la «nación mexicana, que durante trescientos años [esto es, desde la conquista colonial] no ha podido ejercer su libre voluntad ni ha podido utilizar libremente su voz».[43] Los mestizos eran, por supuesto, descendientes de los colonizadores y formaban parte de los asentamientos creados por los conquistadores europeos, sociedades muy diferentes a las comunidades indígenas colonizadas, tanto en las Américas como en África y Asia. Pero el *mestizaje* fue una parte muy importante de la retórica nacional mexicana, de su imaginería e iconografía urbana al menos hasta la Segunda Guerra Mundial.[44]

Brasil formó parte del cinturón esclavista americano (de Río de Janeiro a Washington) y no abolió la esclavitud hasta 1888, Sin embargo, las relaciones entre blancos y negros operaban del mismo modo jerárquico que las relaciones ibéricas, lo que quería decir que si eras de piel clara, o un mulato no esclavizado, podías ascender socialmente.

La Ciudad de México, construida sobre el área metropolitana azteca de Tenochtitlán, fue la primera ciudad de Hispanoamérica. En vísperas del estallido de las guerras de independencia, la ciudad tenía unos 135.000 habitantes, la mayor ciudad del hemisferio. La mitad de ellos eran blancos, un cuarto indios, una quinta parte mestizos y unos 10.000 lo que se dio en llamar «mulatos». Era una ciudad de planificación uniforme con palacios barrocos, rodeada de barrios de artesanos y tenderos, y con una periferia india.[45]

---

[43] D. A. Brading, «Social Darwinism and Nationalism in Mexico», Susana Carvalho y François Gemenne (eds.), *Nations and their Histories,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009, p. 112. Es decir, que la insurgente nación criolla estaba ella misma relacionada en cierto modo con la nación mexicana precolombina. Este ligamen era o bien inexistente o bien menos significativo en el resto de las secesiones europeas excepto en el caso de Perú.

[44] Las imágenes iconográficas más utilizadas por los primeros nacionalistas mexicanos recuperaban parte del simbolismo prehispánico: un águila sobre un cactus *nopal* con una serpiente en el pico (Enrique de Florescano, *Imágenes de la Patria*, Taurus, Madrid, 2005, cap. 3). En 1925, José Vasconcelos, ministro de Educación y un importante ideólogo de la revolución mexicana durante las décadas de 1920 y 1930, publicó un libro, *La raza cósmica*, en la que clamaba por una «misión iberoamericana», basado en su experiencia de mestizaje, que conduciría a la humanidad a una civilización más elevada, más estética, construida por las personas hermosas de todas las «cuatro razas contemporáneas, los blancos, los negros, los rojos y los amarillos», y que constituirían una «raza cósmica». José Vasconcelos, *La raza cósmica*, Ciudad de México, Espasa Calpe, 1925.

[45] Serge Gruzinski, *Histoire de Mexico*, París, Fayard, 1966, cap. 11. Una narrativa interesante acerca de lo colonial y de la temprana independencia de la ciudad palacio es la que propone Alfonso Vázquez Mellado en *La ciudad de los palacios*, Diana, México, 1990.

El palacio se convirtió posteriormente en el Palacio Nacional, albergando originalmente las dos cámaras legislativas y los ministerios así como al presidente. Actualmente funciona en parte como museo, está decorado con grandes murales de Diego Rivera sobre la historia nacional, y algunas veces también se utiliza como edificio para ceremonias públicas. La residencia presidencial, tras haber estado radicada cierto tiempo en el castillo de Chapultepec, desde mediados de la década de 1930 se ubicó relativamente fuera del centro urbano. La catedral sigue en uso.

En un momento dado se decidió utilizar la gran plaza frente a estos edificios, para albergar un gran monumento a la independencia, en el lugar donde se levantaba una estatua ecuestre del rey español Carlos IV. Una iniciativa del siempre poco afortunado Santa Ana en 1843 para la que finalmente no hubo ni dinero ni capacidad para completarla. Pero el nombre ha permanecido: el Zócalo es la plaza pública más importante del México actual, el principal lugar de reunión de las marchas de protesta y de las celebraciones nacionales. Allí no hay monumento nacional alguno, solo un gran mástil que despliega una gigantesca bandera nacional.

De todas maneras, la nacionalización de la Ciudad de México fue posterior, con un periodo de liberación nacional conocido como la Reforma, después de que México derrotase la bizarra aventura imperial europea de Napoleón III y su intención de colocar a un príncipe Habsburgo en el trono de emperador de México, con la excusa del impago de la deuda mexicana. La iconografía nacional fue desplegada en un monumental programa de finales del siglo XIX, a lo largo del paseo de la Reforma (anteriormente del Emperador/Emperatriz), que va hacia el noreste desde el inmenso parque del castillo en las inmediaciones del castillo de Chapultepec. El iconográfico elenco incluye una gran lista de políticos nacionalistas liberales y clásicos, hombres de armas e intelectuales, con tres estrellas principales: Miguel Hidalgo, «Padre de la Patria», a los pies de la columna del Monumento a la Independencia, coronado por una Victoria alada, conocida posteriormente como el Ángel de la Independencia; segundo, el último rey azteca, Cuauhtémoc, estatua magnífica cuyo bajorrelieve muestra la tortura que sufrió a manos de los españoles; y finalmente, Cristóbal Colón al que se retrata como un pacífico navegante que traía la cristiandad a las Américas. México no monumentaliza a su conquistador, Hernán Cortés. También presente en un abstracto semicírculo neoclásico está el magnífico, y diminuto (137 centímetros) presidente liberal que gobernó durante los años que duró el interludio imperialista francés, Benito Juárez, que por lo que sé fue el primer presidente indio de las Américas.[46]

[46] El hecho de que Juárez pudiera ascender hasta lo más alto en México, primero como juez de la Corte Suprema y más tarde como presidente electo, nos dice algo acerca de los intersticios abiertos en Iberoamérica, que los Estados Unidos no igualarían hasta más de un siglo después.

La ciudad de México es una de las mejores ciudades para observar las diferentes capas históricas de la formación urbana. De un lado, está la capital azteca y mexica, el trazado lacustre que aún puede disfrutarse en la zona de los lagos de Xochimilco al sur de la ciudad, la ciudad que se puede ver desde las grandes excavaciones arqueológicas, del Templo Mayor central a la plaza de las Tres Culturas, y experimentar a través de la gran cantidad de información mostrada en el museo antropológico más impresionante del mundo. El esplendor imperial está centrado en el Zócalo, donde se encuentra el colosal palacio del Virrey, de diseño horizontal, y al que posteriormente se le añadiría un tercer piso por obra del presidente Plutarco Elías Calles en la década de 1920. Más al norte, junto a la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, construida en los siglos XVI y XVII, dedicada a la santa patrona de México, se añadió en los años setenta del siglo pasado un enorme estrato histórico nuevo de corte modernista. El nacionalismo mexicano, tercero de los substratos históricos de la ciudad, no encontró su forma iconográfica y urbana hasta las últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX, bajo el gobierno liberal del cuasi dictador Porfirio Díaz. Fue entonces cuando el paseo de la Reforma se convirtió en la calle de los desfiles de la ciudad y cuando la avenida de los Insurgentes, en referencia a los rebeldes nacionalistas clásicos, se desplegó como la principal vía pública norte-sur de la ciudad, originalmente como vía del Centenario, y que centralizó los esfuerzos de mejora urbana de cara al posterior centenario de 1910.

La revolución de 1910-1917 es otro de los estratos de la geología urbana mexicana. Comenzó bajo el modesto eslogan de «Sufragio efectivo y no reelección», que reflejaba la problemática política particular de las naciones colonizadoras: el principal asunto en discusión no era ¿qué derechos debería tener el pueblo?, sino ¿quiénes son el pueblo?, así como el respeto que se le debía a dichos derechos. La revolución se convirtió en la historia más épica de las Américas del siglo XX. En la actual Ciudad de México, los efectos originales más persistentes son tal vez los murales públicos interiores de Diego Rivera y José Orozco, los exteriores de Políforo Siqueiros que giran entorno a la cultura y los de Juan O'Gorman en la Biblioteca de la Universidad Central. Más aún, estos también incluyen el reciclaje del inacabado edificio parlamentario en un (sepulcral) Monumento a la Revolución y la Fuente del Petróleo que conmemora la nacionalización de los hidrocaburos en la década de 1930 por parte del presidente Lázaro Cárdenas.

Sin embargo, fue también tras la revolución, incluyendo su periodo más radical en la década de 1930, cuando México consolidó (la mayor parte

Aunque es cierto, no puede negarse, que esta fue una experiencia individual extraordinaria, la de un huérfano que se benefició del descubrimiento y patrocinio de su impresionante talento por parte de los franciscanos.

de) su actual modelo de barrios polarizados, segregados entre, por una parte, el estilo colonial californiano de «esplendor fastuoso», y por el otro, las *colonias proletarias* sin agua potable, alcantarillado o calles pavimentadas, ambas construidas por promotores privados. La Ciudad de México se expandió de un modo particular por medio de los nuevos barrios, llamados *las colonias*, en los que algunas veces se mezclan las mansiones de clase alta con apartamentos de edificios de clase media, pero casi nunca con las clases medias y populares. La construcción de viviendas decentes para la clase obrera llegó a estar en la agenda pública, pero había muy pocos recursos y demasiada poca energía dedicada a ello, pese a su considerable impacto.[47]

Conservador, liberal, revolucionario, México ha sido siempre un país de poder ejecutivo. Al principio las cámaras legislativas fueron alojadas en el palacio en el que se instaló el poder ejecutivo nacional, pero posteriormente fueron trasladadas a unos modestos palacios coloniales en el centro de la ciudad. De cara a las festividades del Centenario, el Porfiriato dio paso al proyecto de un nuevo, y más grandioso, palacio legislativo. La revolución paralizó el edificio. No fue hasta los años dosmil cuando el Senado construyó un edificio adecuado a sus necesidades.

Bajo el gobierno de Cárdenas, la acumulación de capital estuvo restringida casi totalmente a las rentas urbanas y a la construcción. Tras la Segunda Guerra Mundial, el poder del capital se hizo más patente, simbolizado en 1956 con la construcción de la Torre Latinoamericana, que en aquellos momentos sería el edificio más alto de América Latina (fue construida por una empresa de seguros). El estrato más reciente y globalista de Ciudad de México se va a tratar en el capítulo «Momento global».

Lima era la segunda capital virreinal de Hispanoamérica; su población a finales del siglo XVIII era de 64.000 personas, menos de la mitad de la población de la capital mexicana. La Lima española era profundamente monárquica —«la Ciudad de los Reyes»— y católica, llena de edificios religiosos y de procesiones callejeras, «un inmenso monasterio, de ambos sexos», como escribía una crónica del siglo XVII,[48] mientras que otra crónica de principios del siglo XIX la describía como cubierta por una niebla de incienso. Fue aquí donde el imperio mantuvo el último reducto realista, dirigido por un contundente virrey. También poseía una población blanca y mestiza temerosa de la rebelión india, que ya se había materializado a gran escala durante finales del siglo XVIII. Una minoría significativa de los habitantes de la ciudad zarparon con las últimas tropas españolas. Por

---

[47] Patrice Elizabeth Olsen, *Artifacts of Revolution: Architecture, Society, and Politics in Mexico City, 1920-1940*, Lanham (MD), Rowman & Littlefield, 2008, cap. 6.

[48] Raúl Porras Barrenchea y Edgardo Rivera Martínez (eds.), *Antología de Lima*, Lima, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, 2002, p. 11.

otra parte, al igual que los criollos mexicanos, los criollos peruanos integraron en su pedigrí la cultura prehispánica y su realeza. La Lima colonial fue representada con ropajes indios; se crearon cronologías monárquicas, que comenzaban con los gobernantes incas y continuaban con los reyes españoles. La nobleza india fue restablecida, pero educada por los jesuitas, vivía en la ciudad.[49]

Cuando a finales de la década de 1850, se inició un programa de desarrollo de la monumentalidad nacional, financiada por el breve auge del guano, primero se representó a Bolívar, en la plaza Bolívar (anteriormente plaza de la Inquisición) frente al Congreso, cuyo edificio ya había sido construido, y también la estatua de Colón. San Martín no regresaría como héroe monumental hasta el centenario de 1921.

Tras el colapso del auge del guano y de la desastrosa guerra contra Chile y después de la recuperación de finales del siglo XIX bajo la «república aristocrática», el desarrollo urbanístico despegó durante el Oncenio, los once años de presidencia autoritaria, si bien orientada por los intereses de la clase media, de Augusto Leguía. Se abrieron grandes avenidas, bautizadas en honor del presidente y el progreso; se instaló el alcantarillado y el servicio de aguas (se contrató para ello a una compañía estadounidense). El centro de la ciudad comenzó a trasladarse hacia la nueva, neoclásica, plaza de San Martín, con el Libertador a caballo sobre un colosal pedestal de mármol, y con un hotel de lujo internacional, el Bolívar. Finalmente el país obtuvo un palacio legislativo, un panteón nacional (en lo que antes era un iglesia), el Museo Nacional de Arqueología y, fuera del centro, una réplica, algo empequeñecida, del palacio de Justicia de Bruselas. La burguesía hizo ostentación de su riqueza y poder con imponentes edificios corporativos, como el del periódico *El Comercio* o el de la compañía de seguros Rimac (llamada así por el río de la ciudad), además de sus ostentosos clubs de élite, el Nacional en la plaza San Martín y la Unión en la plaza Mayor. Los edificios alrededor de este último fueron reconstruidos o reparados entre los años veinte y los cuarenta (tras el terremoto de 1940), incluyendo dos hermosos edificios neocoloniales en arenisca amarilla, con galerías y balconadas talladas en madera de estilo morisco (el Ayuntamiento y el Club de la Unión), así como la Catedral, un presuntuoso palacio del arzobispado de estilo colonial y un palacio presidencial neobarroco.[50]

---

[49] Existe una literatura iconográfica muy interesante acerca de la Lima y el Perú coloniales; véase Karine Périssat, *Lima fête ses Rois*, París, Editions L'Harmattan, 2002; Pablo Otemberg, *Rituels du pouvoir à Lima,* París, EHESS, 2012. James Higgins, *Lime: A Cultural History*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 96 y ss., esta obra también posee una reseñable sección acerca de la «Sociedad de Amantes del País» de la Ilustración y sobre su concepción acerca de la sucesión inca-española.

[50] La Lima colonial no había poseído nunca un gran palacio del Virrey del tipo mexicano, y para cuando llegó la independencia, el palacio existente estaba claramente venido a menos. James Higgins, *Lime: A Cultural History*, *op. cit.*, p. 35.

A raíz de los centenarios de 1921 (la república) y 1924 (la batalla final contra los españoles), se lanzó un extenso programa iconográfico. Algo habitual en las capitales coloniales, junto con los fundadores y héroes nacionales se incluyeron varios regalos por parte de las comunidades inmigrantes. En el caso de Lima, los regalos incluían la escultura al «Estibador» de Constantin Meunier por parte de la comunidad belga, una estatua del inca Manco Cápac por parte de los japoneses y un museo de arte italiano por parte de la comunidad italiana. El monumento a Washington y la plaza sellaron la admiración profesada a los Estados Unidos y su deseo de atraer el capital estadounidense.[51] Como parte de la reacción conservadora hispánica, se erigió una estatua ecuestre de Francisco Pizarro, el conquistador de Perú y fundador de la ciudad colonial, en el medio de la plaza Mayor en 1935.

Originalmente, el virreinato de Perú incluía toda la Hispanoamérica sudamericana —y las Filipinas— pero a finales del siglo XVIII, la corona española creó dos virreinatos nuevos: Nueva Granada, cuyo centro se encontraba en Santa Fe de Bogotá y que comprendía las actuales Colombia, Venezuela y Ecuador; y La Plata, con Buenos Aires como capital y que incluía la actual Argentina, Uruguay, Paraguay y parte de Bolivia. En 1810, las dos nuevas capitales virreinales se encontraban en manos de los nuevos poderes revolucionarios, aunque aún no eran Estados nación independientes.

El Buenos Aires nacional vivió una evolución demográfica excepcionalmente rápida, prosperando gracias a su comercio con Gran Bretaña y a los impuestos derivados de sus aduanas. Bajo el eslogan «gobernar es poblar», Argentina se dedicó a promover activamente una política de construcción de la nación a través de la inmigración. La población de la ciudad, que durante la independencia de 1816 era de 46.000 habitantes, se había incrementado según el censo de 1869 hasta los 187.000, la mitad de los cuales habían nacido en el extranjero.[52] Sin embargo, la estructura política de la nación siguió siendo violentamente contestada hasta 1880, cuando se estableció un cierto equilibrio entre la costa y el interior, segregando la ciudad de Buenos Aires, como entidad federal, de la enorme (y rica) provincia de Buenos Aires.

La remodelación de la «gran aldea» comenzó en la década de 1860, cuando el modesto fuerte del virreinato fue renovado, agrandado y pintado de rosa, lo que proporcionó a la oficina presidencial el nombre que aún ostenta hoy en día, la Casa Rosada. El edificio incluía originalmente ambos

---

[51] Gabriel Ramón, «The Script of Urban Surgery: Lima, 1850-1940», en Arturo Almadoz (ed.), *Planning Latin American Cities. 1850-1950*, Londres, Routledge, 2002; y la obra anónima, *Lima, Paseos de la Ciudad y su Historia*, Lima, Guías Expreso, 1998.

[52] Herbert Wilhelmy*, Südamerika mi Spiegel seiner Städte*, Hamburgo, De Gruyter, 1952, p. 238; M. Rapoport y María Seoane, *Buenos Aires: Historia de una ciudad*, Buenos Aires, Planeta, 2007. p. 48.

ministerios y el aparato legislativo. A partir de 1870, Florida se convirtió en la calle de la elegancia *porteña*. Sin embargo, la principal reforma tuvo lugar después de 1880, dirigida por un seguidor local del barón Haussmann, Torcuato de Alvear, en su papel de *intendente* de la ciudad designado por el presidente. Bajo su mando, se establecieron y diseñaron los centros políticos modernos: la plaza de Mayo, delante de la Casa Rosada, que unía la antigua plaza del 25 de Mayo (por la revolución de 1810, antes de que se construyera la plaza Mayor) y la plaza Victoria, mediante la apertura de la avenida de Mayo se abrió el camino que conduce a un edificio del congreso similar al de Washington.

En las décadas del cambio de siglo, la población de Buenos Aires creció de manera explosiva pasando de los 187.000 habitantes de 1869 hasta los 664.000 de 1895 y alcanzando los 1.576.000 en 1914, de los cuales la mitad de ellos eran extranjeros.[53] En absoluto sorprende el hecho de que Buenos Aires no se asentara como una capital nacional exitosa y próspera. Las festividades del centenario de 1910 tuvieron lugar bajo un estado de sitio en medio de huelgas masivas (que fueron reprimidas) y de asesinatos selectivos por parte de los anarquistas.[54] La ciudad estaba dominada por una oligarquía inmensamente rica de terratenientes, comerciantes y mercaderes, quienes construyeron sus propios palacios neobarrocos alrededor de la plaza San Martín, cuya opulencia y tamaño no ha visto el que subscribe estas líneas desde el San Petesburgo de Catalina II. En el otro extremo, se encontraban los famosos *conventillos*, casas de alquiler, donde las familias vivían en habitaciones de un único espacio de cuatro metros por cuatro, sin cocina y a menudo sin agua corriente.[55] El represaliado movimiento obrero se nutría de fuertes corrientes militantes anarquistas y anarcosindicalistas.

Como en las celebraciones del resto de América Latina, el centenario en Buenos Aires fue un momento de ambiciosos esfuerzos en lo que se refiere a la ampliación urbanística y la celebración icónica. La cultura colonial obtuvo un nuevo espacio: el teatro de la música y de la ópera, el Teatro Colón, de fama en todo el hemisferio. Las diferentes comunidades migrantes —alemana, francesa, española y otras— organizaron tributos monumentales a la capital de su nueva patria, aunque solo los franceses consiguieron que la suya estuviese a tiempo.[56] La ciudad también comisionó un conjunto escultural llamado «Canto al Trabajo», pero que no se instaló hasta tiempo después, en 1921. Este muestra a un curioso grupo

---

[53] M. Rapoport y María Seoane, *Buenos Aires…, op. cit.*, p. 167 y ss.

[54] L. González, S. Condoleo y M. Zangrandi, «Buenos Aires festeja el Centenario. Periferias, conflictos y esplendores de una ciudad en construcción», recogido en Francisco Xavier González (ed.), *Aquellos años franceses*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 26 y ss.

[55] M. Rapoport y María Seoane, *Buenos Aires…, op. cit.*, p. 182 y ss.

[56] Horacio Salas, *EL Centenario: La Argentina en su hora mas gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1960, pp. 160 y ss.

de trabajadores desnudos que, con gran esfuerzo, logran empujar una gran piedra.[57] Este sigue siendo un lugar donde se juntan las manifestaciones obreras el Primero de Mayo. Al igual que la obra de Meunier en Bruselas, «Monumento al trabajo» (virtualmente abandonado hoy en día), el «Canto al Trabajo» de Buenos Aires no tiene referente obrero o de clase, sino que su triunfante pose remite más a los deportes competitivos que a la serena piedad de la obra de Meunier.

Después de la Primera Guerra Mundial, Buenos Aires adquirió un carácter más de clase media, expresado políticamente por la Unión Cívica Radical, que desarrolló una política de clase media pero sin el impacto urbano del coetáneo gobierno de Lequía en Lima. Los ostentosos palacios *Ancien Régime* de la oligarquía se convertieron en edificios públicos, albergando desde el Ministerio de Exteriores hasta un club de oficiales. Pero Argentina nunca se convirtió en una sociedad con hegemonía de la clase media, con dos partidos políticos que competían pacíficamente dentro de un campo estrecho y predefinido. La clase media «radical» y la vieja derecha del privilegio ya se habían peleado en 1930, y el gobierno radical fue destituido por un golpe militar. La consecuencia fue la «Década Infame» de gobierno militar y elecciones fraudulentas, en la que se diseñaron una serie de «faraónicos» proyectos para Buenos Aires, la mayor parte no realizados. Su principal huella en el paisaje urbano fue la apertura de la «avenida más amplia del mundo», la avenida 9 de Julio, y su gigantesco obelisco por el cuarto centenario de la fundación de la ciudad en 1536.[58]

Regresaremos posteriormente a Buenos Aires, a su específico momento popular bajo el peronismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, y a su momento global más convencional.

Bogotá, la cuarta capital virreinal de Hispanoamérica, era una ciudad provinciana en una región montañosa con malas comunicaciones, dentro de un ámbito poco desarrollado económicamente entre los dos centros del imperio. Hacia finales del siglo XVIII no tenía más de 13.000 habitantes. Sin embargo, poseía dos colegios religiosos de enseñanza superior muy elitistas —posteriormente los congresos nacionales tendrían lugar en la capilla del antiguo colegio jesuita—, así como un pequeño ambiente ilustrado. Bogotá desempeñó un papel principal en la exploración botánica oficial de Sudamérica. A la ciudad se la ha denominado la «Atenas del sur».

La Colombia poscolonial tuvo un nacimiento difícil y no recibió su principal esbozo hasta 1830, después de que Ecuador y Venezuela se

---

[57] Rodrigo Gutiérrez Viñuales, *Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 2004, pp. 160 y ss.

[58] Ramón Gutierrez Viñuales, «Buenos Aires. A Great European City», en Arturo Almadoz (ed.), *Planning Latin American Cities…*, *op. cit.*, pp. 68 y ss.

hubiesen separado de la Gran Colombia (anteriormente Nueva Granada). En el siglo XIX, el país estuvo hendido por ocho guerras civiles de alcance nacional, catorce guerras locales y dos guerras internacionales. Bogotá se desarrolló lentamente en una Colombia violenta y conservadora de tintes aristocráticos. A mediados de siglo, el centro de Bogotá aún no disponía de alcantarillado, agua corriente o calles pavimentadas.[59] Seguía teniendo más o menos el mismo número de habitantes, unos 40.000 en la década de 1870 que los que tenía cuando finalmente se estableció Colombia como tal en 1830.[60] No se convirtió en una gran ciudad hasta el siglo XX, cuando su ratio de crecimiento se volvió explosivo. De 1905 a 1951 su población se multiplicó por siete y desde 1951 hasta el 2016 su población se ha multiplicado por diez, alcanzando los 8 millones.[61] Cundinamarca, la provincia alrededor de Bogotá, ha formado parte del auge del café desde finales del siglo XIX. Posteriormente, Bogotá se convirtió en la capital industrial y financiera, así como en la capital política del país, y pese a toda su violencia, que en parte ha conseguido controlar, ha ofrecido una vía de escape a la persistente violencia de las zonas rurales. La arquitectura modernista de ladrillo rojo de Rogelio Salmona y las ocasionales construcciones coloniales, sus centros de negocios, sus pequeños enclaves de apariencia británica y los complejos vallados de apartamentos de la alta clase media en la zona noreste hacen que actualmente Bogotá parezca una vasta aglomeración de pequeñas ciudades de los años cincuenta del siglo pasado, constituidas por edificios de dos o tres pisos, más o menos deteriorados. Kennedy, una zona populosa de clase media baja, da fe de la alineación proestadounidense de la ciudad, cuya huella aunque desvaída sigue presente. Ciudad Bolívar, el gran y popular distrito del sur, no es una barriada marginal, y es testimonio de la movilidad urbana colectiva. No obstante, en el límite de Bogotá acaban todos los servicios urbanos del área metropolitana.

El centro de poder aún se sitúa alrededor de la colonial plaza Mayor (ahora plaza Bolívar), pero sus edificios han tenido que ser reconstruidos varias veces debido a terremotos e incendios, y la catedral, por lo demás un

---

[59] Alfonso Ernesto Ortiz Gaitán, *Bogotá, El Dorado: Arquitectura, historia e historias*, Bogotá, Universidad de Gran Colombia, 2005, p. 72.

[60] Herbert Wilhelmy*, Südamerika mi Spiegel…*, *op. cit.*, pp. 157 y ss; John Lynch, *The Spanish American Revolutions…*, *op. cit.*, cap. 7; Arturo Almadoz (ed.), *Planning Latin American Cities…*, *op. cit.*, p. 36 acerca de la población durante el siglo XIX. Su centenario en 1910 fue organizado bajo los auspicios de los conservadores, con un importante papel desarrollado por la Iglesia, y que enfatizaba las relaciones deferenciales madre-hija con España. L. C. Colón Llamas, «Representar la nación en el espacio urbano. Bogotá y los festejos del Centenario de la Independencia», en Margarita Gutman y Michael Cohen (eds.), *Construir Bicentenarios Latinoamericanos en la Era de la Globalización*, Buenos Aires, Infinito, 2012, p. 328.

[61] Las cifras de población del siglo XX están extraídas de Alan Gilbert y Julio Dávila, «Bogotá: Progress Within a Hostile Enviroment» en David Myers y Henry Dietz (eds.), *Capital City Politics in Latin America*, Lynne Rienner (CO), Boulder, 2002, p. 30 y 127.

edificio no muy impresionante, es el único reducto de estabilidad histórica. Ya en 1827, comenzaron los cambios no planificados cuando el palacio del Virrey fue destruido por un terremoto, y en su lugar se inauguró un siglo y medio de alojamiento presidencial temporal. El actual palacio fue inaugurado en 1979, a partir de una mejora de un edificio de 1908, en el lugar donde se encontraba la vivienda de la gran figura de la Ilustración colombiana Antonio Nariño. La presidencial Casa de Nariño está detrás y es ligeramente más baja que el Capitolio (Congreso), cuya construcción se inició en 1846 y no se terminó hasta 1926, una pesada construcción neoclásica sin cúpula, cuyo aspecto le confiere una presencia dominante sobre la plaza. Delante de ella se encuentra el palacio de Justicia, dos veces dañado gravemente por la violencia urbana, en 1948 y en 1985. En uno de los lados de la plaza se encuentra la catedral, bastante austera, y el palacio del arzobispo, y en la otra está el Ayuntamiento, un largo y horizontal edificio de estilo francés del siglo XIX, construido a principios del siglo XX, que originalmente era un mercado comercial.

A excepción de algunos momentos liberales y anticlericales, cuando algunos de los edificios de la rica Iglesia fueron nacionalizados y secularizados —como también sucedió en Madrid y en Lisboa—, Colombia ha sido predominantemente una nación conservadora, y hasta tan tarde como principios del siglo XX, la catedral de Bogotá era el ágora de discusión política. Su antigua pero limitada tradición ilustrada ha sido, por ejemplo, reproducida en la Ciudad Blanca (Ciudad Universitaria) construida en la década de 1930, seguida por diversas universidades tras la Segunda Guerra Mundial. El famoso arquitecto modernista del país, el difunto Rogelio Salmona, fue comisionado varias veces a fin de proveer a la ciudad de algunos edificios impactantes destinados a instituciones culturales: por ejemplo, la Biblioteca Virgilio Barco, un modelo moderno de palacio del aprendizaje, y el acogedor Centro Cultural Gabriel García Márquez, cercano a la plaza Bolívar.

De un modo único en América Latina, el conflicto político en Colombia ha estado estructurado en gran medida alrededor de un sistema bipartidista de liberales y conservadores, dirigidos ambos por ricos oligarcas, que se remontan a la década de 1820, y con alianzas transmitidas a través de herencia familiar hasta un punto que para nada resulta insignificante hoy día. Largas guerras civiles han continuado azotando el país durante el siglo XX, guerras que habitualmente han ganado los conservadores. Las guerrillas comunistas de las FARC nacieron en 1964 a partir de los remanentes de las guerrillas liberales de La Violencia, con «v» mayúscula, que surgieron tras el asesinato del candidato presidencial liberal y no oligárquico Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

En Bogotá este asesinato causó las revueltas urbanas más masivas y violentas de las Américas. Entre los edificios destruidos se encontraban el Palacio de Justicia y la estación central de ferrocarriles, lo que puso fin a los ferrocarriles en Colombia. Otro efecto del Bogotazo fue la huida de las clases medias y altas en dirección a la zona noroeste de la ciudad y a las laderas andinas. Esto significa que a pocos bloques del centro político del país se encuentran algunas de las calles más peligrosas y derruidas de la ciudad, la peor de ellas es conocida por el nombre del Bronx.[62] En la plaza Bolívar hay un recordatorio de la destrucción del Palacio de Justicia en 1985, en el marco de una misteriosa operación de una guerrilla no revolucionaria que fue aplastada en el asalto militar que acabó no solo con la vida de los *guerrilleros* sino también con la de los jueces de la Corte Suprema.[63]

Chile era parte del Perú imperial, por lo que Santiago no era una ciudad virreinal sino el asiento de la capitanía general de Chile y de la Corte Suprema, la Real Audiencia. Se trataba de un área bastante pobre de los asentamientos ibéricos, que logró la Independencia en 1817. Sin embargo, si Chile y su capital muestran cierto interés, es porque fue presumiblemente el primer Estado nación hispanoamericano en consolidarse tras la convulsa secesión, y al enfrentarse a la alianza peruano-boliviana en la guerra del Pacífico (1879-1881) demostró su capacidad de golpear a alguien más fuerte.

La consolidación nacional fue conservadora, oligárquica y católica; se reunió en la década de 1830 después de verse forzada a hacer abdicar el héroe-libertador liberal (Bernardo O'Higgins, nacido chileno y descendiente de irlandeses, hijo ilegítimo del virrey peruano) en 1823. La base social de la coalición la formaban los ricos terratenientes y los hombres de negocios de la importación/exportación del Valle Central, que poco después comenzarían a encontrar sustento en las inmensas rentas que dejaba la minería.[64] Este régimen es reseñable, en su época y lugar, por dos razones principales. Primero, creó e institucionalizó una política de elecciones

---

[62] Estoy agradecido a mis amigos locales que amablemente me llevaron a conocer la zona o que me introdujeron en los diferentes aspectos de Bogotá, entre ellos Juan Luís Rodrigues, quien me mostró la gran arquitectura de Salmona, Ricardo Moreno que me llevó por diferentes barrios populares y María José Álvarez que compartió conmigo su investigación sobre la periferia de la ciudad. Un valioso y útil contexto histórico del desarrollo de la ciudad es el de Ricardo Arias Trujillo, *Historia de la Colombia contemporánea*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2011.

[63] Un conmovedor relato de esta historia aun sin aclarar totalmente es el que proporciona el ministro de Justicia, Yesid Reyes, cuyo padre, el presidente de la Corte Suprema, fue asesinado de un disparo, con una bala que no utilizan las guerrillas del M-19, y que se relata en *El Tiempo*, Bogotá, 8 de noviembre de 2015, p. 10.

[64] La oligarquía chilena ha demostrado una impresionante capacidad de mantenerse en el poder durante el siglo XX y principios del XXI, lo que es probablemente un hecho único. Muchas de las familias presidenciales y políticamente prominentes del siglo XX y principios del siglo XXI siguen estando en primer plano de la política, los negocios y la cultura, como por ejemplo los Bulnes, Edwards, Errázuriz, Larraín, Montt, Riesco...

parlamentarias y presidenciales regulares (ciertamente «manejadas» desde arriba por el ejecutivo). Segunda, tuvieron éxito, a lo largo del siglo XIX —aunque no durante el siglo XX— a la hora de subordinar a los militares al gobierno civil.[65]

Como todas las capitales hispanoamericanas (a excepción de Buenos Aires y Montevideo), Santiago no es una ciudad portuaria. Fue fundada en el insignificante río Mapocho en 1541, y durante medio siglo compartió su papel central de «Nuevo Extremo» con Concepción a unos 400 kilómetros al sur. En 1800 tenía unos 18.000 habitantes, que aumentaron hasta los 50.000 a finales de las guerras de independencia. Chile no fue un gran receptor de emigrantes, pero el país se urbanizó rápidamente. En 1865, la capital tenía una población de 115.000, en 1900 había aumentado hasta los 300.000, y llegó al millón en 1941.[66]

Santiago fue construido, a partir de 1540, de acuerdo con la ordenación imperial alrededor de su plaza de Armas, pero la arquitectura pública legada a la nación fue tardía, del último medio siglo del imperio. La catedral, la quinta iglesia en ese mismo lugar, era de mediados del siglo XVIII, el ayuntamiento de 1789. La corte, que también albergaba la capitanía general, era de finales del siglo XVIII. La mayor parte de los edificios públicos heredados fueron diseñados por un arquitecto italiano, Joaquín Toesca, o por sus discípulos. Toesca construyó después el impresionante Palacio de la Moneda a algunas manzanas al suroeste de la plaza de Armas, que no solo funcionaba como casa de la moneda sino que también incluía oficinas burocráticas, una *bodega* y una capilla.[67] Tras un primer destino como residentes del palacio de la Corte Real, los presidentes chilenos se mudaron a La Moneda en la década de 1850.

El carácter conservador del Estado se expresó claramente en el imponente Palacio del Arzobispo del siglo XIX en la misma plaza de Armas, pero sobre todo en las sucesivas iconografías del homenaje público. El primer monumento nacional, planeado en 1837 e inaugurado en 1860, rendía homenaje a Diego Portales, el empresario que —en su papel de ministro del Interior, Relaciones Externas, de la Guerra y la Marina— fue el hombre fuerte del régimen que dio forma al Estado en la década de 1830. El liberal Bernardo O'Higgins, posteriormente recordado como el *padre de la patria*, murió en el exilio, en Perú, y no fue oficialmente rehabilitado hasta finales

[65] Una interesante *laudatio* a los conservadores chilenos del siglo XIX es la de J. Samuel Valenzuela, «Class relations and democratizacion: A reassessment of Barrington moore's model» en Miguel Ángel Centeno y Fernando López-Alves (eds.), *The Other Mirror*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2001. Una breve alternativa marxista clásica es la de Marcos Kaplan, *Formación del estadio nacional en América Latina*, Santiago, Colección de Estudios Internacionales, 1969.
[66] Herbert Wilhelmy, *Südamerika mi Spiegel seiner Städte*, Hamburgo, De Gruyter, 1952, p. 203.
[67] Ramón Gutierrez, *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 2002, p. 289.

de la década de 1860. En 1872 se le erigió una destacada estatua ecuestre, dieciséis años después del monumento al comandante que le depuso.[68]

La orientación institucionalista del Estado chileno tiene una interesante correspondencia con la primera planificación de las principales infraestructuras de la ciudad-capital, impulsada primordialmente por liberales como O'Higgins y, en la década de 1870, Benjamín Vicuña Mackenna. El primero desarrolló el arranque de la principal calle de Santiago, la Alameda, como un paseo-ágora, con bancos, fuentes, cafés y lugares para la información ciudadana. El paseo ha sido ampliado y alargado, se le ha dado el debido nombre oficial que nadie utiliza: plaza del Libertador Bernardo O'Higgins. Cruza la ciudad en línea recta de este a oeste pero funciona más como el Ringstrasse de Viena que como los Campos Elíseos, gracias a sus edificios públicos institucionales, incluyendo las universidades estatales y católicas, los cuarteles militares y el palacio presidencial, con el Barrio Cívico, el complejo gubernamental de principios de 1930 y su plaza de la Ciudadanía delante de él.

Benjamín Vicuña Mackenna es el más famoso de los planificadores de Santiago; solo gobernó durante tres años, pero sus inmediatos sucesores continuaron con su trabajo.[69] Fue el primero de los grandes planificadores urbanos latinoamericanos inspirados por el barón Haussmann, al que seguirían Alvear en Buenos Aires, Francisco Pereira Passos en Río y muchos otros. En su preocupación por las calles, los paseos y el espacio público, Vicuña Mackenna fue un elocuente republicano del siglo XIX con la vista puesta en el modernismo, antes de que los modernistas del CIAM del siglo XX tratasen de convertir las calles de la ciudad en autopistas de coches: «Después de su casa, que es donde pasa un tercio de su vida, al hombre no le interesa nada más que la calle, donde pasa dos tercios de su vida».[70] En el Santiago actual, la impronta de Vicuña Mackenna es más visible en el Cerro Santa Lucía, una colina pedregosa situada en el centro de la ciudad y convertida en un paseo público muy querido por sus habitantes y en la que se disfruta de una escenografía histórica monumental. Su planificación también incluía un enorme y moderno sistema de alcantarillado.

El conquistador y fundador de la ciudad, Pedro de Valdivia, está en la plaza de Armas, pero su estatua fue un regalo de la España franquista de

---

[68] Rodrigo Gutiérrez Viñuales, *Monumento conmemorativo…*, *op. cit.*, p. 618.

[69] Para una historia de la planificación de Santiago, véase F. Pérez Oyarzún y J. Rosas Vera en Arturo Almadoz (ed.), *Planning Latin American Cities…*, *op. cit.*. Tanto antes como después hubo varios arquitectos franceses activos en Santiago (y las décadas que van de 1870 al 1900 han sido denominados por Gonzalez Errázuriz como «esos años franceses»). Otro importante impacto fue el causado por el arquitecto austriaco Karl Brunner quien desarrolló el Barrio Cívico.

[70] B. Vicuña Mackenna en 1870 citado en Gustavo Munizaga Vigil, «Les grandes étapes du évélopment urbain de Santiago», en *Santiago Poniente: développement urbain et patrimoine*, Santiago, Ministerio de Cultura y Comunicaciones, 2000, p. 34.

los años sesenta del siglo pasado. Los conservadores chilenos parecen haber mantenido una postura en cierto modo menos servil con la madre patria que la de sus *compadres* colombianos. El conflicto indígena sigue siendo una herida que mantiene abierta el militante pueblo mapuche al sur del país, pero del mismo modo que lo hicieron las colonias independizadas de los británicos, el Chile posdictatorial se avino, en 1992, a reconocer la otra cara de la conquista con un monumento a los pueblos indígenas.

No hay espacio aquí para seguir el establecimiento de todo el resto de las capitales hispanoamericanas, desde la belleza colonial del Quito central a la fealdad yanqui de la Caracas que sigue a la Segunda Guerra Mundial. Volveré a algunas de estas ciudades en el contexto de los momentos globales y populares, y a La Habana en relación con la llegada urbana del comunismo. Antes de dejar las capitales de la secesión hispana, deberíamos señalar una excepción al gobierno de las capitales nacionales que surgieron de los centros imperiales previos: el centro legal del Alto Perú, tal y como se denominaba anteriormente a la actual Bolivia, era Chuquisaca, donde estaba situada la Real Audiencia de Charcas, a no mucha distancia de Potosí y de su gran riqueza en plata, y que durante cierto tiempo fue la ciudad más grande. Bajo el nombre de Sucre, en honor a uno de los comandantes más capaces de Bolívar, se convirtió en la capital de Bolivia. Aún conserva un estatus constitucional especial y albergó la Asamblea Constituyente de 2007. Pero cuando la riqueza obtenida del comercio de minerales pasó de la plata al estaño, cuyas minas estaban más al norte, y tras una guerra civil que fracturó la región, en la década de 1890, la capital boliviana se trasladó a La Paz, que además era una ciudad americana antigua, fundada en 1548.

Los orígenes de las capitales de Brasil además de tener una diferencia de entre 120 y 150 de años entre el nacimiento de ambas, se encuentran también en los dos términos de su propia época. Río de Janeiro se convirtió en 1808 en capital temporal para la dinastía del rey europeo en el exilio, el rey portugués que huyó de los ejércitos napoleónicos en un convoy bajo protección de la armada real inglesa. Bajo el gobierno de su hijo, Brasil fue proclamada Estado nación monárquico en 1822, sustentado en el trabajo esclavo y presidido por una aristocracia nobiliaria. En otras palabras, Río fue la capital que llevó a cabo la secesión más tradicionalista de todas las independencias coloniales, tanto de las posesiones británicas como de las ibéricas. En 1960, el gobierno de Brasil se trasladó a Brasilia, que en aquellos tiempos, e incluso a día de hoy, era la capital más modernista que jamás se hubiera construido. Ambas ciudades han sido objeto de estudios extensos y específicos que no necesitan ser repetidos aquí. Lo que tenemos que hacer es intentar identificar sus manifestaciones de poder nacional, y sin adentrarnos demasiado profundamente en la densa *floresta* de la historia brasileña, encontrar el puente entre estos dos momentos polarizados.

Río no fue nunca una ciudad escaparate. A diferencia de Salvador/Bahía, en el noreste, Río no fue construido como una capital colonial, sino como un puesto fronterizo fortificado. Río se transformó en capital en 1763 gracias al cambio de orientación de la economía exportadora brasileña. En 1799, la ciudad tenía 43.000 habitantes, de los cuales una quinta parte eran esclavos. La llegada de la corte real portuguesa, unas 8.000 personas, supuso un importante estímulo, y para cuando se declaró la independencia la población había aumentado hasta los 70.000, de los cuales la mitad eran esclavos o sirvientes.[71] El rey quedó impactado por las deplorables condiciones de la residencia del gobernador general, situada en una zona pantanosa, infectada de insectos y cercana a la bahía. Se construyeron varias extensiones a fin de ampliarla, se le añadió un piso, pero las miserables condiciones y el clima siguieron siendo las mismas. Una solución parcial fue una mansión en la cima de una colina donada por un rico mercader. En cierto modo, dicho alojamiento marcó el patrón que seguirían los edificios del poder ejecutivo en Río. Tras el fin de la monarquía, el presidente fue alojado en dos palacios aristocráticos comprados por el Estado, al principio en el palacio de Itamaraty (que posteriormente sería el Ministerio de Relaciones Exteriores) y más tarde se trasladaría al palacio de Catete. La republicana Asamblea Constituyente de 1891 se formó en la Quinta da Boa Vista, la mansión que anteriormente el rey había recibido como regalo. Antes de que la Cámara de Diputados obtuviese un edificio neoclásico a finales de la década de 1920, estuvo albergada en el palacio Monroe, cuya primera misión fue la de representar a Brasil durante la Exposición Universal de San Luís (Estados Unidos) de 1904; el edificio desempeñó una función de pabellón de las Bellas Artes, tremendamente recargado, y tras la exposición se envió de vuelta por barco a Río. El pabellón reconstruido, recibió al presidente estadounidense con motivo de la celebración de la Conferencia Panamericana antes de ser reciclado como sede del Congreso nacional.

Entre el Congreso de Viena y la independencia de Brasil, Río fue la capital oficial del Reino Unido de Portugal, Brasil y el Algarve. A finales de 1815 un grupo de artistas y arquitectos franceses, cuya disponibilidad era total al haber estado asociados hasta entonces con el ahora derrotado imperio napoleónico, fueron invitados a Río. El arquitecto Auguste-Henri-Victor Grandjean de Montigny fue el que más impacto tuvo, pese al hecho de que la mayor parte de sus proyectos nunca se llegasen a realizarse; sin embargo, construyó y fundó la primera escuela de arquitectura en las Américas.[72]

[71] Carlos Lessa, *O Rio de todos os Brasis*, Río de Janeiro, Editoria Record, 2005, p. 71 y 82.
[72] Jaime Benchimol, *Pereira Passos: Um Haussmann Tropical*, Río de Janeiro, 1992, pp. 36 y ss.

Bajo sus dos emperadores, Río creció, desarrolló su carácter propio, lidió con sus enfermedades tropicales y evolucionó gradualmente hacia una sociedad asalariada; el comercio de esclavos fue abolido en 1850 y la esclavitud como tal en 1888, pero ninguno de los emperadores tenía mucho interés en proyectar el poder imperial. Por otra parte, los republicanos (desde 1889) se fueron haciendo cada vez más conscientes de la competencia regional de Buenos Aires, tanto a la hora de atraer inmigrantes como capital y prestigio internacionales.

En la primera década del siglo XX, Río se unió a la corriente de admiradores de Haussmann de finales del siglo XIX —que iba de México a Buenos Aires— con una profunda reforma del centro urbano y del sistema de saneamiento. En Río la figura clave fue el prefecto Francisco Pereira Passos. El equivalente en Río de la avenida de Mayo fue la avenida Central, una vía pública que va en dirección sureste desde el centro y que se inauguró en 1906 tras una serie de brutales desahucios y demoliciones. En 1912 se cambió el nombre de la actual avenida Rio Branco, en memoria de una de las principales figuras de la moribunda aristocracia.

Al igual que sus hermanas hispanas, Río sustituyó la variedad de estilos arquitectónicos —si bien todos ellos históricos— por la estricta uniformidad de los bulevares parisinos. Impulsó un nuevo distrito cultural con una escuela de bellas artes, la Biblioteca Nacional, el Teatro Municipal (que homenajeaba a la parisina Ópera Garnier) y el Cinelândia, un barrio de cines (¡en 1908!). En cierto modo la política era algo secundario, pero no estaba del todo ausente. Lo que al comienzo de su construcción debía ser el palacio del Arzobispo acabó siendo la Corte Suprema; el palacio Monroe se reconstruyó en ese mismo lugar; la plaza frente al Teatro Municipal fue dedicada y monumentalizada en honor del segundo presidente, Floriano «Iron Marshall» Peixoto, y a la derecha del teatro se erigió poco tiempo después el Consejo Municipal.[73]

El programa presidencial para la ciudad-capital, para cuya realización se designó a Pereira Passos, se centró en la inmigración y el capital, no en el turismo.[74] Pero en 1912 la montaña del Pan de Azúcar comenzó a ser accesible por teleférico y en 1917 se inició la construcción del hotel Copacabana Palace, que emulaba al hotel Le Negresco en Niza.

En la medianoche del 21 de abril de 1960, sonó una campana en Brasilia, la misma campana que en 1792 había marcado la ejecución de Tiradentes, el primer campeón por la independencia de Brasil. Ahora anunciaba la inauguración ceremonial de la nueva capital de la nación.

---

[73] *Ibidem*; Berenice Seara, *Guia de roteiros de Rio antigo*, Río de Janeiro, Globo, 2004.

[74] Giovanna Rosso Del Brenna, *O Rio de Janeiro de Pereira Passos*, Río de Janeiro, Routledge, 1985, p. 19.

La ciudad fue iluminada por completo, se leyó un mensaje del papa Juan XXIII y se bendijo y dio la comunión religiosa a la ciudad.[75]

Esta no era la secularizada Europa, pero el elaborado ritual de treinta y seis horas de duración no debería hacernos olvidar que lo que se inauguraba era la vanguardia de las nuevas capitales. La ciudad en sí fue diseñada por Lúcio Costa según el «símbolo de la cruz»,[76] y el comienzo de su construcción se celebró con una misa en el mismo día de la misa que Pedro Álvarez Cabral organizó en 1500 para celebrar el descubrimiento de Brasil.[77]

El contraste entre la languidez de Río y la elegante osadía de Brasilia es asombroso. ¿Cómo pudo el mismo país pasar de una a otra en menos de medio siglo?

El siglo XX desató una nueva dinámica económica brasileña, que se alejó de la anterior economía rentista y terrateniente de las plantaciones de esclavos y las minas, y pasó al cultivo y procesado del café, utilizando mano de obra asalariada e inversión en la manufactura. Esta dinámica se fue concentrando cada vez más en Sao Paulo. La avenida Paulista, inaugurada en 1891, se convirtió en la principal calle del país, y su Semana del Arte Moderno inaugurada en 1922 fue la lanzadera del modernismo artístico en Brasil.

Brasil nunca vivió según el mito de la frontera estadounidense, pero era, como Estados Unidos, un país de proporciones continentales e imbuido de la mística de la inexplorada naturaleza salvaje. Algunos sectores de la élite brasileña desarrollaron la idea de la necesidad de cultivar y civilizar las zonas interiores del país, en gran medida deshabitadas. Ya en 1891, la Constitución republicana estipulaba el objetivo final de trasladar la capital al interior.

Se puede ver aquí una nueva dinámica social, así como un vago objetivo geocultural. Pero esto no es suficiente. Aún faltaba por especificarse el tipo de políticas que se desarrollarían más tarde y el culto al interior todavía debía recibir el empuje que le proporcionaría la arquitectura vanguardista.

Los emprendedores paulistas no tenían ningún interés en una nueva capital, pero tras su derrota en 1936 ya no estaban al frente de la política del país. La dinámica política de Brasil derivaba de las presidencias de Getúlio Vargas (1930 a 1945 y 1951 a 1954): estatalista, antioligárquico

---

[75] El programa de inauguración está reimpreso en Laurent Vidal, *De Nova Lisboa à Brasília*, Brasilia, UNB, p. 19.

[76] James Holston, *The Modernist City: An Anthropological Critique of Brasilia*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 1989, p. 70.

[77] La fecha elegida, el 3 de mayo (de hecho la segunda misa de Cabral), poseía un interesante significado, porque entonces, en contraste con la primera fecha, el 26 de abril, no había habido nativos presentes. En 1957 se invitó y presentó sus respetos a una delegación de indios de la región. Cuando se inauguró la capital modernista no se invitó a ningún nativo. Laurent Vidal, *De Nova Lisboa à Brasília*, *op. cit.*, pp. 268 y ss., y 280 y ss.

y desarrollista. Aunque no fue elegido como sucesor de Vargas, Juscelino Kubitschek fue el presidente que construyó Brasilia, el «populismo» de Vargas le sirvió de base y de formación política. En esto probablemente tuviese que ver el hecho de que JK, tal y como pasó a ser conocido, fuera el alcalde de Belo Horizonte, una audaz construcción política del siglo XIX, nueva capital del rico estado de Minas Gerais y donde JK a principios de los años cuarenta del siglo pasado impulsó una radical modernización urbana. Brasilia fue un monumento al desarrollismo presidencial.[78]

Parte crucial de Brasilia fue la arquitectura brasileña. Esta se desarrolló de manera temprana, porque, como se ha señalado arriba, el Brasil imperial dio comienzo a la formación en arquitectura de las Américas. En la década de 1920, la arquitectura brasileña comenzó a abrazar el modernismo. Lúcio Costa, un discípulo extracurricular de Le Corbusier, se convirtió en el director de la Escuela de Bellas Artes en 1930. Gracias a las comisiones públicas, el modernismo se convirtió rápidamente en el estilo nacional de la arquitectura brasileña. Un edificio modernista mundialmente pionero fue el Ministerio de Educación y Salud de Río construido en 1936, diseñado por Costa y su equipo, incluyendo a Oscar Niemeyer y al arquitecto paisajista Robert Burle Marx, que también después trabajaría activamente en Brasilia. Como alcalde de Belo Horizonte, Kubitschek propuso a Niemeyer crear una lujosa área turística en Pampulha, cuya parte más reseñable es la iglesia modernista de sorprendente originalidad. En la exhibición que tuvo lugar en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, *Brazil Builds*, en 1943, comisarios estadounidenses reconocieron los asombrosos logros del modernismo brasileño.[79]

Los cruciales factores mencionados arriba se fusionaron, de una manera bastante contingente, en la campaña presidencial de 1955 de Kubitschek. Este se presentaba, dentro de la extraña coalición liderada por Vargas, con el eslogan de treinta objetivos de cincuenta años de desarrollo a realizar en cinco años. La construcción de una nueva capital no estaba dentro de los treinta objetivos. Solo a lo largo del desarrollo de la campaña, esta surgió como un «objetivo de síntesis».[80]

Kubitschek ganó las elecciones, y tras ello confió, como era de esperar, en su colaborador de los últimos quince años, Oscar Niemayer, quien había dejado en manos de una competición internacional (que ganó con

---

[78] Juscelino Kubitschek, *Por Que Construí Brasília*, Brasilia, Senado Federal, Conselho Editorial, 2000 [1975], pp. 31 y ss.

[79] Sobre la arquitectura modernista brasileña, véase Elisabetta Andreoli y Adrian Forty, *Brazil's Modern Architecture*, Phaidon, Nueva York, 2004, cap. 3; acerca del MoMa y Brasil, véase Zilah Quezado Dekker, *Brasil Built. The Architecture of the Modern Movement in Brazil*, Taylor & Francis, Londres, 2001.

[80] Juscelino Kubitschek, *Por que…*, *op. cit.*, pp. 7 y ss.

un esbozo artístico de Lúcio Costa) el plan directivo (Plan Piloto), si bien mantuvo el cargo de arquitecto jefe. Kubitschek hizo de Brasilia el proyecto de su vida, pero delegó en Costa y en Niemayer casi todos los asuntos relacionados con el diseño, mientras que incorporaba al competente empresario, Israel Pinheiro, como dirigente de la empresa constructora estatal. La excepcional relación de confianza entre el poderoso presidente brasileño, en medio de una década desarrollista a escala nacional (durante la que, entre 1956 y 1961, se produjo un crecimiento del PIB del 80 %), y el arquitecto más creativo del mundo en aquellos momentos —y al que se le había concedido básicamente un cheque en blanco para que desplegara su extraordinaria creatividad— creó Brasilia, *la* ciudad del modernismo del siglo XX.

¿Cuál es el mensaje del poder en Brasilia? Ante todo, que Brasil es un país comprometido con el desarrollo y el cambio radicales, pero sin señalar qué tipo de cambio ni de desarrollo, más allá de mostrar una fe absoluta en el automóvil y en que este debe ser el dueño de la ciudad.[81] El esquema del plan de Costa era básicamente estético, y fue reconocido como tal. Niemeyer era un defensor del comunismo y su compromiso con la democracia se manifiesta en el equilibrio de los tres poderes ejecutivo, legislativo y judicial (dominados claramente por el legislativo) en la plaza de los Tres Poderes, si bien sus edificios son principalmente un despliegue de su creatividad plástica mostrando pocas connotaciones políticas, si es que muestran algunas.

El plan para el área residencial incluía una visión igualitaria de «supermanzanas» uniformes, orientadas hacia el interior, con una vida social fuera de las calles, que en línea con el modernismo de Le Corbusier, se destinaba a los coches. Contrario a la explícita estratificación de Nueva Delhi o Islamabad, las «supermenzanas» de Brasilia se diseñaron con el propósito original de albergar a empleados gubernamentales de todo tipo, aunque Costa apuntaba a la posibilidad de una «gradación» social según las comodidades de las mismas. Las *favelas* debían evitarse a toda costa, incluso en las afueras y en las zonas rurales cercanas.[82] Sin embargo, se prestó muy poca atención a las necesidades de vivienda de los trabajadores, que venían de lejos y que estaban construyendo la ciudad. Se instalaron campamentos temporales para ellos, que debían ser destruidos cuando se hubiera acabado la construcción.[83] El presidente insistió en que la capital estaba pensada

---

[81] El tráfico automovilístico fue diseñado para fluir libremente, sin que hubiera cruces de calles ni luces de tráfico. Doy las gracias a mi amigo el arquitecto Frank Svensson quien nos llevó a pasear en su coche por la ciudad.
[82] Laurent Vidal, *De Nova Lisboa à Brasília*, *op. cit.*, p. 238; James Holston, *The Modernist City…*, *op. cit.*, pp. 76 y ss.
[83] Gustavo Lins Ribeiro, *O Capital Da Esperança: A Experiência Dos Trabalhadores Na Construção De Brasília*, Brasilia, UNB, caps. 2 y 4.

para los funcionarios gubernamentales.[84] Este no solo era un pensamiento ingenuo sino que resultaba contradictorio. Brasilia se diseñó como un gran proyecto de desarrollo del interior del país que estaba casi desierto. En función de su éxito, se producirían grandes migraciones. Y estas tuvieron lugar, atraídas por las oportunidades que presentaba la construcción de la ciudad y azuzadas por la devastadora sequía que en 1968 azotó el noreste del país. Novacap, la poderosa empresa estatal de construcción de Brasilia, intentó detener la desesperada oleada de migrantes erigiendo barreras policiales en las carreteras de acceso, pero fue en vano.[85] Un conjunto de ciudades satélite informales crecieron en tierras «invadidas» alrededor de la ciudad del Plan Piloto antes de que esta hubiese sido siquiera inaugurada. A finales del siglo XX, la población de dichas ciudades satélite sumaba las tres cuartas partes del Distrito Federal.

El ingenuo o miope vanguardismo estético del proyecto de Brasilia pudo florecer bajo la protección de un confiado presidente, al que su partido de coalición en el Congreso le había delegado generosamente amplios poderes. Pero las duras realidades de la desigualdad en el país y su frágil democracia le alcanzaron pronto. Las breves presidencias de Jânio Quadros y de João Goulart, que no residieron allí, ahogaron el proyecto de Brasilia. Tras ellos se produjo el golpe militar de 1964. Fue de hecho el régimen militar el que selló la suerte de Brasilia, tanto en su sentido positivo como negativo. Resolvió el problema de la capital trasladándose allí y continuando con su construcción. También presidieron las apropiaciones privadas por parte de las clases altas de la mayor parte de la orilla del lago, que en un principio debía ser accesible a todo el mundo. La mercantilización de los apartamentos de la ciudad, junto con la aceleración de la desigualdad económica, hizo que el Distrito Federal fuese más desigual que el resto del país en su conjunto.[86] En 1970, la brecha salarial entre Brasilia y Ceilândia, la más pobre de las ciudades satélite, era equivalente a cuatro veces el salario mínimo; en 1976 se había disparado a 31 veces. En la más antigua de las ciudades satélite, Núcleo Bandeirante, el salto fue de dos a 23 veces el salario mínimo.[87]

---

[84] Lúcio Costa entrevistado en Laurent Vidal, *De Nova Lisboa à Brasília*, *op. cit.*, p. 241; cf. James Holston, *The Modernist City…*, *op. cit.*, cap. 6.

[85] Gustavo Lins Ribeiro, *O Capital Da Esperança…*, *op. cit.*, p. 240.

[86] UN Human Settlement Programme, *Estado de las Ciudades de América Latina y el Caribe 2012*, Nairobi, Naciones Unidas, fig. 2.6, disponible en https://unhabitat.org/books/estado-de-las-ciudades-de-america-latina-y-el-caribe-state-of-the-latin-america-and-the-caribbean-cities-report-espanol/, consultado en enero del 2019.

[87] S. F. Netto González, «As formas concretas da segregaçao residencial em Brasília» en A. Paviani (ed.), *Brasília em questão*, Brasilia, UNB, 1985, p. 92. Los más ricos se concentraban en dos de las riberas del lago, de las que se habían apropiado ilegalmente y donde en 1997 dos tercios de los residentes poseían unos ingresos familiares superiores a 40 veces el salario mínimo. Brasilmar Ferreira Nunes, *Brasília: A fantasia corporificada*, Brasilia, Paralelo 15, 2004, p. 106.

A pesar de ello, medio siglo después, está claro que Brasilia ha sido en cierto modo un éxito, por lo menos en lo tocante a su papel de metrópolis floreciente, fuerte polo de desarrollo económico regional y toda ella es un monumento al modernismo arquitectónico, al mismo tiempo que un claro ejemplo de la desigualdad brasileña.

Las capitales de la secesión

Costó varias décadas, normalmente más de medio siglo, que las capitales de los Estados colonizadores adoptasen su forma nacional. Hubo dos razones para ello. Una fue la complicada construcción económica de las nuevas capitales bajo la rivalidad política de las nuevas naciones que surgieron del Imperio británico. Entre los rezagados Pretoria fue una excepción, la antigua capital de un Estado nación derrotado y desaparecido. La otra razón se debía a los esfuerzos derivados de la constitución de los Estados nación en Hispanoamérica, demasiado convulsa durante mucho tiempo por culpa de las guerras civiles. En esto, Chile fue una excepción, con un *establishment* conservador que se asentó rápidamente, y con fuerza suficiente como para enviar al exilio a su libertador nacional liberal, Bernardo O'Higgins. Río de Janeiro pudo prosperar gracias a su papel como residencia de la corte imperial portuguesa en el exilio y como capital de la nueva nación brasileña. Pese a que la mayor parte de los gobiernos municipales urbanos impulsaron los alzamientos nacionales, una vez se proclamó el Estado nación estuvieron, como todas las capitales de las colonias independizadas, bajo el control de los parlamentos y los gobiernos nacionales.

Las nuevas capitales importaron sus estilos arquitectónicos de Europa, el neoclasicismo (particularmente para los edificios públicos), la arquitectura academicista francesa y el eclecticismo historicista; los estilos neocoloniales españoles, como en el caso de Lima, aparecieron posteriormente, en el siglo XX. Algunas veces añadieron un significativo acento legislativo, como en el caso de Washington, Bogotá, Montevideo, Brasilia y Canberra, como señal del poder popular sobre el legislativo.

Pero más chocante resulta la presuntuosa afirmación de orgullo y poder nacionales de algunas de las nuevas capitales. Ahí están los espectaculares templos en honor de Lincoln y Jefferson y la enorme y lujosa monumentalidad a la victoria bélica de Washington; el patio de armas del ANZAC en Canberra con sus aparentemente inacabables celebraciones de participación en las guerras imperiales de ultramar. El diseño mexicano del siglo XIX del paseo de la Reforma, que refleja los triunfos del nacionalismo liberal, no tiene equivalente en Europa. Los gubernamentales Edificios de

la Unión en Pretoria no tienen nada de europeo, como tampoco lo tiene el centro monumental de la nueva plaza de San Martín en Lima.

Los voluntarios de los dominios blancos de las guerras imperiales británicas y los *paseos* hispanos, las estatuas y teatros a «Colón» ilustran bastante bien la reproducción de los vínculos con la madre patria. Estos vínculos fueron correspondidos cuando Londres en 1921 aceptó el regalo de Virginia de la estatua de Washington en Trafalgar Square, o cuando el gobierno español donó un «arco morisco» a la nueva avenida Leguía como regalo en el centenario de la secesión peruana.

Los problemas étnicos específicos de las capitales coloniales se desarrollaron a lo largo de dos líneas principales. Una fue la integración de las comunidades inmigrantes, que funcionaron bastante bien asegurando la diversidad cultural —por ejemplo mediante los periódicos en las lenguas de las comunidades de inmigrantes— y la competición étnica frente a los empleos y los cargos. La integración de la diversidad en curso fue expresada en las típicas movilizaciones etnocomunitarias en las que se hacían regalos a la ciudad con ocasión de algunas celebraciones, así como en la celebración de acontecimientos étnicos históricos.

El otro conflicto étnico, la relación con la esclavitud, los antiguos esclavos y los nativos, resultó mucho más complicado. Hasta el día de hoy sigue siendo un asunto doloroso en Washington, la mitad de cuya población es negra; una ciudad que, aunque está gobernada desde mediados de la década de 1970 por un Ayuntamiento autónomo de mayoría afroamericana, se ve sometida a un estricto control presupuestario por parte de un Congreso que es primordialmente blanco y conservador. El problema racial está mucho menos articulado en Brasil que en Estados Unidos, pero dadas las proporciones mucho mayores de población no blanca —la mitad de la población según las encuestas de autoidentificación— posee un potencial mucho más explosivo; sin embargo, el corazón de Brasilia es muy blanco. Los nativos no se extinguieron, ni siquiera tras la independencia de las colonias británicas en las que se les negaron los derechos civiles. Los centros del Imperio español —así como más explícitamente, sus sucesores nacionales México y Perú— reconocieron la América precolombina, y se consideraron herederos de esta y parte de la línea de sucesión de sus antiguos dirigentes. Sin embargo, la cuestión nativa no era una cuestión meramente simbólica. Era también, y principalmente, una cuestión socioeconómica. La orientación capitalista del mercado de exportación —y de la inversión extranjera—, y el desarrollo basado en las rentas obtenidas de la minería y la venta de tierras no ha proporcionado a los nativos muchas oportunidades económicas. Aunque no se les considerara parte de las fundaciones nacionales, los nativos han regresado como parte de un singular momento popular en las capitales coloniales.

IV
FUNDACIONES NACIONALES: LA NACIONALIZACIÓN DEL COLONIALISMO

Cerca de la mitad de los actuales Estados miembro de las Naciones Unidas surgieron del gobierno colonial europeo, sin contar con los Estados que se independizaron de los asentamientos europeos sobre los que hemos hablado en el capítulo anterior. La emancipación del colonialismo europeo es la trayectoria más habitual hacia el Estado nación moderno. Sin embargo, esto no debería llevar a la idea de que el contexto era uniforme. A principios del siglo XX, la administración colonial británica distinguía más de cuarenta categorías de territorios de ultramar pertenecientes al Imperio británico.[1] Sea como sea, en nuestro objetivo de comprender algo acerca de las ciudades capital de los Estados-nación poscoloniales, tenemos que encontrar algún denominador común.

El tipo ideal de colonia moderna es, antes de nada, un terreno de ultramar con una población y una cultura bastante diferentes a la del país que lo gobierna. En otras palabras, el gobierno colonial típico se realiza a una gran distancia tanto geográfica como cultural. Segundo, el gobierno colonial está basado en la fuerza, pero también se apoya de manera considerable en una supuesta superioridad cultural del dirigente colonial, superioridad que también se despliega militarmente, y como fuerza administrativa y tecnológica. Tercero, se sustenta también en el gradual reconocimiento por parte de sectores de la población colonizada de esta superioridad cultural afirmada y desplegada. Cuarto, la emancipación colonial deriva primordialmente en su dinámica básica no de los argumentos en contra de la supuesta superioridad cultural o ni siquiera de la afirmaciones de equivalencia, sino de las contradicciones internas de la cultura dirigente —*inter alia*, de sus propias ideas de libertad, igualdad, pueblo/nación, educación, mérito— y del acceso discriminatorio a las mismas.

Lo que acabamos de describir encaja con la mayor parte de los Estado nación excoloniales más importantes: India, Indonesia, Nigeria, Egipto. Pero también existen anomalías. Una de ellas es el grupo de Estados que

[1] Jurgen Osterhammel, *Colonialism: A Theorical Overview*, Kingston, Marcus Wiener, 1997, p. 51.

provenían de las antiguas colonias de esclavos o basadas en el trabajo culi, donde los nativos fueron masacrados y los propietarios europeos de las plantaciones tuvieron que rendirse finalmente a los descendientes de sus esclavos y siervos. Haití, a costa de pagar un precio muy elevado, abrió este camino, que ahora es el característico del Caribe. En el otro extremo está Corea, antigua colonia japonesa, que impulsó la modernización, obteniendo así cierta ventaja, pero que no era tan diferente en términos culturales. Aquí vamos a navegar por la mayor parte del Caribe (excepto La Habana), pero prestando también atención a Pionyang y Seúl.

Tras la independencia, al principio de la misma, todas las excolonias que pudieron hacerlo mantuvieron sus antiguos centros coloniales como capitales nacionales. En Botsuana y en Mauritania resultó imposible, porque la antigua capital pertenecía ahora a otra nación. En estos países, se desarrollaron rápidamente nuevas capitales, sin hacer mucha distinción: Nuakchot en Mauritania, poco planificada y ostensiblemente desigual entre sus rascacielos y la vivienda popular informal; Gaborone, en Botsuana, lo hizo de una manera más elegante como una ciudad mesetaria de la sabana, más dispersa y proporcional. Pakistán optó por construir una nueva capital, Islamabad, con la ayuda de arquitectos y urbanistas modernistas internacionales, seguido, aunque de manera más cautelosa, de Sri Lanka, que diseñó un nuevo centro político, Sri Jayawardenapura Kotte, adyacente al auténtico centro de la ciudad, Colombo. Hastings Banda, presidente de Malaui hizo que los sudafricanos le construyesen una capital más adecuada etnopolíticamente, Lilongüe, principalmente destinada a los altos cargos ministeriales, ciudad jardín de la élite, a las afueras de un municipio local.

A mediados de la década de 1980, el presidente fundador de Costa de Marfil, Félix Houphouët-Boigny, anunció que su pueblo natal, situado en el interior del país, Yamusukro, sería la nueva capital de su país. El proyecto sobrevivió a su muerte y al ocaso del auge del cacao, pero no ha desplazado (aún) a la capital metropolitana del lago, Abiyán. Julius Nyerere quiso crear una nueva capital para Tanzania, Dodoma. Dodoma también ha sobrevivido e incluso, gracias a la ayuda china, se ha modernizado, pero sigue siendo una sede parlamentaria rural y temporal, modesta y a escala humana, como lo era el mismo Nyerere. Abuya, por otra parte, se ha convertido en la capital política completamente funcional de Nigeria, con un diseño que recuerda en cierto modo al de Islamabad y Brasilia, pero sin nada del toque de Burle Marx, Costa y Niemeyer o el rigor planificador de Constantinos Doxiadis.

Casi todas las capitales coloniales heredadas del África subsahariana fueron creaciones coloniales, ya fuese como puertos, fuertes o sedes gubernamentales. Tras la independencia, todas ellas atrajeron una considerable

población nativa, con su arquitectura vernácula, creciendo mucho más allá de la planificación colonial. Estas metrópolis poscoloniales, como Abiyán, Acra, Dakar, Kinsasa, Lagos, Luanda, Nairobi y el resto, no tenían tradición indígena propia, al contrario de las capitales del África precolonial, que disponían de una gran traición urbana propia, como muestran Benín e Ife en África occidental.

En el norte de África y en Asia la situación era la contraria. La mayor parte de las capitales coloniales, recicladas posteriormente como capitales nacionales, eran antiguas ciudades indígenas: Argel, Túnez, El Cairo, Damasco, Bagdad, Delhi, Daca, Hanói, Seúl y Rangún. Todas ellas poseían su propia tradición indígena de arquitectura y urbanismo. Kuala Lumpur y Singapur fueron creaciones imperiales como también lo fueron, aunque mucho antes, Batavia (ahora Yakarta) y Manila.

Las capitales coloniales legadas a las nuevas naciones poseían una dualidad característica, se dividían entre las zonas de los gobernantes, en francés africano se referían a ellas como la *ville,* y la *cité* de los nativos. En la India esto tuvo su expresión con el añadido de la imperial Nueva Delhi a Delhi (la antigua), la capital mogol. En Bruselas en los 2000, en una exposición sobre el colonialismo belga se explicaba cuál había sido la regla urbanística: entre 400 y 500 metros de separación como mínimo (es decir que superase la distancia de vuelo de los mosquitos), y construida en una dimensión vertical, reservando las partes altas a los europeos. Esta dualidad urbana de gobernantes y gobernados fue el cáliz envenenado que el colonialismo dejó como legado a sus sucesores. Pero, como muchas de estas ciudades eran puertos comerciales, las capitales coloniales, de Manila a Dakar, eran al mismo tiempo urbes multiétnicas. Los chinos, por ejemplo, eran parte inherente de Manila y Batavia, y en toda África occidental había comerciantes venidos de las zonas del Levante.

Los Estados nación excoloniales heredaron tanto el principio territorial de soberanía como sus territorios actuales. En general, estas nuevas limitaciones fronterizas se decidieron de modo bastante arbitrario, ignorando y obviando los lazos y las relaciones étnicas y culturales. Sabiamente, la mayor parte de las naciones excoloniales aceptaron la arbitrariedad como parte del legado histórico; cuando decidieron no hacerlo, como en el caso de la partición de la India o de la secesión de Biafra, se desató un sangriento infierno. De todas maneras, las naciones excoloniales variaban culturalmente. Unas cuantas eran, de hecho, culturalmente homogéneas o con un claro polo hegemónico, mientras que otras tuvieron que desarrollar un nuevo *modus vivendi*. Viéndose muy a menudo obligadas a adoptar el idioma de los colonizadores como lengua oficial nacional o, como en India, como la *lingua franca* oficiosa de las élites.

Corea, Vietnam, el Sudeste Asiático (excepto Singapur) y el mundo árabe, de Irak a Marruecos, son países cultural y lingüísticamente homogéneos o países con una hegemonía cultural indígena, capaces de construir una cultura nueva sobre la base de una cultura nativa nacional. Asia del sur y, en particular, el África subsahariana, por otro lado, tienen que encontrar sus conectores interculturales.

El sur de Asia

Nueva Delhi era la joya de la corona del Imperio británico, «el emplazamiento de la convivencia más grandiosa de la tierra»,[2] lugar de confluencia de la riqueza y el poder modernos del Imperio británico y la memoria de la opulencia del Imperio mogol y de los maharajás hindúes. El eje central de la Nueva Delhi, construido a lo largo del antiguo, fue la Kingsway, una larga y ceremonial avenida que iba desde el Memorial a todas las guerras indias (conocido como Puerta de la India) hasta el majestuoso, aunque con un estilo más bien bastardo, palacio del virrey en la cima de la Raisina Hill. Alrededor suyo había una espaciosa y arbolada ciudad jardín de blancas mansiones y bungalows, distribuidos y construidos en tamaño y distancia del palacio en función de su gradación social.

Tras décadas de conflicto, mayoritariamente no violento y que incluyó el encarcelamiento de los líderes nacionales, finalmente se negoció la independencia entre caballeros: lord Mountbatten, Jawaharlal Nehru y el líder de la Liga Musulmana Muhammad Ali Jinnah, cuya exigencia de un Pakistán separado supuso el asunto más conflictivo. La independencia de India se declaró el 15 de agosto de 1947, y no desde la Nueva Delhi imperial sino desde el Fuerte Rojo de la Vieja Delhi. Aunque marcaba distancias con el Imperio británico, el lugar elegido era bastante irónico: el Fuerte Rojo era lo que quedaba del imperial palacio mogol tras la destrucción causada por el aplastamiento de la insurrección india de 1857.

El Estado nación indio se trasladó a la colonial Nueva Delhi, tras acometer una suerte de limpieza ritual: primero de tipo toponímico y más tarde una purificación de elementos monumentales. La estatua de Jorge V situada al final de la avenida procesional no se retiró hasta 1968. La propuesta de Gandhi de convertir el palacio del virrey en un hospital no tuvo continuidad. Simplemente se renombró como la Rashtrapati Bhavan (residencia presidencial) y obtuvo un inquilino nacional. Kingsway se convirtió en Rajpath (una tosca traducción republicana) y se empezó a utilizar para

---

[2] En la década de 1930, el virrey tenía una servidumbre de 6.000 personas. David Cannadine, *Ornamentalism: How the British Saw their Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 56.

las celebraciones del Día de la República y otras marchas ceremoniales. La Queensway se convirtió en el Janpath (el Camino del Pueblo). Más tarde la zona comercial central de Nueva Delhi, Connaught Place, cambiaría su nombre adoptando el de Rajiv Chowk (en honor al primer ministro asesinado Rajiv Gandhi), pero esto no parece haberse asentado en la práctica cotidiana.[3] El memorial de la Primera Guerra Mundial se mantuvo, pero fue renombrado como Puerta de la India; hubo una campaña para rodear la Puerta con conmemoraciones al movimiento nacionalista durante la Segunda Guerra Mundial, el «Quit India», que no prosperó. Por último también se rechazaron las propuestas de cambiar la disposición espacial y los edificios.[4] En la planificación municipal, el área mantiene la denominación de Zona Imperial de Delhi y es la única área urbana de carácter protegido frente a los nuevos desarrollos urbanos.[5] Afortunadamente para la democracia parlamentaria, existía un edificio legislativo en la zona, que se había añadido en reconocimiento de los cambios políticos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, y que no está lejos del centro de poder, si bien muestra claramente que fue resultado de una reflexión posterior a la primera disposición espacial. En el año 2000 se le añadió la Biblioteca del Parlamento, bastante característica de la India poscolonial: respetuosa con el gran edificio imperial pero que, al mismo tiempo, manifiesta una modernidad creativa autóctona.[6]

El primer ministro Jawaharlal Nehru gobernó la India independiente durante casi dos décadas dominando completamente la política nacional, aunque algunas veces tuviese que adaptarse a otras figuras importantes del Partido del Congreso, que era el partido en el gobierno. Era de casta alta y había recibido una educación de élite británica; su hábito de liderazgo ha contribuido probablemente al persistente abismo indio, no solo entre ricos y pobres, sino también entre la muy próspera —y a veces muy progresista—*intelligentsia* de reconocido prestigio internacional y la masa analfabeta. Sin embargo, él era un socialista demócrata, que no se veía a sí mismo como sucesor nacional de los emperadores y virreyes. El palacio imperial, en la cima de una colina se quedó para uso de un presidente simbólico y exento de poderes. Nehru eligió para sí la Flagstaff House,

---

[3] En 1980 se institucionalizó una política toponímica que recibió el nombre de la State Names Authority. Acerca de la toponimia y la monumentalidad de Delhi estoy en deuda con un informe preparado para mi proyecto de investigación por el profesor Anand Kumar de la Universidad Jawaharlal Nehru y dos de sus estudiantes, Ramesh Singh y Sarada Prasanna Das.

[4] Narkayani Gupta, «Concern, Indifference, Controversy: Reflections on Fifty Years of "Conservation" in Delhi» en Veronica Dupont, Emma Tarlo y Denis Vidal (eds.), *Delhi: Urban Space and Human Destinies*, Delhi, Manohar, 2000, pp. 167 y ss.

[5] Krishna Menos, «The Contemporary Architecture of Delhi: The Role of the State as Middleman» en Dupont *et. al.*, *Delhi…*, *op. cit.*, p. 147.

[6] *Cf.* Rahul Khanna y Manav Parhawk, *The Modern Architecture of New Delhi*, Nueva Delhi, Random House India, 2008, pp. 174 y ss.

renombrada como Teen Murti Bhavan, la mansión del comandante en jefe imperial. El edificio no se convirtió en residencia institucional, sino que tras la muerte de Nehru (en 1964) se transformó en una especie de memorial al que se le añadió una biblioteca en su honor.

Nehru estaba muy interesado y poseía grandes conocimientos de arquitectura, por lo que desempeñó un papel importante en la investigación poscolonial, en busca de una arquitectura y planificación urbana de carácter nacional. Al principio, esto no afectó mucho a Delhi que, antes que nada tenía que lidiar con los efectos de la partición. Una gran parte de su élite musulmana huía a Pakistán, y en sentido inverso desde allí llegaban una gran cantidad de hindúes y sijs. Asentar y cuidar de los cientos de miles de refugiados se convirtió en la principal tarea. Pese a ello, más allá de las urgencias inmediatas, la cuestión crucial de la arquitectura y de la planificación urbana era algo que preocupaba no solo a los arquitectos del país, sino también al primer ministro, a los ministros del Estado y a los departamentos de obras públicas de todas las ciudades principales.

Había dos grandes alternativas, que ni estaban enfrentadas ni eran irreconciliables, pero que eran bastante distintas: el estilo neotradicional que tomaba prestados, con total libertad, elementos pertenecientes al amplio repertorio de culturas y estilos precoloniales, que incluyen el estilo mogol, hindú, sij y budista; y el modernismo posimperialista. La India independiente tenía una plantilla de arquitectos formados fuera del país por las principales figuras del modernismo, como Walter Gropius, Erich Mendelsohn, Frank Lloyd Wright y Louis Kahn, muy inspirados en el trabajo de Le Corbusier y de Oscar Niemeyer.[7]

Nehru fue un modernizador social, por lo que también tenía una favorable inclinación por los modernistas, lo que le llevó a apoyar la invitación a Le Corbusier para que diseñase Chandigarh, la nueva capital del Punyab indio tras el traslado a Pakistán de Lahore, la antigua capital antes de la partición. No se opuso al desarrollo jerárquico de Chandigarh, pero sí que evitó la construcción del palacio del gobernador, cuya estructura sobresalía sobremanera respecto al resto de los edificios[8] y a la vez apoyó el diseño igualitario de Otto Königsberger para la nueva capital de Orissa (actualmente Odisha), Bhubaneshwar.[9] Algunas veces Nehru participó del diseño de edificios individuales, insistiendo, por ejemplo, en que se incorporasen rasgos tradicionalistas al primer hotel de cinco estrellas de Delhi,

---

[7] Véase Jon Lang, Madhavi Desai y Miki Desai, *Architecture and Independence*, Oxford, Oxford University Press, 1997; y Rahul Khanna y Manav Parhawk, *The Modern Architecture of New Delhi, op. cit.*

[8] Sten Ake Nilsson, *The New Capitals of India, Pakistan and Bangladesh*, Lund, Studentlitteratur, 1973, p. 134.

[9] Jon Lang, *et. al.*, *Architecture and Independence*, *op. cit.*, pp. 210 y ss.

el Ashok.[10] La arquitectura del Delhi independiente ha estado encabezada por la construcción de edificios públicos para la investigación y la cultura, conglomerados estatales y agencias para el desarrollo, entre los que la modernista torre de cemento del ayuntamiento de Nueva Delhi (acabada en 1983) supone una excepción.

A Delhi a veces se la cataloga como una ciudad de monumentos, pero los del Delhi nacional se ven empequeñecidos por la herencia de los emperadores mogoles y británicos: los castillos, las mezquitas y las tumbas de los primeros y la Zona Imperial de los segundos. El orgullo nacional es el Raj Ghat,[11] el crematorio de Mahatma Gandhi, insertado en un parque a la orilla del río, y los monumentos adyacentes, erigidos en los lugares en los que se incineraron los cuerpos de Nehru, Indira Gandhi y otros altos dignatarios. La nomenclatura política es notablemente habitual en Delhi, y se centra sobre todo en la dinastía Nehru-Gandhi, tal y como muestra el Aeropuerto Internacional Indira Gandhi, el Estadio Jawaharlal Nehru y la Universidad Jawaharlal Nehru.

La planificación de la ciudad de Delhi ha resultado ser deplorablemente ineficiente, una tercera parte de todo el conjunto de viviendas, y tal vez casi la mitad de la población, vive en asentamientos ilegales, «colonias no autorizadas» o asentamientos ocupados a mediados del siglo XX.[12] El poder del Estado indio está severamente limitado. Las áreas planificadas han seguido en gran medida el patrón colonial heredado de las «colonias» construidas para grupos profesionales específicos o en función de sus ingresos. Este legado incluye colonias de empleados gubernamentales, organizados por rangos salariales siguiendo el ejemplo del Raj británico[13] y una explícita presencia militar en la ciudad, como es el caso de la Defense Colony, la Air Force Colony y el Cantonment Board que administra los barrios militares (los «acantonamientos»).

Sin embargo, en términos nacionales, Delhi ha sido una capital exitosa, incluso más que Brasilia, pese a haber sido denominada «la ciudad que nadie ama».[14] No solo ha sobrepasado a Lahore como capital nacional

---

[10] Rahul Khanna y Manav Parhawk, *The Modern Architecture*, *op. cit.*, p. 33.

[11] El Raj Ghat (*patio real*) es el memorial en recuerdo del líder hindú Mahatma Gandhi en la ciudad de Nueva Delhi. Una sencilla losa de mármol negro, a orillas del río Yamuna, marca el lugar de su incineración. En los alrededores del Raj Ghat hay otros memoriales a líderes indios: el de Jawaharlal Nehru está situado al norte y un monolito de color rojo marca el lugar en el que se incineró el cadáver de Indira Gandhi. [N. de la T.]

[12] Denis Vidal, Emma Tarlo y Veronique Dupont, «The alchemy of an unloved city», en Dupont *et. al.*, *Delhi…*, op, cit., p. 20; B. Mishra, R. B. Singh y A. Malik, «Delhi housing and quality of life» en R. P. Mishra y K. Mishra (eds.), *Million Cities of India*, vol. I, Nueva Delhi, Sustanaible Development Foundation, 1997, pp. 204 y ss.

[13] Ranjana Sengupta, *Delhi Metropolitan*, Nueva York, Penguin, 2007, cap. 5.

[14] Denis Vidal, Emma Tarlo y Veronique Dupont, «The alchemy of an unloved city», *op. cit.*, p. 16.

de la cultura, las artes (excepto, por supuesto, el cine) y los medios de comunicación, sino que además es un elemento principal del sistema de educación superior, en particular en los ámbitos de humanidades y ciencias sociales. Delhi también se ha convertido en uno de los principales centros industriales y de negocios, pese a que sigue siendo la segunda ciudad en importancia tras Bombay. En 1991, un tercio del empleo en Delhi estaba en la industria.[15]

Pakistán no poseía capital colonial que tuviese que nacionalizar. Lahore era el centro histórico, socioculturalmente era la principal ciudad de la región que en 1947 se convirtió en Pakistán Occidental. Pero en la intensa pugna geopolítica desatada tras la partición de la India tuvo la vulnerable desventaja de estar situada justo a menos de 18 kilómetros de la frontera con India. Karachi era un floreciente puerto colonial y a corto plazo la elección obvia. Allí se situó el nuevo Estado, al tiempo que se intentó desesperadamente encontrar vivienda para sus funcionarios —que a veces tuvieron que conformarse con tiendas de campaña— en una ciudad sobrepasada repentinamente por los refugiados llegados de India. Los debates sobre la construcción de una nueva ciudad comenzaron rápidamente, pero en la primera ronda prevaleció la opinión favorable a Karachi. Se desarrolló un plan urbano para alojar al gobierno, además del diseño de un monumental mausoleo en la zona céntrica (ya construido) en memoria al «padre de la nación», Ali Jinnah, que había muerto en 1948. Pero el dictador militar (en el poder desde 1958), Ayub Khan, quería huir del clima húmedo y cálido, la corrupción empresarial y las desobedientes masas de Karachi. Decretó que la sede de la nueva capital debería instalarse en una alta meseta del interior, al norte, adyacente a los cuarteles centrales del Ejército en Rawalpindi, que en 1959 fue ascendida a capital interina.

En 1960, se construyó Islamabad, la capital, cuyo nombre significa «ciudad del islam». Los militares pakistaníes y, todavía más, sus consejeros en planificación urbanística eran casi todos ellos modernistas. Nunca se planteó revivir parte de la ciudad islámica tradicionalista.[16] La comisión para el plan maestro la obtuvo Constantinos Doxiadis, un planificador modernista griego y teórico del asentamiento humano —ekística— de reputación global, líder de una gran firma de arquitectos que era especialmente activa en el sur del Mediterráneo, de Acra a Bagdad. El trabajo de Doxiadis fue más o menos contemporáneo al de Le Corbusier en Chandigarh y al de Costa

[15] B. Mishra, R. B. Singh y A. Malik, «Delhi housing and quality of life», *op. cit.,* p. 199; cf. P. Cadène, «Delhi's place in India's urban structure», en Dupont *et. al.*, *Delhi…*, *op. cit.*

[16] Sobre la construcción de Islamabad, aparte de mis propias observaciones hechas en 2004, me he apoyado en Z. D. Kwaja, *Memories of an Architect*, Lahore, Ferozesons, 1998; Sten Nilsson, *New Capitals, op. cit.*, y Orestes Yakas, *Islamabad: The Birth of a Capital*, Oxford, Oxford Univesity Press, 2001.

y Niemeyer en Brasilia, con cuyas obras presentaba muchas similitudes: las grandes divisiones geométricas de las áreas residenciales, un eje central dominante en una avenida enorme, el enfoque urbano en el distrito que concentra el poder político y que se sitúa en un extremo de la ciudad, etc.

El plan para Islamabad tenía ciertos rasgos especiales. Doxiadis se veía a sí mismo como un científico; carecía de los objetivos estéticos y del interés por la monumentalidad del resto. El monumento principal de Islamabad es la mezquita Faisal, una moderna estructura angular con esbeltos minaretes, construida por un arquitecto turco a iniciativa de Zulfikar Ali Buhtto para conmemorar la reunión de la Organización de la Conferencia Islámica de 1974. Mientras que el Plan Piloto de Costa diseñaba de manera deliberada una ciudad burocrática de crecimiento limitado, Doxiadis planificó deliberadamente una ciudad en crecimiento, la «Dinametropolis», evitando de esta manera el patrón seguido por Brasilia de una ciudad de diseño rodeada por satélites informales. Su trabajo hacía hincapié en la necesidad de construir la ciudad de abajo a arriba, comenzando por edificar la vivienda para los trabajadores que la construirían.[17] Pese a dicho planteamiento teórico, lo que hizo en la práctica, fue comenzar por diseñar las viviendas de los funcionarios de bajo rango, dejando que los trabajadores de la construcción se las apañasen por su cuenta para encontrar un techo dónde pudiesen.[18] Desde su nacimiento, la vivienda en Islamabad se construyó siguiendo la escala salarial gubernamental. En Islamabad hay, en contraste con Brasilia y Chandigarh, un centro cultural (periférico), dentro del distrito de poder, que da la bienvenida con una biblioteca nacional y un museo.

La Pakistani Capital Development Autorithy (Oficina de Desarrollo de la Capital) apostaba por un modernismo que no estuviese monopolizado por ningún estilo y que incluyese, con más o menos énfasis, estilos tradicionales, especialmente elementos del estilo mogol. Casi desde el principio, quedó claro que como planificador general a Doxiadis no se le exigiría la construcción de los principales edificios. Con este objetivo se invitó y se tuvo en cuenta a muchas de las estrellas del modernismo arquitectónico: Le Corbusier estaba descartado tras haber diseñado Chandigarh, hecho que lamentaron sus colegas locales. Walter Gropius, Macel Breuer y Kenzō Tange rechazaron las invitaciones. Arne Jacobsen y Louis Kahn vieron como sus proyectos eran rechazados.[19]

Finalmente, un maleable arquitecto estadounidense, Edward Stone, diseñó los dos edificios principales, el presidencial y el parlamentario: dos

---

[17] Constantinos Doxiadis, «Islamabad: The creation of a new capital», *Town Planning Review*, vol. 36, núm. 1, (1965), p. 17.
[18] M. Hanif Raza, *Islamabad and Environs*, Islamabad, Colorpix, 2003, pp. 71-81.
[19] Z. D. Kwaja, *Memories of an Architect…*, *op. cit.*, pp. 944 y ss.

edificios horizontales blancos, siendo el parlamentario ligeramente más alto y largo que el otro. A petición de la nueva presidencia general de la Autoridad para el Desarrollo, Stone retiró los elementos tradicionalistas exigidos por el gobierno anterior.[20] En mi opinión, el único edifico destacable del «sector administrativo», al menos desde el exterior, es un creativo edificio modernista —la Corte Suprema diseñada por Kenzō Tange (que reconsideró su negativa a colaborar con el gobierno de Islamabad)— que podría estar situado en cualquier lugar del mundo moderno.

Pakistán ha conseguido a duras penas vivir a la altura de su afirmación de ser la «tierra de los puros», su historia nacional está llena de golpes de Estado y violencia militar desde arriba y violencia sectaria desde abajo, además de padecer una corrupción endémica. Pero Islamabad es el testimonio vivo del modernismo musulmán, que una vez fue parte del nacionalismo pakistaní dominante. Islamabad es un indicador de las potencialidades de Pakistán pero no un indicador de los resultados nacionales.

Sudeste de Asia

El colonialismo holandés vino impulsado y fue desarrollado por los mercaderes calvinistas de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y de la república de las Provincias Unidas. La Batavia holandesa reprodujo la sobria falta de ostentación de Ámsterdam. De forma poco habitual para una ciudad colonial, el ayuntamiento de Batavia estaba a la misma altura que la residencia del gobernador general. Thomas Karsten, el progresista director de la planificación urbana de la ciudad y arquitecto de la Indias Orientales, presentó en 1930 un plan de reordenación del centro político y sus alrededores, que se habría reorientado en torno al nuevo ayuntamiento de la ciudad.[21] Pero entonces llegó la guerra y los japoneses. Y con estos, la ciudad recuperó (aunque adulterado) su nombre precolonial, Yakarta.

El Estado nación indonesio no nació mediante el consenso, tras una demorada resignación colonial, como en el caso de India. La independencia fue proclamada el 17 de agosto de 1945, tras las noticias de la rendición japonesa. Poco después llegaron las tropas británicas, y a su estela lo hicieron las holandesas. En Yakarta se desarrolló una situación de poder dual, los nacionalistas indonesios gobernaban la ciudad autóctona desde

---

[20] Ibídem, p. 122.

[21] Abidin Kusno, *Behind the Postcolonial: Architecture, Urban Space, and Political Cultures in Indonesia*, Routledge, Nueva York, 2000, p. 55. Abidin Kusno ha escrito profusamente acerca de Jakarta de una manera elegante, combinando las perspectivas arquitectónicas y sociales. Véase también su *The Appearances of Memory: Mnemonic Practices of Architecture and Urban Form in Indonesia*, Durham (NC), Duke University Press, 2010.

el Ayuntamiento y los holandeses gobernaban el barrio colonial desde su Oficina de Asuntos Municipales.[22] En julio de 1947, los holandeses se sintieron con suficiente poder como para comenzar una *reconquista*, que ellos denominaron «acción policial». Pero la república nacional se mantuvo, y tras dos años de guerra de baja intensidad y de intrigas constitucionales, bajo presión estadounidense, los holandeses reconocieron la república independiente en diciembre de 1949.

Indonesia fue el primer ejemplo de ruptura victoriosa con el dominio colonial, aunque no evitó que se reciclara la ciudad colonial. El (poderoso) presidente se mudó a la villa residencial del gobernador general, renombrada como Istana Merdeka (Palacio de la Libertad o de la Independencia), en torno a la plaza Merdeka (plaza de la Independencia, anteriormente Koningsplein [plaza Real en holandés]) se construyeron nuevos edificios de uso estatal o se reciclaron los existentes. Cuando Indonesia surgió como Estado nación, su economía estaba arrasada, se había producido una huida masiva de la población rural a la ciudad, lastrada por un conjunto de políticas inestables y plagada de agudos conflictos derivados de gobernar un archipiélago inmensamente diverso tanto étnica como culturalmente. Durante las primeras etapas de su nueva existencia Yakarta sufrió de superpoblación, pobreza y de una dramática falta de servicios urbanos de todo tipo.

Sukarno fue el primer presidente, de 1958 a 1965 ejerció su liderazgo sin casi ninguna limitación. Era ingeniero de formación, y había hecho una breve incursión en la práctica de la arquitectura antes de convertirse en político profesional. Igual que Nehru, Sukarno era un modernista, comprometido profundamente con su objetivo de hacer de Yakarta la capital moderna de una nación moderna, «un modelo para las Nuevas Fuerzas Emergentes» del mundo; con sus amplios poderes, Sukarno logró tener un impacto mucho mayor en Yakarta del que tuvo Nehru en Delhi. Una gran diferencia entre ellos fue que Sukarno era un combativo militante que lideraba un Estado nación rupturista. Las políticas simbólicas nacionalistas desempeñaron un papel mucho mayor en Yakarta. Las dos principales muestras de ello son el monumento nacional, Monas, en medio de la plaza de la Independencia, y el Monumento a la Liberación de Irian Jaya frente al edificio del Tesoro.

El monumento de Monas hace referencia a la gran cultura hinduista de la Java precolonial y premusulmana en forma de un *lingam* (pene) de mármol de 137 metros de altura coronado por una plataforma cuadrada con una llama dorada, y un *ioni* (vagina) en la base. Sean cuales sean sus connotaciones sexuales,[23] son símbolos antiguos de vida, virilidad y fertili-

---

[22] Susan Abeyasekere, *Jakarta: A History*, Oxford, Oxford University Press, 1987, p. 154.

[23] Sukarno fue un famoso depredador sexual y la imaginería sexual probablemente se le daba bien, pero eso va mucho más allá de la cuestión nacionalista. La mitología preislámica hindú-budista está

dad que siguen reverenciándose también en India. El Monas transmite una fuerza abstracta, asertivamente nacionalista, que no le debe nada a los más de tres siglos de colonialismo europeo.

El otro monumento asertivo conmemora la toma de posesión en 1963 de Irian Jaya (Nueva Guinea Occidental), que los holandeses mantuvieron después de 1949. Muestra un hombre heroico y musculado rompiendo sus cadenas en lo alto de un marco rectangular de cemento. Hasta donde yo sé, Sukarno no hizo que se construyera ningún monumento que le conmemorase a él mismo; la estatua existente con su duplicidad conmemorativa, a Sukarno y a Mohammad Hatta (su vicepresidente y rival), así como la tranquilidad que emana de dicha representación, es posterior a su gobierno, como también lo es el que se dieran sus nombres al aeropuerto de la capital.[24]

Sukarno impulsó la construcción de varios edificios como señal de modernidad, pensados principalmente de cara a los Juegos Asiáticos de 1962 y a los antiolímpicos «Juegos de las Nuevas Fuerzas Emergentes» de 1963 en el nuevo Estadio Gelora Bung Karno (Hermano Sukarno). Todos los nombres coloniales de las calles y de las plazas fueron eliminados, y se trazó un eje norte-sur a través de un bulevar que recibió su nombre en honor a dos de los héroes de la lucha por la independencia: el político nacionalista anterior a la Segunda Guerra Mundial, Mohammad Husni Thamrin, y el general Sudirman, comandante del ejército nacionalista.

En el bulevar se encuentra el Hotel Indonesia, con su inmensa estatua de «Bienvenida» en el exterior, además del primer centro comercial de la ciudad y el primer nudo de carreteras en trébol. Sukarno soñaba con una ciudad de rascacielos que haría sombra a Singapur.

El nacionalismo indonesio es explícitamente multicultural, y es notable la prominencia de motivos hinduistas en la iconografía nacionalista de sus comienzos. En el centro urbano no solo estaba el Monumento Nacional, sino que también había una estatua colosal y dinámica de Hánuman, el dios mono del Ramayana, la clásica épica hindú. La tradición continuó tras Surkano con un gran conjunto monumental de Arjuna, uno de los personajes de otra de la épicas clásicas hindúes, el Mahabhárata, en su carro de guerra tirado por un gran grupo de caballos, situado en el exterior de las

---

monumentalizada también de otras maneras en Yakarta, incluyendo los dioramas acerca de la historia nacional en la base del Monas, véase Gerald McDonald, «Indonesia's Medan Merdeka: National identity and the built enviroment», *Antipode*, vol. 27, núm. 3, 1995, pp. 270-293. Una visión clásica del simbolismo nacional de Yakarta es la del antropólogo holandés Peter Nas, «Jakarta, City Full of Symbols: An Essay in Symbolic Ecology», *Sojourn,* núm. 72, 1992, pp. 175-297. Esta fue la primera gran contribución del autor a este campo en una larga carrera dedicada al análisis del simbolismo urbano.

[24] La reconciliación póstuma de Sukarno y Hatta tiene cierto parecido con la de Mao y Liu Shaoqi en Pekín.

modernas torres gemelas del Banco de Indonesia. Sukarno también colaboró activamente en la planificación de la mezquita de la Independencia (Masjid Istiqlal) cerca de la plaza de la Independencia; un edificio grande y moderno con una cúpula arábiga diseñada por un arquitecto cristiano, pero que, como el Monas, no fue acabado hasta mediados de la década de 1970, media década después de que Sukarno estuviese en el gobierno. El edificio del Parlamento también llegó más tarde, y está en la misma zona que el estadio.

Se hizo poco para aliviar los problemas de la ciudad, que eran inmensos, comparables a la abyecta miseria que se puede encontrar en algunas de las grandes ciudades indias. La nueva forma de dualismo urbano poscolonial característica de Yakarta, que comenzó bajo el gobierno de Sukarno, se ha expandido mucho desde entonces, con un sistema de autopistas de peaje elevadas para que las clases medias (altas) eviten el tráfico motorizado que ruge bajo ellas y que o bien discurren hasta las inmediaciones de los vecindarios populares o *kampong,* o bien los traspasan. Tanto las autopistas, como el reciente aumento descontrolado de las supermanzanas a lo largo de ellas y los perennes atascos, son buenos lugares para una contemplación melancólica de los que el arquitecto yakartés Jo Santoso ha denominado «las cinco capas de Yakarta»: la ciudad javanesa precolonial, la ciudad colonial holandesa, la moderna capital nacional, la globalizada megaciudad del «Nuevo Orden» de Suharto y la quinta capa, la más cercana al corazón de Santoso, el *kampong*, la base de una ciudad sostenible.[25]

El contrapeso al Monas de Yakarta es el Monumento Nacional de Kuala Lumpur, la capital de Malasia, un Estado contra el que Sukarno lanzó la *konfrontasi* de principios de la década de 1960: una inútil charada política teatral que le hizo ponerse en ridículo y que recuerda a Mussolini, cuya ridícula idea de «vivir peligrosamente» Sukarno repetía y citaba. Pero es su historia y no su teatralidad, lo que contrapone a los dos monumentos. La mutación de la península imperial británica malaya en el Estado nación de Malasia fue una peculiar variante del camino no rupturista y negociado para salir de la sumisión colonial. Bajo la soberanía del Imperio británico, la Federación Malaya estuvo dirigida por uno de los sectores de la realeza y la aristocracia malayas que gobernaban sobre los campesinos malayos. Las minas coloniales de estaño y las plantaciones de caucho eran trabajadas por chinos y tamiles importados o inmigrados, al tiempo que el sector financiero asiático estaba dirigido por chinos. El nacionalismo moderno malayo, tal y como se recuerda orgullosamente en la casa museo del que fuera primer ministro, Tunku Abdul Rahman, comenzó en 1945 con una petición y una posterior campaña contra la propuesta británica de proveer de los mismos derechos a los chinos, que habían participado en la resistencia frente a la ocupación japonesa.

---

[25] Jo Santoso, *The Fifth Layer of Jakarta*, Yakarta, Turumanagara University, 1987, p. 154.

Quien visite el Monumento Nacional en Kuala Lumpur, cuyo emplazamiento aunque designado oficialmente está situado en un lugar mucho menos central que su contraparte en Yakarta, podría pensar que está frente a una réplica del memorial al Cuerpo de la Marina en Iwo Jima, en Washington. Y no estaría equivocado. Fue realizado, de hecho, por el mismo escultor que creó dicho monumento, Felix de Weldon, invitado por Tunku Abdul Rahman a crear algo similar. Medio plegada, la bandera malaya que sostiene el héroe en lo alto del conjunto (el *Tunku,* representado como un hombre joven) se parece a la bandera estadounidense. Es un monumento a los héroes, ¿pero a los héroes de qué? No de la independencia, tampoco de la nación. La dedicatoria de la parte frontal pone «al heroico luchador en la causa por la paz y la libertad». En otra parte, se nos ilumina respecto de qué paz y qué libertad: la de la «emergencia». Este fue el eufemismo con el que los británicos designaron a la guerra de más de una década de duración contra la fuerza guerrillera comunista antimperialista, y que al final fue brutalmente derrotada debido principalmente a su cada vez más reducida base étnica china. En la base del monumento yacen muertos dos comunistas.[26]

El Monumento «Nacional» de Malasia conmemora de hecho la última guerra imperial victoriosa en Asia, de la cual los príncipes malayos —*tunku* puede traducirse como «príncipe»— fueron los principales beneficiarios. Malasia sigue siendo una monarquía rotativa que divide su gobierno entre nueve sultanes, aunque el papel de estos es principalmente simbólico y la aristocracia malaya ya no está en el poder. En Kuala Lumpur la sucesión en el poder se pone de manifiesto en el edificio emblemático más reciente, las Torres Petronas, tal vez el monumento más impactante del mundo al capitalismo de Estado nación. Son la sede central de la empresa estatal de petróleo y gas Petronas, construidas por César Pelli bajo la supervisión directa del entonces primer ministro Mahatir Mohamad, un nacionalista radical de clase media, muy alejado de la élite aristocrática.[27]

Seúl posee su propia trayectoria colonial —que como la del Cairo comenzó tras un frustrado intento de reactivar la modernización—; esta resulta especial por su excepcional relación con el poder colonial. Después de todo, Corea y Japón fueron los dos retoños de la civilización china; sus élites habían sido educadas en los mismos clásicos confucianos y con los mismos ideogramas chinos.

Inspirada parcialmente por la Restauración Meiji japonesa, Corea intentó desde la década de 1880 una modernización reactiva desde arriba,

---

[26] Véase Lai Chee Kien, *Building Merdeka, Independence Architecture in Kuala Lumpur, 1957-1966*, Kuala Lumpur, Petronas, cap. 10.

[27] Cf. la lujosa publicación hagiográfica dedicada a las Torres Petronas editada por Gurdip Singh, *Sculping the Sky: Petronas Twin Towers*, Kuala Lumpur, Petronas, 1998.

pero tanto por su situación interna como geopolítica Corea era mucho más vulnerable que el Egipto bajo el jedivato. Corea estaba oficialmente subordinada al emperador chino, que seguía teniendo más influencia en Corea que la que tenía el sultán otomano en Egipto. A todo ello se unía la creciente agresividad por parte de los depredadores Japón y Rusia. En 1894 un masivo alzamiento campesino, la rebelión Donghak —comparable, por no decir idéntica, a la rebelión china de Taiping una generación antes— estuvo a punto de derribar la monarquía coreana. La monarquía solicitó la ayuda de China, que acudió y aplastó la rebelión, pero a costa de atraer la intervención japonesa. Los japoneses derrotaron al Ejército chino, y en el tratado de paz, China tuvo que aceptar la independencia de Corea.

El rey coreano se nombró a sí mismo emperador —igualándose a los chinos y los japoneses— de un reino llamado ahora el gran imperio Han. Surgió un nacionalismo de estilo moderno, y entre 1896 y 1897 se erigió el primero monumento nacional del país, una sencilla Puerta de la Independencia, copia del Arco del Triunfo de París. Permanece donde se erigió, y muestra en cierto modo una apariencia patética, sin embargo resulta llamativo en su sencillez, situado fuera del circuito principal de Seúl. Después Japón derrotó a Rusia, y en 1910 se anexionó formalmente Corea. El Estado nación coreano no se hizo realidad hasta pasado 1945.

Antes del gobierno colonial se había iniciado la modernización urbana de Hanseong, tal y como entonces se llamaba Seúl: la demolición de la muralla de la ciudad, el ensanche de algunas calles, la iluminación de algunas zonas urbanas, la circulación de tranvías y la construcción de una reluciente catedral cristiana en lo alto de un monte. Pero la ciudad, que ahora recibía el nombre de Gyeongseong (Keijō en japonés), en la provincia de Gyeonggi y específicamente el centro de esta, sufrió una radical transformación bajo la planificación y edificación urbana japonesa. Se inició entonces un vasto programa de mejora de las calles, siguiendo el modelo de Tokio y se construyó un impresionante conjunto de singulares edificios institucionales: un imponente ayuntamiento, un igualmente masivo edificio del gobierno general frente al anterior palacio real y una residencia oficial para el gobernador general en su parte trasera y que sobresalía por encima de este último. El centro se volvió en gran medida japonés, con calles comerciales y zonas residenciales japonesas, por lo que a mediados de la década de 1930 un cuarto de la población era japonesa.[28]

El colonialismo japonés compartía su arrogancia cultural y su control represivo con otras potencias coloniales, pero también tenía algunos rasgos particulares propios. Tras un periodo bicultural relativamente tolerante en

[28] Véase Kwang-Joong Kim (ed.), *Seoul, 20th Century: Growth and Change if the Last 100 Years*, caps. 2 y 3, Seúl, Seoul Development Institute, 2003,

la década de 1920, Japón decidió asimilar completamente al país —en vez de hacerlo según el modelo francés—, con la intención de convertir a Corea y a los coreanos en japoneses, «integrando Corea en Japón». Por supuesto, esto conllevaba una carga fuertemente represiva, incluyendo forzar a los coreanos a adoptar nombres japoneses. Pero la otra cara de esto, fue una desarrollo socioeconómico único. En 1945, más de la mitad de los niños coreanos estaban matriculados en la escuela elemental, en comparación con el 15 % que lo estaba en 1930.[29] Seúl cuadriplicó su población después 1910, rebasando la marca del millón en 1942 y convirtiéndose en una importante ciudad industrial, con una quinta parte de su trabajadores empleados en la industria hacia 1937.[30] La industria suponía un 39 % del Producto Interior Bruto coreano en 1939, y casi la mitad (el 49 %) de las exportaciones coreanas a Japón.[31]

El gobierno colonial japonés generó un intenso resentimiento nacional entre los coreanos que persiste a día de hoy. Al mismo tiempo, sin embargo, *sub rosa,*[32] Japón también fue el modelo específico de desarrollo económico copiado por Corea, debido a que la matriz cultural de partida era bastante similar y a que el intento original coreano de reactivar la modernización tuvo lugar unos veinte años después que el de Japón.

Las políticas asiáticas premodernas eran patrimoniales de un modo más explícito que las europeas. A menudo, los países no tenían ni siquiera un nombre propio, sino que se referían a ellos por el nombre que le hubiera dado la dinastía fundadora: con este nombre se referían tanto a la dinastía como a su mandato. Corea era conocida en Asia Oriental como Choson (transcrita algunas veces como Joseon), el nombre con el que un emperador chino, a quien en 1394 la nueva dinastía coreana le había enviado dos propuestas, se refirió al país. El enviado chino a Corea en 1898, llevaba una carta para «el magnífico emperador del gran Quing». A finales del siglo XIX, surgió en Asia Oriental un nuevo concepto, que se corresponde con el concepto europeo de «nación», compuesto por dos caracteres chinos: *min* para pueblo, y un segundo denotando familia o clan. Juntos se convirtieron en *minjok* en coreano, *minzu* en chino y *minsoku* en japonés, denotando un nuevo fenómeno social: nación.[33] Existía una antigua palabra, *kuk* (o *guk*), que podría significar Estado y que revivió en aquellos momentos.

---

[29] Soon-won Park, «Colonial industrial growth and the emergence of the Korean working class» en Gi-Wook Shin y Michael Robinson (eds.), *Colonial Modernity In Korea*, Cambridge (MA), Harvard University Asia Center, 1999, p. 47.

[30] Ki-Suk Lee, «Seoul's Urban Growth in the Twentieth Century: From the Pre-modern City to a Global Metropolis» en Kwang-Joong Kim (ed.), *Seoul, Twentietn Century*, *op. cit.*, p. 32 y 34.

[31] Ki-baik Lee, *A New History of Korea*, Cambridge, Harvard University Asia Center, 1984, pp. 349-351.

[32] *Sub rosa*, expresión latina que denota confidencialidad, secretismo… [N. de la T.]

[33] Andre Schmid. *Korea Between Empires,* Nueva York, Columbia University Press, 2002.

La nación coreana moderna comenzó, en condiciones nada favorables, con una declaración del autonombrado gobierno en el exilio en Shanghái en 1919.[34] Su auténtico nacimiento tras la derrota japonesa fue difícil y doloroso. La proclamación de independencia a principios de septiembre de 1945 por parte de la Conferencia Nacional de la República Popular de Corea, no fue reconocida por Estados Unidos, cuyas tropas desembarcaron en el país poco después y sometieron bajo su control el sur de Corea. Los aliados acordaron someter Corea durante cinco años a la tutela de las cuatro grandes potencias: Estados Unidos, la Unión Soviética, China y el Reino Unido. La tensiones provocadas por la Guerra Fría lo hicieron rápidamente impracticable y el país fue dividido entre el sur estadounidense y el norte soviético. Los nacionalistas coreanos pasaron a estar amargamente divididos entre sí, no solo entre los de derechas y los comunistas, sino también entre corrientes intransigentes y corrientes sintetizadoras.

En 1948, tras unas elecciones boicoteadas por la izquierda y por los pannacionalistas coreanos, se declaró la República de Corea (Daehan Minguk), asumiendo el nombre adoptado por el «gobierno provisional» en el exilio de Shanghái en 1919.[35] Su figura dirigente fue un expatriado conservador de aquella época, conocido en Occidente como Syngman Rhee (posteriores historiadores coreanos se referirán a él como Lee Seung-man). Pero en 1950, estalló la guerra civil entre el norte comunista y el sur, que inmediatamente se convirtió en una prolongado conflicto internacional debido a la intervención estadounidense, seguida, como es habitual, por una cohorte de aliados, lo que provocó una masiva contraintervención china (la Unión Soviética de Stalin apoyó materialmente a Corea del Norte pero no intervino en la guerra).

Tras la Segunda Guerra Mundial y la liberación, la capital surcoreana recibió su tercer nombre en lo que iba de siglo XX, Seúl, que se traduce literalmente como «capital». Durante la guerra de Corea (1950-1953) cambió varias veces de manos y la ciudad fue destruida en gran parte, debido sobre todo a los bombardeos estadounidenses. La mitad de sus viviendas fueron dañadas y casi una tercera parte de ellas sufrieron tales desperfectos que las hicieron inhabitables. La población se redujo a la mitad de la que tenía en 1946, disminuyendo hasta los 600.000 habitantes.[36]

---

[34] Fue llamado Taehan Min'guk, que es como Corea del Sur sigue siendo llamada hoy en día. Taehan Cheguk, el Imperio del Gran Han en 1897, se convirtió en la República del Gran Han. Andre Schmid. *Korea Between Empires, op. cit.*

[35] Andrei Lankov y Sarah L. Kang, *The Dawn of Modern Korea*, Seúl, EunHaeng NaMuu, 2007, p. 216.

[36] Sei-Kwan Sohn, «Changes in the residential features of Seoul in the 20th century» en Kwang-Joong Kim (ed.), *Seoul, 20th Century…*, *op. cit.*, pp. 240-241.

Los cambios anticoloniales comenzaron inmediatamente tras la rendición japonesa y la subsecuente marcha de la enorme población japonesa. El santuario sintoísta fue incendiado. La Universidad Imperial Gyeongseong se convirtió en la Universidad Nacional de Seúl y bastantes barrios recibieron nombres nuevos. El teatro Meiji se convirtió en el Sigonggwan. También en 1949 se lanzó una campaña cultural en Corea del Sur, lo que probablemente es un hecho único entre las naciones excoloniales: «Limpiemos a fondo las prácticas japonesas». Totalmente en sintonía con la práctica excolonial, la residencia del gobernador general se convirtió en la residencia presidencial, llamada la Casa Azul por el color de sus tejas. Los sombríos cuarteles generales del gobierno colonial se utilizaron como sedes ministeriales, y desde 1985 funcionaron como un museo, para ser finalmente dinamitados en el nuevo milenio. El ayuntamiento colonial central se transformó en el ayuntamiento de Seúl, que desde hace poco se ve empequeñecido aunque de manera elegante gracias a la moderna ampliación del edificio.

El primer monumento construido en el Seúl liberado, realizado entre 1955 y 1956, agasajaba al presidente Syngman Rhee con un colosal conjunto que decía ser, en aquel momento, la estatua más grande del mundo —24 metros con el pedestal—, erigido en el lugar en el que anteriormente estaba el santuario sintoísta.[37] Seúl competía entonces con la capital del norte comunista, Pionyang, y el culto a la personalidad era parte de esta competición. El Centro de Sejong (1974-1978) en el eje central de Seúl, y que recibía el nombre de un rey del siglo XV, fue construido emulando al Gran Teatro de Pionyang, con una sala suficientemente grande como para que tomasen asiento todos los participantes de la inmensa Conferencia Nacional para la Reunificación.[38] Rhee fue derrocado por un levantamiento urbano en 1960, y con él también cayó su estatua. Tal vez el que sea el segundo monumento (de 1968), y en todo caso el más importante a día de hoy, es la severa figura, vestida con una armadura, del almirante Yi Sun-Shin, héroe clásico de la resistencia frente a los japoneses del siglo XVI, cuyo barco acorazado se exhibe en el Museo Nacional.

No se permitió que Corea y Seúl se modernizasen a su propio ritmo y en sus propios términos. Su duradero y monumentalizado resentimiento anticolonial es un claro reflejo de ello. Por otra parte, para un europeo, Seúl y Tokio comparten algunos rasgos fundamentales: un dinámico modernismo capitalista combinado con el sentido profundamente arraigado de poseer una larga historia nacional, una preocupación manifiesta

---

[37] Comité de compilación histórica de la ciudad de Seúl, *The Launch of Seoul as the Capital of the Republic de Korea (1945-1961)*, Seúl, CHCCS, pp. 124-125.

[38] Kyo-Mok Lee, «Seoul's urban growth in the 20th century: From premoderne city to global metropolis» en Kwang-Joong Kim (ed.), *Seoul, Twentietn Century*, *op. cit.*, p. 130.

por la cohesión nacional y un rechazo a las polaridades socioeconómicas extremas. El conocimiento íntimo y la experiencia directa obtenidas del modelo japonés de rápido desarrollo económico y un acceso privilegiado tras la Segunda Guerra Mundial a los mercados estadounidenses hizo posible su exitoso y único desarrollo poscolonial. Durante la primera década del siglo XXI quedó claro que este desarrollo había hecho posible que Seúl dirigiese la enorme afluencia rural poscolonial hacia la capital (en 2007, un colega coreano me mostró amablemente la «última zona chabolista» de Seúl, un pequeño barrio de barracas en la periferia del sureste). El proceso tomó su tiempo de ensayo y error. Bajo el régimen desarrollista del general Park Chung-Hee, entre las décadas de 1960 y 1970, se ejecutaron varios desalojos de poblados informales, «limpieza de chabolas», se restringió la inmigración a la ciudad y se concibió una nueva capital.[39] Pero comenzaron a surgir iniciativas para proporcionar algunas soluciones positivas. La construcción de viviendas en altura en la periferia para las clases populares comenzó en los años sesenta del siglo pasado. Aunque a menudo eran de baja calidad, esto no las estigmatizó, y a partir de los años setenta edificios altos de mejor calidad, con apartamentos en régimen de propiedad individual, edificados por constructores privados y no por corporaciones públicas, como en Singapur, se convirtieron en la vivienda estándar de la clase media.[40]

Seúl es una ciudad abiertamente capitalista, la única ciudad, por lo que yo sé, que tiene un monumento público a las operaciones bursátiles, la escultura Trillion Tower en la plaza de la altísima Trade Tower, que conmemora el primer día en el que el comercio alcanzó el billón de dólares. Pero pese a sus aspiraciones de ser una «ciudad global», aspiraciones a las que habremos de volver posteriormente, Seúl es una ciudad también profundamente nacional, la capital de una comunidad nacional que no «trasciende» la desigualdad y conflictos de clase y de género, pero que es suficientemente fuerte como para resultar materialmente importante para los privilegiados y los poderosos.

Más adelante, en el capítulo dedicado al comunismo, se examinará la capital norcoreana de Pionyang.

---

[39] Aunque se suspendió tras el asesinato de Park, se mantuvo en la agenda la idea de una nueva capital. Fue paralizada por la Corte Constitucional en 2004, con el notable argumento de que «desde el momento que el público en general ha llegado a reconocer Seúl como su capital permanente, la tradición y la costumbre unidas a este reconocimiento son el equivalente a la sanción constitucional». Esta cita se extrae de Moon Chang Keuk, «Maintaining Seoul as our capital», *Korean Forces*, vol 12, núm. 6, noviembre-diciembre, 2004. En la década del 2010, comenzó la construcción de una ciudad administrativa anexa menos ambiciosa.

[40] Sei-Kwan Sohn, «Changes in the residential features of Seoul in the 20th century», *op. cit.*

El mundo árabe

Virtualmente todo el mundo árabe, de Marruecos a Irak, ha recorrido un camino especialmente convulso hacia el Estado nación (excepto, tal vez, Argelia que vivió una experiencia completamente colonial). Algunos países árabes aún no lo han logrado. Arabia Saudí y las monarquías del Golfo continúan siendo Estados hereditarios. El Líbano sigue siendo más una precaria e intranquila federación de comunidades religiosas que un Estado nación, y el carácter nacional de Irak, Jordania y Siria es una cuestión que se reabre con frecuencia. La circunvolución de la experiencia árabe deriva de un largo periodo —en el caso de Egipto de cerca de un siglo y medio— de complejos juegos de poder, entre un príncipe extranjero (el sultán otomano), príncipes locales y depredadores europeos que se presentaron como «protectores» tras la Primera Guerra Mundial, al recibir un «mandato» de la Liga de Naciones. Juegos de poder en los que las fuerzas nacionalistas comenzaron a intervenir con retraso. Prueba de ello es el lento surgimiento del Cairo nacional.

Egipto era parte del Imperio otomano, al que pagaba tributos y mostraba su respeto. Estaba gobernado por un valí, quien para el siglo XIX básicamente disfrutaba de autonomía total a la hora de tomar decisiones, si bien necesitaba de la sanción formal del sultán. El país se vio sacudido por la invasión de Napoleón Bonaparte en 1789 y por una activa inmersión modernizadora de los franceses en la cultura del país, durante la cual algunos de sus comandantes se convirtieron públicamente al islam. Los franceses proporcionaron inspiración y consejeros al contundente comandante otomano Muhammed Alí, quien en 1807 usurpó el gobierno de Egipto, embarcado en una exitosa modernización militar de Egipto y que consiguió que el sultán se aviniese a aceptar que los descendientes de Muhammed Alí lo gobernasen como un protectorado. Aunque tuvo éxito en sus propios términos, Egipto no consiguió construir un Estado nación mediante una modernización reactiva. Egipto siguió siendo un régimen hereditario, bajo un gobierno extranjero, la dinastía turca, rodeada de una corte similar.

La nueva, y europeizada, ciudad de El Cairo no fue (en sus comienzos) construida por las potencias coloniales, sino por el valí otomano, el nieto de Muhammed Alí, quien gobernó entre 1863 y 1879. Alentado por el auge del algodón egipcio, —gracias al bloqueo al algodón confederado por parte de los Estados Unidos, y posteriormente a la venta de algodón al Reino Unido gracias a las dislocaciones causadas por la guerra en el sur de Estados Unidos—, Ismail compró el título persa de jedive al sultán, construyendo un nuevo Cairo, con la hábil ayuda de los equivalentes egipcios de planificadores-ingenieros como Torcuato de Alvear y Benjamín Vicuña

Mackenna: Ali Pasha Mubarak y Mahmoud al-Falaky Bey. El centro de la ciudad fue desplazado hacia el oeste, hacia la margen oriental del Nilo (cuyo flujo ya había sido controlado y se había drenado el pantano), lejos del viejo *locus* del poder, la Ciudadela en las colinas de Mokattam. Para su uso particular, Ismail hizo construir el palacio de Abdín, un edificio de extensión horizontal, de dos pisos, construido en un estilo que recuerda al clasicismo francés y al barroco vienés. El centro de la nueva ciudad, Ismailia, era el Maidan Ismailia, actualmente la Maidan Tahir (plaza Tahir). «Egipto ya no es parte de África sino que es parte de Europa» anunciaba el gobernante en 1867.[41] La Exposición de París, su estrecha relación con la por entonces emperatriz de Francia y la llegada del canal de Suez (en 1869) se sumaron al torbellino.

La extravagancia y los usureros prestamistas europeos forzaron la abdicación de Ismail. Diversas «deducciones por riesgo» supusieron que Egipto tuviera que solicitar, a más del 10 % de interés, créditos de teóricamente 77 millones de libras esterlinas, aunque de facto solo obtuviera el préstamo de 55 millones.[42] Le siguió otro jedive, y El Cairo colonial siguió expandiéndose. Pero los británicos habían adquirido el control del canal de Suez, derrotaron la insurrección nacionalista y colocaron a Egipto bajo el control armado británico, con sede en el antiguo palacio de Ismail, Qasr al-Nil. El Cairo se desarrolló como una ciudad cosmopolita para las clases medias y altas. Se construyeron clubs exclusivos en la isla de Gezira, se generaron nuevos suburbios por parte de constructores extranjeros, un consorcio internacional construyó una ciudad jardín al sur de Maidan Ismailia y el barón belga Empain construyó Heliópolis en el norte. Entre los locales, los banqueros judíos y los tenderos griegos desempeñaron un papel importante. «Cosmopolita» en este caso significaba que era básicamente no egipcio, pese a que en el sector consumidor se incluía un estrato principalmente turco-circasiano.

El nacionalismo egipcio estuvo inspirado por la victoria japonesa sobre Rusia en 1905 y por las aspiraciones abiertas por la Primera Guerra Mundial. Como en India, los británicos se enfrentaron en 1919 a una movilización nacionalista masiva, que reprimieron con éxito pero de la que aprendieron a negociar. En 1922 acabó el protectorado de Gran Bretaña sobre Egipto, y en 1923 la Constitución egipcia proclamaba que «Egipto es un Estado soberano, libre e independiente».[43] Era un anhelo piadoso;

---

[41] Trevor Mostyn, *Egypt's Belle Epoque: Cairo and the Age of the Hedonists*, Londres, Tauris Parke, 2006 (1989), p. 44, proporciona un vistoso retrato de la *belle epoque* colonial de El Cairo.

[42] *Ibidem*, p. 120. El *dei* de Túnez fue derrocado de una manera muy similar, y los imperios otomanos y Quing sufrieron experiencias parecidas.

[43] Citado en James Jankowski, «Egypt and Early Arab Nationalism, 1908-1922» en Rashid Khalidi, Lisa Anderson, Muhammad Muslih y Reeva S. Simon (eds.), *The Origins of Arab Nationalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1991, p. 263.

según el tratado de 1922, que la Asamblea Constituyente había aceptado por una estrecha mayoría, Gran Bretaña mantenía el derecho a tener tropas militares en Egipto, el control del canal de Suez y el control sobre el «Sudán anglo-egipcio», además de que se seguiría aplicando en Egipto la jurisprudencia extranjera por parte de «tribunales mixtos». En el tratado no estaba detallado el poder de facto británico, que se utilizó de manera más descarada en 1930 y 1942, para vetar gobiernos no deseados.

En 1947 los británicos evacuaron sus asentamientos centrales en las barracas de Qasr al-Nil (aunque no sacaron todas sus tropas de Egipto), y en 1949 desaparecieron los tribunales mixtos. En 1953, tras un golpe de Estado militar, Egipto consiguió su primer dirigente autóctono desde la época de los faraones, Muhammad Naguib. Su sucesor y compatriota Gamal Abdel Nasser nacionalizó el canal de Suez en 1956, tras lo cual Gran Bretaña, Francia e Israel invadieron Egipto para devolver el canal a los primeros, con la vista puesta en aplastar el creciente nacionalismo árabe, tema estrella de la agenda política de Francia e Israel. Bajo las extrañas circunstancias derivadas de la poca presión por parte de los soviéticos y de los estadounidenses, dicho proyecto se volvió en contra de los países invasores. El Estado nación egipcio se consolidó.

El significado más inmediato de la particular historia del desarrollo del Estado nación árabe estaba en el hecho de que la ajena ciudad colonial de la que se apropió la nación era una ciudad construida en gran medida por príncipes locales europeizados. Tras la revolución de 1952,[44] la distribución de palacios para los nuevos gobernantes nacionales no se hizo *sensu stricto* sobre los edificios coloniales, sino que se utilizaron los palacios de la realeza y los príncipes locales. La república convirtió el palacio Abdín de Ismail y el palacio de Farouk, el Koubbeh, en palacios presidenciales; el principesco Tahra se incluyó en el patrimonio nacional, mientras que el Consejo de Ministros y el Ministerio de Exteriores se trasladaron a otros palacios de la depuesta casa real.[45] En la plaza principal, Tahrir (plaza de la Liberación), no hay ningún edificio público representativo, solo un gigantesco edificio de agencias burocráticas. En El Cairo central se produjo un cambio toponímico generalizado: se substituyeron los nombres de

---

[44] Se convirtió en una revolución nacional por sus consecuencias, pero comenzó como un complot militar por parte de un grupo de oficiales, preocupados básicamente por protegerse de la represión monárquica tras haber ganado las elecciones del Club de Oficiales. Originalmente no poseían ningún tipo de programa político; otorgaron el gobierno a un político de la vieja élite. La monarquía se mantuvo, Farouk fue forzado a abdicar en favor de su hijo pequeño. Sin embargo esto dio paso rápidamente a una dinámica revolucionaria, con reformas territoriales y duras negociaciones con los británicos respecto a las tropas que aún seguían en Egipto. En 1953, se abolió la monarquía y se prohibieron los partidos políticos. A finales de 1954, ya se había consolidado Gamal Abdel Nasser como líder supremo.

[45] Raafat, *The Glory Years*, El Cairo, AUC Press, 2003, pp. 71 y ss., 283 y ss.

miembros de la realeza por eventos revolucionarios y héroes nacionalistas —incluido el faraón Ramsés—. [46] No hubo tanta monumentalidad nueva como podría esperarse. Se planeó una estatua de Nasser que se debía colocar en Tahrir, pero tras su desastrosa derrota militar en 1967 esto se hizo inconcebible, aun cuando el pueblo demostrara públicamente su lealtad y le mantuviese en el poder hasta su muerte en 1970.[47] Su sucesor, Anwar al Sadat, construyó un monumental complejo «al soldado desconocido» en conmemoración de su semivictoria contra los israelíes en 1973.

El Cairo de Nasser supuso una nacionalización plebeya de la ciudad; la división entre la ciudad colonial y la ciudad autóctona que anteriormente se podía observar recorriendo la calle Ibrahim Pasha (ahora calle de la República) se difuminó. Pero la división tercermundista entre las esferas formal y social de la ciudad se ha mantenido, aun cuando bajo el gobierno de Hosni Mubarak hubiera ciertas mejoras en los servicios básicos. A finales de la década de 1980, por primera vez una mayoría de cairotas tenían agua corriente y electricidad (de suministro oficial), mientras que la mayor parte de aquellos que aún seguían viviendo en los barrios populares no planificados continuaron careciendo de ello.[48] Casi dos tercios de los cairotas vivían en «viviendas informales» en 2006.[49]

Argel era oficialmente, como todo el norte de África al este de Marruecos, parte del Imperio otomano, pero de facto era bastante autónoma bajo el mando de un gobernador local, el *dey;* también era un famoso puerto de corsarios mediterráneos. Fue invadida por Francia en 1830 y subyugada tras una larga y fiera resistencia. Los franceses convirtieron Argelia en un asentamiento colonial. Pese a sus orígenes árabes y turcos, Argel se convirtió en una ciudad de mayoría europea. En 1926, 212.000 personas vivían en la aglomeración urbana —esto suponía un gran aumento de población a partir de los aproximadamente 30.000 habitantes que la ciudad tenía en 1830—, de los cuales 150.000 eran europeos. *Intra muros* había 45.000 autóctonos y 67.000 colonos europeos. Los nativos se concentraban en la tradicional *casba*.[50]

[46] Yoram Meital, «Central Cairo: Street naming and the struggle over historical representation», *Middle Eastern Studies*, vol. 43, núm. 6, 2007, p. 857.
[47] *Al Jazeera*, 2 de enero de 2011.
[48] El sistema de alcantarillado fue mejorado en la misma época (Susanna Myllylä, «Cairo, A Mega City and its Water Resources», investigación presentada durante la conferencia Ethnic Encounter and Cultura Change, que tuvo lugar en Joensuu, Finlandia, entre el 19 y el 22 de junio de 1995, org.uib.no/smi/paj/Myllyla.html [comprobado en enero, 2019]); Max Rodenbeck, *Cairo: The City Victorious*, Nueva York, Vintage, 1998, pp. 224, y 244 y ss.
[49] Sarah Sabry, «Informal housing: An Introduction», en Marc Angélil *et. al.* (eds.), *Housing in Cairo*, Berlín, Ruby Press, 2015, p. 243.
[50] Le Corbusier, quien a principios de 1930 trabajó en un plan de iniciativa propia para Argel mostraba una orientalista admiración por la *casba* y el Barrio de los Marines en la bahía. Este plan nunca llegó a hacerse realidad. Zeynep Çelik, *Urban Forms and Colonial Confrontations: Algiers under French Rule*, Berkeley (CA), University of California Press, 1997, pp. 42, 70 (cifras de población).

En 1954, cuando Argel contaba ya con 600.000 habitantes, comenzó una sangrienta y cruel guerra de independencia. La ciudad fue el campo de batalla principal y la *casba* el corazón de la insurgencia. Mediante el uso masivo de la tortura contra los prisioneros, los paracaidistas franceses ganaron la batalla de Argel en 1957, conmemorada en la famosa película de Gillo Pontecorvo. Sin embargo, los nativos acabaron ganado la guerra, y en 1962 Argelia se convirtió en un Estado nación independiente, aunque ni muy feliz ni muy democrático, teniendo en cuenta incluso que buena parte de las rentas del petróleo se han utilizado para mantener el descontento popular dentro de unos límites. A principios de la década de 1990 el actual (y secular) gobierno militar se vio desafiado por los islamistas, que aunque ganaron las elecciones, fueron posteriormente derrotados por una feroz represión. Durante la Primavera Árabe de 2011, Argelia se mantuvo bastante calmada, debido básicamente al trauma de la represión de los noventa, pero también gracias a ciertas aperturas del régimen.

Argel aún no ha encontrado su papel adecuado dentro de este contexto corrupto y violento. Los diferentes planes para renovar la mítica *casba,* muy desfavorecida —en términos de espacio y servicios urbanos—, no parece que hayan llegado muy lejos y los recientes planes para un Gran Argel no parece que hayan entendido bien la afluencia demográfica.[51]

Sin embargo, simbólicamente Argel es el ejemplo paradigmático —totalmente legitimado por su historia— de una capital excolonial nacida de un proceso de ruptura. La céntrica plaza del gobierno, originalmente una anodina zona abierta delante del palacio del *deí* otomano, se ha convertido en la plaza de los Mártires. Se ha eliminado la inmensa estatua del duque de Orleans, que obstruía la vista de la nueva mezquita. El funcionalista palacio del gobierno de finales de la década de 1920 ha sido ocupado por el poderoso Ministerio de Interior, mientras que el presidente de Argelia reside en una villa morisca anterior a la independencia, en El Mouradia, al sur del centro de la ciudad.

La plaza Bugeaud, bautizada así en honor del conquistador francés, ha sido renombrada plaza de Abd al-Qádir, en recuerdo al líder de la resistencia frente a los franceses. Una marcial estatua de este último, con la espada desenvainada, ha substituido a la estatua del primero. Los dirigentes coloniales desaparecieron de la nomenclatura del callejero siendo sustituidos, con inscripciones en árabe y francés, por líderes y héroes de la guerra de la independencia. La Rue des Colons (calle de los Colonos) se convirtió en la

---

[51] En 1962, tras el éxodo colonial, Argel tenía unos 500.000 habitantes, pero en 1998 la cantidad se había multiplicado por tres (Hammache, «Concentration et étalement urbain à Alger», en Ali Hadjedj, Claude Chaline y Jocelyne Dubois-Maury (eds.), *Alger: Les nouveaux défis de l'urbanisation*, París, L'Harmattan, pp. 116 y ss.

Rue des Liberés (calle de los Liberados).[52] El nuevo icono de la ciudad es el Mémorial du Martyr, un conjunto de cemento de 93 metros de altura que representa tres hojas de palmera unidas entre si (inspirado tal vez en la Torre Azadi de Teherán), y en cuya base están las estatuas de tres soldados, en las cumbres al sur de Argel.

África

El legado colonial de los Estados-nación y las capitales de África es poderoso, y bastante diverso. Todas las potencias excoloniales han legado su idioma a las nuevas naciones como lengua oficial de comunicación nacional además de sus modelos legales y administrativos. El África subsahariana poseía urbes precoloniales, a lo largo de las rutas comerciales que se dirigían hacia el Sáhara y las que venían desde él, como Tombuctú, Ife, Oyo en Yorubaland (actualmente Nigeria), las ciudades portuarias en el océano índico y el Gran Zimbabue en el sur, aunque estas ciudades tenían un carácter limitado y las que había en la inmensa zona central del interior eran muy pequeñas.[53] En Lingala, la lengua franca tanto de Kinsasa como de sus zonas colindantes, no existe una palabra específica para ciudad. *Mboka* significa «pueblo» y *mboka ya mundele* significa «pueblo del hombre blanco» que es como se denomina a la ciudad.[54]

La mayor parte de las ciudades capitales fueron fundadas por los colonos. Como excepción tenemos Uagadugú, en Burkina Faso, que posee un pasado indígena, como capital de los reinos Mossi entre los siglos XV y XVII. Las construcciones coloniales solían recibir nombres locales, que han sobrevivido al tiempo. Los nombres europeos han envejecido mucho peor. Fort Lamy en Chad se ha convertido en Yamena; Léopoldville en la República Democrática del Congo se rebautizó como Kinsasa, una de las pocas iniciativas del dictador Mobutu Sese Seko que sobrevivieron a su ignominioso final; Santa Isabel se ha convertido en Malabo, capital de Guinea Ecuatorial; Salisbury, en Zimbabue, ahora se llama Harare; Lourenço Marques es el actual Maputo. Pero Brazzaville en la República del Congo ha mantenido el nombre que le dio, a esta futura estación comercial colonial, la Société de Géographie de París en honor de su fundador, el explorador Pierre Savorgnan de Brazza. En 2006, el gobierno

---

[52] Zeynep Çelik, «Post-Colonial Intersentions», *Third Text*, vol. 13, núm. 49, pp. 63-72.

[53] Véase, por ejemplo, Richard Hull, *African Cities and Towns before the European Conquest*, Nueva York, W. W. Norton, 1976.

[54] T. Trefon, «Hinges and Fringes: Conceptualizing the Peri-Urban in Central Africa» en Francesa Locatelli y P. Nugent (eds.), *African Cities: Competing Claims on Urban Space*, Leiden, Brill, 2009, p. 16. En Mozambique también he escuchado expresiones similares para referirse a las ciudades coloniales.

post-«socialista» del Congo construyó un mausoleo a de Brazza con una estatua enorme, que le retrata más como un peregrino, con su equipo de explorador, que como un aristocrático oficial colonial. Pocas de las excolonias han perseverado a la hora de trasladar sus capitales; solo Malaui (que se trasladó de Zomba a Lilongüe) y Nigeria (de Lagos, que ha mantenido nombre en portugués en referencia a su emplazamiento en el área del lago, a Abuya), mientras que Tanzania (de Dar es Salaam a Dodoma) y Costa de Marfil (de Abiyán a Yamusukro) no han llegado a completar su traslado. Botsuana, Mauritania y Ruanda han tenido que construir nuevas capitales. Guinea Ecuatorial está construyendo actualmente una nueva capital, Oyala, cuya inauguración está planificada para el 2020.[55]

La herencia urbana de los gobiernos coloniales se ha visto sobrepasada en todas partes por la explosión de la migración urbana poscolonial y por las crisis socioeconómicas, pero sigue siendo discernible: en las ciudades jardín británicas, de Acra a Nairobi y Harare; en las representativas *centres-villes* francesas, especialmente elaboradas en las *plateaux* de Dakar y Abiyán; en la división portuguesa en *cidade baixa i cidade alta* (ciudad alta y ciudad baja); y en las recias iglesias y edificios administrativos herencia del breve gobierno de los alemanes antes de la Primera Guerra Mundial.

Políticamente el nacimiento de los Estados nación africanos está mucho más polarizado entre sus distintas alternativas históricas que en Asia, tal y como ilustraban anteriormente Yakarta y Kuala Lumpur. En Sudáfrica el colonialismo no fue enterrado hasta que implosionó el Estado colonial, dejando una particular herencia, y en el África portuguesa tuvo que ser combatido a muerte, como casi también en Zimbabue. En el otro extremo, el África Occidental francesa produjo sus padres de la nación —Félix Houphouët-Boigny en Costa de Marfil, Léopold Sédar Senghor en Senegal, así como un abanico de figuras menores— sobrepasando de lejos el sueño de Thomas Macaulay de una culturización británica de la India: «Una clase de personas africanas por sangre y color pero francesas en gustos, opiniones, morales e intelecto».[56] En 1958, todos los principales líderes del África francesa, excepto Sékou Touré de Guinea, desplegaron una exitosa campaña para un referéndum (en el que se votaba si respaldar o no la nueva Constitución francesa), pidiendo el «no» a la independencia y el «sí» a una comunidad franco-africana, éxito que no acabó valiendo de mucho, ya que la creciente marea nacionalista forzó rápidamente a los

[55] En marzo del 2015 el gobierno egipcio anunció repentinamente sus planes de construir una nueva capital, de «12 veces el tamaño de Manhattan» al este de El Cairo, *International New York Times*, 17 de marzo del 2015, p. 20.
[56] La cita está parafraseada del «Minute on Education in the Council of India» de Thomas Macaulay, 2 de febrero de 1835.

mismos líderes que habían hecho campaña por el «no» a pedirle educadamente a Charles de Gaulle la independencia, que este graciosamente concedió en 1960.[57]

Ciertamente Francia había invertido mucho más en su proyecto de asimilación. La primera de las famosas «Cuatro Comunas» de Senegal obtuvo el conjunto completo de derechos civiles en 1872. Desde 1848 tenían derecho a elegir un diputado a la Asamblea Nacional Francesa; a partir de 1914 dicho diputado fue siempre africano.[58] Dos de estos diputados, Blaise Diagne y Léopold Senghor, se convirtieron también en ministros del gobierno. Igual que lo fue Houphouët-Boigny, de 1957 a 1959, durante la guerra de Argelia; ese fue elegido como representante para la Asamblea Nacional Francesa por parte de Costa de Marfil en 1945.

Acra fue la primera capital totalmente nacional del África subsahariana gracias a la independencia de Ghana (llamada anteriormente Costa de Oro) en 1957. La independencia de Ghana siguió básicamente el modelo de independencia negociada. Tras la Segunda Guerra Mundial los británicos habían impuesto un gobierno parlamentario dependiente de la metrópolis; las elecciones de 1951 las ganó Kwame Nkrumah, que se encontraba en la cárcel por agitación subversiva. Tras ciertos titubeos, el gobernador general le puso en libertad y le pidió que formara gobierno, después de sucesivas victorias electorales por parte de Nkrumah y su partido, el gobierno de Su Majestad declaró la independencia de Ghana a partir del 6 de marzo de 1957.

En aquellos momentos la capital era una de las mayores ciudades del África negra, con una población de 377.000 personas en 1960, sin ningún tipo de centralidad monumental.[59] El viejo fuerte para el comercio de esclavos que albergaba al gobernador general británico estaba casi por completo oculto a la vista. La ciudad y el país cabalgaban hacia la modernidad, montadas en el auge mundial del cacao que se hundiría al poco tiempo. Ya en 1923, un *White Paper*[60] había decidido que «la segregación de europeos y asiáticos no es absolutamente esencial», y en Acra los barrios europeos y los diferentes enclaves estaban separados principalmente por barreras económicas.[61]

---

[57] Charles-Robert Agern y Marc Michel (eds.), *L'Afrique noire francaise: L'heure des indépendances*, París, Biblis, 2010 (1992).

[58] Cf. Michael Xrowder, *Senegal: A Study in the French Assimilation Policy*, Oxford, Oxford University Press, 1962, p. 4 y ss.

[59] K. Twum-Baah, «Population Growth of Mega-Accra-Emerging Issues» en Ralph Mills-Tettey y Korantema Adi-Dako (eds.), *Visions of the City Accra in the 21st Century*, Acra, Woeli, 2002, p. 33.

[60] Los *White Paper* son ponencias y/o reflexiones emitidas por diferentes miembros del gobierno colonial británico en los que se establecían las condiciones de gobierno sobre las colonias, en las que se permitía o no la inmigración de otros grupos, como los indios, así como los derechos de estos, supuestamente en pro de mantener la autonomía y los derechos de los pueblos autóctonos. Eran en realidad los planes para la continuidad del dominio blanco. [N. de la T.]

[61] Los denominados *Devonshire White Papers*, citados en Janet Hess, «Imagining architecture: The structure of nationalism in Accra, Ghana», *Africa Today*, vol. 47, núm. 2, 2000, p. 39.

El distrito financiero estaba, por supuesto, dominado por empresas europeas, pero también incluía unas cuantas africanas. El carismático e impresionante líder del nacionalismo ghanés (y panafricano), Nkrumah, tenía su base política en Acra y, al igual que Nehru y Sukarno, adoptó una importante y activa participación en la transformación del paisaje urbano.

Pese a ser un socialista declarado, formado dentro de la izquierda británica y del entorno antimperialista, Nkrumah mostró tempranas señales de megalomanía. En 1956, como primer ministro de la aún británica Costa de Oro, hizo que se erigiera, a las afueras de la asamblea legislativa, una inmensa estatua suya en bronce. Promocionó activamente el modernismo arquitectónico oficial, pero su principal interés era la monumentalidad. Se construyó un nuevo patio de armas, la plaza de la Estrella Negra, con un arco de la Independencia de estilo romano, y al otro extremo de la plaza, un arco moderno con un monumental estrado presidencial elevado desde el cual observar a las masas movilizadas y recibir su admiración. Se edificó una moderna Casa del Estado, pese a que Nkrumah personalmente prefería la colonial y suburbana Flagstaff House (también conocida como Jubilee House) o cuando no el castillo de Christiansborg (o castillo de Osu), el antiguo fuerte esclavista danés del gobernador general. Se derivaron fondos y planes para la construcción de una nueva sede parlamentaria, un exuberante edificio para la cumbre de 1965 de la Organización para la Unidad Africana. El edificio fue construido posteriormente bajo la apropiada forma simbólica de un taburete dorado de los ashanti (un símbolo de autoridad). Con ello se rechazaba la propuesta urbanística del plan de 1958 de convertir la no urbanizada y pantanosa línea costera, base de los pescadores, en un paseo turístico; también fue ignorada la propuesta de ampliar los espacios verdes abiertos con los jardines que rodeaban algunos de los edificios públicos.[62] Como cualquier ciudad colonial típica, Acra tiene también su conflicto étnico; es el emplazamiento original del pueblo ga, cuyos derechos territoriales y costumbres están en conflicto con las modernas nociones de derechos individuales de propiedad y el cosmopolitanismo multicultural.[63]

Nkrumah fue derrocado por los militares en 1966; la iconoclastia oficial sucedió a la hagiografía. La plaza Black Star fue abandonada y se dejó que decayera. La imagen de Nkrumah revivió a principios de la década

[62] Véase ibídem; Janet Hess, «Spectacular nation: Nkrumahist art and iconography in the Ghanaian independence era», *African Arts*, primavera, 2006, pp. 16-21, y Ato Quayson, *Oxford Street, Accra*: *City Life and the Itineraries of Transnationalism,* Durham (NC),Duke University Press, 2014, cap. 2.

[63] A. Bremer, «Conflict moderation and participation-prospects and barriers for urban renewal in Ga Mashie», en Ralph Mills-Tettey y Korantema Adi-dako (eds.), *Visions of the City, Accra in the 21st Century.* Woeli Publishing Services, Accra, 2002; Ato Quayson, *Oxford Street,..*, *op. cit.*, caps. 1 y 2.

de 1990, de la mano del nuevo gobierno militar del teniente de vuelo Jerry Rawlings, que hizo construir un inmenso mausoleo con una nueva estatua. Al llegar 2008, la plaza Black Star no logró adecuarse a la contemporánea Ghana democrática. Claramente, la caída de Nkrumah encajaba con el estilo de su carrera. Sin embargo fue representativo, más que único, de la primera generación de líderes nacionales africanos, muchos de los cuales comenzaron a caer a mediados de la década de 1960 debido a golpes militares, también muchos de ellos se convirtieron en megalómanos y prácticamente todos ellos fueron tanto víctimas como responsables del colapso económico.

La nación nigeriana es colonial hasta un punto casi cómico. Su nombre se lo puso una periodista londinense del *Times,* que posteriormente se casaría con el gobernador general; en 2014 se celebró el centenario de la unificación imperial del norte y las colonias costeras sureñas.[64] Su capital colonial heredada, Lagos (llamada localmente Eko), era una ciudad portuaria del sur. La independencia nigeriana se desarrolló de manera amigable. El primer ministro, un norteño conservador, Abubakar Tafawa Balewa, en su discurso de independencia, pagaba «tributo a […] sucesivos gobiernos británicos» y se refería a «todos nuestros amigos del Ministerio de las Colonias». También mencionaba «a los representantes de aquellos que han creado Nigeria»: «Representantes de los gobiernos regionales, de los anteriores gobiernos centrales, de las sociedades misioneras, y de las compañías bancarias y mercantiles». Otro actor que contribuyó a la construcción de Nigeria también estaba representado en la plaza, pero se obvió nombrarlo, el pueblo.[65]

Lagos fue una capital controvertida, lo había sido durante décadas. Era profundamente excéntrica para un enorme país multiétnico y multicultural, en el que el norte no podía ser marginado como zona remota subdesarrollada. El norte era la zona más poblada, con una estructura de poder musulmana bien desarrollada y bien preservada, al fin y al cabo Nigeria era el ejemplo de gobierno imperial indirecto. Pese a ello, y pese al arduo clima tropical, los británicos decidieron permanecer en Lagos. Una de las razones esgrimidas por el nuevo gobernador general, *sir* Hugh Clifford —un administrador imperial profesional cuya carrera incluyó destinos en el estrecho de Malaca y en Trinidad— es digna de ser recordada:

---

[64] Flora Shaw fue una extraordinaria periodista dentro del patriarcal mundo victoriano; fue la editora colonial del *The Times.* Su artículo en el que proponía que se utilizase Nigeria en lugar del nombre anterior de Royal Niger Company Territories, apareció en el *The Times* del 8 de enero de 1897. En 1902 se casó con Frederick Lugard, gobernador general entre 1914 y 1919 de la unificada Nigeria colonial.

[65] Blackpast.org

> Esta es una tarea [del gobierno], que [nosotros] difícilmente podemos pensar que podríamos desempeñar a no ser que las principales operaciones del gobierno se desarrollen en medio de la vida y pensamientos más activos del país, dónde sea capaz de mantener el contacto más cercano con todas y cada una de las secciones de la comunidad y dónde sus actividades están expuestas al escrutinio y a la crítica más severas.[66]

Los siguientes gobernadores nacionales, tanto civiles como militares, que trasladaron la capital nigeriana a su nuevo emplazamiento, Abuya, no estaban obviamente de acuerdo con *sir* Hugh pero tenían razones de más peso. En las luchas parlamentarias por el poder en la Nigeria colonial de la década de 1950, el estatus de Lagos se convirtió en un tema de discordia. Pese a ser multiétnica y multicultural —incluyendo un barrio afrobrasileño—, la mayor parte de la población de Lagos era yoruba; la ciudad está radicada en Yorubaland, que entonces era la región occidental. El partido político Grupo de Acción (AG), dominado por los yoruba, quería mantener la rica ciudad portuaria y los ingresos que el puerto generaba como parte de su región; el precio que estaba dispuesto a pagar por ello era aceptar el traslado de la capital. El otro partido, el mayor partido del sur, el Consejo Nacional de Nigeria y los Camerunes (NCNC), arraigado en la región oriental pero también políticamente mayoritario en Lagos, quería separar la ciudad como distrito federal de la región occidental. Al declararse la independencia, esta última fue la opción.

El marco arquitectónico del discurso de independencia de Balewa correspondía de forma coherente con su contenido retórico. Dio su discurso en una plaza nueva (que desde entonces recibe su nombre) diseñada por un promotor privado cerca de la Asamblea Nacional, en el elitista distrito de Ikoyi, en la isla de Lagos, reservado originalmente para los europeos. La plaza dispone una verja con múltiples entradas, supuestamente para alejar a los malos espíritus, gracias a los cuatro fieros caballos alzados sobre sus cuartos traseros y coronados por siete águilas con las alas extendidas que la protegen. En la plaza, se construyó para la ocasión una nueva Casa de la Independencia, un edificio de oficinas de veintitrés pisos de altura según el estilo internacional corporativo estándar. También hay un arco de la Memoria que conmemora a los nigerianos que murieron durante las dos guerras mundiales luchando por el Imperio británico.

No pasó mucho tiempo hasta que quedó claro que el gobierno nacional no podría afrontar el empuje demográfico de Lagos y los caóticos efectos

---

[66] *Laggos Weekley Record,* 14 de febrero del 1920, citado en W. Adebawi, «Abuja» en Bekker y Therborn, *Capital Cities in Africa: Power and Powerlessness*, p. 87. La Ilustración imperial no excluyó el desarrollo, desde principios de 1920, de una reserva europea en Ikoyi en la parte meridional de la isla de Lagos. F. Fouchard, «Lagos», en ibídem, p. 67.

de superpoblación y congestión, agravados por su geografía centralizada en las islas de Lagos y Victoria, y sus subdesarrolladas vías de comunicación con las pantanosas zonas del interior. Las arrogantes élites conservadoras del norte no se sentían muy cómodas en la capital de la nación y no eran respetadas por la «chusma» del sur. La sangrienta secesión de los igbo y su creación del Estado de Biafra entre 1967 y 1970, aunque este último fuera suprimido, colocó como prioridad en la agenda política los latentes conflictos de integración y consolidación nacionales. Tras una rápida investigación, en 1976, el dirigente militar Murtala Muhammed anunció el traslado de la capital al interior del país. En 1991 se enunció oficialmente el traslado de la capital a Abuya.[67]

En el ámbito público la gente se refiere a la nueva capital como el «centro de la unidad», y los nigerianos puede que afirmen con orgullo que es la parte más desarrollada de Nigeria. Se reclutó a un grupo global de urbanistas: un consorcio anglo-estadounidense, Doxiadis y Kenzō Tange, quien finalmente diseñó el centro de la ciudad. El resultado formal es algo parecido a Islamabad, sin nada del diseño ni del atractivo estilo arquitectónico de Brasilia. Al igual que en sus dos predecesoras, el centro de Abuya se sitúa en uno de los límites de la ciudad (nororiental), donde está situada la Zona de las Tres Armas,[68] dominada por el edificio de la Asamblea Nacional, coronado por un domo verde, que también incluye el recinto presidencial y la Corte Suprema. Detrás de esta exhibición urbanística se encuentra una zona de apoyo militar y las barracas policiales. Delante de la Zona está la plaza del Águila. A continuación, siguiendo el canon funcionalista del diseño de la capital, hay una zona ministerial, una cultural y un distrito central financiero.

En tanto manifestación del modernismo nigeriano, Abuya ha demostrado ser un atractivo modelo de éxito, y su objetivo es convertirse en una «ciudad de estilo mundial» con su correspondiente perfil urbano de rascacielos.[69] Su función como unificadora nacional ha sido cuestionada pero también promovida. La ciudad construyó primero una gran mezquita, que fue mal recibida en el sur cristiano, pero a la que tras algunas presiones siguió una catedral cristiana ecuménica. Como Brasilia, la modernidad de Abuya contrasta con sus ciudades satélites que carecen de servicios. En este sentido, Abuya sigue siendo un ejemplo de la impotencia de las ciudades del Tercer Mundo.[70]

---

[67] W. Adebawi, «Abuja» en Bekker y Therborn, *Capital Cities in Africa*, *op. cit.*

[68] La Zona de las Tres Armas es un distrito de Abuya, que recibe dicho nombre al albergar la sede de las tres «armas del gobierno: la Corte Suprema, la Asamblea Nacional y la villa presidencial, además de varios edificios federales más. [N. de la T.]

[69] Marie Huchzermeyer, *Cities with Slums*, Juta Academic, Claremont, Sudáfrica, 2011, p. 10.

[70] Véase W. Adebawi, «Abuja» en Bekker y Therborn, *Capital Cities in Africa*, *op. cit.*, pp. 91 y ss.; Nnamdi Elleh, *Abuja: The Single Mosat Ambitious Urban Design Project of the 20th Century*, Weimar Bauhau University Press, Berlín, 2001; Marie Huchzermeyer, *Cities with Slums*, *op. cit.*, pp. 95 y ss.

La toponimia callejera de Abuya exhibe un extremo ecumenismo, que probablemente debería ser interpretado como la expresión de un gusto por una política posideológica históricamente consciente. No solo sus calles conmemoran a todos los dictadores militares de Nigeria, incluso los más despreciables y corruptos, como Sani Abacha. En Abuya oriental se pueden encontrar calles que llevan el nombre de Winston Churchill, Josip Broz Tito y Mao Tse-tung, unas al lado de otras, y todas ellas conducen a la calle Malcolm Fraser (el derechista primer ministro australiano). Jimmy Carter se une a Charles de Gaulle, y Vladimir Lenin te conduce a John F. Kennedy.[71]

Las principales ciudades del África subsahariana francesa eran Dakar, en Senegal, la capital del África Occidental francesa, Abiyán, en Costa de Marfil, que creció rápidamente gracias al cacao y el café y Brazzaville, en Congo, la capital del África ecuatorial francesa. Todas ellas fueron creaciones coloniales, pero cada una tiene un historia distinta propia. Dakar fue la mayor de las ciudades autónomas del siglo XIX, y transmitía la ciudadanía francesa a sus residentes oficiales. Abiyán fue una advenediza económica. Brazzaville era el principal almacén del comercio ecuatorial y obtuvo renombre político como sede de la conferencia gaullista de 1944, en la que se discutió sobre el futuro del Imperio francés.

Dakar fue el centro y el modelo de desarrollo colonial francés y de planificación urbana.[72] Votó para escoger un alcalde africano en la década de 1920, Blaise Diagne, que una década después se convertiría en ministro de las Colonias. Aun así su distribución urbanística desarrollaba una distribución colonial singular, en la que en la europeizada meseta se encontraba la administración y la zona empresarial; esta estaba claramente diferenciada de la *medina* autóctona situada a menor altura. Desde 1930, Dakar también fue pionera en el nuevo estilo colonial de arquitectura, «sudanesa» (*soudanais*) inspirado por la famosa mezquita de Djenné, en el actual Mali. La catedral de la Memoria Africana en Dakar se parece de hecho más a una mezquita que a una catedral católica, aunque también comparte características con Santa Sofía en Estambul. Dos de los hospitales principales y la puerta del mercado son claros ecos de Djenné. La idea parece haber sido similar a la de la concepción británica de la India, demostrar estilísticamente la continuidad entre el actual Imperio europeo con los viejos imperios de la región durante el cénit del poder y la gloria de estos.[73]

---

[71] Brunel, *Brunel Abuja City Guide*, 2.ª edición, Abuya, 2007. Menos sorprendente es el barrio africano situado más al este dedicado a Nelson Mandela, Kwame Nkrumah, Thomas Sankara y personajes similares.

[72] Véase Jerome Chenal, *The West African City*, Nueva York, Routledge, 2014; *cf.* A. Dioup, «Dakar», en Bekker y Therborn, *Capital Cities in Africa*, *op. cit.*

[73] Véase Thomas M. Shaw, *Irony and Illusion in the Architecture of Imperial Dakar*, Lewiston (NY), Edwin Mellen Press, 2006.

El líder nacional y primer presidente de Senegal, Léopold Sédar Senghor, gran poeta de la negritud y miembro de la Academia Francesa, fue un político astuto. En 1959, un poco antes que la mayoría de los líderes africanos totalmente afrancesados, comprendió que el tiempo de los imperios coloniales formales estaba rápidamente llegando a su fin, pese a su apariencia de «comunidad». Siendo él mismo católico, Senghor construyó su base de poder nacional mediante hábiles alianzas con la poderosa hermandad musulmana muridí. Uno de los pocos edificios monumentales nuevos del Dakar independiente fue una mezquita central.

Como otros líderes nacionales, Senghor se interesaba activamente por la planificación urbana, pero primordialmente le movía la idea de mantener la ordenación francesa; el centro urbano colonial acababa de cambiar de habitantes, incluyendo al presidente de la república, que sucedió al gobernador general. Fuera del núcleo central, en la avenida General de Gaulle, se erigió una plaza de la Independencia con un alto obelisco. Por supuesto se mantuvo el principal monumento a los *Senegalese Tirailleurs* [tiradores senegaleses], las valientes tropas coloniales que combatieron en las dos guerras mundiales, y se le añadió su «defensa del "mundo libre"» —presumiblemente por su actuación en Corea—, pero sin mención alguna, ni conmemoración, a los fusilados por los soldados franceses en otoño de 1944 por protestar contra el impago de los salarios y otros maltratos, cuyo número de muertos sigue siendo desconocido.[74]

Senegal ha padecido la maldición de los gobiernos autoritarios, pero no ha sufrido dictaduras militares, megalómanos o un desenfrenado capitalismo carnívoro. Esto, y la previsora planificación de los franceses, pueden explicar por qué la gran explosión demográfica tras la independencia no ha producido el mismo tipo de áreas chabolistas que se pueden ver en Nairobi o Kinsasa. La ciudad satélite de Pikine, con sus omnipresentes arenas más allá de Dakar propiamente dicho,—y que en el 2006 tenía más de un millón de habitantes— ciertamente carece de servicios suficientes, pero es una ciudad organizada en *arrondisement* (distritos municipales) electos que cuenta con algunos recursos para el desarrollo local (en gran parte gracias a donantes extranjeros).

En la década de 1970, Senegal fue golpeada, tanto por la crisis del petróleo, como por la de consumo, además de por una extraordinaria sequía en la región del Sahel. El vigor cultural y la centralidad de Dakar ya no podían mantenerse, a pesar de su feria internacional construida en un impresionante estilo modernista africano.[75] La ciudad fue sobrepasada

---

[74] Debo la historia de la masacre de esta protesta a la conversación con la historiadora franco-africanista Odile Goerg.

[75] Seleccionada por su muy merecida loa arquitectónica en M. Herz (ed.), *African Modernism*, Zúrich, Park Books, pp. 192 y ss.

tanto económica como demográficamente por Abiyán, la capital de la Costa de Marfil, visualizada desde el aire como una brillante aglomeración, con una zona central de (modestos) rascacielos blancos construidos en un lago. La meseta de Abiyán es menor que la de Dakar pero está situada en un lugar más hermoso.

El padre fundador de la Costa de Marfil, o Côte d'Ivoire como quieren que se refieran a ella actualmente, incluso en inglés, Félix Houphouët-Boigny, recibió una educación francesa y tenía la autoridad de un jefe africano. Fue el último líder político francófono africano de su generación, el principal servidor del Imperio francés. También fue un brillante planificador urbanístico y hombre de negocios, Costa de Marfil en las décadas de 1960 y 1970 poseía parte del mismo atractivo capitalista que destilaba Kenya. La Abiyán nacional también era la más francesa de todas las ciudades, llena de burócratas franceses, hombres de negocios, restaurantes y *boulangeries*. Como otras ciudades coloniales, Abiyán había sido segregada racial y económicamente, y de forma más marcada que muchas otras debido a su particular topografía que permitía una fácil demarcación. Esta estratificación fue reproducida tras la independencia en la planificación urbanística de la ciudad oficial. Abiyán fue dividida en un conjunto de comunas autónomas, similares a los *arrondissements* parisinos, con su propia base impositiva y sus presupuestos particulares. Dada la división socioeconómica de la ciudad, en 1990 el presupuesto per cápita de la comuna más próspera (excluyendo la meseta y a su escasa población), Abobo, era dieciséis veces más alta que la de la más pobre, Attécoubé.[76]

Durante la década de 1980, Houphouët-Boigny quiso hacer de su pueblo natal, Yamusokro, la capital del país. La joya de la nueva capital sería una basílica católica —en un país donde al menos la mitad de su población es musulmana— con un estilo y una explanada porticada similar a la de San Pedro, pero mucho más grande: la iglesia más grande del mundo. Fue consagrada en 1990 por otro conservador contemporáneo, el papa Juan Pablo II. La basílica es el destino final del desarrollo de la ciudad, y se corresponde con el de la plaza de los Tres Poderes en Brasilia. En ella hay edificios seculares públicos, incluyendo el parlamento, un hotel para los políticos y un aeropuerto. Es una ciudad con un cuarto de millón de personas en una inmensa extensión de hierba en el centro del país, y varias instituciones de educación superior construidas por arquitectos franceses modernistas. Pero el proyecto de capital parece haberse dejado apartado después de la muerte de su autor (en 1993), también debido a las sucesivas

[76] A. Dubresson, «Abidjan: From the public making of a modern city to urban management of a metropolis» en Carole Rakodi (ed.), *The Urban Challenge in Africa*, Tokio, United Nations University Press, 1997, p. 285.

crisis.[77] Las sucesivas guerras civiles del milenio han arrancado el lustre de Abiyán, mientras que Dakar está recuperando una buena parte de su centralidad anterior en el África francófona.

En la otra orilla de Pool Malebo (lago Pool, llamado anteriormente Stanley Pool) se encuentran las capitales de los dos Congos: el menos democrático de los dos se llama República Democrática del Congo (RDC), mientras que al que, en términos generales, es menos autoritario, violento y caótico se le conoce simplemente como República del Congo. El segundo y su capital, Brazzaville, son mucho menores que la RDC y su capital, Kinsasa, que hasta 1966 seguía llamándose Léopoldville siendo belga hasta 1960.

Las dos ciudades no deberían ser mezcladas, de manera negligente, como si fuesen lo mismo. Pese a que las dos han tenido su ración de pauperización generalizada, violencia y dictaduras, poseen experiencias históricas bastante diferentes: coloniales, poscoloniales y transicionales. Brazzaville siguió la ruta amigable de separación del imperio, incluyendo votar «no» a la independencia en 1958. Al sur del río, en Kinsasa, la independencia se precipitó debido a las revueltas anticoloniales de enero de 1959. Aunque Bélgica aceptó la independencia, el resentimiento anticolonial asombró a los belgas y a sus aliados de la OTAN, lo que llevó al asesinato dirigido por Estados Unidos del primero de los primeros ministros del Congo, Patrice Lumumba. Pero el resentimiento nacionalista corría también por las venas de los rivales locales más «prooccidentales», cómplices del asesinato de Lumumba. A mediados de la década de 1960, Lumumba fue rehabilitado oficialmente como «héroe nacional» y la carretera que lleva al aeropuerto cambió su nombre de avenida Leopold III a avenida Patrice Lumumba. La arteria principal del centro urbano fue renombrada como Boulevard du 30 de Juin (bulevar del 30 de junio, día de la independencia) borrando su anterior nombre de Boulevard Albert I (bulevar Albert I) y la Place du Trône (plaza del Trono) se transformó en la Place de la Nation (plaza de la Nación). Las estatuas coloniales fueron rápidamente eliminadas y no han vuelto. La RDC es un buen ejemplo de transición nacional rupturista.

De todas maneras, las interconexiones e intercambios entre las dos capitales del río no deberían ignorarse. En su papel de capitales nacionales, se han proporcionado la una a la otra, en tiempos difíciles, recursos alimentarios y destinos migratorios; comparten aspectos importantes de la cultura urbana moderna, como la música popular (rumba y jazz de inspiración cubana) y la vibrante exhibición de la moda.[78]

---

[77] La basílica es analizada muy correctamente desde un punto de vista arquitectónico por Nnamdi Elleh, *Architecture and Power in Africa*, Santa Barbara (CA), Praeger, 2000. El proyecto de la capital no tanto.

[78] Gary Stewart, *Rumba on the River*, Londres, Verso, 2000; Wim Cuyvers *et. al.*, *Brakin*, Maastrich, Lars Muller Verlag, 2006; G. Tati, «Brazzaville» en Bekker y Therborn, *Power and Powerlessness*, *op. cit.*, sobre Brazzaville. Sin ser lo mismo y mucho más desigual, la relación entre

Kinsasa plantea algunos retos especialmente difíciles de resolver para cualquier tipo de análisis del poder en las ciudades capital y el Estado nación. En una formulación muy acertada, el Estado congoleño ha sido caracterizado como un «terrateniente ausente».[79] El gran antropólogo de la ciudad Filip De Boeck ha afirmado que «hasta cierto punto Kinsasa parece haberse desenganchado (*dégagée*) de su arquitectura», y que «todas las formas de urbanización controlada y planificada se paralizaron totalmente tras la independencia».[80] Entre los años 1960 y 2000, la población de Kinsasa se multiplicó por doce,[81] estos es, en cuarenta años de crisis política y económica virtualmente permanente. No se podía esperar de ningún planificador urbano ni de ningún gobierno nacional que pudiese lidiar correctamente con esto. En comparación, en sesenta años de auge económico, entre 1871 y 1930, la población de Chicago se multiplicó por diez.[82]

Todas las capitales africanas vivieron una explosión de inmigración tras la independencia. El África colonial estaba muy suburbanizada en comparación con el resto del mundo En 1955, cerca del 6 % de la población del África subsahariana era urbana, mientras que en el resto del tercer mundo en su conjunto (excluyendo China, Vietnam del Norte y Corea del Norte) ascendía al 16 %.[83] Una de las razones para ello era que todas las potencias coloniales ––belgas, británicos, franceses, portugueses— hicieron todo lo que pudieron, aunque en absoluto lograron un éxito total, para mantener a los africanos fuera de las ciudades, más allá de los sirvientes domésticos necesarios y algunos obreros y trabajadores industriales, cuyo estatus era en principio el de trabajadores invitados. Por supuesto, una vez que a partir de la independencia se hiciera pedazos el sistema colonial de apartheid la atracción urbana se incrementó gracias a la posibilidad de acceder a las oportunidades antes reservadas a los blancos.

Para los pocos africanos afortunados que disponían de un permiso de residencia, este flujo de inmigrantes abrió lucrativas oportunidades, que también aumentaron la demanda. En el caso de Kinsasa, un historiador congoleño ha señalado tres mecanismos específicos de interés.[84] Uno era

Brazzaville y Kinsasa tiene cierto parecido con la de Montevideo y Buenos Aires. En agosto del 2010 zarpaban dos barcos oficiales diarios de Kinsasa a Brazzaville (o viceversa), con unos precios difíciles de pagar por los *citadines* populares.

[79] R. Kobia, «European Union Commission Policy in the RDC», *Review of African Political Economy,* núm. 93/94, 2002, pp. 431 a 443.

[80] Filip De Boeck, «La ville de Kinshasa, une architecture du verbe», *Espirit*, núm. 330, 2006.

[81] Fumunzanza Muketa, *Kinshasa d'un quartier à l'autre*, París, l'Harmattan, 2008, p. 61.

[82] Marco d'Eramo, *The Pig and the Skyscraper: Chicago: A History of Our Future*, Londres, Verso, 2002, p. 44.

[83] Paula Bairoch, *Cities and Economic Development*, Chicago (IL), Univesity of Chicago Press, 1988, p. 430.

[84] L. Nzuzi, «Kinshsa: Megacité au Coeur de l'Afrique» en A. M. Frérot, *Les grandes villes d'Afrique*, París, Ellipses, 1999, p. 130.

el de los aspirantes políticos que reclutaban votos de sus tribus mediante la distribución de terrenos urbanos públicos. Otro era el de los jefes tradicionales de las áreas urbanas y periurbanas que utilizaban sus derechos consuetudinarios sobre la tierra para vender lotes urbanos. Tercero, los alcaldes de los distritos locales y funcionarios de rango similar que vendieron a los migrantes terrenos públicos intersticiales tales como «campos de fútbol, pendientes pronunciadas, parcelas de huertas, veredas». Sin embargo, la principal razón para el particular éxodo rural masivo vivido en el Congo ha sido, sin duda, la destrucción de las zonas rurales, debido a las incesantes guerras civiles y a las milicias que merodean por todas partes.

La enorme migración rural a una ciudad sin una industrialización real o sin un crecimiento significativo de los servicios formales es, por supuesto, muestra de un Estado fallido, incapaz de proveer de seguridad vital o de proteger los modos de vida de las zonas rurales. Sin embargo, las citas antes señaladas de Kobia y de De Boeck se escribieron a principios de los años 2000 sobre el telón de fondo de la catastrófica década de 1990, tras el desastroso gobierno de Mobutu entre las décadas de 1970 y 1980, las revueltas y el pillaje que tuvieron lugar en las grandes ciudades en 1991 y 1993, los saqueos menores de 1992 y la guerra interna de 1998.

Durante la segunda década de este siglo, Kinsasa parece funcionar como cualquier otra gran ciudad africana ordinaria, lo que quiere decir que funciona mal, pero no más que la media. El Estado despliega una red de *maisons comunales* y *bureaux de quartier*, pintadas a menudo en los colores rojo y azul de la nación, pese a que no había mucha actividad en la que visité yo. La monumentalidad estatal se ha restaurado, reconstruido y ampliado. El enorme palacio del gobernador general anterior se ha convertido en el palacio de la Nación, la residencia presidencial oficial. Delante suyo está el mausoleo del presidente asesinado Laurent-Désiré Kabila (padre de Joseph), y en los alrededores se encuentran la Corte Suprema y el barrio ministerial, ligeramente destartalado pero accesible. También se ha construido un segundo centro urbano monumental, de cara al cincuenta aniversario de la nación, con capital chino, y que está delimitado por el Boulevard Triomphal, una calle de ocho carriles, un nuevo Estadio de los Mártires y se ha renovado el palacio del Pueblo, sede de la Asamblea Nacional. Los dos primeros líderes del país, el presidente Joseph Kasavubu y el primer ministro Patrice Lumumba tienen estatuas conmemorativas.[85] La universidad ha comenzado a funcionar de nuevo, pero para los estudiantes es bastante complicado ir y venir desde el inmenso campus de la

[85] Visité Kinsasa en agosto del 2010, y he seguido desde entonces más o menos el desarrollo de la ciudad a través de Internet. Una visión general de la política monumental del Congo independiente la da Isidore Ndaywel è Nziem, en *Nouvelle histoire de Congo*, Kinsasa, Le Cri, 2008, pp. 670 y ss.

zona sur hasta el centro de la ciudad (hay autobuses, pero no muchos y no van directamente). Hay poca arquitectura civil de nueva construcción,[86] y las rotondas centrales siguen sin estar pavimentadas —aunque en 2015 se las equipó con cámaras de vigilancia—, rodeadas de calles ruinosas. Las agencias humanitarias y militares de las Naciones Unidas se mantienen dentro de su propio *quartier*, militarmente protegido.

Uno de los inacabados proyectos de Mobutu fue L'Echangeur, construido en una intersección, pese a que su propósito era honrar la independencia, sigue siendo una ruina, como lo es el Estado nación congoleño. Pero su torre de cemento se ha convertido en *el* elemento representativo de la ciudad, y continúa renqueando, como lo hace la nación, pese a todo.

África oriental se orientó hacia el océano Índico, que en la época del colonialismo europeo se había convertido en un canal con menor dinamismo cultural y económico que el Atlántico. Su comercio de esclavos estaba centrado en Arabia, que tenía una demanda mucho menor que la de las plantaciones de la América europea. Las políticas nacionalistas africanas se desarrollaron más tardíamente en la costa este que en la oeste, y tuvieron ciertas dimensiones específicas, si bien se pusieron rápidamente a la altura alrededor de 1960.

En Kenia, en contraste con el África occidental y ecuatorial, los asentamientos blancos tenían un problema, eran demográficamente mucho más débiles que en Rodesia/Zimbabue, pero no por ello menos significativos en la alta y fértil meseta alrededor de Nairobi y en la ciudad misma. En la década de 1950, los europeos gestionaban el Ayuntamiento de la ciudad. El imperial «Plan Maestro para una Ciudad Colonial» de 1948 para Nairobi no era explícitamente racista, pero dio por sentada la división funcional racializada y, básicamente, ignoró los problemas de vivienda de los africanos.[87]

Los tres países del África oriental británica tenían, en términos socioeconómicos, una minoría asiática significativa dedicada al comercio, cuyo estatus se encontraba a medio camino entre el de los colonos/dirigentes británicos y los africanos. El Indian Bazaar era una de las principales zonas de Nairobi. Tras la independencia nacional, la situación de los asiáticos (indios en su mayoría) se deterioró, y en Uganda (en principio) fueron deportados a la fuerza por el dictador militar Idi Amin. La animosidad antiasiáica, la discriminación y la persecución de estos dañó gravemente las economías africanas, especialmente la de Uganda, además de retrasar

---

[86] Un consorcio internacional radicado en Londres, Hawkwood Properties, lleva desde el año 2009 construyendo una residencia exclusiva (Cité du Fleuve) en una isla en el río. Los materiales promocionales dan la impresión de que, para los estándares latinoamericanos o europeos, es más bien un suburbio bastante mediocre.

[87] Anja Kervanto Nevanlinna, *Interpreting Nairobi*, Helsinki, Finnish Literature Society, 1996, cap. 12; *cf.* S. Owuor y T. Mbatia, «Nairobi» en Bekker y Therborn, *Power and Powerlessness*, *op. cit.*

el desarrollo intelectual nacional, ya que muchos académicos regionales e intelectuales eran de origen asiático. Sin embargo, este contexto no evitó que el arquitecto de ascendencia india, Anthony Almeida, desempeñase un importante papel en el modernismo nacional de Dar es Salaam.[88]

La política oriental africana albergaba rasgos precoloniales mucho más fuertes que en la zona occidental. La rebelión del Mau Mau en Kenya en la década de 1950, desatada por la usurpación colonial de las tierras kikuyu y la prohibición del acceso de estos a Nairobi, fue el último movimiento premoderno, protonacionalista de África. El movimiento fue ferozmente reprimido por los británicos. En Uganda, el reino precolonial del pueblo baganda fue reproducido dentro del marco colonial. Tras la independencia, el papel del *kabaka*, el rey, ha sido fuertemente controvertido. El gobierno actual, más o menos electo, le ha invitado a regresar del exilio, y la capital, Kampala, incluye ahora no solo el complejo real, sino que también tiene un área alrededor de ella bajo la jurisdicción del *kabaka* y su consejo, una suerte de Ciudad del Vaticano africana, pero con un poder étnico, terrenal.

Nairobi es el indiscutible nodo capitalista de África oriental y el principal centro de la ONU en África. Para los estándares africanos está bien organizada, y ha sido modernizada gracias al auge económico posmilenio. El centro de la ciudad exhibe un elegante sistema de transporte público, telefonía pública (en 2006, antes de la era de los móviles) e incluso unos cuantos lavabos públicos decentes. Su monumentalidad es moderna y sofisticada, con el Centro de Convenciones Internacional Kenyatta, una torre, redondeada, cubierta, al lado de un pabellón de piedra de poca altura con un tejado cónico como edificio emblemático.[89] Jomo Kenyatta, el primer presidente y padre de la nación, se sienta cual patriarca en una silla elevada en medio del distrito gubernamental. En la vasta sabana africana, Uhuru

[88] ArchiAfrica Projekt, *Modern Architecture in Tanzania around the Independence*, actas de la conferencia, (Dar es Salaam, Tanzania, 27-29 julio, 2005), Utrecht, ArchiAfrica Projekt, 2005. Dar es Salaam también muestra algunos ejemplos de la robusta arquitectura alemana, una reconexión respetuosa con la colonia anterior a la Primera Guerra Mundial. Ernst May, tras su breve periodo en la Unión Soviética a principios de la década de 1930, marchó a África para escapar de los nazis, ha dejado una exquisita mezquita en el campus de la Universidad de Dar es Salaam, y en la década de 1970, la República Federal de Alemania construyó y financió una nueva Facultad de Ingeniería. Antoni Folkers, *Modern Architecture in Africa,* Sun, 2010, pp. 170 y ss.

[89] El Centro de convenciones posee una interesante historia, que ilustra vívidamente el importante papel de la contingencia en la construcción de la ciudad. Originalmente estaba pensado para ser el cuartel general del partido que gobernaba, el kanu, pero cuando el Banco Mundial decidió mantener su primera reunión en África (en 1973), en Nairobi, el inacabado cuartel general de dicho partido se consideró como el único lugar respetable para que tuviese lugar. Para dicho propósito, se triplicó la altura de la torre y el auditorio se expandió enormemente. Fue diseñado por el arquitecto noruego, Karl-Henrik Nöstvik, mediante un préstamo de la agencia humanitaria noruega al Ministerio de Obras Públicas quien se lo recomendó a Kenyatta. Hay consenso nacional e internacional en que Nöstvik produjo una obra inspirada, pero no parece haber construido nada más reseñable ni antes ni después de ello. Cf. Shadi Bahbaran y Manuel Herz, *Nairobi, Kenya*, Basilea, Lars Müller, 2014, pp. 127 y ss.

Park (el parque de la Libertad) es un monumento metafórico basado en el ejemplo de Kenyatta.

De acuerdo con el carácter capitalista de Nairobi, la ciudad incluye dos de las áreas chabolistas más grandes de África, Kibera y Mathare,[90] que manifiestan no ya el dualismo racista-colonial sino también el dualismo socioeconómico del capitalismo incontrolado. Todos los proyectos fracasados, a menudo brutales, de destrucción de las chabolas dan testimonio de la futilidad de lidiar negativamente con las demandas populares de la migración. Además, las áreas de chabolas no son solo la negación de una vivienda humana decente, sino que poseen su propia y compleja economía y sociología. Kibera fue, originalmente, un asentamiento de los soldados coloniales nubios, cuyos descendientes obtenían, desde la década de 1950, ingresos de alquilar las viviendas a los migrantes kikuyu. Hay cierto paralelismo con las *favelas* de Río, que originalmente eran también asentamientos de los soldados de la guerra contra los canudos en el nordeste del país a finales del siglo XIX.[91] Kibera no es solo actualmente una vasta ciudad informal de propietarios explotadores y de sus inquilinos —hay menos viviendas de autoconstrucción— sino también una aglomeración diferenciada que posee sus propios servicios, incluyendo una estación radiofónica.[92]

Dar es Salaam es una gran y animada ciudad portuaria; en comparación con Nairobi sigue haciendo honor a su nombre, el Refugio de la Paz, aunque en los últimos tiempos se ha calentado económicamente. Tras aplastar la rebelión Mau Mau, los británicos accedieron a conceder la independencia de África Oriental, ni Tanzania ni Uganda tuvieron realmente que pelear por ella. El líder nacional de Tanzania, Julius Nyerere, era el contrapunto socialista de Nkrumah en Ghana. Personalmente modesto, pero con ambiciones nacionales no mucho menos grandiosas que los sueños panafricanos de Nkrumah. No hay culto a la personalidad en Dar es Salaam, solo un obelisco, el Uhuru Torch, para conmemorar la independencia.

El proyecto de Nyerere de un socialismo rural reorganizado tras la *ujamaa* (independencia) era más concreto que los planes de Nkrumah de una Ghana industrial y socialista, pero ambos fracasaron. En 1970, Nyerere impulsó también el proyecto de nueva ciudad capital, más central, en el interior: Dodoma. Era un plan muy característico de Nyerere y de su gobierno, y muy diferente de la contemporánea Abuya. Dodoma fue planeada y

---

[90] Mike Davis, *Planet of Slums, op. cit.*, 92 y ss. 142 y ss. [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria, op. cit.*, 126 y ss., 178 y ss.].

[91] Shadi Rabharan y Manuel Herz, *Nairobi, Kenia, Migration Shaping the City*, Maastrich, Lars Muller Verlag, 2014, pp. 26 y ss.; sobre las favelas véase, Licia Valladares, *La favela d'n siècle à l'autre*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 2006, pp. 20 y ss.

[92] *Cf.* Caroline Wanjiku Kihato, «Kibera: Nairob's Other City», *Cityscapes*, núm. 3, 2013, pp. 39-41.

construida como una ciudad africana provincial: de poca altura, policéntrica, no-monumental. Un modesto parlamento constituye el centro político, el único edificio monumental es la sede del partido que gobernaba en aquellos momentos, relucientemente blanca y situada en una colina a las afueras de la ciudad (actualmente es un centro de conferencias). Tras la caída de Nyerere, el proyecto fue en gran medida suspendido pero no se abandonó nunca del todo. Cuando después del 2000 la economía mejoró, se retomó, y una empresa de construcción del Ejército Popular de Liberación chino prometió construir en un año un parlamento nuevo y más grande. Lo hizo. Actualmente, en Dodoma tienen lugar sesiones parlamentarias regulares, se han extendido las funciones administrativas de la ciudad y Nyerere tiene su indeseada estatua. Pero Dar es Salaam continúa siendo la capital real.

Junto con Nairobi y Dar es Salaam, Kampala aparece como una estación poscolonial de montaña, con un recinto parlamentario pero sin mucha iconografía nacional, socialmente está más bien sedada, pese a sus dos décadas de violento conflicto político (1966-1986). En una breve visita que realicé no encontré rastro alguno de los años que, desde 1945, Ernst May desempeñó el cargo de planificador urbanista de Kampala, si bien impulsó con cierto éxito algunas iniciativas para la vivienda urbana africana.[93]

Las rupturistas capitales meridionales de Harare y Maputo, anteriormente Salisbury y Lourenço Marques, tuvieron una formación colonial muy diferente: una era una ciudad jardín en la sabana de colonización británica; la otra, más concentrada, una ciudad portuaria portuguesa verticalmente dividida. Ambos países tuvieron que empuñar las armas para luchar por su independencia. Actualmente, ambos países están tomando la senda capitalista, tras haber escogido inicialmente el camino opuesto, pero su toponimia urbana revela dos opciones antimperialistas distintas. Maputo aún da muestras de una orientación universalista marxista-leninista, con calles centrales que conmemoran no solo a Lenin, sino también a Mao Tse-tung, Kim Il-sung y muchos otros. Por otra parte, las calles de Harare son todas africanas: Julius Nyerere, Samora Machel, Kenneth Kaunda, Robert Mugabe (pero no en una calle principal) y figuras nacionalistas de Zimbabue.[94]

El destino excolonial

Todas las naciones excoloniales tuvieron que hacer frente a las capitales nacionales ajenas, fundadas o transformadas principalmente por poderes externos y con una dualidad persistente entre la ciudad excolonial e

[93] Bernard Cala, *Kampala: La ville et la violence*, París, Karthala, 1998, p. 69.
[94] Philippe Gervais-Lambony, *De Lomé a Harare: Le fait citadin*, París, ifra, 1994, p. 385.

indígena, manifiesta en la arquitectura, la calidad de la construcción, la disposición de las calles y la provisión de servicios. Los extremos del colonialismo fueron reproducidos en el ámbito urbanístico con la división nacional entre una diminuta élite política (o políticamente conectada) y las masas populares. A partir de la independencia, muchos países excoloniales siguieron el camino capitalista de sus antiguos amos, pero sus capitales en raras ocasiones construyeron una burguesía importante, por no hablar de los barrios populares. El capital social autóctono era demasiado escaso, y a duras penas se las arregló para producir áreas importantes de vivienda popular decente y con servicios adecuados, debido a la falta de recursos económicos, un liderazgo firme y una gestión competente. En los últimos tiempos se han producido algunas mejoras urbanas, pero no se ha sido capaz de mantener el ritmo de la inmigración urbana.

Las poblaciones chabolistas siguen creciendo en las «naciones en desarrollo» (excepto en el norte de África) y han pasado de los 650 millones de personas en 1990 a 883 millones en el 2012; sin embargo, el porcentaje de población urbana que vive en chabolas está disminuyendo, del 46 % al 33 %, lo que es aún más significativo, teniendo en cuenta que la vivienda rural preurbana puede ser peor que el chabolismo urbano. Un notable caso de desarrollo del chabolismo es Irak, donde, gracias a George W. Bush y a Toni Blair, la población de las villas miseria se cuadruplicó entre los años 2000 y 2012, y su porcentaje sobre el total urbano se triplicó pasando del 17 % al 53 %. Hablando en términos generales, los poblados chabolistas son más habituales en los países pobres: suponen cerca del 60 % de la población urbana en el África subsahariana, una tercera parte en el sur de Asia y un cuarto en América Latina.[95] Prevalece más habitualmente en las ciudades más pequeñas que en las grandes ciudades y en las capitales. Las excepciones a esto son Daca en Bangladés, La Paz en Bolivia y Manila en Filipinas, países que además tienen poblaciones chabolistas mayores que las de las regiones de su entorno.[96]

En términos de semiótica urbana, las nuevas capitales se mostraron ansiosas de desplegar su modernidad, a la vez que también, del archipiélago malayo al Sahel del África Occidental, deseosas de reconocer la autoridad urbana de los jefes y dirigentes coloniales. La monumentalidad era en gran medida moderna, pero casi siempre incorporaba motivos precoloniales, premodernos. La marcada dualidad socioeconómica y la jerarquía de la ciudad colonial se mantuvo virtualmente en todas partes, pese a que la vanidad personal de los nuevos dirigentes nacionales varió enormemente, principalmente en África: entre, por una parte, Sékou Touré y

---

[95] UN Habitat, *State of the World's Cities 2012/2013*, Londres, Routledge, 2013, tabla 2.
[96] UN Human Settlement Programe, *State of the World's Cities 2008/2009*, Nairobi, Naciones Unidas, 2009, pp. 111 y ss.

Julius Nyerere y, por la otra, Nkrumah, Houphouët-Boigny y Mobutu. La explosión de la inmigración urbana fue abrumadora en casi todas las capitales excoloniales. Solo Seúl, a caballo de un tremendo éxito económico —sobre los excepcionales cimientos coloniales japoneses—, ha sido capaz de hacerle frente con éxito. El resultado ha sido un poder nacional frágil y disputado, que ha tejido capitales y sociedades extremadamente polarizadas, no solo en lo que se refiere a los recursos sino también al idioma, la organización familiar y la religión.

V
FUNDACIONES COLONIALES: MODERNIZACIÓN REACTIVA

A MEDIADOS DEL SIGLO XIX, los imperialismos europeos y estadounidense amenazaban al resto del mundo. La mayor parte de África, así como grandes extensiones de Asia, fueron conquistadas y sometidas. Hubo, no obstante, algunos casos de resistencia exitosa por parte de algunos reinos premodernos que se embarcaron en transformaciones modernizantes, logrando mantener a raya lo peor de las invasiones imperialistas. Estos cambios se produjeron desde arriba, por parte de sectores de la élite tradicional, que eran los únicos que tenían los medios para adquirir los conocimientos adecuados a fin de hacer frente a los nuevos desafíos militares, tecnológicos, económicos, políticos y culturales del mundo. Este fue el camino de la modernización reactiva.

La «modernización reactiva» se refiere a las transformaciones sociopolíticas orientadas por una concepción del gobierno político necesariamente dependiente de la nación, aun cuando no necesariamente sea legal o derivada ideológicamente de la misma; transformaciones impulsadas desde arriba, en un contexto de grave amenaza externa. Por ejemplo, las constituciones y el derecho al voto son originalmente logros resultado de las luchas desde abajo, pero en este camino a la modernidad dichas transformaciones se pusieron en marcha impulsadas desde arriba con el propósito de poder defenderse de los asaltos externos del imperialismo estadounidense y europeo. La idea crucial aprendida de los depredadores es que la fuerza de un sistema de gobierno no se puede reducir a su tecnología armamentística, sino que se deriva del compromiso de su población. Este compromiso y fuerza cohesivas parecían derivar de instituciones como las constituciones, la igualdad de los ciudadanos frente a la ley y el derecho de participación política, todos ellos sostenidos por la educación pública.[1]

Japón es el ejemplo paradigmático, amenazado por el asalto de la Marina estadounidense en 1853, en 1868 se embarcó en un cambio rápido, radical

[1] La primera vez que identifiqué claramente este proceso de ciudadanía y de derechos ciudadanos impulsados desde arriba fue mientras realizaba un estudio comparativo global acerca de la historia del derecho al voto. «The Right to Vote and the Four Routes to/thorough Modernity» en Rolf Torstendahl (ed.), *State Theory and State History*, Londres, Sage, 1992, pp. 62 a 92.

y exitoso. Una generación después, este mismo país se convirtió en un depredador. Otros intentos fracasaron: ante hemos visto como Corea y Egipto fueron forzados a la subordinación colonial. China acabó en un semifracaso que analizaremos en el capítulo del comunismo. La mayor parte de los fracasos se debieron a la presión externa, económica o militar, pero en algunos casos la reacción interna resultó crucial.

La modernización reactiva supone un cambio radical desde arriba. Aquí las fuerzas populares no parecen estar dirigidas por un deseo de ascenso social, sino por el miedo al declive social y cultural, así como el miedo a lo desconocido. En Asia Oriental esto supuso un problema menor, al no existir una religión dominante autónoma cuyos clérigos pudiesen espolear la rabia popular. El confucianismo, el discurso moral prevalente en China y Corea, era secular y su figura central era el emperador. Las amplias rebeliones campesinas de mediados y finales del siglo XIX como Taiping y Donghak, terriblemente reprimidas, no constituyeron una reacción contra la modernización. Al contrario, fueron levantamientos campesinos igualitarios, modernizados por un sincretismo religioso importado. El confucianismo se había debilitado en Japón, pero fue vivamente compensado por el sintoísmo leal al imperio. El budismo en Siam (Tailandia) puede que tuviese más potencial para la autonomía, pero las antiguas ideas budistas-hinduístas de la realeza lo ataban a la corte. En Tokio y en Bangkok, la modernización estaba envuelta en un aura monárquica, frente a la cual no había alternativa religiosa. Los principales peligros en Asia Oriental eran dinásticos y las intrigas palaciegas se demostraron fatales en el vulnerable contexto geopolítico de Corea y en los frustrados intentos de modernización de los Qing en China, pese a que el Reino Medio a duras penas escapó a la colonización total al declararse república.

La situación era diferente en el mundo musulmán, donde el clero de una religión de salvación universalista podía dirigirse a las masas en un idioma religioso de protesta, del mismo modo que sus colegas cristianos lo hicieron exitosamente contra Giuseppe Garibaldi en el Reino de Nápoles y también con una violencia significativa contra la Revolución mexicana en las décadas de 1920 y 1930. Los dirigentes modernizadores del mundo musulmán se enfrentaron a este problema una y otra vez: desde el sultán Selim III en el Estambul de 1870 hasta los comunistas afganos de finales de los años setenta y ochenta del siglo siguiente, pasando por Reza Shah Pahlaví en el Teherán de 1979. El modernizador rey afgano Amanulá, habiendo sobrevivido ya a una revuelta tribal gracias a la ayuda de la fuerza aérea soviética, fue perseguido hasta que huyó dejando el trono de Kabul en 1929, justo antes de que llegase Albert Speer a ayudarle a reconstruir la ciudad. En lugar de ello, Speer se convirtió en el arquitecto de Hitler.[2]

[2] Speer fue invitado como parte del equipo de arquitectos alemanes. Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Nueva York, Simon & Schuster, 1995, p. 42 [ed. cast.: *Memorias. Los recuerdos del*

Aunque Japón es el caso modelo de modernización reactiva, no fue el único. De un modo más modesto, pero similar, fue el camino adoptado por Siam (actualmente Tailandia), impulsado por la rivalidad franco-británica. El Imperio otomano fracasó, debido tanto a la reacción doméstica como a los asaltos externos, pero de él surgió la República de Turquía. Esta modernizó exitosamente desde arriba una nueva capital a partir de una remota población provinciana. Persia también tuvo más suerte que su vecino oriental, ayudado de nuevo por la intensa rivalidad interimperial, en este caso entre Rusia y Gran Bretaña, y finalmente tuvo menos éxito que su modelo moderno y antiguo rival, su vecino noroccidental. Abisinia (la actual Etiopía) fue, junto con Afganistán, el único país que fue capaz de resistir un asalto colonial armado, derrotando decisivamente a los italianos en Adua. En 1935 sucumbió al ataque de los fascistas italianos, que incluyeron bombardeos aéreos y ataques con gas mostaza, Adís Abeba aún mantiene las huellas coloniales de ello. Pero en 1941 el Ejército británico expulsó a los italianos y el emperador regresó. En este capítulo nos fijaremos primordialmente en Tokio, Bangkok, Estambul y Ankara, pero también echaremos un vistazo a Teherán y Adís Abeba.

Las capitales de la modernización reactiva poseen algunas características comunes, derivadas de su distintiva historia. Todas ellas están enraizadas en estructuras urbanas y culturas muy diferentes a la europea y de su visión premoderna de las avenidas, *piazze*, monumentos reales y residencias con fachadas amplias y abiertas. Al mismo tiempo, su modernización involucró la importación masiva de ejemplos europeos. Esto dio paso a un modelo de dualidad urbana pero que a diferencia de las ciudades coloniales no estaba basada en la segregación racial. El proyecto integral de la modernización reactiva era «modernizar», con el objetivo de preservar (los aspectos más importantes) de la tradición, lo que incluía prácticas de convivencia de patrón-cliente en lugar de la segregación por clases. Todas estas capitales fueron transformadas desde arriba, por poderes que ya existían, sin necesidad de recibir contribuciones positivas desde abajo.

Tokio

El Japón moderno comenzó con el *ishin* de los Meiji en 1868. *Ishin* normalmente se traduce como «restauración» (en este caso del poder imperial), pero la Restauración Meiji no tenía las implicaciones restauradoras de la

arquitecto y ministro de armamento de Hitler. Crónica del III Reich, Barcelona, Acantilado, 2001]. El proyecto comunista de modernización de finales de la década de 1970 y principios de los ochenta se enfrentó a la misma reacción, pero fue derribado solo gracias a la ayuda del dinero saudí, los servicios secretos pakistaníes y las armas estadounidenses.

Revolución Gloriosa británica de 1688. Abolió toda la estructura feudal del país y se orientó a crear una nación cohesionada capaz de resistir las amenazas externas. ¿Creó así un Estado nación? A este respecto hay controversia. La soberanía popular no estuvo explícitamente consagrada hasta la constitución de 1947, impuesta por el general MacArthur y la ocupación estadounidense. La cuestión crucial estaba en la posición del emperador.

La Constitución Meiji de 1889 fue promulgada en el nombre del emperador y ratificada por su gobierno. Proclamó el gobierno imperial antes que el gobierno nacional. Su primer artículo recogía: «El Imperio japonés será dinástico y su sucesión en virtud de su ascendencia divina será gobernada por una estirpe de emperadores sin que esta sea jamás rota siendo eterna». El artículo IV otorgaba soberanía al emperador: «El emperador es la cabeza del Imperio, y en él se combinan los derechos de soberanía, ejerciéndolos según las provisiones de la presente constitución».[3]

El Japón Meiji no era el tipo de Estado nación euro-estadounidense, pero estuvo inspirado en gran medida por dicho modelo y se convirtió en parte de la nueva familia global de Estados nación, funcionando como una monarquía constitucional nacional. El emperador no descendía de la gente sino que era la encarnación directa del dios del Sol, y no fue hasta 1946 que el emperador Hiroito renunció a mantener su carácter divino. En la práctica, esto apenas significaba que el emperador japonés era más o menos el equivalente a las apelaciones divinas de las políticas constitucionales y de las declaraciones de guerra de los europeos y los estadounidenses. El emperador Meiji no era absolutista, no solo estaba limitado por la Constitución, sino también por un conjunto de poderosas instituciones oligárquicas como era el Consejo Privado. Tampoco el «Imperio de Japón» era su posesión particular. La «Restauración» no fue dirigida en ningún momento por el emperador —que en aquellos momentos tenía quince años—, sino en su nombre por un grupo de aristócratas y señores. Su proyecto era la creación de una nación y un Estado capaces de resistir frente a las tormentas imperialistas internacionales.

La capital del Japón premoderno era Edo, que a mediados del siglo XIII era la ciudad más grande del mundo, con una población que superaba el millón. Era un centro comercial principal, pero por encima de todo era la sede del poder feudal. Estaba dominado por el inmenso castillo del shogun, rodeado de los palacios de los señores daimio y las casas que protegían dichos palacios con sus comitivas de samuráis, cuya escala variaba en función de su situación en la jerarquía. El emperador, carente de poder, residía en la milenaria capital de Kioto.

---

[3] Citado en Takii Kazuhiro, *The Meiji Constitution: The Japanese Experience of the West and the Shaping of the Modern State*, Tokio, International House of Japan, 2007, p. 150.

La nueva modernización fue anunciada en Kioto por el emperador adolescente, en la Carta de Juramento de 1868, una proclamación de sorprendente radicalismo global de que todas las acciones japonesas «deberán seguir las prácticas aceptadas en el mundo [...] Deberá buscarse el conocimiento a través de todo el mundo, de manera tal que se fortalezcan los cimientos del gobierno imperial».[4]

La Restauración cambió el nombre de la ciudad de Edo a Tokio, la capital oriental, por razones que no están muy claras, pero que implican una nueva preocupación por la integración nacional. Los efectos inmediatos del nuevo orden fueron bastante desastrosos para la ciudad, ya que los señores y sus séquitos podían ahora marchar libremente. La población de la ciudad descendió hasta el medio millón de personas, y no se recuperó hasta finales de la década de 1880. Los abandonados palacios de los daimio fueron transformados en edificios públicos y en embajadas extranjeras, y tras un incendio en el ruinoso castillo de Edo, algunas pasaron a ser durante dieciséis años la residencia imperial.[5]

Pese a todas sus exhortaciones imperiales, los dirigentes modernizadores no estaban muy interesados en crear una nueva capital nacional. Su principal prioridad era mostrar un escaparate de modernidad burguesa japonesa. El área comercial de Ginza fue reconstruida, tras el incendio de 1872, en un recinto comercial occidentalizado. El conglomerado Mitsubishi construyó algo más tarde un «pueblo londinense», también en ladrillo.[6] El principal símbolo del japón moderno y del vibrante Tokio de la década de 1880 era el Rokumeikan, una sala de baile y de entretenimiento de la clase alta situada en un palacio de estilo italiano, concebida por el ministro de Exteriores, Inoue Kaoru y construido por el arquitecto inglés, Josiah Conder.[7]

No se empezó a erigir un nuevo palacio imperial hasta 1884, y no se inauguró hasta 1889, construido en madera según la tradición japonesa, si bien con una decoración interior occidental en sus salones de audiencias. (Fue reconstruido en piedra tras la Segunda Guerra Mundial). El palacio

[4] Citado en William Coaldrake, *Architecture and Authority in Japan*, Nueva York, Routledge, 1996, p. 208.

[5] Edward Seidensticker, *Low City, High City: Tokyo from Edo to the Earthquake*, San Francisco (CA), Knopf; Takashi Fujitani, *Splendid Monarchy: Power and Pageantry in Modern Japan*, Berkely (CA), University of California Press, 1998, cap. 2; Nicolas Fiévé y Paul Waley (eds.), *Japanese Capitals in Historical Perspective*, Nueva York, Routledge, 2003.

[6] En este intento de mostrar una modernidad burguesa se importaron diferentes estilos occidentales, al igual que técnicas y materiales; uno de los más apreciados era el estilo londinense y sus construcciones en ladrillo rojo. Mitsubishi compró al gobierno Meiji una gran extensión de terreno con el objetivo de construir un distrito de negocios moderno semejante al distrito financiero de la ciudad de Londres. Se contrató a Josiah Conder, un arquitecto británico que diseñó diversos edificios de oficinas de tres plantas de ladrillo rojo. El área acabó siendo conocida como «el barrio de Londres», por su parecido con la capital del Reino Unido. [N. de la T.]

[7] Edward G. Seidensticker, *Low City, High City...*, op. cit., pp. 68 y 69.

es mucho más pequeño que el viejo castillo shogun, un «centro vacío» (Roland Barthes) escondido en el interior de un gran parque. Pero antes de decantarse por Tokio como asentamiento oficial del emperador, los gobernantes Meiji hicieron que el emperador recorriese, seguido de un séquito inmenso, todo el reino a fin de acercarlo al pueblo. El emperador también realizó una gira por el país tras el desastre de 1945.[8]

Los gobernantes de Tokio rechazaron la mayor parte de los proyectos orientalistas de los arquitectos convidados, tanto alemanes como de otros países, optando por edificios modernos del repertorio occidental, pero de la mano de arquitectos japoneses formados en Europa como Katayama Tōkuma, que construyó el palacio del príncipe real, cuyo estilo está inspirado en el de Versalles y Tatsuno Kingo, quien tras un periodo de estudio en Europa de los edificios bancarios, construyó el edificio del Banco de Japón, la estación central de Tokio, majestuosamente coronada con un domo y, parcialmente, el edificio de la Dieta Nacional, con una torre similar a la del Halicarnaso en Anatolia.[9]

Desde 1978, se estipuló la obligación municipal de gestionar los servicios urbanos de agua y alcantarillado, y se ampliaron los poderes urbanos en materia de planificación urbana. Sin embargo, Tokio ha permanecido como una ciudad deficientemente planificada, sin homogeneidad alguna en el diseño de sus calles y fachadas, pero al mismo tiempo socialmente cohesionada y bien abastecida. Parte de la disposición original se mantiene: dentro de la linea de metro Yamanote está la antigua Ciudad Alta, y al este está la vieja y popular Ciudad Baja. Los históricos incendios, terremotos, bombardeos estadounidenses y la tradición japonesa de discontinuidad han hecho de Tokio una ciudad llamativamente ahistórica, pese a la permanencia de algunos monumentos Meiji, como la estatua del guerrero medieval leal al imperio Kusunoki Masashige y el *torii*[10] en bronce de Yasukuni Shrine a los muertos en la guerra.

Bangkok

Bangkok se convirtió en la capital de Siam en 1782, después de que los birmanos hubiesen destruido la antigua capital Ayutthaya, que se encontraba en una zona superior del río Chao Phraya. Siam, ahora Tailandia, fue un producto de la civilización india; se llama Rama a los reyes de la actual dinastía Chakri, en el momento de escribir estas líneas estábamos en la era

[8] Takashi Fujitani, *Splendid Monarchy Power and Pageantry in Modern Japan,* Berkeley (CA), University of California Press, 1998.
[9] William Coaldrake, *Architecture and Authority in Japan*, *op. cit.*, cap. 3.
[10] Arco tradicional japonés, que habitualmente se encuentra a la entrada de los templos sintoístas. [N. de la T.]

de Rama IX.[11] Más aún que Edo, Bangkok era una ciudad fluvial, en la orilla oriental del río entre incontables canales y arroyos. La vivienda habitual era o bien flotante o se construía sobre pilotes, y también había mercados flotantes.[12] Siam logró sobrevivir a un par de reyes modernizadores, como Mongkut (Rama IV, 1851-1868) y, particularmente, Chulalongkorn (Rama V, 1868-1919), situada entre la Birmania británica al oeste y la Indochina francesa al este. El nombre oficial de Bangkok (Ciudad de los ángeles) es el nombre más largo de todas las ciudades del mundo.[13] Siam fue tributaria de China hasta 1853 y una monarquía absoluta hasta 1932. Un incruento golpe de Estado civil-militar preservó la monarquía como parte del Estado nación rebautizado como Tailandia, «la tierra de los hombres libres».[14]

La modernización fue mucho más limitada en Bangkok, al igual que en Siam, de lo que lo fue en Tokio y Japón, tanto en lo que se refiere a su base sociopolítica como en el alcance del cambio. Arquitectónicamente, se expresó primero en la construcción del palacio real, en el que puede observarse la evolución de la modernización: comenzando por el palacio siamés tradicional erigido dentro del área del gran palacio y la zona del templo en la isla de Rattanakosin en el río; luego con un palacio construido en el comienzo de la década de 1880 por arquitectos británicos, en el que se mezclan diversos estilos —con muros de estilo europeo, y ventanas y pórticos con tejados siameses coronados por torres de aguja *mondop* de estilo hindú—; hasta el palacio levantado en las década de 1890 en el interior de la ciudad, el palacio Dusit, erigido con mármol italiano importado de estilo neorrenacentista y construido por arquitectos italianos.

---

[11] Según el difunto Benedict Anderson, quien debería saberlo, la dinastía es de origen chinotailandés (Teochew-Thai), «Riddles of Yellow and Red», *New Left Review*, núm. 97, enero/febrero, 2016 [publicación póstuma, Anderson murió el 13 de diciembre del 2015].

[12] Véase Davisi Boontharm, *Bangkok. Formes du commerce et évolution urbaine*, París, Éditions Recherches, 2005, pp. 1126 y ss., 167 y ss. Un arquitecto tailandés, Sumet Jumsai (*Nam: Cultural Origins in Siam and the West Pacific*, Bangkok, Chalermnit Press, 1988) ha desarrollado una filosofía acerca de las civilizaciones de «tradición fluvial» de la zona del Pacífico occidental.

[13] Tiene una monumental inscripción tallada en piedra local, al sur de la muralla de la ciudad; esta dice: «Krung Thep Mahanakhon Amon Rattanakosindra Mahinthara Ayuthaya Mahadilok Phop Noppharat Ratchathani Burirom Udomratchaniwet Mahasathan Amon Piman Awatan Sathit Sakkathattiya Witsanukam Prasit». Bangkok Metropolitan Adminstration, *Bangkok,* Bangkok, 2001, p. 10.

[14] El golpe de Estado fue organizado por un pequeño grupo de jóvenes radicales educados en Francia, que formaron el Partido del Pueblo. Tenía dos líderes principales: uno civil y socialista, Pridi Banomyong, y un militar nacionalista, Pibul Songkram. Se pelearon y ganó este último que se convirtió en primer ministro en 1938. En dicho puesto se alió con Japón y tuvo que huir cuando Japón fue derrotado. Tailandia escapó de ser tratada como un país enemigo por los vencedores gracias al movimiento de resistencia organizado por Banomyong, que había servido como regente, convirtiéndose así en primer ministro, en lugar del rey, mientras este estaba aún en la escuela suiza en la que pasó la guerra. Su gobierno fue, no obstante, breve; acusado de estar involucrado en la misteriosa muerte del rey, tuvo por ello que huir al exilio. Pibul volvió a estar en el poder en 1947 y fue depuesto diez años después, en otro golpe militar.

Entre los dos complejos palaciegos se construyó la (aún) principal avenida de Bangkok, la Ratchadamnoen (carretera de la Procesión Real), cuyos 3,2 Km de longitud forman en el mapa un dibujo de una silla de respaldo alto. En la parte del «asiento», el régimen construyó en 1940 el abstracto e inmenso Monumento a la Democracia en conmemoración del cambio de régimen de 1932. Se trata de un conjunto lleno de simbolismos: cuatro alas de la libertad alrededor de un santuario coronado por un molde de bronce de la Constitución. Desde 1934 se celebra en Ratchadamnoen la fiesta en conmemoración de la constitución, en memoria de la victoria del movimiento democrático de 1932; el primer ministro militar, Pibul Songkram quería que el monumento fuese «el centro de todos los movimientos progresistas». Los antiguos edificios principescos que bordean la avenida han sido convertidos en edificios públicos.[15]

En 1957, un golpe militar de derechas acabó con la era democrática-nacionalista, poniendo en escena una iconografía urbana monárquica repleta de retratos gigantes del rey, que persisten hasta nuestros días, bandeando las oscilaciones de la política tailandesa entre periodos democráticos y periodos más extensos de gobiernos militares, detrás de los cuales se ocultan los manejos de la corte real.

El carácter no-colonial de Bangkok se manifiesta en sus instituciones culturales autóctonas que se mantienen vivas, así como en las tradiciones tanto monárquicas[16] como de otro tipo, junto con la vida occidentalizada de los bajos fondos dominada por la comida rápida, el alcohol barato y la prostitución (durante la guerra de Vietnam, Bangkok se convirtió en el prostíbulo del Ejército estadounidense). Las calles y las autovías cubren actualmente gran parte de los canales, el curso de la mayor parte de ellos finaliza en la antigua ciudad flotante, pero el tradicional pilar sobre el que se fundó la ciudad continúa consagrado y guardado en el conjunto original en el que se encuentra el palacio y el templo, aunque puede que ya no se mantenga la creencia en su conexión cosmológica. A consecuencia de la inversión estadounidense y japonesa tras la Segunda Guerra Mundial, el Bangkok metropolitano se ha convertido en un nodo principal del ensamblaje industrial, así como en elemento crucial para la economía de Tailandia, sobrepasando y desbordando económicamente al resto del país.

---

[15] Citado en Koompong Noobanjong, «Rajadamnoen Avenue: Thailand's transformative path towards modern polity», en Nihal Perera and Wing-Shing Tang (eds.), *Transforming Asian Cities*, Routledge, Londres, 2013, p. 39; véase también Douglas Webster and Chuthatip Maneepong, «Bangkok: Global actor in a misaligned governance framework», *City*, vol. 13, núm. 1, 2009, pp. 80-86.

[16] En torno al 2008 me encontré con gente que depositaba flores y hacía reverencias a la estatua ecuestre del rey Chulalongkorn (Rama V), como si fuese un icono divino.

De Estambul a Ankara

El Imperio otomano era en cierto modo parte de Europa, no solo porque los Balcanes estuviesen bajo dominio otomano, sino porque formaba parte del sistema europeo de alianzas de poder, con aliados (y enemigos) que iban cambiando de papel, Francia, Gran Bretaña y Rusia entre ellos; a principios del siglo XVIII el imperio otomano fue cortejado con empeño por Suecia. Por razones de género y religiosas, nunca fue —a diferencia de Rusia— parte de la red europea de matrimonios entre dinastías. Desde principios del siglo XVIII, comenzó a ser obvio que era una potencia en decadencia, camino de convertirse en un imperio acabado. En el tiempo de la Revolución francesa, al sultán y a los miembros de su corte en Estambul les quedó claro como el agua que los tiempos del imperio estaban quedando atrás, al menos militarmente. La reacción apaciguó los cambios específicamente militares en 1807, pero en 1839 se impuso un movimiento de reforma más profundo que se recuerda como el Tanzimât. Una figura clave de dicho movimiento fue Mustafa Resid Pasha, antiguo embajador en Europa occidental, que se convirtió en gran visir (primer ministro). El Tanzimât inició la mejora y modernización de Estambul, que en gran parte estaba concentrado en la zona del centro medieval de los mercaderes genoveses, en la península de Gálata, al norte del Cuerno de Oro. El intento de modernización al modo europeo dualizó la ciudad en un sentido colonial. En Estambul propiamente dicho, al sur del Cuerno, la modesta ampliación de las calles y la apertura de los barrios tuvo lugar solo tras diferentes incendios de la ciudad, mientras que Gálata y particularmente alrededor de la *Grand Rue* (actualmente *Istiklal* «Independencia») del área Pera (ahora Beyoglu) se desarrolló según el modelo de la ciudad europea-levantina cosmopolita.[17]

El Imperio otomano colapsó al final de la Primera Guerra Mundial, Estambul fue ocupada por los victoriosos aliados. Poco después, los griegos desembarcaron con su ejército en Esmirna (actualmente İzmir) con el objetivo de adueñarse de una buena porción de Anatolia. Lo que quedaba del Estado turco, un Estado posbalcánico, posárabe, se encontraba al borde de la extinción. La derrota de los griegos y el rescate de la patria le proporcionó a Mustafa Kemal Atatürk, general que ya había salido victorioso de Galípoli y que había demostrado su extraordinaria capacidad militar (véase la anterior sección sobre Canberra), un aura especial entre los turcos, expresado en el título con el que se le honraba, *Gazi* (líder entre los luchadores de la fe islámica).

[17] Véase Çelik, *The Remaking of Istanbul*, Seattle (WA), University of Washington Press, 1986.

La primera nueva capital del siglo XX, Ankara, fue proclamada por la Asamblea Nacional en 1923. Aunque ya en 1920 se había reunido la Gran Asamblea Nacional turca, y la ciudad albergó los cuarteles generales del Ejército turco (al mando de Mustafa Kemal) en la decisiva Guerra de la Independencia contra los griegos. Estambul era muy vulnerable a los enemigos navales, acababa de ser ocupada y era la ciudad del Imperio otomano, ignominiosamente derrotado. Ankara estaba en Anatolia, el corazón de la nueva República de Turquía.

No se construyó de la nada, como Brasilia, Canberra o Islamabad; el proceso fue similar al de Astaná, una despoblada zona rural, que se convirtió en la capital kazaja del Astaná/Tsenilograd soviético. La lana de angora (Ankara) había sido desplazada por las importaciones británicas y la industrialización del siglo XIX, y la población urbana había disminuido de los 45.000 habitantes de 1700 hasta los 28.000 de 1920. Pero aunque no tenía electricidad disponía de conexión ferroviaria, y fue incluida en la Ruta Baedeker a Constantinopla.[18]

El nuevo gobierno republicano, de lo que ahora era bastante parecido a un Estado nación, fue bastante explícito respecto de su tarea urbana en 1925: «Construir en Ankara un equipo de gobierno a la altura de un Estado avanzado, dotándole de las infraestructuras necesarias, viviendas saludables y científicas y otros elementos esenciales de la civilización es uno de los objetivos vitales de nuestro gobierno».[19]

Urbanistas y arquitectos alemanes y australianos fueron invitados a diseñar la nueva ciudad sobre un pantano desecado, junto a la antigua ciudad alrededor de la ciudadela. Debido a su desarrollo gradual a partir de una ciudad preexistente, la modernidad de Ankara no muestra la ostentación de Islamabad o de Brasilia ni el innovador urbanismo de Canberra. Pero al no ser una antigua capital como Tokio o incluso Bangkok, posee una apariencia en la que predominan el modernismo internacional, incluyendo una zona CIAM,[20] si bien manteniendo su iconografía propia y distintiva.[21]

[18] Toni Cross y Gary Leiser, *A Brief History of Ankara*, Vacaville (CA), Indian Ford Press, 2000, pp. 135 y ss.

[19] S. Türkoglu Ónge, «Spatial Representations of Power: Making the Urban Space of Ankara in the Early Republican Period», en J. Osmund y A. Cimdina (eds.), *Power and Culture: Identity, Ideology, Representation*, Pisa, Plus, 2007, p. 89.

[20] Durante el cuarto congreso de CIAM se firmó la Carta de Atenas, en la que se proporcionan unas directrices para el nuevo urbanismo. Estas son: primar la vivienda, reservar los mejores espacios para esta, elegir las zonas sobre la base de razones higiénicas, establecer densidades razonables y en función de la topografía del terreno, evitar viviendas a lo largo de las vías de comunicación, primar la vivienda en altura para liberar suelo y promover zonas verdes. Su apuesta por separar los espacios de residencia, ocio y trabajo según un modelo funcional ponía en entredicho la ciudad tradicional. Estos preceptos influyeron profundamente en la construcción de las ciudades europeas tras la Segunda Guerra Mundial. [N. de la T.]

[21] Sibel Bozdogan, *Modernism and Nation Building: Turkish Architectural Culture in the Early Republic*, Seattle (WA), University of Washington Press 2001.

Los edificios públicos de Ankara venían ya precedidos por las sedes locales construidas en 1917 por los Comités de Unión y Progreso (CUP), la hermética organización civil-militar que dirigía más o menos el imperio desde 1908, especialmente durante la guerra (Mustafa Kemal salió de una rama de dicha organización en Salónica). Ankara se construyó con un estilo oriental occidentalizado, contemporáneamente denominado como renacimiento arquitectónico nacional (u otomano) y que retrospectivamente se denominaría primer estilo nacional. El estilo se había desarrollado en Estambul durante el periodo Tanzimât y pasó a caracterizar la nueva capital durante la década de 1920, incluyendo la nueva sede de la Gran Asamblea Nacional (tras la primera sede provisional de la CUP), los ministerios, el Ankara Palas (un hotel para invitados del Estado) y los primeros edificios bancarios (una de las primeras calles planificadas fue la avenida de los Bancos o Bankalar Cadessi, en turco).

En la década de 1930, ya consolidado en su poder, el régimen kemalista se embarcó en un programa radical de transformación social secular, inspirado en la planificación soviética. El nuevo plan urbano, realizado por el urbanista alemán Hermann Jansen, formó parte destacada de esta transformación, como lo fue el urbanismo del «barrio gubernamental», incluyendo un parlamento diseñado por el austriaco Clemens Holzmeister, que también construyó el edifico del Ministerio de Defensa, otro de los ministerios con gran peso, así como la nueva villa presidencial de Atatürk en el suburbio de Çankaya. La villa es un edificio de dos pisos, una residencia moderna de color rosa palo sin ninguna otra pompa figurativa y que en 1932 sustituyó a la casa vinícola, a la que se le hicieron una seire de obras a fin de ampliarla, y que había sido el cuartel general de Kemal en Ankara desde 1921 (durante la Guerra de la Independencia). El famoso arquitecto expresionista Bruno Taut estuvo también una temporada en la ciudad, pero se dedicó a diseñar algunos edificios escolares y la Facultad de Humanidades de la nueva universidad.

La arquitectura nacional republicana de los años treinta de ese siglo dio la espalda al orientalismo y a los rasgos ornamentalistas, desarrolló un duro modernismo monumentalista similar al impulsado por el fascismo italiano. La Asamblea Nacional de Holzmeister y el memorial de Atatürk, el Anıtkabir, obra de una nueva generación de arquitectos turcos, son los dos ejemplos arquitectónicos más elocuentes de dicho estilo, ambos se completaron tras la Segunda Guerra Mundial.[22] El Monumento a la Seguridad, de 1935, de una avasalladora monumentalidad, es un inmenso conjunto en el que su elemento principal son dos musculosos guerreros desnudos, que

---

[22] El camino empedrado, con sus leones de piedra, que lleva hasta el Anıtkabir ofrece un inesperado parecido con el sendero a las tumbas Ming al norte de Pekín.

representan la policía y la gendarmería, proporcionando seguridad. Fue realizado por Anton Hanak y Joseph Thorak, que también trabajó para Hitler, invitados por Holzmeister.[23]

Aunque no era muy dado a la ostentación personal narcisista, Kemal se preocupaba mucho por la iconografía política. Tan pronto como en 1925, un escultor australiano recibió el cometido de crear el Monumento a la Victoria en la plaza de Ulus (la Nación), que entonces era un punto central de la ciudad. Representaba a Atatürk montando a caballo sobre un pedestal de seis metros de altura, y fue erigido en 1927. El mismo año, se levantaron al menos otras dos estatuas de Atatürk, las dos de un escultor italiano. Se desarrolló así la tradición de que muchas instituciones tuviesen un monumento específico a Atatürk frente a ellas. Monumento póstumo es el «Atatürk y la Constitución», colocado a las puertas de la Corte Constitucional en 1995.[24] Hasta el actual régimen islamista moderado (aunque cada vez es más autoritario), el culto turco a la personalidad a finales del siglo XX solo era superado por el de la familia Kim en Corea del Norte. El culto a Atatürk sobrevivió a la ruptura del régimen después de la Segunda Guerra Mundial, cuando un grupo secesionista formó el Partido Demócrata que gobernó entre 1950 y 1960.

Como el resto de las capitales del siglo XX, Ankara ha crecido rápidamente, transformándose en una metrópoli de millones de personas. En 1955 se había transformado en la segunda ciudad más poblada de Turquía. Estambul se quedó estancada durante décadas, perdiendo la mayor parte de sus habitantes griegos y armenios, así como de sus funcionarios públicos, además de sufrir por el declive del comercio en el mar Negro tras la Revolución rusa. En 1950 su población era menor que la de 1918. Pero en décadas recientes ha despegado de nuevo, creciendo más que cualquier otra excapital.

Teherán

Teherán no es una antigua y hermosa ciudad de la civilización persa islámica, como Isfahán o Shiraz. Es la capital número treinta y dos de Persia, escogida en 1786 como residencia de la dinastía Qajar que se vio

---

[23] El monumento y su parque, delante del Ministerio de Interior, se renombraron posteriormente como Güven, que significa *confianza* o *fe*, incluyendo la confianza en uno mismo y que alude a una cita de Atatürk.

[24] Bozdogan nos proporciona un contexto arquitectónico más amplio en *Modernism and Nation Building*, como también lo hace Türkoglu Önge, «Spatial Representations of Power» en *Immigration and Emigration in Historical Perspective,* Ann Katherine Isaacs (ed.), Pisa, Pisa University Press, 2007; un trasfondo histórico útil nos lo proporcionan Toni Cross y Gary Leiser, *A Brief History of Ankara*, Travis Air Museum, 2000.

empujada al exilio en la década de los años veinte del siglo pasado. La ciudad se desarrolló concéntricamente alrededor del *Arg*, el palacio-ciudadela del sah, cercano al bazar,[25] a la manera de las ciudades tradicionales de Asia Occidental, amuralladas y orientadas al interior, sin espacios públicos abiertos y con callejones y pasajes estrechos en lugar de calles. Como el Edo pre-Meiji pero a diferencia del Pekín imperial, Teherán no tuvo carruajes ni tráfico rodado hasta mediados del siglo XIX.[26]

Las presiones e impulsos para el cambio comenzaron durante la segunda y la tercera década del siglo XIX, con las derrotas militares frente a los rusos en 1813 y 1827 y las misiones imperiales británicas, pero también con los ofrecimientos de educación. Persia estaba muy lejos de Europa central en aquellos momentos. A la Exposición de París de 1867 acudió el jedive Ismail Pachá de Egipto, quien se mostró profundamente impresionado, y el sultán otomano, pero no acudió el sah persa. Sin embargo, hubo un modesto pabellón persa construido artesanalmente y una pequeña delegación oficial; el aliento del París haussmaniano, aunque en una versión filtrada, se sentiría gradualmente en Teherán.

El primer esfuerzo modernizador persa, impulsado por Amir Kabir entre 1848 y 1851, fue tan poco exitoso como la mayor parte de las revoluciones europeas contemporáneas. Su sucesor, Naser al-Din, aunque más conservador y longevo no paralizó los cambios. Durante su reinado comenzó la primera modernización real de la ciudad, con calles anchas para el tráfico, edificios euro-orientalistas y estatuas ecuestres del sah al modo europeo.[27]

El Estado nación persa no surgió en esta primera oleada de modernización urbana. La revolución constitucional que tuvo lugar entre 1906 y 1908 fue el punto de partida de la anterior; esta fue llevada a cabo por una amplia coalición, en la que también participaron hombres de negocios del tradicional bazar, así como nacionalistas modernos. Su foco era

---

[25] El bazar es un mercado, muchas veces en recintos cubiertos, que se extienden formando casi un barrio, típico de la cultura persa, hindú e islámica, y similar al zoco árabe. En Irán durante los siglos XIX y XX, el bazar ha supuesto una importante fuerza política, económica y social, que representaba la oposición contra las clases favorecidas y la élite política. La dinastía Pahlavi consideraba el bazar un impedimento frente a los cambios y modernizaciones que deseaba impulsar e intentó promulgar políticas que disminuyeran su poder, temerosa de la alianza entre los mercaderes, los clérigos chiitas y las clases populares. [N. de la T.]

[26] J. D. Gurne, «The transformation of Tehran in the later nineteenth century», en C. Adle y B. Hourcade (eds.), *Téhéran Capitale Bicentenaire*, Leuven, Peeters, 1992, p. 38.

[27] He extraído, en parte, impresiones del Teherán histórico a partir de la rica colección fotográfica recogida por Yahya Zoka y Mohammad Hassan Semsar, *Tehran in Illustration*, vol. 1, Teherán, Serwush Press, s.f; M. Marefat, «The protagonist who shaped modern Tehran», J. Scarce, «The role of architecture in the creation of Tehran», y Gurney, «Transformation of Tehran», todos ellos recogidos en Adle y Hourcade (eds.), *Téhéran Capitale Bicentenaires*, París-Teherán, Institut francais de recherche, 1992.

en parte antiimperialista; las protestas contra las concesiones del sah del monopolio del tabaco a intereses británicos fueron un ensayo general. Por aquel entonces, en 1905, llegó la ola revolucionaria a Rusia haciendo que el precio de los alimentos importados se disparase y causando una enorme crisis económica.

Una de las cuatro exigencias claves en el movimiento de protesta, que acabó en revolución, era la destitución del director belga de la administración aduanera. Por primera vez se escuchó en las calles de Teherán el grito de «Larga vida a la nación de Irán» (*Mellat-I Iran*).[28] Se había abolido el absolutismo dinástico, pero la revolución dio paso a un espectro político muy fracturado, y siempre sometido a la amenaza externa. Si bien es un hito en la historia nacional, la revolución en sí misma no parece haber tenido mucho impacto urbano, a pesar de que en 1908 se introdujo un sistema de iluminación eléctrica de funcionamiento errático. La revolución institucionalizó, en cambio, la municipalidad de Teherán en 1910 y con ello la primera avalancha de regulaciones urbanas.[29]

En 1921, el comandante de la brigada cosaca, desplegada en Persia bajo el régimen semicolonial ruso-británico, escenificó un golpe militar. Mediante hábiles maniobras con políticos civiles, y expandiendo su base militar, Reza Shah consiguió salir elegido como sah en la Asamblea Nacional de 1926. En la estela de Kemal Atatürk, se preparó para transformar Irán desde arriba.

Se impuso la aplicación de un plan urbanístico de construcción en retícula para Teherán; como en Europa setenta y cinco años antes, los nuevos bulevares periféricos sustituyeron a los derribados muros de la ciudad. Un edicto de 1939 exigía que las casas de la ciudad tuviesen por lo menos un piso que se abriese a la calle, en vez de que se amurallasen frente a ella. Un grupo de arquitectos educados en Europa, franceses, ruso-georgianos, armenios cosmopolitas, y poco después iraníes retornados, produjeron un conjunto de edificios públicos modernos, edificios de apartamentos y residencias privadas. A menudo fueron más innovadores en su mezcla de motivos iraníes y el modernismo internacional que la arquitectura japonesa previa a la Segunda Guerra Mundial o el Segundo estilo nacional de

---

[28] Véase, por ejemplo, Ervand Abrahamian, *Iran between Two Revolutions*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1982, pp. 73 y ss. y 81 y ss.

[29] Al Teherán real se le había designado un visir, que supervisaba la mayor parte de los asuntos básicos, pero eran el sah y su corte los que gobernaban la ciudad. Existía una antigua tradición persa, documentada hasta por lo menos los tiempos del emperador Darío, según la cual cuando hubiera grandes proyectos concebidos por el sah, los maestros constructores —los actuales arquitectos— de todo el reino serían animados a presentar propuestas. Esto sucedió también a finales del siglo XIX durante el reino de Naser al-Din, M. Marefat, «The protagonist who shaped modern Teheran», *op. cit.,* p. 100.

la Turquía kemalista más supeditado a lo que en aquellos momentos era el canon internacional.[30]

Políticamente, por otra parte, el carácter nacional del Irán de Pahlaví se sigue poniendo en duda. En agosto de 1941, el país fue invadido por una alianza anglo-soviética porque no lo consideraban fidedignamente antialemán. Reza Shah era profundamente antipopular y cuando estaba a punto de ser depuesto abdicó en favor de su hijo, Mohammad Reza, quien tras una insurrección nacionalista fue impuesto de nuevo en el país por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que era quien ahora manejaba el antiguo bastón de mando imperial británico. La breve dinastía acabó ignominiosamente a manos de una compleja revolución popular en 1979. El telón de fondo de esta revolución eran las muchas y diferentes injusticias y estaba impulsada por un crisol de fuerzas diversas: entre las razones urbanas estaba la oposición al plan urbanístico que quería convertir la metrópolis nacional de Teherán en una vasta *banlieue* de un nuevo Versalles, una nueva Ciudad del Rey en el extremo norte, una nueva Shahestan Pahlavi, servilmente planificada por la consultoría británica Llewelyn Davies International.[31]

En principio, en 1979, la República Islámica de Irán se identificaba más como islámica que como Estado nacional, una república abierta a todos los musulmanes. Si bien, de facto, es considerado como un Estado nación iraní con una minoritaria y cismática versión del Islam, el chiismo, en el marco de un vecindario tenso de árabes en su mayoría suníes.

Actualmente, los dos sahs de la dinastía Pahlaví han dejado a Teherán al menos dos grandes legados. El más importante es la división norte-sur —que comenzó en el momento que se proporcionó suelo a los oficiales militares y a los burócratas de alto rango en la zona norte—, con un norte próspero (desde la calle Enghelab), ampliamente secularizado, a los pies de las impresionantes montañas de Alburz, y un sur religioso, popular y en gran medida, si no completamente, pobre, donde se encuentran el bazar y el complejo religioso con la mezquita en memoria de Jomeini. El segundo es la distintiva e impresionante construcción circular elevada en el centro de la ciudad construida en mármol blanco, que recibió el nombre de Torre Shahyad (del rey), y que conmemoraba, en 1971, los 2.500 años de la Persia imperial. Desde la revolución islámica se la conoce como la Torre Azadi (de la Libertad).

---

[30] Sobre la planificación urbana de Pahlavi, véase M. Habibi, «Reza Chah et le dévéloppement de Téhéran (1925-1941)» en Adle y Hourcade (eds.), *Téhéran Capitale Bicentenaire*, *op. cit.*; y respecto a su arquitectura, véase M. Marefat, «The protagonist who shaped modern Teheran», *op. cit.*, p. 100.

[31] B. Hourcade, «Urbanisme et crise urbaine sous Mohammed-Reza Pahlavi» en Adle y Hourcade (eds.), *Téhéran Capitale Bicentenaire*, *op. cit.,* pp. 214 y ss.

Adís Abeba

Etiopía siguió siendo, en gran medida, una monarquía patrimonial hasta la desafortunada revolución de 1974, pese a que la constitución de 1932, de inspiración japonesa, dio un importante paso en la dirección nacional.[32] Sus últimos emperadores defendieron y modernizaron el país contra todas las probabilidades y lo hicieron en un contexto colonial hostil. Por eso, Etiopía y Adís Abeba poseen un papel especial en la conciencia africana, y Adís ha sido elegida dos veces como capital de África, una por la Organización para la Unidad Africana (OUA) en 1963 y otra por la Unión Africana desde 2001. Este papel especial está siempre basado en la historia no colonial del país de la ciudad.

Adís Abeba era también una capital de finales del siglo XIX, y ha conseguido perdurar gracias en gran medida a la importación de eucaliptos australianos, árboles de rápido crecimiento, que prevenían la habitual devastación (los bosques talados para obtener madera para uso doméstico) alrededor de las ciudades imperiales. Como Roma, estaba construida sobre las colinas, en las que residían los señores, con sus siervos y clientes a sus pies. Los enormes complejos de la multitud de palacios imperiales aún mantienen su huella en la ciudad. Aunque está desapareciendo rápidamente, la vivienda no segregada territorialmente ha sobrevivido hasta nuestros días. En el verano de 2014 aún se podía encontrar una pequeña área de viviendas informales, «chabolas» en medio de la central avenida Churchill. El Plan de Desarrollo de Adís Abeba de 2002 afirmaba que la «mezcla social y la combinación de los usos territoriales [...] pueden ser citados como parte del carácter único de Adís Abeba». El plan fascista italiano apuntaba explícitamente justo a lo contrario. En el marco de la actual globalización dirigida por capital chino y sus 200 rascacielos en el portafolio, Adís parece estar dirigiéndose en una dirección más cercana a la visión colonial, que a su propia historia social multicultural.[33] Sin embargo, el actual Adís Abeba también incluye uno de los barrios de vivienda de clase media (y probablemente también de vivienda popular) más grandes construidos recientemente que se haya visto en África al norte del río Limpopo.

---

[32] En algún momento en la década de 1940 o tal vez en la de 1950, el funcionario etíope más reconocido por su labor intelectual modernizadora, y que por un breve espacio de tiempo se convirtió en ministro del gabinete, Täklä-Häwaryat, tuvo una conversación con el emperador Haile Selassie, citada en la introducción de su autobiografía inédita, en la cual Selassie dijo: «Continuas hablando de "Etiopía" pero Etiopía no es nada sin mí [...] Yo soy su destino. No imagines que Etiopía existiría sin mí». Bahru Zewdw, *Pioneers of Change in Ethiopia*, Atenas (OH), Ohio University Press, 2002, p. 170.

[33] Marc Angélil y Dirk Hebel, *Cities of Chagne: Addis Ababa*, Basel, Birkhaüser, 2010, pp. 27, 62 y ss., y 112, respectivamente.

Mientras que Asmara en Eritrea es un museo del fascismo italiano modernista, los remanentes coloniales de la ocupación colonial, mucho más breve, de Adís Abeba son escasos, y consisten principalmente en el Mercato, que funciona actualmente como un inmenso mercado informal.

Los elementos modernos emblemáticos de Adís Abeba son tardíos, construidos en previsión de la llegada de la OUA, en palabras del emperador, «con vista a hacer de este "gran poblado" una ciudad y una auténtica capital»: el África Hall, construido para la Comisión Económica para África, y de forma más original, un monumental ayuntamiento, en la cresta de una cumbre al final de la avenida Churchill. Un complejo modernista especial se erigió para la OUA, ampliado recientemente por edificios para la Unión Africana, su nueva inquilina, financiados con capital chino. Tras la caída del imperio, la residencia de Haile Selassie, el palacio del Jubileo, fue renombrado como palacio Nacional, puesto a disposición gubernamental, por el actualmente débil presidente federal. El gran palacio Menelik fue tomado por el revolucionario Derg[34] y actualmente está ocupado por el primer ministro, el hombre clave del gobierno. Desde la década de 1930 existía un edificio parlamentario que actualmente está en proceso de transformación.

La iconografía marxista-leninista de los revolucionarios de 1974 ha sido eliminada —pese al hecho de que las guerrillas victoriosas eran originariamente marxistas-leninistas— pero su militante monumento en memoria de la guerra de Somalia ha sobrevivido. Un pequeño museo, de carácter privado, a las víctimas de la represión revolucionaria se ha construido en el lugar donde se desarrollan las manifestaciones.

Las bases nacionales y sus capitales

Las naciones del planeta no solo se crearon en momentos muy diferentes sino también de maneras muy distintas. El parricidio europeo (o la educada marginación paterna), el divorcio colonial (incluyendo el que los dominios blancos abandonasen el domicilio paterno), los motines dentro de las clases «ilustradas» coloniales y la «evolución» desarrollada por la imitación preventiva de la modernización reactiva.

Las ciudades capitales resultantes poseen todas ellas marcas duraderas del nacimiento de sus naciones. El proceso doméstico de la formación del

[34] El Derg, como se le conoce popularmente, era el Consejo Administrativo Militar Provisional (CAMP), la junta militar de carácter comunista que gobernó Etiopía desde 1974, cuando estalló la revolución etíope, hasta 1987 cuando se formó la República Democrática Popular de Etiopía. [N. de la T.]

Estado nación en Europa —excepto en el caso de los Balcanes otomanos— supuso una larga continuidad en la forma y la arquitectura urbanas. Las capitales nacionales necesitaron muchísimos edificios nuevos —parlamentos, cortes, ministerios, óperas, salas de conciertos, museos, universidades, estaciones de ferrocarril— pero virtualmente todas ellas se construyeron siguiendo el repertorio europeo existente de estilos y formas, adaptándolas firmemente al paisaje urbano prenacional. Muy a menudo, los Estado nación reciclaron simplemente los edificios existentes para su uso nacional: conventos y monasterios, casas aristocráticas, palacios de la realeza menor. El carácter capitalista de las capitales nacionales, pese a estar anclado en sus instituciones específicas —bancos, casas de cambio, bolsa, tiendas de lujo y hoteles, e incluso a veces distritos financieros— se inscribió en las mucho más grandes ciudades burguesas de grandes edificios de apartamentos o de complejos de viviendas adosadas. Las viejas instituciones burguesas del gobierno urbano fueron ampliadas, pese a que en las ciudades capitales se mantuvo una vigilante supervisión sobre las mismas; al mando estaban los miembros de la nueva clase capitalista, que también desarrolló su propia sociabilidad urbana de patronazgo artístico, caritativo y lúdico, una «sociedad civil» burguesa al margen de la política y la economía de la cual también participaban las mujeres.

Las nuevas capitales de las excolonias del Imperio británico fueron construidas casi todas ellas de la nada, sin tradiciones propias, erigidas por razones de equilibrio y compromiso colonial posimperial. Eran centros político-burocráticos más bien pequeños, y entre los que se encontraban Washington y Pretoria, el culmen de la opresión racial.

Las capitales latinoamericanas eran antiguos centros imperiales, bastante jóvenes para los estándares europeos o asiáticos, aunque la mayor parte de ellas tenían unos 300 años de antigüedad, estaban bien dotadas de iglesias barrocas, palacios aristocráticos y antiguas instituciones de educación superior. Sus formas de gobierno, los *cabildos*, habían desarrollado un importante papel y dieron pie al proceso de independencia. Sin embargo, excepto en el caso de Brasil, los procesos de divorcio habían sido largos, violentos y disruptivos, con casi dos décadas de guerra incesantes seguidas a menudo de décadas de guerras civiles e internacionales. Aunque el medio urbano de las capitales no se vio muy dañado por esta violencia, sí lo fueron sus patrones sociales.

Los Estados coloniales se definían como un «club» nacional —en contraste con las naciones de «lenguaje y cultura histórica europeas»— y todos ellos se prepararon para reclutar miembros deseables. Nuevas comunidades inmigrantes aparecieron dejando su impacto en todas las capitales, y creando monumentos propios en forma de regalos a estas últimas y haciendo sentir su influencia en la estructura de la sociabilidad urbana. Las

ciudades latinoamericanas también sufrieron cambios debido al impacto de los extranjeros capitalistas expatriados.[35] El auge mercantil de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas del XX —del oro al guano, del café al cobre, de la lana al trigo y posteriormente también al petróleo— y la industrialización estadounidense crearon enormes fortunas en el Nuevo Mundo. Las subsiguientes ciudades y sociedades capitalistas fueron presuntuosas y osadas pioneras en la construcción de rascacielos, complaciéndose en ostentar competitivos monumentos residenciales privados, para los que el criterio decisivo era el tamaño y la cantidad gastada. El capitalismo del Nuevo Mundo fue un capitalismo de los superricos, de las fortunas recientes, más que de una burguesía históricamente desarrollada. En América Latina, el modelo urbano de la élite fue el París del Segundo Imperio, antes de que cambiase la fuente de su admiración y dirigiese la mirada hacia Nueva York, Chicago o Miami.

Las naciones excoloniales se autodefinen por las políticas coloniales, por los lazos territoriales con sus antiguas potencias coloniales, independientemente de lo arbitrarias y contingentes que estas fuesen. Todas las capitales de estas naciones han sido moldeadas por la dualidad colonial, entre la ciudad de los colonizadores y los asentamientos de los nativos. Esta dualidad se ha reproducido virtualmente en todas partes —con Seúl como única gran excepción—, aunque en cada caso presente mutaciones individualizadas. La ciudad excolonial ha sido nacionalizada por los gobernantes del nuevo Estado, mientras que los asentamientos han crecido enormemente por la masiva inmigración poscolonial. La típica capital excolonial ha permanecido extremadamente polarizada en forma, disposición espacial y servicios. Las capitales de la modernización reactiva han mantenido, por otra lado, gran parte de su tradicional integración jerárquica y siguen mostrando cierto sentido de continuidad y evolución cultural, pese a su modernidad arquitectónica a gran escala. Bangkok y Tokio, en particular, transmiten una combinación de un urbanismo singular no europeo junto con estilos importados de construcción y comportamiento callejeros. Las capitales del mundo se han enfrentado a los retos popular y global, a partir de fundaciones tan diferenciadas como las descritas.

---

[35] José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2001 [1976], pp. 198 y ss.

VI
LEVANTAMIENTOS POPULARES: MOMENTOS POPULARES EN LA HISTORIA URBANA MODERNA

La mayor parte de los Estados nación, y sus capitales, han recorrido un abrupto camino hacia la modernidad, durante el que se han tenido que enfrentar tanto a desafíos internos como externos. Aunque algunas de las huellas del pasado hayan sido borradas, es intrínseco a las ciudades, y en general a los asentamientos humanos, que dejen capas a lo largo de la historia, al igual que a su paso por el presente.

En lugar de las grandes narrativas de evolución urbana, este trabajo se centra en unos pocos momentos cruciales de la historia moderna de las ciudades del mundo. En los capítulos previos, he tratado los momentos fundacionales de los Estados nación y sus capitales. En este capítulo, intentaré captar el levantamiento de los oprimidos de las naciones, así como los desafíos planteados a las élites por parte de otras fuerzas populares: la «rebelión de las masas», tal y como lo expresó el conservador filósofo español, José Ortega y Gasset. Los capítulos posteriores tratarán de los sucesos que siguieron a los momentos fundacionales.

Dos modelos políticos particulares han producido periodos específicos de la historia urbana. El fascismo y las dictaduras militares han constituido la respuesta extrema frente a los movimientos populares percibidos como amenaza. Por otra parte, el comunismo fue una forma de poder político extraordinaria que surgió de los levantamientos populares. Por último, trataremos el actual momento global del capital financiero trasnacional y el intercambio global acelerado. Analizaremos este momento desde el ángulo del urbanismo de las «ciudades mundiales», un urbanismo globalizado, y de los cambios en el poder urbano.

La «nación» del Estado nación puede adoptar diferentes tintes, desde la Gran Bretaña o la Francia nacional-imperial al blanco-popular de Estados Unidos. En todas partes, sin embargo, la «nación» se constituía o ha sido representada por una «élite», definida por la clase, la raza/etnicidad y el género. Posteriormente, esta exclusiva nación se ha visto desafiada y transformada, o al menos erosionada. En algunos países y ciudades, se han

producido momentos de ruptura popular de la historia nacional y del desarrollo urbano.

El repicar de las campanas que llamaban al momento popular se dejó oír cuando los subalternos de las naciones entraron en escena como interlocutores de las élites: cuando se escucharon sus voces y pudieron hacer oír sus condiciones, preocupaciones y aspiraciones y se reconocieron y visibilizaron sus culturas específicas. Esto ha ocurrido en diferentes momentos en el mundo, y del mismo modo que ha adoptado distintas formas, también sus impactos han sido variables.

Los momentos populares han tenido dos *raíces* primarias diferentes: la ascendencia social de las fuerzas subalternas y de las rebeliones surgidas de los cambios culturales, pese a que la primera conllevó, ciertamente, un importante componente cultural de identidad colectiva transformada, y la segunda una base socioeconómica reforzada desde la que elevar sus demandas. Los momentos (populares) se han manifestado dentro de las relaciones de poder urbano bajo dos *formas*: una institucional, empleando las instituciones nacionales y los gobiernos municipales para lidiar con las preocupaciones populares; la otra centrada en los movimientos populares y sus acciones de protesta. Aunque existe una correlación significativa entre las raíces y las formas, estas pueden ser independientes entre sí, tanto empírica como lógicamente.

Necesitamos considerar primero algunos ejemplos de la entrada del pueblo en la forma de cambio institucional en el poder urbano y la política, y de la adaptación cultural institucional al auge y la presión ejercida por los hasta entonces excluidos y despreciados. El ascenso de los pueblos ha adoptado formas muy diferentes en capitales con diferentes bases nacionales.

El socialismo municipal de la clase obrera europea y el urbanismo del Estado de bienestar

En Europa es donde más claramente surgió el momento popular como una fase particular del desarrollo de la experiencia urbana, frente a la estructura de clase burguesa de los Estado nación europeos y de sus capitales nacionales, pero también debido a la novedosa centralidad de la Revolución Industrial en las sociedades nacionales y en las ciudades europeas.[1] La industrialización trazó líneas de clase duras y claramente visibles.

---

[1] No hubo conexión directa entre la «ciudad plebeya» medieval de la Italia de los siglos XII y XIII que Max Weber analizaba en su *Economía y sociedad*. Pero puede existir un paralelismo significativo en la clara estructuración de clase de la ciudad medieval europea occidental, con la ausencia de poder *Geschlecht* (sexual) de los clanes, y de las muy significativas divisiones étnicas y religiosas. Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Berlín, Köln, cap. 9 sección 7 [ed. cast.: *Economía y sociedad,* México DF, Fondo de Cultura Económica, 2014].

Aunque rápidamente, entre las élites dirigentes así como entre la nueva estirpe de investigadores sociales, se fue extendiendo una conciencia acerca de los desafíos sociales provocados por el veloz crecimiento de las ciudades industriales no hubo ningún momento popular persistente antes de la Primera Guerra Mundial. La guerra acabó finalmente con lo que quedaba de los *anciens régimes* de Europa y además amplió el derecho masculino al sufragio universal. Las revoluciones parisinas de 1830, 1848 y 1871 sacaron a las masas a la luz, les otorgaron el papel de protagonista, pero su dimensión popular fue más un destello en la historia que una entrada popular en las políticas urbanas y en los procesos de cambio.

El momento popular en Europa fue, por encima de todo, el de la clase obrera, el movimiento obrero. El siglo que va de la Comuna de París (de 1870-1871) —el temor a que se repitiese inspiró el Estado de bienestar alemán[2]— hasta aproximadamente 1980, fue el siglo de la clase obrera en la historia social, reconocido como tal incluso por los enemigos del movimiento obrero socialista, como el papa León XIII en su encíclica de 1891, *Rerum novarum* («De las cosas nuevas» o «De los cambios políticos») o como el nacionalismo racista que llevó al poder al «Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán». El siglo de la clase obrera fue eurocéntrico, estuvo centrado en (por no decir confinado a) los sindicatos europeos, partidos obreros y organizaciones obreras culturales y de tiempo libre. A través de la emigración a las Américas y posteriormente a través del Comintern, la clase obrera europea inspiró a trabajadores, intelectuales y campesinos de todo el mundo, especialmente en China y Vietnam.

El «socialismo municipal» era originalmente un apelativo peyorativo británico para lo que de hecho eran políticas principalmente liberales de izquierdas sobre los servicios urbanos públicos, las instalaciones de saneamiento, el agua, el alcantarillado, las escuelas, las bibliotecas y similares.[3] Durante la última parte del siglo XIX y principios del XX, la novedosa prominencia de los servicios urbanos en las ciudades, sometidas a un rápido crecimiento y a la industrialización, se convirtió en una manifestación del nuevo paisaje social, en el que las clases obreras habían logrado tomar un lugar considerable, pese a que sus voces estaban poco articuladas y seguían sin escucharse claramente.

Las ciudades capitales, con sus clases dirigentes bien establecidas, no se encontraban por lo general a la vanguardia de este movimiento; antes bien este se desarrolló en ciudades industriales de tamaño medio como

---

[2] W. Vogel, *Bismarck's Arbeiterversicherung*, Braunschweig, Dr. Müller, 1951, pp. 152 y ss. y *passim*.
[3] R. Roberts, «Teoria, prassi e politica del socialismo municipale in Inghilterra, 1880-1914» en Maurizio Degl'Innocenti (ed.), *Le sinistre e il governo locale in Europa*, Pisa, Nistri-Lischi, 1984, pp. 146-166.

Gante, en Bélgica —lugar del origen (liberal) de los seguros de desempleo subsidiados públicamente, que gestionaban los sindicatos—, Roubaix en Francia, que ya era socialista desde la década de 1890 o Sheffield en Gran Bretaña, que lo fue desde 1918.[4] Las erupciones de la clase obrera en las ciudades capitales, como París en 1848 y San Petersburgo en 1905, habían sido breves y fueron finalmente reprimidas, la duración de su efecto quedó confinado en gran medida a la memoria de clase.

En algunos países como Alemania y Suecia, el peso popular municipal pudo constreñirse durante más tiempo gracias a un sistema de voto municipal mucho más desigual, lo que dejó de ser posible tras la Primera Guerra Mundial.

En Ámsterdam en vísperas de la Primera Guerra Mundial, comenzaba a prepararse una nueva era urbana. Ya en 1912, el holandés defensor de la vivienda pública, que posteriormente sería inspector de urbanismo de la ciudad, Ary Kepler había soñado en voz alta con las «hermosas residencias de los trabajadores» como «monumentos a la lucha (de la clase obrera)».[5] Tras la Primera Guerra Mundial, dicho programa se implementó en Ámsterdam bajo el gobierno del concejal de vivienda, el socialdemócrata de izquierdas, Wibaut, con la ayuda de la modernista Escuela de Ámsterdam de arquitectura y las politizadas asociaciones de vivienda de la clase obrera.

El ejemplo paradigmático del socialismo municipal fue la Viena de 1920 a 1934: la «Viena roja» avalada por una estable mayoría socialdemócrata y por su autonomía fiscal como estado propio (*land*) dentro de la Austria federal. Viena es sobre todo recordada por sus complejos residenciales situados en áreas céntricas de la ciudad: las «supermanzanas» de apartamentos, habitualmente de unos 6 a 8 pisos de altura, con grandes patios que abarcaban más de la mitad del bloque. A menudo tenían entradas monumentales o portales abiertos a la calle. Los complejos incluían servicios colectivos de distinto tipo: clínicas de maternidad, centros de salud, centros de día, escuelas, lavanderías, tiendas, bares sin alcohol, algunas veces restaurantes, bibliotecas, salas de reunión, sedes del movimiento obrero y oficinas de correos y de seguridad social. Cada uno de los complejos tenía un nombre, casi siempre en recuerdo a figuras del movimiento obrero austriaco, alemán o de otros lugares (Jaurès Matteotti), si bien uno de estos bloques se llamó George-Washington-Hof. El buque insignia de la vivienda de la Viena roja era el Karl-Marx-Hof, con 1.400 apartamentos

---

[4] Tim Willis, «Contributing to a real socialist community: Municipal socialism and health care in Sheffield (1918-1930) en Uwe Kühl (ed.), *Der Munizipalsozialismus in Europa*, Múnich, Oldenbourg, 2001, pp. 101-115.

[5] H. Searing, «With red flags lying: Housing in Amsterdam, 1915-1923» en Henry Millon y Linda Nochlin (eds.), *Art and Architecture in the Service of Politics*, Cambridge (MA), MIT Press, 1978, p. 230.

para 5.000 habitantes, y un patio del tamaño de una plaza pública, que era lo que había sido hasta la construcción del complejo residencial a su alrededor. A la entrada había mástiles donde se arriaban banderas rojas el Primero de Mayo y durante otros eventos importantes de la clase obrera.

Aunque evitaban el modernismo arquitectónico vanguardista, los edificios eran en sí mismos testimonio del control político que los pobres de la ciudad de Viena habían adquirido sobre la forma y el uso del espacio en su ciudad. El anillo de asentamientos de la clase urbana alrededor del límite exterior del centro se denominaba orgullosamente «el *Ringstrasse* proletario», contraponiéndose a las grandes construcciones de finales del siglo XIX de la burguesía imperial.

Los socialdemócratas austriacos desarrollaron planes de una ciudad socialista inspirándose en la concepción de la gran ciudad (*Grossstadt*) de Otto Wagner, el arquitecto vienés anterior a la guerra.[6] En cualquier caso, estas ideas se quedaron confinadas a Viena, limitadas a un municipio excepcional en un Estado nación muy conservador. Su «Plan General Arquitectónico» no llegó a ser adoptado y nunca se logró un control real sobre el suelo urbano. De hecho, Austria carecía de una legislación efectiva para la expropiación del «dominio eminente», una de las bases legales cruciales de la labor de Haussmann en París. En lugar de ello, la ciudad y sus arquitectos emplearon una gran inteligencia al hacer uso de terrenos marginales o infradesarrollados para la edificación de sus famosos barrios. El Karl-Marx-Hof se construyó, por ejemplo, en un área entre una estación de trenes de cercanías y un estadio deportivo, incorporando la plaza pública al barrio.[7] Los socialdemócratas austriacos no tenían el poder para construir una avenida como la berlinesa Stalin/KarlMarx-Allee, y aunque no había buena relación entre el comunismo y el austromarxismo, claramente hay una cierta afinidad entre el Karl-Marx-Hof y la Karl-Marx-Allee basada en un heroico socialismo común y la idea de que solo lo mejor es suficientemente bueno para la clase obrera.

La Viena roja sucumbió, tras una lucha callejera con armas de fuego, al austrofascismo en 1934, que inmediatamente abolió la construcción de vivienda pública. Sin embargo, como forma de urbanismo no fue eliminada; sigue pudiendo visitarse y observarse y se mantiene clavado como una espina en el costado de la burguesía local.[8]

---

[6] Véase principalmente Otto Neurath, «Städtebau und Proletariat», *Der Kampf*, junio de 1924, pp. 236-242.

[7] El estudio urbanístico decisivo sobre esta cuestión es el de Eve Blau, *The Architecture of Red Vienna, 1919-1934*, Cambridge (MA), MIT Press, 1999, citado en la p. 46. También resulta valioso el trabajo de Helmut Weihsmann, *Das rote Wien*, Viena, Promedia Verlagsges, 2002.

[8] En algún momento de 1990 me encontré en Viena con el propósito de asistir a un congreso académico, el recorrido turístico con guía por la ciudad era un extra opcional. La primera

Berlín fue la primera capital del mundo en la que un partido de clase obrera obtuvo la mayoría electoral, fue en 1903, obteniendo 5 de los 6 escaños al Parlamento alemán (Reichstag), si bien no logró el que correspondía al área del centro histórico de la ciudad. No obstante, el restrictivo sufragio municipal no permitió una mayoría socialdemócrata en el consejo de la ciudad. La tendencia dominante en el partido que apoyaba la guerra y los diferentes posicionamientos frente a la revolución, que acabaron con el Imperio alemán, acabaron dividiendo el partido en tres. En conjunto eran más débiles que el Partido Socialdemócrata Alemán de antes de la guerra por lo que perdieron la mayoría. Durante la República de Weimar, los socialdemócratas eligieron un liberal como alcalde de Berlín. Los socialdemócratas estaban muy orgullosos de sus políticas urbanas, en cooperación con el centroizquierda, especialmente en lo que se refiere a asuntos sociales, educativos y culturales.[9]

Varias ciudades de la Alemania de Weimar tuvieron gobiernos socialdemócratas o progresistas —más propios de la clase media— que hicieron historia en el urbanismo al alinearse con arquitectos vanguardistas de su época como Bruno Taut, Walter Gropius, Ludwig Mies van der Rohe y muchos más. Fráncfort y Stuttgart, antes que Berlín, estaban a la cabeza del urbanismo. Pero el Berlín de Weimar también tuvo su momento popular con complejos de viviendas modernistas, diseñados por arquitectos vanguardistas para las cooperativas sindicales, edificios de tejados planos, de baja altura en un paisaje urbano en el que se priorizaban los prados verdes más que la alineación en rectas hileras callejeras. Uno de ellos recibió su nombre en honor del líder sindicalista Carl Legien, mientras que el más conocido de todos ellos, el Siemensstadt (diseñado principalmente por Hans Scharoun), y que aún sigue en pie, continúa llevando el nombre del patrón (Siemens).

Los momentos populares de otras capitales europeas fueron más débiles. En Londres, que entonces no tenía un gobierno unificado, el momento popular quedó confinado a barrios de clase obrera que disponían de recursos muy limitados. Francia antes de la década de 1920 estaba constreñida por el vigilante control de la prefectura, que se relajaría algo posteriormente.[10] París estaba casi toda ella bajo control del gobierno nacional de

---

prioridad del grupo fue el Karl-Marx-Hof. Nuestra guía, una burguesa de clase media accedió a regañadientes a que nuestro autobús pasara por allí, pero se negó categóricamente a entrar o a decir algo respecto al lugar, aparte de afirmar que fue el primer ejemplo de socialismo clientelar, ya que solo podías obtener un apartamento si tenías el carnet del partido.

[9] R. Stremmel, «Berlin-Aspekte und Funktionen der Metropolenwahrnehmung auf Seiten der politischen "Linken" (1980-1933)», en G. Brunn y J. Reulecke (eds.), *Metropolis Berlin*, Berlín, Bouvier, 1992, pp. 93 y ss.

[10] Para otras dos perspectivas generales de esto, véase Maurizio Degl'Innocenti (ed.), *Le sinistre e il governo locale in Europa, op. cit.*, y Uwe Kühl (ed.), *Der Munizipalsozialismus…, op. cit.*

centroderecha, por lo que la influencia popular estaba limitada en gran medida al cinturón de clase obrera construido alrededor de la ciudad. Más importante, más radical y más ambicioso, en lo que se refiere a políticas sociales, fiscales y culturales, aunque menos en vivienda, fue el suburbio industrial septentrional de Saint-Denis, con mayoría socialista desde 1892 y feudo comunista tras la Primera Guerra Mundial.[11] En Copenhague los socialdemócratas se convirtieron en el mayor partido del país en 1903, cuando lograron el primer alcalde socialdemócrata de la ciudad. El antiguo artesano Jens Jensen se convirtió en un popular representante del cambio sociológico de la política danesa, pero su administración de consenso no dio forma a ningún tipo de nuevo régimen urbano, pese a que durante la guerra la ciudad hizo un buen uso de sus proféticas adquisiciones de terreno destinadas a vivienda pública, con el objetivo de limitar los precios de los promotores privados.[12]

Londres tuvo su momento popular radical en la primera mitad de la década de 1980, cuando el Greater London Council (Consejo del Gran Londres), de carácter laborista de izquierdas, dirigido por el carismático Ken Livingstone, luchó por un multiculturalismo popular —tanto sexual como étnico y religioso— y por una reconversión del trabajo industrial y portuario, no solo contra el gobierno nacional neoliberal bajo dirección de Margaret Thatcher, sino también contra el concepto de «ciudad global» financiado por el capital transatlántico. En aquellos tiempos el Ayuntamiento tenía su sede en la orilla opuesta del río a la que se encontraba el parlamento de Westminster y enviaba al Parlamento claros mensajes, para nada bienvenidos, acerca del aumento del número de parados. El principal campo de batalla urbano fue la zona este de los Docklands: ¿cómo regenerar este ámbito tras el cierre de los históricos muelles? El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para el capital global, sobre la que volveré más tarde, en tanto supuso un peldaño crucial en la llegada del actual momento global.

El movimiento obrero también levantó, para las *Arbeitervereine* (sociedades obreras) en Alemania y Austria —en particular en esta última—,

---

[11] Acerca de Saint-Denis hay una *thèse de doctorat* de tres volúmenes increíblemente detallada de Jean-Paul Brunet: *Une banlieue ouvrière, Saint-Denis 1890-1939*, Lille, 1982. Sobre el socialismo municipal francés, hay un resumen desde el punto de vista del Partido Socialista de Aude Chamouard, *Un autre historie du socialisme*, CHRS Editions, París, 2013. Saint-Denis fue la base de uno de los comunistas de entreguerras más dinámicos, Jacques Doriot. En la década de 1930 se negó a adoptar el giro del partido hacia las tácticas del Frente Popular, por lo que fue expulsado del mismo, si bien se mantuvo cerca de la dirección local de Saint-Denis. En 1936 fundó un nuevo partido, cada vez más pronazi, que mantuvo la ventaja en Saint-Denis, brindando una calle a Neville Chamberlain en agradecimiento a su rendición en Múnich. Jean-Paul Brunet, *Une banlieue ouvrière…, op. cit.*

[12] P. Hedebol, «Jens Jensen», en Poul Nørlund, Erik Struckman y Erik og Thomsen (eds.), *Köbenhavn 1888-1945*, Biblioteksstämplar, Copenhague.

edificios que sus líderes calificaban como «casas de lucha», «fortalezas de solidaridad».[13] En Bélgica y en Francia estas viviendas tenían un menor acento militante y llevaban el nombre de Maisons du Peuple (casas del pueblo), un concepto habitual también en Italia y en Escandinavia. La mayor parte de estos edificios eran salas funcionales para reuniones y socialización, algunas veces incluían apartamentos residenciales, sin ambiciones monumentales. Pero algunas de ellas tenían ese tipo de ambición, como la Casa del Pueblo de Bruselas construida por Victor Horta siguiendo el estilo *art nouveau* y el *Arbeiterheim* en el barrio vienés de Favoriten.

El segundo momento institucional popular en Europa llegó tras la Segunda Guerra Mundial, fue el momento de construir los Estados de bienestar.[14] Básicamente, los Estados de bienestar implicaron el reconocimiento, extensión y desmovilización ideológica del socialismo municipal. Este último aspecto resultó especialmente visible en la diferencia entre la Viena del periodo de entreguerras y la Viena de principios de posguerra, entre la fortaleza de clase obrera de Karl-Marx-Hof y el suburbio Per-Albin-Hansson-Siedlung con sus largas hileras de casas de dos pisos, no adosadas, de estilo *Heimatstil*.[15] Esta comparación es una elocuente expresión del giro del Partido Socialdemócrata de Austria (SPÖ) de un militante austromarxismo a una democracia de consenso de corte escandinavo.[16]

En tanto constructor, el Estado de bienestar realizó al menos tres contribuciones significativas a la edificación del entorno urbano. La mayor de todas fue asumir la responsabilidad pública de la vivienda, no solo para los pobres, no solo para eliminar las zonas chabolistas, sino para todos aquellos que no eran ricos, tanto para la clase media como para la clase obrera. La definición francesa de antes de la guerra de vivienda pública, HBM (habitations à bon marché), que significaba «vivienda barata» (para las clases bajas), se modificó en 1950 por HLM (habitations *à loyers modérés*), «vivienda para las rentas bajas», dirigidas también a las clases medias

---

[13] Eve Blau, *The Architecture of Red Vienna…, op. cit.*, p. 228.

[14] Hasta donde yo conozco, el Estado de bienestar no ha recibido aún una historia arquitectónica completa. Pero una buena contribución, de amplio alcance es la de Lisbeth Söderqvist, *Att gestalta välfärd* [Dando forma al Bienestar], Estocolmo, Forskningsrådet Formas, 2008.

[15] *Heimatstil* es el nombre de un movimiento arquitectónico, pero también de un estilo de decoración de interiores y de arte decorativo del siglo XX, cuyo objetivo era proteger y promover las características regionales. Se desarrolló de maneras diferentes en varios países de Europa como Alemania, Suiza, Polonia y Finlandia y floreció con diversa intensidad hasta finales de la década de 1940. [N. de la T.]

[16] Per Albin Hansson fue primer ministro socialdemócrata entre 1932 y 1946, y proporcionó una gran cantidad de ayuda humanitaria a Austria tras la guerra. Hansson dirigió la construcción del Estado de bienestar sueco. Véase la excelente comparación de la Viena de la posguerra con la del periodo de entreguerras de Eve Blau: «From red superblock to green megaestructure: Municipal socialism as model and challenge» en Mark Swenarton, Tom Avermaete y Dirk van den Heuvel (eds.), *Architecture and the Welfare State*, Nueva York, Routledge, 2014.

(bajas). En París, se desarrolló un significativo programa de vivienda de financiación estatal y municipal, particularmente en sus alrededores.[17]

En Gran Bretaña, las *council houses* (viviendas públicas de construcción municipal) siguieron estando orientadas a la clase obrera y a las clases aún más pobres, en contraste con Escandinavia.[18] Irónicamente, la ideología progresista que subyace a la lamentable práctica de la vivienda pública británica parece haber inspirado la mayor y más exitosa construcción de vivienda pública del mundo en una economía capitalista: la de Singapur, donde en 2009, el 82 % de la población vivía en una vivienda construida por las administraciones (pero de propiedad individual).[19] Tanto en Europa Oriental (en la era de Khrushchev así como después ella) como en Europa Occidental, este compromiso público con la vivienda pública produjo asentamientos suburbanos con edificios de apartamentos de calidades muy variables y en entornos naturales muy diferentes, y que, por regla general, carecían de un mantenimiento adecuado, y estaban profundamente estigmatizados por las consecuencias de los problemas sociales que tendían a concentrar.[20]

En segundo lugar, los Estados de bienestar promovieron y sostuvieron una gran cantidad de esfuerzo dirigido a la planificación social comunitaria. «Planificación vecinal», era de hecho la idea del planificador neoyorquino Clarence Perry en la década de 1920, que fue incorporada al concepto y a las prácticas soviéticas del *mikrorayon* (microdistrito).[21] Sea como sea, después de la Segunda Guerra Mundial, nuevas comunidades suburbanas, concebidas deliberadamente para no ser ciudades satélites separadas, se convirtieron en ejemplos del modernismo del Estado de bienestar escandinavo, en particular Vällingby en Estocolmo y Tapiola en Helsinki. Rompiendo con la ortodoxia de preguerra del CIAM de «zonas» separadas, se construyeron de acuerdo con el concepto sueco «ABC» (*Arbete*/trabajo, *Bostad*/vivienda, *Centre*/centro).[22] París, en cambio, mantuvo una

---

[17] E. Bellanger, «Les maires et leurs logements sociaux», *CAIRN info,* núm. 3, 2008, pp. 95-107.

[18] Un colega sueco mío, mayor que yo, que obtuvo una cátedra en Gran Bretaña durante la década de 1960, me contaba el asombro de sus nuevos colegas cuando a la pregunta de dónde planeaba vivir les contestó: «Oh, bueno, supongo que buscaré alguna vivienda municipal».

[19] Anne Haila, *Urban Land Rent and Slab: Singapore as a Property State*, Wiley-Blackwell, 2015, tablas 5.1 y 5.3.

[20] Véase Florian Urban, *Tower and Slab: Histories of Global Mass Housing*, Nueva York, Routledge, 2013.

[21] El mikrorayon o microdistrito fue la apuesta urbana soviética, llamada así en comparación con la unidad política y territorial más grande del distrito urbano. Intentaba dar respuesta proporcional a las necesidades de vivienda en función de la proximidad y tamaño de los centros de producción y abastecimiento además de los centros de educación primaria. Uno de los puntos claves era la estricta separación y distancia de las vías de tránsito rodado, la posibilidad de llegar a cualquier sitio caminando en un tiempo reducidos y la autonomía de los *mikrorayon*. [N. de la T.]

[22] Nunca llegó a ser adecuada la cantidad de empleo proporcionado en estos suburbios, especialmente para las mujeres, si bien es cierto que mostraron una ambición notable. La profesora de arquitectura sueca Helena Mattsson («Where motorways meet: Architecture and corporatism in Sweden 1968» en Mark Swenarton, Tom Avermaete y Dirk van den Heuvel (eds.), *Architecture…*, *op. cit.,* p.

clara demarcación entre la ciudad y la *banlieue*, donde se construyeron *grands ensembles*. Posteriormente, los franceses decidieron adoptar la idea británica de las «nuevas ciudades» (a las afueras de Londres, y con una zona verde que actúa como sistema de contención) y crearon así un nuevo conjunto de satélites alrededor de París. En la década de 1980 y 1990, al arquitecto catalán Ricardo Bofill se le permitió añadir cierto estilo —o, como dirían algunos, cierta extravagancia del realismo socialista— a los edificios de vivienda protegida de un par de ellas, como Cergy-Pontoise y Saint-Quentin-en-Yvelines.

En tercer lugar, los Estados del bienestar se habían mostrado preocupados por superar la polarización social, utilizando principalmente para ello impuestos y transferencias sociales, pero también la planificación de «desarrollo mixto» (París) de «vivienda asequible» de la mano del mercado para los más pudientes o, de forma más ideológica, para una «sociedad abierta» (Ámsterdam).[23] Hasta dónde ha llegado la desegregación urbana del Estado de bienestar es algo bastante difícil de medir en términos comparativos. Consideremos simplemente dos ejemplos. El típico edificio de una urbanización municipal sueca no es un gueto estadounidense de pobres. Sin embargo, las distinciones internas están muy claras para sus habitantes: pisos de alquiler para personas con bajos ingresos, condominios para la gente con aspiraciones de clase media o para obreros cualificados y casas familiares para la nueva clase media. Algunos de los nuevos edificios londinenses tienen entradas separadas para los inquilinos que pagan precios de mercado, y a los que se les proporcionan servicios de conserjería, y otra para aquellos que no pueden pagar más que lo «asequible» y tienen que esperar durante cierto tiempo para recibir cualquier otro servicio de vivienda.

Se podría esperar que los generosos Estados del bienestar, como aquellos de la Europa noroccidental continental, tuviesen ciudades menos segregadas socialmente que otros países capitalistas. Indudablemente hay una tendencia en esa dirección, pero las comparaciones son difíciles y las estimaciones frágiles. Kumiko Fujita, en sus conclusiones a una antología sobre la segregación, ha realizado un audaz intento de comparar la desigualdad urbana, combinando la segregación residencial y las oportunidades de vida urbanas

159 y ss.) ha señalado las variaciones de los centros suburbanos planificados en el Estocolmo de posguerra. Uno de los primeros, Årsta abrió en 1953 y fue diseñado por Uno Åhrén, que se cuenta entre los principales ideólogos socialdemócratas del funcionalismo de la década de 1930. El centro Årsta tiene un fuerte peso cultural con una biblioteca, cine y teatro, y ha sido criticado por estar comercialmente subdesarrollado. Vällingby abrió un año después, diseñado por el modernista del CIAM, Sven Markelius, quien prestó más atención a los intereses de consumo, además de a los intereses culturales. En septiembre de 1968, en la zona sur de Estocolmo, se abrió un nuevo centro suburbano, un ejemplo tardío de un periodo a punto de acabar, Skärholmen, construido en una intersección de tres autopistas, con la mayor zona de aparcamiento de la ciudad y dedicado principalmente al consumo privado.

[23] Mark Swenarton, Tom Avermaete y Dirk van den Heuvel (eds.), *Architecture…*, *op. cit.*

con una clasificación cualitativa, no métrica.[24] Entre once ciudades, la autora clasificó Pekín, Estambul y São Paulo como «altamente segregadas y desiguales», seguidas por las «moderadamente segregadas y desiguales» Budapest y París. En el otro extremo colocó a Taipéi y Tokio, donde la gente «vivía junta y en igualdad». Copenhague, la única gran capital de un Estado de bienestar en su muestra, la consideró como menos segregada que las cinco primeras mencionadas, pero algo más que Atenas, Hong Kong y Madrid, donde los grupos poblacionales viven cerca unos de otros, pero en desigualdad. Cuando tratemos después el momento global volveremos al tema de la segregación y a otro, en cierto modo más reciente, el *dataset*.

El ascenso popular también tuvo un aspecto *iconográfico*, que acompañó a la gente ordinaria y a sus líderes en su entrada en el paisaje urbano monumental. Este fue, a menudo, un camino arduo y empinado, incluso cuando la única referencia era el trabajo y el trabajador individual sin ninguna señal de lucha de clases. El escultor belga Constantin Meunier fue un piadoso católico, políticamente conservador, pero estaba hondamente preocupado por la dignidad de los trabajadores hombres y mujeres. Durante los últimos diez años de su vida, estuvo trabajando en un monumental conjunto en honor al trabajo, no a la clase obrera. El monumento no llegó a colocarse en vida del autor: no fue instalado hasta 1930 (25 años después de su muerte), y lo fue lejos del centro de Bruselas. Se trata de un pacífico conjunto de hombres trabajando en diferentes tareas y, encima suyo, en una columna baja, la figura maternal de una sembradora. Actualmente aparece abandonado y sin mantenimiento, situado en el distrito Laeken, desde donde se tiene una buena vista de los rascacielos de negocios que relucen en la distancia.

La Viena de entreguerras albergó algunas conmemoraciones al movimiento obrero. La más importante fue el Monumento a la República, cerca del Parlamento, un austero conjunto modernista de tres pilares de piedra oblongos cubiertos por una viga de piedra con una dedicatoria a los fundadores de la república en 1918, y con los bustos de los tres líderes obreros en la parte delantera. Fue derribado por los austrofascistas tras 1934 pero se recuperó en 1948.[25]

Desde la Segunda Guerra Mundial, el movimiento obrero y los líderes obreros han sido incorporados a la iconografía urbana de la capitales nórdicas. Uno de los principales fue el enorme relieve escultórico en bronce que hay en Estocolmo, y que gira en torno a la figura del líder fundador

[24] Kumiko Fijita, «Conclusion: Residential segregation and urban theory», en Thomas Maloutas y Kumiko Fujita (eds.), *Residential Segregation in Comparative Perspectiva*, Nueva York, Routledge, 2012, tabla 13.1.

[25] E. Klein, *Denkwürdiges Wien*, Viena, Falters, 2004, p. 40.

de la socialdemocracia sueca, Hjalmar Branting. El gran edificio del consistorio de Oslo conmemora, junto con los mitos nórdicos, a los obreros que lo construyeron, una práctica común en la Europa comunista que aún pervive en sitios como la plaza de la Constitución en Varsovia. Ya, en el periodo de entreguerras, las capitales nórdicas tenían zonas específicas del movimiento obrero, que normalmente estaban situadas en las inmediaciones de la plaza en la que los sindicatos y otras organizaciones de la clase obrera tenían sus edificios: Norra Bantorget en Estocolmo, donde se encuentra el monumento Branting, la plaza Hakaniemi en Helsinki y Youngstorget en Oslo, que es la que tiene mayor concentración de ellos, y en la que el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores y su periódico tenían sus oficinas.[26]

En los Países Bajos, Ámsterdam pagó un tardío tributo al instigador anarcosindicalista y primer líder del movimiento obrero holandés, Domela Nieuwenhuis. Una realista estatua de este trabajador del muelle recuerda la famosa huelga de febrero de 1941, convocada por el Partido Comunista contra el pogromo antijudío de los nazis. El monumento obrero más espectacular en una capital capitalista está en Dublín donde, desde 1979, se alza una estatua al líder huelguista Jim Larkin, que continúa agitando la lucha en una de las calles principales, la O'Connell.[27]

El más emotivo de todos los homenajes a la clase obrera en Europa es probablemente el monumento de Helsinki a los caídos rojos en la guerra civil de 1918 y a los asesinados por inanición en los campos de concentración de los blancos[28] tras la guerra. Fue erigido en 1970 en un monte boscoso cerca del Estadio Olímpico, pero solo es visible para aquellos que saben dónde buscar; es un muro de hormigón, roto, áspero y que parece dañado, con relieves esculpidos de humanos destrozados, por un lado, y una poética dedicatoria, por el otro, realizada por el modernista de izquierdas de la época, Elmer Diktonius, a las «tumbas de los héroes».[29]

---

[26] Hace algunos años el Partido del Progreso, antinmigración y antimpuestos, actualmente en el gobierno, junto con la derecha tradicional, decidió, a modo de provocación, adquirir un edificio en dicha plaza para tener allí una de sus sedes.

[27] Tras un recorrido vital, largo y rebelde, incluyendo un periodo de hechizo comunista, Larkin entró al más respetable nacionalismo irlandés, sin embargo está monumentalizado no como un héroe patriota sino como un agitador sindicalista. La iniciativa del monumento vino de parte del movimiento sindicalista, que no es particularmente fuerte en Irlanda. Ninguna otra capital occidental europea ha ofrecido un tributo simbólico tan importante a un militante de la clase obrera.

[28] La guerra civil finlandesa estalló en parte como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Haciendo una división simplista, por un lado estaban las fuerzas socialdemócratas, o como se les llamaba comúnmente «rojos» *(punaiset)*, que recibieron ayuda de la Rusia bolchevique. Por otra parte, estaban las fuerzas tradicionalistas, cuya pretensión era mantener el *statu quo,* conservar la independencia y la monarquía constitucional sin parlamentarismo, y que eran conocidos popularmente como «blancos» *(valkoiset)*. Estos últimos recibieron un decisivo apoyo militar por parte del Segundo Imperio alemán, y de las fuerzas militares suecas. [N. de la T.]

[29] Durante mi primera visita mi colega J. P. Roos me mostró el camino para poder visitarlo.

El monumento de Helsinki fue erigido como punto final del proceso de reconciliación a finales de la década de 1960 entre los victoriosos blancos y la derrotada Finlandia roja. Hasta entonces el momento más emblemático se produjo cuando el presidente Urho Kekkonen cruzó a pie el Pitkäsilta (Puente Largo) desde su (modesto) palacio presidencial en el Helsinki burgués y caminó hasta el distrito de la clase obrera, centro del movimiento de trabajadores de Hakaniemi, para reunirse con los líderes del movimiento obrero.

Londres, París y Roma nunca han encontrado un lugar significativo donde homenajear al movimiento obrero, que no sean sus cementerios: el cementerio de Highgate, donde se recuerda a Karl Marx, y el cementerio de Père Lachaise en el que fueron enterrados militantes de la Comuna de París, y tras ellos muchos miembros de la izquierda. Lo mismo puede decirse del Berlín capitalista, donde Mies van der Rohe construyó en la década de 1920 un expresivo y sombrío monumento en el Berlín este en honor a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que fue reconstruido posteriormente tras su destrucción por parte de los nazis. Herbert Frahm, más conocido como Willy Brandt, fue de hecho militante obrero y posteriormente se convirtió en líder socialdemócrata. Pero difícilmente hubiera sobrevivido en su forma monumental sino hubiera sido alcalde de la ciudad y canciller federal. El Madrid posfranquista recuerda a sus clásicos líderes obreros —Pablo Iglesias, Largo Caballero e Indalecio Prieto— pero no de una manera muy icónica. Irónicamente, el movimiento obrero está más presente en la iconografía de Washington, donde podemos encontrar una gran estatua a Samuel Gompers, el líder de los trabajadores cualificados, antisocialista y dirigente de la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL).[30]

El «populismo» americano y la rehabilitación racial

Los Estados y ciudades coloniales estaban organizados racialmente, mediante la marginación, subordinación o exclusión de los pueblos nativos, los esclavos y los descendientes de los esclavos. Los momentos populares en el mundo colonizado fueron característicamente momentos de rehabilitación racial, reconocimiento e inclusión de las «razas» subalternas y marginadas. Aunque a menudo esto no significara realmente un cambio en el poder urbano, al menos supuso dar cierta cabida oficial a diferentes culturas. De

[30] Canberra tiene desde 2013 su monumento «National Workers' Memorial», un abstracto conjunto de pilares en el King's Park de Lake Burley Griffin. No tiene conexión alguna con el históricamente poderoso movimiento obrero australiano, pero está dedicado a las víctimas de accidentes y enfermedades laborales.

todos modos, el Nuevo Mundo de la conquista y la inmigración también se convirtió en la patria del «populismo».

El sistema político de los recientes Estados excoloniales fue en la mayor parte de los casos más abierto y con un anclaje menos firme en la estructura social (al menos durante una época) que el de los Estado nación europeos. En América Latina en el siglo XIX y principios del XX, las personalidades fuertes entre los plebeyos, que incluían a los mestizos y a aquellos que encarnaban herencias diversas, podían encontrar el camino al poder a través de senderos tumultuosos. En las grandes ciudades de Norteamérica, aunque no en Washington, la «maquinaria política» plebeya se hizo con el poder urbano a través de la movilización de los bloques étnicos.

Las políticas nacionales del siglo XX en las Américas desarrollaron el fenómeno del populismo, una demagógica retórica política contra las instituciones o el orden establecido, que —cuando llegaba al poder— solía proporcionar substanciales beneficios a la población en general, aunque no un auténtico poder popular. Los regímenes populistas eran, habitualmente, o bien gobiernos con una figura carismática en la cúspide, que gobernaba para sus clientelas en vez de hacerlo para la ciudadanía, o bien eran pueblos autoorganizados en repúblicas, que se mantenían normalmente dentro de los confines del capitalismo «dependiente». Por esta razón, debido a su limitado impacto en la ciudad capital[31] y a que su análisis político requiere de mucho más espacio del que tenemos aquí, el populismo americano, pese a ser muy interesante, no se tratará en el presente texto como un momento popular, si bien nos lo volveremos a encontrar en algún otro punto más adelante.[32]

La raza tras el Imperio británico

Aunque para los estándares estadounidenses, los afroamericanos constituían una gran proporción de la población de Washington DC nunca alcanzaron a ser más de un tercio de la población hasta la década de 1950. Fue entonces cuando la suburbanización blanca dio paso a la disminución de la población blanca, mientras que la población negra siguió creciendo. Desde 1960, Washington ha tenido siempre una mayoría de población negra. Los afroamericanos comenzaron a aparecer en el Washington oficial unos dos siglos después de la independencia, después de que ganasen el derecho al

[31] En Estados Unidos, aunque no en América Latina, el populismo era básicamente rural y estaba confinado a la zona oeste.

[32] Los líderes populistas en las Américas pueden ser vistos como figuras pintorescas, comenzando por William Jennings Bryan (el tres veces derrotado candidato a la presidencia de los Estados Unidos, justo antes del cambio de siglo), e incluyendo, en América Latina, a Getúlio Vargas en Brasil, Carlos Ibáñez en Chile, Juan Perón en Argentina, Juan Velasco Alvarado en Perú, hasta el último en la lista por el momento, Hugo Chávez en Venezuela. Curiosamente, muchos de ellos eran hombres del Ejército; de la lista mencionada los únicos civiles fueron Bryan y Vargas.

voto en el sur. El Congreso garantizó el gobierno autónomo de la ciudad en 1973 y en noviembre de aquel año se eligió a su primer alcalde. Al principio hubo continuidad: el alcalde elegido, Walter Washington, que era afroamericano, había sido designado previamente como comisionado de la ciudad.

El cambio político llegó en 1979, con la elección del activista por los derechos civiles Marion Barry, hijo de un aparcero y político pintoresco y controvertido que fue elegido cuatro veces. Marion Barry abrió los empleos municipales a los afroamericanos, atrajo inversiones a la Oficina de Desarrollo del Centro de la ciudad, proporcionó empleo estival para los jóvenes, subsidios para la compra de casas y programas de comida para los mayores pobres. En su primer mandato impuso también rectitud presupuestaria y contable ante el notorio caos financiero de la ciudad. Sin embargo sus tres últimos mandatos recayeron en las viejas y descuidadas prácticas; su administración se vio sumida en la corrupción. El poder establecido en la capital tenía muchas razones para aborrecerle, y su cada vez más errática vida personal le ofreció argumentos para atacarle. En una operación que parecía sacada de un *thriller* de la Guerra Fría, en la víspera de la campaña electoral, cayó en una trampa del FBI que le incriminó utilizando a una mujer a la que contrataron para que le invitara a su habitación de hotel y le ofreciera drogas, mientras grababan los hechos. Tras ello la policía allanó el lugar. Barry tuvo que retirarse de los comicios, aunque en 1994 fuera elegido de nuevo para un cuarto mandato.

La carrera y logros de Barry tienen un sorprendente parecido con las de muchos de los líderes excoloniales: un líder étnico radical y carismático, que promueve el desarrollo étnico mientras que intenta al mismo tiempo complacer a los inversores y hombres de negocios, al que el poder le vuelve cada vez más disoluto y que finalmente acaba dejando un sumidero de corrupción, brutalidad policial, deuda pública y subdesarrollo social, aunque mantiene hasta el final un núcleo duro de fieles que nunca olvida que él había defendido a su pueblo.

Entre las décadas de 1970 y de 1980, los negros de clase media comenzaron a abandonar el decadente centro urbano; desde el 2011 la proporción de afroamericanos entre la población ha caído por debajo del 50 %, pese a ser una ciudad con un crecimiento demográfico positivo. El fracturado espectro de políticos negros del Partido Demócrata que ha sucedido a Barry no ha producido ningún programa de reforma social significativa, aunque caso de intentarse hubiese tenido pocas posibilidades de implementarse, debido al endeudamiento del consistorio y la hostil tutela presupuestaria a la que el Congreso somete a la ciudad. Sin embargo, el actual alcalde ha afirmado, sin más explicación, que sus presupuestos del 2016 son «el camino hacia la clase media».

Por supuesto, en medio de la reacción racista blanca, no había lugar para los afroamericanos dentro de la visión de 1902 de la Park Comission sobre la «belleza y dignidad de la capital nacional».[33] El Freedmen's Memorial (Monumento a la Emancipación) de 1903, financiado por afroamericanos, fuera del centro de la ciudad en el cuadrante sureste, era sobre todo un monumento a la magnanimidad blanca: representaba a un imponente Lincoln ofreciéndole su bendición a un hombre negro en cuclillas a sus pies, cuyas cadenas están rotas. Desde 1974, Lincoln se ve contrastado por un pequeño conjunto de estatuas más respetuosas en honor a la educadora afroamericana Mary McLeod Bethune.

En las décadas de 1980 y 1990, la iconografía racial comenzó a cambiar significativamente. Dos nuevos y más conservadores memoriales de la guerra de Vietnam se añadieron al famoso y nada heroico Memorial a los Veteranos de Vietnam, instalados en 1984 y 1993; ambos incluían obvios guerreros afroamericanos. En 1998 se inauguró un Monumento a la Memoria Afroamericana de la Guerra Civil. En 2001, se presentó en la ciudad un oficioso African American Heritage Trail [Memoria de la Herencia Afroamericana], definido a menudo de una manera generosa como African American Landmark Sites [Lugares Emblemáticos de la Herencia Afroamericana].[34] Martin Luther King Jr. obtuvo una auténtica estatua conmemorativa en el Mall en 2011. Finalmente, en septiembre del 2016, se abrió en el Mall un Museo Afroamericano, en un original edificio de inspiración yoruba construido por el arquitecto africano con residencia en Londres, David Adjaye. Y en 2004 los nativos americanos por fin obtuvieron su reconocimiento oficial en un museo (obra de un arquitecto indígena canadiense), once años después del Museo del Holocausto (este había sido financiado con fondos federales).[35]

Las áreas negras pobres de la ciudad se encuentran principalmente en el sureste, al otro lado del río Anacostia, pero también pueden encontrarse al norte de S Street Northwest; en general son invisibles a los ojos de los congresistas y a los grupos de presión, además de los ocasionales visitantes.

---

[33] La tesis doctoral para el puesto de catedrático de Wolfang Sonne, *Habilitation*, proporciona una buena visión general arquitectónica, sin prestar atención al contexto político, y etiqueta a la ligera como una «democracia consolidada» a un país cuya proporción de habitantes masculinos con derecho a voto era menor que el Reich alemán (Sonne, *Representing the State*, *op. cit.*, cap. 2).
[34] Actualmente ha sido renombrado como «From Civil War to Civil Rights» (de la Guerra Civil a los Derechos Civiles) pero, por poner un ejemplo de su escaso alcance y difusión, en abril de 2016 una mujer afroamericana que trabajaba en el puesto de información turística no tenía información de ningún African American Heritage Trail.
[35] Respecto al Washington monumental véase Savage, *Monument Wars*. En Washington también hay una agencia federal llamada American Battle Monuments Commission (Comisión de Monumentos de Batallas Estadounidenses), y que fue inscrita orgullosamente en el Memorial a la Segunda Guerra Mundial en 2004.

Canadá fue el primero de los Estados coloniales exbritánicos en reconocer, tardíamente, los derechos de los nativos; estos obtuvieron algunos derechos territoriales en la Constitución de 1982. Con el Museo Canadiense de la Civilización, en Ottawa-Gatineau, este país también fue el primero entre los independizados del Imperio británico en presentar sus respetos a su población indígena. A diferencia de los posteriores reconocimientos realizados en Wellington, Canberra y Washington, el museo canadiense no es una tumba a los nativos. Pone a los pueblos indígenas en el centro de la historia canadiense. Su sala principal, a pie de calle, está dedicada a mostrar «la rica herencia cultural de los pueblos aborígenes de la costa oeste de Canadá». Junto a ella está la Sala de los Pueblos Originarios en la que se muestra la diversidad cultural. Solo después, y subiendo las escaleras, llegas a la Sala de la Inmigración Canadiense.

Hasta la década de 1970, el «Mantengamos Australia blanca» centró la política nacional; era el primer punto del programa del Partido Laborista Australiano. Se produjo entonces un cambio de rumbo (con un nuevo líder laborista), al tiempo que los aborígenes comenzaron a agitar y a movilizarse, incluyendo la colocación de una «embajada» en una tienda de campaña enfrente del Parlamento. Australia se ha mostrado más reticente a reconocer a los pueblos originarios de lo que lo ha sido Canadá, en 2001, sin embargo, con motivo del centenario de la federación australiana, el nuevo Museo Nacional Australiano incluyó un edificio anexo de gran ambición arquitectónica, el Instituto de Estudios de los Aborígenes Australianos y los Isleños del Estrecho de Torres. En el mismo año se inició la construcción de un gran conjunto conmemorativo en el Triángulo Parlamentario al lado del lago Burley Griffin, al que se le bautizó con el nombre de Reconciliation Place (Lugar de la Reconciliación). Se trataba de una llamada a la reconciliación entre colonos e indígenas, incluyendo reconocimientos simbólicos del origen aborigen del país, de los derechos territoriales y de sus líderes. Este es el caso más importante y de mayor alcance de estos últimos tiempos de los reconocimientos simbólicos de los pueblos nativos por parte de los colonos. Fue gracias a la presión de una poderosa opinión pública y al trabajo de la National Capital Authority (Autoridad de la Capital Nacional), si bien no parece que obtuviese mucha ayuda por parte del gobierno de derechas de Howard que ocupaba el poder en aquellos momentos.

Nueva Zelanda fue única entre los Estados coloniales de la secesión británica, en presentar respetos y otorgar reconocimiento a los maorís —un pueblo con tradiciones guerreras relativamente grande y bien organizado— a los que se les garantizó derechos territoriales delimitados y se les reconoció un pequeño lugar dentro de la política colonial, de acuerdo con el Tratado de Waitangi de 1846. Wellington siempre había sido una ciudad

colonial blanca. En 1998 abrió sus puertas el icónico Museo de Historia Nacional centrado, aunque no de forma exclusiva, en los maorís: el *Te Papa* (Nuestro Lugar). El momento popular había llegado a Wellington.

A principios de la década de 1990 el Estado colonial racista de Sudáfrica implosionó de forma completa y Pretoria se convirtió en la capital excolonial de Tshwane.[36] La economía sudafricana y su sociedad no han logrado (todavía) un desarrollo muy satisfactorio. Pero su radical cambio de régimen ha sido gestionado con una habilidad excepcional e impresionante. Ha habido violencia en esta transición, pero las nuevas y viejas élites han conseguido mantenerla en los márgenes, o al menos evitar que penetrase en el núcleo de la política, incluso tras el asesinato racista del popular e influyente líder comunista Chris Hani.

La ciudad de Tshwane representa este proceso bastante bien. Hasta las elecciones de 2016 había sido gobernada por el Congreso Nacional Africano (CNA). La ciudad interior es actualmente mayoritariamente negra —durante mi primera visita, la ciudad era blanca como una azucena— y lleva el nombre de un jefe tswana (probablemente mítico), Tshwane, que ahora se alza delante y al lado del líder colonialista Pretorius, de quien la ciudad obtuvo su nombre anterior. El inmenso edificio de la Unión, construido por el arquitecto imperial Herbert Baker para las dos alas de la unión colonial, los bóers y los británicos, sigue en el mismo lugar, con su imponente presencia (que ahora es presidencial), pero tras su parapeto y la estatua ecuestre del general bóer Louis Botha, el primer ministro de Sudáfrica, ahora hay una estatua, a mayor tamaño que el real, de un relajado e informal Nelson Mandela. La nueva capital es mucho más grande que la vieja, y se extiende a lo largo de los campos de cuarentena y de las zonas industriales, a fin de incluir a los periféricos «poblados» negros.

El lugar sagrado de los bóers a las afueras de la ciudad, es el impresionante monumento Voortrekker (Vanguardia) de enorme carga simbólica. Esto no solo ha quedado intacto, si no que además ha sido clasificado como monumento nacional, aunque no como parte del patrimonio nacional. En el 2009, se le añadió el Wall of Remembrance (Muro del Recuerdo) en el que están inscritos los nombres de los miembros de las fuerzas armadas sudafricanas caídos en servicio (defendiendo el apartheid) entre 1961 y 1994, un extraordinario gesto de desafío y de reconciliación.[37] En otra

---

[36] Los opositores blancos llevaron a juicio el cambio de nombre (ya que Pretoria era el nombre colonial) y en 2015 se suspendió su utilización debido a ciertos procedimientos decisorios improcedentes, pero es bastante probable que se levante dicha suspensión y se recupere el nombre con el que se la había rebautizado.

[37] Poco antes de que el apartheid llegase a su fin, el monumento Voortrekker fue privatizado y pasó a manos de una organización cultural afrikáner (Annie Combes, *Visual Culture and Public Memory in a Democratic South Africa*, Durham (NC), Duke University Press, 2003, p. 33), de ahí el desafío. El acto de reconciliación fue por parte del gobierno quien toleró la instalación y declaró todo el conjunto como parte del patrimonio monumental nacional en 2011.

colina, a cierta distancia al otro lado de la autopista, se ha levantado el Freedom Park (parque de la Libertad), de gran complejidad simbólica, y que fue conectado por carretera con el monumento bóer, en 2011, durante el Día de la Reconciliación.

El parque de la Libertad abrió sus puertas en 2007, y las ampliaciones del parque continuaron tras la apertura. Es el conjunto más deliberadamente elaborado y simbólicamente original de la historia moderna, y tal vez de toda la historia. Está basado en los sistemas de conocimiento indígenas. Se consultó profunda y extensamente a ancianos tribales, a curanderos tradicionales y a antropólogos africanistas (autóctonos), implicándolos de manera fundamental en el diseño. La composición forma un paisaje simbólico basado en principios africanos y los conceptos se expresan en idiomas nativos. Tiene tres partes principales.

De ellas, la primera en ser construida y la más propiamente africana es *Isivivane*, un lugar sagrado donde los espíritus de los luchadores por la libertad descansan en paz. Está delimitada por un círculo de once rocas: una por cada una de las nueve provincias del país, una por la nación en su conjunto y una por la comunidad internacional y su contribución a la lucha contra el racismo y el apartheid.

El entonces presidente, Thabo Mbeki cuestionó el abstracto anonimato del monumento, y se construyó una nueva sección, *S'khumbuto*, el Jardín del Recuerdo, que incluye un Wall of Names [Muro de los Nombres] de las víctimas identificadas en las guerras en Sudáfrica, desde las guerras precoloniales, el genocidio colonial y la esclavitud, hasta la represión del apartheid, y una Gallery of Leaders [Galería de los Líderes]. Esta última está dividida en tres categorías de tamaño descendiente: sudafricanos, continentales y líderes mundiales, que han contribuido a la libertad africana. La lista aún abierta incluye actualmente (era 2014) cuatro nombres en la tercera categoría: el académico y activista afroamericano W. E. B. Du Bois, el político jamaicano promotor del retorno a África Marcus Garvey —y quien se entrevistó con los supremacistas blancos para intentar llevar su plan a cabo—, el Che Guevara y Toussaint L'Ouverture, el líder de la independencia haitiana. La galería sudafricana es ecuménica e incluye —junto con los difuntos líderes históricos del CNA de Luthuli a Tambo— al fundador del partido rival del CNA en el Congreso, Robert Sobukwe, a los reyes guerreros zulúes del siglo XIX, dos militantes antiapartheid blancos (Bram Fischer y Helen Joseph) y, después de debatirlo bastante, dos comandantes bóer de la guerra anglo-bóer, De Wet y De la Rey.[38]

[38] Una primera lista de veinticuatro nombres se anunció en 2009 y puede consultarse en politicsweb.co.za [http://politicsweb.co.za/politics/freedom-parks-list-of-names-for-heroes-gallery, en la consulta a la página en enero del 2018 no aparece el nombre de Marcus Garvey]. En 2014 el

//hapo, una palabra joisana que significa «sueño», es el tercer gran elemento del parque, y está situado en un edificio con forma de roca. Es un museo de la cosmología africana, así como de la historia del mundo, que comienza con los orígenes de la Tierra, el proceso de población y el mundo de los ancestros, y que recorre el colonialismo, la industrialización y la urbanización hasta la nación contemporánea y la construcción del continente. No sorprende que tanto el concurso arquitectónico internacional como el artístico quedasen desiertos, decidiéndose no escoger ningún ganador debido a que los participantes no entendían correctamente el contexto cultural. En su lugar, el comité organizativo decidió colaborar con arquitectos y artistas locales siguiendo unas líneas de acción muy específicas.[39]

América Latina: La Raza, populismo y reforma urbana

La rehabilitación racial comenzó mucho antes en las principales capitales de las secesiones ibéricas. Como se señaló en el capítulo sobre las fundaciones nacionales, los nuevos Estados de México y Perú no se veían a sí mismos como Estados exclusivamente coloniales, incluyeron motivos precolombinos y conexiones con ellos en sus iconografías y narrativas principales. En la década de 1850, el gran liberal Benito Juárez, un indio zapoteca, se convertía en juez de la Corte Suprema y en la década de 1860 en presidente de México.

Durante los años veinte y treinta de ese siglo se extendió una oleada de reconocimiento cultural nativo, en particular en los dos antiguos virreinatos imperiales, México y Perú, ambos centros políticos importantes durante la era precolombina. Este movimiento recibió el nombre de *indigenismo* y conllevó una enorme revalorización de la cultura indígena que, pese a la explotación continuada de los campesinos indios, nunca había llegado a estar tan destruida y marginada como lo estuvo en la Norteamérica inglesa.

La Revolución mexicana fue una erupción popular de proporciones épicas, pero su resultado final fue el régimen socialmente ambiguo de los victoriosos señores de la guerra. En diciembre de 1914 tuvo lugar el momento popular revolucionario más dramático de Ciudad de México, cuando

---

número de nombres había ascendido a 37 (A. Oliphant *et al.*, *Freedom Park*, Pretoria, 2014, p. 43), y se pueden encontrar los nombres añadidos en archivalplatform.org [http://www.archivalplatform.org/index.php/search/global/?keywords=gallery+of+leaders]. No muchos de ellos pueden verse en la Galería de los Líderes, y a principios de septiembre de 2016 no había representados en el muro ni comandantes bóer, ni más personaje internacional que el Che Guevara.

[39] Existe una guía oficial, muy informativa y bien ilustrada: A. Oliphant *et al., Freedom Park*, *op. cit.* Es bastante útil pero no es un sustituto adecuado para un tratamiento histórico correcto. Por mis propias visitas y la información de los amables guías, parece ser que el parque (aún) no se ha convertido en un destino principal de peregrinación o turismo, aunque las escuelas hacen habitualmente visitas al sitio.

la ciudad fue tomada por dos comandantes radicales, Emiliano Zapata y Pancho Villa, y sus milicias populares, aun cuando su vida acabó siendo breve y sin consecuencias relevantes. No obstante, los gobiernos revolucionarios que les siguieron se comprometieron profundamente con la educación de los indios y los mestizos, y con una concepción de la historia nacionalista y anticolonialista en la que los indios, y no los conquistadores-colonos, tenían el papel protagonista. La representación de este compromiso se transmitió al público mediante murales públicos, encargados por el gobierno, y realizados en el Palacio Nacional, en las escuelas y en otros edificios públicos. José Vasconcelos, que fue durante mucho tiempo ministro de Educación, elevó a los mestizos a «raza cósmica» de significado universal.[40]

Un monumento a la rehabilitación racial se inauguró en México en 1940, a finales del reinado del más progresista de todos los presidentes que surgieron de la revolución mexicana, Lázaro Cárdenas. Se trataba de una reafirmación de la *mexicanidad* no colonial en forma de un *Monumento a la Raza;*[41] la etnicidad mexicana era representada por una pirámide india coronada por un águila. De todas maneras, debería subrayarse que junto con el respeto oficial, y los derechos indios sobre el territorio, obtenidos bajo el mandato de Cárdenas, la desigualdad, la dominación blanca y la discriminación continuaron en la sociedad mexicana, agravándose tras el final (con Cárdenas en 1940) del legado doméstico progresista de la «revolución institucionalizada».[42]

Perú no obtuvo su primer presidente de ascendencia india, Alejandro Toledo, hasta 2003. No resultó ser un presidente muy efectivo, pero eliminó la estatua de Pizarro de la plaza principal de Lima y arrió la bandera amerindia del arcoíris sobre el palacio presidencial. Entre las dos guerras mundiales se desarrolló en Perú un movimiento *indigenista*, liderado por dos intelectuales y líderes políticos formidables, el indoamericanista Víctor Raúl Haya de Torre y el comunista heterodoxo José Carlos Mariátegui. Ninguno de ellos logró alcanzar el poder, tampoco, por lo que yo sé, dejar una impronta significativa en la ciudad de Lima. También en los años veinte del mismo siglo se desarrolló un *indigenismo* estatal paternalista: el semidictador liberal Augusto Leguía se autoproclamó «protector de la raza indígena».[43] Una peculiar muestra del sentir de la población ajena a la

---

[40] José Vasconcelos, *Raza cósmica*, *op. cit.*

[41] Literalmente «Monumento a la Raza», pero la *Raza* posee una connotación muy especial en Hispanoamérica. Muy a menudo se refiere de manera cultural al pueblo hispanoamericano. El día de celebración de *la Raza* es el 12 de octubre, el día que Colón desembarcó en el Caribe. En el monumento mexicano, *la Raza* es básicamente sinónimo del pueblo mexicano, representado por una pirámide azteca.

[42] En política exterior, se ha logrado mantener cierta autonomía frente a los dictados de Washington. Por ejemplo, México no secundó el bloqueo estadounidense de Cuba.

[43] Marie-Danielle Demelś, *La invención política*, Lima, IFEA-IEP, 2003, p. 389.

oligarquía blanca fue la donación a la ciudad, por parte de los residentes japoneses, de una estatua del inca Manco Cápac, que se colocó en uno de las zonas céntricas de la ciudad y que Toledo utilizaba a menudo como telón de fondo de sus discursos electorales.[44]

Lima ha sido históricamente la capital más estirada y conservadora de los antiguos virreinatos, y probablemente de todas las capitales hispánicas de las Américas.

Pero sufrió un cambio radical entre la década de 1960 y 1970, cuando debido a la inmigración de las zonas andinas la población de la ciudad casi se triplicó, pasando de los 1,6 millones de habitantes de 1961 a los 4,6 millones de 1981. Las políticas urbanas no cambiaron mucho, siguieron dependiendo de una débil situación financiera y de alcaldes siempre bajo presión presidencial, incluso si acababan de ser elegidos. Entre 1983 y 1985 el consistorio de la ciudad estuvo en manos de la agrupación Izquierda Unida, que intentó implementar un cambio social. Todos sus esfuerzos por distribuir derechos territoriales entre sus residentes populares y en instituir la participación popular se vieron bloqueados, pero su «Programa del Vaso de Leche» para los niños en edad escolar fue muy popular.[45] Durante este siglo ha habido al menos otro alcalde progresista, elegido mediante una candidatura independiente, pero no ha habido ningún intento de socialismo municipal.

Sea como sea, lo sucedido ha supuesto un enorme cambio cultural. La vieja cultura criolla blanca de Lima se ha visto inundada por la de los inmigrantes andinos. La cultura *chicha* de estos últimos y, en particular, su música han adquirido hegemonía popular. Este es un tipo de música muy diferente de la criolla, heredada de los europeos y con letras que muestran un giro cultural histórico.

Existen tres temas predominantes en las canciones *chicha*: el orgullo de clase/etnia, el modernismo y el nacionalismo. Permitidme que os deje aquí algunos ejemplos:

> Soy un cholito cantor
> Me gusta ser como soy
> No tengo dinero
> soy un pobre obrero . . .
> trabajo con amor y con calor
> por ver grande a mi patria.
> Nosotros los cholos no pedimos nada
> pues faltando todo, todo nos
> alcanza

---

[44] Gutiérrez Viñales, *Monumento conmemorativo*, *op. cit.*, pp. 482-483.

[45] G. Schönwälder, «Metropolitan Lima: A New Way of Making Politics» en Daniel Chávez y Benjamín Goldfrank (eds.), *The Left in the City*, Londres, Latin America Bureau, 2004.

El pueblo va despertando
el día va amaneciendo...
mire tu pueblo hermano
ahora de ti depende...
no comas más tu pobreza

Soy muchacho provinciano...
No tengo ni padre ni madre...
Solo tengo la esperanza de progresar.[46]

Hasta donde yo sé, esta orgullosa cultura plebeya modernista de Lima puede que sea única. De todas formas, transmite una contribución muy singular al significado de los momentos populares en la historia urbana.

El peronismo fue, y es, un movimiento nacional de origen populista que ha tenido una extraordinaria duración en el poder, pero su carrera al poder comenzó gracias a una manifestación masiva en Buenos Aires el 17 de octubre de 1945, organizada principalmente por cuadros trotskistas (y por otros militantes heterodoxos) del movimiento obrero en apoyo al coronel Perón, que en aquellos momentos era el ministro de Trabajo del fracturado gobierno militar. Mientras el peronismo gobernó mantuvo la promoción de la vivienda popular, especialmente en Buenos Aires,[47] pero esto debe ser recordado como un importante factor de rehabilitación racial en una ciudad blanca muy europea. La clase media blanca de Buenos Aires se escandalizó inmediatamente al ver a la masas de trabajadores de piel oscura marchando hacia el centro de la ciudad, como si fuera «una invasión de otro país». El desarrollo económico y político peronista promovió a la población mestiza del interior de Argentina. Sus partidarios eran conocidos como *cabecitas negras* o, simplemente, como *negros*.[48] En 1955 Perón fue expulsado del poder, solo para regresar como un fantasma a principios de la década de 1970, cuando el caótico peronismo de derechas preparó el camino para una de las peores dictaduras militares del hemisferio.

El momento igualitario de Sudamérica, cuando del 2002 al 2012 el hemisferio marchó contra la tormenta de desigualdad del resto del mundo,[49]

---

[46] Danilo Martucelli, en la Universidad de París-Diderot, fue el primero en alertarme del cambio cultural de Lima: mi amiga Narda Zola Hernández me confirmó que estaba en lo cierto y me puso en contacto con Pedro Pablo Copa, cuyo ensayo realmente perspicaz «Música popular, migrantes y el nuevo espíritu de la ciudad», en *Colegio de sociólogos de Perú, Los nuevos rostros de Lima*, 2009, pp. 113-140, me proporcionó el contexto y la documentación. La letra de la canción es de una cita extraída de su trabajo.

[47] Anahi Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

[48] La historia de terror es vivamente relatada en un documento de Alejandro Grimson, «Racionalidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo», Desigualdades.net, Working Paper, núm. 93, 2011, Buenos Aires, Rapoport y Seoane, *op. cit.*, p. 729.

[49] Göran Therborn, «Moments of equality: Today's Latin America in a global historical context», en Barbara Fritz y Lena Lavinas (eds.), *A Moment of Equality for Latin America?*, Nueva York, Routledge, 2015, pp. 13-28.

tuvo una poderosa dimensión etnoracial manifiesta en los programas educativos, en la *Bolsa Familia* y en las «misiones» populares del gobierno chavista venezolano. En las políticas cada vez más polarizadas de Brasil y Venezuela en 2015 y 2016, la división étnica se volvió muy visible en las marchas y manifestaciones callejeras, que eran abrumadoramente blancas en las de derechas, y claramente mucho más pigmentadas en las de la izquierda.

Bolivia, como Sudáfrica, abandonó el Estado colonial por completo. Su constitución de 2009 se definía como un Estado «plurinacional», con derechos colectivos garantizados para las comunidades indias. La transformación de la democracia formal profundamente desigual, con su historia de la revolución de clase mestiza (en 1952), en una democracia plurinacional mayoritariamente india causó menos conmoción que la abolición del *apartheid,* pese a que fue impulsada por movimientos de protesta urbanos épicos contra la privatización de servicios urbanos como el gas y el agua, que empujaron unas elecciones presidenciales decisivas. Además en términos de reducción de la desigualdad económica, la nueva Bolivia ha sido mucho más radical y exitosa que la democrática Sudáfrica.[50]

En materia urbana, la nueva distribución se ilustra en la conexión por teleférico, a iniciativa estatal (de 2014), entre la ciudad india de El Alto (a 4.000 metros de altitud) con la capital colonial de La Paz, a unos cuantos cientos de metros por debajo. Sin embargo, en La Paz siempre hubo mujeres indias en los mercados y comercios y no he notado ningún gran cambio allí. El brillo de una década de más de un 5 % de crecimiento económico anual es más visible en La Paz, mientras que El Alto se sigue percibiendo a sí misma como una ciudad pobre, víctima de un gobierno municipal corrupto, por lo menos hasta 2015 cuando el alcalde oficialista perdió las elecciones y posteriormente acabó en la cárcel.

Los movimientos de protesta indios y las protestas contras sus Estados coloniales se han convertido en movimientos significativos y de gran importancia en muchos lugares de América Latina, de Chile a Guatemala, así como en las zonas más al norte de Estados Unidos y de Canadá. Sus luchas siempre han sido duras y a menudo reprimidas. Sus marchas y manifestaciones han sido visibles en algunas capitales, especialmente en Quito y La Paz, pero sus movimientos son principalmente rurales.

En Brasil y en Brasilia, la rehabilitación racial ha sido menor, incluso en comparación con Ottawa, Canberra y Wellington, aun cuando se le pidiese a Oscar Niemeyer que construyese un museo indio en Brasilia. Brasil, el mayor importador de esclavos de las Américas, sigue sin tener su propio museo sobre la esclavitud, si bien se inauguró uno sobre la historia

---

[50] Economic Comission for Latin America and the Caribbean (CEPAL), *Social Panorama of Latin America 2014*, United Nations, Nueva York, 2015, tabla I.A.3.

afrobrasileña en São Paulo durante el gobierno de Lula. Durante los mandatos del gobierno del Partido de los Trabajadores de Lula y Dilma, se asumió finalmente la discriminación racial como un problema público, sobre todo al introducir la acción afirmativa en la educación superior. Pese al mito de «democracia racial» (Gilberto Freire), la élite política brasileña sigue siendo mucho más exclusiva racialmente que la estadounidense.[51]

Reforma urbana popular

Algunas capitales del mundo colonizado han tenido gobiernos de centroizquierda o progresistas incormistas, incluso en las zonas más atrasadas en términos de progreso social como por ejemplo El Salvador en Centroamérica.[52] Pero durante el siglo de auge de la clase obrera, ninguna de sus capitales poseía una base obrera organizada, como para impulsar un socialismo municipal al modo clásico europeo.[53] Las políticas urbanas latinoamericanas han tenido sus aspectos populistas, llegando incluso a marcar el tono y la agenda en la aglomerada de Caracas durante el mandato de Hugo Chávez. Pero las políticas urbanas que han tenido éxito y que estaban orientadas a la población han sido más populares que populistas: es decir, han estado dirigidas no tanto por un movimiento de clase del

---

[51] Brasil no tiene ninguna figura equivalente a, digamos, Thurgood Marshall, Colin Power, Condolezza Rice y Barak Obama. Parece ser que la mayor parte de los observadores extranjeros han señalado que el gobierno no elegido que tomará el poder tras un burlesco golpe parlamentario-judicial entre abril y mayo del 2016, no solo está compuesto totalmente por burgueses sino también que son todos blancos y hombres. Por otra parte la diferencia en la esperanza de vida entre razas, es mucho menor en Brasil que en Estados Unidos, un año frente a cuatro y medio en 2010 respectivamente (Therborn, «Moments of equality...», *op. cit.*).

[52] Benjamin Goldfrank y Andrew Schrank, «Municipal neoliberalism and municipal socialism: Urban political economy in Latin America», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 33, núm. 2, 2009, pp. 443-462.

[53] Inmigrantes descendientes de alemanes lograron establecer un gobierno municipal de este tipo en la ciudad de Milwaukee, en el medio oeste estadounidense, pero acabaron sucumbiendo finalmente al característico problema de la raza del Nuevo Mundo. En 1919, Milwaukee era una ciudad industrial con una gran clase obrera, de origen principalmente alemán —familiarizada con los movimientos obreros alemanes—, gestionada, como la mayor parte de las ciudades estadounidenses de aquellos momentos, por una «máquina política» clientelar, que representaba y protegía a sus compinches capitalistas. En las elecciones de aquel año, el Partido Socialista logró forjar una coalición basada en la lucha anticorrupción, la principal preocupación de la honesta clase media; otro foco central se ponía sobre los problemas laborales (Richard W. Judd, *Socialist Cities*, SUNY Press, Albany, 1989, p. 22). En el ambiente cada vez más hostil de los capitalistas de Estados Unidos, esta coalición, formada por obreros y sectores de la clase media, logró mantenerse en Milwaukee durante cinco décadas, con dos periodos en la oposición (en 1912-1916 y 1940-1948), hasta 1960 cuando el creciente racismo antinegro llevó al último alcalde socialista a no presentarse a la reelección. Su forma de gobernar limpia, práctica y eficiente centrada en los servicios y suministros públicos y en los saneamientos urbanos —que sus rivales políticos denostaban calificándola de «socialismo de alcantarillas»—, junto con la educación, vivienda y otros servicios públicos hizo que la coalición ganase de manera continuada. Para más referencias, véase www.wisconsinhistory.org.

tipo europeo, como por una fluida coalición de diferentes fuerzas sociales ajenas al aparato de poder nacional, que incluía desde sectores de la clase media a trabajadores y a autoempleados de la «economía» informal.

Políticamente, los gobiernos de izquierdas que han llevado a cabo las reformas urbanas más exitosas han sido los del Frente Amplio de Montevideo, en Uruguay. El Frente Amplio lleva gobernando la ciudad desde 1990, allanando el camino a la presidencia en 2005. Honestidad, eficacia y una cauta moderación han caracterizado los gobiernos del Frente Amplio tanto de la ciudad como de la nación. Los servicios urbanos, desde el alumbrado urbano y la recogida de residuos a los centros de día, han sido mejorados.[54]

Como sugiere su nombre, el Frente Amplio es una coalición diversa, en constante diálogo interno y externo pero también firmemente dirigida por líderes ejemplares (nada retóricos), entre los que se incluye Tabaré Vázquez, que con sus ademanes de médico de familia y voz dulce, fue su primer alcalde y tercer presidente, y el paternal exguerrillero Pepe Mújica, su segundo presidente. Mújica dio un ejemplo franciscano de modestia personal y de manera sencilla de vivir, aunque durante su gobierno se abstuvo de implementar ninguna medida radical de justicia social, pese a que el país formó parte del momento por la igualdad sudamericano. Tras diez años de gobierno nacional del Frente Amplio, Uruguay sigue siendo más desigual económicamente que cualquier país europeo.[55]

El gobierno de la ciudad capital más ambicioso y comprehensivo en términos de reforma social fue el de Ciudad de México, dirigido por Andrés Manuel López Obrador (también conocido como AMLO) entre los años 2000 a 2006, momento más alto de un largo récord de gobiernos urbanos progresistas (bajo un gobierno nacional persistentemente neoliberal) desde 1998. Dos de las formidables secretarias de la ciudad (cuya población es equivalente a la de los tres países escandinavos juntos), la secretaria de Salud, Asa Cristina Laurell, y la secretaria de Asuntos Sociales, Raquel Sosa, intentaron desarrollar un sistema de derechos sociales universal al modo europeo.

AMLO se define a sí mismo como un republicano nacionalista; desempeñó su cargo siguiendo el complejo sistema de juego escandinavo, realizando pactos con el gran capital y forzando al mismo tiempo la reforma social. AMLO se las apañó para cooperar con el empresario más rico de México, Carlos Slim, en la renovación del casco histórico del centro de México, mientras que a la vez negociaba una solución con los vendedores callejeros del área y por otra

[54] Daniel Chávez, «Montevideo: From Popular Participation to Good Governance», Daniel Chávez y Benjamín Goldfrank (eds.), *The Left in the City*, *op. cit.*
[55] CEPAL, *Social Panorama of Latin America*, 2014, tabla IIA.2.

parte pactaba con Paul Reichmann (del Canary Wharf) las condiciones para aumentar el número de rascacielos globales. Promovió autopistas elevadas, y contrató al brutal exalcalde de Nueva York, Rudy Giuliani, como consultor, a la vez que alentaba a sus combativas secretarias a que siguieran impulsando el desafío social por parte de los sectores más desfavorecidos. El asunto indígena no era un tema importante dentro del gobierno de AMLO, aunque tampoco estaba fuera de la agenda. La expansión urbana hacia el sur fue delimitada legalmente para, por ejemplo, no colisionar con los derechos de los nativos.

Las políticas sociales del gobierno de AMLO evolucionaron en paralelo a las investigaciones e inventarios de amplio espectro acerca de la situación social de la población e implicaron la puesta en marcha de nuevos y diferentes programas de gran alcance. El mayor y el más popular fue probablemente la puesta en marcha de un sistema de modestas pensiones de alcance universal para personas mayores de 70 años. Dos años después, más de 400.000 personas mayores se habían inscrito en este programa, que también incluía revisiones médicas gratuitas. Fue financiado por la Ley de Austeridad Republicana: con un 15 % de recorte en los sueldos de los dirigentes del gobierno y de todos los cargos altos y la drástica reducción de gastos en representación, viajes, coches, seguros médicos privados, etc., con un total de ahorro de 300 millones de dólares. Otro programa proporcionaba asistencia médica gratuita y medicinas a personas que no estaban cubiertas por el complicado sistema de seguros sanitarios. En 2006, 854.000 familias tenían cubiertos sus costes médicos y de atención sanitaria por el nuevo sistema de derechos ciudadanos.[56] El Secretariado Social desarrolló programas de asistencia social específicos para casi 200.000 personas discapacitadas y lanzó un programa especial para madres solteras. Para que todo funcionara como debía, estos programas requerían de grandes esfuerzos a fin de identificar y contactar con las personas que podían optar a ellos, muchas de las cuales estaban marginadas o excluidas de la sociedad convencional. Estudiantes de medicina y secretarios sociales, al igual que profesores universitarios, fueron reclutados para ayudar en estas tareas. El sistema de pensiones de la ciudad resultó funcionar tan bien y demostró tal eficacia en tan poco tiempo que posteriormente ha sido adoptado por el gobierno nacional de derechas.[57]

[56] Asa Cristina Laurell, «Health Reform in Mexico City, 2000-2006», *Social Medicine*, vol. 3, núm. 2, 2008, p. 149; Asa Cristina Laurell y A. I. Cisnertos Lujan, «Construcción de un proyecto contra-hegemónico de salud: El caso del Distrito Federal de México» en C. Teitelboim, Henrion y A. C. Laurell (eds.), *Por el derecho universal a la salud*, CLACSO, Buenos Aires, 2015, pp. 53-54.
[57] Asa Cristina Laurell ha proporcionado una buena recopilación de las políticas de salud y sociales del gobierno de López Obrador en los artículos antes citados. Mi conocimiento de las mismas se ha visto enriquecido por diferentes entrevistas y conversaciones con ella, Raquel Sosa y con algunos colegas mexicanos que no pertenecen al gobierno.

Otro de los logros de AMLO, y que se ha mantenido, ha sido un particular modelo de presupuestos participativos. De cara a las necesidades y objetivos específicamente locales, el gobierno de la ciudad funciona como un consejo de investigación académico, en el que los vecinos pueden presentar solicitudes para disponer de dinero con el que mejorar las instalaciones comunitarias de su localidad. Si se aprueba la petición, se proporciona a los proyectos consejo y ayuda técnica, así como contables del municipio. Algunos ejemplos que pude ver incluían una zona de juego para niños, un campo de atletismo y un paseo a lo largo de un riachuelo en el vecindario.

La política mexicana es mucho más brutal, viciosa y violenta que la uruguaya, por no hablar de la escandinava. Pese a la gran popularidad de su gobierno y, especialmente de sus políticas sociales, en 2006 la candidatura de Andrés Manuel López Obrador a las elecciones nacionales se vio paralizada por una campaña de odio desplegada de manera muy profesional, que le tildaba como «un peligro para México», y cuyo corolario fue un supuesto fraude electoral.

El cambio urbano en Bogotá no ha ido tanto de la mano *de la gente* como que ha estado dirigido *a ella*. Este ha sido impulsado y desarrollado por alcaldes independientes. Sin embargo, las innovaciones de dichos gobiernos independientes merecen mención dentro del mismo contexto del momento popular. Antanas Mockus —antiguo rector de la Universidad Nacional —y alcalde de la ciudad entre 1995 y 1997 y de nuevo entre 2000 y 2003— consiguió instalar, lo que él denominaba, «cultura ciudadana» en esta enorme e indisciplinada capital de un país empapado de violencia política y criminal. Lo hizo a través de una serie de estratagemas pedagógicas y de eventos simbólicos, incluyendo reclutar mimos como policía de tráfico o intercambiar en Navidad pistolas por juguetes.[58]

El sucesor de Mockus, Enrique Peñalosa, transformó la infraestructura urbana, especialmente gracias al sistema de autobuses, el Transmilenio (sistema que posteriormente sería importado a Santiago, Chile, con menos éxito y habilidad). Transmilenio circula por vías separadas y está organizado como si fuese un metro, pero por la superficie. Es un modelo de transporte muy conveniente y que funciona muy bien en las zonas a las que llega, si bien no va muy lejos y no es suficiente para poder hacer frente a las necesidades de la metrópolis. En 2015, Peñalosa fue reelegido como alcalde y prometió que se ampliaría el servicio. Entre medias, Bogotá fue gobernada por la izquierda, pero sin mucho éxito. El momento de Peñalosa fue interrumpido por un escándalo de corrupción; una vez regresó a la escena política, sus intentos de afrontar la desigualdad y la vivienda deficiente, entraron en conflicto con los intereses excesivamente poderosos de los promotores inmobiliarios y de los sectores de clase media.

---

[58] Véase Justin McGuirk, *Radical Cities*, Londres, Verso, 2014, cap. 6.

Elitismo excolonial y coaliciones reformistas del siglo XXI

Los movimientos anticoloniales eran principalmente populares, pero prácticamente todos ellos acabaron instalando élites poscoloniales en las mismas mansiones y palacios en los que residían las antiguas élites coloniales. La mayor parte de las políticas poscoloniales no han dejado mucho espacio para la gente ordinaria.

Los conceptos de pueblos y naciones anticoloniales y de sus movimientos de liberación están en constante cambio, añadiendo nuevas corrientes sociales a aquellas creadas por la élite gobernante poscolonial. India y Delhi son los principales ejemplos. En el curso de la década de 1990, cuando el Partido del Congreso no gobernaba, se conmemoró oficialmente a los líderes y mártires de la lucha violenta contra los británicos. (Las campañas del Partido del Congreso bajo Gandhi y Nehru habían sido por principio no violentas). En 1995, el parque Al Shaheed (de los Mártires) rendía homenaje a Bjagat Singh el revolucionario punyabí y a dos de sus cómplices, ejecutados por los británicos en 1931. El líder del Partido del Congreso (antiguamente de izquierdas), Subhas Chandra Bose, formó durante la Segunda Guerra Mundial el Ejército Nacional Indio (ENI) que luchó junto a los japoneses en la antigua Birmania, recibió su homenaje en 1998 en forma de estatua, y el título honorífico de *Netaji* («líder respetado»). Otros oficiales del ENI también fueron rememorados, además de homenajear a algunos comandantes y príncipes que lucharon contra los británicos en 1857. Dicha década se dedicó principalmente a construir memoriales, incluyendo uno a los líderes destacados de los *dalit* (intocables) como también a figuras de la extrema derecha hinduista.[59]

También en Camerún, la derrotada lucha armada popular por la independencia llevada a cabo por la Union des Populations du Cameroun (Unión de los Pueblos del Camerún, UPC) a finales de la década 1950 y 1960 fue rehabilitada durante la de 1990. Otros casos han sido más ambiguos porque a los que hasta entonces no se les había hecho ningún tipo de reconocimiento público pertenecían a las élites precoloniales, como J. B. Danquah descendiente de la realeza y que creció en la Ghana pos-Nkrumah, o Muhammad Hatta, que ahora está a la altura de Sukarno en la iconografía indonesia.

Pero a fin de cuentas, un reconocimiento puntual de la existencia de otras voces dentro de la historia de la nación no es lo mismo que un momento popular. Como tampoco lo es la ascendencia de nuevas fuerzas

[59] Ramesh Singh y Sarada Prasanna Das, que en aquellos tiempos eran estudiantes del profesor A. Kumar de la JNU, me hicieron una recopilación de los cambios monumentales y toponímicos en Delhi.

sociales a los estamentos de poder, algo que es fácilmente identificable en el contexto excolonial. A nivel estatal, merece considerar, no obstante, el auge de los *dalits* en India.

Al menos existen dos ejemplos significativos recientes de cambio popular urbano: en Yakarta entre 2012 y 2014 y en Delhi en 2014 y, tras un retroceso, en 2015. Se trata de momentos importantes de reforma urbana con similitudes notables con América Latina, pese a darse en contextos políticos diferentes y con dinámicas sociales distintas. En ambas ciudades, Yakarta y Delhi, así como en Montevideo y Ciudad de México, hablamos de alcaldes reformistas que no pertenecían a la élite, y que fueron elegidos por los segmentos de población más popular así como de la clase media: Joko Widodo, conocido como Jokowi, en Yakarta y Arvind Kejriwal en Delhi.

Jokowi era un empresario irrelevante fuera del aparato político y un forastero en Yakarta, que previamente había sido un alcalde reformador muy popular de otra ciudad javanesa, Surakarta (también conocida como Solo). Fue elegido gobernador de Yakarta pese a enfrentarse al candidato de los sectores económicamente dominantes y de carácter tradicionalista. Lo fue gracias a que su exitoso pasado como gobernador reformista atrajo votantes tanto de clase media como de clase popular, pero también a un cierto respaldo por parte del complejo equilibrio de los partidos políticos indonesios existentes en las zonas rurales del país. Una vez en el cargo, introdujo los seguros médicos, apoyo económico para estudiantes pobres, un sistema de ingreso transparente y meritocrático en el aparato burocrático de la ciudad, un programa de transporte público para hacer frente a la famosa congestión del tráfico de Yakarta (aunque no tuvo mucho éxito) y un estilo de gobierno populista, que le llevó a visitar regularmente las comunidades populares con un estilo personal cercano. Sus dos años de gobierno al frente de la metrópolis fueron bastante exitosos, impulsados y reforzados por la considerable autonomía a nivel fiscal, y le hicieron ganar las elecciones presidenciales en 2014. Sus colaboradores en la ciudad continúan en el gobierno, pero a duras penas existe una base popular organizada que les respalde. Su sucesor en el gobierno municipal también desarrolla una política de tipo popular, pero en tanto cristiano de ascendencia china está bajo ataque de los islamistas.

El actual primer alcalde de Delhi, Arvind Kejriwal, es un antiguo empleado de hacienda que se hartó del omnipresente sistema de corrupción del país. La base política de la que surgió originalmente era el movimiento anticorrupción de Anna Hazare, organizado según las líneas ghandianas de liderazgo ejemplarizante, si bien Hazare dudó al principio en apoyar la entrada de Kejriwal en el juego de la política electoral. El triunfo de Kejriwal, particularmente la primera vez que ganó en diciembre del 2013, se debió a un tipo de políticas de coalición que puede que constituya una de las

estrategias más realistas de la izquierda del siglo XXI. Tenía dos pilares: la aversión de la clase media a la corrupción política y burocrática, y dar voz a las exigencias de respeto y apoyo social de los pobres. El movimiento Hazare sacó a la luz el resentimiento de la clase media contra la corrupción. La poderosa Auto-Rickshaw Drivers Association (Asociación de Conductores de Rickshaw),[60] con sus 80.000 miembros, proporcionó el músculo necesario para la movilización popular. Sus exigencias se centraban en el respeto y el fin del acoso policial. Pero los principales objetivos de la movilización popular fueron las demandas de electricidad y agua gratis (con limitación del consumo) para los pobres. El partido de Kejriwal, Aam Aadmi Party (Partido del Hombre Común, AAP) se presentaba contra la administración del Partido del Congreso —que para los estándares indios es relativamente progresista y solo moderadamente corrupta—, logró el control de las circunscripciones más ricas de Delhi (la antigua y colonial Nueva Delhi), así como de la mayor parte de las circunscripciones de las denominadas castas bajas.

Gobernar Delhi ha sido un dura carrera. A principios de 2014, Kejriwal dimitió al no lograr que se aprobase todo su programa anticorrupción en el Ayuntamiento. En 2015 ganó unas nuevas elecciones, aunque se redujo el apoyo que recibió de la clase media. Se produjo un oscuro conflicto entre Kejriwal y algunos destacados intelectuales de izquierdas del partido, que acabó con la expulsión de estos últimos. De todas formas, parece que las promesas a los pobres se han mantenido y se han realizado. Estos obtienen un flujo básico de luz y agua de manera gratuita.[61]

Modernización reactiva desde arriba y antimodernismo desde abajo

La modernización desde arriba, con su elitismo heredado, no es solo profundamente impopular, sino que también es particularmente propensa a enfrentarse con los movimientos antimodernidad desde abajo. El ejemplo más dramático y de mayor alcance en los últimos tiempos es la Revolución Islámica de Teherán. Seguramente, la población de Teherán tenía razones sociales racionales y justificadas para levantarse contra la «moderna» ciudad del sah, en tanto el 80 % del presupuesto de la ciudad se dedicaba a la parte privilegiada del norte.[62] También hubo fuerzas activas genuinamente progresistas y populares en la primera fase de la revolución. Pero el escenario fue diseñado para oponerse a los movimientos progresistas y el astuto e implacable ayatolá Jomeini fue quien decidió el resultado.

---

[60] Triciclos motorizados típicos de la India (también pueden estar impulsados a pedal) que son el medio de transporte urbano e interurbano más popular. [N. de la T.]

[61] Llegué a Delhi poco después de la primera victoria de Kejriwal, y analicé la vital y dinámica prensa india, desde entonces he ido bombardeando con preguntas a distintos amigos, entre antiguos estudiantes y colegas académicos, para que me mantengan informado.

[62] Misagh Parsa, *Social Origins of the Iranian Revolution*, Rutgers University Press, New Brunswick (NJ), 1989, p. 78.

La mejor manera de azuzar el antimodernismo popular era la que se servía de conceptos y fundamentos religiosos. A este respecto el cristianismo y el islam, religiones militantes de salvación, han sido fuerzas poderosas. En Europa, la modernidad surgió desde abajo y la reacción popular cristiana a duras penas tuvo importancia en sitio alguno. Pero existió durante las revoluciones francesa y las coetáneas guerras nacionalistas: en la Vendée francesa, en la movilización campesina contra la República Bátava,[63] —retratada de manera reverencial por Constantin Meunier— e incluso en la lucha por los Borbones napolitanos —además de por Dios, por supuesto— contra los nacionalistas italianos del siglo XIX. Los sultanes otomanos se vieron obligados una y otra vez a recular en sus reformas modernizadoras debido a las reacciones de la enfadada población de Estambul, al igual que le pasó al rey Amanulá en Kabul en 1929. Cincuenta años después, los comunistas afganos tuvieron que enfrentarse a una reacción popular similar: «Te imaginas, ¡estos comunistas quieren que envíe a mi hija a la escuela!», le dijo un ofendido líder tribal a un amigo mío indio.[64]

En Japón no había ningún credo de salvación que pudiese provocar la reacción del pueblo, los monjes siameses budistas estaban demasiado atados a la monarquía como para intentarlo. Tampoco hubo nunca mucha influencia popular progresista. Puede decirse que Japón tuvo su momento popular durante los primerísimos años de la ocupación estadounidense durante la posguerra, con los bienintencionados defensores del New Deal. Una peculiar feminista,[65] que hablaba japonés, y que formaba parte del equipo de MacArthur, consiguió insertar con éxito los derechos de las mujeres en la Constitución japonesa. Pero tras los devastadores bombardeos estadounidenses, la retirada de escombros y la reconstrucción de la instalaciones básicas se convirtieron en las tareas primordiales. Y después estalló la Guerra Fría, cualquier cosa que fuese popular se convirtió en «comunista».

---

[63] La República Bátava surgió como una «república hermana» de la Primera República Francesa, a partir de la ocupación por parte de los franceses en 1795 de las Provincias Unidas. De corta duración, existió entre 1795 y 1806. Fue impulsada por el Partido Patriota, crecido al calor de las ideas ilustradas, contrario a la oligarquía dirigente, al poder del *Estatúder* y también a la iglesia oficial (la calvinista). Durante la crisis de la década de 1780, los *patriotas* holandeses lograron movilizar y organizar en milicias a las masas urbanas. Cuando consiguieron tomar el poder se proclamó la conocida como República Bátava; adoptaron una política revolucionaria y liberal, pero también muy inestable. En su breve historia sufrió varios golpes de Estado, además de la injerencia del Estado francés que no veía con buenos ojos la existencia de una república hermana pero independiente. [N. de la T.]

[64] Este movimiento antimodernista, aplaudido por todos los medios liberales de Occidente, orquestado por Estados Unidos y financiado por los saudíes, así como su victoria final, fue el caldo de cultivo y el *rite de passage* a la madurez del yihadismo islamista contemporáneo. Todo ello se le debe agradecer especialmente al asesor en seguridad de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, que fue el primero en exaltar y alabar a dicho movimiento.

[65] Beate Sirota, nacida en Viena y criada en el Tokio de antes de la guerra. Véase Göran Therborn, *Between Sex and Power*, Nueva York, Routledge, 2004, p. 93.

El Tokio de posguerra ha tenido su ración de movimientos urbanos de protesta, siempre derrotados, como los movimientos contra la construcción del aeropuerto de Narita o contra la tristemente inadecuada gestión de la falta de vivienda y el problema de los sin techo. Tokio, no obstante, experimentó un breve periodo de gobierno progresista, aunque resultó bastante inefectivo, durante los años setenta del siglo pasado. Los gobiernos urbanos de Bangkok aunque han disfrutado todos ellos de grandes presupuestos económicos no han resultado nada eficaces, y tampoco ha habido, hasta donde llegan mis conocimientos, ningún gobierno urbano de corte progresista. De todos modos, volveremos más tarde, brevemente, a Bangkok como espacio de la revolución y de la contrarrevolución urbanas.

Rebeliones urbanas

Los momentos populares pueden surgir también de los movimientos de protesta urbana. Aquí, sin embargo, solo prestaremos atención a los movimientos urbanos que han afectado a la forma de la ciudad y que han transformado el Estado nación. Movimientos de este tipo ha habido muchos, principalmente tras la Segunda Guerra Mundial, pero la literatura dominante es sobre todo «movimentista», esto es, se centra en las movilizaciones, demandas y confrontaciones de los movimientos y no tanto en sus efectos estatales o urbanos.[66] Vamos a analizar brevemente tres modelos de movimientos urbanos populares cuyo impacto ha resultado significativo. Difieren ampliamente entre sí. Uno es un movimiento de demanda, otro de protesta y veto y el tercero es una insurrección o revolución. Su geografía tiende a ser específica y variada. Los movimientos de demanda son particularmente latinoamericanos, aunque tienen ramificaciones más extensas en el Tercer Mundo. El movimiento de protesta urbana más exitoso hasta ahora es noratlántico, situado en el corazón mismo del capitalismo desarrollado. El tercero es distintivamente semiperiférico, principalmente euroasiático y norteafricano.

---

[66] La gran contribución al estudio de los movimientos urbanos fue realizada por Manuel Castells en *The City and the Grassroots,* Berkeley (CA), University of California Press, 1983 [ed. cast.: *La ciudad y las masas, sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza, 1986]. Este ha ido añadiendo muchos otros, incluyendo el reciente *Networks of Outrage and Hope,* Londres, Polity, 2012 [ed. cast.: *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Alianza, Madrid, 2015]. En su primer trabajo Castells, entre otras cosas, hace un profundo análisis de los movimientos de ocupación de vivienda popular. Pero, como es habitual en este género de escritura, su capítulo de cierre «El significado social de los movimientos urbanos contemporáneos», se centra en el posible papel de estos movimientos en las políticas contemporáneas y futuras, sin indicio alguno de su posible participación en el desarrollo urbano futuro. De manera similar, el reciente *Rebel Cities* de David Harvey (Verso, Londres, 2012 [ed. cast.: *Ciudades Rebeldes*, Madrid, Akal, 2012]) está mucho más centrado en los rebeldes que en las ciudades, y en los efectos de los rebeldes en estas. En su principal trabajo académico, *Paris: Capital of Modernity* (Nueva York, Routledge, 2005 [ed. cast.: David Harvey, *París: Capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008]), queda claro que Harvey es, positivamente, uno de los académicos sobre urbanismo más importantes a nivel mundial.

Las exigencias de los pobres a la ciudad

Los movimientos urbanos populares más antiguos, aún existentes, son probablemente aquellos que afirman el derecho de los pobres a vivir en la ciudad. Las *favelas* de Brasil datan de 1897, cuando veteranos del ejército nacional que habían aplastado una rebelión armada en el noreste del país, y a los que no se les había pagado los salarios adeudados, ocuparon las tierras de una colina de Río, que por razones que aún se debaten, nombraron Morro da Favela (actualmente Morro da Providencia). Pese a las demoliciones realizadas durante el intento de aplicar las ideas de Haussmann en Río, la prohibición oficial en el Código de Construcción de 1937 y los esfuerzos de realojo en «parques proletarios» de principios de la década de 1940, las favelas han permanecido en su sitio, de hecho han crecido.[67] La favela original, Morro da Providencia, actualmente es un museo al aire libre.

En toda América Latina se ha establecido un patrón de ocupaciones de tierras destinadas a vivienda urbana de autoconstrucción en zonas yermas, habitualmente de propiedad pública, en, o más a menudo alrededor de, las grandes ciudades: siendo *de facto* una de las exigencias del derecho a la ciudad de las personas pobres. En algunos sitios se ha convertido, como poco, en una ruta ritualizada y seminstitucionalizada de movilidad colectiva urbana. El dialecto peruano la reconoce como realidad y le dota de un concepto propio, llama a estos asentamientos *pueblos jóvenes*.

En lo que sería una historia de tipo ideal, un grupo de familias —este no es el caso de la okupación individual juvenil, como ocurre más recientemente en Europa— habitualmente con el mismo origen rural, izan a primera hora de la mañana en el lugar seleccionado una o dos banderas nacionales, utilizándolas como si fuesen algún tipo de escudo simbólico, y comienzan a construir sus precarias viviendas. A no ser que sean expulsados, después de muchos años los asentamientos son reconocidos por la ciudad. Puede que se les ofrezca cemento para construir casas de mejor calidad. Posteriormente puede que se les proporcionen conexiones de luz y agua, tal vez se construyan escuelas e incluso se asfalten las calles. Este desarrollo urbano no planificado puede estar ligado a políticos populistas y a regímenes interesados en los votos populares, y a toda una economía informal ligada a la ocupación ilegal de tierras, promotores y trabajadores de la construcción que se ofrecen para trabajar.[68]

Estas son las historias que he escuchado y visto en Bogotá, Lima, Ciudad de México y Río, ciudades en las que los asentamientos ocupados informales constituyen una tradición, aunque en los años sesenta del siglo

---

[67] Véase L. Valladares, *La favela d'un siècle à l'autre*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2006.
[68] Véase Manuel Castells, *The City and the Grassroots... op. cit.*, caps. 18 y 19.

pasado se acelerara su construcción; de manera muy significativa suponen el 60 % de la población de Ciudad de México, en torno al 40 % de la de Lima y Caracas, el 30 % en Río y el 25 % en Bogotá alrededor de 1990.[69] Estas historias probablemente existen en otros continentes, pero no las he escuchado en las ciudades que he visitado.[70] Las ciudades excoloniales de África y del Sur de Asia y sus ocupantes ilegales tienen menos recursos y capacidades para mejorar sus inmensos poblados chabolistas, y muchas de estas villas miseria no son de autoconstrucción, sino que han sido levantadas por los dueños de dichos barrios y alquiladas a gente necesitada, como en el inmenso Kibera en Nigeria, construido originalmente por veteranos de guerra nubios. De todas maneras, India ha puesto en marcha recientemente una programa denominado Misión para la Renovación Urbana Nacional y Kenia ha hecho algo similar con su Programa de Mejora de las Barriadas (KENSUP).[71] Desde 1996 se han ido construyendo redes de autoorganización, incluyendo una red tricontinental, que es especialmente fuerte en Kenya e India, llamada Slums Dwellers International (La Internacional de los Habitantes de las Chabolas).

Los asentamientos ilegales, incluso en los casos excepcionales de movilidad colectiva exitosa, siempre comienzan como un tipo de vivienda cuya calidad es inferior al estándar utilizado. Son los «*slums*» [chabolas, ciudades miseria, villas miseria] según la definición de la ONU Habitat. Debería subrayarse que la vida en estos suburbios supone, para empezar, una negación total del derecho a la ciudad, un indicador de que el gobierno urbano es incapaz de proveer, o bien no desea proveer servicios adecuados a todos sus habitantes. Como hemos visto antes, el número de personas que residen en viviendas que no alcanzan los estándares mínimos va en aumento.

De todas maneras, la ocupación informal de tierras y la autoconstrucción son también una forma de exigir derechos. Al menos en algunas experiencias supone una aserción del poder popular frente a la abdicación del poder oficial, de cuya cooperación dependen, en última instancia, los derechos a la ciudad y a los servicios urbanos de la gente pobre.[72] Más allá de América Latina, la respuesta más habitual del poder frente a las necesidades de vivienda

---

[69] Alan Gilbert (ed.), *The Mega-City in Latin America*, Nueva York, United Nations, 1996.

[70] Tampoco estas historias de ocupaciones colectivas, mejora y movilidad tienen lugar en la literatura reciente acerca de la «informalidad» urbana, como por ejemplo en los trabajos de Ananya Roy y Nezar Alsayyad, *Urban Informality: Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America and South Asia*, Lanham (MD), Lexington Books, 2004; y Marie Huchzermeyer, *Cities with Slums: From Informal Settlement Eradication to a Right to the City in Africa,* Johannesburgo, UCT Press, 2011; parte del texto también puede encontrarse en *The Informal City Reader*, editado por sacn, 2014 (http://www.sacities.net/wp-content/uploads/2014/09/InformalCityReaderZA.pdf)].

[71] Véase Ouwor y Mbatia, «Nairobi», *op. cit.*, pp. 129 y ss.

[72] El aspecto fundamental de la desigualdad y la negación es el tema central de la muy certeramente aplaudida obra de Mike Davis *Planet of Slums*, Londres, Verso, 2006 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Akal, 2006]. Una réplica periodística optimista es la de Doug Sanders, *Arrival City*, Nueva York, Vintage 2010, que se centra en las transiciones y en la movilidad individual.

de los pobres han sido los desalojos masivos, arrasando estos asentamientos mediante el uso de buldóceres: un millón de desalojos en Rangún, gobernado por la junta militar; medio millón en la «reforma» de Yakarta entre 2001 y 2003, y 700.000 en el Harare de Robert Mugabe en 2005.[73] En la década 1970, la junta militar argentina inauguró esta tendencia, expulsando al menos a 200.000 personas de la ciudad de Buenos Aires.[74]

El desafío de la ciudad de los coches

Los momentos populares de la historia urbana también han nacido de protestas ciudadanas informales que han logrado ganar terreno y poder, aunque en general más que nada se trataba de poder de veto. Uno de los principales objetivos de este tipo de movimientos de protesta son los planes de construcción de autopistas que atraviesen el centro de las ciudades; planes como el de Futurama de la General Motors en la Exposición Universal de Nueva York de 1939.[75] Este tipo de proyectos se convirtieron en una auténtica plaga en el norte transatlántico, siendo impulsados entre la década de 1950 y la de 1970 en un gran número de ciudades grandes —como Nueva York y Londres— así como en otras más pequeñas, tal y como ocurrió en mi pequeña ciudad universitaria sueca, Lund. En la década de 1950, los planificadores urbanos de Europa se habían obsesionado con las vías rápidas que atravesaban Chicago y Los Ángeles; una oleada de informes oficiosos siguieron a sus entusiastas cuadernos de viajes. La «ciudad amiga del coche», o simplemente la «ciudad del coche» —este era el festivo título de la conferencia sobre planificación urbana celebrada en Estocolmo en 1956— fue el nuevo eslogan del modernismo urbano europeo, ya fuese en Alemania, Reino Unido (tal y como atestigua el Informe Buchanan de 1936) o en el resto del subcontinente, de Escandinavia a Italia.[76]

En muchos lugares estos proyectos de urbanistas y promotores privados fueron paralizados por movimientos populares de protesta, que en algunas ocasiones recibieron el maquiavélico apoyo por parte de las instituciones de alto rango, como en el caso de Washington DC, en el que se contó con algo de ayuda por parte de la Administración Nixon.[77]

---

[73] Véase Mike Davis, *Planet of Slums, op. cit.*, p. 102 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria, op. cit.* p. 184].

[74] Jean-Louis van Gelder, Maria Cristina Cravino y Fernando Ostuni, «Housing Informality in Buenos Aires: Past, Present and Future?», *Urban Studies*, 2015, p. 7.

[75] Puede verse una imagen de este plan en la excelente obra sobre arquitectura de Christopher Klemek, *The Trasatlantic Collapse of Urban Renewal*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2011, p. 51.

[76] Véase P. Lundin, «Mediators of modernity: Planning experts and the making of the "car-friendly" city in Europe», en Mikael Hård y Thomas Misa (eds.), *Urban Machinery: Inside Modern European Cities*, Cambridge (MA), MIT Press, 2008, pp. 257-279.

[77] J. Schrag, «The federal fight in Washington DC: The Three Sisters Bridge in three administrations», *Journal of Urban History*, núm. 305, 2004, pp. 668-673. El presidente

A finales de la década de 1950 y con su momento de más intensidad entre la década de 1960 y 1970, surgió una rebelión cultural urbana intercontinental. Su posicionamiento más duro fue contra la «ciudad motor» o la «ciudad de los coches», que estaba destruyendo el tejido urbano existente en beneficio del veloz tráfico motorizado y la expansión de los suburbios. El movimiento extrajo su fuerza de su ecumenismo cultural y político, en el que se unieron conservadores conservacionistas, barrios pobres con claro sesgo étnico amenazados por las demoliciones y el desplazamiento forzoso, personas jóvenes que necesitaban una vivienda asequible en las zonas centrales de la ciudad y demócratas radicales que hacían llamamientos a la democracia participativa y al derecho cívico a la ciudad.[78]

La primera de las grandes batallas fue en el Greenwich Village, en la ciudad de Nueva York, donde Robert Moses, seguramente el más racista y violento de los planificadores urbanos, quería dividir Washington Square con una carretera. La victoriosa resistencia fue dirigida por una destacada urbanista amateur, más conservadora que radical: Jane Jacobs, que posteriormente escribió un libro muy influyente y reflexivo sobre las ciudades estadounidenses.[79]

La victoria del Greenwich Village sobre el modernismo motorizado resultó de gran inspiración para otras ciudades estadounidenses. Washington DC libró su propia batalla, principalmente, contra los poderosos congresistas que gobernaban la ciudad. El conflicto clave fue el plan del puente Three Sisters, que cruzaba el río Potomac como parte de la autovía del río y que suponía arrasar algunas de las zonas de viviendas de población afroamericana. La idea de construir el puente se había presentado por primera vez en 1960, en un plan del Departamento de Autopistas de DC. Las protestas ciudadanas se hicieron sentir rápidamente ante la audiencia pública. La controversia se convirtió en un amargo conflicto político cuando, en esa misma década, miembros clave del Congreso declararon que se negarían a desbloquear ningún tipo de financiación para el metro de Washington, a no ser que se construyera el puente; los manifestantes de las protestas públicas fueron arrestados. Tras más de una década de forcejeo legal y político, el proyecto fue finalmente paralizado y las construcciones provisionales previas a su construcción fueron destruidas por una tormenta.[80]

Nixon, como buen criminal pragmático y conservador sin ideología, jugó un papel positivo en el desmantelamiento final de la autovía y su conflictivo puente, permitiendo al mismo tiempo el que se desbloqueasen fondos para la construcción del metro de Washington.

[78] El primer estudio de buena calidad sobre esto, aunque limitado en gran medida a Estados Unidos, Reino Unido y Alemania occidental, es el de Klemek, *Transatlantic Collapse of Urban Renewal*.

[79] Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities*, Vintage, Nueva York, 1961 [ed. cast.: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011].

[80] Schrag, «The federal fight in Washington D.C., *op. cit.* Tras haber contrastado esta información con la de otras fuentes diría que la entrada de Wikipedia sobre el puente Three Sisters es buena.

El cambio cultural y la rebelión se vieron confinados casi exclusivamente a Norteamérica y a la Europa noroccidental, aunque durante cierto tiempo, a finales de la década de 1960 la Pretoria blanca, sin rebelión de por medio, abandonó un plan para despedazar la ciudad con una serie de autopistas.[81] El movimiento surgió en aquellos lugares en los que el coche ya se había convertido en una nocividad derivada del consumo de masas, es decir, casi solo en Europa noroccidental. Hasta mucho tiempo después no alcanzó el mismo grado de desarrollo en el sur de Europa, Europa oriental, África, Asia y América Latina, donde los coches privados seguían siendo aspiraciones populares. En París en 1959, el consistorio de la ciudad rechazó la construcción de una autopista de circunvalación interna, aunque la circunvalación externa, el Bulevar Periférico de 1962, constituía lo que un eminente historiador urbano ha llamado adecuadamente un «foso de cemento» entre la ciudad y la *banlieue*.[82] En Gran Bretaña se desarrollaron los movimientos «Homes before Roads» [Casas en vez de Carreteras] a lo largo de la década de 1960, y en 1973 los laboristas se impusieron con el lema «Paremos las Autopistas».[83]

El más colorido y el más influyente a nivel cultural de estos movimientos de rebelión urbana fue el de los provos en Ámsterdam (que empezó en 1966), y que se desarrolló en un gran número de frentes, incluyendo un pionero impulso del ciclismo urbano. Operaban principalmente como okupas de edificios abandonados, dando pie a un significativo movimiento internacional de okupación juvenil, desde los «centros sociales» italianos (aún existentes) al «Estado libre» de Christiania en Copenhague, un reseñable barrio (en antiguos terrenos militares) que con su supervivencia alegal ha persistido durante décadas y que aún sigue su andadura. La idea de gente joven okupando —tan diferente de las ocupaciones de terrenos no utilizados por las familias del Tercer Mundo— se ha extendido incluso a la Europa poscomunista, como me reveló una visita a Varsovia en 2015.[84] Uno de los efectos duraderos de los provos fue la preservación del barrio de Nieuwmarkt, amenazado por —lo has adivinado— una autopista.

En términos de política urbana, el ejemplo de la batalla de Estocolmo de las décadas de 1960 y 1970, relativamente poco conocida internacionalmente, merece cierta atención. El contexto venía marcado, como es habitual, por un ambicioso plan de reordenación del centro urbano de Estocolmo, por el que se demolería la precaria vivienda popular y se

---

[81] A este respecto estoy en deuda con mi colega y amigo sudafricano Alan Mabin.

[82] Norma Evenson, *Paris: A Century of Change, 1878-1978*, New Haven (CT), Yale University Press, 1979, p. 285.

[83] Christopher Klemek, *The Trasatlantic Collapse*…, *op. cit.*

[84] Para más información véase el informe del Squatting Europe Kollective (eds.), *Squatting in Europe*, Minor Compositions, Londres, 2013; Hans Prujit, «The Logic of Urban Squatting», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 37, núm. 1, 2013, pp. 19-45.

facilitaría el tráfico, proporcionando más espacio para la construcción de oficinas. El foco principal de la batalla era muy concreto: talar o preservar los olmos que había en la Kungsträdgården, una de las plazas centrales de la ciudad, para la construcción de una nueva estación de metro. Por supuesto, el conflicto era mucho más amplio: tenía que ver con las demoliciones de viviendas, con la ampliación de las calles, y puede que por encima de todo, con la opinión de la ciudadanía en la planificación urbana. El conflicto básicamente fue no-violento, al modo sueco, pero resulta notable la toma de partido por parte de la población.

En defensa de los olmos y por una concepción diferente de la ciudad, se produjo una heterogénea convergencia de intelectuales burgueses, periodistas, algunos políticos jóvenes, estudiantes de izquierda radical y los activistas urbanísticos de clase media del movimiento «Alternativ stad» (Ciudad Alternativa); contra ellos se alinearon un compacto grupo liderado por los socialdemócratas, con todos los partidos políticos principales. En aquellos momentos, la socialdemocracia seguía siendo un movimiento de cuadros de clase obrera, por lo que el sitiado líder del ayuntamiento reclutó al aparato político para que diese apoyo a las resoluciones desde los lugares de trabajo y desde los sindicatos locales. Las resoluciones de apoyo llegaron, pero no cambiaron el nuevo equilibrio del poder urbano. La clásica política obrera estaba en decadencia, incluso en Suecia, y este declive era todavía significativo en la ciudad. El plan «Ciudad 67» fue substancialmente rebajado y los olmos sobrevivieron, sin que esto bloquease la creación de una nueva estación de metro.[85]

La rebelión cultural contra la ciudad del motor logró unas cuantas victorias locales, con resultados duraderos. Más importante aún, reafirmó los derechos del público a opinar acerca del proceso de planificación urbana, una exigencia respaldada intelectual y políticamente desde muchos lugares, incluyendo a Jane Jacobs en Estados Unidos, a la sociología empírica urbana de Paul-Henry Chombart de Lauwe y Henri Lefebvre en Francia y al Comité Skeffington del Parlamento británico en 1968.[86]

El origen contestatario del movimiento popular europeo de protesta fue revocado, pero se mantiene como un aspecto nada despreciable de las políticas urbanas de Europa occidental. Berlín y Hamburgo, por ejemplo, se siguen mostrando orgullosos de sus barrios contestatarios, antes violentos, en los que todavía se mantienen edificios okupados, señalados como lugares

---

[85] Esta historia está muy bien relatada y con gran detalle en el trabajo de Anders Gullberg, *City – drömmen om ett nytt hjärta* [Ciudad: el sueño de un nuevo corazón], Stockholmia Förlag, Estocolmo, 1998, 2 vols. El segundo volumen es mi fuente principal.

[86] L. Stanek, «Who Needs "Needs"? French Post-War Architecture and its Critics» en Mark Swenarton, Tom Avermaete y Dirk van den Heuvel (eds.), *Architecture and the Welfare State*, Nueva York, Routledge.

emblemáticos de la ciudad, como Kreuzberg en Berlín o Schanzenviertel en Hamburgo. Bruselas recibió una poderosa inyección de participación popular tras las revueltas parisinas de mayo de 1968. La mayor parte de las capitales europeas siguen teniendo movimientos populares que mantienen la vigilancia sobre sus respectivas ciudades y que ocasionalmente pueden provocar revueltas. Berlín tiene una poderosa institución de referéndum, que en mayo del 2014 paralizó cualquier tipo de construcción en el antiguo campo aéreo de Tempelhof. En Berlín Este no se permitió esta tradición contestataria, lo que ha contribuido a dar el visto bueno a la reedificación de parte del palacio real guillermino en la antigua plaza Marx-Engels (actualmente plaza del Palacio) en el centro de la ciudad. Aunque hoy difícilmente se podría calificar como un momento popular de la historia urbana, la influencia ciudadana en el desarrollo urbano no ha desaparecido, como demuestra el ejemplo de Berlín. Más bien, se ha extendido, implicando a menudo a innovadores arquitectos progresistas así como a activistas vecinales. Puede encontrarse incluso en algunos espacios de Moscú.[87] El poder institucional, como el poder personal, ya no es absoluto.

La igualdad urbana de la bicicleta con, y tal vez en algunos aspectos primarios sobre, el coche se ha convertido en una política común en muchas capitales europeas. En Londres ha sido impulsada por el alcalde conservador Boris Johnson. París parece ser más ambiciosa, la primera ciudad (después de los provos de Ámsterdam) en instalar bicicletas públicas está actualmente en proceso de construir una autovía solo de bicicletas a través de la ciudad.

Más allá del Atlántico Norte y de sus zonas anexas, la participación popular institucionalizada en la planificación y el desarrollo urbanos —así como en los carriles bici— es generalmente un terreno que sigue en disputa, y en cualquier caso la contestación supone un avance del urbanismo global. Los movimientos urbanos continúan centrados, sobre todo, en los problemas de vivienda, como muestra mi propia experiencia con estudiantes que escriben sobre los problemas de vivienda en Estambul y en Pekín, entre otros lugares. El movimiento Occupy de 2011 añadió una notable dimensión global a la protesta anticapitalista, aunque hasta ahora no tenga mucho efecto.

El inesperado regreso de las revoluciones urbanas

A finales del siglo XIX, Friedrich Engels adelantó un inhóspito panorama del presente y el futuro de las revoluciones urbanas en el prefacio de una nueva edición del análisis de Marx de las revoluciones de 1848, *Las luchas*

[87] S. Malhota y M. Comeau, «Moscow» en Francesa Miazzo y Tris Kee (eds.), We Own the City, Hong Kong, Valid/Trancity, 2014, pp. 110-151.

de clases en Francia de 1848 a 1850. Sin excluir que la lucha urbana pudiera desempeñar algún tipo de papel en las futuras trasformaciones sociales, Engels señalaba dos razones principales por las que «El método de lucha (*Kampfweise)* de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos». Primero, el Ejército se había vuelto mucho más poderoso, y estaba dotado de un armamento mucho más letal. Segundo, «una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo se dará ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción, que se congrega en torno a la burguesía, constituya, en comparación con aquellas, una minoría insignificante».[88]

La concepción evolutiva del *Spätstil* (estilo tardío) de Engels acerca del cambio social se vio confrontada por la Rusia de 1917, donde las dos revoluciones victoriosas, la de febrero y la de octubre, fueron urbanas. Tras ello, sin embargo, la historia urbana le dio la razón durante al menos sesenta años más.

Entonces el mundo volvió a cambiar. Nuestra época contemporánea ha visto un buen número de revoluciones urbanas exitosas, desde la Revolución Islámica de Teherán en 1979, o la Revolución EDSA[89] en Manila en 1986, hasta la de Maidán en Kiev en 2014. La implosión del comunismo de la Europa del Este incluyó algunos momentos de revolución urbana: tanto en Dresde como en Berlín, en Praga como en Bucarest en 1989 y en Moscú en 1991. Este siglo ha sido testigo de levantamientos revolucionarios exitosos en Belgrado, Kiev, Tiflis, Biskek o Bangkok entre otras ciudades. Tal vez se debería contar entre ellos los hechos de Buenos Aires de diciembre del 2001, ya que la inmensa oleada de protestas, tanto de la clase media como de las clases populares, contra el neoliberalismo, que literalmente había conducido al país a la bancarrota forzó la dimisión del presidente Fernando de la Rúa. Pese a su popular lema —«Que se vayan todos», con el que señalaba a todo el aparato político— el movimiento fue canalizado de forma casi automática por el resto de partidos institucionales de la política argentina, por el peronismo, y por las instituciones legislativas que seguían funcionando.[90]

---

[88] F. Engels, «Einleitung zu Karl Marx» y «Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1880», 1895, *Marx-Engels-Werke*, vol. 22, Berlín, Dietz, 1970, p. 513 y 520-522 [ed, cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2015 p. 22 y p. 33].

[89] También llamada revolución del poder del pueblo; organizada en gran medida en torno a tácticas de resistencia civil no violenta, dicha revolución «que sorprendió al mundo» derrocó la dictadura de Ferdinand Marcos al que substituyó, al mando de un sistema democrático, Corazón Aquino. [N. de la T.]

[90] De la Rúa era un radical que había continuado estúpidamente todas las insostenibles políticas económicas neoliberales de su predecesor, el peronista de derechas Carlos Menem. La represión policial dejó varios muertos, y De la Rúa abandonó cuando todos los peronistas negaron su apoyo parlamentario a su asediada presidencia. La crisis acabó con un giro hacia el ala más progresista del peronismo, y la elección como presidente del candidato, casi desconocido hasta entonces, Néstor Kirchner, que resultó ser un presidente bastante efectivo.

El término «revolución» se utiliza aquí como un concepto de la historia urbana, antes que de la historia social. Señala a los movimientos populares urbanos que en las protestas callejeras logran derribar el régimen político nacional en funciones, obligando, por lo general, a que dimitan sus líderes.

En su rápida difusión internacional, la Primavera Árabe del 2011, que tuvo sus centros en Túnez y en El Cairo, recordaba a la Europa de 1848, con la que a menudo se la ha comparado. Sin embargo, la revolución más parecida a aquella en la que participó Engels fue probablemente la denominada «Euromaidán» de Kiev, es decir, en su forma de levantamiento, y no en lo tocante a su contenido social y político. La Maidán se desarrolló en parte como un conflicto armado durante el cual se defendieron con éxito las barricadas y el espacio urbano ocupado frente a los repetidos ataque de la policía.

La geopolítica del caso fue, obviamente, distinta, casi la opuesta a la de 1848. Los líderes de la reacción euro-estadounidense, de John McCain a Jaroslaw Kazcyński, pasando por personajes menores como el ministro de Exteriores sueco Carl Bildt, se alinearon en el aplauso a los insurgentes, y uno de los más altos cargos del Departamento de Estado se dedicó a alimentarlos. El resultado y el significado de 1848 hubiera sido diferente si los políticos de la Santa Alianza se hubiesen dedicado a vitorearlo y si el encargado de negocios del zar se hubiera dedicado a repartir blinis[91] a los luchadores de las barricadas.[92]

Hay que decir, no obstante, que, la principal razón de Engels para afirmar la obsolescencia de las revoluciones urbanas —el incrementado poder del Ejército— no tiene por qué ser un argumento necesariamente decisivo de acuerdo con su propio razonamiento. Tal y como escribió, incluso en 1848, lo decisivo no era la capacidad de ataque sino la voluntad de los soldados de atacar a los insurgentes. La segunda razón de Engels se sostiene según la asunción de que una concentración masiva de gente solo puede agruparse alrededor de la clase obrera. Adaptada a los posteriores, y más volátiles alineamientos de clase, el núcleo del análisis revolucionario del viejo «general» de 1848 ha demostrado ser sorprendentemente relevante en lo tocante a los levantamientos urbanos: la pasividad de las fuerzas represivas y las concentraciones y marchas masivas de fuerzas sociales heterogéneas, para lo que ha sido crucial el alineamiento de los estratos intermedios. Del mismo modo que pasó con las exitosas revoluciones de 1830 y 1848, el resultado de la

[91] Pequeños panqueques rusos. [N. de la T.]
[92] Tal y como puede esperarse de un evento tan ansiosamente apoyado por las principales potencias del Atlántico Norte, los informes de la prensa dominante y la literatura desarrollada en torno a los hechos está determinada ideológicamente. Una excepción es el trabajo de Richard Sakwa, *Frontline Ukraine*, Londres, I. B. Tauris, 2016. También bastante informativa es la primera documentación distribuida por los partidarios de los insurgentes: Claudia Dathe y Andreas Rostek (eds.), *Majdan!*, Edition fotoTAPETA, Berlín, 2014.

insurrección de Maidán se decantó por el rechazo del Ejército y de grandes sectores de la policía a la hora de defender al gobierno.

Las recientes revoluciones han sido todas ellas socialmente ambiguas en sus intenciones, así como en sus consecuencias: efecto de verse dirigidas por coaliciones amplias y heterogéneas y convergencias basadas en intereses a corto plazo. La insurrección de Maidán aglutinó bajo un mismo paraguas una convergencia extremadamente amplia de ideologías, de liberales que soñaban con la prosperidad europea a nacionalistas rabiosamente antirrusos pasando por fascistas y nazis. Estos últimos suponían una minoría pero su papel fue crucial, ya que proporcionaron los grupos de choque callejeros y los francotiradores que empujaron al vacilante régimen hasta el límite de sus fuerzas.

Ninguna de estas ha sido una revolución de la clase obrera, tampoco lo han sido las que no han triunfado. Antes bien, lo habitual ha sido la participación e influencia de una amplia clase media, tanto de empresarios como de profesionales. Los estudiantes y la juventud desempleada han estado, por lo general, bastante activos en las calles y en las plazas, mientras que los trabajadores lo han sido mucho menos, al menos durante la mayor parte del tiempo.

El adversario, incluso cuando ha sido votado, carecía de legitimidad constitucional democrática debido a elecciones fraudulentas o amañadas.[93] La razón por la que Francia estuvo cerca de vivir una revolución en 1968 fue que la Quinta República se había erigido sobre los hombros de un golpe de Estado, o más bien sobre el motín del Ejército colonial en Argelia, cuyo décimo aniversario fue el punto de partida de los movimientos masivos de protesta. En segundo lugar, el gobierno en funciones era obviamente incompetente, no obtenía resultados o era simple y llanamente corrupto. Internamente se había vaciado en términos ideológicos, a menudo estaba personalmente agotado y más a menudo su élite se había descompuesto. Los regímenes más robustos y brutales resistieron y contraatacaron. Y pese a carecer de la tercera condición para una revolución exitosa en algunos casos, triunfaron, como en Gwangju, en Corea del Sur en 1980, o en Caracas y Pekín en 1989 y Siria en 2011.

El desencadenante de los movimientos de protesta ha sido distinto en cada caso y por lo general fue algo contingente. Su interacción dinámica con el régimen gobernante —sus exigencias, rechazos, nuevas demandas, represión, concesiones, etc.— también variaba. De todas maneras, hubo un factor decisivo, común a todos ellos. Las protestas se convirtieron en revoluciones transformadoras de los regímenes porque, en el momento crucial, las fuerzas represivas —particularmente el Ejército— rechazaron respaldar

[93] Aunque este no fue el caso de la elección de De la Rúa en Argentina; su dimisión produjo una salida constitucional, del Ejecutivo al Legislativo.

al régimen. En Teherán en 1979 y en Manila en 1986, donde la revolución del poder del pueblo había comenzado de hecho como una pequeña conspiración militar, antes de movilizar a las masas contra el corrupto presidente y su última y amañada elección, fue decisivo el hecho de que importantes unidades militares desertasen uniéndose a la insurrección.[94] En el París de 1968 hubo un momento en el que De Gaulle desapareció y fue a consultar a sus comandantes generales, especialmente al más brutal de ellos, el general de paracaidistas Massu. Asegurada su disposición a intervenir, De Gaulle regresó a París y lanzó su famoso discurso «Yo no dimito». Fin de la partida, los gaullistas marcharon sobre los Campos Elíseos.

Los movimientos Occupy y de los indignados de la última crisis financiera se enfrentaron a regímenes con ambiguas credenciales populares, postrados a los pies de los intereses del capital, pero sin embargo con una legitimidad constitucional que no llegó a cuestionarse seriamente en ningún momento.

Las ciudades del poder pueden, por ello, bajo determinadas circunstancias convertirse en ciudades de la revolución, mediante apropiaciones del espacio urbano, de las principales plazas y avenidas de forma tenaz y resiliente por parte de las masas. Las ideas radicales del tipo que sea circulan más rápidamente en las ciudades grandes, y las sedes gubernamentales proporcionan claros objetivos para la protesta. Pero las instituciones urbanas han estado, en la mayor parte de los casos, espectacularmente ausentes, tanto de la confrontación como de la revolución. Hay pocos equivalentes al Hotel de Ville (Ayuntamiento) o a la Comuna parisina del siglo XIX.

¿Por qué, entonces, esta reciente propensión a la revolución? Parece haber dos razones principales. En la parte revolucionaria se ha producido el crecimiento de una gran y volátil clase media, sobrecompensando el declive o estancamiento de la clase obrera. El carácter de esta clase media es muy diferente al de la sedada burguesía europea y de los tradicionales tenderos de los bazares; ligada a menudo al extenso *milieu* estudiantil, tiene actualmente fuertes lazos dentro de la comunidad virtual de las redes sociales. Estos sectores intermedios, en contraste con sus predecesores burgueses, tienen potencial para la protesta urbana democrática y son capaces en algunos momentos cruciales de movilizar sectores del precariado y de los desempleados.

En los países postsoviéticos, el desarrollo de estas clases medias ha sido especialmente cultivado y mimado y cuentan con muchas organizaciones formadas y financiadas por el gobierno estadounidense y por donantes estadounidenses y aliados. Su actividad e implicación es algo de sobra conocido en los casos de Belgrado en el año 2000; en las autodenominadas revoluciones de colores de Ucrania, Georgia y Kirguistán; y en la

---

[94] Véase George Katsiaficas, *Asia's Unknown Uprisings*, vol. 2, Oakland (CA), PM Press, cap. 2.

insurrección de Maidán.[95] Según la funcionaria del Departamento de Estado a cargo de Ucrania, Victoria Nuland, Estados Unidos ha invertido más de 5.000 millones de dólares en propaganda proestadounidense desde 1991.[96] Esta es una suma enorme, que equivale al 4 % del PIB de Ucrania de 2014. Mientras que esto compensa en gran medida la falta de partidos de clase media o de movimientos revolucionarios al modo de la izquierda clásica, haríamos bien en no tomarlo como algo totalmente decisivo. Los muchos errores y las muchas derrotas del Comintern y de la Cuba revolucionaria a la hora de intentar promover revoluciones deberían enseñarnos que exportar una revolución supone un comercio muy difícil.

Del lado del régimen, los extremos ideológicos del siglo XX —anticomunismo/comunismo, fascismo/antifascismo— se han suavizado. Cuando estas polaridades tuvieron un carácter primordial, las revoluciones sin armas, o poco armadas, carecieron de oportunidad alguna. El fascismo fue derrotado en 1945, pero la Guerra Fría desenterró rápidamente la división comunista/anticomunista. Los levantamientos anticomunistas fueron aplastados en Europa del Este. En las Américas el marxismo «no era negociable», tal y como declaró Kissinger; y como demostró la doctrina del golpe de Estado contra el gobierno del Frente Popular en Chile y las intervenciones de Estados Unidos en Centroamérica. Hacia finales de la década de 1980 la Guerra Fría se estaba descongelando, pese al fatal intento estadounidense de jugar la carta del fundamentalismo islámico contra el comunismo modernizador en Afganistán. Las revoluciones de Teherán, Manila y El Cairo deben una parte significativa de su éxito al gentil empujoncito de los estadounidenses al sah, Ferdinand Marcos y Hosni Mubarak. Mijaíl Gorbachov dejó claro a los comunistas de Europa del Este en la década de 1980, que si se metían en problemas con su propia gente, la URSS no intervendría. Y los corruptos regímenes de Ucrania, el Cáucaso y Asia Central ya no tenían a ningún patrón hacia el que volverse, con la posible excepción del actual régimen ucraniano, en el que tanto han invertido Estados Unidos y Europa para que sea su marioneta contra Rusia.

El tercer elemento de la actual ecuación revolucionaria —corrupción, regímenes incompetentes— constituye más un rasgo constante de la historia política que una novedad. Pero parece haber constituido un aspecto de la senilidad ideológica del siglo XX, ya sea del comunismo, del poscomunismo no infectado por el neoliberalismo o del nacionalismo secular árabe.

Los efectos urbanos de estas revoluciones han sido principalmente simbólicos. El monumento al Poder del Pueblo en Manila fue probablemente

---

[95] Véase, por ejemplo, Lincoln Mitchell, *The Color Revolutions*, Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 2013, cap. 2.

[96] Claro está que la denominación oficial de dichas inversiones es «prodemocracia», Richard Sakwa, *Frontline Ukraine, op. cit.*

la más auténtica expresión de la alegre victoria del pueblo.[97] El abstracto monumento al sah en Teherán se ha convertido en un monumento a la libertad, y en la popular zona sur de Teherán, se ha erigido en memoria del ayatolá Jomeini un gran conjunto de mezquitas. La «Revolución Naranja» ucraniana impulsó un proyecto a gran escala de iconografía y narrativa nacionalista, y los militares que aplastaron la Primavera Árabe en Egipto han utilizado la plaza Tahrir del pueblo para proyectar un monumento a las víctimas de las protestas anti-Mubarak. La Revolución Islámica en Irán ha sido excepcional en su brutal y puritana regulación de la vida urbana, los códigos de vestimenta y la estricta separación espacial por géneros.

Incluso cuando han tenido éxito, las revoluciones urbanas tienen sus limitaciones, que Marx ya analizara hace más de 150 años en *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*. Tienden a representar un segmento particularmente volátil de una sociedad nacional. En la Primavera Árabe, la naturaleza poco representativa del capital quedó clara en las victorias islamistas de Egipto y Túnez. Los nacionalistas de ucrania occidental conquistaron Kiev pero se vieron bloqueados en amplias zonas de Dnipró. Los fundamentalmente derechistas camisas amarillas de Bangkok han aprendido que no pueden (al menos en un futuro inmediato) ganar unas elecciones democráticas, razón por la cual quieren abolir el sufragio universal limitándolo a «nosotros, los que tenemos educación y formación, los que sabemos qué está bien y qué está mal».

Ninguna de estas «revoluciones» sobre las que hemos hablado hasta aquí ha sido, ni siquiera ha intentado, una revolución social. Tampoco la restauración del capitalismo fue un objetivo popular, ni en los levantamientos anticomunistas de Praga, ni de Bucarest, ni del resto de lugares. Los movimientos revolucionarios han sido socialmente amplios y heterogéneos; a la vez que estaban estrechamente dirigidos contra el régimen político, sus efectos políticos han sido a menudo breves o limitados, incluso cuando han tenido éxito.

Egipto, el primer premio de la Primavera Árabe, ha regresado a una versión bien conocida del autoritarismo militar. Ambas, la revolución naranja de 2005 y la de Maidán de 2014 han dejado a Ucrania en manos de regímenes similares, oligárquicos y corruptos. El país se ha acercado a Europa, pero a duras penas está más cerca de la prosperidad europea y en algunos aspectos está aún más lejos de las libertades europeas.[98] En Filipinas, el

---

[97] E. Porio, «Shifting spaces of power in metro Manila», *City*, vol. 13, núm. 1, 2009, p. 115.

[98] El anterior partido del gobierno fue disuelto a la fuerza en el oeste, el partido comunista ha sido prohibido y se ha convertido en un crimen criticar a los Quislings (ministro noruego que dio un golpe de Estado y colaboró con los nazis) y Mussolinis de Ucrania en la Segunda Guerra Mundial, o bien «simpatizar con los separatistas del Este». Hace unos años, antes de la división de Ucrania, una noche de verano estaba sentado en el mar Negro en Crimea con un académico de Kiev que daba un curso de verano. Estábamos hablando acerca de qué rasgos de

Poder del Pueblo acabó por volver al poder oligárquico de los Aquino y de otras dinastías terratenientes, incluyendo, tras un periodo de cuarentena, a la anteriormente expulsada, familia Marcos. Ciertamente, el régimen del sah ha desaparecido para siempre de Irán, pero es cuestionable si con ello el pueblo ha obtenido algún beneficio económico o social.

De todas maneras, esta desalentadora conclusión académica no comprende toda la verdad. Las revoluciones urbanas, tanto las fracasadas como las que brevemente triunfaron, fueron movimientos populares de impronta generacional, momentos de desafío a poderes degenerados, momentos de movimientos de masas, de fuerza colectiva y de comunidad: «festivales de los oprimidos» como los describió Lenin. Las recientes revoluciones urbanas nos recuerdan que las ciudades del siglo XXI no pueden reducirse a meros nodos de servicios del capital internacional, consumo de lujo y «creatividad» privilegiada, o, alternativamente, miseria suburbana. En algunos momentos, las ciudades pueden convertir a los extraños en un pueblo, a los consumidores en ciudadanos. Y los participantes así lo recuerdan: un *soixante-huitard* (una participante de la abortada revolución de 1968) sigue siéndolo el resto de su vida, tanto como lo fue un *quarante-huitard* (un participante de la revolución europea de 1848), como también lo serán los protagonistas de la revolución filipina del Poder del Pueblo de 1986 y de la Primavera Árabe de 2011.

Los momentos populares plurales

En la historia moderna se han producido muchos momentos populares, cuando las élites convencionales se han resquebrajado o se han roto. Podemos incluso decir que a largo plazo ha habido una tendencia evolutiva hacia una inclusión popular más amplia en las sociedades nacionales y más participación en las políticas nacionales. Esta tendencia, aunque irregular y desigual, ha sido dirigida en gran parte por el ascenso socioeconómico de la clase trabajadora, de las mujeres, de los subordinados y de las razas o grupos étnicos oprimidos, así como por una nueva clase media.

El alzamiento popular ha adoptado muchas formas. En lo escrito hasta ahora solo he aludido a algunas de ellas, de la reforma social institucionalizada a las insurrecciones urbanas vía movimientos no institucionalizados, como las ocupaciones ilegales que reclaman el derecho a la vida urbana y los movimientos culturales alternativos contra la construcción de las ciudades en torno a los coches y las autopistas.

---

nuestros países podíamos estar orgullosos. Pocos ucranianos señalaron cosas de sus país de las que estuviesen orgullosas. Pero una persona contestó: «En Ucrania puedes decir y leer lo que quieras». En 2016 esto ya no es tan cierto.

Los momentos populares tienen su geografía social imbricada en la de sus fundaciones nacionales. La reforma social institucional se desarrolló en Europa bajo la forma de «socialismo municipal» y posteriormente como Estados del bienestar, pero también han surgido coaliciones de reforma con composiciones diversas tanto en América Latina como en otros lugares. La rehabilitación racial ha sido una tarea distintiva de los descendientes de los conquistadores y los colonos, que levantaron sus Estado nación sobre la base de la exclusión, la marginación y/o la subordinación racial. En dos países, Sudáfrica y Bolivia, esta rehabilitación ha llevado a la reconstitución del Estado nación como un estado poscolonial y multiétnico. Los movimientos populares autónomos han tenido dificultades para desarrollarse en países poscoloniales —pese a que han estallado revueltas urbanas contra las elecciones amañadas, así como contra las políticas del FMI—, donde los movimientos de liberación anticoloniales han tendido a definirse ellos mismos como «el pueblo». Pero recientemente hemos visto a inspiradores movimientos de reforma urbana alcanzar el poder en capitales poscoloniales como Delhi y Yakarta. La modernización reactiva desde arriba corre el riesgo de tener que enfrentar momentos de reacción tradicionalista, particularmente en países en los que el clero es numeroso y autónomo respecto del Estado. Los regímenes comunistas, así como los regímenes monárquicos en el mundo islámico, se han visto confrontados con estos movimientos, al igual que les pasa actualmente a los herederos del nacionalismo secular árabe.

Las revoluciones urbanas o los levantamientos han representado un memorable regreso, con una amplia base social, aunque con un núcleo de clase media, y políticamente limitado. Se expanden más ampliamente de lo que lo hicieron las revoluciones medievales y las del siglo XIX, confinadas en gran medida a Europa, pero concentradas en lo que los analistas de los sistemas globales llamarían la «semiperiferia» del mundo, externas al centro de las democracias electorales consolidadas —cuya legitimidad constitucional permanece intacta— pero también de las partes más pobres donde la violencia está menos controlada y refrenada.[99] Dichos levantamientos han tenido éxito al menos temporalmente debido a la despolarización y envejecimiento del mundo, que ha hecho que los gobiernos sean menos agresivos y que la policía y el Ejército se muestren más reluctantes a la hora de defenderlos.

Las insurrecciones populares, los movimientos de protesta y las reformas populares significan que las ciudades del poder también tienen el potencial para ser ciudades de oposición y de cambio del poder. Al final de este libro, voy a hacer una aproximación al futuro urbano de la gente.

---

[99] En previsión de nuevas revoluciones urbanas en África, en octubre del 2014, movimientos civiles en Uagadugú (la capital de Burkina Faso), promovidos por músicos populares, forzaron al presidente a dimitir en vez de adoptar medidas extraconstitucionales para prolongar su poder. En septiembre de 2015, las movilizaciones callejeras sofocaron un golpe de Estado que había bloqueado las elecciones de aquel año.



El Reichskanzlei, reconstruido para Adolf Hitler por Albert Speer, finalizado en enero de 1939.



La residencia oficial del West German Bundeskanzler (canciller de Alemania Occidental) en la capital provisional de Bonn. Diseñada por Sepp Ruf y finalizada en 1964.



La residencia oficial del West German Bundeskanzler (canciller de Alemania Occidental) en la capital provisional de Bonn. Diseñada por Sepp Ruf y finalizada en 1964.



El Edificio de la Unión, en Pretoria, construido en previsión de un estado colonial conjunto en Sudáfrica compartido por sus dos grupos colonialistas blancos: los bóers y los británicos. Diseñado por el arquitecto imperial Herbert Baker y finalizado en 1913.



Nunca colonizada, Siam vivió una modernización desde arriba en reacción a las amenazas extranjeras. El primer palacio real, construido para Rama V, también conocido como Chulalongkorn, se finalizó a tiempo para el centenario de Bangkok en 1882. Con una combinación de elementos europeos importados, fue diseñado por un arquitecto británico, e incorpora el tejado tradicional siamés.



El monumento nacional de Malasia en Kuala Lumpur fue inaugurado en 1966. Está inspirado en el Memorial de Guerra del Cuerpo de Marines de Estados Unidos en el cementerio de Arlington, su diseñador adoptó la narrativa imperial de la guerra colonial: una «emergencia» causada por comunistas.



El almirante coreano Yi Sun-Sin, quien derrotó a los invasores japoneses a finales del 1500, es conmemorado aquí en una exaltación del heroísmo anticolonialista, 1968.



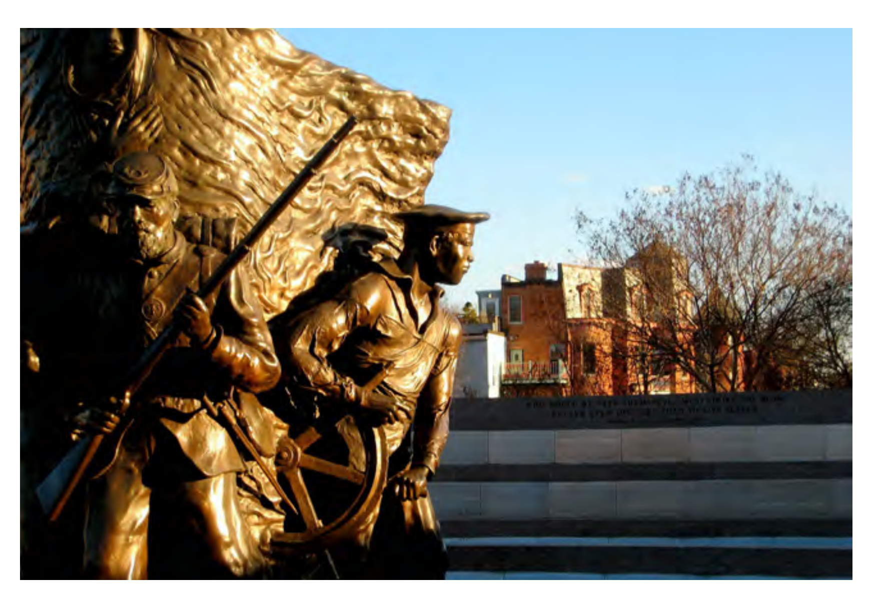
Reemplazar la conquista colonial por la resistencia anticolonial: la estatua del emir Abdel Kader, líder de la resistencia armada argelina frente a la ocupación francesa reemplaza a la del general conquistador y cuya figura fue devuelta a Francia en 1962.



La Karl-Marx-Hof en Viena, el buque insignia del socialismo municipal. Un complejo de 1.400 apartamentos con instalaciones que incluyen una clínica dental, una maternidad, oficina de correos, biblioteca, comercios y salas de reuniones. Construido por la ciudad de Viena entre 1926 y 1930, fue diseñado por el arquitecto Karl Ehn.



Los movimientos de protesta influyentes constituyen otro de los modelos de momentos populares en la historia urbana. El más innovador, y fuente importante de inspiración urbana internacional, fue el movimiento impulsado por los provos holandeses en Ámsterdam a mediados de la década de 1960.



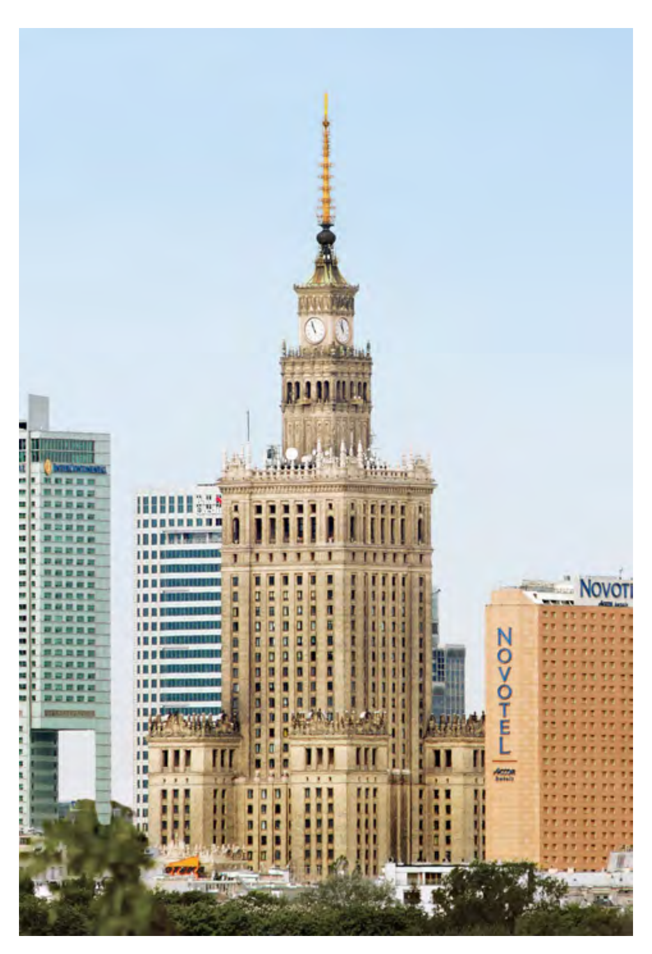
El Monumento conmemorativo afroamericano de la Guerra Civil, en Washington DC, rememora la participación de los soldados afroamericanos en la Guerra Civil, se instaló para recordarlos en 1998.



El Estado colonial sudafricano se desmoronó. Le sustituyó una nueva nación poscolonial. La zona llamada Isivane dentro del parque de la Libertad a las afueras de Pretoria/Tshwane es donde descansan los espíritus de los luchadores por la libertad. Las piedras representan las nueve provincias de Sudáfrica, la nación en su conjunto, y la comunidad internacional que apoyó la lucha contra el apartheid y el Gobierno colonial. Fue diseñado por un grupo de arquitectos guiado por curanderos tradicionales y antropólogos africanistas. Esta parte se abrió al público en 2004, durante el décimo aniversario de la Sudáfrica democrática y poscolonial.



En sus primeras etapas la Unión Soviética fue el epicentro mundial de la arquitectura vanguardista que frecuentemente encontró su expresión en los clubs sociales y culturales obreros, como el Club Obrero Rusakov, diseñado por encargo de un sindicato y construido por Konstantin Melnikov en 1927.



El arquitecto moscovita Lev Rudnev diseñó el Palacio de Cultura en Varsovia para reproducir el estilo de los edificios de gran altura moscovitas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero utilizando motivos ornamentales polacos. Ejemplificando el realismo socialista estalinista, fue construido por trabajadores soviéticos y entregado a Varsovia en 1955. Resistió a la caída del comunismo y actualmente sobrevive en un entorno de capitalismo corporativo.

El Canary Wharf en el East London construido por y para el capital global extranjero. En el centro el One Canada Square (o Torre Wharf), un edificio de oficinas comerciales diseñado por el argentino-estadounidense Cesar Pelli, concluido en 1991, está flanqueado por dos edificios financieros.





Parte del nuevo horizonte urbano de Yakarta, donde se erigieron en los años del boom económico, entre 2005 y 2015, catorce edificios de altura superior a los 210 metros, financiados principalmente por capital privado de promotores inmobiliarios locales.



El edificio del Ayuntamiento de Tokio, diseñado por Kenzō Tange, en 1991, para el gobierno metropolitano de Tokio, uno de los principales actores en la globalización de Tokio.

240 | La boyante capital del siglo XXI de Kazajistán, Astaná, inaugurada oficialmente en 1997, aunque la mayor parte de su esplendor arquitectónico es del siglo XX.



Palacio presidencial, Ak Orda (Campo Blanco), 2004, construido por el Mobetex Group.



Torre Bayterek, 2002, diseñada por A. Rustembekov, S. Bazarbayev y B. Torgayev. Visualmente hace referencia a un cuento popular nacional sobre un huevo dorado (el sol), puesto en un árbol por un pájaro mítico, y que cada invierno es devorado por un dragón. Justo detrás suyo se encuentra la sede principal de KazMunaiGas, la compañía estatal de gas, y como telón de fondo, en el extremo más alejado, se vislumbra tras la torre la parte superior del centro comercial y de ocio Jan Shatyr (Marquesina Real), diseñado por Norman Foster y construido por una empresa turca; se inauguró en 2010.



El palacio de la Paz y la Reconciliación, de Foster + Partners, finalizado en 2006. Diseñado con la idea de ser un centro mundial de encuentros ecuménicos y religiosos.

VII
LA APOTEOSIS DEL PODER: FASCISMO Y DICTADURAS SIMILARES

El fascismo tiene un lugar especial en cualquier estudio sobre el poder moderno. Fue la misa mayor del culto al poder, la violencia, la guerra, el liderazgo y el imperialismo. Sus ambiciones urbanísticas se midieron en relación con las de los emperadores de la antigua Roma y las de los faraones de Egipto, si bien es cierto que extrajeron alguna lección del París del Segundo Imperio Francés. Cualquier análisis serio de las ciudades del poder modernas deberá prestar especial atención a las capitales del fascismo: la Roma bajo Mussolini y el Berlín de Hitler. En el marco de sus trayectorias nacionales, estos momentos urbanos seguramente no pueden ser subsumidos bajo un concepto genérico como el de las capitales de los Estados nación.

El fascismo ha tenido muchos admiradores y seguidores, a los que se les prestará la atención debida en sus propios contextos. Estos admiradores pueden ser vistos, sin excepción, como miembros de una tribu de autoritarios chovinistas, violentos y contrarios a la igualdad. Sin embargo, en términos de la ciencia política, creo que es más fructífero comprender como auténticos regímenes fascistas únicamente al fascismo italiano y al nazismo alemán, debido a su modernismo dominante: político, económico y cultural. Ambos derrotaron o burlaron a sus aliados conservadores, los partidarios de Salandra y los de Hugenberg, mientras que en Hungría, el Báltico, Rumanía, Portugal y España fue justo al contrario. No todo el mundo estará de acuerdo, pero nadie discutirá que la Roma de Mussolini y el Berlín de Hitler fueron las capitales fascistas más importantes.

Aunque vamos a hacer un breve balance de las ambiciones y los logros de algunos de los gobernantes de derechas de capitales similares de la primera mitad del siglo XX, también prestaremos cierta atención a los regímenes militares más violentos del último tercio del siglo pasado: los gobernantes de Yakarta, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Mussolini y la Tercera Roma

Roma es la verdadera potencia antigua de Europa, si bien tanto Londres como París pueden presumir de algo de la antigua arqueología romana. Como tal, Roma casi siempre ha tenido un estatus profundamente ambiguo en la modernidad italiana. Atraído por su aura de antigüedad, el Estado nación italiano hizo de Roma su capital, pero esta retuvo incluso en la víspera de la Primera Guerra Mundial una mala fama generalizada como ciudad parásita, corrupta, ciudad de curas, burócratas y prostitutas.[1] Y al mismo tiempo (y, a menudo, para las mismas personas, de Mazzini a Mussolini), era la «ciudad eterna», la ciudad de la antigua gloria. Los fascistas, por supuesto, se doblegaron ante ella en busca de una segunda Roma. La toma del poder por parte de los fascistas adoptó la forma de la Marcha sobre Roma de 1922, en la que las milicias de los camisas negras, tras unos cuantos días de escaramuzas en el distrito obrero de San Lorenzo, fueron recibidos por el alcalde y el consejo municipal *in pleno*[2] a pie de los escalones del monumento a Víctor Manuel II. El rey le ofreció a Mussolini el cargo de presidente del Consejo de Ministros:

> La primera fase de la revolución nacional se ha completado. La oligarquía parlamentaria está hecha pedazos [*spezzata*]. La ideología demócrata, la ideología del individuo y de la humanidad, del estómago y de la embriaguez, ha sido derribada [*rovesciata*].[3]

Roma prosperó bajo el fascismo, creciendo mucho más rápido que las grandes ciudades industriales del norte: Milán, Turín y otras. En 1913 su población alcanzó el millón de personas, y durante los veinte años de Gobierno fascista creció más del doble.[4] Este desarrollo debería ser visto principalmente como un indicador de la centralización del poder y los recursos en la capital.

La historia imperial de Roma proporcionó un telón de fondo decisivo para todos los proyectos urbanísticos del fascismo, que por otra parte fueron en su mayor parte improvisados y *ad hoc*. El Plan de la Ciudad de 1931 no reguló mucho. Pese a toda su ostentacióm de culto al Líder —*il Duce*— el fascismo, tanto como cualquier dictadura actual, no correspondía con la idea liberal del «totalitarismo» propia de la Guerra Fría. Mussolini estaba

[1] Vittorio Vidotto, «La capitale del Fascismo» en Vidotto (ed.) *Roma Capitale,* Barí, Laterza, pp. 390-391.
[2] Ibídem, p. 385.
[3] El periódico prefascista «nacionalista» *Idea Nazionale,* 1 de noviembre de 1922, citado en Vittorio Vidoto, «La capitale del Fascismo», *op. cit.*
[4] Italo Insolera, *Roma moderna: Un secolo di storia urbanistica 1870-1970*, Roma, Piccola bibliotecca Einaudi, 2011, p. 128.

rodeado de fuerzas e intereses diversos, y a menudo cambiaba de idea. Durante la mayor parte de la era fascista la provincia de Roma estuvo dirigida por miembros de la vieja nobleza de la ciudad papal, si bien hubo un breve *intermezzo* a mediados de la década de 1930 durante el cual estuvo gobernada por Giuseppe Bottai, un cuadro fascista particularmente dinámico, intelectual y agresivamente violento.[5]

El fascismo creó su propio centro de poder en Roma, a cierta distancia de la Roma parlamentaria y monárquica. Su centro se ubicó en el Palazzo Venezia, un edificio imponente, que en otros tiempos había sido la sede de la embajada veneciana frente al papado. Tras la desaparición de Venecia como tal, el palacio fue heredado por el Imperio austriaco, al cual se le arrebató como botín de guerra en 1916. Frente a este había una plaza en la que podían juntarse las masas; también allí, y justo frente a la mirada de las masas, estaba el monumento Vittoriano (a Víctor Manuel II) con su Altar a la Patria y, al que durante el fascismo se le añadió un grabado relativamente discreto al soldado desconocido (del fascismo). Cerca de allí se encontraba el Campidoglio, la colina que gobernaba Roma, con una hermosa plaza diseñada por Miguel Ángel y una tumba de granito rojo que conmemoraba a los caídos del fascismo. Tras tomar el poder, el Gran Consejo Fascista se reunió en el Palazzo Venezia, y en 1922 Mussolini trasladó allí sus oficinas. Desde el balcón del palacio lanzaba sus famosos discursos.

En un temprano discurso programático de 1924, Mussolini dividió las tareas de Roma en dos categorías: «necesidades», ante todo la vivienda (aunque no tuvo grandes éxitos), y las comunicaciones; y *grandezza*, con la que se liberaría a la ciudad de la fealdad medieval, «creando la Roma monumental del siglo XX».[6] A diferencia de Hitler, Mussolini no tuvo un único arquitecto de corte para su capital, sino que se rodeó de algunos de sus favoritos, principalmente de algunos con inclinaciones modernistas. Marcelo Piacentini, que se recicló exitosamente como arquitecto posfascista tras la guerra, era el *primus inter pares*. El que suele ser considerado como el más capaz es Giuseppe Terragni, un auténtico creyente fascista que realizó la famosa y modernista Casa del Fascio en Como y el elemento clave en la exhibición del décimo aniversario de la revolución fascista de 1932. El chocante Palacio de la Civilización Italiana, de estilo modernista, en la Exposición Universal de Roma (EUR) fue sin embargo diseñado por otros arquitectos, un grupo dirigido por Giovanni Guerrini.

La *grandezza* moderna se perseguía por tres vías principales. Una de ellas fue una serie de brutales demoliciones haussmanianas de casas y barrios en la vieja ciudad, con el objetivo de realzar la soledad de los

[5] Italo Insolera, *Roma moderna: Da Napoleone I al XXI secolo*, Roma, Piccola biblioteca Einaudi, 2011, p.128.
[6] Vittorio Vidotto, *Roma contemporanea*, Bari, Laterza, p. 184.

edificios emblemáticos —*giganteggiere in solitude*—, ensanchar las calles y construir algunas calles principales nuevas. Con el característico estilo fascista, los habitantes no tuvieron otra opción que ser deportados a los nuevos *borgate* suburbanos, teniendo en cuenta que los primeros de estos *borgate* eran simplemente chozas sin agua ni electricidad, muy alejadas de los vecindarios artesanos tradicionales.[7] La más devastadora de estas demoliciones fue la destrucción de los barrios del distrito de Borghi frente a la plaza de San Pedro, para abrir la gran entrada al Vaticano, la Via della Conciliazione, que toma su nombre del concordato de 1929 firmado entre Mussolini y el papa Pío XI.

En segundo lugar, se dispusieron una serie de vías seculares y de lugares espectaculares, la Autoestrada del Mare; la Via dei Trionfi, utilizada para desfiles militares hasta que la Segunda Guerra Mundial puso fin a los triunfos italianos; y el Foro Mussolini, con su obelisco en honor del *Dux*. A mediados de la década de 1930, en la cresta de la confianza y popularidad del régimen, estas representaciones centrales del poder se concentrarían en un palacio dedicado al partido fascista, incluyendo sus mártires y las exhibiciones de sus logros: el Palazzo Littorio (en referencia al antiguo fascio littorio).[8] Desde el principio se consideró que debía ser uno de los monumentos de mayor importancia con los que el régimen se homenajeara a sí mismo, por ello tanto la localización como el estilo fueron controvertidos. Otro objetivo urbanístico, el de revivir y reconectar con la antigua gloria de la Roma imperial, parecía señalar la construcción de un palacio cerca del Coliseo y del foro imperial. Sin embargo, rápidamente se vio que sería difícil, y probablemente imposible, erigir algo tan grandiosamente moderno en ese entorno sin degradar la majestuosidad de las antiguas construcciones. Fue entonces cuando se decidió trasladar el edificio al nuevo Foro Mussolini. Se eligió y se levantó según un diseño bastante plano de pomposo modernismo. Pero durante la guerra, y de manera bastante veloz, el Partido Nacional Fascista perdió gran parte de su centralidad dentro del régimen —aunque su Gran Consejo siguió siendo suficientemente poderoso como para deponer a su propio dictador en 1934, sin ser capaz de proponer un sucesor— y el palacio del fascismo se transformó en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Estado nación italiano; como tal ha permanecido hasta el día de escribir estas líneas.[9]

---

[7] Vittorio Vidotto, *Roma moderna: Un secolo di storia urbanistica 1870-1970*, *op. cit.*

[8] Los *fascis*, o haz de líctores, eran la unión de 30 varas normalmente de abedul, una por cada curia de la antigua Roma, atadas de manera ritual con una cinta de cuero rojo, formando un cilindro que sujeta un labrys (hacha). Emblema del poder militar de los reyes etruscos, fue adoptado por los monarcas romanos y durante la Roma imperial. [N. de la T.]

[9] La historia de la planificación y de los concursos de diseños para el Palacio del Fascismo está vívidamente narrada por Paul Baxa en (*Roads and Ruins: The Symbolic Landscape os Fascist Rome*, Toronto, University of Toronto Press, 2010, cap. 5), que por alguna razón no desarrolla la historia y no relata el final de la construcción.

El tercer elemento y el más ambicioso de todos fue la planificación de un nuevo centro para Roma, en el sureste, en torno a una Exposición Universal planeada para 1942, en el vigésimo aniversario del fascismo. Entonces se la conocía como E42 y ahora como EUR. Una gran parte de su modernismo monumental fue construido antes de que el proyecto se viese paralizado por la guerra. Es claramente modernista, y claramente monumental, pero en modo alguno megalomaníaco, a diferencia de los diseños de Speer para Hitler.

El fascismo del siglo XX era desvergonzadamente imperialista. Mussolini proclamó solemnemente el Imperio italiano desde su balcón en el Palazzo Venezia el 9 de mayo de 1936, basándose en la conquista de Adís Abeba y, como se acabó viendo, en la victoria más bien efímera del gas mostaza italiano. La Via dell'Impero, al otro lado de los antiguos yacimientos arqueológicos romanos, ya había sido inaugurada en 1932 con el tramo que iba de Piazza Venezia al Coliseo y que se prolongaría posteriormente, en 1934.

El aniversario del segundo milenio de Augusto, en 1937, con la excavación de su mausoleo, y al poner el foco en el redescubrimiento de su Altar a la Paz —o mejor dicho, del devoto homenaje que le hizo el Senado con dicho altar—, señalaba claramente otro de los hitos imperiales, explícitamente la imposición, si bien bastante torpe, de la paz en las provincias de la Galia y la Hispania. Con todo ello se retrataba explícitamente a Mussolini como el Augusto contemporáneo.

Aunque algunos lugares litúrgicos del fascismo y algunas toponimias cambiaron rápidamente de nombre tras el 25 de julio de 1943, cuando Mussolini fue depuesto por sus propios camaradas del Gran Consejo Fascista, gran parte de la Roma fascista sobrevivió. En 1943, el Foro Mussolini se convirtió en el Foro Italico; en julio de 1944, el altar a los caídos del fascismo en el Campidoglio fue eliminado y las calles en honor de Hitler así como la iconografía fascista italiana desaparecieron.[10] De todas maneras, el *fascio* (el *littorio* romano) y el calendario fascista (desde 1922) se han mantenido en la Roma posfascista. El 17 de abril del 2015 hubo un breve debate, planteado por el presidente de la Cámara de Diputados, acerca de si no sería un buen momento en el 70 aniversario de la derrota del fascismo para quitar el obelisco dedicado al *Dux* Mussolini en el Foro Itálico. La cuestión no llegó siquiera a ser votada antes de ser enterrada.[11]

Las dos principales intervenciones fascistas en el urbanismo continúan siendo la carretera principal que cruza la Roma arqueológica, y que antes se llamaba Via dell'Imperio, y ahora recibe un sobrenombre más histórico Via dei Fori Imperiali, y el gran acceso al Vaticano, la Via della Conciliazione,

---

[10] Vittorio Vidotto, *Roma contemporanea*…, *op. cit.*

[11] *Corriere della Sera*, 18 de abril del 2015, p. 13.

ambas fueron construidas gracias a terribles demoliciones de viviendas y de restos arqueológicos.[12] La Via della Conciliazione se terminó en 1950; el EUR fue revivido de cara a las Olimpiadas de 1960 y desde entonces las labores de renovación y mejora han continuado otorgándole el estatus actual, como uno de los principales centros empresariales y administrativos, similar en cierto modo al barrio parisino de La Défense, pero con un estilo modernista más antiguo. Incluso el augusto Altar a la Paz ha sido revitalizado, y actualmente está recubierto con un estiloso edificio transparente diseñado por Richard Meyer, que reemplaza la construcción realizada por Morpugno para Mussolini, sorprendentemente similar pero de construcción mucho más modesta, y que estaba destinada a ser temporal.

El principal cambio, a parte del crecimiento de la ciudad, es tal vez que el Palazzo Venezia y su plaza a los pies del balcón han perdido centralidad. Pero eso ya había sucedido antes de la derrota final de Mussolini.[13]

El fascismo italiano era vicioso y violento, una gran fuente de inspiración para Hitler y objeto de admiración de amplios sectores de la burguesía europea, incluyendo los redactores de las editoriales del *Times* londinense, al menos hasta su engreído y tardío asalto imperialista a Abisinia. Pero Mussolini fue más un fanfarrón que un carnicero, y dejó una impresionante y duradera impronta en la «ciudad eterna». Para esto parece haber dos explicaciones, probablemente más confluyentes que opuestas: una urbanística, la otra política.

En el plano urbanístico, Mussolini, sus arquitectos y sus consejeros políticos, estaban de acuerdo en que Roma era una ciudad antigua a la que se le debía respeto y que se requería control sobre las intervenciones, especialmente si se quería construir un futuro imperial sobre la base de una antigua gloria. Al mismo tiempo, tanto para los fascistas como para los antifascistas, estaba claro que la Roma papal había decaído y que la Roma italiana nacional no había hecho mucho al respecto. De un modo u otro, Roma en la década de 1920 era una ciudad que necesitaba urgentemente servicios e instalaciones higiénicas modernas y una apertura del tráfico y las comunicaciones. El fascismo contribuyó claramente a la debida mejora en las infraestructuras.

Segundo, el urbanismo fascista también ha sobrevivido por razones políticas. Mientras que el portavoz de la Cámara de Diputados italiana en abril del 2015 tuvo que retractarse al sugerir que tal vez debería retirarse

[12] Antonio Cederna, *Mussolini Urbanista*, Roma, Laterza, 2006 [1979], cap. 7; Italo Insolera, *Roma moderna: Da Napoleone I…, op. cit.*

[13] En el momento cumbre de su oratoria, en 1936, Mussolini lanzó doce discursos desde el balcón del Palazzo Venezia, seguidos de otros diez en 1937, que disminuyeron a tres en 1941, ninguno en 1942 y uno en 1943. Vittorio Vidotto, *Roma contemporanea…*, *op. cit.*, p. 203.

el obelisco a Mussolini, sabemos lo qué habría pasado si algún alcalde de una pequeña ciudad bávara hubiese defendido mantener un monumento a Hitler como parte de la «memoria histórica»: él o ella hubiesen sido expulsados del cargo en menos de una semana. La cultura y los políticos italianos posteriores a la Segunda Guerra Mundial nunca han visto ninguna razón de peso para investigar críticamente o rechazar de manera razonada la mentalidad y las prácticas del fascismo y así poder superarlo. En Alemania Occidental esto tardó bastante tiempo en suceder. No debemos olvidar, por ejemplo, que el abogado que redactó las Leyes de Núremberg, Hans Globke, era un consejero clave y de gran confianza de Konrad Adenauer, un canciller que estuvo bastante tiempo en el poder, o que un alto funcionario del espionaje nazi, Reinhard Gehlen, se convirtió en el director del espionaje antisoviético de Alemania Occidental. Pero según fue pasando el tiempo, en Alemania se produjo una profunda e impresionante limpieza del pasado fascista. En ningún otro lugar ha habido una preocupación tal por la «construcción democrática».[14] En Italia no se ha hecho apenas borrón y cuenta nueva; al contrario, ha habido incluso claros y explícitos lavados de cara de Mussolini.[15]

De Berlín a Alemania

Hitler estaba obsesionado con la idea de construir una capital que correspondiese y representase sus sueños de poder. La construcción de la capital solo era menos importante que su búsqueda del poder imperial. Desde esta perspectiva el Berlín existente se encontraba muy por debajo de los estándares deseados. Para empezar no era una gran metrópolis como Viena o París, siendo esta última la vara de medir de Hitler respecto de sus aspiraciones. Sus esbozos para la nueva Reichshauptstadt (la capital del Reich) se centraban en emular y superar a los Campos Elíseos, pero sus ambiciones crecieron rápidamente. La tarea principal de su arquitecto favorito, Albert Speer, pasó a ser el diseño y realización de un plan para la «Capital Mundial Germania», «comparable solo al antiguo Egipto, Babilonia y Roma».[16]

Donde Mussolini había hablado de «necesidad» además de *grandezza*, Hitler se mostraba como un dandi esteta con una completa falta de interés por los asuntos mundanos de la vida urbana cotidiana.[17] La construcción

[14] Ingeborg Flagge y W. J. Stock, *Architektur und Demokratic*, Berlín, Hatje, 1992.
[15] Véase Perry Anderson, *The New Old World*, Londres, Verso, 2009, pp. 333 y ss [ed. cast.: *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Akal, 2012, pp. 579 y ss.].
[16] Hitler, marzo de 1942, citado en Laurenz Demps*, Berlin-Wilhelmstrasse: Eine Topographie preussisch-deutscher Mact*, Berlín, Ch. Links, 1996, p. 231.
[17] Cierto es que algunos nazis mostraban interés en las necesidades cotidianas, como el primer ministro Rudolf Hess, pero la influencia de este estaba ya desvaneciéndose y, según el Führer, Hess no tenía gusto. Albert Speer, *Inside the Third Reich,* p. 127, *op. cit.*

de viviendas se estancó en el Berlín nazi.[18] Antes bien el nazismo promovió una dura intervención, del tipo más brutal, en las vidas cotidianas de una parte de la población berlinesa: sus 160.000 judíos. En última instancia, todos ellos tuvieron que emigrar o fueron deportados y llevados a la muerte. Pero antes de eso, se confiscaron famosas propiedades judías, como las casas editoriales Ullstein y Mosse y galerías comerciales como Wertheim y Tietz. Según la mano derecha de Speer, Wolters, estas apropiaciones ascendieron a 23.765 propiedades. En el pogromo orquestado en noviembre de 1938, se destruyeron miles de tiendas judías, la mayor parte de las sinagogas fueron incendiadas.[19] Por decreto, los judíos tenían prohibido vivir en las proximidades de las áreas gubernamentales, fueron expulsados de los apartamentos en las áreas planificadas y se les prohibió alquilar viviendas de propiedad alemana. Una orden policial del 28 de noviembre de 1938 prohibía a los judíos entrar a cualquier cabaret, cine, sala de conciertos, museo o campo deportivo, así como utilizar cualquiera de las calles que se encontrara en el barrio gubernamental.[20]

El tráfico moderno y las comunicaciones atrajeron a los nazis del mismo modo que habían atraído a los fascistas italianos. El campo de Tempelhof, que seguía siendo utilizado durante los desfiles nazis del Primero de Mayo en 1933 y 1934, fue convertido en un aeropuerto, y la construcción de una *Autobahnring* (autopista) alrededor de Berlín se consideró una «alta prioridad» incluso tras el comienzo de la guerra; un portavoz del régimen se mostró orgulloso del intenso tráfico en la Potsdamer Platz.[21]

El Berlín de Weimar fue la mayor ciudad industrial europea, tal vez incluso del mundo, con una población de 4,2 millones de habitantes en vísperas de la toma de poder por los nazis, cuando casi la mitad de su población trabajaba en la industria. Antes de la Primera Guerra Mundial los socialdemócratas habían obtenido la mayoría en las elecciones parlamentarias berlinesas, bajo sufragio universal masculino, pero no en la política urbana, en la que se utilizaba un sistema electoral de franquicia con tres clases.[22] Tras la guerra, las amargas divisiones entre socialdemócratas de derechas, socialistas de izquierdas y comunistas evitaron cualquier intento de socialismo municipal en Berlín. La ciudad no era una plaza

---

[18] Günter *Peters*, *Kleine Berliner Baugeschichte, op. cit.*

[19] Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, Picador, 1996, p. 225

[20] Engeli y Ribbe, «Berlin in der NS-Zeit (1933-45)» en Wolfgang Ribbe (ed.), *Gerschichte in Daten-Berlin*, vol. ii, Múnich, Fourier Verlag, 1988, pp. 92 y ss.

[21] Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Nueva York, Carroll Graf, 1998, p. 461.

[22] Bismark intentó crear una fachada democrática para su Gobierno, impulsó el sistema de elecciones si bien generalizando el sistema prusiano, que utilizaba un sistema de votación muy restrictivo de tres clases, en el que la tercera parte más rica de la población podía elegir el 85 % del legislativo, lo que aseguraba una mayoría conservadora. Este fue el sistema por el que se gobernaba la ciudad de Berlín. [N. de la T.]

fuerte del nazismo, pese a que el despiadado liderazgo de Goebbels le proporcionó una substancial cantidad de seguidores. La «capital del movimiento» era Múnich, y las marchas nazis, magistralmente coreografiadas, tuvieron lugar en Núremberg.

Los «mil años» del nazismo en realidad fueron solo doce, y durante los tres últimos el régimen básicamente se centró en luchar por su supervivencia. El principal impacto de los nazis en Berlín puede observarse en las ruinas de su devastadora derrota. Aquí, sin embargo, desde una perspectiva de construcción urbana fascista prestaremos atención a dos elementos: primero, los cambios reales que hubo durante los nueve años de gobierno autónomo nazi, y, segundo, los planes de Hitler y de Speer para la «Capital Mundial Germania», que debía completarse en 1950.

La primera manifestación del urbanismo nazi en Berlín fue el teatro de masas político. El comienzo lo marcó la noche del 30 de enero de 1933, cuando los uniformados batallones nazis marcharon por las calles del centro portando antorchas hasta la tranquila Wilhelmstrasse (el equivalente berlinés a la Whitehall londinense),[23] que atraviesa la puerta de Brandeburgo, y la oficina del canciller, desde donde Hitler solo podía asomarse por una ventana —porque no había balcón—. Otra actuación estelar fue la del Primero de Mayo de 1933, que se transformó en el Día Nacional del Trabajo, y en cuyas celebraciones se animó y persuadió a los sindicatos a participar, solo para ser disueltos el día siguiente. Plazas centrales como Lustgarten, que antes de los nazis era más un parque que una plaza abierta, y Wilhelmsplatz fueron reestructuradas y asfaltadas, la primera para servir como escenario para las manifestaciones, la segunda para los oyentes de la cruda voz que pronto saldría desde el futuro balcón del nuevo Reichskanzlei (Cancillería del Reich).

La construcción se centró en el barrio gubernamental y en, y alrededor, de la Wilhelmstrasse. Probablemente por accidente, el primer gran proyecto en comenzarse (en mayo de 1934) fue la extensión del Reichsbank, que tuvo lugar tras el último concurso abierto en el cual participaron Walter Gropius y Mies van der Rohe, sin éxito, por decisión de Hitler. El resultado fue una suerte de modernismo monumentalista, un edificio horizontalmente largo, duro, de cinco pisos, con una fachada sobria y sin ornamentos. De forma esperable en el nuevo régimen, se planearon otros tres edificios en la misma zona: un gigantesco Ministerio de Aviación que reemplazaría al viejo Ministerio de la Guerra prusiano, y

---

[23] Whitehall es la arteria principal que va desde la plaza del Parlamento hacia el norte y llega hasta el extremo sur de Trafalgar Square. A su paso se topa con gran parte de los edificios gubernamentales, por ello «Whitehall» se utiliza habitualmente como sinónimo para el sistema administrativo de gobierno, el Servicio Civil Británico o, incluso, el gobierno mismo. [N. de la T.]

que representaría el poder y el narcisismo de Hermann Göring más que el transporte aéreo alemán; el Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y la Propaganda, a saber, el ministerio de Joseph Goebbels; y una nueva cancillería para Hitler, construida por Speer, que también había intervenido en la transformación y ampliación de la oficina de prensa de la República de Weimar para adaptarla a las necesidades de Goebbels. Mientras que el Reichskanzlei fue completamente destruido por los vencedores de la guerra, el Reichsbank y los ministerios sobrevivieron y han tenido un importante reciclado durante la posguerra: primero en el Berlín Este del comunismo, el Banco fue convertido en el edificio del Comité Central y el Ministerio de Aviación en sede del Consejo de Ministros, y ya en el Berlín reunificado como sede de los nuevos ministerios federales, incluyendo la Oficina de Asuntos Exteriores. Para las olimpiadas de 1936 se construyó un gran estadio que sigue en pie.

Albert Speer fue designado inspector general de urbanismo de Berlín en enero de 1937, un cargo de nuevo cuño hecho a su medida, aunque el título se hacía eco de la posición, un siglo antes, del gran arquitecto prusiano Karl Friedrich Schinkel. Dicho título le convertía en el arquitecto jefe de Berlín, bajo supervisión directa de Hitler y sin nadie más por encima de él, lo que hacía que no estuviese subordinado ni al líder nazi del distrito de Berlín, Goebbels, ni al nuevo alcalde nazi, un miembro del viejo partido que tenía dudas financieras respecto a los grandes proyectos de Hitler y de Speer.

Otro cambio que permanece en el centro de Berlín fue la contribución al gran eje este-oeste planificado para atravesar el inmenso parque de Tiegarten. Se trasladó así la columna de la Victoria prusiana de 1864-1873 del exterior del Reichstag a una rotonda en la avenida que atraviesa el parque, acabando en una plaza del Berlín Occidental que fue renombrada como Adolf-Hitler-Platz (actualmente Theodor-Heuss-Platz en recuerdo del primer presidente liberal de Alemania Occidental).

Iconográficamente, el Berlín nazi estaba lleno de esvásticas: en los edificios públicos, en los pórticos, en las columnas y colgadas de estandartes. Pero no se copió en exceso la monumentalidad clásica, de hecho hubo más bien poco de esta. Una excepción podía encontrarse en el patio del nuevo Reichskanzlei, donde dos inmensas estatuas de bronce mostraban dos hombres desnudos, portando antorchas que simbolizaban al partido y al Ejército (Wehrmacht). Los cambios en la toponimia fueron pocos y no tuvieron como objetivo las calles principales ni plazas muy importantes. Adolf-Hitler-Platz era una plaza significativa pero para nada importante. La Hermann-Göring-Strasse reemplazó a la de Friedrich Ebert (un presidente socialdemócrata de la era Weimar) y más o menos formaba parte del barrio gubernamental, pero no era una zona clave. También había una calle dedicada a Horst Wessel, un mártir nazi de principios de la década de 1920.

Pese, no obstante, a la renovación y a los nuevos monumentos, Berlín no era suficiente para Hitler. En el imperio teutónico por venir, y que iba desde Noruega hasta el norte de Italia; en la dominación mundial alemana que vislumbraba, Hitler proyectaba la construcción de una nueva capital, Germania, y para ello debía destruirse gran parte del centro de Berlín. En 1937, Speer recibió el encargo de diseñar un plan detallado, que debería estar realizado en 1950. Speer y su oficina diseñaron una gran cantidad de modelos, que Hitler, fascinado, inspeccionó. Se hicieron algunas demoliciones pero apenas se construyó nada, y en la primavera de 1942 Speer persuadió a Hitler para detener los trabajos que estaban en marcha, y así concentrar la capacidad de construcción en el esfuerzo de guerra.

El nuevo Reichskanzlei y los planes para Germania son los mejores ejemplos de la construcción fascista alemana. El primero fue finalizado justo a tiempo para la recepción de los cuerpos diplomáticos en el Año Nuevo de 1939; la segunda existió solo en maquetas celosamente escondidas al escrutinio del público y que se mostraron solo a los compañeros más cercanos de Hitler, probablemente debido a que su gigantomanía podía ser políticamente vergonzosa. Cuando mostraron las maquetas al anciano padre de Speer, que también era arquitecto, su reacción fue: «Vosotros os habéis vuelto locos».[24]

Sin embargo, antes del futuro estaba el presente: es decir, la cancillería existente que, a ojos de Hitler, era totalmente inadecuada, como también lo eran cualquiera de las alternativas propuestas. A partir de 1935 el régimen comenzó a forzar sutil y discretamente la salida de los negocios en la calle Voss, cercana a la vieja cancillería en la Wilhelmstrasse. A principios de 1938, Speer recibió la orden de tener construido un nuevo edificio, o más bien una nueva extensión al existente, en un año. «El coste es inmaterial», le dijo Hitler.[25]

El tamaño y la fachada de la parte nueva, erigida con un granito monumental y con un enorme pórtico de modernas columnas de piedra de dos pisos, se vieron constreñidas por la antigua, la manifestación del poder se concentraba en el interior. Se entraba por un largo y sombrío patio de honor que conducía a otro inmenso portal de piedra, desde el cual el visitante debía ascender por una escalera exterior, atravesar la puerta de doble hoja de casi 6 metros de altura y continuar cruzando dos salones de recepción antes de alcanzar lo que constituía el orgullo de su propietario y de su arquitecto, una galería de mármol de 145 metros de longitud, el doble de la longitud del Salón de Espejos del palacio de Versalles. Hitler

---

[24] Albert Speer, *Inside the Third Reich,* p. 197, op. cit.

[25] Laurenz Demps*, Berlin-Wilhelmstrasse…*, op. cit., pp. 225 y ss.; Albert Speer, *Inside the Third Reich,* p. 157, op. cit.

estaba encantado: «¡En la larga caminata desde la entrada hasta la sala de recepción, los extranjeros van a hacerse una idea del poder y la grandeza del Reich alemán!».[26] Aquí podemos ver un brillante ejemplo de algunos de los elementos de la «gramática del poder» arquitectónica, tal y como los ha formulado el arquitecto y teórico noruego Thomas Thiis-Evensen: la imponente dureza y la sensación de clausura del edificio, el tamaño de las portadas y de las puertas, y por encima de todo la distancia entre el patio principal y la Galería de Mármol.[27]

Se suponía que esta Cancillería solo debía ser temporal, mientras se esperaba la llegada de Germania. Cuando Hitler presentó su visión de una nueva capital, que aún no se llamaba Germania, a finales de 1936, expuso tres ideas principales. Primera, una Prachtstrasse (calle de la Magnificencia) que atravesaría el Berlín central de norte a sur —inspirada en los Campos Elíseos aunque por supuesto con la idea de superarlos— de 118 metros de ancho. Segunda, un inmenso Arco del Triunfo de 121 metros de altura. Tercera idea, una sala de reuniones coronada por una cúpula con espacio para 150.000 personas: según el diseño de Speer el volumen interior de la Gran Sala sería dieciséis veces mayor que San Pedro, y la estructura copiaría la del Panteón romano.[28] El domo debía estar coronado por el águila alemana, pero que, tal y como Hitler le dijo a Speer en el verano de 1939, ya no llevaría entre sus garras la esvástica sino el globo terraqueo. La sala estaría rodeada de agua, con lo que se debía expandir el río Spree, trasformándolo en un lago, y en la parte sur estaría la plaza central, la Adolf-Hitler-Platz, donde se situaría la nueva Cancillería y el Führerpalast (palacio del Führer). En los alrededores habría edificios militares y gubernamentales.[29]

En la sala de entrada y en el Arco de Triunfo vemos una acentuación de otro elemento de la gramática arquitectónica del poder: la altura. Una fotografía del modelo muestra la puerta de Brandeburgo y el Reichstag, que Speer, pero no Hitler, quería derribar, totalmente miniaturizados por el tamaño de la Sala. Por otra parte, a lo largo de la futura Gran Avenida de Germania no debía haber rascacielos,[30] que presumiblemente eran demasiado modernos para la monumentalidad imperial que gobernaba este diseño. Estilísticamente, Germania seguía en gran medida el modelo del

---

[26] Albert Speer, *Inside the Third Reich,* p. 158-159, op. cit. El Palazzo Venezia de Mussolini con su sala Renaissance *Mappamondo* (Mapa del mundo), y su suelo de mosaico de veinte metros de longitud, también se construyó según los estándares fascistas.

[27] Albert Speer, *Inside the Third Reich,* p. 159, *op. cit.*; respecto de la obra de Thiis-Evensen, véase cap. 1, cita 22. Suponemos que de la obra de Thomas Thiis-Evensen, Kolbjørn N. Nybø, *Archetypes of urbanism: a method for the esthetic design of cities*, Universitetsforlaget, 1999.

[28] Albert Speer, *Inside the Third Reich, op. cit.*, p. 118,

[29] Ibídem, caps. 10-12.

[30] En Günter *Peters*, *Kleine Berliner Baugeschichte, op. cit.,* p. 171.

Segundo Imperio Francés, evitando la corriente moderna del fascismo italiano —manifiesta en la EUR— que Hitler aborrecía. La simetría, el sexto elemento en la lista de Thiis-Eversen, no figura de manera reseñable dentro del relato del propio Speer, aunque la corte de honor del Reichskanzlei se despliega simétricamente.

El fascismo estaba obsesionado con la idea de manifestar su poder de manera que impresionara e intimidara. A primera vista puede resultar sorprendente cómo gran parte de esta preocupación de parte de regímenes supuestamente muy nacionalistas iba dirigida a impresionar a extranjeros, diplomáticos, visitantes y turistas, y que se llevara a cabo con la vista puesta en otras ciudades extranjeras a las que emular y sobrepasar. El día de Año Nuevo de 1925, Mussolini describió sus ideas acerca de Roma: «En cinco años Roma deberá aparecer sorprendente a los ojos de todos los pueblos del mundo». A principios de 1939, Hitler se regocijaba en cómo la distancia y el tamaño del nuevo Reichskanzlei demostraría la posición de Alemania en el mundo.[31] Pero no deberíamos sorprendernos por ello: el fascismo se veía a sí mismo como un importante actor en el juego del imperialismo mundial. Como Speer ya había aprendido en 1939, para Hitler el planeta era más importante que la esvástica, y el momento cumbre del poder de Mussolini fue la proclamación del imperio italiano.

Las grandes avenidas eran un elemento clave en el urbanismo fascista: la Via dell'Impero romana, flanqueada por la Via de Triomfi; el eje norte-sur de Germania, y antes de esto el primer paso a su consecución que supuso la Charlottenburger Chaussee (actualmente calle del 17 de junio), y la destrucción de edificaciones en Unter den Linden con el objetivo de hacer espacio para pilares y cimientos. No eran calles, obviamente, para pasear. El paseante era sin lugar a dudas un urbanita no fascista, aunque las calles no solo estaban destinadas a los desfiles de los camisas negras o pardas: también estaban destinadas al tráfico de convoyes militarizados y de automóviles. La velocidad, el tráfico a motor y la aviación eran parte del culto fascista al poder moderno, al igual que las vías rápidas que cruzaban toda la ciudad, los nodos de distribución de tráfico, las autopistas de dentro y fuera de las ciudades, así como los aeropuertos, todos ellos elementos claves de la agenda urbana fascista.[32]

En comparación, las plazas destinadas a las manifestaciones eran elementos secundarios, que además en gran medida ya existían, como era el caso de la Piazza Venezia y del campo de Tempelhof, aunque algunas veces

[31] Vittorio Vidotto, «La capitale del Fascismo», en Vidotto (ed.) *Roma Capitale, op. cit.*, p. 397; Albert Speer, *Inside the Third Reich, op. cit.*, pp. 1995, 115, 159.
[32] El gran historiador y teórico de la arquitectura, Spiro Kostoff, resumió una vez la Roma de Mussolini como «tráfico y gloria». Paul Baxa, *Roads and Ruins, op. cit.* Dos de los más prominentes líderes fascistas fueron ávidos aviadores: Italo Balbo y Hermann Goering.

fueron renovadas y se les proporcionara nuevos usos como le ocurrió a Lustgarten y Wilhelmsplatz en Berlín.

Los edificios centrales del poder cambiaron con el cambio del régimen político, fueron renovados como el Palazzo Venezia, o ampliados y renovados como el nuevo Reichskanzlei. La capital existente era considerada, al completo, como inadecuada para la nueva potencia: los italianos construyeron la E42 o EUR, con la intención de que fuese el nuevo centro de Roma, mientras que los alemanes planeaban su «Capital Mundial Germania».

La ideología fascista tenía unos pocos y simples principios básicos: un nacionalismo virulento, un darwinismo social machista —que en el nazismo incluía el antisemitismo—, el imperialismo y, crucial para su éxito, la disposición y preparación para aprender de su principal y mayor enemigo, el movimiento obrero marxista (en lo relativo a la organización de masas y a su atención a los asuntos sociales). Por los demás, los líderes supremos eran tan pragmáticos —dentro de su círculo interno Hitler y Goebbels hacían burlas sobre el misticismo ario de Rosenberg y Himmler—, como en ocasiones despiadados. Ernst Röhm era uno de los cuatro Duzfreunde (aquellos que podían utilizar la forma íntima de llamar de tú a Hitler), pero fue asesinado cuando insistió en reemplazar el Ejército por las milicias de las SA. El fascismo tenía líderes y su insignia de partido, pero no disponía de padres fundadores, grandes pensadores originales, ni textos canónicos. Tampoco tenía una gran historia, que tenía algunos «mártires». Todo esto hacía que la posible iconografía fascista tuviese sus limitaciones. Poseía una historia nacional, pero sus Estados nación ya poseían sus propios moldes sobre los que se habían formado. Una lectura imperialista de la historia nacional quedaba bastante lejos. El fascismo italiano recurrió naturalmente al Imperio romano, dándole una forma colonial específica del siglo XX tras la conquista de Etiopía. El nazismo se veía a sí mismo como el sucesor del Sacro Imperio Romano medieval y del Reich de Guillermo. Aunque mantenía a escondidas sus ambiciones de dominación mundial, la Alemania nazi creó un Ministerio de las Colonias.

Los símbolos del partido, el fascio y la esvástica, fueron desplegados ostentosamente como también lo fueron los retratos de los líderes, pero rara vez se tallaron en piedra. El fascismo italiano fechó sus edificios según su propio calendario, que comenzaba en 1922, de acuerdo además con el calendario cristiano. Los monumentos nacionales ya los había construido el anterior Estado nación, por lo que las capitales fascistas apenas construyeron otros nuevos. El ambicioso intento, mediante el aniversario bimilenarista (en 1937) de la construcción del Altar a la Paz de Augusto, de reafirmar a Mussolini como el sucesor moderno del emperador Augusto, se convirtió rápidamente en un acto grotesco en vista del imparable declive y caída del Duce. El culto nazi se centró en Núremberg, no en Berlín.

Speer obtuvo una asignación presupuestaria para un futuro y gigantesco campo de desfile, capaz de agrupar a 400.000 personas. Al escribir sobre ello, mucho tiempo después, en sus memorias tras salir de prisión, Speer se explaya sobre esta cuestión explicando cómo el campo y sus edificios colindantes sobrepasarían en tamaño y volumen al Circo Máximo romano, Persépolis y la pirámide de Keops.[33]

No existía un estilo propiamente fascista de construcción más allá de la gramática arquitectónica del poder autoritario. Como característica común de la tendencia dominante del fascismo, tanto en Roma como en Berlín, puede señalarse un monumentalismo moderno duro y pétreo. Pero mientras que Hitler profesaba una versión propia del siglo XIX del modernismo puro y postornamentalista, el fascismo italiano incluía una corriente de pura sangre moderna (que en Italia se conocería como corriente racionalista). Uno de los más convencidos fascistas entre los arquitectos italianos, Giuseppe Terragni, pertenecía a dicha corriente. Como puede esperarse, los líderes fascistas y los urbanistas eran todos ellos admiradores del barón Haussmann y de sus prácticas de demolición implacable de los vecindarios populares.

Económicamente, las capitales fascistas fueron ambas lo que hoy se llamarían empresas publico-privadas, pese al anacronismo de llamar «público» al hermético Estado fascista. Dos tercios de la Gran Avenida de Germania se reservarían a edificios de empresas privadas.[34] Roma tenía un plan general (en 1931) que se había presentado en público y algunos de los grandes proyectos fascistas fueron debatidos públicamente, como por ejemplo la localización y el estilo de la sede del partido, el Palazzo Littorio, pero otros no se harían públicos hasta que se recibiera el visto bueno. De otra parte, las maquetas de Speer para Germania se mantuvieron escondidas incluso para la mayor parte de los dignatarios nazis, y sus ingentes costes se ocultaron mediante un sistema de «contabilidad creativa». ¿Hasta qué punto la Roma y el Berlín fascistas manifestaron también el poder capitalista? Una respuesta breve sería esta: por lo menos tanto como lo hicieron la Roma y el Berlín prefascistas.

El plan general para Roma de 1931 tuvo en cuenta la futura especulación inmobiliaria de los terrenos periféricos, aunque las regulaciones fueron rápidamente sobrepasadas por intereses privados, planes «particulares» e intervenciones políticas ad hoc.[35]

---

[33] Albert Speer, *Inside the Third Reich, op. cit.*, pp. 112 y ss. Germania, no llegó a construirse jamás, pero Speer aportó sus contribuciones a finales de la década de 1930.
[34] Albert Speer, *Inside the Third Reich, op. cit.*, p. 197.
[35] Antonio Cederna, *Mussolini Urbanista*, *op. cit.*, cap. 4; Italo Insolera, *Roma moderna: Da Napoleone…, op. cit.*, pp. 434 y ss., y cap. 14.

En Berlín, la expulsión y la obvia expropiación del capital judío fue en beneficio «ario» privado. Hitler admiraba profundamente al capitalista etnogermanista Amann, quien sucedió a Ullstein en el dominio de los medios de información alemanes.[36] Todos los grandes industriales y banqueros (no judíos) de Berlín mantuvieron sus propiedades y se enriquecieron con el auge del rearme. Durante la guerra tuvieron que obedecer las directivas políticas de la producción de guerra, como también hizo su contraparte estadounidense y británica.

Dictaduras militares modernas

El fascismo clásico produjo una serie de temas para el urbanismo autoritario moderno, pero a duras penas proyecto alguno. En esta sección, voy a realizar un breve examen general de las hazañas urbanísticas de algunos de los posteriores nietos del fascismo: las dictaduras militares de uno u otro tipo. Aunque habitualmente en ellas se incluían corrientes explícitamente neofascistas, sus principales herederos han tomado nota del pragmático oportunismo de los líderes clásicos, así como de sus derrotas. Pero antes de nada, echaremos un vistazo a la prima coetánea del fascismo clásico, la España de Franco.

Durante la segunda mitad de la década de 1930, España fue el campo de batalla entre fascismo y antifascismo. Los obreros y los intelectuales progresistas de todas partes del Atlántico Norte se presentaron voluntarios a las Brigadas Internacionales, para defender la Segunda República española, mientras que las potencias fascistas enviaron tropas, tanques y escuadrones aéreos para ayudar al bando fascista. En marzo de 1939, las tropas del generalísimo Francisco Franco marcharon sobre Madrid, la derrotada capital de la vencida república. Los vencedores consideraron trasladar la capital fuera de la «desleal» Madrid, los nuevos líderes estudiaron la posibilidad de hacerlo a Sevilla, pero lo descartaron. En 1938, un congreso de arquitectos se reunió en la ciudad en la que se encontraba el puesto de mando de Franco, Burgos, para planear la fascistización de Madrid: la ciudad debía dejar de mirar a París y tomar como ejemplo El Escorial y Toledo. El nuevo centro político debía tener una fachada imperial que se lograría gracias a tres edificios: el Alcázar, una fortaleza medieval renovada como palacio real durante el siglo XVIII; la Catedral, un edificio que por entonces estaba inacabado, justo al sur de la primera, y que había sido iniciada en el siglo XIX; y los nuevos cuarteles generales del partido, la Falange. El trío debía representar la patria, la religión y el poder fascista moderno.[37]

---

[36] Alexandra Ritchie, *Faust's Metropolis…*, *op. cit.*, p. 428.
[37] Véase Ramos y Revilla, *Historia de Madrid*, *op. cit.*, p. 223, y el capítulo VIII; Juliá et al., *Madrid…, op. cit.,* p. 434 y cap. 10.

La mayor parte de estos planes se quedaron en el papel. Los boletines de la Segunda Guerra Mundial pronto dejaron claro que el fascismo propiamente dicho era un caballo perdedor, y el régimen franquista reforzó su carácter militar-conservador-clerical. El nuevo edificio del partido no llegó nunca a construirse y el palacio real continuó sin utilizarse. A principios de la década de 1950 la misma idea de una «fachada imperial» fue destruida por dos grandes edificios comerciales, respaldados por el alcalde designado: la Torre de Madrid y el Edificio España. El capital privado aseguraba su libra de carne en la coalición conservadora. La céntrica Puerta del Sol, lugar en el que en otro momento se había proclamado la República y que los franquistas denunciaron como «un pedestal de cobardes donde el marxismo circulaba alegremente», sobrevivió.

Pero otras partes del plan sí que fueron implementadas. La entrada noroeste a Madrid aún mantiene el Arco de Triunfo, construido para la triunfal entrada de las vencedoras tropas fascistas. Por ese camino se pasa por el Ministerio de Aviación, una especie de Escorial militar. Más al este, el plan fascista de 1944 retomó la idea de ampliar la principal avenida de la ciudad hacia el norte. En aquellos momentos se llamaba avenida del Generalísimo, actualmente es el paseo de la Castellana. Bajo la República estaba destinada a ser principalmente una avenida de construcción estatal pública que representara a la República y la democracia. La nueva zonificación la incluyó entre las zonas «especiales o representativas políticamente». Se terminó un gran complejo de edificios ministeriales. Con la llegada de la democracia, se realizaron murales en los que homenajear a los líderes socialistas históricos, aunque el complejo también tuvo el dudoso mérito de mantener la última estatua ecuestre de Franco en Madrid, que persistió hasta la llegada del gobierno socialista de Zapatero a mediados de la década de los dos mil. De todas maneras, los diferentes edificios aristocráticos demolidos tras la guerra fueron reemplazados por los grandes edificios de negocios y desde la década de 1970 el extremo norte de la Castellana se convirtió en el destino favorito del capital financiero español.

La Guerra Civil fue un combate muy sangriento que duró casi tres años de intenso odio y amargura. El principal logro monumental de Franco es un monumento funerario, el Valle de los Caídos, construido originalmente por prisioneros republicanos entre 1941 y 1959 en las montañas al norte de Madrid. Antes que nada, es una representación de las credenciales católicas del régimen. Bajo la inmensa cruz hay una gran cripta en la montaña que, en 1960, el papa promocionó graciosamente a basílica, el complejo también incluye un monasterio benedictino. La iconografía es abrumadoramente católica. Dentro de la basílica, cuatro figuras inmensas representan al Ejército: la infantería, la marina, la fuerza aérea y sus «respectivas milicias». Franco está enterrado allí, pero como jefe de Estado. La

única parte explícitamente fascista, al menos que yo haya visto, es la tumba al pie del altar de José Antonio Primo de Rivera, el fundador del fascismo español, la Falange.[38]

Una propuesta de la comisión histórica designada por Zapatero a fin de neutralizar el monumento convirtiéndolo en un emplazamiento nacional para recordar a los muertos de ambos bandos durante la Guerra Civil fue rechazada por el Gobierno de Rajoy elegido en 2011. Por otra parte, el Gobierno radical de la ciudad que salió elegido en 2015 ha anunciado el plan de retirar la toponomía franquista que todavía queda en Madrid, donde las calles aún conmemoran a generales de la Guerra Civil, un gran número de fascistas (que superan el centenar) y a los «caídos de la División Azul», que tomaron parte en la invasión nazi de la Unión Soviética.[39]

El franquismo tuvo que evolucionar a partir de la gloria fascista de mediados de los años treinta Los dictadores que vinieron después conocieron el veredicto de la historia en 1945, mucho antes de tomar el poder. En muchos aspectos, la brutal dictadura militar de Chile (1973-1989) fue la más innovadora. En una ceremonia frente al recién erigido «Altar de la Patria», el general Augusto Pinochet lanzó un discurso el 11 de septiembre de 1975 en el que este monumento se declaró equivalente en bravura y franca sinceridad a la declaración, hecha en 1776, por los propietarios de esclavos y los despiadados cazadores de «indios salvajes», y en la que sostuvieron que era «evidente que todos los hombres son creados iguales»: «Chile enciende ante el mundo la llama de la libertad. Lo hace con la fe de que es vanguardia de luz y de esperanza, en un mundo que deambula sin rumbo en medio de las tinieblas».[40] Tras ello, los cuatro miembros de la junta militar portaron las antorchas para encender la llama en un gigante cuenco de piedra elevado sobre una columna al otro lado de la calle del bombardeado palacio presidencial, construido bajo el Gobierno de Salvador Allende para la conferencia de la UNCTAD, y renombrado como edificio Diego Portales en honor al hombre fuerte del Estado chileno de la década de 1830. Tras un gran incendio en 2006, el edificio fue radicalmente remodelado y convertido en el Centro Cultural Gabriela Mistral. El palacio presidencial ha sido restaurado y vuelve a tener un uso democrático, mientras que la «llama de la libertad» de los militares fue extinguida y destruida cuando se llevó a cabo la construcción y remodelación del Barrio Cívico.

---

[38] Las tumbas de Franco y José Antonio son las únicas en las que hay un nombre grabado. La guía oficial del visitante es Sancho, Guía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, Madrid, Patrimonio Nacional, 1996.

[39] Dan Hancox, «Race, God and Family», *London Review of Books*, vol. 37, núm. 3, 2 de julio del 2015, p. 16; *El País*, 6 de julio del 2015.

[40] Citado en *The Clinic*, Santiago de Chile, 28 de octubre, 2004, p. 7 [la traducción del discurso está extraída del libro de Gabriel García Salazar, *Los caminos del pueblo: Reflexiones de prisión y exilio sobre política revolucionaria en Chile (1976-1984)*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2017].

Durante el Gobierno chileno de Unidad Popular de Salvador Allende, los fascistas locales solían realizar pintadas en las que a menudo se referían a «Yakarta». Lo que tenían en mente al hacer dichas pintadas era la masacre de cientos de miles, puede que llegue a un millón, de comunistas —desarmados todos ellos— por parte del Ejército indonesio y sus matones envalentonados durante el golpe de Estado de 1965, del golpe fallido que intentara un grupo de jóvenes oficiales. Aunque Himmler hubiera admirado la brutal «dureza» de los generales indonesios, así como de sus subordinados y sus seguidores islamistas, a duras penas se podía encontrar un fascista en Yakarta en 1965.

El mito fundador del «Nuevo Orden» en Yakarta fue consagrado en un nuevo monumento: Lubang Buaya (literalmente, el pecho del cocodrilo). Un enorme conjunto en la parte sureste de la ciudad dominado por la representación de un gran ejemplar de Garuda, el ave mítica nacional del país, con las alas abiertas, más imponente que el águila nazi. A sus pies, sobre un podio con un friso contra el comunismo, hay estatuas a tamaño real de los siete oficiales asesinados por los misteriosos e ineptos primeros golpistas, convertidos en los mártires del Nuevo Orden y en la razón para las vengativas masacres de civiles comunistas y de sus supuestos simpatizantes. Tras las estatuas hay un agujero, en referencia al pozo en desuso al que se arrojaron los cuerpos de los siete oficiales, aunque allí no hay nada que ver. El monumento de 1969 fue complementado en 1981 con un museo propagandístico del régimen, la «Sagrada Pancasila» (los principios fundacionales de la nación) y en 1990 por el «Museo de la traición del PKI (Partido Comunista de Indonesia)».

El segundo monumento nacionalista del régimen fue más pacífico: el Taman Mini Indonesia Indah (Hermoso Parque de Indonesia en Miniatura), conocido comúnmente como Mini. Es un enorme parque folclórico en el que se muestra la arquitectura y la cultura del enorme y diverso país.[41] La idea es similar a la de Skansen en Estocolmo, construido casi un siglo antes, pero el Mini tiene una grandeza aristocrática —con su réplica de grandes mansiones— que está ausente en Skansen con su fidedigna recreación de las viviendas originales de los artesanos y campesinos.

En el momento cumbre político, Pak Suharto, el «padre del desarrollo», sucedió al Bung Karno, el Hermano [Su]karno, hermano de la revolución. El desarrollo capitalista fue el principal impulso del régimen de Suharto, y tuvo bastante éxito, pese a su masiva y crónica corrupción. En torno al eje norte-sur de Thamrin-Sudirman, las torres de oficinas y los centros comerciales se convirtieron en el emblema oficial de la era de Sukarno. Económica y socialmente el régimen era claramente modernizador:

---

[41] Cf. Peter Nas, «Yakarta», *op. cit.*, p. 117.

prohibió los bicitaxi de las calles de la capital, expulsó a los pobres todo lo que pudo del centro de la ciudad y construyó autovías elevadas que cruzan la ciudad por encima de los barrios *kampung* de la población.[42] El desarrollo ha sido caracterizado, no sin críticas, como «involución urbana» y «urbanismo arrollador».[43]

En cualquier caso, el nacionalismo culturalmente conservador típico de los regímenes militares de derechas también floreció en Yakarta, junto con la modernidad globalizadora y empresarial. Sukarno, un nacionalista antiimperialista y, arquitectónicamente, un modernista internacional, se había fijado en «Nueva York y Moscú», más de hecho en esta última. Los arquitectos del Nuevo Orden habían señalado explícitamente que no querían que las ciudades indonesias fuesen «lo mismo que… Nueva York, Los Ángeles o Washington».[44] El impacto de la arquitectura nacionalista en la jungla del desarrollo capitalista fue limitado, pero existe: así por ejemplo, la restaurada mezquita de Demak, más parecida a una pagoda asiática que a una mezquita del Asia Occidental, o el principal edificio de la Universidad de Indonesia.[45]

Aunque no llegara a igualar a Hitler y Speer en arquitectura megalómana, hay una capital de reciente fundación que les igualó en secretismo y que claramente les sobrepasó a la hora de implementar de forma efectiva el sueño de los gobernantes militares de construir una nueva capital. Esta es Naipyidó, la capital oficial de Birmania. Sus cimientos han sido construidos bajo un total secreto en el punto medio geográfico del país. Se habían oído rumores acerca de un supuesto nuevo centro militar, pero nada más. La mañana del 6 de noviembre del 2005, camiones militares comenzaron a movilizarse hacia el norte dejando atrás la excapital colonial, Rangún, y al día siguiente, el ministro de Información anunció «una nueva capital administrativa», «para asegurar una administración más efectiva en las tareas de construcción de la nación». No se dio nombre alguno. No fue hasta el 12 de julio del 2006, cuando uno de los principales generales declaró que «Naipyidó se convertirá en la capital de la nación, de acuerdo con la nueva constitución que se ha de adoptar». La capital de Myanmar recibió el término antiguo para «capital» —naypidaw— una palabra utilizada para designar los lugares donde residían los reyes precoloniales.[46]

---

[42] En Indonesia se denomina *kampung* a los diferentes poblados, en contraposición a *kota* que es cómo se llama a la ciudad. Dentro de las ciudades, los migrantes se agrupan en *kampungs* en función de su origen o comunidad étnica, elementos que acaban dando el nombre al *kampung* específico. Los *kampung* existen en otras zonas de Asia como Brunéi o Malasia y en cada uno de ellos tienen peculiaridades propias y distintivas del resto. [N. de la T.]

[43] Hans-Dieter Evers, «Urban symbolism and urbanism in Indonesia» en Peter Nas (ed.), *Cities Full of Symbols*, Leiden, Leiden University Press, 2011.

[44] Abidin Kusno, *Behind the Postcolonial…, op. cit.*, p. 72.

[45] Ibídem, pp. 85 y ss., véase también Abidin Kusno, *Appearances of Memory*, *op. cit.*, pp. 216 y ss.

[46] Las citas están extraídas de Maung Aung Myoe, «The road to Naypyidaw», *Asia Research Institute Working Paper*, núm. 79, Asia Research Institute, Singapur, 2006, pp. 3-4, en el que se

Las razones para trasladar la capital aún siguen cubiertas por un manto de misterio, pero la explicación más plausible es que fue por cuestiones de seguridad militar frente a la potencialmente revoltosa población de Rangún, además de como forma de prevención frente a una posible invasión estadounidense o extranjera.

Naipyidó parece haber sido construida según el mismo principio económico que Hitler le dio a Speer para el nuevo Reichskanzlei: «Los costes son inmateriales». El presupuesto no es de conocimiento público. Dejando de lado lo que pueda decirse sobre ella, su construcción en un plazo de escasos años ha supuesto un notable acto de ingeniería urbana para un país excolonial pobre.

Una década después de su fundación, la capital de Birmania sigue produciendo una sorprendente impresión en sus visitantes extranjeros. Su megalomanía no reside tanto en los edificios, como en el tamaño de su disposición y de su sistema de calles. Las calles normales de la ciudad son de unos ocho carriles de ancho y las autovías tienen veinte, sobrepasando decisivamente la Gran Avenida de Germania, y todas ellas están virtualmente vacías de coches. Los empleados públicos son llevados en autobús desde sus residencias gubernamentales hasta sus oficinas, y las viviendas están distribuidas según ministerio, rango y estatus marital, pero a parte de eso apenas hay transporte público. La estricta división por zonas incluye hoteles con restaurantes, un modesto jardín botánico nacional, el Kandawgyi, un zoo un poco más completo y una buena cantidad de lugares donde se ofrecen cursos de golf, uno de los deportes favoritos del Ejército.

Los edificios gubernamentales, construidos en general siguiendo una suerte de estilo moderno propio del Sudeste Asiático, se distinguen por su distancia y su proximidad. El ayuntamiento, una réplica bastante interesante del de Rangún, y los ministerios están normalmente construidos a unos cien metros de la calle y cercados con puertas de hierro. El parlamento es un gran complejo horizontal con tejados y torres escalonadas al estilo del Sudeste Asiático, separado de su entorno por un foso. No hay arquitectura espectacular, pero el estilo asiático original se ha visto complementado por un centro de convenciones de estilo internacional, además de un aeropuerto y un estadio deportivo.

La iconografía urbana es religiosa, ante todo budista. El emblema de la ciudad es la pagoda de Uppatasanti, una réplica de la dorada de

---

hace un análisis clave del evento. La transcripción en grafía latina originalmente fue *Naypyitaw*, algunas veces también se recoge como *Nay pyi Taw*, pero *Naypidaw* se ha convertido en el nombre convencional y corresponde mejor a la pronunciación. [Huelga decir que en español se tiende a castellanizar muchos términos, de hecho en esta obra se recoge la castellanización de términos, ciudades, nombres… en vez de mantener el nombre internacional, por eso en el cuerpo de texto aparece el nombre de la capital como Naipyidó (N. de la T.)].

Shwedagon de Rangún, pero treinta centímetros más baja. También hay, en tanto iconos nacionales, tres gigantescos bronces bañados en oro de los reyes birmanos precoloniales, iguales a los que se yerguen a las puertas del Museo Nacional de Rangún —ampliado durante el Gobierno de la junta militar— pero estos se encuentran en un patio de armas dentro del cuadrante militar y por ello fuera del contacto con los civiles. Durante una visita en 2010, únicamente pude discernir las siluetas desde lejos y tampoco figuran en el directorio oficial de Naipyidó de 2010.[47]

Antes de dejar atrás nuestra colección de casos significativos de capitales bajo dictaduras militares modernas y resumir sus impactos característicos, hemos de incluir un quinto caso en la lista, aunque sea brevemente. La junta militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1982 es recordada principalmente por su ejercicio de la tortura y de la crueldad y por arrojar a sus víctimas al Río de la Plata (similar al mar). Según una versión neoliberal de antigua fórmula, la junta gobernó mediante muerte y circo, es decir, disfrutando de la Copa del Mundo de 1978, con sus renovados estadios y su ciudad construida para la ocasión, un parque de atracciones y algunas zonas verdes. La junta confió el país a las diferentes ramas de las fuerzas armadas. Buenos Aires quedó en manos de la Fuerza Aérea, y de un retirado pero energético general de aviación, Osvaldo Cacciatore, que fue designado como alcalde (intendente). Sus dos prioridades fueron las autovías urbanas (planeó la construcción de ocho y llegó a construir dos) y limpiar la ciudad de pobres y «villas miseria», donde logró un éxito del 96 %.[48] También se realizaron los preparativos para la celebración monumental de la reconquista de las islas Malvinas/Falkland, aunque finalmente fueron derrotados, lo que condujo al fin de la Junta. En lugar de aquello, el principal monumento a la dictadura militar más sangrienta de Sudamérica es el parque de la Memoria, un gran parque escultórico a orillas del río, en el que se recuerda su crueldad y se conmemora a sus víctimas.

Violencia, exclusión, nacionalismo y desarrollo capitalista

Lo primero que sorprende en estos casos es la extrema violencia del golpe militar; no es comparable al fascismo, que de hecho en Italia y en Alemania llegó al poder en buena medida de manera pacífica y por medio de canales constitucionales. En Santiago, el palacio presidencial fue bombardeado. La

---

[47] Véase Donald M. Seekins, «"Runaway chickens" and Myanmar identity», *City*, vol. 13, núm. 1, 2009, pp. 63-70; Naypyitaw Development Committee, *Naypyitaw Directory 2010,* Naypyitaw, 2010; Matt Kennard y Clire Provost, «Burma's bizarre capital: A super-sized slice of post-apocalypse suburbia», *The Guardian*, 19 de marzo del 2015, www. theguardian.com.
[48] Véase Rapport y Seoane, *Buenos Aires*, *op. cit.*, 2007, cap. VII.

cantidad de gente asesinada sobrepasa a los muertos por el fascismo, sin tener en cuenta las guerras y el Holocausto. En más o menos un año, el régimen indonesio asesinó entre medio millón y un millón de personas, lo que en la Alemania de los años treinta del siglo pasado hubiese significado entre 250.000 y 500.000 personas. Los asesinatos de la junta argentina, 30.000 hubiesen equivalido a unos 75.000 en Alemania.

No hay posguerra de la Segunda Guerra Mundial equivalente a la peor de las violencias militares, a parte del genocidio de Ruanda. Las convulsiones de la Revolución Cultural china incluyeron asesinatos, pero no a una escala comparable con la de los casi siete millones de asesinados (si ajustamos el tamaño respecto de la población china en 1973) en Indonesia o el más de un millón de asesinatos en Argentina. Antes de nada, el urbanismo militar significó terror urbano. Suharto denominaba al abandono del cuerpo de los asesinados en la calle como «terapia de shock».[49]

El fascismo clásico tuvo éxito porque, dentro de su programa nacional-imperialista, asumió seriamente las preocupaciones sociales del empleo, la seguridad social y el ocio. Los italianos crearon una organización especial para esto último, Dopo Lavoro («Después del trabajo»), que fue emulada por la nazi Kraft durch Freude («La fuerza mediante la diversión»). El automovilismo, en aquellos tiempos un interés claramente de la clase media, fue impulsado mediante las autopistas Autobahn. El reconocimiento nazi de los problemas de vivienda fue irregular o limitado. El urbanismo fascista giraba por lo general en torno a las representaciones monumentales del poder. Las demoliciones autoritarias y jerárquicas —como buenos seguidores de la tradición de Haussmann— fueron la norma urbana.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el urbanismo militar tendió a ser más exclusivo, en ciudades como Santiago o Yakarta, que abrazaron el capitalismo neoliberal de inspiración estadounidense. El régimen chileno incluía un programa de vivienda social excepcionalmente amplio a las afueras de Santiago, así como la expulsión del centro (entre 1979 y 1985) de 29.000 familias pobres, un total de 172.000 personas, hacia la periferia de la zona este.[50] Los militares de Buenos Aires y de Yakarta fueron explícitos, particularmente en Buenos Aires, en su deseo de expulsar a los pobres y a los campesinos del centro de la ciudad. El secretario de Vivienda, que más tarde se convertiría en alcalde de Buenos Aires, del Cioppo, anunció que solo podrían vivir en Buenos Aires aquellos que estuviesen «culturalmente preparados para vivir en ella». La población de la informal zona de infraviviendas

---

[49] Kusno, *Appearances of Memory*, p. 57; Margarita Gutman, «Hidden and exposed faces of power in Buenos Aires», *International Journal of Urban Sciences*, vol. 19, núm. 1, 2015, pp. 20-28.
[50] R. Hidalgo Dattwyler, «La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX. Actores relevantes y tendencias especiales» en Carlos de Mattos, María Elena Ducci, Alfredo Rodríguez y Gloria Yáñez Warner (eds.), *Santiago en la Globalización*, Santiago, SUR, 2003, p. 228.

se redujo drásticamente de las 214.000 personas de 1976 a 12.600 en 1983.[51] Según el gobernador militar de Yakarta, la gente que carecía de «racionalidad urbana» no tenía derecho a vivir en la ciudad.[52] La dictadura militar moderna compartía el miedo a la plebe (la *massa* en indonesio) con el conservadurismo del siglo XIX, concepto que era ajeno a gente como Mussolini, Hitler y Goebbels que confiaba en su capacidad para la demagogia.

El nacionalismo era un elemento común al fascismo y al militarismo moderno como también lo fue para la principal corriente moderna del siglo XIX. Poco de ello era específico del nacionalismo militar, pero sus invocaciones a la religión, ya fuese cristiana, musulmana o budista, lo distinguían del fascismo. Su simbolismo nacional derivaba del nacionalismo tradicional, evitando invenciones novedosas como el fascio y la esvástica. Considerado el contexto geopolítico, es comprensible que ninguna de las dictaduras militares de la posguerra desarrollase ningún tipo de nacionalismo moderno. La invasión de las Malvinas/Falklands, condenada al fracaso de antemano, fue solo una repetición del irredento nacionalismo del siglo XIX y de principios del XX. La arquitectura nacionalista indonesia de las décadas de 1980 y 1990 no era intrínsecamente militarista.

Todos los casos de dictaduras militares analizadas en estas páginas, los cinco ejemplos, la España de Franco, la junta de Birmania, el Chile de Pinochet, el «Nuevo Orden» indonesio y la junta argentina, fueron cruciales para el desarrollo capitalista, tanto de sus países como de sus capitales. En el caso del Madrid franquista, el desarrollo vino de una forma tardía, tras la Segunda Guerra Mundial, y se aceleró en la década de 1960. En Birmania, bajo un Gobierno militar que está llegando a su fin cuando escribo estas líneas, el desarrollo estuvo impulsado y dirigido por el Estado y dependía de los acuerdos estatales bilaterales con China e India. Para el franquismo tardío tanto como para los regímenes militares de Santiago, Buenos Aires y Yakarta, el desarrollo capitalista y la modernización eran un punto clave en sus agendas. Urbanísticamente, esto implicaba abrir la ciudad a promotores inmobiliarios privados y a proyectos concomitantes como autovías, centros comerciales, oficinas y edificios de uso mixto. La Brasilia modernista se mantuvo como capital nacional gracias a la dictadura militar de Brasil —que sin duda disfrutó de su recluida tranquilidad frente a las masas de Río—, pero una gran parte de su planificación tuvo que deshacerse para aceptar las apropiaciones privadas de la zona que bordea el lago. Pese a todo, como testimonio de la complejidad de la política y la cultura brasileñas —incluso de la política militar—, la junta invitó al abiertamente comunista Niemeyer a que diseñase su cuartel general en

---

[51] Mario Rapoport y Maria Seoane, *Buenos Aires: Historia de una ciudad*, vol. 2, Buenos Aires, Planeta, p. 483.
[52] Abidin Kusno, *Behind the Postcolonial,* Londres, Routledge, 2000, p. 108.

Brasilia, lo que el camarada hizo adecuadamente. El impacto modernizador del franquismo tardío en Madrid sigue estando presente en la prolongación del paseo de la Castellana. En Birmania, Naipyidó sigue siendo la capital administrativa y política, por lo que el efecto de los nuevos tiempos económicos se está dejando sentir sobre todo en Rangún, la antigua capital y persistente centro económico.

Yakarta, Santiago y Buenos Aires, probablemente en este orden, vivieron un decisivo desarrollo capitalista bajo el gobierno militar, empujándolos en la dirección de la globalización de la inversión extranjera, la expansión del sector de los servicios y los centros comerciales, dando el pistoletazo de salida a los rascacielos, el cercamiento de ciertas zonas de la ciudad, el consumo a crédito, los coches privados y las congestionadas autovías.[53] Su legado económico fue el capitalismo neoliberal, inspirado por los regímenes estadounidenses de Reagan y Bush. Ninguno sobrevivió indemne a la democratización, pero el único caso en el que se repudió directamente dicho legado —en Argentina en 2001, mediante una insurrección popular seguida por una presidencia populista—, este ha sido revocado por el nuevo presidente Mauricio Macri, que en otros tiempos fue intendente de Buenos Aires, y cuya familia fue una de las grandes beneficiarias de la privatización militar de los servicios municipales.[54] Yakarta al lograr «la apertura mediante el urbanismo» bajo el gobierno militar, logró tener un alcalde populista y reformador, Jokowi, en 2012, que actualmente es el presidente de la república. Jokowi transformó Yakarta dándole una dirección más social. En la década de 1990, la pobreza disminuyó significativamente, pasando del 28,5 % en 1990 al 12,7 % en 2000, pero la desigualdad global de las renta aumentó hasta alcanzar un 0,59 en el coeficiente Gini.[55]

Reacciones democráticas y herencias

En Roma, donde algunas piezas de la iconografía fascista se han respetado, no hay hasta donde yo sé ninguna conmemoración pública o museo de la dictadura fascista. Tampoco hay ningún museo al franquismo en Madrid, aunque el actual gobierno municipal de izquierdas ha anunciado una limpieza definitiva de la iconografía remanente. Sobre las masacres de Suharto

[53] Sobre Santiago, véase también Miguel Laborde, *Santiago, región capital de Chile*, Santiago, Presidencia de la República, 2004; sobre Buenos Aires y Yakarta, respectivamente, véase Gutman y Cohen (eds.), *Construir Bicentenarios Latinoamericanos en la Era de la Globalización*, y Abidin Kusno, *Behind the Postcolonial*, *op. cit.* Regresaremos posteriormente al momento global.

[54] Mario Rapoport y Maria Seoane, *Buenos Aires…*, *op. cit.*, p. 424.

[55] Ramiro Segura, «Conexiones, entrelazamientos y configuraciones socioespaciales en la (re) producción de desigualdades en ciudades latinoamericanas (1975-2010)», *desiguALdades,* working paper núm. 65, 2014, tabla I, desigualdades.net.

hubo silencio oficial hasta principios de 2016, cuando se llevó a cabo un seminario oficioso sobre ellas.[56] Por otra parte, el nazismo alemán ha inspirado un legado crítico de repudio impresionante.

El contraste entre el Reichskanzlei de Speer y el chalé del canciller en Bonn resumen la reacción. El segundo es pequeño, transparente, con muros de cristal y accesible desde un parque, separado de una tranquila calle solo por un seto de poca altura. La oficina del canciller en Berlín de la Alemania reunificada es más alta y de hecho mucho más profunda al tener una parte posterior mucho más grande, pero que está oculta a la vista. Frente a ella hay una verja de hierro. Pero con su fachada frontal, su construcción ligera y su sencilla accesibilidad pública a través del terreno aún abierto del Reichstag, es una elocuente manifestación contra el peso, la opacidad y la distancia, con la que además oculta deliberadamente su tamaño. Unido a ello está el listado de los memoriales antinazis existentes en Berlín, desde el museo de la Topografía del Terror a los memoriales a las víctimas, el Museo Judío de Daniel Libeskind, el abstracto memorial de Peter Eisenman a los «judíos asesinados en Europa» al lado de la embajada estadounidense y otros más anónimos a los gitanos asesinados y a los homosexuales perseguidos, situados en diferentes esquinas del Tiergarten. En ningún otro lugar del mundo hay tanta autocrítica monumental como en Berlín.

En América Latina, Buenos Aires y Santiago recuerdan públicamente sus sangrientas dictaduras y a sus víctimas. Brasilia no hace lo mismo respecto de su particular modelo de dictadura (ciertamente menos sangrienta). Buenos Aires presenta una extensiva conmemoración de las víctimas del «terrorismo de Estado» en un gran número de lugares conmemorativos diversos a lo largo de toda la ciudad. Una guía de la ciudad de 2009 contiene 203 lugares diferentes en los que se les homenajea. El más importante es el parque de la Memoria inaugurado en 2007. Un inmenso conjunto paisajístico monumental a la orilla del río, en el que se rinde homenaje a las 30.000 víctimas de los seis años de dictadura militar.

En Santiago, los dos memoriales principales son el parque por la Paz Villa Grimaldi (de 1997), construido en un antiguo centro de tortura de la policía de Pinochet, la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, inaugurado en 2010. El primero se centra en las 4.500 víctimas de tortura y asesinato que hubo en la Villa entre 1974 y 1977. La segunda combina la memoria de la dictadura con una perspectiva más amplia de los derechos humanos, incluyendo una habitación dedicada a la situación de las poblaciones indígenas en Chile.

---

[56] Se ha prohibido la exhibición pública del extraordinario documental de Joshua Oppenheimer de la masacre de 1965-1966, *The Act of Killing.* Este contaba con las declaraciones de los gánsters-asesinos, contratados para llevar a cabo los asesinatos, relatados en primera persona y demostrando su actos. Pese a ello ha tenido y tiene una amplia difusión vía Internet.

VIII
LOS VAIVENES DEL COMUNISMO

El comunismo fue uno de los hitos del siglo xx, junto con las dos guerras mundiales de las cuales surgió. En Estados Unidos, el siglo xx fue el «siglo americano», pero para la mayor parte del resto del mundo, el comunismo resumía las aspiraciones, luchas, desacuerdos y, muchos dirían también, las traiciones, desilusiones y derrotas de las clases populares y de la intelectualidad radical. Para mejor o para peor, el comunismo posee un peso definitorio en cualquier relato de la historia moderna acerca del poder. En este capítulo exploraremos qué implicaciones ha tenido el comunismo en la historia urbana, y en particular en las capitales del siglo xx.

La Revolución bolchevique se desató en Petrogrado, en aquellos tiempos la más importante de las dos capitales oficiales de la Rusia zarista. Moscú era la antigua capital, y seguía siendo el lugar de las coronaciones, pero ya no era, desde principios del siglo xviii, la residencia de la corte ni del gobierno. El gobierno revolucionario se trasladó a Moscú por razones de pura seguridad militar.

La Rusia zarista no era un Estado nación sino un Estado hereditario, aunque desde la invasión napoleónica de 1812 el régimen zarista había utilizado una gran cantidad de iconos y conceptos retóricos nacionalistas —como la Guerra Patria— para respaldar su absolutismo. Básicamente, Rusia formaba parte del sendero europeo a la modernidad. Su dinastía premoderna estaba entrelazada mediante matrimonios con las casas reales de Gran Bretaña y de Alemania. Su movimiento de clase obrera era de tipo marxista europeo, y tanto las ramas bolcheviques como las mencheviques de su partido socialdemócrata eran miembros de la Segunda Internacional.

Pero desde los tiempos de Pedro i, la culta clase dirigente rusa era sumamente consciente del subdesarrollo de su país frente a las principales potencias de Europa. La modernización reactiva formó parte de la agenda progresista de Pedro i, de Alejandro ii, del gobierno de Stolypin del conservador Nicolás ii, y de Lenin y Stalin. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Rusia seguía siendo una parte subdesarrollada de Europa y desde 1870 había ido perdiendo terreno no solo frente a Gran Bretaña

y Alemania, sino también frente a Escandinavia, Hungría, Italia y España. Su PIB per cápita estaba virtualmente a la par con el de Bulgaria, pero su índice de desarrollo humano, tomando en cuenta el nivel de alfabetización y de mortalidad infantil, era claramente inferior en comparación con Argentina, Chile y Japón, si bien no respecto a Brasil, México e India.[1] El gran subdesarrollo (en relación con Europa) de Rusia implicaba un subdesarrollo relativo del nacionalismo popular, que los internacionalistas bolcheviques utilizaron para su proyecto socialista universalista, además de servirles como base para su exitosa táctica de paz derrotista.

El camino ruso a la modernidad fue un híbrido entre el desarrollo europeo y la modernización reactiva desde arriba. La revolución de febrero de 1917 decretó un Estado nación ruso —deshaciéndose de la monarquía como también habían hecho los franceses en 1792—, pero comprometida con la continuación de una guerra sin sentido (para Rusia) en apoyo a sus aliados occidentales. La Revolución de Octubre barrió todo esto y lo hizo, significativamente, bajo la bandera antinacionalista (y antimperialista) de la «paz». Lo que vino después fue claramente una concepción moderna del Estado, pero no del Estado nación: una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, comprendidas como una prefiguración de la revolución transnacional. Cuando esto último no sucedió, los bolcheviques se conformaron con «construir el socialismo en un solo país», lo que significaba un Estado nación multinacional, si bien dominado por Rusia. Dado el subdesarrollo heredado, y que se hizo más profundo debido a la guerra civil y a las intervenciones militares extranjeras, este «socialismo» solo podía construirse desde arriba, por las clases obreras industriales, los ingenieros y los gerentes. Las revoluciones de 1917 en Rusia fueron ambas resultado del camino tomado por Europa hacia la modernidad y el Estado nación, pero «el socialismo en un país [subdesarrollado]» era el equivalente socialista, del siglo XX, a la Restauración Meiji en Japón, una variante de la modernización reactiva.

La modernización reactiva de la China Qing fracasó por su fragilidad interna, causada por las reaccionarias intrigas palaciegas y por los ataques recibidos por parte de los depredadores extranjeros, especialmente Japón. De la revolución de 1911 surgió una república nacional, pero una república todavía semicolonial, gobernada por las imperialistas «concesiones» de las ciudades portuarias y por el control de las naciones imperialistas de las aduanas; internamente, China estaba sumida en una constante crisis y en conflictos armados. En la década de 1930, el país fue invadido por Japón, lo que dio paso a una década de guerra externa durante la cual el gobierno tuvo que retirarse a Chongqing, al sudeste del país.

[1] N. Crofts, «Globalization and growth in the twentieth century», Washington DC, Fondo Monetario Internacional, 2000, tabla 1.1.

En su ruta a la modernidad, China es un ejemplo de un país semifallido de modernización reactiva, una semicolonia y arena de una lucha de clase semieuropea, en cuyos comienzos se labraron los cuadros del Comintern. El Partido Comunista se formó en 1920, inspirado por la Revolución rusa, que era considerada el faro del antimperialismo. Del Comintern recibió substanciales contribuciones y las líneas ideológicas para sus cuadros durante los años veinte de ese siglo, sin que ninguna de estas aportaciones fuese especialmente inteligente. Pero su legado, resultado también de la transformación de Mao, fue la mayor fuerza organizada de cambio social del siglo XX. La victoria comunista de 1949 se presentó como una victoria nacional, muy diferente de la Revolución bolchevique. Pero además se consideró a sí misma, al igual que fue también vista desde fuera, como una gran ampliación del área comunista.

Aunque explorar esta hipótesis está fuera del alcance de este capítulo, creo que es algo más que un accidente que ambos centros del comunismo surgiesen en países con una trayectoria híbrida y particularmente compleja a la modernidad y al Estado nación. Los comunistas salieron a la luz en el maremágnum de la brutal explotación de clase y de la lucha de clases, pero ni los rusos ni los chinos se enfrentaron a un Estado nación. En cambio, ambos tuvieron que construir un Estado, multinacional, como etapa en su proyecto de transformación del subdesarrollo nacional a los más altos niveles de desarrollo imaginables: el socialismo y el comunismo. El inmenso tamaño de estos países hizo posible que sobreviviesen en un mundo hostil, pero su pasado imperial dejó su huella en los nuevos dirigentes del Estado.

El comunismo mundial radiaba desde dos centros, el primero fue la Unión Soviética. Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa oriental tuvo algunos movimientos comunistas autóctonos fuertes —en Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Grecia, Yugoslavia—, pero incluso su fuerza y popularidad derivaban en gran medida del aura emitida por la exitosa resistencia del Ejército Rojo frente a la Alemania nazi. De manera similar, el comunismo del Este y del Sudeste de Asia, aun siendo poderoso en su ámbito nacional, como en el caso de Vietnam, Malaca, Indonesia y Filipinas, debía mucho de su apoyo popular al ejemplo chino. Los vietnamitas, y especialmente los coreanos, sobrevivieron a la victoria debido en gran medida a la ayuda material soviética y china.

El comunismo chino y soviético se convirtió en las décadas de 1970 y 1980 en el modelo a seguir por los países subdesarrollados y en vías de desarrollo, especialmente en África, generando de Benín a Mozambique un falso marxismo-leninismo. Este falso marxismo-leninismo no era más que una fachada y un argumento para demandar ayuda, aunque ha dejado su marca en las calles, desde Maputo, donde siguen recordando a Marx además de a Mao y Kim Il-Sung, hasta Abuya en la ecuménica Nigeria, que nunca afirmó luchar por la dictadura del proletariado.

Cuba es un caso aparte. Su revolución fue primero nacionalista y antimperialista. Ningún comunista auténtico lanzaría el eslogan revolucionario de Fidel, «patria o muerte».[2] Se volvió hacia el marxismo-leninismo en respuesta a la invasión de bahía de Cochinos en 1961 promovida por los estadounidenses. Se trataba de auténticos revolucionarios populares, por lo que los cubanos se tomaron seriamente el comunismo recién descubierto, aunque algunos líderes y cuadros ya lo conocían. La Habana es un ejemplo de capital comunista, mientras que, por ejemplo, Adís Abeba y Brazzaville están fuera de este grupo.

El comunismo y la ciudad

La Revolución bolchevique fue urbana y se centró en Petrogrado —San Petersburgo fue rusificada durante la Primera Guerra Mundial—, que no solo era capital política sino la principal ciudad industrial del país. Los bolcheviques moscovitas avanzaron rápidamente durante las elecciones de 1917, obteniendo la mayoría en las elecciones de septiembre al distrito (el *raión*), aun así siguieron a sus líderes en Petrogrado que iniciaron la revolución. Tras una semana de lucha armada, los bolcheviques mantuvieron Moscú. Temiendo por sus vidas en la guerra civil desencadenada con el apoyo de potencias extranjeras, los líderes bolcheviques decidieron transferir la capital a Moscú en marzo de 1918, instalándose en el Kremlin, lo cual nunca había sido su objetivo.

La Revolución de octubre no estableció un Estado nación multiétnico y socialista sino una Unión de Repúblicas Soviéticas universalista, a la que podía unirse o abandonar cualquier república soviética. La independencia blanca de Finlandia se concedió sin problemas y las del Báltico se concedieron como reconocimiento de la derrota bolchevique en las complejas guerras que enfrentaron a los granjeros bálticos blancos apoyados por los británicos contra la clase obrera bolchevique y los *freikorps* alemanes. En el Cáucaso y en Asia Central, los bolcheviques acabaron defendiendo las viejas fronteras imperiales frente a una amplia variedad de nacionalistas locales.

El Moscú revolucionario se veía a sí mismo como la capital temporal de la revolución mundial. Lenin y sus camaradas eran profundamente conscientes del subdesarrollo ruso y originalmente solo esperaban poder defender el fuerte mientras encendían la mecha de la revolución mundial; consideraban que lo más probable era que la revolución tuviese su centro en Alemania. En 1919, con cuartel en Moscú, se fundó la Internacional Comunista (el Comintern) con ese propósito.

---

[2] A su manera, el eslogan implica un Estado nación no consolidado, un Estado frágil y bajo amenaza imperialista.

El comunismo llegó al poder con un programa iconográfico ambicioso, expansivo y cambiante. Inspirado en la utopía de Tomás Campanella, *La ciudad del sol*, Lenin esbozó un programa de «propaganda monumental» poco después de la Revolución de Octubre. Consistía en inscripciones políticas en muros y otros lugares, así como estatuas de diferentes tipos. El 12 de abril de 1918, el gobierno bolchevique emitió un decreto que decía que «los monumentos erigidos en honor de los zares y de sus sirvientes no tenían interés histórico o artístico… [y que serían] almacenados [o]… recibirían algún uso útil». Desde dicho día y hasta el Primero de Mayo, «las inscripciones, emblemas, nombres de calles, escudos de armas» serían reemplazados «por otros nuevos que reflejarían las ideas y el sentir de la Rusia obrera revolucionaria».[3]

La concepción universalista de la revolución fue desplegada en todo su esplendor de cara al aniversario de 1918 en Moscú. El programa de Lenin presentaba un panteón ampliamente internacional, mucho más amplio que la tradición marxista. Incluía a antiguos rebeldes como Espartaco y Brutus, *philosophes* de la Ilustración como Voltaire y Rousseau, socialistas utópicos como Campanella, Owen y Fourier, un amplio abanico de revolucionarios franceses de Danton a Marat, Lord Byron, demócratas nacionales como Garibaldi, los anarquistas rusos Bakunin y Kropotkin, el sionista Alexander Herzen, el contemporáneo socialista francés Jaurés (que murió en 1914, todavía contrario a la Primera Guerra Mundial), pintores que iban de Rubliof a Cézanne, escritores extranjeros como Dante, Dickens y Shakespeare, y grandes escritores rusos como Dostoievsky y Tolstói.[4]

Aunque la «propaganda monumental» fue desde el principio un tema importante dentro de la política comunista, los bolcheviques no tenían —y los líderes comunistas soviéticos nunca la desarrollarían realmente— una concepción elaborada del urbanismo socialista. La revolución abrió un periodo entusiasta de teorización y proyección urbana de enorme trascendencia y fue responsable de gran parte de la moderna edificación que se llevó a cabo. Hacia 1930, Moscú y Rusia constituían el polo más importante de la arquitectura moderna entonces existente. Le Corbusier fue uno de sus múltiples visitantes y muchos de los arquitectos alemanes más famosos trabajaron allí, como Ernst May, Hannes Meyer (expulsado de su puesto como director de la Bauhaus) y Eric Mendelsohn. El cuarto Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) se programó para que se desarrollase en Moscú en 1932 y 1933.

---

[3] V. Tolstoi, I. Bibikova y C. Cooke, *Street Art of the Revolution*, Londres, Thames and Hudson, 1990, documento núm. 1.

[4] V. Bonnell, *Iconografía del Poder,* Berkeley (CA), University of California Press, 1997, cap. 4; S. Michalski, *Public Monuments*, Londres, Reaktion Books, 1998, p. 109. Cuando visité el Kremlin a finales de la década de 1990, todavía podían encontrarse rastros del programa en las placas conmemorativas de uno de los laterales del edificio.

Edificios notables incluían el edificio del periódico *Izvestiya* de los hermanos Vesenin (inspirados por la entrada de Walter Gropius en el concurso del *Chicago Tribune*), la casa comunal para los empleados del Comisariado del Pueblo para las Finanzas realizado por Moisei Ginzburg e Ignaty Milinis, y los clubs obreros y locales culturales de Konstantin Melnikov y de los hermanos Vesenin; dicho de otro modo, muchos encargos de importantes comisiones públicas. El periodo soviético que va de los años veinte a principios de los años treinta tiene un papel destacado en la historia de la arquitectura moderna. El arquitecto más influyente en Moscú desde la revolución hasta la Segunda Guerra Mundial fue Alekséi Shchusev, un hombre que no era del partido y que diseñó el monumento clave de dicho periodo, el Mausoleo de Lenin, si bien por otra parte también diseñó el más bien funcionalista Ministerio de Agricultura.[5]

La vanguardia soviética resultó mucho menos impresionante en su charlatana y vacua concepción de la ciudad: por una parte se perdía y divagaba sobre las utopías de vivienda comunitaria regimentada al minuto; por otra parte, en la desurbanización y desalojo de la mayor parte de la población de Moscú para trasladarla a colonias «jardín».[6] La colaboración de la URSS con la modernidad arquitectónica internacional fue oficialmente suspendida en 1933, cuando se «pospuso» el congreso del CIAM de Moscú. Los modernistas soviéticos sobrevivieron, pero en 1937 el Congreso de la Unión de Arquitectos Soviéticos revindicó el realismo socialista, un concepto que nunca había sido propiamente definido excepto en su afirmación antimoderna. El debate arquitectónico fue más bien estrecho de miras, pese a que al congreso de 1937 se había invitado a Frank Lloyd Wright, el más importante de sus invitados internacionales, quien tras algunas críticas vagas y tibias a los sectores de «izquierda» y «derecha» de la arquitectura soviética expresó cautamente su esperanza de que la URSS, «liberada de intereses privados», podría crear una arquitectura que fuese un ejemplo para el mundo, incluyendo Estados Unidos.[7] El fracaso de la vanguardia urbanística de la revolución, en un momento en el que los canales de debate estaban abiertos, y que se desarrollaba contemporáneamente al surgimiento del socialismo municipal de Europa occidental, resultó fatal

---

[5] Una hermosa recopilación fotográfica de la modernidad arquitectónica soviética es la realizada por Richard Pare y Jean-Louis Cohen, *The Lost Vanguard*, Nueva York, Monacelli Press, 2007. *Cf.*, T. Colton, *Moscow: Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (MA), Belknap Press, 1995, pp. 214-246.

[6] El historiador Anatole Kopp, simpatizante del «constructivismo» arquitectónico soviético, estaba palpablemente frustrado por la pérdida de realismo urbano de sus protagonistas. Anatole Kopp, *Town and Revolution: Soviet Architecture and City Planning, 1917-1935*, Londres, Thames and Hudson, 1970 [ed. cast.: *Arquitectura y urbanismo soviéticos de los años veinte*, Barcelona, Lumen, 2017].

[7] Karl Schlögel, *Terror und Traum: Moskau 1937*, Munich, Fischer Taschenbuch, 2008, pp. 316-317 [ed. cast.: *Terror y utopía,* Barcelona, Acantilado, 2014].

para el desarrollo de un nuevo urbanismo socialista y comunista. Entre la jungla de las utopías en competencia, el estalinismo tuvo la oportunidad de presentarse como un agente del sentido común y del pragmático realismo histórico.

El punto central fue el plan general de Moscú, que se desplegó finalmente en 1935, siguiendo las principales líneas maestras diseñadas en el plan de 1932.[8] En 1934 Stalin alabó el trabajo de los redactores del plan por haber triunfado sobre «aquellos que niegan el principio mismo de una ciudad y que hubieran dejado Moscú como un poblachón» y sobre los «proponentes de la hiperurbanización que siguen las directrices de la ciudad capitalista, con rascacielos y la extraordinaria superpoblación que conlleva». En 1932, Lázar Kaganóvich, el constructor de Stalin de aquella época, declaró en beneficio de su jefe que el urbanismo socialista debería «proceder primera y principalmente de las formas históricamente establecidas en la ciudad ya existente, reconstruyéndolas según los dictados de nuestra época».[9]

Un programa cauteloso y pragmático estableció el marco de trabajo del urbanismo comunista. Su principal mensaje era simple y modesto: cuidado con las utopías radicales y respeto a la historia sin confinarse a ella. De hecho a lo largo de la historia comunista este ha sido un principio bastante persistente, excepto en el caso de Pionyang, donde la ciudad anterior fue totalmente destruida por la guerra lanzada por los estadounidenses. Una patética ilustración de esto es la declaración de Brézhnev durante el congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) de 1971 acerca de que Moscú debía ser una «ciudad comunista modelo», sin explicar que quería decir eso. Su leal lugarteniente en la ciudad Viktor Grishin no añadió ningún nuevo fundamento cuando dijo: «Una ciudad comunista modelo es una ciudad donde la gente vive con un alto nivel de cultura y conciencia, una ciudad de orden público modélica».[10]

Alguna pista más, aunque no mucha, dieron las autoridades urbanas soviéticas a una delegación de estudios de Alemania del Este en 1950. Sus lecciones sistematizadas fueron incorporadas a la ley de la RDA en 1959 bajo la forma de los dieciséis *Grundsätze des Städtebaus* (principios para la planificación urbana). Dichos principios comenzaban señalando la función representativa de la ciudad: «La ciudad en su estructura y forma arquitectónica [*Gestaltung*] es una expresión de la vida política del pueblo y de la conciencia nacional» (principio 1). La adaptación «de la democracia

[8] Karl Schlögel, en su primer gran libro sobre Moscú, en la edición original en alemán llamada *Moskau lesen* («Leyendo Moscú»), concedía de manera «reluctante» que el «Plan General probablemente lograba un feliz intermedio entre la conservación del legado del pasado y los cambios que resultaban necesarios». Karl Schlögel, *Moscow*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 63.
[9] T. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, pp. 277 y 174.
[10] Ibídem, pp. 391-392.

del pueblo» al realismo socialista significaba que la arquitectura debe tener un contenido «democrático» y una forma «nacional» (principios 1 y 14). Se presta gran atención al centro, «los núcleos determinantes de la ciudad» y lugar de «las manifestaciones públicas, desfiles [*Aufmärsche*] y celebraciones populares», así como lugar de «los edificios monumentales» (principio 6). Esto puede ser visto como una variante de la oposición cívica y política a la idea estadounidense del centro urbano como distrito financiero central (CBD por sus siglas en inglés). La «fachada de la ciudad» tiene su propio principio básico (9), «determinado» por las «plazas, calles principales y sus edificios dominantes». El principio 10 trata con relativa profundidad la cuestión de la vivienda, que debe concentrarse en los distritos residenciales de edificios de apartamentos de varios pisos, con jardines, guarderías, escuelas y «abastecimientos» (*Versorgungsanlagen*) para las «necesidades cotidianas de la población». No debe permitirse el tráfico rodado dentro de los complejos residenciales. Se advierte contra al «excesivo» crecimiento urbano, así como se rechazan los esfuerzos de convertir la ciudad en un jardín. Una ciudad significa vida «urbana» (*städtisches*).[11]

La contribución comunista al urbanismo y a la historia urbana ha sido mucho más modesta que su papel en las dinámicas de poder del siglo XX. Sin embargo, ha sido mucho más de lo que dejan ver las banalidades oficiales.[12]

En la historia urbana, más allá de las ciudades capitales, el comunismo también contribuyó a dar forma a las modernas ciudades industriales, comenzando por Magnitogorsk en los Urales y continuando, tras la Segunda Guerra Mundial y el estalinismo, en Nowa Huta en Polonia y Eisenhüttenstadt (anteriormente Stalinstadt) en Alemania del Este. Aún

[11] Günter Peters, *Kleine Berliner Baugeschichte*, *op. cit.*, p. 320.

[12] Desde el punto de vista de la arquitectura hay (al menos) dos estudios importantes, ambos centrados en Europa del Este. Uno es obra del fallecido historiador de la arquitectura Anders Åman, cuya *Architecture and Ideology in Eastern Europe During the Stalin Era,* publicado primero en sueco en 1987 y posteriormente, en 1992, en inglés (MIT Press, Cambridge, (MA) marcó el camino a seguir. El otro es resultado del trabajo del crítico de arquitectura británico, Owen Hatherley: *Landscapes of Communism*, Nueva York, New Press, 2016. Por lo que yo sé, apenas hay ninguna otra obra importante acerca de la ciudad comunista en un sentido urbanístico amplio, pero existe un abanico de retrospectivas, alguna de las cuales aporta bastante claridad acerca del pasado. De estas, creo que las más instructivas son los volúmenes colectivos editados por Gregory Andrusz, Michael Harloe e Ivan Szelenyi, *Cities after Socialism: Urban and Regional Change and Conflict in Post-Socialist Societies*, Londres, Blackwell, 1995, y el de Ian Hamilton, Kaliopa Dimitrovska Andrews y Nasaša Pichler-Milanovi, *Transformation of Cities in Central and Eastern Europe: Towards Globalization*, Nueva York, United Nations University Press, 2005. La vieja ciudad socialista también aparece claramente en el trasfondo de la obra de Sofia Hirt, *Iron Curtains* (Oxford, Oxford University Press) centrada en Sofía pero que vale como generalización acerca de la Europa del Este postsocialista. Entre la literatura histórica en diferentes idiomas de Europa Oriental señalaría el trabajo de Virág Molnár, centrado en Alemania del Este y en Hungría, *Building the State*, Nueva York, Routledge, 2013; y también el penetrante monográfico sobre Belgrado obra de Brigitte Le Normand, *Designing Tito's Capital: Urban Planning, Modernism, and Socialism in Belgrade*, Pittsburgh (PA), University of Pittsburgh Press, 2014.

hoy en día, ambas ciudades siguen siendo testimonio —con su arquitectura, sus casas de cultura, sus zonas verdes y su disposición espacial— de una circunspecta modernidad, silenciada o atenuada actualmente por el capitalismo posindustrial.[13]

Cuatro aspectos del comunismo en el poder

Para tener una noción del significado urbano y, en particular, en las ciudades capitales del comunismo tenemos que prestar atención a su identidad, base de poder, contexto de poder y estructura de poder, tratando de navegar a través de aguas minadas ideológicamente.

La identidad del comunismo era la identidad del movimiento de la clase obrera y de los campesinos pobres. Se veía a sí mismo como la vanguardia del proletariado. El levantamiento bolchevique de 1917 fue llevado a cabo por trabajadores industriales urbanos, y a lo largo de toda su historia, comunistas de todas partes prestaron una estrecha atención a la composición de clase de sus partidos y de las instituciones que gobernaron. Siempre intentaron basar su poder en organizaciones laborales y a menudo, como en la RDA y en Checoslovaquia, formaron milicias obreras armadas como guardianes de clase de sus regímenes.

De todas modos, ya antes de la Primera Guerra Mundial, Lenin y los bolcheviques/comunistas eran plenamente conscientes de estar operando en un mundo de nacionalidades y de naciones, moldeadas en su oposición al imperialismo de la Gran Rusia zarista y su imperio multinacional. La base de poder del comunismo gobernante siempre fue un Estado moderno con una relación central, aunque variante y problemática, con la nación. Lenin y Stalin estudiaron seriamente la «cuestión nacional» como parte de un imperio multinacional. Que el problema de las naciones no era resoluble en la clase era un principio básico bolchevique, en contraste con otras corrientes de marxismo radical. Al convertir el imperio multinacional ruso en una Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, instituyeron la cultura nacional, el desarrollo y la autodeterminación como sus principios fundamentales.

---

[13] La pequeña Eisenhüttenstadt es actualmente una ciudad museo de la arquitectura moderna estalinista diseñada como una ciudad para la clase obrera, mientras que Nowa Huta sobrevive como un suburbio de Cracovia, donde la inmensa instalación metalúrgica de Lenin se ha quedado reducida, como mucho, a una parte periférica de la corporación india Acelor Mittal. Antes incluso de esto, la diócesis de Cracovia, base natal del papa Juan Pablo II, había derrotado definitivamente a sus seculares opositores comunistas; el movimiento Solidaridad católico y anticomunista se apoderó de la mente de la mayor parte de los trabajadores del acero. Kinga Pozniak, *Nowa Huta: Generations of Change in a Model Socialist Town*, Pittsburgh (PA), University of Pittsburgh Press, 2014, p. 69. Obviamente, esto está suficientemente conmemorado con un gran conjunto de edificios y monumentos eclesiásticos.

Bajo Stalin estos principios fundamentales estuvieron claramente subordinados a la geopolítica imperial rusa, que reafirmaba las fronteras imperiales, incluyendo el Báltico y Besarabia. Pero Stalin nunca olvidó la lección recibida de Lenin acerca de la importancia de las naciones. Dicha lección fue consagrada en el principio fundamental del realismo socialista: «nacional en la forma, socialista en el contenido».[14] La Europa comunista había sido nacionalizada tras la Primera Guerra Mundial, Bulgaria y Rumanía lo fueron durante el último cuarto del siglo XIX. Pero en absoluto eran Estados nación consolidados, tampoco eran propiamente europeos en su origen. Como Grecia, debían su carácter estatal nacional principalmente a la geopolítica europea, a las derrotas externas de los otomanos, los Habsburgo y los Hohenzollern. Las fronteras, en particular las de Polonia, Rumanía, Hungría y Bulgaria, y las relaciones nacionales internas —por ejemplo entre serbios y croatas o checos y eslovacos— eran consideradas por lo general como algo contingente y arbitrario, y a menudo injusto.

Los comunistas de Europa del Este que gobernaron tras la Segunda Guerra Mundial diferían ampliamente en su arraigo nacional y su legitimidad; dichas diferencias, por decirlo cautelosamente, eran substanciales en Albania, Bulgaria, Checoslovaquia y Yugoslavia, aunque claramente menores en Alemania del Este y Hungría y, aún más pequeñas en Rumanía y Polonia. Moscú les instruyó para que prestasen la más extrema atención a la nación, pero por supuesto evitando hacer ningún tipo de crítica nacionalista a la Unión Soviética. Incluso los movimientos más débiles tenían alguna raíz o logro que señalar: por ejemplo, la tradición antifascista alemana, en un momento en el que una gran cantidad de funcionarios, jueces, hombres de negocios y profesionales del Tercer Reich habían sido integrados en Alemania occidental, o la ruptura de los húngaros con la reacción conservadora de antes de la guerra, así como con el fascismo del Partido de la Cruz Flechada;[15] el éxito de Rumanía al lograr mantener como propia la disputada Transilvania; la expansión polaca al oeste hacia la Línea Óder-Neisse, siempre disputada por la derecha alemana, y que puede decirse que compensó sus pérdidas en las zonas del este, incluyendo Lwów (actualmente Leópolis).

Los comunistas chinos, coreanos, vietnamitas y cubanos ascendieron al poder a la cabeza de revoluciones nacionalistas y antimperialistas. Irónicamente, los más nacionalistas —tirando a chovinistas— los norcoreanos,

[14] Véase Anders Åman, *Architecture and Ideology…*, *op. cit.*, cap. VII.

[15] Partido de la Cruz Flechada-Movimiento Hungarista fue una organización política de carácter fascista, proalemán y antisemita. Su líder era Ferenc Szálasi, quien gobernó Hungría durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial. En sus tres meses de gobierno, los escuadrones militares del partido asesinaron alrededor de 38.000 húngaros, 25.000 de los cuales eran judíos, al tiempo que unos 80.000 fueron deportados a Auschwitz. La ideología, similar a la del nazismo, era un sincretismo entre el austrofascismo y el fascismo húngaro, caracterizado por un nacionalismo extremo, agrarismo y un furibundo anticomunismo y antisemitismo. [N. de la T.]

eran los que en principio dependían más del apoyo extranjero: soviético durante la división posjaponesa de Corea entre Estados Unidos y la URSS, y la ayuda militar china contra los estadounidenses durante la guerra de Corea.

El poder comunista se desarrolló en un contexto de subdesarrollo económico dentro de un mundo de geopolíticas nacionales e imperiales hostiles. Todos los líderes comunistas eran muy conscientes de esto: Lenin lo reconoció de una forma muy franca y explícita. Las potencias comunistas luchaban contra el subdesarrollo, con recursos inferiores en comparación con los hostiles centros de poder capitalistas con los que competían. Alcanzarles, económica y militarmente, fue una preocupación constante y una limitación. Supuso una hipoteca muy pesada que lastró cualquier desarrollo social del urbanismo. La inversión industrial y armamentística frente a potencias hostiles con muchos más recursos, supuso siempre un gran peso en el espacio social comunista, aunque su alcance fuera diferente.

Después de la clase y la nación, el autoritarismo acabó caracterizando al comunismo. No estaba allí desde el principio; Lenin podía ser derrotado en las votaciones del Comité Central del partido. La plaza frente al palacio de Invierno de Petrogrado recibió su nombre en honor a un importante opositor, Uritsky, contrario a la propuesta de Lenin de firmar una paz con concesiones, el tratado de Brest-Litovsk, en 1918. Pero en cierto modo, el autoritarismo era inherente a la concepción «científica» del socialismo como guía de la historia, que descalificaba cualquier tipo de oposición; incluso en su propio partido. Lenin era conocido como el más intransigente a los compromisos y coaliciones con otros.

La dimensión del terror causado por el comunismo gobernante tiene que verse, sin embargo, como resultado de su origen en guerras brutales y embrutecedoras, tanto en Europa del Este como en Rusia y Asia. Los efectos de los ataques y amenazas de grupúsculos comparativamente menores como Al Qaeda y el Estado Islámico sobre los poderosos y securitarios regímenes de Obama y Bush en Estados Unidos, que no dudan en utilizar el secuestro internacional y las operaciones de tortura, y con un presidente que firma ejecuciones semanales mediante el uso de drones, hasta las dos guerras planteadas como invasiones a gran escala, lanzadas explícitamente para provocar «*shock* y pavor», nos proporcionan, a los que nacimos posteriormente, cierta idea de los efectos descontrolados de la violencia política. Stalin añadió e inculcó a sus seguidores una extraordinaria paranoia, así como una fría indiferencia frente a la vida y sufrimientos humanos. Decisivo para el carácter del comunismo fue que el movimiento comunista internacional, que en sus principios era bastante diverso, se gelificase en torno a 1930 en el molde estalinista: despiadadamente autoritario y adicto al culto a la personalidad, algo completamente ajeno a Lenin pero que Stalin, antiguo seminarista, puede que aprendiese de la iconografía de

la Iglesia ortodoxa. Tras la muerte de Stalin, en la consolidación de la paz, el movimiento cambió y deploró dicho giro, pero el daño humano estaba, obviamente, lejos de poder ser reparado.

Estas cuatro dimensiones del comunismo —su identidad de clase obrera, su idea de la importancia de la nación, su gestión del subdesarrollo heredado y su autoritaria estructura de poder interno— proporcionan un marco de explicación para el urbanismo comunista. Las variaciones se acentúan de manera distinta entre los partidos dirigentes y, por encima de todo, entre diferentes periodos de gobierno.

El modelo de Moscú

El Moscú prerrevolucionario, la ciudad de la coronación de los zares, poseía un carácter conservador más pronunciado que San Petersburgo, como centro cultural de la vieja Rusia, de la Iglesia ortodoxa y de sus viejos creyentes, que cada vez tenían más éxito en asuntos económicos. El perfil de Moscú estaba dominado por los capiteles y las cúpulas religiosas alrededor del Kremlin, que tras el traslado de la corte imperial, era básicamente una fortaleza eclesiástica. Pero a principios del siglo XX se había convertido también en una importante ciudad industrial, especialmente en el sector textil, su población estaba compuesta por un 60 % de trabajadores fabriles y artesanos. También fue la sede de la vanguardia artística de la modernidad, que rivalizaba aunque no sobrepasaba a San Petersburgo. Era famosa por ser considerada como la «ciudad con el peor alojamiento de Europa», según estudios sociológicos contemporáneos.[16]

El gobierno bolchevique se trasladó a Moscú en marzo de 1918, fuertemente amenazado en Petrogrado por las fuerzas blancas y occidentales. Se instaló en el Kremlin a regañadientes; no había ninguna otra alternativa posible. El espacio eclesiástico interior fue reducido, aunque nunca se eliminó por completo. Las catedrales de la Dormición,[17] la Anunciación y los Arcángeles se mantuvieron a lo largo de todo el régimen comunista.[18] No se realizaron grandes obras en la ciudad durante la primera década de poder bolchevique, un periodo que comenzó con un dramático declive urbano como consecuencia de la guerra civil. Moscú perdió cerca del 40 % de su población. Las cosas empezaron a cambiar con el ascenso de Stalin

---

[16] Blair Ruble, *Second Metropoli: Pragmatic Pluralism in Gilded Age Chicago, Silver Age Moscow, and Meiji Osaka*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, cap. 3 y 9.

[17] *Dormición* (*uspenie* en ruso) se refiere a la muerte de la Virgen María. Algunas veces se la llama catedral de la Asunción, en referencia a la asunción de María en el cielo. Es la más antigua de las iglesias del Kremlin y la iglesia de la coronación de los zares.

[18] Catherine Merridale, *Red Fortress: History and Illusion in the Kremlin*, Nueva York, Picador, 2013, p. 312.

al poder y con la implementación de un vertiginoso proceso basado en la rápida industrialización, apoyado por la colectivización de la agricultura. En Moscú, el característico hedor del incienso y el sonido de las campanas eclesiásticas se vieron sometidas a un ataque frontal. Iglesias, monasterios y conventos fueron cerrados o dinamitados en masa, incluyendo la emblemática catedral votiva de finales del siglo XIX de Cristo Salvador, un monumento zarista a la victoria sobre Napoleón.

El Plan General para Moscú se preparó a principios de la década de 1930 y se aprobó oficialmente en 1935. Debía ser el acompañamiento urbanístico a los grandiosos planes de desarrollo económico del resto de las potencias, haciendo de Moscú, «capital del mundo proletario», una metrópolis moderna al mismo nivel que Nueva York o París. Pero como ha señalado el gran historiador de la ciudad, Karl Schlögel, también debería verse como el «resultado de la urgencia», diseñado mientras se intentaba hacer frente a los enormes problemas causados por la avalancha de los campesinos a las ciudades.[19] Al comienzo del Primer Plan Quinquenal, Moscú había vuelto a los niveles de población anteriores a la revolución: de 1930 a 1932 aumentó en casi un 50 %, pasando de los 2 millones a 3 millones habitantes.

El Plan, interrumpido por la guerra, nunca fue implementado en su totalidad, aunque esto no se reconoció hasta después de la muerte de Stalin. Moscú proporcionó, de esta manera, el modelo a seguir para el comunismo de Europa del Este tras las victorias del Ejército Rojo. El resultado del Plan se resume en tres megaproyectos: uno exclusivamente representativo —un inmenso palacio de los Soviets coronado por una estatua de 75 metros de Lenin— y dos proyectos de transporte, el canal Moscú-Volga, como parte del desarrollo económico de la ciudad y del país, y un metro urbano, al que se dotó de una imagen representativa suntuosamente cara.[20] Los dos últimos se materializaron pero el primero no llegó nunca a construirse, y el cráter que dejó la destrucción de la antigua catedral (sobre la que se debía construir el palacio) se convirtió a finales de la década de 1950 en una piscina exterior. Fue restaurada como catedral tras la caída del comunismo.

Otros rasgos del Plan, que incluían una gran expansión del espacio público en la zona central de la ciudad, como la duplicación en tamaño de la plaza Roja, que ya había sido anteriormente aumentada, tampoco llegaron a implementarse. Un gran logro fue la transformación de la vieja carretera hacia Tver y San Petersburgo en una arteria central para los

---

[19] Karl Schlögel, *Terror und Traum…*, *op. cit.*, p. 80.

[20] Al ser incapaz de leer muchas de las fuentes primarias rusas, me encuentro profundamente en deuda con las obras de Karl Schlögel, *Terror und Traum…*, *op. cit.*; Monica Rüthers, *Moskau bauen*, Viena, Boehlau Verlag, 2007; T. Colton, *Moscow, op. cit.*; y Greg Castillo, *«Cities of the Stalinist Empire»* en Nezar AlSayyad (ed.), *Forms of Dominance*, Aldershot, Avebury, 1992.

desfiles (con dirección a la plaza Roja), lujosos bloques de apartamentos y de ocio nocturno, tanto de alto estándar promocionados oficialmente, como de «bajo» estándar conocidos oficiosamente. La calle Tverskaya se convirtió en la calle Gorki, siendo ensanchada de los 20 a los 60 metros, lo que conllevó las correspondientes demoliciones de viviendas.[21] Gorki debía ser el primero de los diferentes y amplios bulevares que debían cruzar la ciudad; la mayor parte de ellos cayeron en el olvido, pero dejaron paso a una buena cantidad de espacios verdes. El Plan tuvo en cuenta los servicios residenciales y de consumo, que incluían la construcción de 15 millones de metros cuadrados de espacio habitacional en diez años, así como escuelas, cines, hospitales, una nueva infraestructura para el agua, el alcantarillado y similares.[22] Pero estos eran claramente secundarios respecto de las prioridades de la representación del poder y el desarrollo económico. El espacio habitacional per cápita en Moscú no superó el récord de 1920 de 9,5 metros cuadrados hasta 1971. En 1940 era un reducido 4,1 metros per cápita.[23]

Un observador de tiempos posteriores bien podría preguntar, observando el Plan General y el modelo de Moscú, si había algo de socialista o de obrero en él. Su aspecto socialista fue el comprehensivo *Gesamtkuntswerk* (Schlögel), un enfoque del conjunto la ciudad para la planificación y el hecho de que no se tuviese en cuenta la propiedad privada y las rentas del suelo, lo que es visible en los grandes espacios abiertos del centro. El aspecto de clase estaba mucho más mediado. En términos negativos, supuso la ausencia de bancos y otras oficinas corporativas típicas del distrito financiero central y de barrios de la alta burguesía. Los líderes bolcheviques vivían en apartamentos muy modestos en el Kremlin, sujetos a estrictas reglamentaciones de gasto.[24] Los trabajadores estrella, los estajanovistas soviéticos, podían optar a buenas viviendas, y los distritos moscovitas de vivienda en régimen de mikrorayon mantenían una estricta vigilancia de su composición social para poder contrarrestar la segregación social. El aspecto de clase también se significó en la kommunalka, la comunalización de los grandes apartamentos burgueses urbanos, transformados por la escasez sin fin de viviendas en apartamentos multifamiliares con baños y cocinas comunes.

El mensaje oficioso del Plan General de Moscú de 1935 no era tanto la idea de una ciudad socialista de clase obrera como la de una metrópolis moderna equivalente a Nueva York, cuyo Rockefeller Center y el Radio City Music Hall eran referentes para Borís Iofán, que antes había trabajado

---

[21] Véase Monica Rüthers, *Moskau bauen*, *op. cit.,* pp. 75 a 150.
[22] Karl Schlögel, *Terror und Traum…*, *op. cit.*, p. 70.
[23] T. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, p. 798.
[24] Catherine Merridale, *Red Fortress…*, *op. cit.,* p. 318.

como asistente en la construcción del monstruoso monumento romano Vittoriano y había hecho el diseño del todavía más monstruoso palacio de los Soviets. El iconográfico cuadro de 1937, «El nuevo Moscú», de Yuri Pimenov, muestra a una mujer joven conduciendo un descapotable entre otros coches a través de la ciudad, frente a edificios nuevos y pesados.[25] (La simple imagen de la pesadez y dureza de sus edificios nos indica que esto debe ser la URSS).

Este urbanismo metropolitano vino subrayado, aún más, poco después de la victoria de la Segunda Guerra Mundial, por un anillo urbano de rascacielos llamados las Siete Hermanas, que consistían en dos ministerios, dos hoteles, dos bloques de apartamentos y una universidad, en emplazamientos espaciosos, construidos con variantes individuales y diferenciadas del estilo «tarta de boda»: pesados, pronunciadamente verticales, simétricos y cerrados (hacia fuera) —que remarcaban cada rasgo de la gramática del poder autoritario—, pero ricamente ornamentados con una ecléctica mezcla de motivos.[26] Debían ser ocho —uno por cada siglo de Moscú, que celebraba sus 800 años— y debían representar el rostro moderno, pero no funcionalista, del histórico renacer de la capital tras una agotadora y desangrante guerra.

El peso del estalinismo en la representación fue atacado frontalmente en diciembre de 1954 por Nikita Jrushchov, secretario general del PCUS en aquellos momentos. Arremetió contra este por dos razones: por el gasto excesivo, la utilización de los materiales de mejor calidad y la producción artesana, y por descuidar las necesidades de vivienda de la gente ordinaria. En noviembre de 1955 el gobierno soviético y el Comité Central del partido emitieron una resolución titulada «Sobre la eliminación de las exageraciones en la planificación y en la construcción». Se dio un giro de 180 grados: «La arquitectura soviética debe estar caracterizada por la simplicidad, la austeridad de formas, la economía y la disposición».[27] La nueva prioridad de la construcción era la vivienda colectiva. Edificios prefabricados de poca altura, de tres a cinco pisos, surgieron por toda la URSS, conocidos popularmente como «casas Jrushchov». El PCUS regresaba a sus raíces obreras.

Sin embargo, en términos de la huella de la Internacional Comunista, la capa histórica más importante de Moscú fue el paisaje urbano estalinista creado en la década de 1950. ¿Qué mensaje de poder expresaba? ¿Cuáles eran sus principales elementos políticos de referencia? Los mensajes, creo, eran por encima de todo (aunque no exclusivamente) tres: el poder es nacional, está basado en la movilización popular, es desarrollista en un sentido hedonista. En términos monumentales, los mensajes se grabaron en roca.

---

[25] El cuadro se reproduce por ejemplo en Karl Schlögel, *Terror und Traum…*, *op. cit.*

[26] Ibídem.

[27] Anders Åman, *Architecture and Ideology, op. cit.*, p. 218-219.

«Nacional» es, por supuesto, antes que nada el Kremlin, el centro histórico de Rusia, purgado de su simbolismo zarista prenacional. Como las metrópolis de las grandes potencias nacionales, Moscú se medía y comparaba con otras metrópolis del planeta, en particular con Nueva York, pero no imitándolas sino competiendo con ellas en sus propios términos. Este era el mensaje de las Siete Hermanas construidas para el octavo centenario, algunas de las cuales habían tenido una clara inspiración en los rascacielos estadounidenses de las décadas de 1920 y 1930, con los que estaban familiarizados los principales arquitectos de Moscú. Uno de los invitados a tomar parte en el concurso de diseño de 1931 del palacio de los Soviets fue William Lamb, principal arquitecto del Empire State Building.[28] En sí, todo el proyecto arquitectónico del realismo social no tenía tanto de socialista como de búsqueda de un estilo nacional moderno.

Sea cual sea la actual importancia de la represión ejercida, los comunistas consideraban que su poder estaba basado en la movilización popular —aunque no es que derivara necesariamente de ella—. La plaza Roja fue heredada sin coste alguno, aunque sí requirió alguna obra para acondicionarla de cara a las modernas manifestaciones de masas. El expresionista Mausoleo Lenin, con su tribuna de líderes, proporcionó un magnífico punto de referencia. Los desfiles debían tener sus rutas de marcha, lo que en la jerga contemporánea del tráfico aéreo se llaman líneas de alimentación. La calle Tverskaya, arranque de la carretera que va del Kremlin a San Petersburgo, era la elección lógica. Entre 1932 y 1933 fue rebautizado en honor al gran escritor Máximo Gorki, como la calle Gorki y se convirtió en la icónica magistrale del urbanismo comunista, duplicando y triplicando en algunos casos su anchura, transformándose también en el modelo para la concepción de las fachadas como diseño primario del espacio urbano. Especialmente en los días de desfiles, las banderas y los estandartes en las calles y en las fachadas, los enormes carteles y gigantescos retratos de Lenin y de los líderes en vida exhortaban la dirección política.

El tercer aspecto de Moscú y del poder del realismo socialista no ha sido muy desarrollado en la literatura especializada. Pero es sorprendente el encaje entre, por una parte, los lujosos edificios monumentales del socialismo realista y, por otra, el explícito giro estalinista antiausteridad que se dio entre 1935 y 1936. Ya en 1931, Stalin se había pronunciado contra el igualitarismo «izquierdista» y a favor de una mayor diferenciación salarial. En noviembre de 1935, en un discurso a la élite de los trabajadores estajanovistas, proclamó «la vida se ha vuelto más alegre». Tras la traumática y vertiginosa industrialización y las hambrunas derivadas de la resistencia

---

[28] Fabien Bellat, *Amérique-URSS: Architectures du défi*, París, Nicolas Chaudun, 2014, pp. 82 , 164 y ss. Dicha conexión es más visible aún en el caso de los hoteles Ukrania y Leningrádskaya y en los hoteles realizados por la firma Schulze & Weaver, especialmente su Waldorf Astoria.

a la colectivización de la agricultura, había llegado el momento —para los trabajadores de la élite y para los funcionarios leales del partido— de disfrutar de la vida.[29] No se trataba del capitalismo a lo Deng Xiaoping, pero se correspondía con el reciente auge de una nueva élite desarrollista —hecha de empleados del Estado— que surgía de la masiva expansión de la educación superior gracias a los Planes Quinquenales. Mediante las «purgas» de los terroristas, este estrato fue ascendiendo rápidamente, tanto dentro del partido como del Estado. La doctrina estalinista les aseguró que merecían sus (nada seguros) emolumentos, elegantes viviendas, caviar y champán.

Estas personas fueron claramente las principales beneficiadas de los impresionantes edificios, significativamente caros y, para los estándares contemporáneos, de gran calidad: complejos residenciales con todos los servicios, hoteles de lujo con sus bares y restaurantes, las tiendas de lujo a lo largo de la calle Gorki y una amplia variedad de comodidades, tanto para los estudiantes como para los miembros del profesorado de la famosa Universidad Lomonósov.[30] Las calles y edificios construidos siguiendo el modelo del realismo socialista eran la expresión física de la emergencia de la nueva élite desarrollista: trabajadores estajanovistas de choque,[31] ingenieros, gestores, científicos y artistas comprometidos con la modernización estalinista desde arriba.

Ocultos al paisaje del grandioso nuevo Moscú, fuera de la vista del observador, se encontraba la residencia del trabajador medio, que confirmaba la nueva estructura jerárquica de poder. Según Colton, el historiador sociopolítico de Harvard especializado en Moscú, «la familia media en el Moscú de Stalin» vivía en una (única) habitación de la kommunalka.[32] Al parecer en la década de 1960, el 60 % de los moscovitas vivía en pisos comunales.[33]

---

[29] David Hoffman en *Stalinist* Values Ithaca (NY, Cornell University Press, 2003, pp. 126 y ss.) explica cómo el giro estalinista a una versión del consumismo, no fue solo propaganda sino que incluyó el fin del racionamiento y el envío de delegaciones de estudio de los centros comerciales estadounidenses. Monica Rüthers delinea, en su sagaz y completa tesina de doctorado (incluida en *Moskau bauen*, *op. cit.*, pp. 84-85, 95), la conexión entre el explícito giro de mediados de la década de 1930 contra el igualitarismo y la austeridad, por una parte, y los caros complejos residenciales del «Nuevo Moscú». El asunto del lujo estalinista ha sido rastreado como una de las muchas bizarras y obscenas contradicciones de esos tiempos por Jukka Gronow, *Caviar with Champagne*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

[30] Respecto a esto último, véase Karl Schlögel, *Moscow*, *op. cit.,* pp. 30-31.

[31] El título de trabajador de choque o «*udarnik*» era un honor concedido oficialmente en la Unión Soviética a aquellos que mostraban una extraordinaria disposición a la disciplina laboral así como un gran rendimiento. Se les otorgaba un certificado, un emblema y un premio en metálico. Pese a que el título existía desde 1930, fue a partir de los años cincuenta que se empezó a promocionar como parte de la actitud comunista. [N. de la T.]

[32] T. Colton, *Moscow…, op. cit.*, p. 342.

[33] Monica Rüthers, *Moskau bauen*, *op. cit.*, p. 49.

Recepción y transformación en Europa del Este

Entre 1945 y 1950 Moscú fue la Meca de todos los comunistas del mundo, orgullosos y entusiasmados por las victorias del Ejército Rojo sobre el fascismo. Ya durante el primer Plan Quinquenal —en medio de la Gran Depresión capitalista— la URSS demostró poseer una gran atracción dentro de la izquierda en general, mucho mayor de lo que se podría suponer si solo consideramos sus, por lo general, pequeños núcleos de cuadros comunistas. Hasta dónde llegaba su influencia es algo que es imposible de evaluar. En todas partes había anticomunistas, algunos de ellos armados; estos continuaron la contienda bélica contra los bolcheviques en Polonia —y junto con los nazis alemanes en el Báltico y en Ucrania—. Mi objetivo aquí obviamente no es bucear en la historia de Europa oriental después de la Segunda Guerra Mundial, sino identificar la recepción de las señales urbanísticas enviadas desde Moscú.

La arquitectura y el urbanismo de Europa del Este estaban influidos por una poderosa corriente moderna de izquierdas, que había formado parte del movimiento moderno antes de la guerra, el CIAM. Este fue el caso especialmente de Alemania Oriental, el país de origen de la Bauhaus, así como de Checoslovaquia, Polonia y Serbia/Yugoslavia. Por eso, no resulta sorprendente que la reconstrucción de Europa del Este a menudo se iniciase con un estilo modernista, pese a que, desde el principio, se le dio también la más alta prioridad a la reconstrucción histórica nacional, como por ejemplo en la reconstrucción de la Ciudad Vieja de Varsovia y en la resurrección del Unter den Linden en Berlín Oriental.

El bloqueo de los años 1948 y 1949 producido por la Guerra Fría, junto con la aplastante derrota armada del movimiento procomunista y antifascista de Grecia, la (pacífica) revolución comunista en Checoslovaquia y la partición de Berlín entre las cuatro potencias, excavó una trinchera a lo largo del planeta, que fue especialmente profunda en Europa. Era imposible que la arquitectura y el urbanismo escapasen a ella. La URSS, que a duras penas salió victoriosa tras sufrir tremendas pérdidas y una enorme devastación, contempló cómo su misma existencia se veía amenazada por Estados Unidos, que había salido indemne del conflicto y que poseía armas nucleares. Su mensaje ya no era el de la revolución mundial —que era en lo que los modernos de izquierdas habían puesto sus esperanzas— sino la paz y la defensa nacional. «Estamos en contra de la Bauhaus porque el funcionalismo es la cumbre del cosmopolitanismo imperialista», declaró el principal arquitecto de Alemania del Este, añadiendo que gente como Gropius y van der Rohe habían escogido, de manera reveladora, quedarse en Estados Unidos.[34]

---

[34] Anders Åman, *Architecture and Ideology…*, *op. cit.*, p. 163; Virág Molnár, *Building the State*, *op. cit.*, p. 41.

El nuevo formato —socialista en contenido, nacional en la forma— se vio reafirmado en 1949-1950, con la típica virulencia estalinista, empujado por la presión soviética para que todo se ajustase al marco de trabajo prefijado; también por algunos líderes especialmente preocupados por el urbanismo como los dirigentes del partido en Alemania del Este y en Polonia, Walter Ulbricht y Boleslaw Bierut; por el politruk (comisario político) y dirigente cultural húngaro, Józef Révai; y, en términos de operatividad cotidiana, por un puñado de arquitectos retornados de la Unión Soviética tras la guerra y catapultados al poder urbano: Liebknecht en la RDA, Edmund Gelzamt en Polonia e Imre Perényi en Hungría.

De todas maneras, sería un error considerar que las capitales comunistas de Europa del Este fueran algo simplemente impuesto mediante las instrucciones soviéticas. Hubo otros dos elementos cruciales: la obsesión de los comunistas locales por los soviéticos y los parámetros urbanos de la posguerra.

El 18 de diciembre de 1948 fue el setenta cumpleaños de Stalin. Todos los líderes mínimamente importantes del PC estaban presentes en la celebración que tuvo lugar en el Teatro Bolshói de Moscú. Se hicieron una buena cantidad de promesas: Berlín Oriental ofreció el Stalinallee; el alcalde de Budapest renombró la principal avenida de su ciudad, Andràssy út en honor de Stalin; Praga, Budapest y Bucarest prometieron que realizarían grandes estatuas de Stalin; numerosas ciudades, desde Bulgaria y Rumanía hasta Alemania Oriental, fueron bautizadas en honor a Stalin, como también acabaría siendo el caso del palacio de la Ciencia y la Cultura de Varsovia. Se debe señalar el origen extrasoviético de estas propuestas, junto con el hecho de que no derivaran directamente del modelo de Moscú. Aunque en algunos de los distritos de la ciudad había monumentos al gran líder, y tras la Segunda Guerra Mundial se insinuaron algunas propuestas monumentales monstruosas, Moscú no tenía ni una sola estatua de Stalin de carácter relevante ni tampoco una Stalinallee. Su calle principal recibía su nombre en honor a Máximo Gorki.

Los inteligentes estalinistas soviéticos nunca olvidaron las lecciones nacionales de Lenin y de Stalin. En diciembre de 1951, dos comentaristas soviéticos criticaron la Stalinallee de Alemania Oriental por seguir demasiado de cerca el ejemplo soviético.[35] En septiembre de 1953, el epítome de la ortodoxia ideológica soviética, Mikhail Sislov, amonestaba al editor soviético de la publicación del Ejército Rojo en Polonia, que luchaba por la supervivencia de su publicación: «¿Y qué pasa con la soberanía de Polonia? Los mismos polacos deberían estar construyendo el socialismo y deberían aprender a escribir acerca de sus logros y experiencias».[36]

---

[35] Anders Åman, *Architecture and Ideology…, op. cit.*, p. 61.
[36] Patryk Babiracki, *Soviet Soft Power in Poland*, Chapel Hill (NC), University of North California Press, 2015, p. 196.

Las nuevas capitales del comunismo en su extensión hacia occidente eran todas muy diferentes de Moscú y también entre sí, si bien tenían algunos rasgos en común. Todas ellas eran —con matices en el caso de Budapest— capitales de Estado nación surgidas de guerras entre Estados, ya fuese como beneficiarias de una coalición interestatal (Bucarest, Sofía, Belgrado, Praga y Varsovia), ya como capital nacional de un imperio derrotado (el Berlín pos-Hohenzollern y, en parte, Budapest). Las fronteras de estos Estados eran precarias y estaban sometidas a disputa. Excepto en el caso de Berlín, el carácter étnico mayoritario de estas capitales había cambiado justo antes de convertirse en Estado, todas ellas eran parte de la franja centro oriental de Europa, que estaba entre Prusia y Rusia, y que iba del golfo de Finlandia al mar Negro.[37] Sin embargo, no existía un diseño común urbanístico o arquitectónico.

La imagen principal de Varsovia era la antigua ciudadela real de tiempos renacentistas y las mansiones barrocas y rococó de la aristocracia. La tradición cultural hegemónica de la ciudad era de carácter católico y militar/aristocrático, y los dirigentes de la Polonia de entreguerras fueron en su mayoría militares. Praga poseía un gran pasado medieval; una asentada y extensa tradición de reforma cristiana y de herejía, desde Jan Hus en el siglo XV; un vigoroso capitalismo art noveau, con su correspondiente movimiento obrero; y una corriente de modernidad republicana durante el periodo de entreguerras, que incluía el vanguardismo cubista arquitectónico. Budapest surgió en la década de 1870 como la orgullosa y cada vez más opulenta capital nacional magiar del Imperio austrohúngaro de los Habsburgo. Lucía ostentosamente su orgullo nacional y su nueva riqueza en un parlamento diseñado con la idea de superar el modelo de Westminster y desafiar a la vez el castillo dinástico en la colina de Buda, al otro lado del Danubio; una plaza de lo Héroes que rivalizaba con la Heldenplatz de Viena; y el segundo metro de Europa. Belgrado, Bucarest y Sofía habían sido anteriormente sedes del poder otomano, algo que las tres intentaban olvidar y superar.

Las capitales de la Europa comunista oriental estaban gobernadas según un programa muy similar, pero que se manifestaba de maneras muy diferentes debido a tres razones: primera el paisaje urbano de 1944-1945; segunda las formas y tradiciones nacionales, cuya preservación y utilización defendía el programa; y tercera, los dirigentes que, pese a salir todos del mismo molde, no eran clones.

Varsovia y Berlín fueron devastadas por la guerra. Varsovia lo fue hasta tal punto que la mucho menos destrozada ciudad textil de Lodz funcionó de facto como la capital de la Polonia comunista entre 1945 y 1947. Lodz era el centro de la clase trabajadora y del movimiento obrero de

[37] Göran Therborn, *European Modernity and Beyond*, *op. cit.*, pp. 43 y ss.

Polonia, y al parecer hubo unas cuantas discusiones acerca de si la capital debía ser trasladada a esta base de la clase obrera.[38] De todos modos y pese a su ostentoso carácter aristocrático, Varsovia era la capital del Estado nación polaco. Por lo que la administración comunista regresó a Varsovia con el objetivo, en palabras de su líder Bierut, de convertirla «mediante el desarrollo de la industria [...] (en el) centro de producción, la ciudad de los obreros».[39]

Belgrado estaba gravemente dañado, Budapest también mostraba daños de gran importancia y Bucarest parecía haber sufrido un poco menos. Praga había quedado intacta en gran parte, pese a los daños causados por la ocupación nazi. En Varsovia y en Berlín había que construir nuevos centros políticos. Mientras que en Belgrado y en Sofía esta era la opción obvia, en Praga y en Bucarest, ciudades antiguas e históricas, esta opción despertaba serias dudas. Bucarest había logrado un nuevo centro monumental de la mano de los gobiernos de derechas de entreguerras, que se recrearon en esta gracias a los beneficios obtenidos por Rumanía en la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo, el programa urbanístico comunista suponía que, aunque el centro político fuese más o menos antiguo, el patrimonio nacional debía respetarse y, en caso necesario, reconstruirse. En Varsovia la primera gran decisión fue reconstruir la Ciudad Vieja, aun cuando el castillo real no fuera restaurado hasta la década de 1970 bajo un nuevo gobierno. En Berlín Este la reconstrucción gradual de la clásica calle de la elegancia berlinesa, Unter den Linden, fue una de las primeras decisiones tomadas respecto a la construcción.

Según el canon arquitectónico del realismo socialista, los nuevos edificios monumentales debían tener una «forma nacional». En resumen esto significaba que en Berlín y Budapest, principalmente, se trataba de construcciones neoclásicas, en Varsovia y en Praga, renacentistas y en Sofía y en Bucarest se sumaban elementos bizantinos. A menudo, como en el palacio de Cultura de Varsovia, las formas nacionales se expresaron principalmente con motivos ornamentales reconocibles solo para los forofos de la arquitectura.[40] La ruptura de Stalin con los comunistas yugoslavos le evitó a Belgrado un gran número de chapuzas.[41]

---

[38] Debo esta información a Agata Zysiak, historiadora urbana de Lodz, con la que estuve hablando en septiembre de 2015.

[39] David Smith, «The Socialist City», en Gregory Andrusz et al. (eds.), *Cities after Socialism: Urban and Regional Change and Conflict in Post-Socialist Cities*, Oxford, Blackwell, 1996. Algo similar sucedió durante los comienzos de la Ucrania soviética, cuando la capital se trasladó primero al Kharkov, uno de los centros industriales, posteriormente se mudó a Kiev.

[40] Anders Åman, *Architecture and Ideology...*, *op. cit.*, pp. 115 y ss.

[41] Brigitte Le Normand, *Designing Tito's Capital...*, *op. cit.*, pp. 37 y ss.

El primer gran edifico político de Varsovia fue construido para el Comité Central del partido, un edifico clasicista blanco situado en una zona céntrica, algo bastante inusual para una edificación de estas características, en el cruce entre la avenida Jerusalén y la calle Nowy Świat pero, en consonancia con el modelo moscovita, no era el referente del nuevo centro político. Este papel recayó en el enorme complejo del palacio de Cultura, diseñado por el arquitecto soviético Lev Rúdnev al estilo moscovita y construido por trabajadores soviéticos, aunque adornado con estudiados motivos históricos polacos. Frente a él estaba la gran explanada para los eventos políticos. El magistrale principal era la calle Marsalkowska,[42] que se extiende desde uno de sus laterales y que en la parte extrema del palacio incluye la principal sede y zona comercial de Varsovia, el MDN. En una calle paralela había unos cuantos ministerios. Todo ello estaba a unos cuantos bloques al sur del centro histórico de la época de preguerra, y un poco más al sur aún se encontraba la Ciudad Vieja.

En Praga, la preservada ciudad histórica fue reaprovechada. Los presidentes comunistas y sus gobiernos permanecieron en el antiguo castillo de los Habsburgo, mientras que la sede central del partido fue alojada en el sombrío edificio de un antiguo ministerio al lado del río Moldava. Klement Gottwald anunció la toma del poder en 1948 desde el balcón del Kinský Palace en la plaza de la Ciudad Vieja. Las marchas del Primero de Mayo, al igual que otras manifestaciones políticas, tenían lugar en el segundo ágora histórico, también heredado, la plaza de Wenceslao.

En Checoslovaquia los comunistas se adhirieron a la tradición nacional reformadora de Jan Hus, que fue quemado en la hoguera por hereje en Constanza en 1415. La capilla de Belén donde predicaba fue reconstruida en 1949.[43] El mausoleo a Gottwald fue una mutación de otro construido antes de la guerra por el presidente Tomáŝ Masaryk —quien pudo haberlo rechazado—, totalmente alejado de los desfiles del PC al monte de San Vito, donde se yergue una estatua del comandante militar de los husitas, Jan Zilska sentado en su caballo, instalada allí en 1951. En el monte de en frente, un poco más alto, se elevó una estatua a Stalin, en actitud de dirigir pequeños grupos de soviéticos y de checoslovacos en marcha militar. El conjunto escultórico fue colocado en 1955, menos de una año antes del

[42] El nombre hace referencia al gran mariscal de la Corona del mediados del siglo XVIII, que presidió una comisión urbana importante. Las principales calles de Varsovia mantuvieron en general sus nombres históricos durante el comunismo, aunque la plaza sajona se convirtió en la plaza de la Victoria y la plaza del banco se renombraría como Feliks Dzierżyński, el primer dirigente polaco de la policía política secreta soviética, la Checa.

[43] En la Europa comunista fuera de la Unión Soviética, incluyendo el sovietizado Báltico (excepto Albania), no se cerraron las iglesias, aunque si que tardó bastante en arreglarse las que habían resultado dañadas. La Dmkirche [catedral] luterana de Berlín Este no fue reconstruida hasta mediados de los años setenta del siglo pasado.

giro antiestalinista de Jrushchov. Los comunistas checoslovacos lo dinamitaron en 1961. Pese a todos los intentos realizados, no se encontró un uso adecuado para el magnífico emplazamiento y para su sólido pedestal.

El castillo de Budapest, donde residió el reaccionario regente, el almirante Miklós Horthy, y tras él, durante un breve tiempo, el líder del Partido de la Cruz Flechada, Ferenc Szálasi, resultó seriamente dañado en la batalla final por la ciudad. La restauración comenzó a principios de la década de 1950 con el objetivo de convertirlo en un museo. El palacio Sándor, subalterno al castillo, se encuentra también en los alrededores del monte Buda, funcionó como oficina de los primeros ministros anteriores de la guerra y aunque tras la guerra se abandonó temporalmente, actualmente es la sede de los presidentes del poscomunismo. El poder comunista decidió instalarse en la orilla Pest del Danubio, alrededor del inmenso edificio del Parlamento, cuyo estilo emula al de Westminster, que también albergaba las oficinas del gobierno, con ministerios y, de manera muy práctica, en una calle lateral cercana se encontraban las sedes del Comité Central del partido y del Politburó. Hubo planes de crear una nueva explanada para actos y desfiles políticos en la precomunista plaza Erzsébet y de abrir una vía de entrada para las manifestaciones así como un lugar para la vista panorámica desde el río, pero como muchos otros planes de esa época, acabaron quedándose en nada.[44]

Lo provisional funcionaba suficientemente bien. La avenida más elegante de la ciudad, Andrassy út, llamada así por un destacado y aristocrático hombre de Estado de finales del siglo XIX, era apropiada para el calendario de desfiles; durante algunos años llevó el nombre de Stalin, pero desde 1956 fue rebautizada con la imposible etiqueta de República del Pueblo. La avenida conducía al principal conjunto monumental del nacionalismo húngaro, la plaza de los Héroes. Los comunistas retiraron todas las estatuas de los Habsburgo del hemiciclo y las reemplazaron con las de los históricos líderes anti-Habsburgo, incluyendo príncipes transilvanos, una serie que históricamente acababa con el héroe húngaro de 1848, Lajos Kossuth. Tras la Primera Guerra Mundial se eliminaron también los símbolos revanchistas, pero la plaza se mantuvo libre de comunismo y de comunistas. En cambio, en un movimiento muy inteligente de política simbólica, la calle que llega desde la derecha donde acaba Andrassy, justo antes de la plaza de los Héroes, fue ensanchada y renombrada, al tiempo que se colocaba una tribuna para los líderes. El cambio de nombre también estaba repleto de significado político. Antes de mayo de 1945, rendía honores a István Werbőczy, hombre de Estado de la nobleza del siglo XVI y legislador que aplastó la revuelta campesina. Bajo el comunismo la calle fue renombrada

[44] Información proporcionada por la Dra. Judit Bodnar durante una conversación privada en septiembre del 2015.

en honor del líder de la revuelta, György Dózsa. También había una gran estatua de Werbőczy, que fue destruida en mayo de 1945. Llevó seis años substituirla por la de Stalin, que tampoco duró mucho, derribada por el levantamiento anticomunista de 1956.[45]

Tito y los comunistas yugoslavos eran vehementes nacionalistas pero también estaban orgullosos de haber liberado Belgrado por sí mismos, sin ayuda directa del Ejército Rojo. La ciudad había estado ocupada y fue severamente dañada durante las dos guerras mundiales. En gran medida seguía siendo una ciudad balcánica de casas tradicionales de un piso, que todavía siguen siendo visibles en el centro de la ciudad del siglo XXI. Los comunistas hicieron grandes planes. El centro de la ciudad, y por ende de la capital del país, sería trasladado a la zona pantanosa, al otro lado del río Sava, donde se construiría una ciudad totalmente moderna. La planificación se inspiró en la Carta de Atenas del CIAM, en cuya redacción habían participado algunos arquitectos yugoslavos. Pero los recursos para implementar el plan eran escasos, el país estaba destrozado por la guerra, y dichos recursos se redujeron mucho más después de la paranoica ruptura de Stalin con Tito en 1948.

Los planes para el Nuevo Belgrado fueron revisados y pospuestos unas cuantas veces, pero ninguna de las restricciones impuestas por el realismo socialista consiguió acabar con su orientación moderna. En el curso de la década de 1950 y 1960, el Nuevo Belgrado fue surgiendo de manera gradual como una ciudad de apariencia moderna, pese a no estar muy desarrollada en calidad e instalaciones, y aunque nunca llegara a convertirse en la nueva ciudad y centro del país. En lugar de ello acabó siendo redefinida como parte de Belgrado, aunque ciertamente como una parte importante. No era solo un área residencial moderna; en cierta forma era la Ottawa o el Canberra de Yugoslavia. Acogía los edificios gubernamentales y el Comité Central del partido en el gobierno, mientras que la mayor parte de las funciones de la capital siguieron desarrollándose al otro lado del río, a lo largo del bulevar Revolucije,[46] que acogía otras instituciones políticas.[47]

---

[45] Se intentó mantener una estatua de Lenin tras la supresión del levantamiento, pero los tiempos siguieron cambiando y más tarde fue retirada de manera discreta para su «reparación». Respecto a la plaza de los Héroes, véase más profundamente Andras Gerö, *Hungarian Society in the Making*, Budapest, Oxford University Press, 1995, cap. 11; sobre Dósza György út y para una visión más completa de los monumentos comunistas en Budapest durante el periodo estalinista, véase Reuben Fowkes, «The Role of Monumental Sculptures in the Construction of Socialist Space in Stalinist Hungary» en D. Crowley y S. Reid (eds.), *Socialist Spaces*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 65-84.

[46] También bulevar de la Revolución; actualmente se llama bulevar kralja Aleksandra o bulevar del rey Alejandro, que era el nombre anterior a la revolución. [N. de la T.]

[47] Véase Brigitte Le Normand, *Designing Tito's Capital…*, *op. cit.*, y la geografía histórica de la ciudad de Book, *Belgrade*, *op. cit.*

Tanto Bucarest como Sofía mantenían el carácter de las villas de los Balcanes de principios del siglo XX, con importantes enclaves monumentales. No obstante, eran ciudades muy distintas en países muy diferentes. Rumanía era un país de terratenientes explotadores y de campesinos pobres, con una pequeña clase alta urbana afrancesada de mercaderes y de especuladores inmobiliarios,[48] y una pobre y numerosa población judía, objetivo de un virulento antisemitismo. Bulgaria era campesina y se había mostrado ampliamente prorrusa, desde que Rusia ayudó de manera decisiva a lograr la independencia del país frente a los otomanos. Poseía una minúscula élite política de inclinaciones alemanas, que apostó dos veces por Alemania en las guerras mundiales. El PC rumano era minúsculo antes de la entrada del Ejército Rojo, mientras que en Bulgaria los comunistas eran una importante fuerza, aunque no tenían la importancia del ejército partisano de Albania o de Yugoslavia. Con 973.000 habitantes en 1940, Bucarest tenía más del doble de población que Sofía, aunque esta última fue la capital que experimentó el mayor crecimiento de todas las capitales de los Balcanes en la década de 1930.[49]

Bucarest logró tener una zona central de modernos bulevares en el periodo de entreguerras y vivió una oleada de construcciones públicas monumentales justo antes de la guerra.[50] También se la proveyó de una gran avenida de la Victoria y de una plaza de la Victoria que celebraban su triunfo contra los otomanos. Aunque algunos edificios ministeriales fueron bombardeados durante la guerra, la mayor parte de Bucarest seguía en pie en 1944 y 1945, mantenía su centro monumental moderno y sus dispersos asentamientos de tipo rural, entre los cuales solo la mitad de las casas tenían electricidad y agua corriente.[51] Los comunistas rumanos no priorizaron la construcción de un nuevo centro, pero sí la de un edificio emblemático cuya perspectiva resultase grandiosa desde el centro ya existente. Dicho edificio fue la Casa Scânteii, la sede editorial del periódico del partido, que recibía su nombre del periódico prerrevolucionario editado por Lenin, Iskra (ambos nombres significan «chispa/encender»). Se trataba de un inmenso complejo cubierto de una abundancia de detalles ornamentales y una torreta en la parte superior, no obstante más lineal y clasicista que los rascacielos moscovitas.[52] Estaba situado en el extremo norte de la avenida de la Victoria, en la parte más alejada del centro de la ciudad. En lugar de un nuevo centro, desde el principio los comunistas rumanos prestaron mucha atención a la periferia, sus industrias y sus viviendas.[53]

---

[48] Un buen relato del «París del Este» en su *belle époque* aparece en la obra de Paul Morand, *Bucarest*, París, Plon, 1935/1995.

[49] Joachim Vossen, *Bukarest- Die Entwicklung des Stadtraums*, Berlín, Reimer, 2004, p. 157; Sofia Hirt, *Iron Curtains*, *op. cit.*, p. 82.

[50] Luminita Machedon y Ernie Scoffham, *Romanien Modernism*, Cambridge (MA), MIT Press, 1999.

[51] Joachim Vossen, *Bukarest- Die Entwicklung…, op. cit.,* p. 232.

[52] Anders Åman, *Architecture and Ideology…, op. cit.,* pp. 135 y ss.

[53] Joachim Vossen, *Bukarest- Die Entwicklung…, op. cit.,* pp. 224 y ss.

Entre los comunistas, los más infatuados por la Unión Soviética eran los búlgaros. El centro de Sofía no había sido demasiado bombardeado, pero carecía del definido esplendor de Bucarest, toda la ciudad adolecía de una tradición histórica continuista. Por eso los búlgaros pidieron consejo a sus camaradas soviéticos para crear un nuevo centro político que sobrepasase el aún existente centro histórico de la realeza. Parece que la idea original se fijó especialmente en rascacielos como los de Moscú. Cuando en esa misma época murió el líder del partido, Georgi Dimitrov, toda la energía se concentró en construir su mausoleo, realizado en un clasicista mármol blanco, pese a la falta de tiempo antes de su funeral. Cuando los anticomunistas quisieron demolerlo dinamitándolo en los años posteriores a 1989, necesitaron cuatro intentos, lo que finalmente consiguieron en 1999.

Tras la construcción del mausoleo, se decidió levantar un nuevo conjunto monumental, orientado hacia el edificio del partido: un edificio en forma de triángulo con una fachada de columnas y una torreta con una estrella roja en la cúspide. A ambos lados de la plaza rectangular delante suya (la Largo) hay dos largos y pesados edificios ministeriales con grandiosos vestíbulos. En contraste con los alemanes del este, los búlgaros implementaron parte de las características fundamentales de su nuevo diseño de la zona centro, pero también tuvieron que someterse a la resiliencia urbana y a las complicaciones del arte político, incluso bajo gobiernos autoritarios. Las planificadas estatuas de Lenin y Dimitrov nunca llegaron a construirse, y el palacio real no fue demolido para dejar espacio al Consejo de Ministros.[54] Incluso durante los tiempos del estalinismo, la principal avenida de Sofía siguió siendo la del zar libertador, Alejandro II, que ayudó a los búlgaros en la independencia.[55]

Tirana era una pequeña ciudad de unos 60.000 habitantes al final de la guerra. Su centro había sido diseñado por el rey Zog, como si fuese un largo bulevar —«un bulevar sin ciudad» en palabras de un comentarista francés—, que fue ampliado durante la ocupación fascista italiana. El líder comunista de la posguerra, Enver Hoxha, se adhirió al programa de reforma nacional y a la construcción de un centro politico-administrativo representativo, pero añadiendo que «los edificios deben ser verticales y no horizontales». La plaza central, proyectada antes de la guerra, se mantuvo, con su horizontal palacio de Cultura como edificio principal y con su estatua ecuestre del medieval héroe nacional albano, Skanderbeg (tras su muerte, Hoxha fue rememorado con una estatua en altura en la plaza,

[54] Anders Åman, *Architecture and Ideology…*, *op. cit.*, pp. 141 y ss.

[55] Fue también el emancipador de los siervos rusos y es considerado amigo de Finlandia. A parte de su estatua en Sofía, tiene otra en Helsinki, que además sobrevivió a la revolución comunista finlandesa, la contrarrevolución blanca y a la «continuación de la guerra» finlandesa con Hitler frente a la URSS.

aunque en 1990 al régimen ya no le quedaba mucho tiempo). A lo largo del bulevar se construyeron los nuevos edificios del poder.[56]

El caso de Berlín fue muy particular. Primero bajo la ocupación fue dividido en cuatro sectores entre las cuatro grandes potencias aliadas, después, tras la partición final de la ciudad durante 1948, se rompió en dos ciudades. El Oeste y el Este. Cuando Alemania se convirtió en dos Estados en 1949, Berlín Este se convirtió en la capital de la República Democrática Alemana (RDA), mientras que Berlín Oeste, rodeado de la RDA, mantenía un estatus especial bajo protección estadounidense en relación con la República Federal Alemana (RFA), gobernada desde Bonn en Renania. Tanto en el Este como en el Oeste había que construir nuevas capitales. Para el comunismo europeo oriental, Berlín Este tuvo un significado especial como la ciudad en «la línea del frente» de la Guerra Fría.

Berlín Este incluía el antiguo centro histórico, pero la Wilhelmstrasse había sido bombardeada, y el Reichstag, seriamente dañado, se encontraba en Berlín Occidental; el viejo castillo imperial era una ruina, y debido a su centralidad, Berlín Este era la parte más destruida de la ciudad.

Tras limpiar los escombros, los nuevos gobernantes de la ciudad se impusieron a sí mismos tres tareas primordiales. Una era comenzar a restaurar las partes más importantes del patrimonio nacional de la ciudad, lo que quería decir Unter den Linden, Friedrichstrasse y la Museumsinsel (Isla de los Museos). La segunda era conectar de manera representativa el centro con las zonas de la clase obrera hacia el este, así como edificar nuevas viviendas. La elección obvia era la radial en dirección este ya existente, la Frankfurter Allee, y su construcción comenzó justo después de la proclamación del nuevo Estado en octubre de 1949. En diciembre, para celebrar el cumpleaños de Stalin, se la llamó Stalinallee. Por defecto, se convirtió en la principal construcción del Berlín estalinista, la «primera calle socialista», pese a que el plan era convertir la linea este-oeste que iba de Stalinallee y Alexanderplatz hasta la puerta de Brandeburgo en el «eje central» de la ciudad. La razón de que esto acabase así fue que la tercera de las tareas prioritarias acabó resultando mucho más complicada de lo esperado; el eje nunca terminó de construirse del todo y la mayor de las partes que se lograron realizar lo hizo solo un cuarto de siglo más tarde. El tercer objetivo era construir el centro político de la ciudad y de la RDA.

El diseño del centro tenía dos componentes principales: una inmensa «Demonstrationsplatz, en la cual pueda encontrar expresión la voluntad de nuestro pueblo de luchar y de construir»,[57] y un «edificio central» en uno

[56] Para más información véase Dorina Pojani, «Urban design, ideology and power: Use of the central square in Tirana during a century of political transformations», *Planning Perspectives*, vol. 30, núm. 1, 2014, pp. 67-94. La cita sobre Hoxha aparece en la página 76.

[57] Walter Ulbritch, líder del partido, citado en B. Flierl, «Der zentrale Ort in Berlin – Zur räumlinchen Inszenierung sozialistischer Zentralität», en G. Feist, E. Gilles y B. Vermiese (eds.),

de los extremos de la primera. La plaza era la parte fácil. Se dinamitaron las ruinas del palacio imperial guillermino, transformando la plaza del palacio en una explanada un 60 % más grande que la plaza Roja de Moscú, en mayo de 1951 se afirmó que la Marx-Engels-Platz había acogido a un millón de personas.

El «edificio principal» debía ser la Stadtkrone (la corona de la ciudad), una idea que el arquitecto radical alemán Bruno Taut había desarrollado a principios de la década de 1920 como moderno sucesor secular y republicano de la edad de las catedrales y de los palacios barrocos. Entre los arquitectos de Alemania del Este de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta se presentaron borradores y propuestas para hacer de la Casa del Pueblo (Volkshaus) el edificio principal, un edificio que agruparía no solo a los líderes y representantes políticos, sino también a la gente normal en cuestiones culturales y de ocio. Las Casas del Pueblo eran instituciones muy importantes del movimiento obrero europeo. De forma esperada, esto no apeló ni a Walter Ulbritch ni a su liderazgo, quien decidió que el edificio insignia debería ser un edificio gubernamental de gran altura, como los recién construidos rascacielos de Moscú, y que estuviese conectado a otro de menor altura en el que estaría el poder legislativo (menos poderoso). Como en Moscú y en la mayor parte de Europa oriental menos Sofía, el Comité Central del partido y sus dirigentes del Politburó se instalarían en sitios relativamente apartados del centro, y tras 1959 fueron albergados en el anterior Reichsbank. El cómo y el por qué exactos de que este proyecto, incluyendo un monumento a Marx y Engels en la plaza, no llegara jamás ni a comenzarse es algo que escapa al conocimiento de incluso un historiador tan enterado como Bruno Flierl.[58] Al igual que pasó con el palacio de los Soviets de Moscú, el solo parcialmente realizado centro político de Berlín Este, cuyo proyecto sufrió además bastantes modificaciones, señalaba que ni siquiera los constructores urbanos de Stalin eran siempre todopoderosos. Flierl habla de discusiones internas y de desacuerdos entre los urbanistas, artistas y funcionarios del partido acerca de la exactitud de los diseños, los emplazamientos y las relaciones entre monumentos. Pero probablemente tuvo que haber también cambios en los parámetros políticos y económicos. El fulgurante programa de inversión y de construcción del régimen se hundió en una seria crisis, por no decir fatal, en junio de 1953, cuando los trabajadores de la construcción de Stalinallee fueron a la huelga contra otro endurecimiento de las normas laborales. Debido a una inepta gestión del conflicto por parte de las autoridades, que cedieron demasiado tarde, la huelga escaló hasta

Kunstdokumentation 1945-1990, SBZ/DDR, Berlín, 1996, p. 321. Respecto a Berlín Este estoy profundamente en deuda con un gran trabajo histórico sobre arquitectura y arte en Alemania del Este, el *Kunstdokumentation*, que cuenta además con una contribución muy importante de Flierl acerca de las vicisitudes de los proyectos de los centros políticos socialistas.

[58] Ibídem, pp. 327 y ss.

convertirse en manifestaciones insurreccionales que fueron aplastadas por los tanques soviéticos. Ulbritch a duras penas pudo mantenerse en su cargo, pero la situación resultante no era claramente el momento adecuado para la autorepresentación monumental. En otoño de 1954, llegó el ataque de Jrushchov contra la monumentalidad estalinista, una nítida señal que no debía ignorarse. En 1961, la RDA sufrió una nueva y aguda crisis que llevó a la construcción del muro de Berlín.

Tras otra salida en falso, en 1958, se comenzó gradualmente a encontrar una doble solución al problema de la ciudad: la vivienda y el simbolismo urbano. Los problemas prácticos de vivienda fueron los primeros en solucionarse, a mediados de los años sesenta. En el extremo sur de la Marx-Engels-Platz, el Consejo de Ministros obtuvo un respetable pero nada notable edificio horizontal con un pórtico copiado de una portada del antiguo castillo imperial, desde el cual Karl Liebknecht había proclamado la república socialista en noviembre de 1918. Cercano a este, hacia el oeste, el Ministerio de Asuntos Exteriores recibió una moderna y estándar oficina rectangular.

La Stadtkrone recibió una sorprendente forma diseñada por Hermann Henselmann, el arquitecto jefe de la Stalinallee; una alta torre de TV en la Alexanderplatz, al este del centro original. El edifico central acabó siendo un edificio moderno de poca altura con una fachada de cristal tintado en la parte este de la Marx-Engels-Platz: el palacio de la República. Un popular lugar de entretenimiento y cultura donde se alojó el nada laborioso órgano legislativo de la RDA. El concepto de Casa del Pueblo había triunfado finalmente. El monumento a Marx-Engels no pudo erigirse en su Platz, y en 1968, fue colocado, como si de una serena pareja de ancianos se tratase, en un parque al este del palacio de la República, rodeado de placas con hologramas sobre las luchas históricas del movimiento obrero, en el denominado Marx-Engels-Forum. Por último, la Marx-Engels-Platz acabó siendo abandonada, perdiendo incluso su papel como espacio para los desfiles, reemplazada por el Karl-Marx-Allee (anteriormente Stalinallee). La plaza se convirtió en el principal aparcamiento de Berlín central. Los esfuerzos constructores de la última década de la RDA se concentraron en la vivienda popular, en grandes conjuntos de bloques de apartamentos prefabricados para las rentas muy bajas, bajo el concepto de «unidad de la política social y económica».

Asia oriental

El Estado nación chino nació de la revolución de 1911. Sin embargo, la república no consolidó ni la nación ni el Estado, desgarrada por las casi constantes guerras civiles, grandes y pequeñas, y golpeada una y otra vez por el Ejército japonés. Sin embargo, dio comienzo a la China moderna, y

transformó Pekín, que pasó de ser el lugar en el que residía el emperador a la capital nacional. El Pekín imperial era un conjunto de ciudades amuralladas, una dentro de otra, separadas entre sí y habitadas cada una de ellas por distintos tipos de poblaciones. El centro era la Ciudad Prohibida, a la que no tenía acceso la mayor parte de la gente. Era la base del palacio y de la corte imperiales, rodeada por fosos y un muro rojo de diez metros de altura con cuatro puertas: una de ellas de uso exclusivo del emperador, y cada una de las otras tres reservada para categorías específicas. Fuera estaba la Ciudad Imperial, habitada por la aristocracia manchú y por los funcionarios, rodeada también por muros y guardada por cuatro puertas, y aquí también había una de uso exclusivo del emperador. En el tercer círculo estaba la Ciudad Interior, destinada a la guardia militar de la dinastía manchú, la guardia de las Ocho Banderas, con sus muros grises y sus nueve puertas. Por último estaba la Ciudad Exterior, cuyos muros carecían de color y donde vivían los chinos de la etnia han.

La república derribó las divisiones que separaban la ciudad, transformó la Ciudad Prohibida en un museo público e hizo de Pekín una única ciudad para todos sus ciudadanos, con una administración municipal unificada. Un gran número de barreras, rejas y puertas de la Ciudad Imperial se derribaron y se abrió la avenida Chang'an. De todas formas, debido a la fragilidad del nuevo Estado nación, Pekín no pudo desarrollarse como capital nacional. En 1928, el gobierno central se trasladó a Nankín, la base más al sur del poder del partido Kuomintang. En 1935, la China del Norte, incluyendo Pekín —o Beijing, Paz del Norte, como en realidad se la llamaba en lugar de Capital del Norte— fue cedida al control japonés y poco después totalmente ocupada.[59]

En febrero de 1949, el general al mando del Kuomintang rindió Beijing al Ejército Popular de Liberación, y el 1 de octubre, Mao proclamó la República Popular China desde la plaza de Tiananmén, desde donde se notificaban los edictos imperiales y los resultados de los exámenes trienales[60] al público. La nueva plaza fue ampliada para la proclamación de la República Popular China el 1 de octubre, pero dicha ampliación no les parecía suficiente a los nuevos políticos de un país inmenso. Durante la década de 1950 la plaza cuadriplicó su tamaño, pasando de 11 a 44 hectáreas, más de cinco veces el tamaño de la plaza Roja.

---

[59] Véase Madeleine Yue Dong, *Republican Beijing*, Berkeley (CA), University of California Press, 2003.

[60] En 1862, tras la destrucción de la capital, las Guerras del Opio y la firma de China de tratados en condiciones desiguales, los funcionarios más sagaces del gobierno imperial y los gobernadores de varias provincias decidieron recuperar las fuerzas y el vigor del imperio por medio de la restauración de las tradiciones antiguas. Se inició así el periodo conocido en la historia china como la Restauración T'ung-Chih, que duró hasta 1874. Durante ese último intento, el gobierno chino buscó un regreso a la ética confuciana: la reconstitución de una jerarquía ordenada de funcionarios bien adoctrinados y seleccionados a través del sistema de los exámenes de ingreso al servicio civil. *Cf.* Omar Martínez Legorreta «El servicio civil en la China imperial» en *Economía, Sociedad y Territorio,* vol. V , núm. 18, 2005, pp. 411-453. [N. de la T.]

En 1949, se invitó a expertos soviéticos para que aconsejasen acerca de la planificación de la ciudad. Había tres puntos prioritarios en la agenda. El más importante era ¿dónde debía estar el centro político de Pekín en su papel como nueva capital? El arquitecto chino más importante de la época, Liang Sicheng, así como otros colegas suyos, argumentaron que debía construirse un nuevo centro al oeste del centro histórico, preservando la parte antigua de Pekín como ciudad museo. Con el apoyo soviético, Mao decidió permanecer en el centro histórico, en el área del parque Zhongnanhai que pertenecía a la antigua Ciudad Imperial, y que también había albergado provisionalmente la residencia del presidente de la república. Segundo, los soviéticos presionaban para que Pekín se convirtiese en una ciudad industrial de clase obrera. Mao estuvo de acuerdo al principio y empezaron a surgir suburbios industriales, pero el gobierno central chino se abstuvo de promocionar los objetivos industriales de la municipalidad.[61] Tercero, estaba el problema de controlar el crecimiento de la ciudad y limitar la población, algo sobre lo que también insistieron los soviéticos. Fue aceptado, pero desde entonces fue sometido a continua revisión, y en la década de 1950, Pekín tuvo de facto el típico crecimiento posguerra de un país del Tercer Mundo.[62] El crecimiento del control urbano fue institucionalizado mediante un sistema de registro, llamado huoku, en el que se separaba a la población en dos bloques principales rural versus urbano y que dividía al pueblo de la República Popular China en dos grupos con derechos y oportunidades sociales y educativas muy diferentes.

Respecto de la construcción monumental, los dos temas prioritarios fueron la plaza de Tiananmén y la avenida Chang'an. Tiananmén, la Puerta de la Paz Celestial, era una de las puertas sur de la vieja Ciudad Imperial. Frente a ella había una zona con forma de «T» con una vía para los desfiles en el medio, utilizada solo por el emperador, y a cuyos lados, tras distintos tipos de barreras y vallas, había diversas oficinas imperiales. La república nacional comenzó a abrir el área como plaza pública y esta se convirtió en el espacio donde se desarrollaban las marchas de los nacionalistas y las manifestaciones antijaponesas, incluyendo la del 4 de mayo de 1919 contra las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles, en la que se traspasaba a Japón la antigua concesión de Tsingtao, que anteriormente tenía Alemania. La puerta se convirtió en una tribuna nacional, de donde colgaban retratos de Sun Yat-sen (el padre de la república) y posteriormente de su sucesor, Chiang Kai-shek. Después de 1949, Liang Sicheng persuadió a Mao de convertir la plaza de Tiananmén en el centro del nuevo emblema nacional: el retrato de Mao substituyó al de Chiang Kai-shek. La cultura de portar retratos de los políticos debió exportarse de

---

[61] Victor F. S. Sit, *Beijing: The Nature and Planning of a Chinese Capital City*, Londres, Belhaven, 1995, p. 95.
[62] Ibídem, p. 181.

la Unión Soviética; la república y el partido Kuomintang mantuvieron una importante relación con la URSS a principios de la década de 1920.

Durante los tiempos imperiales, la avenida Chang'an no era más que las dos cortas alas de la «T» frente a la puerta: la occidental asociada con el otoño, la muerte, el castigo y el Ejército y la oriental con la primavera, el crecimiento, los negocios y las celebraciones. La república hizo de ella una avenida y la República Popular China la convirtió en la gran avenida de Pekín, para lo que derribó las puertas este y oeste de Chang'an y gradualmente la rellenó con edificios monumentales. Hasta cierto punto esto mantenía el antiguo sistema de construcción simbólica, así en Chang'an este se construyó el Club Internacional, apartamentos para diplomáticos, el Centro de Comercio Internacional y el centro comercial de la plaza Oriental. Hacia el oeste estaba el cuartel general de la Comisión Militar pero también el banco nacional. La calle fue ensanchada y pasó de los 15 metros de 1949 a medir entre 32 y 50 metros.[63]

Chang'an significa «paz eterna» pero también era el nombre de la capital imperial de las dinastías Han (202 a. C. a 22 a. C.) y Tang (618 a 907 d. C.). La dinastía Ming puso el nombre de Pekín en el mapa. La (re)nomenclatura moderna de las calles comenzó durante la república como parte de la unificación de la ciudad, desplazando las designaciones meramente locales y a menudo «vulgares».[64] La nueva toponimia política era algo relativamente marginal para los comunistas chinos, aunque durante un tiempo la principal calle comercial, Wangfujing, se convirtió en la calle del Pueblo.[65]

Las estatuas imperiales tampoco eran un elemento presente en la tradición china y, en términos generales, tampoco este elemento fue importado mientras gobernó Mao. La única estatua situada al aire libre de ese periodo, por lo que recuerdo, conmemora una insurrección campesina. De todas maneras, tenía que haber un monumento a los Héroes del Pueblo en la plaza de Tiananmén, que fue concebido en 1949. Este monumento es imperial en la forma y nacional en el contenido. La forma es la de una estela o pilar tradicional con inscripciones caligráficas: la parte frontal muestra un grabado con la escritura de Mao y en la parte trasera con la de Zhou En-lai. En el zócalo de la estela hay ocho inscripciones en relieve que recogen los principales eventos de la revolución, según la interpretación del partido tras un exhaustivo proceso de selección, y cuya decisión final adoptó el Comité Central.

---

[63] ShuishanYu, *Chang'an Avenue and the Modernization of Chinese Architecture*, Seattle, University of Washington Press, 2012, pp. 17 y ss.
[64] Madeleine Yue Dong, *Republican Beijing*, op. cit., pp. 72 y ss.
[65] Xuefei Ren, *Building Globalization: Transnatioanl Architecture Production in Urban China*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2011, p. 66.

El contraste con la «propaganda monumental» de Lenin en el Moscú de la guerra civil no podía ser más pronunciado. La primera era internacional, ecuménica e individual, de Espartaco a Darwin y Kropotkin. El monumento chino es exclusivamente nacional, centrado en los movimientos populares colectivos. En gran medida muestra también un carácter antimperialista y carece de cualquier referencia a las luchas de la clase obrera durante el siglo XX. El relieve delantero muestra el incidente del Yangtsé, en referencia al principio de la victoria final de los comunistas en 1949. La retrospectiva histórica comienza con la Primera Guerra del Opio (1840), seguida por el estallido de la Rebelión Taiping en 1851; el Levantamiento Wuchang en 1911, que dio paso a la república; el movimiento de protesta 4 de mayo de 1919 que luchaba contra la concesión del territorio chino a Japón en Versalles; el nacimiento del radicalismo moderno estudiantil e intelectual en China; la marcha anticolonial del 30 de mayo de 1925; la Revuelta de Nanchang en 1927; el nacimiento del Ejército Popular de Liberación; y por último, la guerra de guerrillas contra Japón. Cuatro de los ocho eventos son antimperialistas: uno contra la importación de opio impuesta por Gran Bretaña desde la India, dos contra Japón y otro contra los dos, japoneses y británicos.[66] El que las manifestaciones del Primero de Mayo desaparecieran del calendario alrededor de 1970 debe entenderse en el contexto de esta concepción de la historia desde el punto de vista de una revolución comunista.

En términos de arquitectura, la contribución del comunismo chino se concentra en los «Diez Grandes Edificios» construidos para el décimo aniversario de la revolución, en 1959. Dos de ellos flanqueaban la plaza de Tiananmén: el Gran Salón del Pueblo, para grandes encuentros y para el cuerpo legislativo estatal, y el Museo Nacional de China, dividido en dos secciones por las guerra del opio. La mayor parte de los diez edificios fueron construidos siguiendo alguno de los modelos del clasicismo europeo soviético, sin el pastiche art déco de los rascacielos de las Siete Hermanas moscovitas y con cubiertas chinas, además de decorarse con otros motivos nacionales. Cinco de los edificios eran museos: tres casas de huéspedes para líderes extranjeros, chinos de ultramar y minorías étnicas de China; uno era una estación de tren; y luego estaba el Gran Salón del Pueblo.[67]

---

[66] Wu Hung, *Remaking Beijing*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2005, cap. 1. Es cierto que el movimiento del 30 de mayo de 1925 comenzó de hecho como una huelga de la clase obrera en Shanghai. Pero fue una huelga bastante especial, ya que los huelguistas recibían una paga por parte de la Cámara China de Comercio. La huelga comenzó en una fábrica textil japonesa y posteriormente llevó a los enfrentamientos en los que fue asesinado un trabajador. El 30 de mayo, durante una gran manifestación de protesta de trabajadores y estudiantes, la policía británica disparó asesinando a otras diez personas. Como consecuencia se produjo una huelga de más de dos meses, durante la cual los empresarios chinos apoyaron a los huelguistas. Véase, Elizabeth J. Perry, *Shanghai on Strike: The Politics of Chinese Labour*, Standford (CA), Stanford Univesity Press, 1993.

[67] Wu Hung, *Remaking Beijing*, op. cit., pp. 108 y ss.

No se construyó ningún edificio espectacular para el Partido Comunista, cuyo Comité Central y Politburó trabajaban desde dentro del amurallado complejo de Zhongnanhai, en la zona oeste de la antigua Ciudad Imperial. Mao y los principales líderes chinos habían sido educados por los cuadros del Comintern y eran aconsejados por los planificadores urbanos soviéticos, pero también conocían en profundidad las grandiosas tradiciones del Imperio chino y cada vez se mostraban más impresionados por ellas. En dicha tradición hay un dicho del siglo III a. C. que dice: «El curso de acción reposa en lo que no puede ser visto, su función en lo que no puede conocerse».[68]

El ciclo constructor maoísta acabó con la construcción del mausoleo del presidente Mao en la plaza de Tiananmén, con los dos grandes edificios a ambos lados de la plaza. El mausoleo está flanqueado por dos columnas esculpidas con imágenes de luchadores revolucionarios. Dentro, el presidente hace dos apariciones: una como Lincoln, sentado en un sillón, la otro como Lenin, embalsamado en *lit de parade*.[69] Fue inaugurado en 1977. En 1983 fue transformado en un panteón en el que se abrieron nuevas cámaras mortuorias para otros líderes difuntos, incluyendo Liu Shaoqi y más tarde Deng Xiaoping. Por lo que he podido ver, muy a menudo cierra sin dar explicación alguna.[70]

Vietnam fue una colonia francesa, y Hanói era la capital de toda la Indochina francesa. La ciudad china de Cholon era la ciudad más grande del Vietnam colonial, en comparación con su ciudad gemela, más pequeña y de población vietnamita, Saigón. Al ser un centro colonial, Hanói fue provisto de la adecuada grandeza de Beaux-Arts y, más tarde, con un toque del vanguardista urbanismo de la Tercera República dirigido por una de sus últimas grandes figuras, Ernest Hébrand. Cerca de un milenio antes, Hanói había sido una capital imperial vietnamita; la ciudad colonial se había desarrollado en el área de la ciudadela, el corazón de la antigua Ciudad Imperial, claramente separada de la ciudad comercial autóctona de las «treintas y seis calles y corporaciones».[71] Durante la Segunda Guerra Mundial el país y la ciudad permanecieron bajo la ocupación japonesa.

La construcción del Estado nación vietnamita comenzó en agosto de 1945, en el marco de un vacío de poder. Japón se había rendido, aunque sus tropas aún no habían abandonado el lugar y todavía no habían regresado

---

[68] Han Feizi, citado en ibídem, p. 58 [La traducción del proverbio al castellano está extraída de Burton Watson, «Han Fei Tzu Escritos sobre el despotismo», *Revista Derecho del Estado,* núm. 12, junio de 2002, Colombia].

[69] Embalsamado y expuesto en un féretro abierto como si fuese un velatorio. [N. de la T.]

[70] Wu Hung, *Remaking Beijing*, op. cit., pp. 126 y ss.; Gwendolyn Leick, *Tombs of the Great Leaders*, Reaktion Books, Londres, 2013, pp. 61 y ss.

[71] Pierre Clément y Nathalie Lancret, *Hanoï, Le cycle de métamorphoses*, París, Editions Recherches, 2001; William Logan, *Hanoi: Biography of a City*, Seattle (WA), University of Washington Press, 2000, cap. 3.

las tropas francesas. Los colaboradores de los japoneses intentaron hacerse con el poder para gobernar por sí mismos haciendo bandera del anticomunismo, pero carecían de apoyo popular que los respaldase. Los comunistas congregaron a la población de la ciudad, ocuparon edificios estratégicos y declararon la tarea de constituir un gobierno revolucionario. No se disparó ni un solo tiro.[72] El emperador títere y colaboracionista con los colonizadores, Bao Dai, abdicó y el 2 de septiembre Ho Chi Minh leía la declaración de independencia nacional vietnamita desde una pequeña tribuna en una plaza del centro de la ciudad colonial.

Sin embargo, los políticos franceses y la élite militar francesa no habían aprendido de la ocupación nazi que la independencia nacional se había convertido de hecho en un valor universal. En otoño de 1946 regresaron con su ejército colonial y la armada, lanzando aquel diciembre la Primera Guerra de Indochina, rápidamente recuperaron Hanói, hasta que fueron finalmente derrotados en 1954. Vietnam quedó dividido, no obstante, en dos, norte y sur. Los estadounidenses pronto sucedieron a los franceses en el papel de potencia «protectora», vetando las elecciones de carácter nacional estipuladas por el tratado de paz. Se desató una nueva guerra de guerrillas y en 1965 los Estados Unidos lanzaron una guerra sin cuartel contra Vietnam del Norte. Tras diez años de guerra, también ellos fueron derrotados y tuvieron que abandonar Vietnam, dejando tras de sí una hecatombe de bajas y una terrible devastación, aunque Hanói se mantuvo relativamente a salvo gracias a la diplomacia de la Guerra Fría y a las reglas tácitas de la guerra.

Por razones obvias, no pudieron desarrollarse grandes planes en Hanói antes de 1975. Se construyeron unos cuantos apartamentos de poca altura, muchos de ellos similares a las kommunalka soviéticas, apartamentos para dos familias o multifamiliares. El único cambio fue en la toponimia. Los japoneses habían comenzado dicho proceso modificando los nombres coloniales franceses de las calles y plazas, y permitiendo que tuvieran nombres vietnamitas. Ahora, los comunistas se embarcaron en un cambio político de los nombres a gran escala. El más significativo fue la plaza Ba Dinh, en el centro excolonial, desde donde se declaró la independencia en 1945. Los franceses le habían puesto el nombre de un obispo misionero, Puginier; los vietnamitas lo renombraron en memoria de una revuelta contra los franceses en 1880,[73] la plaza Ba Dinh se convirtió en la plaza Roja de Hanói y el distrito de Ba Dinh en el distrito gubernamental.

---

[72] David Marr; *Vietnam 1945: The Quest for Power*, Berkeley (CA), University of California Press, 1995.

[73] Ba Dinnh era una Dien-bien-phu vietnamita, una fortaleza asediada, cuya heroica caída supuso el final de la insurrección. El 1954, el asalto por parte de los vietnamitas de Dien-bien-phu provocó la derrota final de los franceses.

Como muchas capitales excoloniales, después de 1954 el palacio del gobernador general colonial se convirtió en el palacio presidencial, pero con una diferencia. El presidente Ho Chi Minh se negó a vivir en él, en vez de ello, vivía en las dependencias de los sirvientes. Más tarde, el gobierno le construyó una réplica de las casas sobre pilotes de su pueblo natal en el jardín del palacio.

Alrededor de la plaza se encuentra el mausoleo de Ho Chi Minh, un frío edificio al estilo de los templos europeos levantado en un convencional mármol gris y elevado sobre una base de cemento —construido obviando su explícita disposición testamentaria—, además del edificio del Comité Central y el de la Asamblea Nacional.[74] Dejando a un lado el mausoleo, estos edificios pueden estar relacionados tal vez con el lema arquitectónico del Partido Comunista de Vietnam: «moderno, culto, solemne y sencillo».[75]

El Hanói comunista, hasta su giro al capitalismo en la década de 1990, se inspiraba claramente más en la Unión Soviética que en Pekín. Hanoi estaba moldeado por su historia colonial, tanto por el rechazo anticolonial, como por la supervivencia de su arquitectura. En el lugar donde los franceses habían erigido una estatua a los caídos por Francia, se colocó una estatua de Lenin. Pese a que la mayor parte del tiempo la plaza de Ba Dinh es un lugar bastante desolado, Hanói retiene un encanto íntimo difícil de encontrar en Pekín o en Pionyang. A tiempo para el milenio de la ciudad en 2010, se erigió una estatua del emperador Lý Thái Tổ, quien hizo de Hanói su capital. Bajo el nuevo decreto capitalista, Hanói corre el riesgo de verse ensombrecida por Saigón (cuyo nombre oficial en la actualidad es Ciudad Ho Chi Minh), que al llegar el año 2000 le había sobrepasado en tamaño y además era visiblemente más próspera económicamente. No obstante, el gobierno está concentrando todos sus esfuerzos, con resultados visibles, en que también Hanói se desarrolle como un centro económico.[76]

Puede afirmarse que Pionyang es la más moderna de las ciudades del Tercer Mundo: limpia, bien organizada (al menos externamente), llena de rascacielos de viviendas bien conservados que recuerdan a Singapur (y, por supuesto, a su rival Seúl) y unos cuantos edificios de una modernidad creativa dedicados al deporte y a la cultura. Puede que también acabe albergando uno de los hoteles más espectaculares del mundo, el Hotel Ryugyong, una pirámide de 105 pisos recubierta por cristal tintado azul. La construcción comenzó en 1989 y fue suspendida en 1992; hacia 2013 seguía siendo solo un cascarón. Se suponía que la construcción había vuelto a comenzar (a manos de la empresa egipcia Orascom), pero en 2016 seguía

---

[74] Gwendolyn Leick, *Tombs of the Great Leaders*, *op. cit.*, p. 54.
[75] William Logan, *Hanoi…*, *op. cit.,* p. 200.
[76] Ibídem, pp. 91 y ss.

vacío. Seguramente hay partes oscuras y agujeros negros que no vi, pero la pobreza en Corea del Norte es en su mayor parte rural y se encuentra en las provincias. Pionyang tiene el carácter de una ciudad de clase media, una clase media de funcionarios y empleados públicos.

El segundo rasgo más importante de la ciudad es menos inesperado, dado el retrato presentado por los medios de masas extranjeros: el culto casi religioso a la dinastía gobernante, expresado en sus innumerables estatuas, cuyo tamaño suele ser sobrehumano, sus murales y la nomenclatura topográfica. Su omnipresencia y su monumentalidad no tiene equivalente en el culto a Stalin ni siquiera en su época de mayor esplendor. Las ambiciones y la sucesión dinásticas han sido siempre rasgos ajenos a las concepciones comunistas del liderazgo, no solo en Lenin sino también en Stalin, Mao y todos sus sucesores. A este respecto, Pionyang es más parecido al monárquico y budista Bangkok que a Pekín, Hanói o Moscú.

La República Popular Democrática de Corea (RPDC) y su capital son, de hecho, extraños retoños del comunismo. Kim Il-sing era un comandante de la guerrilla antijaponesa que fue escogido como líder por los soviéticos tras la partición soviético-estadounidense de Corea en agosto de 1945. Pese a que existía un entorno comunista clandestino en la colonia japonesa de Corea, no fue nunca muy significativo, y menos aún por encima del paralelo treinta y ocho. Kim no formaba parte de dicho entorno; había luchado primero con los chinos y luego con los rusos. El Partido de los Trabajadores de Corea no se formó hasta 1945. Su principal impulso ideológico era el nacionalismo militar, mucho más que el marxismo-leninismo, que incluso llegó a desaparecer oficialmente en la década de 1990. Este fue reemplazado por la ideología Juche: identidad propia y autarquía. Sin embargo, la (re)construcción de Pionyang se debe en una gran parte a la identificación de los gobernantes con el comunismo. En 1995 se erigió un gran monumento para conmemorar el cincuenta aniversario de la fundación del partido, representando tres inmensos símbolos de su alianza de clase: el martillo de la clase obrera, la hoz campesina y la pluma de los intelectuales.

Las dobles señales de la arquitectura norcoreana aparecen en las directrices de Kim Jong-il en *Sobre la arquitectura*: «La arquitectura de nuestros moldeadores es una arquitectura centrada en las masas del pueblo» que «debe estar impregnada de la visión revolucionaria del líder».[77]

Durante la colonización japonesa Pionyang, en comparación con la capital Seúl, sufrió un relativo descuido, por lo que la primera tarea en 1945 fue construir una capital. Había cinco prioridades: un edificio para

---

[77] Citado aquí a partir de la obra de Philipp Meuser, *Architekturführer Pjöngyang,* Berlín, DOM, 2011, vol. 2, pp. 191 y 193. La traducción debe leerse como algo aproximado, primero del coreano al alemán, después del alemán al inglés (por mi) [y después del inglés al castellano por la traductora].

el gobierno, un edificio para el periódico del partido, una universidad, un hospital y vivienda social.[78] Durante la guerra de Corea (1950-1953), Pionyang como Seúl, cambió varias veces de manos, y la mayor parte de la ciudad cayó en el olvido. La guerra de Corea es el telón de fondo de la modernidad de Pionyang, que carecía de tradiciones reales más recientes como era el caso de Seúl.[79]

La plaza central de Pionyang es la plaza de Kim Il-sung, dominada por el Gran Palacio de Estudios del Pueblo (biblioteca y centro cultural), construido en el moderno estilo monumentalista coreano. Está flanqueado por la sede del Comité Central del partido y por el edificio del Ministerio de Relaciones Comerciales Exteriores, ambos en un estilo más neoclásico europeo. La plaza se abre al río Taedong, enfrente suyo, en la otra orilla del río, se levanta la torre Juche. Desde la plaza, paralela al río, se despliega la principal calle para los desfiles, Sungri (Victoria). Bajo ella se desplaza (desde 1973) un metro, cuyas estaciones públicas rivalizan en costes decorativos con las de Moscú (parte del subterráneo está construido como refugio antiaéreo y no está abierto al público).

Los años de la década de 1980 fueron un periodo de apertura internacional y de importación a gran escala de modernidad internacional, con la vista puesta en el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes de 1989, un año después de las olimpiadas que tuvieron lugar en el lado sur de la frontera, y que conllevó similares esfuerzos modernizadores en Seúl. Desde entonces el horizonte de Pionyang ha estado dominado por unos pocos hoteles, la mayor parte de ellos en funcionamiento. De todas maneras el elemento emblemático es la enorme estatua de Kim Il-sung en la colina de Mansu, con un suntuoso mural de la montaña sagrada coreana, Paktu, tras él y una plaza flanqueada por dos columnas esculturales de combatientes en marcha bajo banderas rojas. El mausoleo de Kim I, y después de 2012 también de Kim II, es otro referente político emblemático fuera del centro de la ciudad. De hecho es un palacio al completo: primero fue sede del partido y después fue la oficina de Kim I.[80] El tamaño es un rasgo muy apreciado en la construcción norcoreana.

---

[78] Ahn Chang-mo, «Koreanische Baukultur. Stadt-und Architekturgeschichte in Pjöngjang» en Philipp Meuser (ed.), *Architekturführer Pjöngyang, op. cit.*, p. 115.

[79] Pionyang había sido durante siglos la capital de la dinastía previa a la era cristiana, y también lo fue durante el siglo V [de nuestra era]. En la segunda mitad del siglo XIX se convirtió en el centro coreano de las misiones cristianas.

[80] Gwendolyn Leick, *Tombs of the Great Leaders*, *op. cit.*, pp. 76 y ss. Estoy totalmente en deuda con los dos volúmenes de *Architekturführer Pjöngyang,* y no solo por lo completo de sus textos y sus hermosas fotos, sino también porque tras encontrarlo en la gran librería de arte de Savigny-Platz en Berlín me convenció de que Pionyang era una ciudad que tenía que visitar.

Cuba

La Habana era el puerto principal del imperio americano de los españoles, y a mediados del siglo XVIII era la tercera ciudad más grande de las Américas, tras las capitales de los virreinatos, Ciudad de México y Lima.[81] En la época de la revolución, en 1959, tenía cerca de 1,3 millones de habitantes. Su centro colonial, en torno a la plaza de Armas, se mantenía casi totalmente intacto y su centro moderno (El Prado) poseía un marcado carácter español, aunque con influjos distintivos de los inmigrantes regionales (catalanes, gallegos, etc.), incluyendo la Casa de los Árabes.

Más al oeste, la influencia estadounidense se sentía en barrios llamados Country Club, Biltmore y nombres similares, y en hoteles de mafiosos estadounidenses como el Riviera de Meyer Lansky. En 1899, los Estados Unidos acabaron con la independencia de Cuba y ocuparon la isla. Tras un breve interludio a finales de la Guerra hispano-estadounidense, le siguió una segunda ocupación militar estadounidense que duró de 1906 a 1909, y hasta 1934 Cuba estuvo sometida a la conocida como Enmienda Platt, en la que se recogían una serie de obligaciones que condicionaban la recuperación de la soberanía. Tras la Segunda Guerra Mundial, se diseñaron ambiciosos planes para La Habana, liderados por Josep Lluís Sert, que era presidente del CIAM. Incluían construir una isla artificial justo a las afueras del Malecón, el principal eje costero y paseo de La Habana, para casinos y hoteles de lujo.[82] Este diseño moderno de la línea de bajamar no llegó a realizarse.[83]

Los guerrilleros revolucionarios que, sin encontrar resistencia, entraron en La Habana en enero de 1959 no habían articulado ninguna visión urbanística, pero sucedió que se encontraron con una ciudad que les esperaba bajo la forma de una gran y nueva plaza Cívica, rodeada de edificios gubernamentales nuevos —algunos acabados y otros casi—, e incluso un monumento recién hecho al héroe nacional, José Martí. El edificio más grande de todos, diseñado en un imponente estilo clásico, para ser palacio de Justicia se convirtió en la sede del nuevo gobierno como palacio de la Revolución. El más alto debía ser el Ayuntamiento, pero se convirtió en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El favorito de los arquitectos era la oficina de gobernación, un rectángulo de oficinas elegante y ligero con filas de brises-soleil (parasoles) y un ascensor en un

[81] John H. Elliot, *Empires of the Atlantic World*, New Haven (CT), Yale University Press, 2006, p. 262.
[82] Joseph Scarpaci, Roberto Segre y Mario Coyula, *Havana: Two faces of the Antillean Metropolis*, Chapel Hill (NC), Univesity of North Carolina Press, 2002, pp. 83 y ss.
[83] Sert acabó poniéndose del lado de los revolucionarios y simpatizando con ellos frente «a los abusos de la avaricia, especulación y explotación de los recursos por parte de unos pocos», como se recoge en su prefacio a Le Corbusier, *The Athens Charter,* Nueva York, Grossman, 1973, p. x [ed. cast.: *Principios de urbanismo. La carta de Atenas,* Barcelona-Caracas-México, Ariel, 1981; si bien esta edición está descatalogada y además no contiene el texto completo de Le Corbusier].

bloque de cemento ligeramente cóncavo que interrumpe la fachada. Se transformó en el Ministerio de Interior, y el muro ascensor sin ventanas se convirtió desde 1967 en un lienzo para los retratos del icono de la revolución, Che Guevara, que primero fue representado con un inmenso retrato fotográfico para la vigilia nocturna, tras su muerte en 1967, y después, a partir de 1996, con un marco de acero con la forma del contorno de su cara de esa misma foto.

En contraste con el resto de gobernantes comunistas, Fidel Castro, por lo que yo sé, no ha sido nunca iconizado o representado de manera monumental. Al lado del Che Guevara, en la plaza de la Revolución, está otro revolucionario cubano, Camilo Cienfuegos, con sus contornos esculpidos en líneas de acero; Cienfuegos murió en un accidente aéreo en octubre de 1959.

En abril de 1961, con ocasión de la fracasada invasión estadounidense y la proclamación de la revolución socialista, se renombró esta plaza que empezó a ser conocida como plaza de la Revolución. Ningún otro régimen ni líder político ha hecho un uso tan intensivo del centro de manifestaciones políticas como Fidel Castro. El anterior palacio presidencial fue convertido en el Museo de la Revolución y el capitolio del Congreso pasó a ser un centro para eventos culturales, así como la sede del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Cuando se restableció el poder legislativo, comenzó sosteniendo sus breves sesiones en un nuevo centro de convenciones en la zona oeste de La Habana.

La revolución no le debió nada a la Unión Soviética, pero bajo la creciente presión de los Estados Unidos, el régimen de Castro se dirigió a la URSS para recibir apoyo económico y posible protección militar. Esto significó una creciente autosovietización de la ideología y la política, que fue más reseñable en 1975, cuando el Partido Comunista mantuvo allí su primer congreso. En el casco antiguo de la ciudad de La Habana es virtualmente imposible encontrar rastro alguno de esto, pero a las afueras, al sur se construyó el enorme parque Lenin. La mayor parte del espacio es para ocio infantil y popular, pero contiene también un monumento a Lenin, esculpido por el difunto y conocido escultor soviético Lev Kérbel; y también el palacio de los Pioneros llamado así por el Che Guevara y que es una muestra del compromiso ideológico. Durante la década de 1980, el influjo soviético empezó a desvanecerse: tras el colapso soviético, la Rusia capitalista abandonó a Cuba.

Contra todo pronóstico, la revolución cubana sobrevivió sin amigos a su «periodo especial» de la década de 1990, para recuperarse al menos parcialmente con el nuevo milenio. El turismo extranjero supuso una línea de vida para el socialismo cubano en sus momentos más espantosos, un sector que era desconocido en la economía socialista, pero que ya era importante en la Cuba prerrevolucionaria. La Habana se volcó en esta oportunidad con una creatividad extraordinaria. En 1993, el gobierno encargó al historiador

oficial de la ciudad, Eusebio Leal, la responsabilidad de crear una empresa urbana con la que hacer tratos comerciales con inversores privados y con quien estuviese dispuesto a cooperar, con la idea de mejorar y reparar el ruinoso centro de la ciudad —que poseía la categoría de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO—, primando la renovación de edificios para convertirlos en hoteles y pensiones, pero también la mejora de edificios de viviendas, utilizando, por ejemplo, partes de los edificios restaurados para uso comercial. El nuevo programa de la ciudad también ha supuesto algunas iniciativas monumentales que hubiesen sido originales en casi cualquier ciudad del mundo, pero especialmente en el caso de una ciudad gobernada por comunistas. La Habana comunista homenajea a la Madre Teresa, a «Diana de Gales (princesa de Gales)» (en un pequeño jardín con una estructura abstracta de flores financiada probablemente, a petición, de la embajada británica) y, desde 2002, a John Lennon, que descansa sentado, en bronce, en un banco de un parque en posición pensativa.[84]

Las políticas de vivienda, infraestructura urbana y gestión de servicios de La Habana no han ido en absoluto a la par con los impresionantes logros del régimen en materia de educación, salud y cultura. Uno de los primeros actos de la revolución fue reducir a la mitad las rentas urbanas; desde entonces se han mantenido extremadamente bajas, dejando pocos o ningún recurso para el mantenimiento; tampoco se priorizaron los servicios urbanos. En la década de 1960, la capital cayó en el abandono al volcarse el apoyo a las zonas rurales y las ciudades de provincias. Cuando la burguesía huyó a Miami después de la revolución, muchas de las mansiones de La Habana occidental fueron convertidas en escuelas y guarderías. En otras permanecieron los antiguos criados que invitaron a vivir con ellos a amigos y familiares. Otras se las quedaron funcionarios del nuevo gobierno. Se han ido realizando esfuerzos discontinuos pero sustanciales en la construcción de vivienda social, incluyendo nuevas urbanizaciones en la parte sur de la ciudad y a menudo la promoción de la autoconstrucción cooperativa. Las zonas chabolistas en peores condiciones fueron demolidas tras la revolución y sus residentes realojados en viviendas nuevas. Pero la calidad de las viviendas fue siempre, en el mejor de los casos, muy desigual y las instituciones de los servicios públicos en las nuevas zonas urbanizadas a menudo se retrasaron y/o eran deficientes. Posteriormente, las zonas chabolistas fueron mejoradas con agua, electricidad, escuelas y otros servicios.

Durante el «periodo especial», la huida de las zonas rurales pobres expandió de nuevo las zonas chabolistas (pese a seguir siendo pequeñas en relación con los estándares latinoamericanos) y el transporte público se derrumbó debido a la falta de vehículos operativos y de combustible. A

[84] Tiene inscrita, en castellano, un verso de una de sus canciones que, sin duda, está pensada como mensaje político: «Puedes decir que soy un soñador, pero no soy el único».

partir de ahí, la situación ha mejorado gracias a los autobuses chinos y al petróleo venezolano. Bajo la fuerte presión de la década de 1990, se alentó la creación de talleres para la transformación vecinal, que mediante proyectos de turismo local y cooperación con ONG extranjeras lograron obtener algunos recursos para el desarrollo comunitario. A pesar de su limitada escala, aparentemente tuvieron bastante éxito, y fueron seleccionados como una de las «mejores prácticas» durante la Segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos de 1998 en Estambul.[85]

Cuba es rica en cultura y formación médica pero sigue siendo pobre en términos económicos; pese a todo, La Habana sigue siendo una ciudad nacionalmente privilegiada si se la compara con, por ejemplo, Santiago de Cuba.

El espejo social y la topografía de poder de las capitales comunistas

Se ha dicho que «la vivienda es el espejo social de una ciudad».[86] El comunismo tenía un objetivo claro a este respecto: proporcionar vivienda barata. Alrededor del año 2000, los hogares de los ricos distritos capitalistas de la OCDE pagaban una media de entre una cuarta parte y un tercio de sus ingresos en vivienda y servicios de agua, electricidad, etc. En 1989 en la Europa comunista, los hogares pagaban un 6 % de sus ingresos en estas partidas.[87] Sin embargo, el espacio habitacional era mucho menor en el este que en el oeste de Europa, aunque resistía bastante bien la comparación incluso con los países del Asia desarrollada capitalista. Solo tras la muerte de Stalin se desarrolló la construcción de viviendas de forma masiva, hasta el punto de que la RDA se saturó con la construcción, siguiendo el eslogan de Honecker de «unidades de política social y económica». Las calidades resultantes fueron desiguales, como pasó también en los desarrollos paralelos de la Europa occidental; no obstante, algunas de las construcciones fueron de gran calidad como, por ejemplo, el caso de Marzahn en el Berlín Este.[88]

---

[85] Joseph Scarpaci, Roberto Segre y Mario Coyula, *Havana…*, *op. cit.*, p. 114; Jill Hamberg y Mario Coyula, «Havana City Report», manuscrito sin fecha, p. 15. Acerca de la planificación urbana y de vivienda, la mayor parte de mis conocimientos los he obtenido de Mario Coyula —Premio Nacional de Arquitectura 2001, Premio Nacional de Arquitectura Comunitaria en 2004—, el más brillante y el más destacado de los arquitectos cubanos contemporáneos. Coyula escribió los capítulos de planificación y vivienda social del trabajo colectivo, *Havana: Two Faces of the Antillean Metropolis*. Le conocí en algún momento del 2005, y me dio un manuscrito personal sin fechar, pero escrito en aquellos momentos, de creación reciente. También mantuvimos una conversación, breve, pero muy informativa.

[86] Joseph Scarpaci, Roberto Segre y Mario Coyula, *Havana…*, *op. cit.*, p. 196

[87] Robert Buckley y Sasha Tsenkova, «Urban Housing Markets in Transition: New Instruments to Assist the Poor», en Sasha Tsenkova y Zorica Nedovic-Budic (eds.), *The Urban Mosaic of Post-Socialist Europe*, Heildeberg y Nueva York, Physica, 2006, p. 180.

[88] Mi antiguo estudiante Martin Fuller está realizando un estudio etnográfico acerca de Marzahn y me ha ilustrado al respecto.

Tabla 2. Espacio por persona en los países comunistas y capitalistas, en metros cuadrados.[89]

	1924	1940	1950	1961	1985	1992	2000
Moscú	6	4		6	11		
Bucarest			6				17
Praga							18
Sofía							15
Europa Occidental							36
Pekín						9	
Daca						4	
Hong Kong						7	
Yakarta						10	
Nueva Delhi						9	
Seúl						13	
Tokio						16	

La segregación socioespacial es un importante espejo social, pero es muy difícil hacer una comparación entre ciudades para un periodo largo. Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones indican un descenso de la segregación en la Europa comunista.[90] La propiedad de las viviendas varía. Mientras que en Pekín y en Moscú, al igual que sin duda alguna en Pionyang, todas o casi todas las unidades habitacionales eran propiedad estatal, en Checoslovaquia y en Polonia solo lo eran el 60 % y en la RDA el 40 %. En Hungría, Bulgaria y Cuba entre el 70 y el 85 de todo el conjunto de viviendas eran de propiedad privada.[91]

La diversidad de ciudades y sus transformaciones a lo largo de los años hacen que el cliché del «totalitarismo», propio de la Guerra Fría, parezca totalmente pasado de moda. Pero ¿qué nos dicen estas capitales acerca del poder comunista? Antes de nada, subrayan la pertinaz importancia y

[89] Liviu Chelcea, «The "Housing Question" and the State-Socialist Answer: City, Class and State Remaking in 1950s Bucharest», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 36, núm. 2, 2012, p. 291. Kiril Stanilov, «Housing Trends in Central and Eastern Europe after the period of Transition» en Kiril Stanilov (ed.) , *The Post-Socialist city*, Fráncfort y Nueva York, Springer, 2007, p. 176; Yue-man Yeung (ed.), *Urban Development in Asia*, Hong Kong, Chinese University of Hong Kong, 1998, p. 148.
[90] Sofia Hirt, *Iron Curtains*, *op. cit.*, p. 87
[91] Yue-man Yeung, *Housing the Masses*, *op. cit.*, p. 148; Olga Medvedkov y Yuri Medvedkov, «Moscow in Transition» en Ian Hamilton et al (eds.), *Transformation of Cities in Central and Eastern Europe: Towards Globalization*, Tokio, United Nations University Press, 2005, p. 438; Hartmut Häussermann, «From the Socialist to the Capitalist City: Experiences from Germany» en Gregory Andruz, Michael Harloe e Ivan Szelenyi (eds.), *Cities after Socialism*, Oxford, Blackwell, 1996, p. 228; Kiril Stanilov, «Housing Trends...», *op. cit.,* p. 177.

resiliencia de las tradiciones urbanas nacionales, algo que el canon comunista siempre remarcó y defendió. Moscú sirvió como modelo, pero no se replicó como tal en lugar alguno, tampoco se intentó. Mientras que lo nacional era, por decirlo así, una diversidad común, el proyecto del socialismo obrero era una «característica común». Se expresó de diversas maneras aunque nunca llegó a corresponder realmente con los sueños de los socialistas. Mas sorprendentes y descaradas, tal vez, fueron las barreras y las diferencias surgidas entre la ciudad y el campo, institucionalizadas en el sistema hukou chino.

El rasgo común de las capitales comunistas que más destacaba era la ausencia de capitalismo: de distritos financieros, distritos bancarios, ostentosas sedes corporativas o torres corporativas de empresas inmobiliarias especuladoras, la ausencia de un ostentoso despliegue de riqueza privada en las calles y en los lugares públicos, así como de comercios al servicio de esta. Tampoco existían refinados barrios de mansiones aristocráticas y burguesas. Y si algunas de estas mansiones lograron permanecer, se encontraban en decadencia, debido a que sus antiguos propietarios se habían marchado. La abolición de las rentas del suelo hizo posible crear en las ciudades reconstruidas zonas amplias y despejadas en las áreas céntricas, como se ve en partes de Moscú, Pekín, Berlín, Hanói, Pionyang y Varsovia, pero esto no se visualizó tanto en ciudades históricas como Budapest, Praga y La Habana, que justo antes de la revolución habían logrado crear un nuevo y espacioso centro urbano que nunca fue terminado.

La modernidad arquitectónica de antes de la Segunda Guerra Mundial y su Carta de Atenas no prestó atención alguna a la identidad de la ciudad o a la función de identificación primordial de la urbe. Durante la guerra y justo después de ella, los líderes del CIAM, Giedion, Le Corbusier y Sert acabaron considerando esto como un error y una carencia, reclamando una «nueva monumentalidad» que se plasmaría posteriormente en el diseño de Le Corbusier para Chandigarh, India[92] (los comunistas de Europa oriental habían aprendido la importancia de tener un centro urbano a partir del programa preguerra de Moscú y se decidieron a llevarlo a cabo siguiendo una línea cívico-política más que desde una óptica empresarial).

Todas las capitales mostraban su preocupación por la necesidad de industrializar las ciudades y de construir una clase obrera industrial. Un segmento superior de dicha clase recibió acceso a vivienda recién construida. En todas partes se dio prioridad al desarrollo de la cultura, incluyendo el ocio para las clases populares, tanto en los centros obreros como en los palacios de cultura, desde el palacio de la República de Alemania del Este

[92] Eric Mumford, *The CIAM Discourse on Urbanism, 1928-1960*, Cambridge (MA), MIT Press, 2002, pp. 150 y ss.

al Gran Palacio de Estudios del Pueblo en Corea. Las ciudades comunistas se basaban en su función de centros laborales, más que de consumo y en la vida en la calle. A menudo podías conseguir una vivienda a través de tu centro de trabajo; acudías a los eventos culturales, de ocio y políticos con tus compañeros de trabajo y en ocasiones disfrutabas de tus vacaciones con ellos.

La concepción urbana de la clase obrera se confrontaba por su propia naturaleza con el estilo expansivo de suburbanización estadounidense hecha de viviendas unifamiliares. De todas maneras, la vida «urbana» en la ciudad compacta que los Principios de Planificación Urbana de la RDA defendían no es exclusiva de la clase obrera. Todo lo contrario, necesita también de la participación de otro poderoso componente, es lo que los marxistas llamarían «pequeña burguesía»: pequeños comercios, artesanos, cafés, bares, restaurantes. Con ciertas salvedades respecto a los dirigentes de las décadas de 1970 y 1980, los dirigentes comunistas fueron por lo general bastante sordos frente a este aspecto del urbanismo.

El subdesarrollo fue la maldición de los comunistas en su carrera contra las principales potencias del capitalismo. Aproximadamente hacia 1970, la Europa comunista se puso en gran medida a la altura de Occidente, tanto en términos económicos como de desarrollo humano, pero la escasez relativa fue un problema constante.[93] Hubo siempre una profunda tensión entre la recuperación de las inversiones y el consumo popular. La provisión de vivienda sufrió con ello. El subdesarrollo significaba también que muchos de los esfuerzos de vivienda colectiva dieron como resultado edificios de poca calidad, mientras que los de gran calidad, como los que se encuentran a lo largo de la Stalinallee o de la calle Gorki, estaban solo al alcance de una minoría. La excelente idea de la construcción de vivienda siguiendo el modelo del Mikrorayon y su planificación de servicios, desarrollada por primera vez por el estadounidense Clarence Perry en la década de 1920, y aplicada de manera extensiva en la planificación socialdemócrata posterior a la Segunda Guerra Mundial, también adoptada por el programa de Moscú, a menudo no llegó a implementarse en su totalidad, cayendo otras veces totalmente en el olvido.

El carácter represivo del comunismo autoritario es difícilmente discernible del paisaje urbano, tal y como muestra el cautivador collage realizado por Karl Schlögel sobre Moscú en el punto más alto del terror.[94] Tienes que mirar en los pisos vacíos y sellados de los desaparecidos o en los nombres eliminados de las guías telefónicas de la ciudad, así como en otros elementos de la memoria urbana. Pero se pueden encontrar evidencias del autoritarismo. El culto monumentalista al líder es un ejemplo de ello,

---

[93] Göran Therborn, *European Modernity and Beyond*, *op. cit.*, caps. 7 y 8.
[94] Karl Schlögel, *Terror und Traum…*, *op. cit.*

aunque debe enfocarse con cierta precaución, ya que la mayor parte de los Estados y comunidades son propensas a conmemorar a sus líderes y sus victorias. Las estatuas a Stalin en Berlín, Budapest y Praga, así como las de Kim Il-sung y las de Kim Jong-il en Pionyang, enviaban y envían señales de adulación. La destrucción por parte de Nicolae Ceausescu —personaje que había sido el favorito «no-muy-comunista» de las élites británicas— de la parte antigua de Bucarest para dejar sitio a la construcción de su grotesco palacio es, tal vez, la manifestación más clara de esto. Pero durante la era comunista, la planificación urbana, aunque siempre estuvo sujeta a debate interno y conflictos, y en ocasiones se presentó a la supervisión pública, como en el caso del plan de los años treinta de Moscú, no permitió ningún tipo de movimiento de contribuciones autónomas. Los talleres desarrollados a finales de la década de 1990 en La Habana fueron una novedad.

El carácter autoritario del urbanismo comunista puede captarse también si consideramos sus fracasos. El sistema se dirigía desde arriba de manera politico-ideológica —o como lo expresó el presidente Osvaldo Dorticós, mediante cargas de caballería— con poco tiempo para su preparación y mantenimiento. El constante subdesarrollo de los recursos y las vicisitudes del cambio político, sobre unas bases que estaban lejos de ser sólidas, hicieron que incluso los planes de máxima prioridad no se acabasen completando —como es el caso del palacio central de Sofía— o que se retrasasen y mutasen hasta ser casi totalmente irreconocibles, como en el caso de Berlín Este.

El autoritarismo era frágil, ya que el propio comunismo estaba cambiando. Tras Stalin, la prioridad comenzó a ser la vivienda social más que la vivienda para las élites, y la propia figura de Stalin fue dinamitada en Berlín y en Praga. El realismo socialista se evaporó gradualmente y se unió al diálogo internacional de la arquitectura moderna, de Berlín Este a Pionyang. Pero el urbanismo socialista llegó a su fin antes de que pudiera conectarse con tendencias similares a las del urbanismo posmoderno (¿o neomoderno?), a fin de crear ciudades compactas, transporte público y no motorizado, y vivienda pública accesible (algo en primer plano durante la Bienal de Arquitectura del 2016 en Venecia, por no decir en la realidad capitalista).

Poscomunismo

«Hacia la globalización» era el subtítulo de un importante libro acerca de la transformación urbana poscomunista en Europa, y de hecho la restauración del capitalismo en los antiguos Estados comunistas era una parte importante del momento global capitalista de la historia urbana en curso,[95]

[95] FEI Hamilton, KD Andrews, NE Pichler-Milanović, *Transformation of cities in Central and Eastern Europe: towards globalization, op. cit.*

que trataremos más adelante. Aquí me voy a referir a un aspecto en particular. La ciudad comunista tuvo una particular iconografía, arquitectura simbólica y toponimia política, que resultaron fundamentales para el régimen. ¿Cómo lidiaron con esto los vencedores anticomunistas?

Hubo retirada de monumentos, reutilizaciones simbólicas de edificios, sustituciones de monumentos, restituciones toponímicas y cambios de similar carácter, al igual que se crearon nuevas narrativas públicas, religiosas e históricas. Lenin fue retirado de todos sus emplazamientos fuera de Rusia, Bielorrusia y la parte oriental de Ucrania. En la Ucrania postsoviética, la profunda división geográfica podía identificarse en función de la destrucción o de la supervivencia de Lenin. En Lviv y en Ucrania occidental fue expulsado en 1989, antes de la caída de la URSS; en la zona central de Ucrania al oeste del Dnipró, incluyendo Kiev, sobrevivió hasta el levantamiento del invierno del 2014. En el verano del 2014, el iconoclasismo alcanzó Járkov y Odesa, y el resto del país al oeste de la región del Donbáss. En Budapest, Lenin se había marchado discretamente antes incluso del cambio de régimen. En Sofía, el mausoleo de Dimitrov fue dinamitado tras extenuantes esfuerzos. También Enver Hoxha fue expulsado de la plaza Skanderberg en Tirana y Tito fue eliminado de Belgrado y Liubliana, aunque permaneció en Sarajevo y en Zagreb. Los numerosos y, a menudo grandiosos monumentos bélicos soviéticos, que tenían una enorme importancia para los rusos postsoviéticos así como para los soviéticos, que comenzaron a diseñarlos antes incluso de que hubiese acabado la Segunda Guerra Mundial, han permanecido por lo general intactos, son geopolíticamente respetados; Berlín es el ejemplo más claro de esto.

Muchos monumentos comunistas menores fueron trasladados o destruidos. Los anticomunistas húngaros los exiliaron a un parque especial muy a las afueras de Budapest. Los exiliados incluían defensores de la república española de los años treinta, vendedores del periódico comunista y representaciones similares del movimiento obrero húngaro. En Berlín, se dejó en paz a Marx y a Engels, como también —contra los deseos de Alemania Occidental— al líder comunista de principios de la década de 1930, Ernst Thälmann, asesinado siendo prisionero de los nazis, quien recibió póstumamente un monumento de perfil heroico esculpido por Lev Kerbel.[96]

Las reutilizaciones más sorprendentes de edificios aún en pie son seguramente las que se produjeron en Varsovia y Berlín. En Varsovia, el edificio

---

[96] Thälmann fue un líder sectario, nunca respetó a los miembros extranjeros del partido; en la RDA muchos comunistas tildaron de desfasado el monumento a Kerbel, ya en la década de 1980. Pero cuando comenzó la limpieza occidental alemana, los residentes del centro del Berlín Este protestaron de diferentes maneras contra su eliminación. Y al final, parece que los poderes de Alemania Occidental simplemente perdieron su voluntad de destrucción. Al fin y al cabo, el líder del PC alemán no se encuentra en la zona central de Berlín Este.

del Comité Central ha sido reciclado como Bolsa de Varsovia, cuya atracción secundaria es una filial de Ferrari. En Berlín, el Consejo de Ministros de Alemania del Este se convirtió en el Treuhand (o Agencia Fiduciaria), encargada de la venta de todas las empresas colectivizadas. Cuando todo había sido privatizado y occidentalizado, el edificio se convirtió en una escuela de negocios. En 1990 desapareció como país la RDA, absorbida por Alemania Occidental, y desde entonces el centro de Berlín Este se ha visto sometido a la más radical transformación poscomunista.

El definitivo «edificio central» del palacio de la República de la RDA, un lugar popular del urbanismo de Berlín Este así como sede de las raras e insignificantes sesiones de la Cámara Legislativa Popular, fue destruido,[97] como también lo fue el Ministerio de Exteriores situado en la parte opuesta de la plaza central. Después de una prolongada campaña corporativa, los poderes de Alemania occidental en los gobiernos nacional y municipal decidieron reconstruir el palacio imperial de Guillermo, cuyas ruinas habían sido dinamitadas por los comunistas en 1949 para abrir una gran explanada para los desfiles políticos. El prolongado debate acerca de esta propuesta de devolver Berlín a los tiempos del imperio guillermino ha cambiado de dirección de manera considerable a lo largo de su dilatado proceso de toma de decisiones. El palacio constituye una suerte de fachada Potemkin[98] para lo que en la Europa comunista se hubiera llamado palacio de Cultura, y tiene un sendero público que lo atraviesa cruzando la plaza del palacio (Schlossplatz) aka Marx-Engels-Platz.

Los dos edificios más invasivos de la Europa comunista han resultado ser demasiado grandes como para caer. El palacio de la Cultura de Varsovia sigue siendo un centro cultural, para la ciencia y el ocio utilizado con profusión. A día de hoy está rodeado de una guirnalda de torres corporativas que han fracasado a la hora de sobrepasarlo. El colosal palacio de Ceauşescu es utilizado en la actualidad, al menos parte de él, por el Parlamento rumano.

La victoria del capitalismo se manifiesta primariamente en los edificios de la capital —centros comerciales, torres corporativas, hoteles de lujo— más que de manera iconográfica, pese a que, por ejemplo, Ronald Reagan (parece ser que tras cierta amable insistencia por parte de los

---

[97] Era un buen candidato a ello, por dos razones: simbólicamente destruía el corazón de la RDA berlinesa; argumentativamente era vulnerable debido al problema derivado de los problemáticos asbestos. Un problema similar tuvo lugar con la sede central de la Comisión Europea en Bruselas, el edificio Berlaymont, pero en este caso ningún Estado miembro protestó por los costes del saneamiento.

[98] Expresión que viene de la idea del general ruso Potemkin quien, deseoso de que Catalina la Grande pensase que Crimea era más próspera de lo que era (destrozada como estaba por la guerra turco-rusa) y de que la emperatriz era amada en aquellas tierras, mandó reparar y acondicionar todo el camino por donde pasaría la comitiva real y construir pueblos enteros (aunque solo la fachada de las casas) para impresionar a la emperatriz. De ahí la expresión de «pueblo Potemkin», que se utiliza para nombrar cualquier maniobra política o militar que tiene como objetivo ocultar o disfrazar la realidad. [N. de la T.]

estadounidenses) sea homenajeado en Varsovia y en Budapest. En vez de centrarse en la victoria, la iconografía poscomunista se ha centrado en el victimismo y en las víctimas del comunismo. Algunas de estas imágenes son gráficamente fascinantes. La más elaborada, un conjunto monumental en Kiev que conmemora el Holodomor, la gran hambruna de 1932-1933 y otras dos hambrunas padecidas durante la implacable colectivización de la agricultura, pierde su foco simbólico —una delgada y triste niña pequeña que sostienen unas pocas gavillas de trigo en sus manos— bajo una pretenciosa y sobrecargada columna de 32 metros de altura decorada con cruces de vidrio y cigüeñas de bronce que se eleva desde el suelo. Más cautivadoras son la instalaciones sencillas que hablan en voz baja y aguda, como la «Muerte en el Este» en Varsovia, un vagón vaciando una carga de cruces inclinadas (en referencia a las deportaciones soviéticas), y el de las «Víctimas del Comunismo» en Praga, situada en el centro de la ciudad, pero en una discreta colina de un parque, con una fila de estilizados humanos que se disuelven de manera gradual desapareciendo en la distancia.

La victimología anticomunista incluye también un conjunto de museos de las víctimas del comunismo o, un poco menos estridente, de la vida bajo el comunismo. En Moscú este museo es una institución no gubernamental muy modesta pero seria. En Praga es una compañía comercial estadounidense, de nuevo bastante pequeña, y más ordinaria que seria. Pero Praga también ha convertido el antiguo mausoleo Gottwald en un sobrio museo de la historia checoslovaca. El Museo de la RDA en Berlín tiene cierto perfume comercial y es ligero. La exhaustiva museología histórica alemana va poco a poco, pero casi seguro que creará algo sólido y serio.

Las tres capitales bálticas poseen tres museos anticomunistas muy diferentes. El de Tallin es fríamente etnográfico, centrado en la cotidianidad de aquellos tiempos. El de Riga ha hecho suyo un edificio de significado simbólico, construido durante los últimos tiempos soviéticos, en memoria de los tiradores letones, tropas de asalto bolcheviques durante la guerra civil. Es profesional, con un despliegue didáctico de la historia, con abundancia de materiales escritos, citas y estadísticas. El de Vilna, junto con el de Budapest, es el más ideológico de todos ellos. Inmediatamente después de la caída de la URSS, algunas personas ocuparon el antiguo edificio de la KGB en Vilna y lo transformaron en un «museo del genocidio». De todas maneras, aquí la palabra genocidio no se refiere a la destrucción nazi de la mayoría judía de Vilna, que originalmente no se nombraba en absoluto, sino a la «ocupación soviética», que al parecer se volcó en el genocidio de los lituanos. Contradictorio en cierto modo, una gran parte de este museo está dedicada a los años de resistencia anticomunista por parte de partisanos nazis armados. También hay un museo judío, de carácter privado, situado en un terreno pobre y marginal, aunque parece que esto ha cambiado algo en los últimos años.

Varsovia en algún momento desarrolló un proyecto de un museo ideológico, el SocLand, pero parece haberse abandonado. La ciudad dispone, sin embargo, de un museo muy profesional e impresionante de la insurrección de 1944 y del conflicto entre la resistencia polaca y el Ejército Rojo, influido claramente por el Museo del Holocausto de Washington DC.

La «Casa del Terror» de Budapest, comisariada por la ideóloga de extrema derecha y mujer de negocios Maria Schmidt para su jefe, el primer ministro Orbán, es menos distorsionante que el conjunto de Vilna, pero es, de lejos, la más estridente de todas las instituciones de este tipo. Está situada en un edificio que perteneció anteriormente al movimiento nazi de la Cruz Flechada, expropiado tras la guerra y utilizado durante una década por la policía secreta comunista. El objetivo del museo es revindicar que el comunismo en Hungría fue la continuación de la Cruz Flechada, los ayudantes de Eichmann en Hungría del Holocausto. El proyecto de Schmidt tiene un fuerte carácter reivindicativo, con fotografías con el nombre de las personas, y si es posible, la direcciones de los objetivos comunistas aún vivos. En verano de 2015, el edificio fue cerrado por reformas y el museo se desplazó al exterior, a la acera de la Andrassy út con la temática «GULAG es poder soviético»; este gira en torno a los prisioneros de guerra húngaros en la URSS. Incluía una larga lista de «perpetradores», comenzando por Stalin y acabando con una curiosa selección de intelectuales occidentales como John Kenneth Galbraith y Eric Hobsbawm, incluidos por no denunciar que los soldados húngaros de la guerra de Hitler contra la URSS estuvieron encerrados en campos de trabajo soviéticos durante varios años.

La supuesta continuidad nazi-comunista es parte de una narrativa más extensa y compleja de la revisión histórica del régimen de Orbán dirigida a exonerar al autoritario y antisemita gobierno de derechas aliado de Hitler que precedió a la Cruz Flechada durante los últimos meses de la guerra. Otra manifestación de este enlace con la época reaccionaria previa a la guerra es el nuevo monumento a Istvàn Bethlen a las afueras del palacio presidencial, Bethlen fue un astuto político conservador, primer ministro durante la mayor parte del periodo de entreguerras. Sus primeras grandes decisiones en el cargo en 1921 fueron retirarle el derecho al voto al 30 % de los húngaros adultos y abolir el voto secreto.[99] El partido en el gobierno, que se denomina a sí mismo «Jóvenes Demócratas» tiene una reseñable inclinación por los viejos antidemócratas (mientras sean de derechas).

De acuerdo con el revisionismo húngaro en curso, la Hungría de derechas no fue una aliada de la Alemania nazi y de la Italia fascista, sino que fue una inocente víctima de la ocupación alemana, los alemanes intervinieron en 1944, cuando los húngaros empezaron a buscar una escapatoria a una guerra

---

[99] Bryan Cartledge, *Mihály Karolyi and István Bethlen: Hungary*, Haus, Londres, 2009, p. 121.

perdida. En 2014 se erigió un insolente monumento en el centro de Budapest, «en memoria de la ocupación alemana», que representaba un águila alemana lanzándose contra el Arcángel San Gabriel. En cualquier caso, esta visión de la historia no ha sido aceptada sin más por todos los húngaros, y parece que incluso algunos miembros del régimen se echaron atrás; de hecho, el monumento nunca ha sido inaugurado oficialmente. En cambio, ha inspirado el crecimiento de un ágora iconográfica a su alrededor, donde mensajes distintos, a menudo radicales y totalmente opuestos al inicial, denuncian la historia de Orbán, junto con recuerdos y objetos de interés de la guerra y del Holocausto. Algo detrás suyo hay una plataforma pequeña utilizada para manifestaciones progresistas. El área se ha convertido en un monumento político vivo, en la simbólica persistencia de recuerdos y opiniones conflictivas.

En la plaza principal, la plaza Kossuth, también hay un nuevo museo subterráneo construido en un antiguo conducto de ventilación y dedicado al levantamiento anticomunista de 1956, una especie de cripta memorial con información sobria y objetiva, entre la que se incluye la afirmación de que a día de hoy todavía se desconoce quién comenzó los fatales disparos y por qué.

Cuando llegaron al poder, los comunistas volvieron a nombrar una gran cantidad de calles, plazas e instituciones, Los anticomunistas hicieron lo mismo, casi siempre restituyendo los nombres precomunistas. Los alemanes occidentales enfocaron el asunto de la toponimia con la típica sistematización teutona y designaron una comisión de alto nivel, en la cual el prominente historiador socialdemócrata de derechas, Heinrich August Winkler se demostró también como un formidable luchador callejero. El principio de Alemania Occidental fue que no debía mencionarse a nadie que hubiera estado conectado con el comunismo tras la Revolución de Octubre, lo que significa que, por ejemplo, la clásica socialista feminista Clara Zetkin, que formó parte tanto de la Segunda como de la Tercer Internacional era persona non grata, como también lo eran todos los luchadores comunistas de la resistencia asesinados por el nazismo. Tras la ruptura de Yugoslavia, el gobierno croata cambió el nombre de la plaza central de Zagreb, que se llamaba plaza Víctimas del Fascismo, por el de plaza de los Nobles Croatas. A finales de la década de 1990, tal cambio se volvió vergonzoso, así que se devolvió el nombre de Víctimas del Fascismo y la de los Nobles Croatas se colocó en un sitio más pequeño, cerca de la plaza de la Bolsa.

Zagreb y Croacia ejemplifican el carácter potencialmente explosivo de la iconografía urbana. La división de Yugoslavia comenzó con la demanda nacionalista croata que exigía la devolución de una estatua ecuestre de Josip Jelačić y su colocación en la plaza central de Zagreb, que era donde se encontraba antes del comunismo.[100]

---

[100] El ban (virrey) Jelačić gobernó durante el siglo XIX bajo los Habsburgo. En Croacia se le venera por su abolición de la servidumbre y la unificación de Dalmacia con Croacia. Lo más probable es que los comunistas lo eliminaran debido al importante papel que jugó en el aplastamiento por parte de los Habsburgo de la revolución húngara de 1848.

Los paisajes urbanos poscomunistas también cambiaron con las dos nuevas versiones añadidas al texto urbano, una religiosa, la otra precomunista, representadas en términos medievales o monárquicos y, de manera bastante irónica, señalando su conservadurismo autoritario como positivo.

La resacralización de la vida política se ha convertido en un rasgo importante de los países poscomunistas ortodoxos —con la histórica cercanía Iglesia-Estado— y en la mayor parte de los países católicos: Lituania, Polonia, Eslovaquia y Croacia.

La resurrección de la Iglesia de Cristo Salvador, en Moscú, es tal vez la manifestación más dramática de esta nueva tendencia, seguida en Kiev por el monasterio de las Cuevas (o catedral de Uspenski) y el monasterio de San Miguel de las Cúpulas Doradas. El primer monumento nuevo en la Vilna poscomunista fue la restauración, en junio de 1989, de las Tres Cruces, que conmemoran una leyenda de mártires franciscanos, y que fue demolido durante el periodo soviético.

Croacia ha convertido al arzobispo Stepinac —condenado en 1946 a dieciséis años de cárcel por su colaboración con el régimen fascista entre 1941 y 1945— en un mártir nacional, desfile incluido a su sarcófago, que se encuentra desde 1993 en la catedral de Zagreb; Stepinac fue beatificado por Juan Pablo II en 1998.

El proyecto religioso más ambicioso está en Varsovia, se aprobó en 1998 y todavía seguía en construcción en 2016: el templo de la Divina Providencia, cuya dedicatoria reza así «iglesia votiva de la nación a la constitución del 3 de mayo [de 1791] y que recuperó su independencia en 1989, en honor a los veinte años del pontificado de Juan Pablo II, y a los dos mil años de cristiandad».

El medievalismo ha alcanzado cotas bizarras en Hungría con un culto oficial (desde el año 2000) a la «Santa Corona Húngara», una antigua corona de los reyes húngaros, de origen y antigüedad desconocidas. Según la leyenda, era la corona de San Esteban, el primer rey coronado en el año 1000. La corona y otros ropajes fueron trasladados en procesión desde el museo nacional al Parlamento y oficiales del Ejército le juraron lealtad.[101] Más comprensible para la mente moderna es el nuevo monumento lituano al gran duque Gediminas del siglo XVI, el fundador de Vilna.

Moscú también exhibe el ejemplo más ostentoso de regresión histórica a la grandeza monárquica premoderna en forma de monumento naval en el río Moscova al zar Pedro I. La tradición heroico-militar del nacionalismo polaco era, en cierto modo, un rasgo común tanto del comunismo

[101] Paul Nemes, «Crown Power», *Central Europe Review*, vol. 2, núm. 1, 2000.

polaco como del anticomunismo. En Varsovia, el monumento que conmemora los «mil años de la caballería polaca» lo decidieron los comunistas, el diseño fue elegido durante el gobierno del general Jaruzelski —el único militar profesional que ha gobernado un país comunista— y la columna, coronada por dos caballeros realizando una carga, está dedicada a las victorias polacas, desde 972 hasta la batalla de Montecassino en 1944 y la de Schönfeld en Pomerania en 1945. No obstante, el monumento fue colocado por los anticomunistas en 1994.

Los retrógrados y autoritarios conservadores, anteriores al comunismo, que gobernaron virtualmente toda la Europa centro-oriental, excepto Checoslovaquia, han sido rehabilitados de manera notable por los liberales de la «sociedad civil» de la década de 1980. La Varsovia poscomunista ha vuelto a venerar al hombre fuerte polaco, el militar del periodo de entreguerras Józef Pilsudski, que se yergue en la plaza central de la ciudad que ahora lleva su nombre, así como a su sucesor el mariscal Śmigly-Rydz. En Hungría, el almirante Horthy recibió un funeral de Estado en 1993; ya he señalado antes la nueva corriente de veneración a su primer ministro que abolió (casi por completo) el sufragio universal. En Riga se decidió homenajear en piedra al conservador dictador de Letonia de la década de 1930, Kārlis Ulmanis.

Tanto en Pekín como en Hanói, el poscomunismo no ha significado anticomunismo, sino economía capitalista más gobierno del Partido Comunista. En Pekín esto ha supuesto dos cosas en términos iconográficos: primero, la búsqueda por encima de todo de una arquitectura icónica a escala global, de la cual el edificio de la televisión central china (CCTV) diseñado por Rem Kolhaas; el Estadio Nacional, conocido como Nido del Pájaro, de Herzog & de Meuron; y el Teatro Nacional de Paul Andreu son los ejemplos más espectaculares. En lo que se refiere a la iconografía política, la nueva orientación constituye una reunificación póstuma con la tradición del partido. El mausoleo de Mao incluye ahora cámaras en memoria de los máximos líderes posteriores a 1949, que Mao había expulsado, y a uno de los cuales había perseguido hasta la muerte. Un gran mural en el rehabilitado museo histórico incluye ahora a todos los líderes en la plataforma de Tiananmén proclamando la república popular. Cerca de él, hay un grupo de esculturas en el exterior que representan a Mao en una amigable conversación de jardín con, entre otros, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping.[102] Los vietnamitas no tenían necesidad alguna de una reparación

[102] También hubo serios intentos de revivir a los aliados de Hitler en Rumanía y Eslovaquia, el mariscal Ion Antonescu y el padre Jozef Tiso, respectivamente, pero estaban demasiado asociados con el Holocausto por parte de los patrocinadores y donantes occidentales como para aceptarlos. Acerca de los memoriales nacionales de Europa del Este véase J. Stritecký, «Das kollective Gedächtnis oder die kollektive Selbstverdrängung? Zu den nationales Identitäts ustern nach 1989» en A. Corbea-Hoisie, R. Jaworoski y M. Sommer (eds.), *Umbruch mi östlichen Europa,* Viena, Studien Verlag, 2004.

póstuma de este tipo y pocos recursos para aspiraciones icónicas globales, aunque Hanói sí que recordó, como ya se ha señalado antes, el aniversario del decimoquinto siglo desde su fundación real. En cambio, parte de la arquitectura colonial ha sido restaurada con ayuda francesa.

IX
LOS MOMENTOS GLOBALES DE LAS CIUDADES NACIONALES

El momento global es el que estamos viviendo. Se han producido muchas globalizaciones antes, pero nuestro tiempo es global.[1] No voy a analizarlo desde el enfoque habitual de la economía política y el capitalismo mundial. No quiere decir que rechace dicho enfoque. No solo creo que es un enfoque válido, sino que también constituye un punto de vista valioso e importante, pese a que tengo razones de peso para rechazar algunas de las conclusiones que se extraen de él,[2] y que tomaremos en consideración al final de este libro. Es cuestión de elegir otra mirada, la del urbanismo político.

El actual momento global de la historia urbana tiene dos componentes principales: uno de estilo, otro de poder. «Estilo» tiene aquí el significado de estilo en el diseño urbano, que incluye estilo arquitectónico, pero posee un enfoque más amplio. Este último, el estilo arquitectónico, es en gran medida una modernidad cosmopolita, una mutación del «Estilo Internacional» de la década de 1930. Mediante las posibilidades que permite el diseño asistido por ordenador, este se ha emancipado incluso de las innovaciones modernas del repertorio arquitectónico europeo. Opera a través de las firmas de arquitectos globales, que suelen tener su base en el Atlántico Norte o en Asia oriental, pero estas ya no diseminan modelos nacionales —como hacían durante el periodo de nacionalismo globalizado—, antes bien compiten en el terreno internacional. La representación icónica global, y no nacional, es el objetivo tanto del comisionado que encarga la obra como del arquitecto que la realiza.[3] Sin embargo, fuera de las comunidades de creyentes del cristianismo ortodoxo, los iconos son algo poco habitual, y así debe ser para que cumplan su función. La mejor manera de captar el estilo urbano característico del momento global que

---

[1] Göran Therborn, *The World, op. cit.*, pp. 35 y ss. [ed. cast.: *El Mundo*..., *op. cit.*, pp. 76 y ss].

[2] Göran Therborn, «End of a Paradigm: The Current Crisis and the Idea of Stateless Cities», *Enviroment and Planning*, vol. A, núm. 43, pp. 272-285; K. Fujita (ed.) *Cities and Crisis*, Londres, Sage, 2016.

[3] *Cf.* Leslie Sklair, «Iconic architecture and urban, nacional, global identities» en Diane Davis y Nora Libertun de Duren (eds.), *Cities and Sovereignity*, Bloomington (IN), Indiana University Press, 2011, pp. 179-195.

vivimos es dividirlo en tres categorías más generales: *verticalidad* (rascacielos), *novedad* (de los distritos de negocios y los centros comerciales) y *exclusividad* (mediante la compartimentación y privatización de espacios públicos en las zonas urbanas entre otras medidas).

El poder es el del capital transnacional, posindustrial, financiero, inmobiliario y comercial y su clientela de clase media-alta. Este poder no es visto *a priori* como un poder externo e impersonal; perfectamente puede tratarse de actores locales y nacionales, que aspiran a globalizarse de forma activa, y subirse así al barco global de la riqueza y el poder. La racionalidad de la ciudad global es la creación, despliegue y consumo de riqueza. «El estatus de una ciudad mundial lo proporciona la creación de riqueza», enfatizaba en 1991 el London Planning Advisory Committee (Comité Asesor de Planificación de Londres, LPAC).[4]

Las torres corporativas, los centros comerciales y, como guardianes del privilegio, las urbanizaciones cerradas y la seguridad privada son elementos emblemáticos del momento global. Pero existen rasgos y características que se derivan de la ambición de atraer profesionales de alto nivel y turistas solventes, como son las ostentosas instituciones culturales, el ocio globalizado y la alta cocina multicultural.

Tanto el estilo como el poder global se confrontan directamente con la ciudad nacional. Más adelante veremos hasta qué punto han tenido éxito, dónde y por qué. Pero debemos comenzar con la primera globalización moderna: la globalización del nacionalismo y, de forma más específica, con la globalización de las ciudades definidas como capital nacional.

Nacionalismo urbano globalizado

Las últimas exposiciones universales del siglo XIX, comenzando con la «Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones» de 1851 en Londres, introdujeron una dimensión conscientemente internacional en el desarrollo urbano. Tras el palacio de Cristal de Londres, de breve existencia, la construcción de la Torre Eiffel para la Exposición de 1889 fue la primera construcción permanente moderna de carácter icónico global, aborrecida por la mayor parte de la intelectualidad de época. Las exposiciones internacionales hicieron de la competencia económica global un espectáculo mundial. Poco después se demostrarían también como nodos importantes de la red internacional científica, intelectual y política. La Primera Internacional de Trabajadores surgió gracias a los contactos

[4] London Planning Advisory Committee (LPAC), «London: World City: Report of Studies», documento mimeografiado, Londres, LPAC, 1991, p. 5.

que los obreros británicos y continentales establecieron durante la Gran Exposición de Londres de 1862;[5] la Segunda Internacional fue fundada en un discreto segundo plano durante la Exhibición Universal de París de 1889, en la que se conmemoraba el centenario revolucionario de París.

La idea de la «ciudad global» comenzó a circular por Europa justo antes de la Primera Guerra Mundial. En Alemania, se utilizó para señalar el ascenso de Berlín como *Weltstadt*, algo más evidente en su caso que en el de París y Londres.[6] Durante el último tercio del siglo XIX, comenzó a desarrollarse el reconocimiento universal de la «civilización» y esplendor urbano europeo. El colonialismo europeo había llevado las iglesias ibéricas a Manila y Macao; la Ilustración europea importó las *chinoiseries* utilizadas en la decoración interior de los pabellones de los parque reales y aristocráticos. Pero las ciudades coloniales eran típicamente duales —coloniales y nativas—, las importaciones europeas no eran más que complementos caprichosos y el inmenso mundo no colonizado —China, Japón, los núcleos islámicos y del África interior— siguió sin verse afectado. Los esfuerzos de modernización reactiva debidos a la amenaza sobre los ámbitos tradicionales, la pacificación de los Estados nación latinoamericanos tras décadas de turbulencias y la nacionalización de los Balcanes, todo ello, construyó y dio significado al globalizado concepto de «una capital a la altura de la nación».

El jedive Ismail de Egipto quería que su país se convirtiese en parte de Europa; se arruinó él y arruinó a su Estado intentando emular al París del Segundo Imperio. Intelectuales japoneses acuñaron el eslogan «De fuera de Asia»; los gobernantes Meiji de Japón invitaron a arquitectos de toda Europa y de Estados Unidos, animándoles a que no tuvieran respeto por las tradiciones japonesas. El modelo japonés era más Londres que París; la corporación Mitsubishi construyó una «London Town» en ladrillo rojo. Cuando Corea se independizó de China en la década de 1890 —antes de caer en las garras del imperialismo japonés—, los nacionalistas coreanos erigieron una sencilla réplica del Arco de Triunfo parisino como Arco de la Independencia, en los límites de la capital, en el mismo sitio en el que los gobernadores coreanos solían agasajar a sus señores chinos. Se dice que la curvada avenida central de Bangkok, Ratchadamnoen (carretera de

---

[5] La Internacional vio la luz en 1864 en el contexto del apoyo obrero franco-británico al nacionalismo polaco contra la Rusia zarista.

[6] En la literatura en inglés, a menudo se le otorga todo el crédito al urbanista británico Patrick Geddes como el creador del término «ciudad global», es el caso por ejemplo de la obra de Peter Hall, *World Cities*, (McGraw-Hill, 1966, p. 1). Pero la palabra alemana *Weltstadt* ya se utilizaba desde antes de la Primera Guerra Mundial. A. Lees, «Berlin in der Vorstellungswelt der deutschen» en G. Bruno y J. Reulecke (eds.), *Berlin… Blicke auf die deutsche Metropole*, Essen, Reimar Hobbing, 1989, p. 46. Como ejemplo, véase Leo Colze, *Berliner Warenhäuser*, Berlín, 1989 (1908), cap. 1.

la Procesión Real), que conecta el viejo palacio autóctono real con el nuevo de aspecto italianizante, había sido inspirado por el Queen's Walk en Green Park.[7] En China, Shanghái se convirtió en una ciudad internacional gracias a su desarrollo a lo largo del malecón en el río, mientras que el Pekín europeo quedó confinado casi en su totalidad al barrio diplomático de los embajadores imperiales. Estambul comenzó a europeizarse a finales del siglo XIX; la arquitectura alemana diseñada e importada por arquitectos austriacos y alemanes acabó caracterizando la imagen pública de la ciudad de Ankara después del sultanato. En 1929, el desafortunado Amanulá, el rey modernizador de Afganistán, invitó a arquitectos alemanes para que rehicieran Kabul. La transformación provocada por Haussmann en París se había convertido en el modelo a seguir por las capitales latinoamericanas de México a Buenos Aires, pasando por Santiago y Río de Janeiro, así como también por Bucarest. Mientras que París ofrecía un diseño urbano impresionante, Londres proporcionaba empresas expertas en ingeniería urbana, alcantarillado y sistema de transporte de agua, instalaciones de gas y transporte público a lugares tan diversos como Hawái, Odesa, Buenos Aires, Beirut, Bombay y Esmirna.[8]

Así fue el estatismo nacional globalizado, orientado a proporcionar al Estado nación o a la dinastía nacionalista una ciudad capital «a la altura de la nación». Fue un movimiento dirigido por el Estado y centrado en el Estado, impulsado por poderes nacionales que se veían a sí mismos como poderes *qua* naciones en un sistema de poder y prestigio de las naciones. Las competiciones urbanas de las exposiciones universales, con sus emblemáticos edificios también se centraban en el Estado y la nación. Ya hemos tenido contacto con este tipo de globalización antes, cuando analizábamos la construcción de las capitales nacionales.

El actual momento global posee una dinámica muy diferente si bien, y a pesar de los argumentos habitualmente esgrimidos, ninguna ciudad capital ha cortado sus amarras con el Estado nación ni tampoco se ha visto sobrepasada por ninguna «ciudad global» liberal.

El diseño de las ciudades globales: el intento de los arquitectos modernos

Antes, sin embargo, de profundizar en las dinámicas de poder del momento global actual, por respeto a nuestras cuatro concepciones de la ciudad en tanto entornos construidos como asentamientos humanos —y no simplemente como códigos postales de los poderosos, ya sean corporaciones o

---

[7] Nattika Navapan, «Absolute Monarchy and the Development of Bangkok's Urban Spaces», *Planning Perspectives*, vol. 29, núm. 1, 2013, p. 7.
[8] Mark Girouard, *Cities and People: A Social and Architectural History*, *op. cit.*, p. 341.

políticos— debemos analizar el desarrollo histórico del diseño y la arquitectura de las ciudades globales. El actual momento global permite un estilo particular de urbanismo dominado por los rascacielos corporativos construidos de acuerdo con el «Estilo Internacional». La trayectoria de este estilo corresponde con una historia irónica y compleja de la arquitectura moderna, de la que merece la pena desentrañar sus contornos desnudos, lejos de los compartimentos especializados de la historiografía de la arquitectura.

En términos arquitectónicos, el momento global puede situarse en el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA), en el año 1932, durante la exposición de arquitectura de «Estilo Internacional». Bien promocionado y muy influyente, el «Estilo Internacional» correspondía básicamente con el modernismo europeo de la Bauhaus y de Le Corbusier, austeramente simplificado, no ornamental, y muy diferente de los exuberantes rascacielos *art déco* del Nueva York de la década de 1920, y que a principios de la Guerra Fría fueron tildados por Stalin como de «pastelería azucarada». Los capitalistas estadounidenses fueron los primeros en construir rascacielos; los arquitectos modernos europeos diseñaron rascacielos más estilizados y atrevidos de cara al futuro de posguerra, que se convertirían en el símbolo del poder y de las ambiciones corporativas.

Esta fue la época en la que una banda internacional de arquitectos modernos intentaron cambiar el mundo. Su Internacional, el CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), se formó en 1928, surgido en gran medida de la protesta moderna contra el academicismo imperante que, con el apoyo decisivo del principal político europeo del momento, el francés Aristide Briand, había ganado el concurso para la construcción de la sede de la Liga de Naciones en Ginebra. Se trataba de una organización internacional que contaba con sus propias ramas ejecutivas nacionales, así como un congreso con delegados y miembros individuales. Le Corbusier era su infatigable líder espiritual, pero la organización la dirigía principalmente Sigfried Giedion, un crítico de la arquitectura e historiador suizo que desempeñó el cargo de secretario general entre 1928 y 1957; Cornelis van Eesteren, el director de planificación urbana de Ámsterdam fue su presidente entre 1931 y 1947; Walter Gropius (el vicepresidente), director fundador de la Bauhaus, había permanecido en el exilio desde la toma de poder por los nazis, primero en Gran Bretaña, luego en Harvard; y, durante su último periodo, entre 1947 y 1957, el presidente fue Josep Lluís Sert, un urbanista catalán exiliado.

Fue un movimiento extremadamente intelectual, que no solo produjo ideas sino diseños urbanos, a menudo desoídos, como los planes —no solicitados —de Le Corbusier para Argel y Bogotá, para los que planificó vivienda, tráfico y urbanismo. Comparado con los movimientos vanguardistas en arquitectura, pintura y música, el CIAM tuvo una larga

vida, disolviéndose solo después de más de treinta años, en 1959. Atrajo e implicó a los arquitectos y urbanistas más modernos del mundo, excepto a los estadounidenses.[9]

Sin ser más que un «intento» de cambiar el mundo, el CIAM era más que una tertulia radical. En 1941 se jactó, sin exagerar, *inter alia*:

> Los planes para Ámsterdam están en manos del presidente de este grupo; Estocolmo está desarrollando sus ilustres estructuras sociales siguiendo la doctrina del CIAM; Brasil y Argentina invitan a personalidades del CIAM a dar clases sobre urbanismo y a poner los cimientos de grandes proyectos; Finlandia ha escogido al delegado finés del CIAM como director de su reconstrucción […] la Universidad de Harvard […] ha concedido su puesto de arquitectura y urbanismo a otro vicepresidente del CIAM [Gropious].[10]

Después de la Segunda Guerra Mundial, sus ideas produjeron, de manera directa, Chandigarh en India y Brasilia en Brasil y, en menor medida, Islamabad en Pakistán y Abuya en Nigeria (véase el capítulo al respecto de este libro). El equipo que, bajo el liderazgo de Wallace Harrison, arquitecto de la casa de los Rockefeller, diseñó la sede de la ONU en Nueva York contaba con Le Corbusier y con algunos miembros del CIAM, entre ellos Oscar Niemeyer, que al parecer aportó un diseño crucial a partir de una idea de Le Corbusier.

Abarcó un amplio espectro político, del fascismo italiano (Giuseppe Terragni) al comunismo (André Lursat, Hannes Mayer, Hans Schmidt y Helena y Szymon Syrkus, entre otros), incluyendo reformistas socialdemócratas escandinavos. El propio Le Corbusier era políticamente ambiguo en la esfera pública, pero su círculo personal más íntimo pertenecía a la extrema derecha francesa.[11] Se presentó al concurso para el palacio de los Soviets en Moscú y, en 1941, se acercó al régimen de Vichy. Publicó el documento fundacional del CIAM, la Carta de Atenas, en «la hora de la revolución nacional» (aunque su edición de 1957 situase la primera edición «en plena ocupación»).[12] Dejando a un lado los laberintos de la personalidad de Le Corbusier, el ecumenismo del CIAM se puede entender a partir de su posicionamiento en la historia política y arquitectónica.

En el terreno arquitectónico, el CIAM fue una vanguardia combativa, que logró unos cuantos éxitos —en especial en la Alemania de Weimar, en

---

[9] Eric Mumford narra la historia del CIAM en *The CIAM Discourse on Urbanism*, Cambridge, (MA), MIT Press; y su historia se resume brevemente en la obra de Sigfried Giedion, *Space, Time, Architecture*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, pp. 696-706.
[10] Le Corbusier, *The Athens Charter*, Nueva York, Grossman Publishers, 1973, p. 37.
[11] Francois Chaslin, *Un Corbusier*, París, Seuil, 2014.
[12] Le Corbusier, *The Athens Charter*, *op. cit.*, p. 108 y XIII, respectivamente.

los Países Bajos, en los comienzos de la Unión Soviética y en Escandinavia tras la Exposición de Estocolmo en 1930—, si bien tuvo que reagruparse tras su derrota en Ginebra en 1927, fuertemente cuestionado en muchos sitios. El poder nazi dispersó a los arquitectos del CIAM a lo largo y ancho del planeta, de Moscú a Cambridge (MA); de Ankara y Dar es Salaam a Shanghái. El academicismo burgués y el historicismo fueron su principales enemigos urbanísticos.

Desde su primer congreso, el principal foco arquitectónico del CIAM estuvo concentrado en la vivienda; toda la temática de su segundo congreso giraba en torno a la construcción asequible de viviendas, la «existencia mínima».[13] La década de 1920 fue la época en la que la vivienda para la clase obrera ocupó un espacio central en la agenda europea, como si se tratase de «un seguro frente a los bolcheviques y la revolución», tal y como lo describió el gobierno de Lloyd George,[14] o como parte de la construcción de la ciudad de la clase obrera, tal y como se visualizó en Ámsterdam y Viena (véase el capítulo acerca de los momentos populares).

Aunque se inició justo antes, el CIAM surgió durante la Gran Depresión de los primeros años treinta. El liberalismo de derechas, la principal corriente no tradicionalista, ausente en aquellos momentos en el CIAM, estaba en su punto más bajo. Por lo general, la planificación urbana era considerada como necesaria a fin de trascender el caos autodestructivo de los mercados capitalistas. La planificación soviética atrajo incluso a socialdemócratas de derechas como Webbs. La URSS había acogido a las vanguardias artísticas modernas en la década de 1920 y seguía manteniendo su influencia. El fascismo italiano incluía explícitamente corrientes modernas, una arquitectura no menos «racionalista», y seguía siendo respetable dentro de amplios sectores en Europa, al menos hasta que invadió Etiopía utilizando gases venenosos. El advenimiento del nazismo y la guerra en España aún no habían delimitado las líneas rojas entre fascismo y antifascismo.

El abandono estalinista del modernismo en pro del realismo socialista estaba a punto de ocurrir. En 1932, Giedion envió dos telegramas a Stalin protestando por el resultado del concurso para el palacio de los Soviets (que habían perdido Le Corbusier y otros dos arquitectos modernos) como «un insulto al espíritu de la Revolución rusa y a la realización del Plan Quinquenal».[15] Puede que, afortunadamente para Ernst May y otros

---

[13] El segundo congreso en Fráncfort tenía como pregunta general: «¿Qué es insoslayablemente necesario para el ser viviente?». Su traducción formal (y posterior título del libro editado por el Congreso) sería «La vivienda para la existencia mínima». [N. de la T.]
[14] Peter Hall, *Cities of Tomorrow*, Chichester, Wiley Blackwell,2014, p. 73 [ed. cast.: *Ciudades del mañana*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996, p. 79].
[15] Eric Dluhosch y Rostilav Svacha, *Karel Teige: L'Enfant Terrible of the Czech Modernist Avant-Garde*, Cambridge (MA), MIT Press, 1999, p. 243.

arquitectos occidentales que se encontraban trabajando en la URSS en aquellos momentos, el telegrama no llegara a manos de Stalin.[16] El cuarto congreso del CIAM, proyectado para celebrarse en Moscú en 1933, fue «postpuesto» por las autoridades soviéticas y reemplazado por un crucero épico de ida y vuelta entre Marsella y Atenas, con una semana de celebración en Atenas auspiciada por el gobierno griego. De todas modos, la ruptura no fue total. Durante el CIAM 7 en Bérgamo en 1949, Helena Syrkus, arquitecta varsoviana comunista y veterana del CIAM, hizo una vehemente defensa del realismo socialista. Se recuperó así parte del ecumenismo original. En su discurso de apertura, el anfitrión italiano, Piero Bottoni, conmemoró tanto al fascista Terragni —muerto en combate contra la URSS— como a Gian Luigi Banfi, un judío italiano miembro de la resistencia que fue asesinado en un campo nazi.[17]

De todas maneras, pese a su diplomacia y carácter circunspecto, el impulso principal del CIAM se orientaba hacia alguno de los modelos del urbanismo socialista. Giedion era socialista. Sus telegramas a Stalin fueron escritos «en el espíritu de la Revolución rusa», si bien en el otoño de 1933 se dio cuenta de que debía esconder la bandera roja. En una carta a Le Corbusier, incitada por el izquierdista checoslovaco Karel Teige, presentó dos posicionamientos públicos alternativos a la pregunta del CIAM: «¿Técnicos o políticos?». Su respuesta fue:

> 1. Técnicos: la única posibilidad de tener una influencia internacional en estos momentos: Pero cuando se haga realmente efectivo el auténtico desarrollo socialista nos convertiremos sin duda alguna. 2. Políticos: imposible para nosotros tener influencia sobre alguien importante en estos momentos. La única manera de tener influencia es en una situación socialista.[18]

El documento más famoso del CIAM, la *Carta de Atenas,* de 1933, es un explícito proyecto de urbanismo social, incluso en la redacción de Le Corbusier en Vichy de las concisas *constataciones* del CIAM 4, dentro del

---

[16] Eric Paul Mumford, *The CIAM Discourse on Urbanism, op. cit.,* p. 73.
[17] Ibídem, pp. 186-187, 193.
[18] Ibídem, p. 87. [«Hacia el final del CIAM 4 surgieron complicados debates entre los delegados acerca de la cuestión de cómo debería ser adquirido el suelo para llevar a cabo las extensas reformas planteadas por el CIAM. Le Corbusier recomendaba desarrollar un apoyo popular a lo que él denominaba "la movilización del suelo" mientras que otros delegados insistían en la expropiación gubernamental de la tierra para el "redesarrollo" urbano. Tras este punto, y reflejando la cambiante situación para el CIAM, Giedion sugirió a Le Corbusier que el CIAM debía empezar a definirse a sí mismo como una organización de "técnicos" apolítica y no debía continuar con la posición "política" de referirse a la Unión Soviética como un referente del urbanismo». Transcripción de una conferencia dada por Eric Mumford 7 de mayo de 2007 en el «Seminario Urbanismo Moderno: de los CIAM a Colombia», disponible en https://www.redalyc.org/html/748/74811107/; N. de la T.]

marco de trabajo genérico del modernismo en la «era de la máquina». De las «cuatro funciones» de la ciudad, la primera es la vivienda o la residencia (antes que el ocio, el trabajo y las comunicaciones/tráfico). El primer congreso de trabajo, CIAM 2, se dedicó a la vivienda económicamente accesible. La transformación de la estructura de clase de la vivienda era una tarea prioritaria:

> Pero si la fuerza de las cosas diferencia la vivienda rica de la vivienda modesta, no hay ningún derecho para violar unas reglas que deberían ser sagradas, reservando solo a los favorecidos por la fortuna el beneficio de las condiciones necesarias para una vida sana y ordenada. (Punto 15)
>
> En lo sucesivo, los barrios de viviendas deben ocupar los mejores emplazamientos en el espacio urbano. (Punto 23)
>
> La determinación de las zonas de habitación debe estar dictada por razones de higiene. (Punto 24)
>
> En otro tiempo, los espacios libres no tenían mas razón de ser que el solaz de unos cuantos privilegiados. No había aparecido todavía el punto de vista social que hoy da nuevo sentido a su destino. (Punto 30
>
> Incluso cuando las superficies libres tienen suficiente extensión [...] si están alejadas de los distritos de clase obrera [...] quedarán vetadas de hecho para las masas [...] (Punto 31)
>
> Los lugares de trabajo [...] ya no se hallan dispuestos racionalmente en el interior del complejo urbano. (Punto 41)
>
> Las distancias entre los lugares de trabajo y las viviendas deben ser reducidas a lo mínimo [...] Los sectores industriales deben ser independientes de los sectores de habitación; unos y otros deben estar separados por zonas verdes. (Puntos 46 y 47)
>
> El peatón debe poder seguir caminos distintos a los del automóvil. (Punto 62)
>
> No puede permitirse que por un culto mezquino del pasado, se ignoren las reglas de la justicia social. (Punto 67)
>
> El predominio de la iniciativa privada, inspirada por el interés personal y el ansia de ganancia, se halla en la base de este lamentable estado de cosas, en el que las ciudades no responden en modo alguno a su destino, que debiera consistir en satisfacer las necesidades [...] de su población. (Puntos 72 y 71)
>
> El urbanismo es una ciencia [...] de tres dimensiones. Con la intervención del elemento de la altura se dará solución a la circulación moderna y al esparcimiento mediante la explotación de los espacios libres así creados. (Punto 82)
>
> Es de la más imperiosa necesidad que cada ciudad establezca su programa, promulgando leyes que permitan su realización [...] El alma de la ciudad quedará vivificada por la claridad del plan. (Puntos 85 y 86)

> La primera de las funciones que debe atraer la atención del urbanista es el habitar, el habitar bien. (Punto 89)
>
> Para pasar de la teoría a los actos es necesario, además, el concurso de los siguientes factores: un poder económico tal como se desea, clarividente, convencido, resuelto a implantar mejores condiciones de vida [...] una población ilustrada para comprender, desear y reclamar lo que los especialistas han ideado para ella; y una situación económica que permita emprender y proseguir los trabajos [...] (Punto 91)
>
> La arquitectura preside los destinos de la ciudad [...] La arquitectura es fundamental para todo. (Punto 92)
>
> Hace años que las empresas de equipamiento, en todos los lugares del mundo, se estrellan contra el petrificado estatuto de la propiedad privada. El suelo (el territorio del país) debe estar disponible en cualquier momento, y estarlo a su equitativo valor, estimado con anterioridad al estudio de los proyectos.] Cuando está en juego el interés general, el suelo debe poder ser movilizado. (punto 94)
>
> El interés privado se subordinara al interés colectivo. (Punto 95)

Los «puntos» se refieren a las 95 tesis de la *Carta de Atenas*, de 1933, tal y como los publicó Le Corbusier.[19]

El CIAM no era primordialmente un movimiento de arquitectura moderna. Era un movimiento de urbanismo social moderno. Fue un movimiento que reclamaba ciudades para personas en la «era de las máquinas», pero que no reclamaba que las ciudades fuesen diseñadas por la población, lo que obviamente facilitaba la ambigüedad política pública del movimiento y su actual ecumenismo tecnocrático.

No debería sorprender por eso que este urbanismo que, de manera explícita, apostaba por subordinar los intereses privados y la propiedad privada, modificando sus prioridades y dirigiéndolas a la vida y a las condiciones laborales de los trabajadores y de las personas con pocos ingresos, despertase poco interés y atracción en los arquitectos criados y educados en Estados Unidos. El polo opuesto al CIAM es el urbanista estadounidense con más poder en Nueva York en las décadas de 1920 y 1930, Robert Moses. Su popularidad póstuma ha ido desapareciendo debido a sus diferentes artimañas para hacer que los parques públicos y las playas fuesen inaccesibles para la gente pobre, en particular para los afroamericanos, incluyendo la construcción de puentes que cruzaban sus parques y que eran demasiado bajos como para que los autobuses pudiesen pasar por debajo.[20]

---

[19] Le Corbusier, *The Athens Charter*, *op. cit.*, pp. 43-105 [ed. cast.: *La Carta de Atenas, op. cit.*, pp. 45-140].

[20] Robert Caro, *The Power Broker: Robert Moses ans the Fall of New York*, Vintage, Nueva York, 1975, pp. 318-319.

Sin embargo, existe una conexión entre la arquitectura moderna y el actual momento global en curso. Y discurre a través del Estilo Internacional.

Modernidad, rascacielos y mutaciones del Estilo Internacional

La historiadora de la arquitectura estadounidense Carol Willis ha escrito que «los rascacielos son la arquitectura definitiva del capitalismo».[21] Se han convertido efectivamente en la referencia del capitalismo global. La victoria de la línea capitalista global en el Londres de la década de 1980 provocó, de forma significativa, un chorreo de torres corporativas en el Canary Wharf, que también transformaron el resto de los antiguos Docklands. Bajo el mandato municipal del derechista Boris Johnson, el Canary Wharf se convirtió en el símbolo de toda la ciudad, permitiendo incluso que la torre Shard, propiedad de capital catarí, hiciese sombra y sobrepasase la catedral de San Pablo, un icono nacional. En Ciudad de Panamá, la ciudad nacional se apiña en el antiguo centro colonial, donde la militancia ciudadana sigue intentando (en noviembre de 2015) mantener a raya a los «promotores» corporativos, totalmente abrumada por las últimas torres construidas con el fin de lavar dinero, por no hablar de las torres bancarias, los hoteles de lujo, la oficinas corporativas y los centros comerciales exclusivos.

La modernidad arquitectónica no era sinónimo de rascacielos. Al contrario, en sus orígenes no solo había un vacío a este respecto sino un antagonismo moderno frente a esta tendencia. En la famosa y trascendental «Exposición Internacional de Arquitectura Moderna» que tuvo lugar en el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1932, en la cual se acuñó el concepto de «Estilo Internacional», solo había dos rascacielos. La mayor parte de los existentes fueron desestimados con desprecio por los autores del libro de estilo que se adjuntaba a la entrada, Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson.[22] El comisario de la exposición, Alfred Barr, señaló con satisfacción en su prefacio al libro la influencia estadounidense del Estilo Internacional en el «paso [...] de la acentuación de la verticalidad a la de la horizontalidad en numerosos edificios metropolitanos recientes».[23]

Los rascacielos son una invención de la ingeniería y del capital inmobiliario estadounidense, primero durante la década de 1880 y 1890, especialmente en Chicago, luego seguida con gusto por Nueva York. Hubo

---

[21] Carol Willis, *Form follows Finance: Skyscrapers and Skylines in New York and Chicago*, Princeton (NJ), Princeton Architectural Press, 1995, p. 181.
[22] Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson, *The International Style: Architecture since 1922*, Nueva York, Norton, 2001 (1933), p. 33 [ed. cast.: *El estilo internacional: arquitectura desde 1922,* Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, 1982].
[23] Ibídem, p. 25.

ciertas condiciones técnicas necesarias para este despliegue: la producción industrial de acero, iniciada en Inglaterra, y los ascensores, que databan del Segundo Imperio francés. Pero igual de cruciales fueron las condiciones socioeconómicas en el contexto histórico y topográfico. Chicago era una floreciente metrópolis industrial que tuvo que ser reconstruida tras el devastador incendio de 1871 del pequeño distrito financiero comprendido entre el lago Míchigan por el este y el río Chicago por el norte y el oeste, limitado por el sur por las vías del tren y las industrias consolidadas.[24] En dichas circunstancias, la lección de la publicación contemporánea, *Architecture Record*, era que «el principal y único propósito de un edificio de oficinas es lograr obtener el máximo beneficio a sus propietarios, lo que significa que debe presentar el máximo de espacio alquilable», lo que obviamente significaba construir hacia arriba.[25] Cass Gilbert, el arquitecto que construyó el edificio Woolworth en Nueva York, y que entre 1913 y 1930 fue el más alto del planeta, definió el rascacielos como «una máquina que hace la tierra rentable».[26] Los arquitectos europeos, en particular, y no solo en Francia y Alemania, quedaron fascinados por los rascacielos en la década de 1920. En París, el diseño de torres altas fue impulsado por Auguste Perret y Le Corbusier, cuyo Plan Voisin de 1925 (para el fabricante de coches Voisin) de un nuevo distrito financiero en el centro de París, con edificios de 200 metros de altura fue el más atrevido de todos. En Alemania, Mies van der Rohe también comenzó a diseñar rascacielos durante los años veinte. Uno de los autores alemanes más prolíficos en este género fue Ludwig Hilberseimer, cuyo modelo de Ciudad del Bienestar repleta de rascacielos presagiaba de manera inquietante los inmensos complejos residenciales construidos por toda Europa durante las décadas de 1960 y 1970 y que fue incluido en un catálogo de la exposición en Stuttgart de 1927.[27] Pero nada de esto acabó siendo construido.

Las cuatro estrellas del MoMA eran Le Corbusier, Walter Gropius, el holandés J. J. P. Oud (que aunque vivió hasta 1960 no construyó mucho a partir de la década de 1920) y Mies van der Rohe. Las ilustraciones en el catálogo de Hitchcock y Johnson mostraban principalmente edificios de poca altura con una marcada horizontalidad. Barr y sus compañeros mostraron su respeto por el precoz arquitecto de rascacielos Louis Sullivan, pero no por sus seguidores, tanto debido a su acentuación de la verticalidad del estilo torre, como por su obsesión por la ornamentación historicista,

---

[24] Acerca del contexto de Chicago, véase George Douglas, *Skyscrapers: A Social History of the Very Tall Building in America*, Nueva York, McFarland, 1996, caps. 1 y 2; Marco D'Eramo, *The Pig and the Skyscraper: Chicago, A History of our Future*, Verso, Londres, 2002.
[25] Citado en Carol Willis, *Form follows Finance…, op. cit.*, p. 19.
[26] Ibídem, p. 19; véase también Davin Nye, «The sublime and the skyline», en Roberta Moudry (ed.), *The American Skyscraper,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 255-269.
[27] Jean-Louis Cohen, *Scenes of the World to Come*, Nueva York, Flammarion, 1995, cap. 5.

neogótica o *art déco,* en el caso de Gilbert. Dicho de manera sencilla, Barr, Hitchcock y Johnson consideraban que el típico rascacielos estadounidense era una manifestación de mal gusto. Mientras que la Exposición y el catálogo prestaban algo de atención a las preocupaciones sociales de la vanguardia europea, referidos a la vivienda popular, el influyente libro de Hitchcock y Johnson se centraba en el estilo y la estética.[28]

Lo que sucedió a partir de ahí fue que la estética del Estilo Internacional fue adoptada por los ricos y ambiciosos constructores de rascacielos corporativos y sus arquitectos, al tiempo que el programa del CIAM de urbanismo social iba muriendo. Raymond Hood, uno de los más destacados arquitectos financieros estadounidenses ya se había movido en esa dirección para cuando llegó la Exposición del MoMA; el arquitecto de la torre Rockefeller, que surgiría poco después, Wallace Harrison, era un precoz converso y su impacto es visible en el monumental Rockefeller Center de finales de la década de 1930.

La vanguardia arquitectónica internacional y el capital estadounidense se unieron por primera vez para construir el edificio de la Secretaría de las Naciones Unidas (154 metros), construido entre 1947 y 1952 en un terreno donado por Rockefeller, bajo la dirección *in situ* y constante de Wallace Harrison, si bien el diseño era básicamente de Le Corbusier y Oscar Niemeyer. Lewis Mumford lo encontró espantoso:

> Un edificio que para las poblaciones es el emblema de las cosas que temen y odian: nuestra pringosa mecanización, nuestro terrible poder, nuestra actitud paternalista hacia las razas inferiores que no han adoptado el modo de vida estadounidense.[29]

Mies van der Rohe se convirtió en el icónico constructor de rascacielos después de la Segunda Guerra Mundial, con sus apartamentos en Lake Shore Drive en Chicago y el edificio Seagram en Nueva York. Desde muy temprano, el edificio corporativo generó una gran empresa productora (aún a día de hoy) de edificios de gran Estilo Internacional, la multinacional con sede en Chicago Skidmore, Owings & Merrill (SOM) con sus precoces edificios emblemáticos, Lever House y la sede del Chase Manhattan Bank en Nueva York.[30]

El fin de la arquitectura vanguardista europea y de los radicales como Gropius y Van der Rohe como estilistas del capital estadounidense es una parte significativa de un proceso más amplio de autodestrucción europea (mediante el fascismo), que dio paso a medio siglo de dominio estadounidense.

---

28 C. Massu, «Préface à l'édition francaise» en Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson, *The International Style… , op. cit.*, pp. 6-7.

[29] Citado en L. Vale, «Designing global harmony: Lewis Mumford and the United Nations headquarters», pp. 256-282, en Thomas Hughes y Agatha Hughes (eds.), *Lewis Mumford: Public Intellectual*, Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 270.

[30] George Douglas, *Skyscrapers… , op. cit.*, cap. 14; Hasan-Uddin Kahn, *International Style: Architecktur der Moderne von 1925 bis 1965*, Colonia, Taschen, 1998, pp. 117 y ss.

Mies van der Rohe había formado parte anteriormente del revolucionario Novembergruppe (Grupo de Noviembre, por la revolución alemana de noviembre de 1918) de artistas comprometidos. Su primera construcción reseñable fue un expresivo monumento funerario a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En el exilio inglés, antes de obtener su influyente cátedra en la Escuela Superior de Diseño de Harvard, se rindió. En 1934 escribió al secretario general del CIAM: «He decidido [...] mientras sea posible, no comenzar a diseñar viviendas sociales para trabajadores, sino intentar penetrar en la clase de los ricos y poderosos».[31]

Hay también otra trayectoria de la arquitectura moderna, también repleta de giros irónicos. Como ya hemos señalado antes, la vivienda popular asequible para personas con bajos ingresos era una parte central del proyecto original del CIAM. No se había construido mucho antes de la Segunda Guerra Mundial, pero se mantenía la tradición holandesa marcada por Oud[32] con sus coloridas y limpias hileras de vivienda urbana popular y de clase obrera. Los trabajos de Hans Scharoun con sus «paisajes urbanos» de construcciones de poca altura construidos según un diseño en el que encajaban las zonas verdes y los árboles, como en el caso del barrio de Siemensstadt en Berlín (1930), continúan caracterizando muchas de las periferias de los pueblos y ciudades escandinavas, incluyendo mi propia ciudad, Kalmar. También este aspecto de la modernidad tuvo su tardía e irónica victoria después de la Segunda Guerra Mundial. Lo primero y más auténtico fue su contribución a la construcción del Estado de bienestar (véase el capítulo de momentos populares).

Mucho más importantes fueron, no obstante, los proyectos de vivienda masiva que comenzaron a mediados de la década de 1950, tanto en Europa oriental como occidental, en las periferias o, como en el caso de París, alrededor de las capitales o de otras ciudades importantes. Los proyectos no tenían objetivos específicamente arquitectónicos y se centraron en proporcionar vivienda moderna y barata para poder dar respuesta lo más rápidamente posible al incremento de la demanda popular. Pero también puede argumentarse, como recientemente han hecho Javier Monclús y Carmen Díez Molina, que esto estuvo inspirado (al menos en parte) por el CIAM y la Carta de Atenas.[33] Las ciudades de piedra de Occidente y las ciudades del

---

[31] Eric Dluhosch y Rostilav Svacha, *Karel Teige…*, *op. cit.*

[32] Jacobus Johannes Pieter Oud, nombrado arquitecto municipal de Róterdam en 1918 desarrolló un gran número de viviendas sociales de carácter funcionalista [Kiefhoek (1922-1924) en Róterdam, así como las de Hoek van Holland (1924-1927). Se desmarcó de la ortodoxia del CIAM al proyectar el edificio de Shell (1938-1942), camino que seguirían posteriormente muchos otros participantes del CIAM. Oud fue uno de los principales difusores en Europa del Estilo Internacional. [N. de la T.]

[33] Javier Monclús y Carmen Díaz Medina, «Modernist housing states in European cities of the Western and Eastern Blocs», *Planning Perspectives*, vol. 31, núm. 4, 2016.

Este, a menudo más verdes, sucumbieron ambas a la urbanización en forma de bloques de cemento y torres de pisos. En el Este esto supuso una victoria igualitaria dirigida por Nikita Jrushchov sobre el jerárquico realismo estalinista, mientras que en Occidente significó el traslado y adaptación de las ambiciones y tradiciones sociales previas a la Segunda Guerra Mundial.

De todas maneras, se trató de una pírrica victoria, especialmente cuanto más nos desplazamos hacia el oeste desde Moscú. Es famosa la afirmación de Charles Jencks de que «la arquitectura moderna murió en San Luis (Misuri) el 15 de julio de 1972», cuando el bloque de viviendas de Pruitt-Igoe, construido por Minoru Yamasaki (el arquitecto del World Trade Center de Nueva York) fue dinamitado.[34] Treinta años después el mismo Jencks presentaba una visión más amplia, con algo de ironía sobre sus propias declaraciones anteriores, pero no mucho más convincente.[35]

La vivienda popular de gran altura no era parte intrínseca de las preocupaciones de la vanguardia moderna europea y esta estuvo ausente en todas sus manifestaciones previas a la Segunda Guerra Mundial: los edificios de Oud en Hoek van Holland y en Róterdam, el Weissenhof de Mies van der Rohe en Stuttgart, el Siemensstadt en Berlín o los programas a gran escala de vivienda social de Ernst May a finales de la década de 1920 en Fráncfort.

El telón de fondo de la demolición de Pruitt-Igoe y del colapso del Ronan Point en Londres no es la arquitectura moderna sino los ideales anglosajones de vivienda y sus concomitantes realidades sociales. Tanto en Estados Unidos como en Reino Unido, la vivienda unifamiliar era el ideal, incluso en su omnipresente forma caricaturizada de lúgubres hileras de casas de clase obrera, adosadas una a otras, a las que se accedía desde un callejón comunal y que contaban con un cobertizo en el patio trasero. Frente a la presión urbana por la falta de viviendas, esta suponía, por supuesto, una respuesta lenta; por eso, se probó con la construcción de edificios de apartamentos. El complejo Pruitt de apartamentos en una torre de once pisos fue construido a mediados de la década de 1950 para la clase media blanca, pero debido a restricciones presupuestarias, se diseñó de manera cutre y deficiente. Al principio funcionó como se suponía que debía hacerlo, pero cuando la clase media lo abandonó, los ascensores dejaron de funcionar, dando paso al deterioro material y social. La secuencia de la espiral de vivienda social y declive social no es nuestro propósito aquí. En la mayor parte de los casos de arquitectura «moderna» anglosajona destinada a los pobres, el problema principal no fue el estilo arquitectónico, sino la concentración en complejos de vivienda social de gente pobre, toxicómanos y familias disfuncionales, con edificios construidos de manera

[34] Charles Jencks, *The Lenguaje of Post-Modern Architecture*, Rizzoli, Nueva York, 1977 [ed. cast.: *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Barcelona, Gustavo Gil, 1986].
[35] Charles Jencks, *Critical Modernism*, Londres, Academy Press, 2007, pp. 18 y ss.

deficiente y mezquina y de escaso mantenimiento, agravando las tendencias autodestructivas. Utilizar estas trágicas experiencias con objetivo de polemizar acerca del estilo arquitectónico resulta obsceno.

La fabricación de vivienda social a gran escala, con una altura moderadamente elevada, de cinco a veinticinco pisos, se convirtió a partir de la década de 1960 en una de las principales características de las periferias de las grandes ciudades europeas. No poseían el estigma social inherente a los proyectos públicos para pobres de los anglosajones —y en Europa del Este mantuvieron la mezcla social—, pero en general fueron diseñadas en poco tiempo y construidas con demasiada rapidez, retrasándose siempre los servicios prometidos o bien sin que nunca llegaran a implementarse; en Europa occidental fueron destinados de forma creciente a precarios e inmigrantes. En tanto obviamente se trataba de vecindarios no óptimos, estos proyectos y sus habitantes se convirtieron en espacios y poblaciones extremadamente vulnerables frente a la opinión dura y cambiante de los medios de masas, especialmente en Berlín y París.[36] Algunos de estos proyectos, como es el caso del creado por el «programa del millón» sueco, han sido sometidos en los últimos tiempos a programas de rehabilitación, con éxitos variables. El modernismo barato para la gente considerada pobre se convirtió en un objetivo barato para los caros críticos arquitectónicos. Pero la historia de la vivienda de masas moderna no se acaba en Europa.

Algún tiempo después, edificios más altos, de unos veinte pisos y más, se hicieron populares como viviendas de la clase media en el Este de Asia; y no solo en ciudades abarrotadas como Hong Kong y Singapur, sino también en metrópolis de Estados nación con clara escasez de viviendas debido a la emigración rural, como es el caso de Seúl. La vivienda a gran altura consiguió atraer, tras unos cuantos fracasos, a la clase media de Seúl, gracias a las nuevas comodidades «occidentales»: calefacción central, baños y váteres de descarga, cocinas prácticas, comedores de estilo estadounidense y servicios vecinales del tipo europeo como guarderías, escuelas, zonas de juego infantiles y comercios. La villa olímpica donde se alojaron los participantes de las olimpiadas de 1988 proporcionó un ejemplo moderno y elegante de ello.[37] Desde el Este de Asia, se han popularizado los bloques de apartamentos de gran altura, tanto hacia el este como hacia el oeste.

---

[36] Florian Urban, en su historia contemporanéa de la vivienda de masas, proporciona unos cuantos ejemplos llamativos: como el de Märkisches Viertel en la zona norte de Berlín Occidental, que cambió entre 1966 y 1968 y pasó de ser un modelo positivo a ser una pesadilla (Florian Urban, *Tower and Slab*, Routledge, pp. 26 y ss.); o la Gropiusstadt, diseñada por el mismo Gropius, en la zona sur de Berlín Occidental, que acabó siendo vista, gracias a un reportaje de gran éxito, *Los niños de la estación del zoo*, como el espacio de crianza de los desolados y los toxicómanos (Florian Urban, *Tower and Slab*, Routledge, p. 72). Denuncias similares recaen sobre las *grandes ensembles* en las *banlieue* de París (Florian Urban, *Tower and Slab*, Routledge, pp. 49 y ss.)

[37] Sohn, «Changes in the residential features of Seoul», especialmente la sección VII.

Entre los veinticinco edificios acabados más altos del mundo (a principios de 2016), cinco son residenciales: dos están en Estados Unidos y tres en Emiratos Árabes. El edificio más alto en la Europa occidental, el Shard en Londres, es parcialmente residencial.[38]

La primera lección que debe extraerse de todo esto es que la arquitectura no puede triunfar sobre la sociología. Antes bien, la arquitectura es sociología convertida en forma. La ironía de la modernidad arquitectónica es otra. Su constructivismo más radical acabó proporcionando la forma favorita del poder corporativo capitalista. Su ambición política de cambio social fue desacreditada como campo de cultivo de marginados sociales. La tercera lección es que la arquitectura es una parte constitutiva del momento global de las ciudades.

Contexto y contingencia: la batalla de Londres

Aunque podamos discernir la dinámica de desarrollo capitalista de sus antecedentes históricos preparatorios, la llegada del momento global en curso en la historia urbana no fue ni una evolución natural ni un resultado preconcebido. Se decidió en la contingencia de las batallas. Londres fue la arena crucial, Tokio el profeta fallido; la transformación de Nueva York equilibró la balanza.

En la década de 1980, Japón parecía estar en camino de convertirse, económicamente, en el número uno.[39] Las eufóricas expectativas desataron grandes planes urbanísticos, cuyo objetivo final era hacer de la bahía de Tokio una especie de estanque urbano y posicionar a Tokio como una ciudad global. El principal arquitecto de Tokio, Kenzō Tange dibujaba enormes y atrevidos proyectos para la bahía que no tenían precedentes en ninguna otra ciudad. En la década de 1980, Tokio cabalgaba el boom inmobiliario; el primer ministro, el nacionalista Yasuhiro Nakasone, y el gobernador, Shunichi Suzuki, invocaban a Tokio como la «ciudad global» «que dirigirá el mundo».[40] Al final, de todo aquello no salió mucho, algo pero no demasiado: Japón se hundió en el estancamiento económico a principios de la década de 1990, con la ciudad de Tokio sumergiéndose en lo más profundo.

---

[38] Council on Tall Buildings and Urban Habitat, *Skyscraper Center*, 2016, skyscrapercenter.com.

[39] Esta era también la visión académica estadounidense en aquellos momentos. Ezra Vogel, *Japan as Number One*, Nueva York, Harper, 1979.

[40] Gobierno metropolitano de Tokio, «2nd long-term plan in 1987», citado en A. Saito y A. Thornley, «Shifts in Tokyo's World City Status and the Urban Planning Response», *Urban Studies*, 2003, p. 672.

En la década de 1970, Nueva York estaba en una situación desesperada, se enfrentaba cara a cara a la necesidad de declararse en bancarrota. Despúes de 1977 logró salir de su agujero económico y comenzó a crecer de nuevo, tanto económica como demográficamente, impulsada por el sector financiero e inmobiliario. Este giro fue la primera gran victoria del capitalismo financiero postindustrial, capaz también de sostener una vibrante cultura metropolitana. Marcó la agenda de las aspirantes a ciudades globales. El contexto político de esta trayectoria fue decidido a escala nacional, por la presidencia de Reagan, más que por ninguna batalla urbana de importancia.

¿Por qué Londres? Después de todo, Londres era una ciudad del Viejo Mundo, que hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial dirigía el mayor imperio del planeta, donde el sol nunca se ponía y los salarios nunca subían (Alice Amsden). Incluso tras perder la mayor parte del imperio, Londres siguió siendo el centro global de las transacciones financieras. Londres no era únicamente su milla financiera, «la City» con C mayúscula. Era también, y por encima de todo, la capital de una compleja sociedad nacional y estatal, la cuna de la industrialización, gobernada por una oligarquía profundamente inmersa en las formas y costumbres monárquicas y aristocráticas, que presidía desde sus mansiones rurales la bulliciosa capital, en gran medida propiedad de, y construida por, nobles terratenientes.

El capitalismo industrial alcanzó su culmen alrededor de 1970, de acuerdo con la proporción de empleo industrial en los países ricos. Como había predicho Marx, el punto más alto del capitalismo industrial fue también el punto cumbre del movimiento de lucha de clases, en términos de afiliados a partidos políticos, participación electoral y organización en sindicatos. No hubo revolución socialista, pero hubo gobiernos laboristas y grandes y exitosas huelgas. El problema era que el tiempo se le acababa a los laboristas. La historia económica estaba a punto de cambiar hacia la desindustrialización de los centros capitalistas, lo que debilitaría seriamente el corazón industrial de la clase obrera. Se estaban sentando las condiciones para la revancha capitalista. Margaret Thatcher prometió ser el Ángel de la Muerte del sindicalismo industrial y del laborismo. En su propósito, le fue de gran ayuda las divisiones creadas por las luchas industriales y, de manera decisiva, el sistema electoral británico, que le dio el poder absoluto con el apoyo de menos de un tercio del electorado.

Londres nunca había sido una ciudad con una clase obrera poderosa, como Berlín o los centros industriales del norte británico,[41] sus preferencias políticas habían cambiado varias veces de signo. Aunque había tenido un gran contingente de empleados de cuello azul, este disminuyó rápidamente durante las décadas de 1970 y 1980, generando un desempleo

[41] Gareth Stedman Jones, *Outcast London*, Londres, Verso, 1971.

estructural. Parte de este cambio económico se debió al cierre de los muelles del este de la ciudad, provocado por el nuevo sistema de contenedores. En 1976, se cerraron los East Indian Docks y en 1982 las Royals, las últimas dársenas en funcionamiento.[42] Se generó aún más desempleo.

El Londres de la década de 1980 era una ciudad con crecientes problemas sociales. Pero también era el resultado de una maduración del «Swinging London» de los sesenta: multicultural, multiétnico, multisexual, con su *New Left*, que había rebasado su inicial núcleo del Soho y se había endurecido en incontables campañas. En 1982, los laboristas obtuvieron la mayoría en el Gran Consejo de Londres (GCL), una concesión relativamente reciente (1965) del gobierno central a la democracia urbana; una nueva coalición de la *New Left*, bajo el liderazgo de Ken Livingstone, quedó al cargo. El GCL tenía poco poder y pocos recursos, pero heroicamente intentó compensarlo con ideas, proyectos simbólicos y participación ciudadana.

Las líneas divisorias se habían trazado claramente. A la derecha estaba el gobierno central, con un apoyo minoritario, pero con poderes constitucionales casi ilimitados, decidido a aplastar a muerte cualquier oposición de los laboristas o de los movimientos populares a su proyecto neoliberal, que incluía también deshacerse de los *old boys*[43] de la oligarquía, considerados tan indolentes como ineficaces. A la izquierda estaba el gobierno de la ciudad con pocos poderes, que dependía de la alineación de los distritos de Londres (treinta y tres) pero que cabalgaba la ola del radicalismo (que empezaría a declinar poco después) y estaba bien pertrechado en ideas e iniciativas.

En juego estaba la orientación de la ciudad capital. El GCL declaró en 1983 que «la especulación inmobiliaria no tenía sitio en la ciudad»[44] El campo de batalla definitivo se encontró en los Docklands del este londinense, históricamente pobre, ahora destrozado y con un desempleo masivo. Estaba claro que debía hacerse algo en esta parte de la ciudad. Pero ¿qué?

Las preocupaciones de la izquierda eran locales y populares, concentradas en el desempleo, los servicios sociales, la vivienda y la democracia (específicamente en lo relativo a la participación popular en el planeamiento). Tal vez el mejor ejemplo sea el People's Plan para los Docklands: el intento de mantener algunas de las dársenas de los muelles, desarrollando almacenes de

---

[42] Sue Brownill, *Developing London's Docklands: Another Great Planning Disaster?*, Thousand Oaks (CA), SAGE, 1990, p. 19.

[43] Los *old boys* hacen referencia a los estratos aristocráticos que dominaban la escena política británica desde tiempos inmemoriales; Margaret Thatcher venía de un entorno de clase media-baja y era una ferviente conservadora de tendencias neoliberales. Logró abrir el aristocrático partido a la entrada de las clases medias, pequeños empresarios, comerciantes…, que reforzaron su base dentro del partido y permitieron que los estratos más aristocráticos perdieran fuerza. [N. de la T.]

[44] Ibídem, p. 124.

fruta y madera, apoyando la manipulación manual de carga e impulsando la vivienda social, así como la educación y el cuidado infantiles.[45]

Las preocupaciones de la derecha estaban centradas en un desarrollo económico que deslumbrara a la nación, más que en uno de carácter global, es decir, en oficinas y conexiones empresariales, como un aeropuerto urbano y el tren ligero de los Docklands. En 1982, se instauró una «zona empresarial» libre de impuestos. La democracia suponía un problema, así que el gobierno tory desempolvó un viejo instrumento de la política urbana británica utilizado tanto en el imperio como en las «New Towns»[46] del Reino Unido, la «corporación de desarrollo» formada por personas designadas desde las instituciones centrales, y que solo debía rendir cuentas al gobierno central. La London Docklands Development Corporation [Corporación para el Desarrollo de los Docklands de Londres, LDDC] se creó en 1981. Los miembros del gobierno de Thatcher eran firmes creyentes de lo que puede denominarse la dictadura del capital. Las objeciones de las autoridades locales de los Docklands podían rechazarse sin problemas, ya que desde su punto de vista «estaban gobernadas por comunistas».[47]

Pese a todas sus campañas y el apoyo logístico y propagandístico del GCL, la gente normal, no muy cohesionada, del Este de Londres no tuvo oportunidad alguna frente a un poder político y un capital internacional libres y desenfrenados. En 1985, el gobierno de Thatcher anunció el fin del gobierno londinense electo y un consorcio bancario suizo-estadounidense impulsó la pieza estrella del desarrollo globalista de los Docklands, el Canary Wharf. En 1987 este se encontraba virtualmente en bancarrota y fue adquirido por tres de los hermanos canadienses Reichmann bajo el nombre de su empresa de promoción inmobiliaria Olympia & York. Estos últimos desarrollaron un nuevo centro de negocios en el este, con un plan diseñado por SOM y una representativa torre del arquitecto argentino-estadounidense César Pelli, que había diseñado las Torres Petronas en Kuala Lumpur y el World Financial Center en Nueva York para los Reichmann. Olympia & York también se tambaleó financieramente y en 2004 el Canary Wharf pasó a manos de Morgan Stanley, quien posteriormente lo vendió al consorcio «Songbird» capitaneado por uno de los hermanos Reichmann y un príncipe saudí.[48] Más tarde, China Investment

---

[45] Ibídem, pp. 129-130.

[46] Las *New Towns* fueron una creación del gobierno británico para realojar a las poblaciones de zonas bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial o que estuviesen en situación de pobreza. [N. de la T.]

[47] Michael Heseltine en sus memorias, citado por Sue Brownill y Glen O'Hara en «From planning to opportunism? Re-examining the creation of the London Docklands Development Corporation», *Planning Perspectives*, vol. 30, núm. 4, 2015, p. 550. Heseltine era un moderado o «tibio» del régimen, más tarde lideraría el golpe contra Thatcher.

[48] Colin Lizeri, *Towers of Capital: Office Markets & International Finanacial Services*, Nueva York, Wiley, 2009, p. 254.

Corporation se convirtió en uno de los principales accionistas de Songbird, que tras ello fue adquirida en 2015 por la Qatari Investment Authority junto con la firma, con sede en Toronto, Brookfield Properties.

El Canary Wharf es uno de los elementos que, de forma característica, ejemplifican una ciudad global: desarrollado por capital extranjero, diseñado por promotores extranjeros, construido con materiales y técnicas extranjeras como un bosque de rascacielos y que incorpora una réplica extranjera como referente, diseñada también por arquitectos extranjeros. Los trabajadores de la limpieza venían del Sur Global y de la Europa Oriental poscomunista; en 2004 se les negó el derecho de reunión y sindicación, en tanto todo el área era propiedad privada.[49] Sin embargo, tras un cuarto de siglo, el Canary Wharf parece haber sido asumido por la ciudad, como parte del patrimonio nacional.[50] El Canary Wharf rubrica la exitosa llegada del momento global. En 1989, el largo declive demográfico de posguerra viró, dando paso al crecimiento de población.

El Canary Wharf fue el punto de partida de la nueva transformación globalista de Londres, aun cuando hubo también otras decisiones y planes cruciales durante la década de 1980. Económicamente, lo más importante fue la desregulación de la City en 1986, que permitió la entrada de tiburones financieros de los siete mares en la Bolsa de Londres; estos devoraron a los pintorescos y preneoliberales caballeros tories, defensores de la nación. Políticamente, la abolición del gobierno electo de Londres, dio paso a las consultorías del gobierno con la vista puesta en la ciudad global.

El Comité Asesor de Planificación de Londres fue establecido mediante la misma ley, que abolió al gobierno electo. En 1998 presentó una inocua «visión cuatridimensional» de Londres:

- Ciudad civilizada que ofrezca una gran calidad medioambiental para todos los londinenses.
- Nodo central mundial para el comercio y las finanzas internacionales.
- Ciudad de oportunidades para todo el mundo.
- Ciudad de barrios residenciales seguros y estables capaces de sostener el desarrollo comunitario.

Sin embargo, la cuestión crucial estaba en «el futuro de Londres como ciudad global». La firma Coopers Lybrand & Deloitte fue contratada por el LPAC en 1990 para responder a la pregunta: «¿Cuál es el futuro de Londres

[49] Doreen Massey, *World City*, Londres, Polity, 2010, p. 139.
[50] *Cf.* Richard Williams, *The Anxious City: English Urbanism inthe Late Twentieth Century*, Nueva York, Routledge, 2009, pp. 163 y 176 y ss.

como ciudad global competitiva y cómo puede mantenerse y mejorar esta posición mediante una correcta política urbana?».[51] El principal informe de los consultores, «London: World City», fue publicado por el HMSO[52] en 1991, el mismo año que el libro de Sassen.[53]

En 1999, el LPAC presentó las recomendaciones estratégicas para la planificación urbanística de rascacielos y la visión estratégica de Londres. Tras señalar que «los rascacielos han sido impulsados como un factor esencial para el éxito de Londres, en su papel de ciudad global preeminente en Europa»,[54] el Comité afirmaba sin rodeos:

> La investigación no ha logrado encontrar evidencias significativas que sugieran bien una necesidad o bien un deseo de promover un cambio radical en el paisaje urbano de Londres mediante la construcción de rascacielos con el objetivo de reafirmar, asegurar o ampliar la importancia de Londres como ciudad global [...] El carácter de Londres ya está bien definido. No necesita de nuevos rascacielos para caracterizarse como una ciudad global.[55]

Cuando regresó al poder en el año 2000, Ken Livingstone reconoció que eran nuevos tiempos. El Plan de Londres de 2004 abrazó el globalismo económico, aunque lo hizo de manera un poco menos ostentosa que en su primer borrador: «El Plan de Londres no puede, de manera realista, revertir estos factores profundamente arraigados, y tampoco es deseo del alcalde hacerlo».[56] Actualmente, el momento global no es totalitario, no más que lo que actualmente ocurre en el urbanismo comunista. El segundo gobierno de Livingston en Londres tenía una significativa agenda social pública, y por encima de todo ecologista, que incluía guarderías accesibles económicamente, algo de vivienda social y espacios públicos —con la transformación de Trafalgar Square que pasó de ser un espectáculo de circo de tráfico rodado, interrumpido de vez en cuando por valientes y concienciadas manifestaciones ciudadanas, a un área publica peatonal para los

---

51 LPAC, «London: World City», Prefacio.

52 HMSO, Her Majesty's Stationery Office (Oficina de Información del Sector Público de Su Majestad-Imprenta Nacional), es el organismo oficial que se encarga de publicar e imprimir documentos oficiales. [N. de la T.]

53 Saskia Sassen, *The Global City: New York, London and Tokyo,* Princeton (NJ), Princeton University Press, 1991 [ed. cast.: *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio,* Eudeba, Buenos Aires, 1999]. En el libro Saskia Sassen da una definición de «ciudad global»: «La combinación de dispersión espacial e integración global ha creado un nuevo rol estratégico para las grandes ciudades", dando lugar a un nuevo tipo de ciudad: la "ciudad global"». [N. de la T.]

54 LPAC, «London: World City», Prefacio, punto 1.4

55 Ibídem, puntos 1.7 y 1.9.

56 David Gordon, *Planning Twentieth Century Capital Cities*, op. cit., p. 9-10; Doreen Massey, *World City*, op. cit., p. 86. Doreen Massey, como urbanista radical, estuvo asociada a la primera administración de Ken Livingstone. Su libro expresa también, junto con sus preceptivos y penetrantes análisis, una actitud de resignación.

ciudadanos y los visitantes— además de incluir gravámenes a la congestión creada por los coches dentro de la ciudad y promover el transporte público.

La exitosa apuesta por la consecución de las Olimpiadas de 2012, apoyada de manera crucial por el antiguo adversario de Livingston, Tony Blair, estaba dirigida, de un modo globalista, a captar financiación para el desarrollo social del este de Londres.[57] Pero un proyecto de ciudad capitalista global exige, por supuesto, su libra de carne. En los dosmil, los intereses comerciales privados tuvieron acceso privilegiado al alcalde, y las torres corporativas empezaron a brotar.[58]

Tras un breve tropiezo debido a la crisis financiera del 2007, los negocios volvieron a florecer, más incluso que antes —incluyendo un nuevo cambio en la propiedad del proyecto del Shard—; mientras la crisis se desviaba y caía sobre la plebe bajo la guisa de la austeridad. Durante el gobierno municipal de Boris Johnson, los rascacielos londinenses proliferaron como nunca antes. A mediados de marzo de 2014, se informó a la prensa de que se estaban construyendo, o estaban planeados, 236 nuevos edificios de más de veinte pisos. La mayor parte de ellos eran residenciales (al menos en parte): las nuevas clases gentrificadoras de Londres seguían el camino de las clases medias altas del Este de Asia.

Johnson desechó el plan de espacios públicos de Livingstone, empezando por la reordenación de Parliament Square, y rebajó, cuando no abandonó por completo, las propuestas concretas de construcción de vivienda asequible. Las subvenciones en los nuevos proyectos residenciales se han reducido y han acabado por tener que pagar el 80 % del precio de mercado —además de asumir la existencia de una entrada separada, la «puerta de los pobres»—, lo que está muy alejado de la capacidad económica de las clases populares. La construcción de vivienda social acabó con el thatcherismo. Y ahora, en vez de vivienda social, Londres compite con Los Ángeles en el ranking de viviendas en propiedad de extranjeros, casi unos 90.000 millones pies cuadrados (unos 8.400 millones de metros cuadrados). El valor del mercado inmobiliario de Londres es casi equivalente al PIB de Brasil.[59]

---

[57] John Allen y Allan Cochrane, «The urban unbound: London's politics and the 2012 Olympics Games», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 38, núm. 5, 2014, p. 1616.

[58] David Gordon, *Planning Twentieth Century Capital Cities*, op. cit., p. 11; A. Thornley *et al.*, «The Great London Authority: Interest representation and the strategic agenda», Discussion Paper 8, London School of Economics Londres, 2001.

[59] El periodismo serio proporciona un valioso conocimiento acerca del mercado de propiedades londinense. A este respecto estoy en deuda con el crítico de arquitectura del *Financial Times*, Edwin Heathcote («The gentrification and petrification of London's heart», *Financial Times*, 17 de junio del 2015) así como con unos cuantos autores más: la columnista del *Daily Telegraph*, Reni Eddo-Lodge; el *The New York Times* del 28 de octubre del 2014; Stefanie Bolzen *et al.*, «*Metropolis Merciless», Welt am Sonntag*, 22 de marzo del 2015; Ruth Bloomfield, *Financial Times*, 13 y 14 de diciembre del 2014; Peter Haldeman, *The New York Times*, 9 de diciembre del 2014.

Los dos principales objetivos del alcalde eran claramente globalistas:

> Londres debe conservar su estatus como ciudad global y construirse como uno de los tres centros financieros de alcance global. Debe ser un lugar donde los negocios y las personas quieran residir [...] Londres también debe encontrarse entre las mejores ciudades del mundo donde vivir, sea cual sea tu edad y entorno social.[60] [Supongo que mientras que no tengas que confiar en unos ingresos medios].

Debería señalarse que Johnson evitó hacer referencia alguna a la vivienda en esta ciudad «para todo el mundo»,[61] durante su discurso de toma de posesión como alcalde.

Pero el Londres tory oficial no es Ciudad de Panamá. La versión de 2011 del Plan de Londres de Johnson estipulaba que la solicitud de permisos para la construcción de edificios grandes y altos debería incluir un «análisis del diseño urbano», a fin de demostrar que el proyecto cumple las nueve condiciones listadas.[62] En su papel de antigua ciudad global, Londres se está globalizando con cierto estilo. Esto puede verse en las elecciones a la alcaldía de mayo del 2016, en las que un político laborista de origen pakistaní, Sadiq Khan, derrotó claramente al candidato tory que había llevado a cabo una campaña llena de indirectas respecto a un supuesto y relevante extremismo islamista y antisemita.

Tampoco esta ciudad, la mayor casa de apuestas financiera del planeta, es una ciudad global sin Estado, libre de lazos y responsabilidades nacionales. No solo sus mercados financieros e inmobiliarios dependen de la protección estatal británica —lo que incluye una protección, mínima eso sí, frente a injerencias de la UE—, las condiciones comerciales están determinadas por la legislación nacional. La infraestructura básica de Londres, tanto la planeada como la existente, depende de los permisos nacionales y de la cofinanciación nacional: el metro, el Crossrail,[63] el aeropuerto de Heathrow, el Thames Gateway,[64] etc. Y tal y como demuestra la masiva presencia popular en el aniversario de la coronación de la reina, los amarres londinenses no son únicamente cadenas económicas. Son lazos escogidos y profundamente arraigados. Por otra parte, bajo el actual brillo

[60] Greater London Authority (GLA), «The London Plan», 2011, Prefacio.
[61] Ibídem, p. 32.
[62] Ibídem, pp. 217-218.
[63] Línea ferroviaria rápida, aún en construcción, que atravesará Londres por debajo y constará de dos líneas de doble dirección. [N. de la T.]
[64] Es un proyecto dirigido a mejorar un área de unos 65 Km cuadrados que comprende una parte del Gran Londres, y una parte de los condados, entre otros, de Essex y Kent. Cerca de 1,6 millones de personas viven en dicho área que contiene algunos de los distritos más pobres del país. El objetivo del Thames Gateway es mejorar la situación económica y estructural de la zona mediante una reindustrialización parcial e inversiones en la agricultura. [N. de la T.]

arquitectónico, que se alimenta en un pozo de «promotores» aparentemente sin fin, se está cociendo una explosiva mezcla de jeques petroleros árabes megarricos, oligarcas rusos y magnates expatriados de todos los continentes, con sus mansiones inmensas, ostentosas y vacías la mayor parte del tiempo; pobreza masiva migrada desde Bangladesh, Europa del Este y el Sur Global en general; y clases populares autóctonas cada vez más expulsadas o marginadas del propio Londres. Utilizando el lenguaje de nuestro tiempo, difícilmente se puede considerar esto desarrollo sostenible.[65]

La Batalla por Londres fue un hecho crucial ya que enfrentó no solo a los intereses populares nacionales contra los del capital global, sino que, también, aunque de manera menos prominente, dos proyectos de ciudad global, una ciudad global multicultural contra una ciudad del capital global. En las dos situaciones, el capital global resultó triunfante.

Una batalla similar, aunque menos dramática en términos políticos, se libró en Tokio. Durante la década de 1970, Tokio vivió una suerte de momento popular bajo el mandato del gobernador Ryokichi Minobe, elegido en 1971 con el lema «Plazas abiertas y cielos azules», que promovía la participación ciudadana en la planificación urbana (a saber, «plazas abiertas»). El gobierno se centró en la vivienda para personas con bajos ingresos y en la construcción de escuelas y parques —lo que contrastaba con su predecesor con sus autopistas y pasos elevados diseñados para las olimpiadas—, al tiempo que defendía un «mínimo ciudadano» para un nivel de vida decente. El giro a la «ciudad global» vino a mediados de la década de 1980, durante el segundo mandato del gobernador Suzuki, que fue elegido por primera vez en 1979, gracias a su Segundo Plan General a Largo Plazo para la Metrópolis de Tokio de 1986. Y entonces, entre 1990 y 1992, estalló la burbuja japonesa: los sueños de ciudad global recibieron un duro golpe, que resultó fatal en lo que respecta al proyecto diseñado para rellenar la bahía de Tokio, aun cuando no afectara tanto a la ideología subyacente ni al desarrollo corporativo privado. Las elecciones de 1995 enterraron las ambiciones de Tokio como ciudad global, al menos hasta las elecciones de 1999, en las que ganó el conservador Shintaro Ishihara. Este puso sus aspiraciones en convertir Tokio en «una prominente ciudad global». Debería señalarse, de todas maneras, que Ishihara no era un neoliberal anglosajón sino un nacionalista japonés, sin miedo alguno a luchar contra el poder corporativo si consideraba que era en pro del interés

---

[65] El desarrollo londinense en curso discurre en dirección contraria al sexto objetivo programático de Boris Johnson en su «Plan para Londres» (32): «Una ciudad donde sea sencillo, seguro y conveniente para todo el mundo acceder al empleo, oportunidades e instalaciones». Hasta qué punto Sadiq Khan será capaz de cambiar dicha orientación aún está por ver. Pero debemos tener en cuenta que los recursos económicos y legislativos del alcalde londinense se ven muy limitados en comparación con el gobernador de Tokyo.

nacional de la ciudad. Enfrentado al gobierno nacional y al lobby empresarial, pero con unas impecables credenciales de derechas consiguió que se aprobase una tasa metropolitana sobre los beneficios bancarios, algo que no había logrado el gobernador de los años setenta.[66]

Saskia Sassen estaba en lo correcto cuando señalaba el avance de la ciudad global a través de diferentes relatos, historias, culturas y políticas,[67] pero sus acríticos seguidores no han sabido prestar la atención necesaria a las duraderas, y sin embargo muy diferentes, construcciones de la ciudad global y por ende a las experiencias y funcionamientos diferenciados de las ciudades globales.

El momento urbano del capitalismo global

El actual momento global es la hora del capital global. Para las capitales de los Estados nación esto supone un desafío singular. ¿Están perdiendo su carácter nacional o se están viendo marginadas por ciudades más receptivas a las nuevas constelaciones de poder?

Primero, tenemos que hacer recuento de los diferentes significados geopolíticos del término «globalización». En el Este de Asia, «globalizar» es un verbo activo, que se refiere a la opción política escogida, no a ninguna fuerza externa a la que uno se tiene que adaptar, como pasa en la mayor parte del discurso globalizador euro-estadounidense.[68] No hay lugar en el que esta elección globalizadora sea más explícita, empática y entusiasta que en China. En la segunda mitad de la década de 1990, en la política china se convirtió casi en una moda construir «ciudades globales» con el objetivo de modernizar e integrar el país en el mundo. ¡Cuarenta y tres ciudades chinas anunciaron planes de desarrollo como ciudades globales![69] Como parte de su plan de convertirse en una «ciudad internacional moderna» (esta es la traducción al inglés preferida por la alcaldía de Pekín), tras la aprobación por parte del gobierno central, Pekín decidió construir un CBD (Distrito Central Financiero por sus siglas en inglés) en la parte oriental del centro de la ciudad. Se realizaron dos concursos internacionales para su diseño.

---

[66] Toshio Kamo, «Reinventing Tokyo: Renewing city image, built enviroment and governance system toward the 21st century», investigación presentada frente a la Hong Kong Real State Developers Association Conference (Conferencia de la Asociación de Promotores Inmobiliarios de Hong Kong) que tenía como lema «Re-inventing Global Cities» (Reinventando las ciudades globales), noviembre 2000, Facultad de Derecho, Universidad de Osaka, 2000. Asato Saito y Andy Thornley, «Shifts in Tokyo's world city status and the urban planning response», *Urban Studies*, vol. 409, núm. 4, 2003, pp. 665-685; Shun-ichi J. Wanatabe, «Tokyo: Forged by market forces and not the power of planning» en David Gordon, *Planning Twentieth Century Capital Cities*, *op. cit.*, pp. 101-114.
[67] Saskia Sassen, *The Global City,* op. cit. p. 4.
[68] Para referencias, véase Göran Therborn, «Europe and Asia: In the global political economy and in the world as a cultural system» en Göran Therborn y Habibul Khondker (eds.), *Asia and Europe in Globalization*, Leiden, Brill, 2006, pp. 292 y ss.
[69] Ren Xuefei, *Building Globalization*, *op. cit.* p. 12

El plan oficial captura bastante bien el espíritu del actual momento global: «El área central del CBD está diseñado para concentrar una gran cantidad de rascacielos [...] El diseño debe crear una imagen urbana perfecta con edificios simbólicos que resalten sobre la media y conformar un punto focal dentro de la masa de torres de rascacielos».[70] El CBD de Chaoyang se abrió al mundo financiero en 2004. Desde entonces la ciudad ha construido un segundo distrito financiero, al oeste de Tiananmén: Financial Street.

Bajo el eslogan «Un nuevo Pekín, grandes Olimpiadas», el proyecto de globalización recibió un impulso, acompañado de demoliciones masivas de viviendas así como extensiones del metro a gran escala y la construcción de una nueva arquitectura icónica. Durante el competitivo proceso de selección, los motivos nacionales fueron dejados a un lado. El resultado, de sobra conocido, fue de hecho asombroso, y esto pese a que la sede de la televisión diseñada por Rem Koolhaas fuese consumida parcialmente por el fuego, el Teatro Nacional de Artes Escénicas de Paul Andreu tuviese problemas de filtraciones en su entrada bajo el agua y que el estadio Nido del Pájaro de Herzog & Meuron permaneciera vacío en su gran parte. Estos dos últimos iconos son los dos edificios emblemáticos que aparecen en la página oficial de Pekín.

En 2006 el gobierno metropolitano de Seúl presento un proyecto francamente globalista:

> En la sociedad futura, la competitividad urbana determina la competitividad nacional [...] La influencia de las naciones disminuirá drásticamente, mientras que cerca de 10 megaciudades determinarán la política mundial [...] En el pasado, las naciones diseñaron los modos para hacer que las ciudades funcionasen adecuadamente [...] Pero ahora, es tiempo de que las ciudades diseñen visiones específicas de sí mismas.[71]

El *think tank* de la ciudad ya había especificado el significado de la competitividad urbana:

> Los esfuerzos de los últimos años [para asegurar la sostenibilidad del crecimiento y desarrollo de la ciudad] pueden resumirse en una competencia entre ciudades para convertirse en un centro internacional, un nodo en la red de corporaciones, fuerzas laborales, recursos y finanzas. Está teniendo lugar una férrea competencia para convertirse en el centro de la economía, la política y la cultura, así como de los transportes y de las telecomunicaciones, atrayendo las sedes de las corporaciones multinacionales y las actividades del sector servicios de alto nivel, mano de obra altamente cualificada y eventos internacionales.[72]

---

[70] Citado en ibídem, p. 70.
[71] Seoul Metropolitan Goverment, *Seoul, A Clean and Attractive Global City*, Seúl, 2006, p. 6.
[72] Seoul Development Institute, *Can Seoul Become a World City?,* 2003, p. 11. El texto es una introducción a un detallado estudio, llevado a cabo junto con la rama analítica de la corporación

Sin embargo, debe señalarse que esta estrategia de convertirse en un «centro internacional», «atrayendo a corporaciones multinacionales» y compitiendo por los «eventos internacionales» (convenciones de todo tipo, grandes competiciones de deportes internacionales») está siendo empleada por la capital nacional de un país excolonial ferozmente nacionalista. Como lo expresó el entonces presidente de Corea en 1995, «la globalización es el camino más rápido para construir la república como una nación de primer orden en el nuevo siglo que comienza».[73] En 2011, Seúl eligió un alcalde con mayor conciencia social, Park Won-soon (reelegido en 2014), quien ha desechado algunos de los proyectos enfocados al prestigio global.

El momento capitalista global en la historia urbana supone un enorme cambio en el poder urbano y una dramática transformación del paisaje urbano. De todas maneras, el cambio más relevante, en lo que al poder se refiere, no es de lo nacional a lo global. Es el cambio de la población y la ciudadanía al capital nacional y global. El principal objetivo de la ciudad global no es la satisfacción de sus habitantes, el capital global no representa a su nación y a sus ciudadanos, sino atraer capital extranjero y el gasto de los consumidores, a fin de beneficiar al capital nacional (a algunos sectores del mismo) y a competir con otras ciudades por el título de Miss Universo Capitalista.

Ahora bien, el globalismo urbano no debería tomarse como una categoría, sino como una variable, de la que una determinada ciudad puede tener más o menos. Por lo general las ciudades no se gobiernan solas. En las ciudades democráticas, los alcaldes y los gobernadores de la ciudad, deben ser elegidos mediante votación por parte de la población local. Los gobiernos nacionales mantienen un ojo puesto en los intereses nacionales; la mayor parte de ellos también tienen que enfrentarse a elecciones de resultados inciertos.

Para abordar la impronta urbana del capitalismo global, podemos emplear dos conjuntos de variables, uno en relación con el grado de inserción urbana en/o la conectividad con el capitalismo global, el otro en relación con la apertura de una ciudad o de sus servidumbres sistémicas a las finanzas globales. «Sistémico» se utiliza aquí para distinguir un sistema de mercado de los patrones de nepotismo y de la conspiración cleptocrática. Para poder hacer posible las comparaciones a gran escala, para la primera variable, haré uso de un índice parcial empleado en los análisis de la red económica urbana desarrollados por Peter Taylor y sus colaboradores, en el marco de un ambicioso proyecto capitaneado

---

financiera japonesa, Nomura Securities, con vista a proporcionar respuestas políticas a la cuestión citada. Más o menos en esa época, los propagandistas de Seúl y sus consultores jugaban con la idea del «*Beseto*», un megacentro urbano intercomunicado y conectado entre Pekín, Seúl y Tokio.

[73] Cita extraída de Gil-sung Park, Yong Suk Jang y Hang-Young Lee, «The interplay between globalness and localness: Korea's globalization revisited», Seúl, Korea University, 2007, p. 8.

por China sobre la competitividad urbana global, y del cual hasta ahora han surgido dos informes.[74] Llaman a este índice «conectividad global», y básicamente sitúa las ciudades de manera jerárquica, basándose en la localización de las sedes de las multinacionales más importantes del mundo, según Forbes.[75]

En tanto los diseñadores del índice compuesto de competitividad urbana son académicos ilustrados y no duros hombres de negocios o ideólogos financieros, dicho indicador incluye unos cuantos elementos no relacionados directamente con los beneficios capitalistas. Para nuestros propósitos de hacernos una imagen general del poder capitalista tenemos que considerar otras cosas.[76] Lo mejor que he encontrado ha sido desarrollado por auténticos creyentes del capitalismo salvaje, la Fundación Heritage y el Wall Street Journal: el «índice de la libertad económica».[77]

Voy a emplear aquí dos de sus diez índices compuestos. Uno que podemos denominar apertura capitalista: es una media del comercio, las inversiones y las libertades financieras. El otro lo llamaré libertad respecto de los impuestos, aunque el título original es «libertad fiscal». Alcanza su máximo de «libertad» cuando no hay gravámenes en absoluto.[78] Debe señalarse que ambos índices se refieren al Estado en su conjunto, no solo a la ciudad capital, pero este es el modo en el que el capitalismo global está organizado, aunque las ciudades por sí mismas, puedan ofrecer exenciones y servicios fiscales especiales.

Primero echaremos un vistazo sobre el modo en el que las capitales nacionales están enredadas en los tentáculos del capitalismo global observando cómo puntúan en dos grupos diferentes de variables: la conectividad capitalista global y el poder capital global.

---

[74] Pengfei Ni y Peter Karl Kresl, *The Global Urban Competitiveness Report 2010*, Cheltenham (Massachusetts), Edward Elgar, 2010; Pengfei Ni, Peter Karl Kresl y Wei Liu (eds.), *The Global Urban Competitiviness Report 2013*, Cheltenham (MA), Edward Elgar, 2013.

[75] Ibídem, 2013, p. 10.

[76] El primer Informe sobre la competitividad tenía un índice parcial llamado «Régimen de mercado», que podría haber sido utilizable pese al hecho de que uno de sus tres elementos era irrelevante: la ratio entre la renta local y la renta nacional. Fue descartado sin explicación alguna en el segundo informe.

[77] Heritage Foundation, «The 2016 index of Economic Freedom», Washington DC, Heritage Foundation, 2015, www.heritage.org/index.

[78] Había otro buen candidato, la «Libertad laboral», la libertad de empresa frente a los derechos de los trabajadores, que muestra auténticas credenciales capitalistas en la afirmación de que hay mayor libertad laboral en Arabia Saudí y en Emiratos Árabes que en Alemania o Suecia, aun cuando es un compuesto de varios elementos y no exactamente la cara opuesta de la libertad de los trabajadores. La «libertad laboral» parece ser mayor en Estados Unidos —donde aunque no son ilegales, los sindicatos son acosados— que entre la mano de obra casi totalmente privada de derechos que trabaja en la península arábiga.

Tabla 3. Ciudades capitales en el capitalismo global: las veinticinco ciudades más entrelazadas

	Poder capitalista global		
Ciudades	Conectividad corporativa global	Apertura capitalista	Libertad respecto de los impuestos
Singapur	0,976	0,85	0,91
Londres	0,966	0,86	0,65
Tokio	0,957	0,71	0,69
Pekín	0,847	0,44	0,70
París	0,849	0,77	0,48
Moscú	0,745	0,43	0,82
Seúl	0,728	0,75	0,74
Madrid	0,725	0,81	0,58
Bangkok	0,710	0,63	0,81
Buenos Aires	0,660	0,42	0,66
Ciudad de México	0,633	0,70	0,75
Varsovia	0,624	0,78	0,76
Kuala Lumpur	0,581	0,67	0,85
Budapest	0,576	0,78	0,79
Bruselas	0,572	0,78	0,44
Yakarta	0,568	0,60	0,83
Dublín	0,570	0,83	0,74
Praga	0,527	0,83	0,83
Viena	0,525	0,83	0,51
Santiago de Chile	0,525	0,81	0,75
Atenas	0,505	0,61	0,64
Delhi	0,498	0,49	0,77
Cairo	0,468	0,55	0,86
Estocolmo	0,464	0,84	0,44
Manila	0,457	0,65	0,79
Berlín	0,415	0,83	0,62
Washington DC	0,403	0,76	0,66

Nota: Todos los índices tienen un máximo de 1. «Conectividad» se refiere a la posición de la ciudad en la localización de la jerarquía interna de las principales corporaciones multinacionales. La «apertura capitalista» se refiere a la ausencia de barreras al comercio, la inversión privada y los movimientos financieros. La «libertad respecto de los impuestos» comprende tanto los ratios impositivos máximos como los impuestos totales como porcentaje del PIB.[79]

Las capitales nacionales europeas siguen estando en el centro de las redes del capitalismo global, y suman doce de las veinticinco ciudades capitales de esta lista. En comparación solo hay nueve capitales asiáticas, tres latinoamericanas, una del norte de África árabe y ninguna del África subsahariana. Nairobi es la capital que recibe la puntuación más alta de estas últimas, con un 0,2 (entre las ciudades subsaharianas no capitales, Johannesburgo obtuvo un 0,442 y Lagos un 0,211). Las capitales específicamente políticas no están tan atrapadas en el capitalismo global. Washington es la que más lo está

[79] Ni *et al.*, *The Global Urban Competitiviness Repor 2013*, *op. cit.*, p. 10 (definición) y capítulo 16 (porcentajes en conectividdad); Heritage Foundation, «2016 index».

—0,403 del índice—, seguida por Ottawa con una puntuación del 0,284 y Wellington con un 0,247, muy por delante de Ankara, Brasilia, Canberra, Islamabad, Pretoria y La Haya. Abuya y Astaná ni siquiera aparecen en el listado. Washington es la cuarta ciudad en conexiones corporativas a nivel global de Estados Unidos, después de Nueva York, Los Ángeles y Houston.

La penetración capitalista en las capitales poscomunistas es impresionante: en Europa cuatro de ellas adelantan a Berlín y a Roma, y seis a Lisboa. Pero la fiabilidad del índice no siempre es transparente: Hanói (0,314) , por ejemplo, parece estar más enredada en el capitalismo global que Seattle o Detroit.[80]

La libertad de movimiento del capital es muy pronunciada en Europa. De las capitales con los nueve valores más altos (superiores al 0,80) seis son europeas; Londres obtiene el índice más alto. Sorprendente, tal vez, es la gran libertad del capital en ciudades del Estado de bienestar como Estocolmo, Viena y Berlín, cuyo índice es superior al de Washington. Los capitalistas también encuentran más barreras en Tokio, París y Bruselas. Si se sitúan los dos índices juntos, Singapur, debido a sus fuerte capitalismo de Estado, parece ser la ciudad capitalista por excelencia, seguida de Praga, Budapest, Dublín, Santiago de Chile y Varsovia. Londres está por debajo en los indicadores combinados de poder debido a los impuestos, aunque ofrece una mayor exención de impuestos que todas las capitales europeas occidentales excepto Dublín.

En el momento global actual, las representaciones urbanas del poder adoptan principalmente tres expresiones: verticalidad, innovación y exclusividad. La verticalidad de los rascacielos se ha convertido en una señal de las aspiraciones globales, del deseo de poder global o, al menos, del prestigio global. Los rascacielos de nuestros días se corresponden con las grandes y amplias avenidas del nacionalismo global de finales del siglo XIX. Esto no supone una verticalidad adaptada a la vivienda, pese a que una creciente minoría de rascacielos sean residenciales, pero lo son de lujo, llenos de riqueza y poder. Los rascacielos son tremendamente caros de construir; sus constructores le están diciendo al mundo que tienen dinero para edificarlos. En ciudades en crecimiento, cuyos terrenos tienen un elevado coste, estos edificios con una gran área de pisos por metro cuadrado de terreno, también son extremadamente rentables, siempre y cuando puedan venderse o alquilarse, algo que está lejos de ser siempre el caso.

A la contra del bombo publicitario contemporáneo, las ciudades globales no son necesariamente importantes incubadoras de la innovación —ni la revolución biomédica, ni la electrónica surgieron en las ciudades— pero son nodos de innovación en torno a los cuales gravita la riqueza y donde esta se

[80] Cómo lidian los creadores del índice con el globalismo de Starbucks o de General Motors es algo que desconozco.

exhibe. En términos de paisaje urbano, la innovación es, sobre todo, la creación de nuevos distritos financieros y comerciales. Aquí debemos lidiar con la innovación en conexión con la verticalidad. Pero también hay que prestar atención a la construcción de nuevos símbolos urbanos no nacionales, y su significado relativo en la construcción de la nueva iconografía nacional.

La exclusividad es el tercer rasgo distintivo del momento urbano global. No en el sentido de clausura urbana, ya que estas ciudades tienen una inmensa demanda de una «clase de servicio» con salarios bajos, sino también de talentos nuevos y ambiciosos: aquí «exclusividad» significa dividir la ciudad en segmentos exclusivos. Las urbanizaciones cerradas son el instrumento más lacerante, pero para ello también resulta muy efectivo la desregulación del precio de mercado en las ciudades en crecimiento.

El 25 de abril de 2003, el grupo inmobiliario Mori Building albergó la exhibición del proyecto Roppongi Hills en la Torre Mori en Tokio. Su tema era la «ciudad global», y presentaba modelos de diferentes paisajes urbanos internacionales a fin de «demostrar la dirección adoptada por las ciudades globales que se habían desarrollado bajo el lema «Crecimiento vertical: hacia el cielo». La exposición era parte de la ambición programática expresada por el presidente y CEO de la firma, Minoru Mori: «Debemos transformar la densa horizontalidad urbana de Tokio en un área urbana vertical».[81]

Teniendo en cuenta nuestras anteriores conclusiones acerca de que los rascacielos surgieron con el propósito de maximizar beneficios en la construcción urbana, al igual que como afirmación y reivindicación capitalista de poder y prestigio públicos, la historia de los edificios altos nos proporciona la imagen de un reseñable giro global, en lo que se refiere a dichas afirmaciones. En 1940, el centenar de edificios más altos del planeta estaban en Norteamérica (léase Estados Unidos). A mediados de la década de 1950 habían surgido algunos compañeros de viaje, siete en Moscú —culminado por el edificio de la Universidad de Lomonósov con sus 240 metros de altura y el Hotel Ucrania[82] con 206 metros—, así como el edificio construido por los soviéticos en Varsovia, el palacio de Cultura y Ciencia con sus 213 metros y la Torre Latinoamericana de una corporación de seguros en Ciudad de México (con 182 metros). También se construyeron torres individuales de más de 140 metros en São Paulo y Buenos Aires. A las puertas de la irrupción de la actual ola de globalización, entre 1980 y 1990, la proporción de estos en Norteamérica (abrumadora aunque ya no exclusiva de los Estados Unidos) había decrecido del 81 % al 80 %. Entonces, los cielos cambiaron, y el predominio estadounidense descendió al 50 % en 2000, el 30 % en 2010 y el 17 % en 2015.[83]

---

[81] Rappongi Hills Opening Exhibition Catalogue, *The Global City*, Tokio, 2003, pp. 5, 97.
[82] A. Latour, *MOCKBA 1890-2000*, Moscú, 1997 [publicado originalmente en italiano como *Mosca 1890-2000*, 1992], pp. 296 y ss.
[83] Antony Wood, «Introduction: Tall trends and drivers: An overview» en David Parker y Anthony Wood (eds.), *The Tall Building Reference Book*, Nueva York, Routledge, 2013, p. 6.

Tabla 4. Geografía de los rascacielos y el declive relativo de capitalismo urbano estadounidense. Sede de los 100 edificios más altos del planeta, 1940-2015

Año	Lugar	Número de edificios entre los 100 más altos
1940	EEUU	100
1990	Norteamérica	80
2000	Norteamérica	50
2015	EEUU	17 (incluyendo el núm. 4)
	Este de Asia	51 (incluyendo el núm. 2)
	(de los cuales en la China interior)	32 (incluyendo el núm. 2)
	Península arábiga y golfo Pérsico	25 (incluyendo el núm. 1 y núm. 3)
	Europa Oriental (Moscú)	4 (incluyendo el núm. 33)
	Europa Occidental (Londres)	1 (núm. 79)
	Sudamérica (Santiago de Chile)	1 (núm. 98)
	Sur de Asia	0
	África	0

Nota: No se contabilizan las torres de comunicaciones.[84]

Para 2020, sesenta y uno de los cien edificios más altos del mundo serán chinos, según las planificaciones de dicho país.[85] La supremacía estadounidense se ve claramente sometida a un fuerte ataque y, desde 1998, el capital estadounidense ha abandonado la competición por el edificio más alto del planeta. En 1998 las Torres Petronas, propiedad del Estado capitalista Malayo, sobrepasaron a la Torre Sears/Willis de Chicago como punto más alto del mundo, para ser a su vez destronadas por el centro financiero de Taipei, Taipei 101, en 2004, que a su vez fue superado en 2010 por la Burj Khalifa en Dubái, que está previsto que se vea superada por la Torre Yeda (llamada anteriormente Torre del Reino) en construcción.

Sin embargo, aunque los rascacielos son indicativos del poder y de las ambiciones capitalistas urbanas —y, durante una época, también fueron un indicador de los intentos estalinistas de emularlos—, no son muy fiables como indicadores per se. Algunas de las corporaciones más poderosas del planeta, como Apple, Microsoft y Walmart, tienen sus sedes centrales en áreas rústicas (aunque bien comunicadas) y se caracterizan por su pronunciada horizontalidad.

Veamos ahora cómo el globalismo urbano ha afectado a las ciudades capitales nacionales.

[84] Council on Tall Buildings and Urban Habitat, «Buildings», Skyscraper Center, 2016, skyscrapercenter.com

[85] *China Daily*, 19 a 25 de septiembre, 2014, p. 5.

Tabla 5. Rascacielos en capitales nacionales en 2015

Ciudad	Núm. de edificios altos[86]	Núm. de edificios con 200 metros de altura o superiores
Tokio	207	23
Yakarta	201	23
Singapur	155	27
Seúl	141	14
Moscú	119	14
Londres	95	5
Gran Manila (a)	92	18
Ciudad de México	91	3
Bangkok	88	9
Pekín	87	8
Ciudad de Panamá	78	21
Kuala Lumpur	68	16
Banlieue de París (b)	43	1
Ankara	42	0
La Haya	42	0
Villa de París	39	1
Buenos Aires	36	0
Berlín	33	0
Bruselas	24	0
Varsovia	23	2
Teherán	23	0
El Cairo	22	0
Viena	21	2
Bratislava	21	0
Atenas	20	0
Madrid	19	4
Santiago de Chile	19	1
Hanói	18	4
Caracas	17	2
Lima	15	0
Kiev	14	0
Santo Domingo	14	0
Bakú	13	1
Astaná	13	0

[86] Council on Tall Buildings and Urban Habitat, «Criteria», www.ctbuh.org/HighRiseInfo/TallestDatabase/Criteria. El Skyscraper Center no proporciona criterios mínimos claros: «No es solo en relación a la altura sino acerca del contexto de dicho edificio». Y después continúa diciendo que «un edificio de 14 pisos o más —o más de 50 metros (165 pies)— podría utilizarse tal vez como umbral [mínimo] para considerarlo un «edificio alto». Emporis utiliza 35 metros y doce pisos como mínimo inferior. La lista se limita a las primeras 196 ciudades, posicionadas en función de su numero total de edificios altos.

Oslo	13	0
Beirut	12	0
Pretoria	12	0
Bogotá	11	0
Bucarest	11	0
Riga	11	0

Nota: (a) La aglomeración de Gran Manila no posee la clara demarcación francesa de ciudad y suburbio, por lo que las ciudades de Macati, Mandaluyong y Taguig están fusionadas en los datos relativos a Manila; (b) La banlieue de París se refiere aquí a los suburbios occidentales de Courbevoie y de Puteaux, que junto con el distrito financiero de París conforman el distrito de La Défense.

En este libro nos ocupamos solo de las ciudades capitales de los Estados nación, pero antes de seguir fijándonos más detenidamente en ellas, deberíamos relacionarlas con otras ciudades del mundo. El ranking de edificios altos está de hecho encabezado por seis ciudades no capitales, aunque sí ciudades muy capitalistas: Nueva York, destaca claramente como líder con sus 1.226 edificios registrados, Hong Kong con 582, tras ella Chicago, Toronto, Shanghái y Dubái, que es la que posee el mayor número de edificios de más de 200 metros de altura, sesenta y cuatro frente a los sesenta y tres de Hong Kong y los cincuenta y ocho de Nueva York. Con 300 metros de altura, Dubái sobrepasa a todo el resto con dieciocho edificios de esta altura —incluyendo el más alto de todos, con 828 m— en comparación con los siete de Nueva York.

Desde los primeros rascacielos estadounidenses hasta el año 2000, los edificios más altos del mundo eran casi en su totalidad edificios de oficinas; en general eran la sede de una corporación, aun cuando no fuera de uso exclusivo por parte de la misma, de manera parcial o total se utilizaban para obtener rentas corporativas. En este siglo se ha producido un drástico incremento en los rascacielos de uso mixto, en los que conviven oficinas, apartamentos, hoteles, zonas comerciales y de ocio. En 2012 solo cuarenta y nueve del centenar de los edificios más altos eran de uso exclusivo de oficinas y dieciocho eran (principalmente) de uso residencial.[87]

Las capitales nacionales bajo el capital global

Entre las capitales nacionales hemos de esperar la preponderancia del este de Asia, aunque esto tenga una base más amplia de lo que a menudo está implícito en el debate convencional acerca de la ciudad global. Yakarta tiene quince rascacielos de más de 210 metros de altura, catorce de ellos

[87] Antony Wood, «Introduction...», *op. cit.*, p. 6.

fueron construidos durante el boom del petróleo y de las materias primas que se produjo entre 2005 y 2015. Bangkok y Manila, pese a lo diferentes que son nacionalmente, tienen ambas un potente récord de demanda y recepción de inversión extranjera. Kuala Lumpur también está intentando posicionarse como un jugador global, pero está dirigida por un capitalismo de Estado nacional, como bien expresa el edificio carismático de la ciudad, las torres gemelas de Petronas, compañía petrolífera estatal. La ausencia de Delhi es notable; y, por delante de Bombay, la principal ciudad india en lo relativo a rascacielos, se encuentran cinco ciudades chinas. Delhi ha proclamado sus ambiciones de ser una «ciudad de clase global», pero hasta ahora la tradición del Partido del Congreso ha contenido las aspiraciones globalistas de la capital. Por otra parte, el Hanói poscomunista, como Moscú y Pekín, ha abrazado el juego global de ver quién llega antes al cielo. Sin embargo, Pekín, como centro político de un país gobernado con firmeza, ha optado por seguir más que liderar la carrera china del urbanismo capitalista globalista y está situada en el sexto puesto nacional, cuya jerarquía lidera Shanghái.

La construcción de rascacielos no debe reducirse a simples cálculos capitalistas acerca del ratio de pisos por metro cuadrado. Posee también un importante componente de estatus y competición, encarnado en la persona y las prácticas de Donald Trump, el constructor y propietario de unas cuantas «torres Trump». La Trump World Tower, que se levanta al lado del edificio del Secretariado General de la ONU en Nueva York, por ejemplo, fue construido (en 1980) como el «edificio residencial más alto del mundo» y hasta hace poco no había sido superado por sus competidores. Este ejemplo ilustra cómo la altura se ha convertido en un símbolo de estatus, suficientemente importante como para ser manipulado. Su altura oficial excede la medida tomada por el experto del Consejo de Edificios Altos y el número de pisos se incrementó saltándose algunos números. El piso noventa de la torre Trump es de hecho el piso setenta y dos.[88]

La construcción de rascacielos se ha convertido en un indicador significativo del estado del capitalismo contemporáneo. Muestra el auge capitalista y a menudo, como con el Empire State Building y la Bashnya Federatsiya (Torre de la Federación) de Moscú, este boom se está acercando a su fin. Por encima de todo, nos dice algo acerca del carácter del capitalismo en un lugar determinado. En conjunto, creo que demuestra la experiencia, actual tanto como histórica, de que cuantos más rascacielos tiene una ciudad más desenfrenado e insolente es el capitalismo.

«Las ciudades europeas se han mantenido en silencio, observando como las ciudades globales compiten en un nuevo escenario —el cielo— a

---

[88] Jon Ronson, «Breaking into the 800 club», *New York Times*, 4-5 de junio del 2016, p. 2.

fin de convertirse en las más altas del mundo»; así escribió un arquitecto japonés en el catálogo de Ciudades Globales mencionado anteriormente. Es cierto que la competición ha pasado a disputarse principalmente entre los países árabes y Asia Oriental, dejando las Américas totalmente detrás, y es un hecho que Europa occidental se ha quedado, en general, a un lado.

En Europa occidental, el capitalismo globalista, tras su victoriosa batalla por tomar el continente, tiene su indisputado centro en Londres, a favor del cual los jeques petroleros árabes y los oligarcas rusos votan con los pies.[89] En Francia, París y sus suburbios o *banlieues* constituyen dos entidades sociales muy diferentes, pero incluso si se intentase fusionarlas, Londres mantendría su ventaja. En la ciudad de París, el presidente conservador Valéry Giscard detuvo los permisos para las construcciones de gran altura tras la edificación de la Torre de Montparnasse, de 209 metros de altura, inaugurada en 1973. El 30 de junio del 2015 la alcaldesa socialista Anne Hidalgo tuvo finalmente éxito y logró aprobar, con un ayuntamiento dividido, la Torre Triangle, un edificio de oficinas diseñado por Herzog & de Meuron, en la Paris Expo Porte de Versailles, al suroeste de la ciudad. La alcaldesa logró vender el proyecto, financiado por un inversor inmobiliario y capital franco-holandés, como una «obra de arte», que se añadiría a la gran colección parisina.

No pertenecer al club de las grandes alturas no significa una absoluta ausencia de edificios de gran altura, solo que hay menos. Pero Europa tiene una gran cantidad de ausencias, especialmente, si tenemos en cuenta su riqueza. El listado arroja luz sobre una significativa resiliencia europea a las sirenas del globalismo de grandes alturas. La principal ausente es Roma, una capital que sigue siendo principalmente política y que es el centro mundial del catolicismo, mientras que Milán y Turín sí que forman parte de la lista.[90]

De las cuatro capitales de los Estados de bienestar nórdicos, solo Oslo, rica en petróleo, sigue jugando la partida. Las cuatro tienen tradiciones de planificación urbana bien consolidadas, opiniones e instrumentos legales para ello, además de unas tradiciones predominantemente rurales y

[89] Votar con los pies expresa el cambio de residencia (personal o empresarial) en función de sus preferencias sobre ingresos y gastos públicos, y su traslado a un territorio en el que las políticas públicas sean más de su agrado. Es un concepto desarrollado por el economista Charles Tiebout. [N. de la T.]

[90] La cara del capitalismo italiano más crudo se encuentra a menudo bien oculta, infestada de corrupción y «capital de la mafia». La corrupción medró durante el gobierno del alcalde de derechas Gianni Alemanno, que estuvo en el cargo entre 2008 y 2013, y estalló como un escándalo cuando ya había ocupado el cargo su sucesor, el candidato de centroizquierda Ignazio Marino, un hombre honrado pero que carecía tanto de experiencia en cargos públicos como de base política. Marino fue obligado a dimitir bajo la presión pública del primer ministro. En junio del 2016, una joven abogada del movimiento populista Cinco Estrellas, Virginia Raggi, fue elegida nueva alcaldesa, y menos de dos meses después le estalló en la cara una nueva crisis romana, con conflictos administrativos y fantasmas heredados de la corrupta administración de Alemanno apareciendo aquí y allí. Los servicios urbanos han estado en el centro de los problemas, particularmente la compañía de autobuses municipal y el deficiente servicio urbano de recogida de basuras.

campesinas. Las grandes alturas y este tipo de ostentación siempre han estado sometidas a un vigilante escrutinio respecto de su encaje en el contexto. Esto en absoluto evitó que se generasen y comisionasen proyectos de arquitectura innovadora a mediados del siglo XX (Alvar Aalto en Helsinki; Gunnar Asplund y Sven Markelius en Estocolmo; Arne Jacobsen en Copenhague) o complejos propios del modernismo contemporáneo (Snöhetta en Oslo; Henning Larsen, Schmidt Hammer Lasen y BIG en Copenhague). El rechazo local en Helsinki a un acuerdo tan costoso como el del Guggenheim es algo característico de un ambiente crítico frente a la ola globalista, aunque los políticos de Estocolmo estén intentando, agresivamente, que la marca de la ciudad sea «la capital de Escandinavia».

Irlanda se ha posicionado de manera exitosa como trampolín para el capital estadounidense de cara a los mercados europeos, pero la ciudad de Dublín ha jugado sus cartas de una manera más cautelosa que los bancos irlandeses y no se ha unido de manera pública a la carrera por los cielos. Debido al flujo de ingresos ilícitos, Suiza sigue siendo básicamente un país capitalista bancario a la vieja usanza, discreto y contenido, como la famosa calle financiera de Zúrich, la Bahnhofstrasse. Ni la capital, Berna, ni ninguno de los otros tres centros financieros de Suiza (Basilea, Ginebra y Zúrich) aparecen siquiera en la cola de espera para ascender a los cielos. La exclusión de Lisboa, mientras que se incluye Atenas, indica algunas diferencias interesantes entre los capitalismos semiperiféricos del sur europeo. Las altas torres atenienses parecen haber sido un resultado primario del impetuoso periodo de la junta militar (1967 a 1974), sin que más tarde se produjese un aumento significativo durante la construcción previa a las olimpiadas de 2004. Lisboa más conservadora —y por un breve periodo, tras la revolución de 1974, más anticapitalista— montañosa y periférica no se ha tenido que enfrentar a ninguna exigencia por parte de sedes corporativas con capacidad de presión; su Exposición Universal de 1998 promocionó una arquitectura horizontal en consonancia con la temática respecto a la que giraba la exposición: los océanos.[91]

El ranking estadístico de Atenas que le hace adelantar a Madrid es un producto, que depende de los puntos de corte escogidos. Aunque Atenas tenía un edificio más de gran altura que Madrid, esta última tenía 13 edificios superiores a los 100 metros. De hecho, Madrid estuvo entre las ciudades europeas pioneras en la construcción de grandes alturas, con el vanguardistas y «organicista» edificio de Torres Blancas de la década de 1960. Esta es una torre de 71 metros de altura formada por ocho estructuras

---

[91] Estoy en deuda a este respecto con mi amigo y colega griego Sokratis Koniordos y lo mismo con mi amigo portugués José Luis Cardoso. Un único edificio de gran altura, y de altura bastante modesta, se construyó para el evento de Lisboa de 1998, si bien no logró obtener suficientes inquilinos para sus oficinas.

cilíndricas con balcones semicirculares, que actualmente da la impresión, desde fuera, de estar un poco deteriorada, pero que sigue siendo marcadamente original.[92]

La verticalidad masiva de los rascacielos está por lo general conectada con la innovación urbana, bajo la guisa de los CBD. El primero de este tipo en Europa fue el parisino. Habiendo rechazado una propuesta en 1951, el Ayuntamiento creó un nuevo proyecto de distrito financiero en 1956, que debía desarrollarse a partir de un organismo público, el EPAD. Aquel fue el comienzo de La Défense, al oeste de la ciudad propiamente dicha. El EPAD comprendía el nuevo distrito como un *ensemble* monumental, que es lo que se ha convertido con el paso de las décadas, bajo la creciente presión financiera que demanda la construcción de nuevos edificios altos, y que fue más clamorosa desde que el presidente Giscard d'Estaing y la opinión pública paralizaran la construcción de más rascacielos.[93] Las torres de negocios de La Défense se convirtieron en un asunto de interés público cuando se vio que dificultaban la visión a lo largo de los Campos Elíseos y del Arco de Triunfo. Solo la intervención del presidente Pompidou salvó las ambiciones empresariales, pero este se dirigió sobre un nuevo proyecto, la «Tête de la Défense», una suerte de pórtico arquitectónico. Ganó el concurso el desconocido arquitecto danés, Johan Otto von Spreckelsen, con un diseño sencillo pero genial, un «cubo abierto» blanco con dos finos «bloques de oficinas» unidos por un dintel,[94] una hermosa respuesta al Arco de Triunfo y que acabó siendo conocido como el Gran Arco de la Défense. Se puede decir, sin lugar, a dudas que constituye la más exitosa unión conocida entre un nuevo distrito financiero y la ciudad histórica.

El Arco de La Defénse fue incorporado a los «grandes proyectos» de François Mitterrand para París, la mayor parte de los cuales dirigidos a modernizar la ciudad de mediados del siglo XIX como capital de la cultura mundial (léase occidental). Este esfuerzo, que forma parte también del momento global contemporáneo, tuvo éxito en gran medida, pero en términos de relevancia global no igualó a los dos edificios erigidos durante los mandatos de sus predecesores: el aeropuerto de Roissy de Paul Andreu —no es el aeropuerto más conveniente para los viajeros, en especial tras el aumento de tráfico, pero sigue siendo el más original— y el Beaubourg o Centro Pompidou, de Renzo Piano y Richard Rogers, que fue seleccionado gracias a la entusiasta defensa de dicho proyecto por parte del miembro del jurado Philip Johnson, convertido en un modelo global de posmodernismo. El propio Mitterrand escogió un notable

---

[92] Fue diseñado por el arquitecto español Francisco Javier Sáenz de Oiza para una empresa inmobiliaria, Huarte, alberga oficinas, apartamentos y una piscina en la cubierta.

[93] Anthony Sutcliffe, *Paris: An Architectural History*, New Haven (CO), Yale University Press, 1993, p. 174; Simon Texier, *Paris Contemporain*, Parigramme, París, 2005, pp. 166 y ss.

[94] Anthony Sutcliffe, *Paris…, op. cit.,* p. 192.

monumento global, la atrevida, nada nacional pero elegante y discreta, pirámide de cristal de I. M. Pei erigida en el patio de entrada del histórico Louvre, como cubierta para la entrada del museo.

Al de París le sucedió el nuevo centro financiero de Madrid. Había sido planeado durante la última década de la dictadura franquista y de hecho implementaba una idea ya existente en el plan general diseñado para Madrid en 1940. Se llama AZCA, donde la A representa la asociación corporativa de capital mixto para el desarrollo de la Zona Comercial de la avenida del Generalísimo. La última A responde a la arteria norte-sur madrileña, conocida por los demócratas antes, entonces y después, como paseo de la Castellana. AZCA tuvo una prolongación hacia el norte del paseo, abierto (en 1996) por dos torres inclinadas (de Philip Johnson y John Burgee), y bautizada como la Puerta de Europa. Esta exhibía un conjunto de ambiciosas torres junto con la Torre Picasso, una torre rectangular, con un diseño a rayas, de Minoru Yamasaki (que también diseñó las Torres Gemelas de Nueva York). En 2007, de manera bastante inoportuna justo antes de la crisis, esta prolongación se amplió más aún en dirección norte con el distrito financiero de las Cuatro Torres Business Area, de las que Norman Foster y César Pelli son los arquitectos más famosos. Esta ampliación encaja bastante bien en el paisaje urbano de Madrid, ya que no supone ni un rival para la zona céntrica ni un enclave ostentoso, sino una extensión de la ciudad.[95]

Pese a todo su globalismo, el distrito se mantiene inserto en un concepto nacional. En el camino hacia el distrito financiero (si vienes desde la parte antigua del centro) pasas por uno de los escasos y raros, puede que sea único, monumentos del planeta a la constitución, en este caso el homenaje es a la Constitución de 1978, adoptada tras la muerte de Franco. Y tras ello, justo antes de atravesar la Puerta de Europa —construida por la Kuwait Investment Office (KIO)— pasas por un monumento dedicado «por España» a un político de extrema derecha, Calvo Sotelo, quien tras haber ordenado otro asesinato, fue asesinado durante las tensiones que condujeron al alzamiento militar de 1936 y la Guerra Civil. En 2016, el nuevo ayuntamiento de izquierdas retiró el monumento a Calvo Sotelo.

Desde finales de la Primera Guerra Mundial, Viena ha sido una gran ciudad sin un gran país. Después de la Segunda Guerra Mundial y el tratado de paz de 1955, los gobiernos nacionales y municipales en tándem se han esforzado por rehacer Viena como metrópolis internacional y lugar de encuentro de la ONU. En este sentido abrió sus puertas el Centro

[95] Dichas torres representan uno de los mejores y más claros ejemplos del dominio financiero sobre una ciudad: una historia de pelotazos urbanísticos, cesiones del Ayuntamiento y recalificaciones de terreno para beneficio del capital privado, una zona privilegiada tanto a nivel estético como funcional para su construcción y un total desprecio por los efectos secundarios provocados por la misma. [N. de la T.]

Internacional de Viena en 1979, primera piedra de la ciudad de la ONU construida sobre una isla del Danubio. Desde finales de la década de 1990, Donau City se ha expandido como un área empresarial y de ocio, con un conjunto de rascacielos gestionados por un consorcio de bancos austriacos.

De forma sorprendente, todos los cambios de posguerra ocurrieron en Viena bajo la misma etiqueta socialdemócrata, que había estado en el poder desde 1920. Considerando que en 1930 una publicación socialdemócrata había proclamado orgullosamente que «la ciudad del millón de socialistas es la esperanza y la vanguardia de la clase obrera de todos los países capitalistas del mundo»,[96] en 2004 la ciudad se presenta a sí misma al lado de una imagen de una torre de oficinas como «uno de los mejores lugares para invertir». Donau City fue promocionada en 1994 como un ejemplo de «gran proyecto capaz de traer inversores internacionales a Viena». En 2004, la ciudad abandonó totalmente los proyectos de vivienda pública.[97]

En contraste con las tres anteriores, construidas principalmente por capital nacional privado o público, aunque para una clientela cada vez más globalizada, el nuevo centro financiero de Londres en el Canary Wharf, como ya hemos señalado más arriba, fue global desde el principio, aun cuando fuera respaldado de manera crucial por un gobierno nacional conservador.

Debemos observar también dos capitales europeas en las cuales el momento global contemporáneo es secundario respecto de las preocupaciones nacionales. Ni La Haya ni Berlín están demasiado enmarañadas en el capitalismo global. Sin embargo, ambas se han transformado de formas muy interesantes y ambiciosas.

El elevado puesto de La Haya en la clasificación por rascacielos es notable, dado su limitado tamaño y su relativa domesticidad. Forma parte del significativo urbanismo de gran altura holandés, que es más evidente en Róterdam y Ámsterdam, y que está ausente en gran medida o no se encuentra más que en un demorado estado embrionario en Escandinavia. La Haya es notable por sí misma, por dos razones. Primera, en términos de reestructuración general urbana, se puede decir que la transformación urbana de su casco histórico ha sido de lo más exitosa, al menos de Europa y puede que del mundo. Fue llevada a cabo en las dos décadas que trascurrieron entre, más o menos, 1990 y el 2010 como una vigorosa respuesta tanto urbana como nacional, al declive del modelo anglosajón del centro de las ciudades y la suburbanización de la clase media. En torno a la Estación Central se ha construido un área moderna de grandes alturas, conectada con el resto del centro histórico

[96] Eve Blau, *Architecture of Red Vienna*, *op. cit.*, fig. 1.2., p. 4

[97] M. Grubbauer, «Architecture, economic imagineries and urban politics: The office tower as socially classifying device», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 381, 2014, pp. 336-359, fig. 2.

de la ciudad, de menor altura, mediante un exquisito distrito posmoderno, el Resident, con alturas medias y formas variables. El elevado Wine Harbour Quarter al lado de la estación fue diseñado por el arquitecto estadounidense Richard Meier y el Resident por el luxemburgués Rob Krier. La pugna de la ciudad en la búsqueda de un estatus icónico es ejemplificada de manera más clara por un conjunto de torres gemelas residenciales de cuarenta y dos pisos de altura llamado The Iron, obra de un arquitecto local.

Segunda razón, la mayor parte de los nuevos edificios de gran altura y el resto de edificios modernos no son torres corporativas sino edificios públicos. Mientras que el nuevo ayuntamiento es un complejo funcionalista bastante poco notable, el gobierno nacional se ha proporcionado a sí mismo un conjunto de rascacielos, ocasionalmente compartidos para el negocio inmobiliario. Los ministerios de Justicia e Interior ocupan la torre más alta (y la menos interesante) y los de Educación y Bienestar están instalados en la más llamativa, diseñada por la firma neoyorquina Kohn Pedersen Fox. El Ministerio de Asuntos Exteriores obtuvo su nueva sede en 1984, una estructura curvada, grande pero nada ostentosa, de media altura con el aspecto de los condominios de clase media.[98]

Al tratarse de un centro político y administrativo, La Haya nunca ha sido un baluarte de políticas radicales, pero sus gobiernos municipales y nacionales, este último bajo una coalición centrista liderada por los laboristas en la década de 1990, han demostrado que incluso en un país totalmente abierto al capital global, las ciudades tienen diferentes opciones.

Berlín es el corazón solitario de Europa, a pesar de su situación geográfica central no constituye un nodo de tráfico comercial. Y pese a ser el impulsor político de la libre circulación económica en Europa, Berlín es una capital de relativa pobreza y como tal resulta atractiva para jóvenes artistas y escritores gracias a sus alquileres (aún) accesibles. Más que un momento global, Berlín está viviendo un nuevo momento nacional, de reunificación alemana con la absorción occidental de Alemania del Este. El debate acerca de Berlín como ciudad global se dio en la década de 1910 y 1920 y no ha se ha vuelto a producir.[99]

La ciudad tiene unos cuantos edificios de gran altura, pero en la clasificación de los de más de 100 metros, Berlín se queda en el puesto noveno entre las capitales europeas después de Moscú, Londres, París, Varsovia, Bruselas, Madrid, Kiev y Viena. Se impusieron estrictas regulaciones de

[98] Véase el lujoso álbum fotográfico realizado por Oppen 2012. También he tenido la suerte de contar con la posibilidad de consultar al profesor de geografía de Ámsterdam, Herman van der Wusten y a mi amigo holandés Don Kalb.

[99] El principal semanario político de Alemania, *Der Spiegel*, intentó tibiamente recuperar dicho discurso en su edición del 6 de septiembre de 1999, la página de portada de ese día rezaba así «Aufbruch zur Welstadt» [Caminando hacia la ciudad global], pero el artículo en sí no elabora la idea.

altura para la reconstrucción del nuevo y unificado centro de la ciudad; muchas propuestas de rascacielos, concretamente de algunos arquitectos, y en general las de los promotores inmobiliarios, han sido rechazadas. El documento oficial de 1992, «Principios de planificación urbana» reconocía que, «frente a la presión ejercida por la demanda de espacios de oficinas con una imagen consciente de edificio estampa [baulicher Ausprägung], siguiendo el modelo de las principales ciudades globales como ciudades con grandes alturas», se debía prestar atención al «perfil de la altura» de la ciudad. En cualquier caso, este enfoque tuvo que operar de manera diferenciada. En el centro de la ciudad, la altura máxima sería de 25 metros; y aunque los edificios de gran altura solo eran concebibles fuera del centro, seguían teniendo que respetar la visión de los «(edificios) dominantes típicos de Berlín».[100] No obstante, la demanda de espacios para oficinas fue satisfecha rápidamente. En vez de aspirar a convertirse en una ciudad financiera global, los urbanistas berlineses se concentraron en desarrollar diferentes versiones de una ciudad de clase media.[101] La incesante presión por parte de algunos arquitectos y promotores ha obligado en los últimos tiempos a que se suavicen las restricciones de altura en y alrededor de la Alexanderplatz, uno de los principales nodos del antiguo Berlín Este. El resultado hasta ahora no es alentador; un semicírculo de media altura y un hotel, en forma de bloque de piedra, de cuarenta y dos pisos, cuya única redención parecen ser las vistas desde su terraza superior.

La opinión pública y política, muy activa y heterogénea, ha priorizado respetar la historia de la ciudad anterior a la guerra y el patrimonio prenazi. Una de las expresiones de dicha decisión acabó resultando bastante bizarra, tras decidirse a reconstruir el palacio imperial del Reich de Guillermo. Al final se logró un compromiso aparentemente bueno: se reconstruiría la fachada del palacio, pero el edificio formaría parte de un conjunto de instituciones culturales, el Foro Humboldt, que con un diseño bastante novedoso de la plaza del Palacio (por parte de Franco Stella), se convertía en un gran patio cultural.

Los dos proyectos de edificios más grandes del Berlín reunificado no incluían ningún CBD. Uno era la construcción de un nuevo centro gubernamental; el otro el área de Potsdamer Platz, zona céntrica con una intensa vida social y un importante nodo de tráfico rodado durante los tiempos anteriores a la guerra de la zona oriental, que sufrió una terrible devastación durante la contienda y que la división de la ciudad transformó en un páramo. Los edificios gubernamentales fueron diseñados siguiendo

[100] Citado en Bruno Flierl, *Berlin baut um – Wessen Stadt wird die Stadt?*, Berlín, Verl. Für Bauwesen, 1998, p. 137.

[101] Cf. S. Hain, «Berlín's urban development discourse» en Matthias Bernt, Britta Grell y Andrej Holm (eds.), *The Berlin Reader*, Transcript-Verlag, 2013, pp. 53-65.

los principios de arquitectura democrática desarrollados en Alemania Occidental tras el nazismo, si bien perdieron la apreciada modestia de la construcción a pequeña escala de la república de Bonn, aproximándolas más al concepto de gran Alemania: se trata de construcciones ligeras, con vidrios transparentes y con accesibilidad pública. La sede de la Cancillería, con su estrecha fachada de cristal tras la que se oculta una inmensa parte trasera; el Reichstag, con una cúpula de vidrio nueva a la que pueden subir los ciudadanos (y demás visitantes) y desde la que pueden observar a los parlamentarios; y el espacio ajardinado abierto entre el Reichstag y la Cancillería, en el cual los niños pueden jugar al fútbol, son los proyectos mejor logrados de dicha idea. La élite política de Alemania Occidental fue la fuerza decisiva a la hora de dar forma a la nueva arquitectura del poder alemán. Las palabras clave fueron «confianza, modestia, dignidad» (palabras del canciller Kohl sobre la nueva oficina de la Cancillería) y «un edificio que sea inconfundible pero sin ser intrusivo» (como dijo el presidente Herzog respecto al nuevo palacio Presidencial).[102]

El proyecto para la Postdamer Platz fue dirigido por el gobierno municipal e intentaba reintegrar las divisiones orientales y occidentales del corazón de la ciudad. Se dejó en manos de cuatro promotores privados, que debían desarrollarlo dentro del conjunto de líneas maestras fijadas por el ordenamiento público (y las regulaciones de altura), aunque se permitieron algunos edificios altos, la altura de estos era relativamente modesta. Los dos lotes de terreno más grandes se cedieron a Daimler-Benz y Sony que impulsaron dos barrios bastante diferentes de oficinas, compras y ocio, uno de ellos diseñado (con bastante éxito en mi opinión) por Renzo Piano, como una versión (pos)moderna de la ciudad tradicional europea; el otro, más inspirado en los centros comerciales estadounidenses es obra del arquitecto germanoestadounidense Helmut Jahn. Un tercer sector, el Centro Beisheim, ha sido edificado siguiendo las líneas actualizadas de los *quartier bourgeois* de tranquilas residencias, discretas oficinas profesionales y dos hoteles caros, aunque de tamaño modesto.

El segundo momento nacional de Berlín tuvo, por supuesto, una dimensión iconográfica. Durante sus primeros veinticinco años (al menos) no se había prestado atención a la unidad nacional, menos aún a ensalzar la gloria nacional o la victoria sobre el comunismo. En vez de ello, de manera sorprendentemente original, el momento nacional se centró en el remordimiento y la culpa nacionales. De este enfoque surge el Museo Judío de Daniel Libeskind; el «Monumento a los judíos de Europa asesinados» de Peter Eisenman, un campo de bloques de hormigón, siendo

[102] Citado en Michael Wise, *Capital Dilemma: Germany's Search for a New Architecture on Democracy*, Princeton (NJ), Princeton Architectural Press, 1998, pp. 72 y 85.

el más céntrico de los emplazamientos, situado muy cerca de la puerta de Brandeburgo; seguido de un memorial menos céntrico dedicado a los roma y a los sinti,[103] en una esquina del Tiergarten; seguido a su vez de un memorial aún menos central a la persecución nazi a los homosexuales. Y por último el proyecto denominado Topografía del Terror, que se ha desarrollado como un museo sistemáticamente informativo acerca de la represión y el genocidio nazis. El Berlín nacional es una expresión única de expiación y arrepentimiento nacional.

La implosión del comunismo supuso una restauración del capitalismo, y en especial del capitalismo global, con su búsqueda de nuevos mercados y de inversiones rentables, sus expertos en venta de propiedades públicas, los despidos de trabajadores y los recortes de las ayudas sociales. No se podía restaurar el capitalismo nacional precomunista, pero bajo la nueva ordenaciónción global, se pudieron desarrollar nuevas variantes nacionales del capitalismo salvaje.

La variante rusa fue la más salvaje. Según el gran epidemiólogo, sir Michael Marmot, la restauración del capitalismo llevó, entre 1989 y 1999, a la muerte temprana de cuatro millones de personas en la antigua URSS.[104] En un extremo, la apropiación privada de las reservas de petróleo, gas y minerales permitió que se amasasen inmensas fortunas privadas; en el otro extremo, se creó desempleo y empobrecimiento masivos. Fue en esta misma época cuando el alcalde de Moscú anunció (en 1999) que en los siguientes quince años se construirían sesenta y cuatro edificios de gran altura. (Muy convenientemente la esposa del alcalde, Yelena Baturina, era propietaria de la que se ha convertido en una de la mayores empresas constructoras e inmobiliarias de la ciudad).

El Moscú diseñado por Yuri Luzhkov, alcalde entre 1992 y 2010 (despedido al ser acusado de fraude por el presidente de la época, Medvédev), era la ciudad del capitalismo imperial ruso. Al mismo tiempo que se intentaba convertir en un centro financiero del capitalismo global, el diseño de la ciudad recuperaba sus conexiones con la Iglesia ortodoxa, que ahora desempeñaba un ostentoso papel dentro de la vida oficial rusa, reconstruyendo la catedral de Cristo Salvador —dinamitada por Stalin con el objetivo de construir el palacio de los Soviets, que nunca llegó a hacerse— y recuperando tradiciones zaristas, como es el caso del encargo de una enorme estatua del zar Pedro I colocada sobre un barco de hormigón en el

---

[103] Rom o roma es el nombre originario de los gitanos emigrados en tiempos inmemoriales a Europa; los sinti eran una de las tribus más grandes y extendidas. En el relato del Holocausto suele obviarse el genocidio gitano o *porraimos* (*Porrajmos* o *Samudaripen*). Se calcula que entre medio millón y un millón y medio de gitanos fueron asesinados durante el periodo nazi. [N. de la T.]
[104] Michael Marmot, *The Status Syndrome: How Social Standing Affects Our Health and Longevity*, Nueva York, Owl Books, 2004, p. 196.

río Moscú. La emulación de los tiempos de los zares se despliega totalmente en la decoración interior del Kremlin y en la actual emisión televisada de su protocolo. El inmenso «palacio del Triunfo» en la parte norte de Moscú evoca otra tradición rusa, una variante capitalista del realismo estalinista, gracias a su similitud con los rascacielos de las Siete Hermanas, construidas durante los años cuarenta.

De todas maneras, la rehabilitación del zarismo y la resurrección del matrimonio entre la Iglesia y el Estado y de las tradiciones nacionales rusas son, por supuesto, solo una de las caras del Moscú capitalista. La otra cara es moderna o posmoderna.[105] El Centro Internacional de Negocios de Moscú (conocido como Moscow-City y abreviado como CINM) nació a principios de la década de 1990 como proyecto del alcalde, y con la principal empresa moscovita de construcción como ejecutora. La construcción se suspendió en 2010 por razones económicas y parece también porque ha resultado ser un proyecto demasiado grande para la actual situación económica rusa y sus perspectivas de futuro. No obstante, se han completado algunos de los edificios del complejo, incluyendo el edificio europeo más alto hasta la fecha: la Torre Oko, construida por la firma estadounidense SOM para el promotor inmobiliario ruso Capital Group. El CINM ya posee cuatro edificios totalmente acabados superiores a los 300 metros. Pero el que debe convertirse en el más alto de Europa, situado al este (en Vostok) de las dos Torres de la Federación, encargado por otra empresa inmobiliaria moscovita, estaba previsto para 2016.

El CINM en particular y los nuevos distritos financieros europeos en general, excepto el Canary Wharf, son más bien manifestaciones de las aspiraciones globales del capital nacional que de las ambiciones nacionales del capital global. Los promotores son firmas locales; la arquitectura y la ingeniería en el caso de Moscú son tanto domésticas como internacionales, pero no recurren a celebridades icónicas. Los edificios intentan desarrollar formas específicas, pero su principal activo en la competición es su altura.[106] Los edificios principales no están diseñados para ser sedes corporativas, se trata de inversiones orientadas a la obtención de rentas sobre espacios de uso mixto con oficinas, apartamentos de lujo y ocio para las clases altas. La toponimia de los edificios altos del CINM es marcadamente nacional: Torre Federación, Torre Eurasia, las Torres de las Capitales, dos torres gemelas con las que se hace referencia a las dos capitales oficiales: Moscú y San Petersburgo.

La Varsovia poscomunista alberga un icónico rascacielos estalinista, el palacio de la Cultura y la Ciencia, diseñado por Lev Rudnev, que también construyó el edificio de la Universidad Estatal de Moscú. Ambos edificios

---

[105] B. Schulz, «Mokau 2002» en W. Eichwede y R. Kayser (eds.), *Berlin-Moskau*, Berlín, 2003, pp. 27-34.
[106] Cf. Peter Knoch, *Architekturführer Moskau*, Berlín, DOM, 2011.

fueron durante la década de 1950 los dos rascacielos más altos del mundo más allá de Estados Unidos. Existió naturalmente una gran presión anticomunista para demolerlo, pese a que hacerlo no fuera ni fácil ni barato, al tiempo que cumplía una gran cantidad de funciones culturales. Al final, el gobierno optó por encajarlo y disimularlo con un bosque de rascacielos capitalistas. Es probable que su preservación se deba a la falta de recursos económicos y puede que también a la ausencia del impulso político definitivo para ello, pese a que Varsovia se ha convertido en un importante centro financiero en la región. Actualmente hay un conjunto de edificios de gran altura, hoteles y oficinas corporativas, en torno al palacio de la Cultura. Obviamente más modernos, pero difícilmente más impactantes, y ninguno supera en altura al palacio. Este sigue funcionando como uno de los principales centros culturales de la ciudad y parece ser ampliamente aceptado como uno de sus distintivos históricos. Como icono urbano no tiene rival.

De la lista de rascacielos de Europa oriental, resaltan tres ausencias, Belgrado, Budapest y Praga y choca una presencia, Bratislava, lo que merece ser comentado, aunque sea brevemente. Belgrado ha construido tres edificios superiores a los 100 metros desde 1980, y después de que Serbia perdiera las guerras de secesión yugoslavas debido a las intervenciones estadounidenses, no ha sido capaz de globalizarse demasiado bien. Hasta ahora no había construido ningún nuevo rascacielos. Praga y Bratislava tenían ambas dos rascacielos de más de 100 metros de altura antes de 1989; ambas ciudades han sido empujadas al crecimiento capitalista, alentado por la inversión extranjera. Es de reseñar la escalada de Bratislava durante los dos mil, una ciudad carente de la gran historia de Praga y Budapest, hasta el sexto puesto en las regiones más prósperas de la UE, medido en paridad de poder adquisitivo, sobrepasando a Praga y Estocolmo. Bratislava completó tres torres de altura superior a los 100 metros en la década de los 2000, y hace poco Penta Investments —con oficinas en Jersey, Reino Unido, así como en Praga y Bratislava— ha contratado a Zaha Hadid para un complejo de uso mixto en el nuevo centro de la ciudad. Se esperaba que estuviera listo hacia 2019, pero ya se han moderados las expectativas (y puede que se detengan tras la muerte de Hadid). Budapest ha mantenido una rigurosa regulación en materia de altura hasta los 55 metros; en sintonía con las políticas desarrolladas por el conservador gobierno nacionalista contemporáneo, las propuestas de edificios más altos han sido rechazadas.[107] El edificio más alto es el del Parlamento (construido en 1903), este tiene 96 metros. Del mismo modo que el estalinismo tuvo un estilo especial, el poscomunismo globalizador tiene sus propias variantes nacionales; la tradición urbana europea sigue teniendo un gran peso en las capitales fervientemente capitalistas de la Europa oriental.

---

[107] Judin Bodnar y su estudiante de doctorado Judit Ver han sido una valiosa ayuda en Budapest.

El capitalismo colonial muestra un particular carácter ansioso y ostentoso —que puede que no sea más que de nuevo rico— en su manera de obtener inmensos beneficios en un nuevo país. Como hemos visto antes, los rascacielos se originaron en el continente americano, extendiéndose desde Nueva York y Chicago hasta Montreal y Toronto y goteando hacia el sur hasta Ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires, antes de poner un pie en Eurasia (al margen de la URSS) o en África. De todas maneras, las políticas coloniales del Imperio británico y aquellas que siguieron a su caída, generaron nuevas capitales de carácter específicamente político, que no estaban directamente gobernadas por el capital.

En Washington DC, el Congreso de Estados Unidos ha mantenido hasta ahora unas estrictas reglamentaciones de altura, y es probable que sea la única de las principales ciudades estadounidenses en las que el poder político haya mantenido a los empresarios a raya. Pero en contraste con el resto de capitales políticas, Washington también está, como vimos en la tabla 3, profundamente enredada en las redes corporativas globales. Como sede del Banco Mundial y del FMI, Washington es además el «puesto de mando» más importante del gobierno económico global.

Resulta curioso, en América Latina, la ausencia de rascacielos en su moderna capital, Brasilia, lo que subraya mis argumentos previos de que el modernismo arquitectónico no estaba intrínsecamente ligado a los rascacielos. Brasilia se ha convertido en una gran ciudad, pero es la capital nacional de un país enorme y cuya política está enfocada sobre todo al ámbito nacional. Al modo de Berlín, su carácter nacional está de sobra reconocido en el mundo, sin apenas ambiciones globalistas. En el lado opuesto a Brasilia está Ciudad de Panamá, en la que desde el 2010 se han completado dieciocho rascacielos de más de 200 metros. Los rascacielos estadounidenses, las finanzas internacionales y el capital proveniente del ocio y el turismo inundan la península del centro nacional.

Entre las ciudades del hemisferio sur y no solo entre las capitales, México es la ciudad de la verticalidad latinoamericana. Aunque los primeros rascacielos de América Latina de más de 100 metros se construyeron en la década de 1920 y 1930 en Buenos Aires y São Paulo, la Torre Latinoamericana, propiedad de la compañía de seguros del mismo nombre, fue a partir de mediados de la década de 1950, y durante mucho tiempo, el edificio más alto de América Latina. Fue además construido lo suficientemente bien como para sobrevivir sin casi un rasguño al terremoto de 1985. Tras el giro neoliberal de 1988 y la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte de 1994, el empuje global en Ciudad de México se ha materializado en dos áreas: un nuevo distrito financiero, Santa Fe, y la transformación vertical de una de las principales avenidas de la ciudad, el paseo de la Reforma, que «representa todo lo que esta ciudad y

este país han deseado ser en tiempos modernos», tal y como aparece escrito en la guía turística oficial.[108] No se trata de una simple exageración propagandística, como se pudiera pensar. Como he señalado antes, el paseo fue convertido en el patio de armas de la iconografía nacional liberal durante el último tercio del siglo XIX. En mitad de la avenida se erigieron grandes estatuas a Colón y al último emperador azteca; en pedestales más bajos a lo largo de las aceras se situaron otras de personajes menores del panteón del nacionalismo mexicano liberal. Para el centenario de la revuelta contra España se izó, un poco más abajo de la calle, sobre una gran columna, el Ángel de la Historia transformado ahora en el Ángel de la Independencia. Más tarde, la columna recibió el título de Altar de la Patria. Adyacente al paseo también hay un monumento de 1952 al nacionalismo económico, la Fuente de Petróleos, que conmemora la nacionalización de la industria petrolera en 1938. Entre 1984 y 2003, el edificio más alto de México fue la Torre Ejecutiva de la compañía petrolera estatal, Pemex.

A día de hoy, la avenida podría llamarse «paseo del Nacionalismo al Globalismo». En una caminata desde la glorieta Simón Bolívar hacia el suroeste de la avenida atravesando el arbolado del bulevar, mejor un domingo sin tráfico de coches, se puede observar cómo la iconografía nacional se ve cada vez más avasallada primero por los hoteles internacionales y después por los rascacielos corporativos.[109] Esto se hace más evidente en la Zona Rosa —que en otros tiempos era un barrio bohemio supuestamente denominado así por la canción de Edith Piaf, La Vie en Rose—, que se ha convertido en el campo de batalla de la competencia corporativa, que no lucha aquí por ser el vencedor de un campeonato mundial de altura, pero si en el regional, o por lo menos nacional. Entre 2003 y 2010, la Torre Mayor fue la campeona latinoamericana y hasta 2016 la campeona nacional. Fue llevada a cabo por Paul Reichmann, el hermano Reichmann detrás del Olympia & York del famoso Canary Wharf. En febrero de 2016 el banco español BBVA abrió cerca de allí su Torre Bancomer —tras añadirle cinco metros al diseño original—, sobrepasando a la torre de Reichmann. No obstante, es probable que solo mantenga este puesto durante meses, antes que años. A buena marcha y cumpliendo los plazos marcados para su inauguración está la Torre Reforma, que será diez u once metros más alta.

Como en Europa, a excepción de Londres, en México encontramos una imbricación de las fuerzas e intereses nacionales con los globales, bajo el auspicio de los primeros. La global Torre Mayor se construyó en colaboración con el entonces jefe del gobierno del Distrito Federal de México,

[108] Gobierno del Distrito Federal, *Gran Guía turística de la Ciudad de México*, Ciudad de México, 2003, p. 106.
[109] Véase también el monográfico sobre el gran bulevar obra de Carlos Martínez Assad, *La Patria en el Paseo de la Reforma*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Andrés Manuel López Obrador (AMLO), de centroizquierda, cuyo gobierno también vivió su momento popular, tal y como hemos visto. En una conferencia de prensa conjunta con AMLO, Reichmann afirmó que su torre era una representación física de la fuerza económica de México.[110] Los constructores mexicanos de la futura Torre Reforma presumen explícitamente de la «construcción mexicana» de su rascacielos de acero, en contraste con los «grandes volúmenes acristalados» de la «denominada “arquitectura internacional”». En realidad, el argumento más convincente fue seguramente que «las compañías que colaboran en su construcción disfrutarán del prestigio y la reputación que proporciona un edificio como este».[111]

El nuevo distrito financiero en la zona oeste de Ciudad de México, Santa Fe, fue proyectado en la década de 1970, comenzó su construcción en los ochenta y se desplegó de forma completa en los noventa. Aun cuando sigue manteniéndose, en relevancia corporativa, muy por detrás del extremo suroeste del paseo de la Reforma, es sin duda alguna un distrito financiero creado exprofeso. Está construido pensando en el transporte privado; el púbico peatonal es sospechoso. Ciertamente, posee unos cuantos edificios arquitectónicamente interesantes, antes que altos, con estilo, pero cuando el que subscribe estaba haciendo una foto de uno de ellos se vio inmediatamente asaltado por un pequeños pelotón de guardas de seguridad que le exigieron el carrete, con el argumento de «copyright privado». Los edificios específicamente comerciales y residenciales están construidos de manera que se cierran sobre sí mismos limitando la entrada. De todas maneras, pese a toda su imagen privada y exclusiva, Santa Fe fue impulsada por un consorcio público de gobiernos nacionales y municipales, y su primer edificio fue una universidad jesuita progresista.

A día de hoy el edificio más alto de América Latina es la Gran Torre de Santiago de Chile, con sus 300 metros de altura, finalizada en 2014. Fue construida por una añeja firma constructora chilena y diseñada por César Pelli, con la ayuda de colaboradores locales. Santiago también ha creado una Ciudad Empresarial especial, más abierta a los visitantes que Santa Fe, pero sin ningún tipo de arquitectura llamativa o reseñable. Solo el 30 % de sus empresas son multinacionales.

La lucha por los cielos de Bogotá es más internacional. El capital español financia la construcción del próximo campeón de la competencia por las alturas, el hotel y edificio de uso mixto, BD Bacatá, de 260 metros. El actual número uno de los cielos, Colpatria, es de hecho, pese a su nombre,

---

[110] C. Parnreiter, «Formación de la ciudad global, economía inmobiliaria y trasnacionalización de espacios urbanos. El caso de Ciudad de México», Ciudad de México, 2003, p. 106.

[111] El arquitecto, Benjamín Romano, es local aunque ha realizado más trabajos fuera de México, en América Latina.

parte del Canadian Scotiabank. Resulta bastante revelador que el siguiente en la clasificación sea el Centro de Comercio Internacional (o World Trade Center), cuya construcción se completó en 1970. Lima es una ciudad histórica sin grandes alturas modernistas, pero que ha vivido un gran crecimiento económico en las dos últimas décadas, lo que ha dado como resultado dos torres trasnacionales, de altura bastante limitada (como mucho 120 metros). Es interesante señalar que desde 1976 hasta 2001, el edificio más alto de Perú era el Centro Cívico de Lima (102 metros).

El rico y presuntuoso Buenos Aires estuvo entre los pioneros de la construcción de rascacielos más de allá de Estados Unidos durante los años veinte y treinta del siglo pasado, pero el desarrollo posterior a la Segunda Guerra Mundial ha sido menos espectacular, excepto por la crisis del 2001. Buenos Aires no compite en la liga de los 200 metros. El principal proyecto urbanístico de los últimos tiempos ha sido un paseo marítimo, Puerto Madero, inspirado parcialmente en el éxito del desarrollo olímpico de Barcelona. El área incluye torres financieras, pero el foco principal está en el ocio y la vivienda, incluyendo edificios de apartamentos de gran altura. Como Santa Fe, los promotores y gestores de Puerto Madero son el gobierno nacional y municipal, unidos en un órgano específico, cuya presidencia es rotativa. A lo largo de los años, el distrito parece haberse convertido en más nacional y menos multinacional.

Los colonos latinoamericanos siempre han deseado convertirse y ser reconocidos como miembros del Primer Mundo, de sus madres patrias o, cada vez más, de su gran hermano del norte, así como entre las «ciudades globales» del Primer Mundo. Aunque esto último sea un conjunto bastante difuso, pocos afirmarían que alguna ciudad latinoamericana lo haya conseguido.[112] A fin de orientar sus esfuerzos, algunas de las grandes capitales latinoamericanas (Ciudad de México y Buenos Aires), parecen más similares a las europeas en lo tocante a la relevancia de los actores públicos, tanto nacionales como locales, que a las ciudades estadounidenses (a excepción de Washington). Pero en sus (variadas) ambiciones verticales y en su tolerancia, e incluso en la promoción de la desigualdad, la segregación y en la profunda ruptura en lo que se refiere a la calidad de vida son todas bastante parecidas a su hermana mayor.

La experiencia colonial igualó a África y Asia, en tanto sometidas a los mismos imperios, con la subsecuente opresión, racismo y modernización. La lucha por la independencia nacional y la tarea de transformar una colonia imperial en un Estado nación fueron básicamente similares. El estatus periférico dentro de la economía global era un rasgo común de los países excoloniales, pero su capacidad para enfrentarla ha sido totalmente

[112] La principal aspirante sería São Paulo.

diferente, debido a razones históricas demasiado difíciles y complicadas de explicar aquí. En el actual momento global existe una gran divisoria dentro de la zona excolonial entre el África subsahariana, por un lado, y Asia y África del Norte, por otro.

Además la experiencia nacional distinguió a aquellos países que sobrevivieron gracias a la modernización reactiva respecto de aquellos sometidos a los imperios coloniales. Bajo la actual globalización capitalista esta separacióm se ha convertido en menos significativa, aunque los diferentes modelos singulares de desarrollo nacional siguen manteniendo su impronta, como es el caso por ejemplo de Adís Abeba, Bangkok, Teherán y Tokio, además de las capitales excoloniales.

Como vimos en la tabla 3, El Cairo está más enmarañado en el capitalismo global que Estocolmo y Manila más que Roma, pero solo Nairobi, entre las capitales al sur del Sahara, está mejor conectada corporativamente que Minsk. Y aun así está muy por debajo de Wellington, ubicada en el fin del mundo.

Nairobi es la capital del desbocado capitalismo keniata, uno de los lugares de reunión de la ONU y la sede del UN Habitat. En 2008 anunció su ambición de convertirse en una «metrópolis africana de clase global» para el 2030. Junto con Pretoria, es la única capital subsahariana que aparece en la lista de las 200 ciudades con mayor número de edificios altos. Al mismo tiempo que sigue albergando un par de las mayores ciudades miseria del mundo, Nairobi se ha modernizado durante la primera década de este siglo, incluyendo cómodos autobuses interurbanos, teléfonos públicos y baños públicos limpios, así como centros comerciales construidos deliberadamente para desanimar a los visitantes que llegan a pie desde la calle, estando principalmente al servicio de los expatriados blancos. Nairobi siempre ha tenido un carácter extravagante, rasgo que incluía edificios de mucha altura. Pero aunque puede que llegue a construirse la Torre Hazina, de capital kuwaití, y que sobrepase al resto de edificios de la ciudad, hasta ahora las alturas han sido terreno nacional: la torre de la compañía de seguros UPA de 2015, el edificio local del Daily Times de 1997, la torre gubernamental del Centro Internacional de Conferencias Keniata de 1974 y la sede de la Seguridad Social de 1973. Todas ellas superan los 100 metros y están por debajo de los 200.

Una vez, hace unos quince años, volé a Abiyán, la capital de Costa de Marfil, desde Mali. Viniendo de un pueblo grande, polvoriento y amistoso con esporádicos edificios públicos construidos décadas antes por los soviéticos, los yugoslavos y los chinos, al llegar a la meseta central de Abiyán con su lago, me dio la impresión de que estaba en el Manhattan africano. Conducir alrededor de Abiyán era como conducir en una auténtica ciudad y, para un

escandinavo, una ciudad incluso lujosa. El fin del auge del cacao de la década de 1980 acabó, no obstante, con las ambiciones de Abiyán, devolviéndole a Dakar su centralidad dentro del África francófona. Abiyán tiene cuatro edificios superiores a los 100 metros de altura, dos de ellos públicos, pero todos ellos construidos en 1984. En términos de conectividad capitalista global Abiyán ha pasado a ser desdeñable, está, por ejemplo, muy por debajo de Acra y de Maputo en alturas superiores a 100 metros; no obstante, se encuentra en proceso de recuperación. Maputo es más una reivindicación nacional que global, y sus dos rascacielos son las sedes del banco central estatal y de otro banco nacional. Pese a que a las aspiraciones globales, impulsadas por el boom de principios del siglo XXI, tanto en Lagos como en Nairobi, y la inspiración global que se ve por todas partes, el efecto del capitalismo global solo está empezando a afectar y a transformar a las ciudades subsaharianas. De todas maneras, el cambio es visible incluso en la anteriormente adormecida Dar es Salaam, donde el Banco Nacional de Tanzania ha impulsado el reciente desarrollo de un rascacielos.[113]

El Cairo, a diferencia del resto de las capitales subsaharianas, está bastante bien conectado dentro de la red de corporaciones multinacionales, probablemente gracias a su papel como puerta de entrada al importante y solvente mercado árabe. Sin embargo, El Cairo no participa en la carrera global de la Península Árabe. Su edificio más alto, al estilo árabe, con modesta altura de 143 metros, es de 1994 y es el edificio del Ministerio de Exteriores. Entre sus veinte edificios más altos, solo dos son oficinas privadas, tres son oficinas públicas y el resto forman parte de un complejo residencial del sur de la ciudad.

Ya que estamos interesados por los Estado nación y sus capitales, dejo fuera las elevadas ambiciones dinásticas de las monarquías árabes, no sin señalar, como ya hemos hecho antes, que son las que encabezan el grupo de los cielos.

También existe una clara división en Asia entre las dos regiones más pobladas del Sur y del Este, más en lo que respecta a la verticalidad que a la conectividad. De los veinte edificios más altos de Asia, cuatro están en la península arábiga y el resto en Asia oriental, de los cuales diez están en zonas interiores de China. La ausencia de Delhi en este listado es destacable. Dejando a un lado una antena de radio, su edificio más alto es el minarete Qubt Minar, finalizado en 1368. Hasta ahora, en Delhi se ha construido más para el Estado que para el capital.

Por otra parte, en Bombay se ha producido en los últimos tiempos un impulso de los rascacielos. Desde 2009, se han acabado diecinueve edificios de más de 173 metros, la corona la tiene por ahora el «Palais royale» [sic] que

---

[113] *Citizen,* Dar el Salaam, 8 de agosto de 2014.

es un edificio residencial de 320 metros, aún no finalizado, y que está impugnado judicialmente. El nuevo distrito financiero, Gurgaon, en la periferia de Delhi tendrá en 2016 una torre de 178 metros. Las capitales árabes, entre la península arábiga y Malasia, andan escasas de rascacielos, pero no carecen de ellos, lo que subraya la singularidad de Delhi, que tras la independencia ha abandonado su papel de capital política para convertirse en una gran metrópolis. Teherán posee una Torre Internacional, construida en 2007 con 162 metros de altura; Islamabad —que sigue siendo específicamente un centro político — consiguió hace poco un hotel de 200 metros y la torre de una compañía de teléfonos que supera los 100; desde 2006, Daca ha añadido cuatro torres de oficinas y sedes bancarias a su edificio bancario principal.

La nueva capital de Birmania, Naipyidó, no tiene rascacielos pero tiene en cambio tres estatuas gigantescas de reyes medievales. El estilo del poder en los edificios de esta ciudad desparramada, y a menudo con apariencia de estar vacía, se ve reafirmado gracias a las distancias horizontales. La mayor parte de los edificios públicos, incluso el ayuntamiento, están separados por rejas y construidos a distancia considerable de las carreteras. La antigua capital, Rangún, es en cierto modo una desvencijada ciudad de mediados del siglo XIX, en la que la cadena Hilton abrió un hotel de gran altura en 2014.

El Asia oriental de los rascacielos comienza en Bangkok con un quinteto de residencias y hoteles superiores a los 200 metros de propiedad variada, siendo el de capital tailandés el más alto. Al mismo tiempo, la historia no colonial de Bangkok mantiene un ostentoso despliegue gracias a su iconografía monárquica (no arquitectónica). Vietnam sigue con gusto los pasos de China en el camino capitalista. Ha previsto un distrito financiero internacional especial en Hanói, cuyos edificios más altos son surcoreanos, incluyendo la Torre Landmark, que es unos veinte metros más alta que el Shard londinense.

La construcción de rascacielos y grandes alturas ha mantenido un ritmo frenético en la región, alentada por el *boom* del consumo y del petróleo (ahora ya terminado): entre 2006 y 2016, Yakarta acabó de construir diecinueve edificios de altura superior a los 210 metros, Kuala Lumpur dieciocho por encima de los 200 y la Gran Manila otros veinte entre 2009 y 2014. Unos pocos de todos estos edificios son sedes centrales o regionales de bancos y corporaciones. Muchos tienen un uso mixto: oficinas, residencias, hoteles y/o comercios. Como en Bangkok, el empuje de su construcción parece provenir de especuladores inmobiliarios, tanto domésticos como internacionales, que desdeñan abierta y públicamente las regulaciones urbanísticas. El desarrollo capitalista privado en Yakarta incluye también ciudades suburbanas, enteramente construidas y gobernadas por constructores privados.[114]

---

[114] Respecto a los «superbloques» de Yakarta y cómo sobrepasan los permisos de construcción por dos y por tres, véase H. Cairns y E. Friedrich, «Big floods, hard infraesructure and "weak" plans: Megacity vulnerability and the case for diversified instruments for city-making», pp. 144-165

Kuala Lumpur destaca por su capitalismo de Estado. A las dos Torres Petronas se les ha añadido una tercera y se está construyendo otro edificio de dirección estatal, el Warisan Merdeka (Legado de la Independencia), con una altura proyectada de 644 metros. Las grandes alturas de Kuala Lumpur tienen evidentes ambiciones arquitectónicas, incluyendo las colaboraciones de Pelli y de Foster, pero el rival más cercano de Kuala Lumpur sigue siendo el centro del sudeste de Asia, Singapur, el maestro constructor del capitalismo de Estado. Su última hazaña es el complejo de Marina Bay Sands, inaugurado en 2010, cuyo rasgo más espectacular es una tríada de rascacielos coronados y conectados por un «skypark» (parque celeste). El gobierno retiró un detallado conjunto de requerimientos urbanísticos, gracias a lo cual se aceptó una licitación por parte del magnate de los casinos, el estadounidense Sheldon Adelson, con un diseño del arquitecto israelí Moshe Safdie.

En el noreste de Asia el patrón del poder también es variado pese a que en ningún lugar el actor dominante sea el capital extranjero. En un extremo está Pionyang, donde un Estado prácticamente dinástico maneja totalmente las riendas. No hay edificios corporativos, pero sí una veintena de rascacielos superiores a los 100 metros, tres de ellos hoteles y el resto edificios de apartamentos. Las grandes alturas residenciales, junto con algunos complejos deportivos bien construidos, proporcionan un aire de modernidad a la ciudad. En Seúl y en Tokio, el bosque de rascacielos manifiesta la riqueza y el poder del capital privado nacional, pero ordenado por una planificación urbana efectiva; y en el caso de Tokio, acompañado por un resolutivo gobierno metropolitano.

Las clases altas de Corea del Sur tienden a vivir en villas en las montañas pero en residencias que, por ejemplo para los criterios mexicanos de clase, no son lugares ostentosos. Pueden verse guardas de seguridad alrededor de algunas de ellas, pero las calles no están cerradas al tráfico. Al preguntar por alguna urbanización cerrada, me llevaron a un rascacielos con conserje en un distrito pijo de Gangnam (un área nueva financiera y residencial de la ciudad al sur del río Han, desarrollado desde mediados de la década de 1970) con un pequeño parque infantil delante, que era accesible a un visitante obviamente ajeno como yo. La innovación en el Seúl en proceso de globalización es, en primer lugar, el movimiento hacia el sur del río Han. Gangnam, la orilla sur, se ha convertido al «estilo» de la cultura de masas, además de ser el nuevo centro financiero. En recuerdo de las primeras incursiones de Corea del Sur en la construcción internacional a principios de la década de 1970, la principal calle comercial de Gangnam

recogido en Saskia Sassen, Fulong Wu, et. al., *Cities in transition: Power, Enviromente, Society*, Róterdam, NAi010, 2015, p. 152. Los derechos de la propiedad privada se saltan cualquier tipo de ordenamiento común. Una amiga me mostró en enero del 2014 cómo en su jardín ya no entraba el sol debido a un muro construido por su vecino. No había ninguna autoridad frente a la que poner una queja.

se llamó Teherán-ro (en honor del hermanamiento de Seúl y Teherán). En su respectivo marco nacional, Seúl es una ciudad muy dominante, como Bangkok, Yakarta, Kuala Lumpur, Manila y, cada vez más, Tokio, pero el dominio de la planificación urbanística nacional resulta evidente cuando nos fijamos en que de los actuales veinte edificios más altos de Corea del Sur, solo siete estén en Seúl, incluyendo el que de lejos es el más alto, la Torre Korean Lotte World (556 metros), diseñada por Kohn Pedersen Fox.

Como ya se ha señalado anteriomente, Pekín parece haber abandonado la intensa carrera por la conquista de los cielos. Actualmente, ninguno de los veinte edificios más altos de China está en Pekín. De todas maneras, Pekín participa, sin duda alguna, en la carrera de la arquitectura icónica global. Resultado de las olimpiadas son el aeropuerto de Norman Foster y el estadio del Nido del Pájaro de Herzog & de Meuron, el Teatro Nacional de Paul Andreu en Tiananmén y la sede de la televisión nacional, obra de Rem Koolhaas. Merece la pena señalar dos cosas respecto al desarrollo arquitectónico de Pekín. La primera que, más que cualquier otra capital, esta utiliza arquitectos estrella internacionales (aunque no exclusivamente), y que muchas veces forman parte de grandes colectivos corporativos como los estadounidenses SOM y KPF o el japonés Sekkei, pero también contrata firmas icónicas como son Norman Foster, Zaha Hadid y John Portman. Dichas elecciones son resultado, claro está, de los recursos y las ambiciones de la ciudad. Segundo, los medios de masas chinos también tienen predilección por los cielos en la construcción. Tres de los veinte edificios más altos de Pekín pertenecen a cadenas de televisión y el cuarto es del periódico People's Daily. Pekín muestra un globalismo más político que la capitalista Shanghái.

Tokio es la capital mundial de las alturas. Yakarta tiene la misma cantidad de edificios superiores a los 200 metros, pero Tokio lidera la liga de los edificios con más de 100 metros, suma 109 de una lista de 177, y en la que 60 superan los 150 metros de los 117 recogidos. Los rascacielos no tardaron en llegar a Tokio, que durante mucho tiempo fue una gran ciudad con poca altura. El primer edificio de gran altura, un bloque de cemento, de diseño nada notable y totalmente funcionalista de treinta y seis pisos en el distrito gubernamental de Kasumigaseki, fue erigido en 1968.

Del rico urbanismo de Tokio, a la falta de originalidad occidental que descubrí por primera vez en 1977, y que añadió incentivos a mi obsesión por los estudios globales, me gustaría señalar aquí dos rasgos contradictorios. Uno es el poder de la propiedad privada, fácil de observar gracias a la a menudo extraña homogeneidad de las calles principales de la ciudad: edificios sueltos e incongruentes que hacen que la mirada se vaya hacia todos lados. Su opuesto es la armoniosa homogeneidad impuesta estatalmente al modo de los grand boulevards de París como, por ejemplo, en la avenida de la Ópera. Como urbanista político en Tokio es imposible olvidar el bungalow del primer ministro: elevado sobre una pequeña colina,

pero a la sombra de un mediocre rascacielos de una poco notoria compañía de seguros. La parte positiva de este poder privado es la gran escala, las promociones urbanas públicamente accesibles del capital japonés, que imitan el Rockefeller Center de Nueva York. Como su modelo neoyorquino, estos complejos están bien planeados, orientados a la cultura y el público, pero muchos resultan más sostenibles, así por ejemplo el edificio Roppongi Hills construido en 2003 por el grupo Mori, el Mid-Town Center acabado en 2007 de Mitsui o el Tokyo Skytree City de 2012.

El segundo rasgo destacable de Tokio es la iniciativa y la inventiva de su gobierno metropolitano. Como acabamos de ver, esto no es algo que arranque de la capacidad legal de la planificación urbanística, sino de los ingresos derivados de los impuestos. Mientras el presupuesto de Londres, París y Nueva York en 2010 no llegaba al 1 % del presupuesto nacional de cada uno de sus respectivos países, el de Tokio era el 13 % del presupuesto nacional japonés.[115] En la década de 1980, el gobernador de Tokio decidió construir una nueva oficina central metropolitana, pese a que las anteriores se habían acabado de construir en 1959, creando con ello un nuevo centro vertical de la ciudad en Shinjuku, en torno al nuevo y lujoso complejo gubernamental, en unos terrenos que casualmente eran de la ciudad. Fue construido por el principal arquitecto del país, que forma parte del listado internacional de arquitectos estrella, Kenzō Tange, quien también diseñó el anterior ayuntamiento, destrozado en aquellos momentos, debido a la típica falta de interés japonés por la construcción permanente. El tercer edificio más alto en esta carrera, actualmente en un estadio muy competitivo, sigue siendo el ayuntamiento de 1991, que fue durante dieciséis años, la cumbre de la construcción de Japón.[116]

Exclusividad y privatización urbana

El momento global de conectividad urbana es al mismo tiempo un importante momento de desconexión social urbana. La más brutal y descarada manifestación de dicha desconexión es el cercamiento urbano: la construcción de enclaves privilegiados rodeados de muros y vallas, denominadas «comunidades cerradas»,[117] aun cuando no parezca que sean realmente comunidades. En la literatura urbana internacional, la idea cogió fuerza en la década de 1990.[118]

---

[115] Para las fuentes véase, Göran Therborn, «"Global Cities", World Power, and the G20 Capital Cities» en K. Fujita (ed.), *Cities and Crisis*, Londres, Sage, 2013, Tabla 2.1.

[116] Véase Coaldrake, *Architecture and Authority in Japan*, op. cit., pp. 266 y ss.

[117] Comunidad cerrada o urbanización cerrada deriva del término angloamericano *gated communities* y engloba distintas formas de enclave residencial sometidas a reglas contractuales de dominio territorial privado. Utilizaremos urbanizaciones cerradas o cercamientos urbanos en lugar de comunidades cerradas porque consideramos que engloban mejor el subtexto político de estos emplazamientos residenciales. [N. de la T.]

[118] De lejos, la mejor visión general empírica, también como brújula bibliográfica, es el volumen *Private Cities*, editado por Goerg Glasze, Chris Webster y Klaus Frantz, Nueva York, Routledge,

Sin embargo, la correlación entre globalismo y exclusividad no es tan sencilla. No resulta evidente que el mismo proceso que ha llevado la música multicultural, la moda y la cocina a las ciudades globales deba necesariamente generar exclusión social. Además el cercamiento intraurbano es un fenómeno antiguo (como se ha visto antes, se desarrolló de manera extensiva en el Pekín imperial) y es característico de las ciudades islámicas. Los más altos cargos de la nomenklatura de los regímenes comunistas tenían sus residencias en zonas valladas de cara al exterior y bien protegidas, como el Mayakovsky Ring en el distrito de Pankow en Berlín Este o las protegidas dachas a las afueras de Moscú. Más aún, el término y las prácticas modernas de las «comunidades cerradas» surgieron en la más provincial de las sociedades capitalistas, Estado Unidos, y principalmente en la zona sur de California a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, tras un primer impulso en los años treinta.[119] En casi ninguna ciudad hay un censo de cuántas hay, menos aún en todo el planeta, y no hay un consenso respecto a cómo delimitar el concepto. Por ejemplo, dos académicos británicos afirman haber identificado «unas 1.000» urbanizaciones cerradas en Inglaterra.[120] Pero esto no parece significar (necesariamente) más que una urbanización, en la que para entrar se necesita una llave o una tarjeta perforada, una definición que de facto ayuda a trivializar el fenómeno.

Cuando hablo aquí de cercamiento, me estoy refiriendo primordialmente a ciudades privadas recluidas o zonas urbanas privadas a las que el público no tiene derecho de acceso y en las que los servicios urbanos modernos han sido privatizados, como mínimo en lo tocante a la seguridad y la policía, pero que también muchas veces en lo que se refiere a la limpieza, la recogida de basuras y muebles y algunas veces a las guarderías, escuelas e instalaciones de ocio.

Este tipo de cercamiento es principalmente un fenómeno de finales del siglo XX, que revierte más de un siglo de expansión de servicios urbanos públicos. Tiene dos causas diferentes pero que están relacionadas de manera contingente. La primera es la reafirmación del privilegio de la clase media-alta en una sociedad pionera colonial madura: el sur de California, Arizona y otras partes del Cinturón del Sol estadounidense.[121] Al operar bajo la débil legislación municipal estadounidense, el cercamiento de las comunidades

---

2006. Hay también un volumen más pequeño editado por Samer Bagaeen y Ola Uduku, *Gated Communities*, Nueva York, Routledge, 2010, y Thierry Paquot, *Ghettos des riches*, Perrin, París, 2009.

[119] Mike Davis, *City of Quartz*, Londres, Verso, 1990, caps. 3 y 4 [ed. cast.: *Ciudad de Cuarzo. Arqueología del futuro en Los Ángeles*, Madrid, Lengua de trapo, 2003]; Klaus Frantz, «Private Gated Neighbourhoods: A Progressive Trend in US Urban Development» en *Private Cities*, editado por Goerg Glasze, Chris Webster y Klaus Frantz, Routledge, Londres, 2006.

[120] Rowland Atkinson y John Flint, «Fortress Uk? Gated Communiities, the spatial revolt of the elites ans time-space trajectories of segregation», *Housing Studies*, vol. 19, núm. 6, 2004, pp. 875-892.

[121] Mike Davis, *Ciudad de Cuarzo…*, *op. cit.*; R. Le Goix, «Gated Communities as Predators on Public Resources», en Glasze *et al.*, *Private Cities*, *op. cit.*, pp. 76-91.

responde a varios objetivos: mantener elevado el valor de los inmuebles, evitar o minimiza impuestos y mantener alejada a la gente con ingresos reducidos y con un color de piel oscuro. Estas elitistas «asociaciones de propietarios» estuvieron detrás de la famosa Proposición 13, en la California de la década de 1970, que mutiló la hacienda estatal durante una generación.

California y el Cinturón del Sol obedecen a circunstancias regionales, pero existe una conexión con los acontecimientos globales posteriores, con la búsqueda de garantías para los privilegios de la clase media-alta y la exclusión respecto de cualquier cosa en común con la plebe nacional. El primer nexo entre el provincianismo estadounidense y el momento global se produjo, probablemente, en el complejo Alphaville, con sus diferentes áreas cercadas, en un suburbio de São Paulo que data de los años setenta. São Paulo se había convertido en el nodo sudamericano del capitalismo industrial mundial; el dinero fluía, añadiendo nuevo peso a la dura desigualdad histórica de Brasil. La ampliación de la autopista Castelo Branco conectó el nuevo suburbio con el CBD. Puede que haya habido otro nexo histórico que se desplazase vía Manila, que hasta la Segunda Guerra Mundial fue una colonia estadounidense. Mi primera experiencia personal con las privatizadas ciudades cercadas fue en Manila en los años noventa, donde pude observar estas urbanizaciones con sus calles cerradas al paso y sus guardias de seguridad.

De todas maneras, la irrupción global llegó en la década de 1990. En Ciudad de México, por ejemplo, se construyeron urbanizaciones cerradas con 50.000 unidades residenciales entre 1990 y el 2012.[122] En Buenos Aires, el 29 % de toda la inversión privada entre 1990 y 1998 se fue a comunidades cerradas.[123] Muchos de los antiguos «clubs de campo» se han convertido en residencias cerradas permanentes de clase media-alta, al tiempo que se ha construido una ciudad privada especial, la Nordelta. En Santiago de Chile la oleada de cercamientos adquirió velocidad durante la primera década de este siglo,[124] como en Argentina tras la redemocratización, aunque con una suerte de desfase temporal. En Malasia y en Kuala Lumpur, el proceso despegó tras la crisis financiera de 1997 y el abandono estatal a la vivienda pública,[125] mientras que en Indonesia, los promotores chinos comenzaron el proceso durante los últimos años de la dictadura de Suharto.[126]

---

[122] Michael Janoschka y Axel Borsdorf, «*Condominios fechados* y *barrios privados*: The rise of private residential neighbourhoods in Latin America» en Glasze et al., *Private Cities*, *op. cit.*, pp. 102.

[123] P. Cicciolella, «Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración territorial en los años 90», *Eure,* vol. 26, núm. 76, 1999, tabla 1.

[124] Axel Borsdorf, R. Hidalgo y R. Sánchez, «A new model of urban development in Latin America: The gated communities and fenced cities in the metropolitan areas of Santiago de Chile and Valparaíso», *Cities*, vol. 24, núm. 5, 2007, pp. 365-378.

[125] P. A. Tedong *et al.* , «Governing enclosure: The role of governance in producing gated communities and guarded neighbourhoods in Malaysia», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 38, 2014, pp. 112-128.

[126] Harald Leisch, «Gated communities in Indonesia», *Cities*, vol. 19, núm. 5, 2002, pp. 341-350.

Los años noventa fueron también la época en la que el capitalismo global poscomunista descendió sobre Europa Oriental y China, engendrando un veloz exclusivismo urbano de clase alta y clase media-alta.[127] El impacto en Tokio y en Seúl y en Europa Occidental (con algunos matices en el caso de Madrid y Lisboa)[128] parece haber sido, como mucho, marginal.

La infraestructura requerida en autopistas y vías rápidas especiales que conectasen los principales distritos financieros y las comunidades cerradas ya había comenzado a crearse en el Buenos Aires de finales de la década de 1970, cuando la ciudad estaba bajo el gobierno del general Osvaldo Cacciatore. Y esta se desarrolló posteriormente en Santiago, en el Moscú poscomunista, Ciudad de México y Kuala Lumpur. En Budapest, la nueva burguesía desarrolló otro hábitat exclusivo con los amurallados «parques residenciales» protegidos por guardas dentro del mismo centro de la ciudad. Entre 2002 y 2007, se construyeron 14.000 residencias de este tipo.[129]

El cercamiento urbano exclusivo se ha convertido en parte del actual momento global de la historia urbana, con modalidades diferentes y debido a distintas razones interconectadas. El globalismo se manifiesta antes que nada en el precio designado en dólares estadounidenses y en la toponimia, que de manera habitual es extranacional. Entre los nuevos satélites del desierto, podemos encontrar las exclusivas y clasistas ciudades de El Cairo, rígidamente planeadas, a las que se ha trasladado la Bolsa y en las que hay zonas cerradas llamadas Golf City, Dreamland o Beverly Hills.[130] Alrededor de Pekín se pueden encontrar áreas que no invitan en absoluto a visitarlas, bautizadas como Chateau Glory, Palm Springs, Purple Jade Villas y Upper East Side.[131] Aunque la mayor parte de los nombres son estadounidenses, algunos

---

[127] Wu Fulong y K. Webber, «The rise of "foregein gated communities" en Beijing: Between economic globalization and local institutions», *Cities*, vol. 21, núm. 3, 2005, pp. 203-213; Sebastain Lenz, «More Gates, Less Community? Guarded Housing in Russia», en Glasze et al., *Private Cities, op. cit.*; G. Giroir, «The Purple Jade Villas (Beijing): A golden ghetto un red China», en Glasze et al., *Private Cities, op. cit.*; Mikhail Blinnikov, Andrey Shanin, Nikolay Sobolev y Lyudmila Volkova, «Gated communities of the Moscow green belt: Newly segregated landscapes and the suburban Russian enviroment», *GeoJournal,* núm. 66, 2006, pp. 66-81; P. Stoyanov y K. Frantz, «Gated Communities in Bulgaria: Interpreting a new trend in post-Communist urban development», *GeoJournal,* núm. 66, 2006, pp. 57-63; Zoltán Cséfalvay, «Gated Communities for security or prestige?, International Journal of Urban and Regional Research, vol. 35, 4 de julio de 2011, p. 741 [*http://static.hvgrt.hu/document/csefalvay_tanulmanyok.pdf*, consultado en febrero del 2019]; S. Hirt y M. Petrovic, «The Belgrade wall: The proliferation of gated housing in the serbian capital after socialism», International Journal of Urban and Regional Research, vol. 35, 4 de julio de 2011, pp. 753-777.

[128] K. Verhaeren y R. Reposo, «The rise of gated residential neighbourhoods in Portugal and Spain: Lisbon and Madrid», en Glasze *et al.*, *Private Cities*, *op. cit.*

[129] Zoltán Cséfalvay, «Gated Communities for security or prestige?, op. cit.

[130] Notas de campo, 2007. Gracias al profesor Samir Riad y a su esposa M. Iskander que nos llevaron a verlas.

[131] B. Ferrari, «The noble, the traditional, and the cosmopolite: Globalization and chnages or urban landscapes in Beijing», *Pacific News*, núm. 30, 2008, pp. 16-21.

son británicos (como por ejemplo «Oxford») o mediterráneos (incluyendo «Venecia»), una urbanización cerrada rusa se anuncia como «Benelux», el departamento luxemburgués de los más ricos.[132]

Existen cuatro mecanismos principales detrás de las actuales comunidades cerradas. El más directo es la exigencia de vivienda de las corporaciones multinacionales, que después se convierte en exigencia comercial. En torno al año 2000 en Pekín, el 70 % de la «vivienda para extranjeros» fue adquirida por empresarios locales.[133] Segundo, y más importante, es el prestigio y el estatus global del Primer Mundo, vivamente transmitido por los medios de masas globalizados y al que aspiran los habitantes de clase media alta de las ciudades globales.[134] La otra cara de la moneda es la renuncia por parte de las autoridades locales de su responsabilidad de proporcionar servicios públicos de calidad, algo bastante explícito en el caso de Yakarta y Kuala Lumpur. En el Tercer Mundo, solo se espera de un promotor privado que proporcione servicios urbanos de Primer Mundo. Tercero, existe una promoción de jugadores globales bastante importante en África y en El Cairo (que vienen de Dubái y el Golfo).[135] Por último, y subyacente a todo esto, está el desprecio y el miedo (en ese orden) de las clases medias altas globales a las clases populares. El momento global no solo ha llegado tras los momentos populares más dramáticos sino también, de manera más habitual, tras los grandes avances seculares de las clases populares, así como su erosión o implosión: el Estado de bienestar en Europa Occidental, el comunismo en Europa Oriental, el New Deal en los Estados Unidos, la democratización en América Latina; y en el resto del mundo, la modernización reactiva, las movilizaciones populares anticoloniales en la zona excolonial y el fin del apartheid en Sudáfrica. El miedo al crimen es parte de todo esto, pero en mayor grado estas urbanizaciones ejemplifican el miedo que los ricos muestran hacia los pobres.

El elemento común al provincianismo estadounidense y a la revulsión por parte de la clase media alta es el desprecio y el miedo a la gente ordinaria; el nexo causal contingente entre los dos es una difusión de la admiración de la clase media alta global por la clase media alta estadounidense, su consumo y su «estilo de vida».

---

[132] Mikhail Blinnikov, Andrey Shanin, Nikolay Sobolev y Lyudmila Volkova, «Gated communities of the Moscow green belt...», *op. cit.*, p. 77.

[133] Wu Fulong y K. Webber, «The rise of "foregeing gated communities"...», *op. cit.*, p. 212.

[134] Verhaeren y Reposo, «The rise of gated residential neighbourhoods», *op. cit.*; Zoltán Cséfalvay, «Gated Communities for security or prestige?, op. cit.; P. A. Tedong et al., «Governing enclosure…», op. cit.

[135] Marianne Morange, Fabric Folio, Elisabeth Peyroux y Jeanne Vivet, «The spread of transnational model: "Gated communities" in three Southern African cities (Cape Town, Maputo and Windhoek)», *Intrnational Journal of Urban and Rgional Researc*, vol. 36, núm. 5, 2012, pp. 890-914; Verhaeren y Reposo, «The rise of gated residential neighbourhoods», *op. cit.*

La verticalidad como novedad junto con la exclusividad totalizan la especificidad del momento global de la historia urbana, aunque no por ello eclipsan los fundamentos nacionales ni obliteran todas las memorias de los momentos populares que las precedieron. La exclusión social urbana es un hecho que varía entre las diferentes naciones.

En Europa Occidental, Patrick Le Galès y sus colaboradores descubrieron que los gestores de clase media alta de las ciudades de Madrid y París estaban bien arraigados en sus ciudades y tenían relación con sus barrios no cerrados.[136] En la primera década de este siglo, se produjo un dramático incremento en la segregación social en Madrid, Tallin y Estocolmo, convirtiéndose las dos primeras en las regiones capitales más segregadas de Europa, mientras que Estocolmo alcanzaba el cuarto puesto después de Londres. La menos segregada de un listado de doce ciudades y regiones era Oslo. Aunque la disparidad residencial está relacionada con la desigualdad económica dicha relación no es tan estrecha.[137] Esto es algo que también se ve en América Latina. Si bien Buenos Aires no es uno de los peores criminales en la salvaje competición regional por el título de la ciudad con mayor disparidad de renta, su estrato de clase alta es el que tiene una segregación más exclusivista (con un índice de desigualdad del 0,414, comparado con, por ejemplo, el de Brasilia que es del 0,258).[138]

La segregación urbana y la exclusividad urbana son aspectos de la desigualdad, desigualdad existencial ligada al racismo y al sexismo. El cercamiento urbano es una forma de oponerse a la corriente global de las últimas décadas que, pese a su desigual expansión, intenta erosionar el racismo, el patriarcado y la discriminación sexual. Y, por otra parte, es el compañero de viaje de la tendencia global al aumento de desigualdad económica intranacional.

No parece haber suficientes datos fiables como para realizar una tabla de la desigualdad económica urbana. Incluso las bases de datos de UN Habitat incluyen increíbles anomalías y datos contradictorios.[139] De todas maneras se puede discernir un patrón mundial, que muestra una imagen interesante y que pocas veces se tiene en cuenta.

---

[136] Alberta Andreotti, Patrick Le Galès y Francisco Javier Moreno-Fuentes, *Globalisesd Minds, Roots in the City*, Nueva York, Wiley, 2015.

[137] Szymon Marcinczak *et al.*, «Inequality and Rising Levels of Segregation» en Tott Tammaru *et al.,* (eds.), *Socio-economic Segregation in European Capital Cities*, Routledge, Londres, 2016, p. 369. Esto es algo que también se ve en América Latina. Buenos Aires no es la peor de las infractoras en la fiera competencia regional en la lucha por el título de la ciudad con ingresos más desiguales, pero su estrato de población con alta formación es el más exclusivo a la hora de segregar (con un índice de desigualdad del 0,414 comparado con, por ejemplo, el de Brasilia que es 0,258).

[138] CEPAL, *Social Panorama of Latin America 2014*, tabla V. A2. 3a

[139] Por ejemplo según su última tabla de distribución de ingresos y la última edición consultable de *State of the World's Cities* (relativa a 2012-2013), Pekín debería ser la ciudad menos desigual y la más equitativa del mundo; según la misma publicación, Bucarest debería estar en el tercer puesto en la distribución más equitativa de ingresos, servicios y cargas por géneros del mundo, algo que contradice claramente otro informe Habitat, *The State of European Cities in Transition 2013*, p. 175.

Tabla 6. Patrones mundiales de desigualdad económica urbana: ciudades capitales[140]

Menos desigual[141]	Desigualdad media[142]	Gran desigualdad[143]	Desigualdad extrema[144]
• Ciudades europeas menos Moscú, probablemente encabezadas por Copenhague y Oslo. • Seúl y Tokio	• Moscú • La mayor parte de las capitales asiáticas, incluyendo Pekín, Delhi y Yakarta. • Algunas ciudades africanas: Brazzaville, Dakar, Dar es Sallam, Harare, Túnez. • Algunas excepciones latinoamericanas: Caracas, Lima, Montevideo.	• La mayor parte de las capitales africanas, incluyendo Abiyán, Adís Abeba y Nairobi. • Todo el resto de las capitales latinoamericanas excepto Brasilia.	• Washington DC (0, 61) • Brasilia (0, 67) • Tshwane (Pretoria) (0, 72)

Llegados a este punto no se pueden calcular correlaciones, pero es importante señalar que las capitales menos desiguales económicamente son también en las que menos se está desarrollando el fenómeno de las urbanizaciones cerradas. Las capitales de Asia en rápido crecimiento no están emulando la desigualdad de América Latina, heredada históricamente del colonialismo y la esclavitud ibéricas, y reforzada por los recurrentes regímenes miliares. El trío de la extrema desigualdad, Washington DC, Brasilia y Tshwane, ciudad de Pretoria, no suelen verse reunidas en otros tipos de clasificaciones y su presencia en la cumbre de la desigualdad señala otro fenómeno bastante importante. A saber, que la actual globalización no es la causa de la desigualdad económica urbana. Ninguna de las tres ciudades es una «ciudad global» de primer orden en el sentido económico. Más aún, tienden a ser tan desiguales como lo son las primeras ciudades globales de sus respectivas naciones, pese a ello los informes oficiales deben ser leídos teniendo en mente un importante margen de error. Washington aparece como más desigual que la ciudad de Nueva York,[145] Tshwane ligeramente menos desigual que Johannesburgo y Brasilia más desigual que São Paulo.[146]

[140] UN Habitat, «Income distribution, table, excl. Western Europe, North America and highly developed countries in Asia and Oceania», Nueva York, United Nations, 2014, http://unhabitat.org; CEPAL, *State of Latin America Cities 2012*, fig. 2.6; *The State of Asian and Pacific Cities 2008/2009*, pp. 65 y 70, extrapolado de los datos obtenidos entre 1999 y 2012 asumiendo que la desigualdad se ha incrementado en Pekín, tanto como lo ha hecho en toda China, según el *Inequality UN Habitat in Focus* 22, 2013. Para Europa Occidental y Seúl, *State of the World's Cities 2012/2013*, tabla 1, índice de igualdad, tras comprobaciones de las estadísticas de renta nacional para Seúl. Véase H. Koo, «Inequality in South Korea», *East Asia Forum*, 2014, eastasiaforum.org, para posibles anomalías.
[141] Referencia: Índice Gini por ingresos <0, 40
[142] 0,40> Índice Gini< 0, 50
[143] 0, 50> Índice Gini < 0. 60
[144] Índice Gini > 0, 60
[145] Natalie Holmes y Alan Berube, «City and Metropolitan inequality on the rise, dirving by declining incomes», Brookings Institution, Washington DC, 14 de enero del 2016, brookings.edu.
[146] UN Habitat, *State of the World's Cities 2008/2009* y *State of African Cities 2014*.

Retrato del capitalismo y la tribu imaginada del globalismo capitalista

Antes he señalado el momento histórico de la globalización del nacionalismo y la imagen que debería tener una capital nacional a fin de estar a la altura, de ser «merecedora de la nación». Este momento global estuvo concentrado en el último cuarto del siglo XIX y la primera década del XX y se inspiró en gran medida en el París del Segundo Imperio del barón Haussmann. Se centró en el ensanche general de las calles —una de las principales tareas de la «modernización» en El Cairo, Tokio y Seúl, por ejemplo— y en la creación de grandes avenidas y nodos de transportes además de en erigir edificios públicos dignos para la cultura —operas, teatros, etc.—, además de la política. París era de hecho la capital del siglo XIX. El actual momento global no tiene un modelo de ciudad equiparable al de entonces. Lo más cercano sería probablemente Singapur, que es el modelo predominante del Asia emergente.

En el nuevo estilo global, la verticalidad de los rascacielos corporativos y de su paisaje urbano para disfrute del turista ha reemplazado la horizontalidad de las anchas avenidas y de las amplias aceras de los paseantes; los centros comerciales privados han tomado los espacios públicos de las plazas, cafés y casas de té; las agresivas rejas, muros y alambre de espino han substituido a los tranquilos y abiertos barrios de mansiones de las confiadas clases altas. El nacionalismo global estaba impulsado por supuesto por nacionalistas locales, aun cuando sorprenda nuestro hallazgo de que el actual momento capitalista global y sus proclamadas ciudades «globales» o «mundiales», así como las que aspiran a ser consideradas como tales, esté impulsado principalmente por actores nacionales y locales, por empresarios y banqueros nacionales y por políticos municipales locales, que habitualmente reciben el apoyo del gobierno nacional. Si observamos la construcción de rascacielos y de nuevos distritos financieros, podemos observar este mismo patrón a lo largo de todo el planeta: en París y en Madrid; en Moscú, Pekín y Hanói; en México, Santiago y Buenos Aires; en Dar es Salaam y Nairobi; en Kuala Lumpur y Yakarta; en Tokio y Seúl. La única clara excepción fue Londres, donde el proyecto del Canary Wharf ha estado siempre impulsado por capital y capitalistas globales, si bien al principio recibió un apoyo crucial por parte del gobierno.

Los políticos e intelectuales de Asia oriental fueron más honestos o lúcidos que sus contrapartes del Atlántico Norte a la hora de conceptualizar explícitamente la «globalización» como una opción, más que como una fuerza externa a la que había o bien que adaptarse (interpretación liberal) o bien resistir (lectura de la izquierda).

Pero ¿por qué tantos actores nacionales y locales han elegido la opción globalista? Creo que resulta fructífero aquí hacer una comparación entre nacionalismo y globalismo. Benedict Anderson argumentó de manera persuasiva, en un magnífico trabajo, que el nacionalismo se nutre de la imagen de nación como comunidad de personas que nunca se han conocido, y que el surgimiento de la nación como una «comunidad imaginada» dependió de manera crucial del «capitalismo impreso»,[147] es decir, del comercio de libros y periódicos que hicieron posible el salto de la imaginación fuera del círculo local de personas que se conocían entre sí.

De manera similar, el actual globalismo urbano no es tanto el gobierno de las ciudades por parte del capital extranjero o transnacional, como un intento de las clases altas y medias-altas locales y sus gestores urbanos y promotores inmobiliarios para convertirse en parte de una comunidad imaginada de urbanidad global. O, tal vez de manera más exacta, de una tribu imaginada, jerárquica y competitiva, de globalidad capitalista, una tribu de «creadores de riqueza», exhibición y consumo. Esta tribu global imaginada depende de la imagen global del capitalismo:[148] es decir, del comercio de imágenes mediante televisión satélite, marketing global, páginas web inmobiliarias, imaginarios turísticos, fotografías de archivo, Facebook, Instagram, películas y revistas como Cosmopolitan, Vogue y publicaciones similares. Esta es la imagen capitalista del «estilo de vida» de un mundo rico de consumo ilimitado e inagotable, de glamour vertical, cultura icónica, residencias similares a las de las clases (medias) altas del mundo rico, aisladas del populacho local, con marcas de lujo y ocio de «categoría mundial», o por lo menos con campos de golf y piscina.

---

[147] Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993]

[148] Un perspicaz análisis sobre la producción de la imagen del rascacielos capitalista nos la proporciona el ensayo de Monika Grubbauer, «The High-rise office tower as a global "type"» en Michael Guggenheim y Ola Söderström (eds.), *Re-Shaping Cities*, Nueva York, Routledge, 2010.

X
FIN DE LA CANCIÓN: LA CAPITAL GLOBAL, EL FUTURO DE LAS CAPITALES Y DE SU POBLACIÓN

El futuro de las ciudades capitales dependerá, para empezar, del futuro de los Estados nación.

A su tiempo, en contra de lo que afirman los encuentros de expertos y sus asesorías sobre las ciudades globales, dicho futuro volverá a ser brillante. En el momento de escribir estas líneas, mi afirmación acaba de ser subrayada por el referéndum británico para abandonar la UE, con el que el gobierno conservador se arriesgó a destrozar el partido por un referéndum que confrontaba, cara a cara, dos concepciones del Estado nación británico. El alcalde saliente de Londres, Boris Johnson, desafió a su propio partido en el gobierno al hacer campaña por el «Brexit», añadiendo un bonito y vergonzoso giro al argumento que defiende que las ciudades globales son espacios no ligados a sus Estados nación originales; lo mismo puede decirse del hecho de que su sucesor, Sadiq Khan, hiciera campaña por la permanencia de Gran Bretaña en la UE de manera igualmente activa.

El auge de la inmigración y del control de las fronteras, como temas políticos centrales en la mayor parte de Europa, no solo está redirigiendo los mapas políticos hacia la derecha, sino que también deja clara la idea de que las naciones y los Estados nación siguen siendo importantes para la mayoría de la gente. Así mismo, surgen nuevos Estado nación, el más reciente es el poco afortunado Sudán del Sur (2010). Y las demandas de creación de nuevos Estados nación sigue en aumento: Cataluña y Escocia en Europa, Kurdistán y la eterna Palestina en Asia Occidental son las más visibles. El revuelo y las protestas, tanto nacionales como internacionales, contra la reincoporación a Rusia de Crimea (en su mayoría área rusohablante, abrumadoramente prorrusa, cuya península, históricamente rusa, pasó a ser parte de Ucrania debido a la redivisión interna soviética de los años cincuenta del siglo pasado) reafirma la clásica ideología del nacionalismo de Estado:[1] el suelo del territorio nacional es sagrado, sin importar

[1] Del mismo modo que lo hace, por supuesto, la decisión de Putin de no seguir reconociendo las fronteras postsoviéticas de Ucrania, pese a que la «ilustrada» opinión occidental lo atribuya a cierto tipo de peculiar atavismo nacionalista ruso o a la nostalgia imperial.

cuan reciente o contingente haya sido su adquisición. La nueva Guerra Fría entre Estados Unidos y su clientelar OTAN, por una parte, y Rusia por otra; la creciente firmeza nacional de China y las reacciones frente a ella; todo ello apunta a un mundo de geopolítica de los Estados nación, más que a un mundo sin Estados con una economía mundial basada en flujos de capital y servicios comerciales.

La reciente «globalización» no ha drenado los recursos y capacidades de los Estados nación capitalistas, aun cuando haya desafiado y puesto en entredicho su complacencia. Entre el año 2000 y 2014, el gasto público total de las seis economías más grandes de la rica OCDE aumentó, pasando de una media del 41,8 % del PIB al 46,2 %.[2] El gasto social público también ha aumentado de manera substancial en Asia, además de en América Latina. Ni los Estados nación ni el Estado de bienestar están disminuyendo, aunque las demandas a este último por parte de poblaciones cada vez más envejecidas y con un número creciente de niños pobres crecen incluso más rápido.

Capitales y otras ciudades nacionales

Las ciudades capitales están, en general, muy bien situadas dentro de las jerarquías y redes urbanas, tanto nacionales como internacionales, y están bien conectadas dentro de las redes corporativas globales.

Tabla 7. Las ciudades mejor conectadas corporativamente en el mundo en 2013: valores del índice[3]

Diez primeros puestos		Otras ciudades > 0,60	
Nueva York	1,000	Madrid	0,725
Singapur	0,976	Shanghái	0,717
Londres	0,966	Buenos Aires	0,660
Hong Kong	0,959	Sidney	0,634
Tokio	0,957	Ciudad de México	0,633
Pekín	0,849		
París	0,847		
Moscú	0,745		
Seúl	0,728		
São Paulo	0,726		

[2] OCDE iLibrary, «General goverment expenditure statistics». Dichas economías son Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido y los Estados Unidos.
[3] Pengfei Ni y Peter Karl Kresl, *The Global Urban Competitiveness Report, op. cit.*

Siete de las ciudades del *top ten* son capitales nacionales: las únicas que no, son Nueva York, Shanghái y São Paulo. Entre las quince con más de un 60 % del valor en el índice posible, diez son capitales de un Estado nación.

No todas las capitales son ciudades dominantes en sus respectivas naciones, pero sí en la mayoría, y muchas de ellas tienen un peso muy importante como es el caso, por ejemplo, de Adís Abeba, Atenas, Bangkok, Budapest, Buenos Aires, El Cairo, Dakar, Daca, Yakarta, Manila, Lima, París, Santiago, Seúl, Teherán y Viena. Desde que São Paulo adelantó a Río hace unos ochenta años, ninguna ciudad considerada como la segunda de su país ha sobrepasado a su capital, ya sea en peso económico o demográfico. En cambio, el predominio de muchas ciudades capitales se ha visto reforzado: el de Londres sobre las ciudades del norte industrial, Tokio sobre Osaka y virtualmente todas las capitales poscomunistas de Europa Oriental sobre las segundas ciudades de sus respectivos países, incluyendo Moscú en relación con San Petersburgo. Algunas capitales que en origen eran centros especializados políticamente han crecido y se han desarrollado como metrópolis multifuncionales, como es el caso de Ankara, Brasilia, Delhi y Washington. Abuya y Astaná van también encaminadas a ello. La edificación en las capitales nacionales ha convertido rápidamente a estas urbes en las ciudades dominantes de su país, como es el caso de Gaborone en Botsuana, Nuakchot en Mauritania y Kigali en Ruanda. El futuro de las capitales especializadas construidas tras la independencia está menos claro y depende más de las vicisitudes de la política nacional, pero algunas de ellas, como Dodoma en Tanzania y Lilongüe en Malaui, ya han demostrado su resiliencia trascendiendo las expectativas de vida de sus originales promotores.

Ciertamente los sistemas urbanos nacionales policéntricos y bifocales persisten; son importantes sobre todo en Europa Occidental —Alemania, Italia, Países Bajos, España y Suiza— pero también en Camerún, China, Colombia, India, Libia y Vietnam, entre otros. En los ejemplos que se acaban de mencionar, la capital representa un importante nodo del sistema, pero por ejemplo no es el caso de Canberra y Ottawa, y tampoco son muy importantes Tshwane, Washington y Wellington.

En resumen, mientras que las ciudades capitales muestran una fascinante variedad, la gran mayoría de ellas poseen, junto a sus funciones definitorias como sede del poder nacional, una enorme importancia social, económica y cultural en sus respectivos países, una importancia que en absoluto se puede despreciar; y que más aún, no muestra signos de menguar. Antes al contrario, va en aumento. En términos de economía política, dentro de cualquier futuro previsible, el mundo no va a estar gobernado por ciudades supuestamente supranacionales como Nueva York, Shanghái o Dubái sino por capitales nacionales: comenzando por Washington y

Pekín, pero también Berlín, Delhi, Londres, Moscú, París y Tokio, y en una perspectiva más a largo plazo puede que Brasilia, Yakarta, México, Seúl y otras capitales nacionales. Es probable que Bruselas siga siendo un lugar donde se adopten decisiones importantes, no como ciudad supranacional sino como sede de cooperación y de acuerdos internacionales.

Simbolismo nacional en la era global

¿Están las naciones y el simbolismo nacional perdiendo su significado en sociedades más heterogéneas y multiculturales? ¿Se harán, los monumentos nacionales, invisibles, como en el *Kakanien*[4] de Robert Musil? Esto es lo que perfectamente podría suceder. Recuerdo conducir por Río con unos amigos brasileños hace veinte años, observando las estatuas monumentales, yo era el único que sabía algo acerca de ellas. De todas maneras, la amnesia general no se producirá en el futuro inmediato. Berlín sigue desarrollando su monumentalidad nacional, con su semiresucitado castillo imperial y su Foro Humboldt, así como sus planes para una gran conmemoración anticomunista. Toda la Europa poscomunista ha invertido fuertemente en iconografía nacionalista y nacional-religiosa como hemos visto anteriormente; Skopie en Macedonia se ha explayado en una borrachera monumental, desde Alejandro el Grande en adelante.

Madrid está limpiando los vestigios del franquismo. En Washington se inauguró en 2016 el muy demorado museo afroamericano. Buenos Aires, Lima y Santiago recuerdan en sus monumentos sus recientes dictaduras y represión. El parque de la Libertad de Sudáfrica es la corona de la iconografía nacional mundial del siglo XXI.

En una gran cantidad de ciudades de todo el planeta, la iconografía política urbana sigue generando una gran controversia, lo que se supone es la señal más cierta de su vitalidad y trascendencia. Anteriormente hemos señalado las controversias iconográficas en curso en Budapest, Madrid y Kiev. Pueden añadirse algunas más: respecto de la Primavera Árabe en la plaza Tahrir en el Cairo, la historia de Skopie en Macedonia o si Ottawa debería monumentalizar a las víctimas del comunismo. La *estatuamanía* de la Tercera República francesa está en curso de apagarse, seguramente después de su recuperación por parte del comunismo europeo y del

[4] *Kakanien* o *El hombre sin atributos* es una novela inacabada, en dos volúmenes, escrita por el novelista austriaco Robert Musil (1880-1942). Gran parte de la crítica la considera una de las novelas más influyentes de la literatura del siglo XX. La obra constituye una ambiciosa reflexión sobre las paradojas de la modernidad, la crisis del racionalismo, y una búsqueda de una teoría sobre el sentimiento que permita dar rienda suelta a las emociones, atrapadas en un sistema encerrado en la ciencia y la complejidad de la vida. [N. de la T.]

poscomunismo. Sin embargo, persiste el interés por el simbolismo público y las representaciones museísticas y narrativas de la historia nacional y mundial, así como de la historia actual, y no veo señales de que pronto vayan a desaparecer.

La capital del siglo XXI

Este siglo es joven y a su debido tiempo, sin duda, traerá y desplegará toda su capacidad de sorpresas y de giros inesperados. Pero al menos, durante sus primeros quince años, el mejor lugar para ver la exhibición y la interacción de las oportunidades y la imbricación del urbanismo global y nacional y la economía política de principios del siglo XXI ha sido Astaná, la nueva capital de Kazajistán.

Astaná («ciudad capital» en kazajo) fue planeada como un proyecto nacional de la menos nacionalista de las antiguas repúblicas soviéticas. Como en el resto del Asia Central soviética, las ciudades eran predominantemente rusas en lenguaje y cultura. La capital de la república, Almatý (conocida por su nombre en ruso Alma-Ata, y que en el pasado fue famosa por su circuito de patinaje de velocidad) resultaba claramente periférica en este país cuyo tamaño es igual al de Europa Occidental, y que actualmente tiene diecisiete millones de habitantes; Almatý estaba situada en el extremo sur, cerca a la frontera con China. El traslado de la capital se anunció en 1994, motivado por intereses etnopolíticos, así como geopolíticos. El subtexto etnopolítico era el de crear una capital kazaja en el centro del país, en las zonas de habla principalmente rusa.

El proyecto de la capital fue impulsado y dirigido por uno de los grandes (y autoritarios) emprendedores políticos —Nursultán Nazarbáyev, el último líder del Kazajistán soviético— de los pequeños países de finales del siglo XX y principios del XXI, al lado de Lee Kuan Yew en Singapur, Mahatir Mohamad en Malasia y Paul Kagame en Ruanda. El *boom* de los minerales y el petróleo hizo posible el proyecto, del mismo modo que su actual fin lanza no pocas sombras sobre el desarrollo de Astaná.

Desde 1998, se ha ido construyendo una impresionante nueva capital en la estepa septemtrional, en la antigua ciudad de la guarnición rusa de Akmolinsk —que más tarde los soviéticos denominarían Tselinogrado, y que Jrushchov imaginaba sería el centro de la solución a los perennes problemas de la agricultura soviética— en el río Ishin (Esil, en kazajo). El arquitecto «metabolista» japonés Kisho Kurokawa ganó el concurso internacional para el plan general de construcción. Este sin embargo no ha desempeñado mucho su papel de plan maestro; se diseñó de manera deliberada como una

plataforma para el crecimiento orgánico —en este sentido es similar, en cierto modo, a la concepción de Doxiadis para Islamabad— y no en forma de plano urbano, como el plan piloto de Costa para Brasilia.[5]

El distrito gubernamental está desplegado sobre un gran eje este-oeste en una clara asociación al National Mall de Washington. El eje comienza con la sede central de la principal compañía estatal de petróleo y gas, que consiste en un edificio casi circular en estilo soviético clásico, con un arco que apunta al este. Un bulevar verde te dirige al símbolo nacional central, el Bayterek, una esbelta construcción de 105 metros de altura que representa un árbol con un huevo dorado (el Sol), que lo corona y que representa una antigua leyenda. El bulevar continúa, flanqueado a ambos lados por largas hileras de edificios ministeriales que señalan la entrada a la siguiente plaza, con edificios parlamentarios y judiciales a un lado, y al otro los edificios de la administración presidencial y un salón de actos. Al final del eje se encuentra el palacio presidencial, el Ak Orda (el Campo Blanco), que bajo su domo azul parece un duplicado de la Casa Blanca en Washington.

Se trata de una suerte de nacionalismo monumental, inspirado obviamente en ambas superpotencias de la Guerra Fría, que se creía desaparecido hacía tiempo. Pero hay mucho más nacionalismo poscomunista. Los campos de concentración en Kazajistán y la cruel hambruna causada por la colectivización de la década de 1930 siguen en el recuerdo. Hay un enorme conjunto monumental en recuerdo de los defensores de la nación, en el que uno de los lados hace referencia a la Segunda Guerra Mundial y a la defensa de la URSS frente a la Alemania nazi y el otro a los guerreros nómadas kazajos que lucharon contra los rusos (zaristas). La independencia nacional se conmemora en dos grandes monumentos: uno de 2008, una alta columna coronada por un águila, con el presidente Nazarbáyev de pie en la base, y el otro de 2011, en forma de arco de triunfo. Siguiendo la tradición estalinista, varias instituciones y edificios reciben el nombre del presidente. Lenin fue aparcado y dejado de lado a principios de la década de 1990, reemplazado por el poeta kazajo Abay; Marx y los líderes soviéticos han desaparecido de las calles. Bastante curioso es que haya sobrevivido en las calles un homenaje al líder comunista de la década de 1980, Dinmukhamed Kunayev, al que Mijaíl Gorbachov despidió por corrupción y que de manera poco inteligente cambió por un etnicista ruso (antes de escoger a Nazarbáyev).

Sin embargo, este nacionalismo es solo una parte de la historia de Astaná. Desde el principio la ciudad ha sido concebida simultáneamente como un proyecto globalista, incluyendo la construcción de su propia

---

[5] Más importante y efectivo fue el énfasis de Kurokawa en el metabolismo urbano, al priorizar las infraestructuras necesarias para el abastecimiento de agua y las de alcantarillado, así como un cinturón forestal alrededor de la ciudad para reducir los efectos del clima extremo.

Zona Económica Especial (ZEE) con ventajas fiscales a las corporaciones. Parte del nacionalismo urbano ha sido de hecho subcontratado. La primera gran mezquita, en el bulevar gubernamental (Nur Astaná) fue un regalo de Qatar. La Cámara de Diputados fue construida por una empresa turca —Astaná forma parte de la Convención de Estados Turcos para la Arquitectura y la Planificación Urbana— y el edificio del Senado fue un regalo de Arabia Saudí.

El pequeño río ha sido represado y ensanchado para que alcanzara proporciones similares a las del Támesis o el Sena, con un paseo a la orilla del río. Tras la primera ronda de construcción de edificios nacionales, que no me impresionaron mucho en mi primera visita de 2005, el Astaná de Nazarbáyev se ha embarcado en la imaginería e iconografía globalista, incluyendo seductoras ofertas de imágenes capitalistas como la «villas del club de campo», un «distrito inglés» y «Europólis». Norman Foster ha sido reclutado para dos grandes proyectos. Uno es el palacio de la Paz y la Reconciliación, una pirámide llena de simbolismo numérico, que tiene mucho mejor aspecto cuando se mira de lejos que cuando se está cerca o dentro. Esta se diseñó como centro ecuménico interreligioso y ha sido uno de los grandes proyectos internacionales de Nazarbáyev.[6] El otro, Khan Shatyr, es un centro comercial y de ocio de estandarizado estilo global con una espectacular marquesina, o carpa transparente, de 150 metros de altura que cuenta con una piscina interior y una playa con arena de las Maldivas; con este se cierra el eje gubernamental por el oeste (al otro lado del río del palacio presidencial). Actualmente los nuevos grandes proyectos de construcción son un nuevo centro comercial, el Abu Dhabi Plaza, levantado con dinero del Golfo, y la Exposición Universal de 2017, diseñado por la firma estadounidense con base en Chicago, Adrian Smith & Gordon Gill.

Astaná ha acabado albergando una gran cantidad de espectaculares edificios posmodernos, la mayor parte de ellos con fines culturales o deportivos, Algunos de los mejores han sido diseñados por el arquitecto local, Wshokhan Makyabetov, el arquitecto de la ciudad entre 2005 y 2007.[7]

Lo primero que muestra Astaná en su abundante esplendor es la posible interrelación entre lo nacional y lo global. Se mantienen diferenciados pero no son necesariamente incompatibles. Antes hemos señalado

---

[6] La población del Kazajistán postsoviético es en un 70 % musulmana y en un 25 % cristiana (principalmente ortodoxa). El resto de las religiones son minoritarias, aunque en el nuevo paisaje urbano se incluye una prominente sinagoga.

[7] La imagen que tengo de Astaná se deriva primordialmente de las dos visitas que he hecho, una en 2005 y otra en 2011, en las que (gracias a la amable ayuda académica de mis dos intérpretes Tapani Kaakuriniemi y Larisa Titarenko) incluyeron una gran cantidad de entrevistas. No hay una gran bibliografía pero se incluye una excelente guía arquitectónica editada por Philip Meuser, *Astana Architectural Guide*, DOM, Berlín, 2015.

la sabiduría de la concepción asiática de la globalización como un verbo activo. Globalizar en Asia ha sido una elección nacional de los líderes políticos y empresariales. Los gobernantes y los arquitectos de Astaná han sido mucho más sofisticados que los promotores de los rascacielos de México o de Yakarta, y es precisamente por esta razón que demuestran de manera convincente cómo puede coexistir la economía globalista y el simbolismo político nacionalista.

El régimen de Nazarbáyev está empezando a navegar ahora en aguas turbulentas. El largo *boom* del consumo ha llegado a su fin y la población está obviemente bastante enfadada, por los nuevos arrendamientos a largo plazo de las tierras nacionales a extranjeros, lo que desató las protestas de abril de 2016. El típico giro poscomunista hacia la religión no ha evitado el auge del islamismo militante. Que la Expo de 2017 convierta a Astaná en una «ciudad global» es algo que parece cada vez menos seguro. De todas maneras, Astaná se ha convertido en parte del urbanismo mundial. Es cierto que Almatý sigue siendo la capital económica y cultural de Kazajistán, pero Astaná se ha transformado en un hecho social. Según el censo de 2014, Astaná tenía 835.000 habitantes, cuando en la década de 1980 tenía 250.000, y en lugar de ser 1 de cada 6, ahora los kazajos constituyen dos tercios de la población. No parece que la ciudad vaya a desaparecer con el cambio de régimen. Seguirá siendo un monumento arquitectónico.

El globalismo y el futuro de la población

El futuro del globalismo, de los rascacielos tanto como de las corporaciones globales, parece estar bastante claro y encaminado: continuará y, lo más probable, es que aumente su influencia e impacto. El principal y difícil problema es el futuro de la población. ¿*Tiene* futuro la gente en un mundo de capitalismo global despiadado? Casi una vida entera de compromiso político, observación y análisis me ha enseñado a no esperar nada inclusivo e igualitario del capitalismo desenfrenado, y así mismo que las rebeliones son imposibles de predecir, pero que suceden, una y otra vez.

De hecho, creo que hay dos razones para un moderado optimismo acerca de las perspectivas de los futuros momentos populares.

Uno es el reciente retorno a las revoluciones populares urbanas. Los costes internacionales de la represión nacional han aumentado y parece que seguirán siendo elevados. Dichas revoluciones o cambios de régimen mediante protestas populares callejeras seguirán siendo poco probables en las democracias electorales consolidadas, pero pueden mutar en partidos-movimiento que tomen parte con éxito en el juego electoral. Recientes ejemplos

embrionarios en el sur de Europa muestran que dicho escenario no está fuera de la paleta del realismo político. Al margen de países pequeños con una legitimidad electoral y constitucional intacta, las revueltas populares recientes se repetirán una y otra vez y perfectamente pueden extenderse al África subsahariana, donde hasta ahora ha sido la violencia armada la que ha decidido los resultados de los conflictos políticos más controvertidos.

La otra posibilidad es el reformismo urbano. Esta opción tuvo su pionero en el «socialismo municipal» europeo. En los últimos tiempos, sin embargo, el principal impulso del reformismo urbano radical y socialmente transformador viene del Sur Global, con las apuestas a largo plazo de Montevideo y Ciudad de México y las recientes innovaciones de Delhi y Yakarta. Se trata de proyectos muy vulnerables, dependientes de la economía nacional, a menudo bajo presión del gobierno nacional y que se enfrentan a un electorado metropolitano volátil, en un momento en el que la base obrera europea, históricamente estable, ha desaparecido. Pero no debería olvidarse que «los mayores logros en el Sur son de este siglo». Una multiplicación tricontinental de los proyectos de AMLO, Jokowi y Kejriwal no es del todo imposible.

Tras el primer gobierno municipal de Ken Livingstone las políticas urbanas euro-americanas se han vuelto mucho más cautas. Queda por ver qué resultará, por ejemplo, del gobierno en Madrid de Manuela Carmena. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad del cambio social. La gente corriente no va a desaparecer. Continuará entorpeciendo las visiones de una imagen capitalista global. Las oportunidades de trasformación social son mayores en las ciudades que en el resto de lugares, y para el cambio social urbano será seguramente decisiva la transformación de las ciudades capitales del poder en ciudades del cambio.



